FEDERICO LORENZ

COMPILADOR

GUERRAS DE LA HISTORIA ARGENTINA

Ariel

Guerras de la Historia Argentina

Guerras de la Historia Argentina

Federico Lorenz (compilador)

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Agradecimientos
Los autores
Introducción. las guerras en la historia, Federico Lorenz
Capítulo 1. La guerra guaranítica (1753-1756). Política, representaciones e ideología, Lía Quarleri
Capítulo 2. Movilización militar y conflictividad en el río de la Plata colonial. La conquista de colonia del sacramento en 1762, Pablo Birolo
Capítulo 3. Del asedio al Cusco a la toma de Puno. Transformaciones de la experiencia bélica durante la sublevación tupamarista, Sergio Serulnikov
Capítulo 4. La batalla de Buenos aires. Las invasiones inglesas y su escenario de guerra, Klaus Gallo
Capítulo 5. ¿Elegir a los comandantes? Los desafíos de la guerra y el gobierno de los pueblos en el litoral rioplatense, Raúl O. Fradkin
Capítulo 6. Las guerras civiles rioplatenses: violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852), Alejandro M. Rabinovich
Capítulo 7. Guerra de ladrones. La argentina contra Brasil (1825-1828), Gabriel Di Meglio
Capítulo 8. Entre tensiones y resistencias: la guerra contra la confederación Perú-Boliviana (1837-1839), Marisa Davio
Capítulo 9. La guerra del Paraguay y la República Argentina (1864-1870), María Victoria Baratta
Capítulo 10. La “Campaña del Desierto” (1870-1890): notas para una crítica historiográfica, Diego Escolar, Claudia Salomón Tarquini y Julio E. Vezub
Capítulo 11. De la ciudadanía en armas al servicio militar obligatorio, María Laura Guembe
Capítulo 12. Grados de libertad. Soldados de la Argentina en la Gran Guerra (1914-1918), Hernán Otero
Capítulo 13. La experiencia de guerra en el “teatro de operaciones” del Operativo Independencia (tucumán, 1975-1977). sacrificios, deudas y compañerismo en el monte tucumano, Santiago Garaño
Capítulo 14. La guerra lejos de las trincheras. experiencias e identidades de los integrantes del apostadero naval Malvinas en el conflicto del atlántico sur, Andrea Belén Rodríguez
Capítulo 15. La guerra representada, Roberto Amigo

Lorenz, Federico
Guerras de la historia argentina. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ariel, 2015.
E-Book.
ISBN 978-987-3804-11-3
1. Historia Argentina. 2. Geopolítica. 3. Ciencia Política. I. Título
CDD 982

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Todos los derechos reservados

© 2015, Federico Lorenz (por la compilación)
© 2015, cada autor de su propio texto

© 2015, de todas las ediciones:
Editorial Paidós SAICF
Publicado bajo su sello PAIDÓS®
Independencia 1682/1686,
Buenos Aires – Argentina
E-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2015

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-3804-11-3

AGRADECIMIENTOS

A Julia Rosemberg, por participar en el comienzo de este proyecto. Aunque luego no continuamos trabajando juntos, su entusiasmo inicial fue muy importante para sostener la propuesta entre una selva de otras urgencias y demandas. A Vanesa Hernández, editora, por confiar en él. A los autores participantes, por la paciencia y la confianza en que el libro se iba a concretar. A mis compañeros del Grupo de Estudios Históricos de la Guerra del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", por el espacio de discusión e intercambio que estamos construyendo. A todos los que me alentaron en la decisión de elegir la guerra como objeto de estudio, aun en contextos ideológicos y profesionales refractarios al tema. A Andrea Rodríguez, que colabora en este volumen, por la lectura y la escucha atenta de siempre. A Julio Vezub, por el diálogo inteligente y siempre fructífero en proyectos y quijotadas; a Javier Trímboli, porque implícita o explícitamente muchas de las cosas que hago se nutren de los diálogos que supimos construir. A Fabio Wasserman, por su insistencia en momentos importantes para decidir caminos profesionales.

A mi esposa y mis hijos: María Inés, Ana, Vera e Iván, siempre conmigo, paradoja de paradojas por las ausencias que implica ser investigador.

A los primeros excombatientes y veteranos de la guerra de Malvinas que compartieron sus historias conmigo: porque sus voces, junto con las de combatientes de otras guerras, son el bajo continuo de mi trabajo.

LOS AUTORES

Roberto Amigo (amigorob@hotmail.com) es curador del Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires e investigador docente del Instituto del Desarrollo Humano (Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires) y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ha publicado ensayos sobre arte sudamericano de los siglos XIX y XX. Entre sus últimas curadurías se destacan: *Territorios de Estado. Paisaje y cartografía. Chile, siglo XIX* (Museo de Bellas Artes, Santiago, 2009); *Berni: narrativas argentinas* (MNBA, Buenos Aires, 2010); *El Mariscal. El cuerpo del retrato, Paraguay, siglo XIX* (Museo del Barro, Asunción, 2011) y *La hora americana 1910-1950* (MNBA, 2014).

Maria Victoria Baratta (victoriabaratta@gmail.com) es profesora y doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Su tesis de doctorado se titula *La Guerra del Paraguay y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina, 1864-1870*. Es integrante del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA) y docente de la Facultad de Filsofía y Letras de la UBA. Fue becaria doctoral Conicet y becaria posdoctoral DAAD en el Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana de la Universidad de Colonia, Alemania.

Pablo Birolo (pablobirolo@fibertel.com.ar) es profesor de Historia egresado del Instituto Superior del Profesorado Joaquín V. González y licenciado en la Universidad Nacional de Luján. Se desempeña como docente en escuelas secundarias de la provincia de Buenos Aires y como ayudante en la materia Historia de América II (colonial) en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Marisa Davio (mari.davio@gmail.com) es doctora en Ciencias Sociales (Universidad Nacional de General Sarmiento. Instituto de Estudios Sociales) e investigadora asistente del Conicet (Instituto Superior de Estudios Sociales. Tucumán). Entre sus publicaciones se cuentan: "¿Vagos, traidores o desmotivados? Deserciones militares de los sectores populares en Tucumán durante la primera mitad del siglo XIX" (2012) y "Entre consensos y 'seducciones': las relaciones entre jefes militares y la tropa en Tucumán durante la primera mitad del siglo XIX" (en prensa).

Gabriel Di Meglio (gabrieldimeglio@gmail.com) es doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires, donde enseña Historia Argentina de los siglos XVIII y XIX. Es investigador adjunto del Conicet, especializado en historia de las clases populares decimonónicas en el Río de la Plata, tema sobre el que ha publicados varios libros y numerosos artículos. También se dedica a la divulgación histórica, sobre todo en televisión.

Diego Escolar (descolar@gmail.com) es doctor y licenciado en Antropología por la Universidad de Buenos Aires y realizó estudios posdoctorales en el Departamento de Historia de la Universidad de California, Berkeley. Actualmente se desempeña como investigador del Conicet en el Centro Científico Tecnológico Mendoza, como profesor titular de la cátedra de Antropología Social y Cultural de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo y como director de la revista *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*. Sus áreas de interés son los procesos de etnogénesis y emergencia identitaria, la formación y transformaciones del Estado y la nación, la historia indígena moderna y la etnopolítica de las relaciones socioambientales.

Raúl O. Fradkin (raul.fradkin@gmail.com) es profesor titular de Historia de América Colonial en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), investigador del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA) y profesor asociado de Historia de América en la Universidad Nacional de Luján. Sus publicaciones más recientes son, como director, *De la conquista a la crisis de 1820*, tomo II de la *Historia de la Provincia de Buenos Aires* (2012) y como editor, junto con Gabriel Di Meglio, *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense* (2013).

Klaus Gallo (kgallo@utdt.edu) es doctor en Historia Moderna por la Universidad de Oxford, Gran Bretaña. Es profesor asociado e investigador en la Universidad Torcuato Di Tella, donde fue director del Departamento de Historia entre 2006 y 2012. Entre otros títulos, escribió *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826* (1994) (publicado también en inglés), *The Struggle for an Enlightened Republic. Buenos Aires and Rivadavia* (2006) y *Bernardino Rivadavia. El primer presidente argentino* (2012).

Santiago Garaño (sgarano@hotmail.com) es doctor en Antropología (UBA). Desde 2004 integra el Equipo de Antropología Política y Jurídica (UBA) y es secretario de redacción de *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*. Es investigador

asistente del Conicet. Ha escrito artículos sobre memorias de la última dictadura en revistas académicas nacionales e internacionales. Publicó, en coautoría con Werner Pertot, *La otra juvenilia. Militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires (1971-1986)* (2002) y *Detenidos-aparecidos. Presas y presos políticos desde Trelew a la dictadura* (2007).

María Laura Guembe (mariaguembe@gmail.com) es licenciada en Ciencias de la Comunicación y magíster en Comunicación y Cultura. Se especializa en investigación con fuentes de Fuerzas Armadas, policiales y de seguridad. Actualmente trabaja en su tesis sobre el servicio militar obligatorio en la Argentina hasta 1930, en el marco del doctorado en Historia de la Universidad Nacional de La Plata.

Federico Lorenz (federicoglorenz@gmail.com) es investigador adjunto del Conicet con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" (UBA). Se especializa en temas del pasado reciente argentino y en la historia sociocultural de la guerra. Ha publicado *Malvinas. Una guerra argentina* (2009), *Las guerras por Malvinas 1982-2012* (2012), *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora argentina, 1973-1978* (2013), y *Todo lo que necesita saber sobre Malvinas* (2014), así como dos novelas: *Montoneros o la ballena blanca* (2012) y *Los muertos de nuestras guerras* (2013). Fue becario Guggenheim.

Hernán Otero (hernan.otero@speedy.com.ar) es historiador, doctor en Demografía, investigador principal del Conicet en el Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (Conicet-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil), profesor asociado del Centre d'Études Nord-américaines (École des Hautes Études en Sciences Sociales, París) y miembro de número de la Academia Nacional de la Historia. Es autor de numerosos artículos en revistas especializadas; entre sus libros recientes se encuentran *Historia de los franceses en la Argentina* (2012) y, como director, *Población, ambiente y territorio*, tomo I de la *Historia de la Provincia de Buenos Aires* (2012).

Lía Quarleri (liaquarleri@yahoo.com.ar) es doctora en Antropología Social por la Universidad de Buenos Aires, investigadora adjunta del Conicet y del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-Universidad Nacional de San Martín) y docente de la Universidad Nacional de San Martín y de la Universidad de Buenos Aires. Publicó el libro *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e imperios coloniales* (2009) y numerosos artículos sobre etnohistoria de

Tierras Bajas, misiones jesuitas y problemáticas fronterizas en la historia americana colonial. Actualmente investiga las políticas indígenas, económicas y territoriales, a fines del período colonial, en la frontera lusoespañola.

Alejandro M. Rabinovich (alejandrorabinovich@gmail.com) es doctor en Historia y Civilización por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. Se desempeña como investigador del Conicet y profesor de Historia Argentina en la Universidad Nacional de La Pampa. Es autor de los libros *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852* (2013) y *Ser soldado en las guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824* (2013). Ha recibido el premio de Historia Militar de Francia en 2010.

Andrea Belén Rodríguez (andrurodriguez@yahoo.com) es doctora en Historia, becaria posdoctoral del Conicet, investigadora del Centro de Estudios Históricos del Estado, Política y Cultura (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Comahue). Se especializa en historia argentina reciente y en historia sociocultural de la guerra y posguerra de Malvinas. Ha publicado diversos artículos en revistas nacionales e internacionales.

Claudia Salomón Tarquini (claudia.salomon.tarquini@gmail.com) es doctora en Historia, investigadora del Conicet y profesora regular en la Universidad Nacional de La Pampa. Asimismo, es coordinadora de la Maestría en Estudios Sociales y Culturales de dicha universidad. Se especializa en temas relacionados con historia regional, identidades e historia de poblaciones indígenas (Pampa y Patagonia, siglos XIX y XX). Sus últimas investigaciones se dedican a la historia comparada de los estudios indígenas en diversos contextos nacionales (enfoques, metodologías y redes personales e institucionales).

Sergio Serulnikov (sergio.serulnikov@bc.edu) es doctor en Historia por la State University of New York, miembro de la carrera de investigador del Conicet y profesor de la Universidad de San Andrés, donde se desempeñó como vicerrector académico entre 2010 y 2014. Recibió la John Simon Guggenheim Memorial Foundation Fellowship en 2007. Entre sus publicaciones se destacan *Conflictos sociales e insurgencia en el mundo colonial andino. El norte de Potosí, siglo XVIII* (2006) y *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru* (2010), ambos publicados en inglés por Duke University Press.

Julio Esteban Vezub (vezub@cenpat-conicet.gob.ar) es historiador, investigador del Conicet en el Centro Nacional Patagónico de Puerto Madryn y profesor titular de la Facultad de Humanidades y Ciencias

Sociales de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Estudia las redes sociales mapuches, tehuelches e indígeno-criollas durante el período de expansión nacional, con foco en los modos de hacer política y guerra de los jefes indígenas del siglo XIX mediante la reconstrucción de sus archivos y prácticas escriturales. Es autor de *Valentín Saygüeque y la Gobernación Indígena de Las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)* (2009). Es redactor jefe de *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*.

INTRODUCCIÓN

LAS GUERRAS EN LA HISTORIA

Federico Lorenz

Es verdad que las guerras se hacen por dinero, que es poder, pero los jóvenes parten al frente y matan y se hacen matar por palabras, que son poesía, y por eso son los poetas los que siempre ganan las guerras.

JAVIER CERCAS, SOLDADOS DE SALAMINA

I

Comencemos con lo que parece un clásico fragmento de la literatura militar.

Rusia, 1812. Una fuerza de infantería napoleónica enfrenta valientemente y con veteranía una situación desesperada. Marchan a paso firme bajo el fuego de las baterías rusas:

> [A]llí, bajo el humo y el estremecedor ronquido de las bombas rusas, entre los cadáveres que el flanco derecho había dejado atrás en el desorden de la retirada, en mitad del infierno desatado frente a Sbodonovo, un solitario, patético y enternecedor batallón con las guerreras azules de la infantería francesa de línea avanzaba en buen orden, águila al viento y erizado de bayonetas, en línea recta al enemigo.

Sin embargo, se trata de una novela del siglo XX, del prolífico Arturo Pérez-Reverte (1998: 17). No será un episodio "clásico", más bien, porque la descripción es engañosa. No hay heroísmo ni arrojo en nombre de la patria. Sin embargo, la escena es la más adecuada para el objeto de esta presentación, que es la de advertir acerca de cómo una mirada atenta y novedosa dirigida a un objeto antiguo puede decir nuevas cosas. Los infantes franceses que marchan a pesar de las andanadas y la matanza con las águilas al viento son españoles,

“voluntarios” enrolados a la fuerza, que buscan aprovechar la confusión para desertar y pasarse al bando de los rusos. Desde una lomada, Napoleón los observa y toma por un avance audaz lo que es un intento de deserción en masa. Los rusos, frente a ellos, repelen a los tiros lo que consideran un contraataque en regla. Solo los españoles, al mando del capitán García, único oficial sobreviviente de la carnicería, saben lo que realmente quieren. Pero no tendrán suerte. Su ejemplo inspirará una brillante carga de la caballería napoleónica, la victoria será para el emperador, y los sobrevivientes españoles seguirán maldiciendo su suerte.

Esta recopilación de estudios sobre distintos aspectos de la guerra en la historia argentina parte, sencillamente, de la idea de dirigir nuevas y diferentes miradas sobre un antiguo tema, con la certeza de que en el ejercicio ganarán tanto la comprensión del pasado nacional en sentido amplio como el estudio de las guerras argentinas en particular.

II

Debo admitir sin complejos que el hecho de mi dedicación a la Historia se debe en gran medida a mi interés en los relatos de guerra, encarnados en fragmentos como el citado. A partir de mi infancia muchos de mis juegos tuvieron por tema soldados y batallas. Desde los soldaditos de plástico ordenados en filas y batallones en mi habitación, hasta las películas interminables de yanquis imbatibles, japoneses horribles y alemanes siempre malísimos en *Sábados de super acción*, siempre viajando entre las novelas de Emilio Salgari y las historietas de la editorial Columba (*Águila Negra*, *Chindits*, *Gilgamesh*, *Nippur*, *Cabo Savino*), me declaro reo de un pasado “infanto-belicoso” poblado de guerreros y batallas.

Tampoco se debe olvidar el peso simbólico de la guerra y los héroes en la escuela pública argentina de entonces: deben ser pocas las personas que pasaron por nuestro sistema educativo sin haber actuado disfrazados de granaderos o patricios en un acto escolar o que no han reproducido con emoción alguna frase célebre y aparentemente eterna de San Martín o Belgrano en sus aniversarios. Por no hablar, en 1982, de la guerra de Malvinas.

Pero las lecturas avanzaron tanto como la historia, y aún recuerdo mi perplejidad cuando, al buscar escenas para seguir alimentando mi curiosidad por la guerra en *Sin novedad en el frente*, encontré sorprendido que esta podía ser suciedad, miseria y muerte sin sentido, poco heroica y por docenas. Recuerdo la conmoción de ese “descubrimiento”, la sensación adolescente de engaño e indignación. Comencé entonces mi pasaje de la memorización de fechas, nombres

de generales, descripciones de armamentos y batallas, al abordaje de la historia de la guerra de carne y hueso. Cuando leí que “casi todos los hombres mueren como animales, no como hombres” (Hemingway, 2007: 530), ya estaba preparado y propenso a recibir esa frase también de manera acrítica.

Pero a la vez, al comenzar mis estudios para convertirme en profesor de Historia, descubrí con gran frustración que las materias no incluían temas bélicos, como no fuera de manera tangencial o subordinada a explicaciones económicas y políticas. A pesar del énfasis en nuevas formas de “hacer historia”, la ausencia también era total en cuanto al análisis de su iconografía, la problematización de las experiencias de hombres y mujeres expuestos al conflicto, sus impactos regionales, sus vínculos con las formas estatales y las prácticas políticas (salvo, sí, en períodos “de manual”, como la Antigüedad y la Edad Media). Aprendí, además, que la historia militar así como la historia política eran dos de los “jinetes negros” del positivismo, contra las que reaccionaba toda la bibliografía con la que estudié a comienzos de la década de 1990. La militar era otra encarnación de la historia de los acontecimientos, la historia de los Estados-nación, excluida tanto de la historia social como de la cultural.

También pongamos en contexto ese aprendizaje: la Argentina de la posdictadura, atravesada por el impacto de Malvinas, las denuncias por las violaciones a los derechos humanos, el juicio a las juntas y las leyes de impunidad, y los indultos de la segunda mitad de la década de 1980. Es decir: existía un fuerte énfasis en el relato crítico acerca de la violencia, en la demanda de justicia. Cuando a mediados de los noventa comencé a investigar sobre la guerra de Malvinas, recuerdo la suspicacia con la que muchos colegas me escuchaban anunciar que iba a entrevistar a excombatientes. Todo lo militar, aún entonces, olía a la “dictadura”. Otra limitación.

Parecía que en la renovación de este campo disciplinar, la “historia militar” era metodológicamente anacrónica e ideológicamente retrógrada, y conceptualmente constituía un sinónimo de “historia de la guerra”. Pero lo anacrónico era la concepción acerca de ella.

III

Aún hoy el sentido común, incluso el de muchos investigadores, asocia la historia de la guerra a descripciones de armas, batallas, cuestiones técnicas y relatos de idas y venidas diplomáticas. Esta forma de reconstrucción histórica, asimismo, alimenta ciertas formas de usos públicos del pasado, que también son visibles sobre todo en la enseñanza de la Historia y las conmemoraciones nacionales, que,

aunque cuestionadas desde lo académico, tienen mucha vigencia popular.

Este sentido común se potencia con la incomodidad que genera un elemento constitutivo de la experiencia bélica: el hecho de que a lo largo del tiempo las sociedades han aceptado y legitimado distintos grados y formas de violencia aplicada a otros seres humanos, así como justificado las muertes de propios y ajenos en función de distintas causas u objetivos colectivos: la revolución, la fe, la independencia, la patria… Pero esta evidente constatación histórica choca con la experiencia cultural de la segunda mitad del siglo XX. Somos hijos de una época emergente de Auschwitz y de dos guerras mundiales. El caso argentino, además, está marcado por la experiencia del terrorismo de Estado. Formamos parte de sociedades que después de un conflicto han construido una imagen pacífica de sí mismas, lo que dificulta aún más la idea de que las guerras y las formas de violencia fueron legitimadas y naturalizadas en otros momentos de la historia (incluso por esas mismas sociedades).

Sin embargo, como señala Enzo Traverso, los historiadores debemos "impedir que nuestra sensibilidad postotalitaria nos lleve a transformar una categoría ético-política en una categoría histórica, pensando que la condena moral de la violencia puede reemplazar su análisis y su interpretación" (Traverso, 2009: 17). Dicha sensibilidad se nutrió, también, de la forma que tomaron muchas de las aproximaciones al pasado reciente, marcadas por el interés en la experiencia de las víctimas de los totalitarismos y las dictaduras. Esto, por ejemplo, hace que en el caso de la guerra sea hoy sea más fácil ver a los soldados como "víctimas" que como agentes de la violencia, lo que es relativo desde el punto de vista de la realidad de la guerra (Bourke, 1999; Audoin-Rouzeau y Becker, 2002: 226 y ss.). A la vez, estas formas de narrar el pasado rompen con uno de los elementos fundantes del ingreso de las guerras en la escritura de la Historia: su estructura épica. Los relatos y análisis acerca de las guerras, desde el siglo XX, se han consolidado en una matriz posheroica que dificulta aún más la consideración de la experiencia bélica, ya que muchas veces quienes han pasado por tal circunstancia se remiten precisamente a esos marcos retóricos épicos para darle sentido a lo que vivieron.

Pese a estos condicionantes, desde finales de la década del sesenta la historia de la guerra se ha enriquecido por una serie de aportes provenientes de otras disciplinas, sobre todo de la historia cultural y social. De este modo, la aparentemente aséptica historia militar encarnada en análisis de batallas, cadencias de tiro y maniobras, dio paso al interés por el estudio de las experiencias de los seres humanos en guerra. Así, para el caso de las guerras europeas encontramos

investigaciones que se ocupan del duelo, la brutalización y la violencia, y las formas en las que la guerra moderna incidió en los modos de hacer política (Winter y Prost, 2008: 29). Es decir que desde hace más de treinta años el repertorio metodológico y conceptual de la historia social y cultural fue aplicado al estudio de la constitución de la experiencia de guerra, considerada decisiva para la comprensión del "violento siglo XX".

Uno de los fundadores de la historia social de la guerra, John Keegan, plantea algunas de las particularidades de un objeto sometido a nuevas preguntas:

> Los militares no son como los demás hombres: es la lección que he aprendido de toda una vida en el seno del mundo militar. Y la lección me ha enseñado a considerar con extrema suspicacia las teorías y los modelos sobre la guerra que tratan de equipararla con cualquier otra actividad humana. Indudablemente, la guerra, como han demostrado los teóricos, se relaciona con la economía, la diplomacia y la política; pero esa relación no significa identidad ni similitud. La guerra es totalmente distinta a la diplomacia y a la política porque tienen que hacerla hombres cuyos valores y cuya capacidad no son los de políticos y diplomáticos. Son valores de un mundo muy distinto, un mundo muy antiguo que existe en sintonía con el mundo cotidiano, pero que no forma parte de él (Keegan, 1995: 17).

Keegan llama la atención sobre la necesidad de pensar las guerras como un fenómeno específico, sin que por ello pierdan su relación con el contexto más amplio en el que se desarrollan, los marcos históricos y las sociedades que las producen. En particular, su trabajo se concentra en estudiar las relaciones entre los conflictos armados y cuatro variables: la social, la política, la económica y la tecnológica, que se retroalimentan con la guerra. Los militares, según el enfoque de Keegan, "no son como los demás hombres" no por ser extraordinarios, sino por ser actores sociales específicos; del mismo modo, las guerras, en tanto procesos históricos, también lo son. Es a partir de esta constatación que la guerra puede ser entendida como un fenómeno sociocultural. Sostiene Keegan más adelante: "La cultura es una fuerza tan poderosa como la política en la elección de los medios bélicos, y en ocasiones más predominante que la lógica política o militar" (Keegan, 1995: 63). Las guerras, afirma Raymond Aron, "se parecen a las sociedades que las libran. Entre los instrumentos y las armas, entre las relaciones de clase y los ejércitos, aparece a lo largo de los siglos una relación recíproca" (cit. en Aznar Fernández-Montesinos, 2011: 23).

Es bueno destacar, por otra parte, que los estudios que se ocupan de la guerra, en general, parten de un paradigma definido como "el modelo occidental de la guerra", de notable influencia en muchos asesores de gobiernos de las potencias hegemónicas. Desde esta

perspectiva, en ocasiones estos estudios han derivado en una explicación "histórica" del predominio de Occidente sobre el mundo (Bermejo, 2004: 185).

De allí que este modelo requiera de una observación que matice esas miradas generales: se trata de prestar atención a la guerra, además del fenómeno histórico-político, como experiencia vivida. Surge la necesidad de pensar la noción de experiencia asociada a los estudios bélicos. En una clave thompsoniana, se trata de entender que la guerra es tanto una actividad social como cultural, una forma de relación social a la que debemos aplicar las mismas herramientas conceptuales y metodológicas desarrolladas para analizar otros fenómenos históricos (la vida de los obreros, la historia de las mujeres, la circulación cultural); con la particularidad de que la guerra probablemente requiera un esfuerzo de intelección mayor, en tanto se trata de comprender un hecho histórico no solo pasado (es decir, de devolverle su inteligibilidad), sino que conlleva una forma de acción humana repudiable en términos morales, en tanto implica violencia y muerte. Pero esta idea no debe hacernos perder de vista, como señala J. Glenn Gray en uno de los mejores análisis sobre la experiencia de guerra, que su "terrible normalidad" es el producto de la cultura moderna (Glenn Gray, 1998: xviii). Cultura que, por otra parte, es el emergente de procesos multiseculares de sedimentación y resignificación de imágenes, historias y valores que constituyen las representaciones orientadoras de las acciones de los hombres en batalla, y que en definitiva los predisponen (de distintas formas) a matar y morir (Audoin-Rouzeau y Becker, 2002: 17). Para el caso del siglo XX, por ejemplo, numerosos estudios muestran de qué manera el cine bélico "organiza" los relatos de las experiencias de los hombres enviados a la guerra. Muchas veces los testimonios establecen analogías con las escenas vistas en la pantalla, como en esta carta enviada desde Malvinas en 1982, donde un conscripto asocia su vida cotidiana en el frente a las series de televisión:

> Desde que me escribiste hasta hoy, 17 de mayo, han pasado muchas cosas. Entre ellas te cuento varias: el ataque al aeropuerto, a Puerto Darwin y varios bombardeos navales. Sí, bombardeos. Las bombas me caían a veinte o veiticinco metros. Esto es más o menos parecido a lo que pasa en la serie "Combate" pero esto no es serie, ni truco cinematográfico, sino que es realidad (Bustos, 1982: 155-156).

IV

Esta *Guerras de la historia argentina* se ubica en esa tradición de renovación de los estudios sobre la guerra. Reúne un conjunto de trabajos que, lejos de pretender agotar el tema, buscan señalar el

interés que ofrece aproximarse a la historia nacional tomando como eje la historia sociocultural de la guerra.

Vale preguntarse, ya que mencionamos la idea de un "modelo occidental" de la guerra, cuáles fueron sus características al ser exportado a las regiones americanas a partir de la Conquista, cuáles fueron sus adaptaciones y qué particularidades, si es que las tuvo, adquirió en su desarrollo histórico argentino. Los trabajos se detienen en momentos críticos del pasado nacional lejano y reciente, y los abordan desde la perspectiva de una historia sociocultural de la guerra. Los autores analizan las formas de combatir y de organización militar y social en función del hecho, las valoraciones culturales que movilizaron a los combatientes, la caracterización del adversario, los lazos políticos y sociales construidos a partir de la experiencia bélica (y también las resistencias a combatir), desde los tiempos coloniales a Malvinas. Los temas ofrecidos en esta compilación son solo algunas de las posibilidades de notar lo fructífero de encarar un objeto de estudio que atraviesa la historia argentina y latinoamericana. El peso de la guerra y las prácticas asociadas a ella condicionaron la existencia de generaciones de argentinos aun cuando el país no estuviera en conflicto, si pensamos, por ejemplo, en la vigencia del servicio militar obligatorio durante más de noventa años.

Los trabajos, escritos por destacados investigadores, no replican el efecto retórico de los viejos tratados de historia militar y descripciones de batallas, pero han debido nutrirse de estos para trabajar sobre el pasado militar argentino. Enfatizo esto pues se trata de reafirmar la idea de que, por subestimar un tema –la guerra, en este caso– ha sido infravalorada una gran cantidad de fuentes primarias en relación con el pasado. La renovación del interés por la cuestión bélica ha producido la confluencia entre las nuevas preguntas y formas de hacer y escribir historia, y un enorme corpus de memorias, crónicas y tratados que son los que conformaron una forma de escribir la historia, anclada particularmente en la narrativa épico-militar. Lo que emergerá de esa confluencia es, espero, la pregunta más productiva que quedará en el lector que aborde este viaje por el pasado argentino a través de algunos de sus conflictos armados.

El lector atento notará algunas ausencias. La primera excusa, por supuesto, es que nos propusimos una mirada de conjunto, pero no exhaustiva, porque ya existen muchas historias militares en la Argentina. Así, es de señalar que no incluimos trabajos sobre la guerra en el mar, del mismo modo que esta recopilación carece de un estudio sobre las contiendas de la Conquista, y las formas de combatir de los pueblos originarios antes de la llegada de los europeos.

Por otra parte, nos hemos aproximado a la historia reciente con una omisión que es, a mi juicio, uno de los desafíos que plantea este objeto

de estudio: un trabajo que aborde los hechos armados de la década de 1970 desde la perspectiva de la historia sociocultural de la guerra. Las formas en las que los actores se representan sus acciones son claves para analizar su experiencia histórica, las ideas y los valores a partir de los cuales vivieron su tiempo. En este sentido, la evidencia documental y testimonial acerca de que varios de los actores de esa década vivieron la política como una guerra es abrumadora. Pero resulta tan sencillo afirmar y verificar esto como difícil plasmarlo en investigaciones. Lo que se debe, en mi opinión, a que el pensamiento histórico en relación con ese aspecto específico del pasado está aún demasiado permeado tanto por la propia experiencia de los investigadores como por lo que podríamos llamar una "judicialización" de las categorías históricas, cuando de lo que se trata es de comprender a los actores en su contexto.

Entramos, por supuesto, en la vieja discusión acerca de si "comprender" es "justificar", que tantos puntos notables tuvo en relación con el Holocausto. O, en el caso argentino, darles argumentos a quienes impugnan los juicios por crímenes de lesa humanidad desde el argumento de que el terrorismo de Estado fue una "guerra sucia". Esa extorsión conceptual debe ser quebrada, para avanzar en el conocimiento histórico de una época que aún nos atraviesa en sus consecuencias.

La dificultad es evidente: el campo historiográfico argentino vinculado al pasado reciente está más que familiarizado con la bibliografía y las discusiones más actuales en relación con las experiencias de guerras y formas de violencia. Pero se ha acercado a ambas, fundamentalmente, en la clave de tener elementos para pensar la memoria de la violencia extrema y los genocidios. Esto es claro incluso en relación con la guerra de Malvinas, "convencional" y "evidente", a la que los historiadores han prestado escasa atención en tanto tal, como una marca de las formas en las que tanto el campo historiográfico como el mundo cultural y político decidieron romper con el pasado en 1983.

En consecuencia, este libro es una propuesta, también, para nuevos audaces que piensen los hechos armados de los años setenta en la misma clave que sus actores: en la de la guerra. No en una clave nostálgica ni reivindicativa, sino sencillamente como historiadores; esto es, respetando las variables fundamentales de nuestro trabajo: tiempo, espacio, y a los seres humanos en sus circunstancias, en este caso, las terribles de la muerte y, también, de la esperanza. Como la que orientó los pasos de los desertores de Sbodonovo, aunque todos, incluso Napoleón, vieron otra cosa.

Bibliografía

Audoin-Rouzeau, Stéphane y Annette Becker (2002), *14-18. Understanding the Great War*, Nueva York, Hill and Wang.
Aznar Fernández-Montesinos, Federico (2011), *La ecuación de la guerra*, Madrid, Montesinos.
Bermejo, José Carlos (2004), "Pensando la guerra: algunas lecciones de la historia clásica", en José Carlos Bermejo (ed.), *¿Qué es la Historia teórica?*, Madrid, Akal.
Bourke, Joanna (1999), *An Intimate History of Killing. Face-To-Face Killing in Twentieth Century Warfare*, Londres, Granta.
Bustos, Dalmiro (1982), *El otro frente de la guerra. Los padres de las Malvinas*, La Plata, Ramos Americana.
Glenn Gray, J. (1998), *The Warriors. Reflections on Men in Battle*, Nueva York, Bison Books.
Hemingway, Ernest (2007), "Una historia natural de los muertos", en *Cuentos completos*, Buenos Aires, Lumen, pp. 525-533.
Keegan, John (1995), *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta.
Pérez-Reverte, Arturo (1998), *La sombra del águila*, Madrid, Alfaguara.
Traverso, Enzo (2009), *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Winter, Jay y Antoine Prost (2008), *The Great War in History. Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.

CAPÍTULO 1

LA GUERRA GUARANÍTICA (1753-1756). POLÍTICA, REPRESENTACIONES E IDEOLOGÍA

Lía Quarleri

A principios de 1750, un conflicto de inesperada envergadura estalló en el corazón de las reducciones jesuíticas de guaraníes. Un desconcertante tratado de límites entre los monarcas de España y Portugal se había firmado recientemente en Madrid con el fin de concluir con las históricas rivalidades de ambas potencias por la potestad de sus posesiones coloniales. En el caso de sus dominios en América del Sur, el Tratado de Permuta implicaba, entre otras cosas, la cesión a Portugal de un territorio ocupado por siete reducciones jesuítico-guaraníes, ubicadas al este del río Uruguay, a cambio de Colonia del Sacramento, enclave lusitano fundado en 1680 en territorio de la Corona española.1) El intercambio realizado, además de las gestiones de paz, cumplía con intereses geopolíticos y económicos concretos. La cesión a Portugal del espacio misionero significaba el reconocimiento, por parte de la Corona española, de la expansión territorial que los portugueses habían iniciado sobre los límites virtuales establecidos por el Tratado de Tordesillas. Además, el control de la plaza de Colonia por parte de España, así como el uso privativo del Río de la Plata, conllevaba la posibilidad o la intención de desarticular el contrabando liderado desde allí por portugueses, ingleses y otros actores locales. Sin embargo, la negociación encerraba extremas complejidades en su proceso de ejecución, ya que para concretarse la permuta se debía ordenar el traslado de la población de las siete misiones guaraníes implicadas –unas treinta mil personas– y la fundación de nuevos asentamientos dentro de los dominios españoles o fuera de ellos.

Los intentos por revertir el tratado desde el ámbito local no lograron una respuesta desde el ámbito real; por el contrario, la orden se extremó y se enviaron comisionados para su efectivo y pronto cumplimiento. En este contexto, los jesuitas a cargo de las siete

reducciones organizaron los primeros traslados. No obstante la presión, las dificultades experimentadas y la falta de garantía sobre la posesión de nuevos espacios fértiles generaron la reacción negativa de la población de cada uno de los siete pueblos. En consecuencia, liderados por sus caciques, los aborígenes se negaron a dejar las reducciones y algunos de ellos impidieron, poco tiempo después, la entrada de los comisionados de demarcación a la zona afectada por la permuta. Este suceso, ocurrido en febrero de 1753, alarmó al gobierno local, a la Corona de España y la de Portugal y a las máximas autoridades de la orden religiosa. Inmediatamente después, a través del gobernador de Buenos Aires, se intimó a los curas y a sus caciques a abandonar los pueblos, bajo amenaza de enviar a las tropas reales. Pero los cabildos de los pueblos manifestaron su postura de intransigencia y su decisión de defender las tierras de sus ancestros con su sangre. Dos campañas de guerra fueron enviadas contra los pueblos, en 1754 y 1756, tras lo cual la resistencia fue aplacada por los ejércitos aliados de España y Portugal. Este hecho inusitado cobró resonancia historiográfica por múltiples cuestiones. (2) En este trabajo interesa dar cuenta de cómo la guerra cobró nuevos sentidos para los pueblos, en este nuevo contexto, y de qué manera en función de esa trama de significados y disposiciones se proyectó una estrategia de defensa en el ámbito político, ideológico y bélico. (3) Su posición frente al conflicto y el impacto de la derrota cobrarían una dimensión particular para los guaraníes reducidos, en virtud de que la guerra se había constituido históricamente en una práctica en la que se habían desempeñado con cierto éxito, tanto en su expansión y conquista en la cuenca del Plata como en el contexto misionero.

Desde tiempos antiguos los guaraníes fueron agentes de un proceso de migración y expansión que se plasmó en la conquista de espacios territoriales y conllevó continuas rivalidades internas e interétnicas. Su presencia dominante en la región les permitió ocupar extensas áreas fértiles a lo largo de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay, y conservarlas gracias a la coalición aldeana y a la disposición y preparación bélica alimentadas por concepciones y valores en torno a la destreza de sus guerreros. (4) La guerra, junto con la expansión, comenzó a ocupar un lugar destacado en la vida social de estos grupos; sin embargo no por ello constituyó una respuesta cultural estructural, inalterable e inmutable. (5) Por el contrario, se debe partir de la existencia de factores multicausales. (6) Con la conquista europea, se sumaron nuevas lógicas de dominio y tácticas bélicas que implicaron una resignificación de estrategias y posiciones. Aquellas parcialidades guaraníes que aceptaron ser reducidas por los jesuitas contaron con mayores garantías de protección sobre sus tierras, y gente y medios de expansión. En especial, la creación de las milicias

guaraníes en 1649 como resultado de una alianza triangular entre la Corona española, los jesuitas y los líderes guaraníes dio mayor poder de negociación. De esta forma las tradiciones, habilidades y destrezas guerreras de los guaraníes fueron dirigidas hacia fines netamente colonialistas. Desde entonces la guerra colonial pasó a ser el principal sostén de las misiones jesuíticas a lo largo de ciento cincuenta años.

La coyuntura colonial implicó tanto una fuerte resignificación de los sentidos de la guerra para los guaraníes reducidos como de las motivaciones, ritualidades e institucionalidades asociadas a ella. Dentro del contexto reduccional se manifestó, en el imaginario y en el campo de batalla, una "guerra mestiza" por la combinación o uso alternativo de lógicas, intereses y representaciones de diferente origen. La guerra, suscitada tras el Tratado de Madrid de 1750, constituye un episodio excelente para dar cuenta de esa nueva realidad en que tendencias divergentes confluyeron y se expresaron para definir una situación de conflictividad política, apelando a la acción bélica como un medio tanto potencial como real. En este sentido, la guerra no consituyó el fin deseado por todos y en todo momento, y las significaciones y expectativas depositadas en ella fueron variadas, desde el lado de los guaraníes así como del de los jesuitas. En este trabajo se busca dar cuenta, a partir de un episodio excepcional de la historia americana, como fue la llamada "guerra guaranítica" (1753-1756), de la heterogeneidad de sentidos, imaginarios y expectativas manifestada por los actores involucrados así como de los medios utilizados por los guaraníes y los jesuitas para dirimir el conflicto. El objetivo consiste en recuperar las diferentes concepciones sobre la guerra, las prácticas y los resultados asociados a ella para ver, a partir del caso analizado, las relaciones existentes entre representaciones, política e ideología. (7)

El origen del conflicto

Desde la creación de las milicias guaraníes, a través de sus cabildos y caciques los aborígenes reducidos actuaron a pedido de los gobernadores locales en campañas defensivas u ofensivas contra los lusobrasileños, los indios infieles, ante amenazas de invasión por parte del puerto de Buenos Aires y en la construcción de fortificaciones (Avellaneda y Quarleri, 2007: 107-132). La falta de concreción de un pago en retribución creó una relación de don y contra-don que se tradujo en la posibilidad de contar con el amparo real en la expansión territorial y en la autonomía política de las misiones. La participación en las milicias forjó, entre los guaraníes, sentimientos de seguridad y pertenencia más elevados, ya que los éxitos en el campo de batalla se tradujeron en una relativa estabilidad en la posesión de la tierra y los

recursos y dieron a sus misioneros, los jesuitas, herramientas de negociación frente a las autoridades coloniales. No obstante, existieron coyunturas de profundas crisis que llevaron a muertes, fugas, pérdidas de animales y cosechas, que mostraron el costado oscuro de sus actividades como milicianos. (8) Esto último, así como una serie de transformaciones suscitadas dentro de la misión, llevaron a rever el rol de la guerra frente a otras alternativas, como el trueque y las alianzas políticas interétnicas, que, si bien no descartaban el conflicto bélico, causaban menos inestabilidad a largo plazo. Sin embargo, con ciertas reticencias, las milicias continuaron respondiendo a algunas órdenes gubernamentales, en virtud del pacto implícito con la Corona.

Uno de los principales enemigos combatidos por los guaraníes, desde los ataques bandeirantes de principios del siglo XVII hasta poco tiempo antes del tratado, habían sido los portugueses. Sobre ellos los guaraníes habían gestado un conjunto de representaciones que daban profundidad histórica a sus actos. En los sitios a los portugueses de Colonia del Sacramento, por orden de los gobernadores de Buenos Aires, los guaraníes manifestaron una extrema violencia sobre los cuerpos en el campo de batalla, como parte de un rito de venganza. Las noticias del tratado acordado entre España y Portugal en 1750 llegaron quince años después de la última toma de Colonia del Sacramento, período en el cual los guaraníes y los jesuitas no habían dejado de tratar de frenar la fundación de estancias y fuertes por los lusobrasileños cerca del perímetro misionero. En esta coyuntura, los nuevos límites consignados en el tratado para la región en cuestión resultaron desconcertantes para los guaraníes y los jesuitas de las misiones, por las pérdidas territoriales en beneficio de Portugal, por la proximidad que este ganaba sobre el Río de la Plata y por los perjuicios directos que la permuta de tierras ocasionaba al complejo misionero. Las noticias de su firma y luego el conocimiento de sus cláusulas provocaron gran confusión y un flujo de cartas e informes, desde diferentes ámbitos de las gobernaciones hispano-criollas, que desalentaban su cumplimiento. Tanto los jesuitas como los obispos, cabildos y gobernadores de las jurisdicciones del Tucumán, Buenos Aires y el Paraguay instaron en sus cartas a ser tenidos en cuenta. Los jesuitas anunciaron, entre otras cosas, una rebelión general de todos los pueblos. (9) Sin embargo, nada de esto fue motivo de retracción, ya que el incumplimiento del tratado ponía en juego las recientes negociaciones de paz entre ambas Coronas. Por el contrario, las cartas escritas por los jesuitas del Paraguay que advertían o argumentaban sobre las controversias del tratado fueron leídas negativamente por las autoridades reales y los ministros de Estado. Nada fue considerado relevante, ni siquiera por el propio general de la Orden, Ignacio Visconti, quien con anterioridad se había manifestado preocupado por

la imagen y el desempeño de sus misioneros. (10)

En contraposición a lo esperado, las autoridades reales se endurecieron y nombraron comisionados para hacer cumplir las medidas desde el ámbito local. La orden designó al jesuita Lope Luis Altamirano en el rol de comisario especial para supervisar el cumplimiento del traslado. Los jesuitas del Paraguay debían captar la voluntad de cincuenta o sesenta caciques por cada misión a cambio de la suma de veintiocho mil pesos prometida por el rey, la concesión de títulos reales y la exención de diez años de tributos. En virtud de su habilidad y conocimientos, se encomendó la tarea de trasmitir la disposición real y coordinar la elección de los futuros sitios al padre Bernardo Nusdorffer, antiguo misionero del Paraguay y por entonces superior de las misiones del Paraná y del Uruguay.

Los curas de los siete pueblos supervisados por Nusdorffer emprendieron la búsqueda de nuevos sitios, en consenso con los cabildos y los caciques. Sin embargo, la cuestión se transformó en un eje interno de controversias. Uno de los grandes inconvenientes era la ausencia de tierras aptas, desocupadas y accesibles para reubicar a todas las familias, donde se reprodujeran las condiciones necesarias para la obtención de subsistencia y el cultivo comercial. Las condiciones del clima, la geografía y el relieve del lugar debían ser propicios para el desarrollo de la yerba mate y el algodón, y las planicies interfluviales tenían que facilitar la reserva de ganado. Los sitios elegidos debían entonces conjugar las nuevas soberanías reales con las potencialidades productivas y la disponibilidad de terrenos para las aldeas, las estancias y los cultivos, así como responder a las preferencias particulares de los caciques y de las parcialidades de cada reducción. (11) No obstante, pese a la poca disponibilidad de terrenos así como a las dificultades en la construcción de consenso en la elección de los sitios, se emprendieron diferentes salidas, con excepción de San Nicolás, que había desistido de la mudanza.

Entre junio y octubre de 1752, unas doscientas familias de cada reducción, acompañadas por un cura y colaboradores, iniciaron el traslado hacia nuevos sitios. Algunos grupos cruzaron el Uruguay, otros atravesaron el Paraná y también se dirigieron hacia el sur, en dirección al río Negro y al Queguay. Pero solo dos grupos de familias llegaron a destino, San Lorenzo y San Borja, y solo la población de esta última reducción permaneció un tiempo prolongado en el nuevo sitio. Las primeras familias en retroceder fueron las de San Miguel, que debían trasladar la mayor cantidad de ganado y no tenían sitio seguro para hacerlo. Luego de padecer las peripecias de los primeros intentos de mudanza, se fueron sumando las demás con distinto grado de convicción. San Miguel, la más activa, desde que se sumó a la resistencia pasó a liderar el movimiento a través de la participación de

sus caciques, pero en oposición manifiesta del corregidor que presidía el Cabildo. Por su parte, los caciques de San Juan, San Luis, San Lorenzo y San Ángel, ante el cansancio y la desolación comunicados por los transmigrados, impidieron la salida de nuevas familias, mientras que San Borja, por su lado, manifestó sujeción y pasividad desde el origen de los hechos. (12) Esta situación puso a los jesuitas en una encrucijada política muy difícil de resolver. Mientras algunos seguían intentando hacer la mudanza, otros esperaron perplejos alguna reversión de la situación. Sin embargo, esta nunca llegó y el conflicto tomó un rumbo no deseado.

La conformación de la resistencia

Desde que la noticia sobre el tratado de límites llegó a los pueblos, la intranquilidad y el malestar dominaron el estado cotidiano de su población, el de sus caciques, el de sus corregidores y alcaldes y el de los jesuitas. El desconcierto pasó a constituirse en el sentimiento generalizado tanto de los siete pueblos afectados como de aquellos ubicados en la otra banda del río Uruguay. Sin embargo, esa sensación compartida no encontró una respuesta unívoca. Al contrario, la ausencia de un marco claro, de un enemigo determinado, la sumatoria de dudas y confusiones y las posturas divididas entre sus curas llevaron a tomar decisiones desfasadas en el interior de los pueblos o entre ellos, que le dieron al conflicto un crecimiento escalonado marcado por el aumento de desazón por la posible pérdida de sus tierras, en un comienzo, y luego por la intención de canalizarlo a través de una conciencia común y un discurso lineal por parte de los caciques o corregidores devenidos en líderes. Así, si bien el descontento por la mudanza se manifestó primero en motines aislados y luego en una actitud orientada hacia la toma de los pueblos y de sus estructuras y dispositivos de poder, no adquirió la misma fuerza y no alcanzó a todos por igual. (13)

El punto de inflexión se produjo cuando la partida demarcatoria, comandada por el español Juan de Echevarría y el portugués Francisco Antonio Cardoso de Meneses, junto con cuatrocientos soldados o compañía armada, alcanzó en febrero de 1753 el primer paraje de la estancia de San Miguel. Su presencia implicó para los pueblos una toma definitiva de conciencia de que las palabras proferidas por el rey o el padre general de los jesuitas no eran construcciones imaginarias sino que, por el contrario, reflejaban una realidad. Luego de intercambiar correos y apreciaciones, un centenar de guaraníes, con algunas armas y caballos, se congregó en el puesto de Santa Tecla, donde había una capilla que abría las puertas al territorio misionero. Entre ellos se encontraba el nuevo corregidor de

San Miguel, José Tiarayú, quien, al entrar en contacto con los emisarios reales y en representación del resto, instó a la comitiva a replegarse en su marcha alegando que los pueblos no tenían órdenes ni de sus padres ni del gobernador para dejarlos pasar. Los comisionados se retiraron del territorio, pero las noticias de los sucesos tuvieron como respuesta la declaración de guerra a los pueblos por parte del gobierno colonial. (14)

El encargado de comunicar las acciones de guerra fue el gobernador José de Andonaegui, como capitán general de la gobernación del Río de la Plata. En contraste con lo esperado, la declaración no provocó un repliegue sino una enfática afirmación de resistencia argumentada en un conjunto de cartas dirigidas al gobernador. (15) En ellas, las autoridades guaraníes expresaron, bajo un discurso común, los motivos de su oposición a dejar sus tierras a partir de vivencias, teorías y creencias. Las cartas, originalmente escritas en guaraní, estaban suscriptas por las autoridades de los cabildos y los caciques de los pueblos afectados, con excepción de San Borja, y por el corregidor de Concepción, Nicolás Ñeenguirú, uno de quienes se constituirían en principales líderes del movimiento. (16) En cada una de las siete cartas quedaron expresadas concepciones particulares sobre su relación con Dios, el rey, los jesuitas y también con los portugueses. A su vez, en ellas se volcó un cuidado discurso en torno a los derechos de posesión de la tierra y la legitimidad clamada ante la resistencia expuesta. (17) Un entramado complejo de referentes que revelaron, por un lado, la apropiación de un conjunto de teorías enseñadas por los jesuitas y por otro, su resignificación sobre la base de concepciones tradicionales de reciprocidad política, como ciertas prácticas históricas en relación con el pacto de vasallaje hacia el rey, constituido implícitamente desde el origen de las reducciones. (18)

Los guaraníes, contra lo que aspiraba el gobernador de Buenos Aires, no dieron muestras de arrepentimiento ni dejaron sus tierras en signo de ciega obediencia al rey. Aunque una guerra como resolución del conflicto no era un designio compartido por todos los caciques en la misma medida, la detención de la comitiva lusoespañola en Santa Tecla había puesto el enfrentamiento armado o la amenaza de ello en el centro de la escena. Sin embargo, el conflicto tomaba este rumbo dentro de una red simbólica y política heterogénea. Al respecto, aunque la base de la resistencia estaba asentada linealmente en la defensa del territorio misionero y en la dificultad de encontrar nuevos sitios para reproducir las condiciones de vida de la población reducida, las posiciones y motivaciones grupales o particulares influyeron en la impronta, dimensión y tono que fue tomando el conflicto. Al respecto, la postura de cada cura en la mudanza, en la

resistencia y en el acompañamiento posterior, y las acciones de ciertos líderes en cada uno de los movimientos tácticos, espontáneos o ambiguos que se fueron manifestando desde el origen de los hechos delinearon un proceso que tomó por momentos perfiles radicales y también rumbos caóticos y sinuosos. (19)

En esta línea, la escritura de las cartas fue una instancia de construcción de consenso sobre la base de la acción directa de la dirigencia de los pueblos, cabildos y caciques, de ciertos líderes y de algunos jesuitas que fueron asesorando oportunamente a estos últimos. Esta correspondencia se constituía en el resultado de una cuidadosa y pensada estrategia política, basada en la apelación a recursos y anclajes históricos y simbólicos comunes y en la convicción de una reacción favorable por parte de las autoridades coloniales. Pero las cartas conformaron un telón de fondo de una escena en cuyo centro se encontraba la elite indígena con una posición clara, común y contundente. Detrás de él, reinaba el desconcierto y la ausencia de un liderazgo transversal que aunara a la población de los siete pueblos. Al respecto, durante gran parte del tiempo que duró la resistencia se mantuvieron dos ámbitos: uno manejado por la elite letrada que se comunicaba por cartas y notas para organizar y ampliar las noticias y otro que tenía a la población del común a merced de las informaciones y órdenes dadas por sus caciques. (20) En la adhesión a una defensa armada jugaron estos espacios, así como la situación de cada pueblo, la conexión e identificación con el conflicto o con la estructura misionera, las pérdidas que implicaba el traslado o por el contrario las expectativas e imaginarios que fueron condimentando o dando sentido a sus actos. La guerra entonces no aparecía como algo que simplemente se imponía, sino que entraba dentro de una lógica de interpelación significativa amplia y diversa.

Los significados de la guerra

El conflicto originado tras la firma del Tratado de Madrid había ido tomando diferentes grados de virulencia en contacto con las órdenes y modalidades del traslado dadas a la población misionera, en virtud de los diversos y hasta fantasiosos rumores sobre los autores y los motivos del tratado, y finalmente ante la presencia de la comitiva demarcadora. En efecto, si bien la defensa del territorio se transformó en el factor que cruzó todo el proceso de resistencia, este fue condimentándose y cambiando de óptica a partir de una combinación de noticias, imaginarios, hechos y posturas o decisiones manifestadas por los diversos protagonistas. (21) La declaración de guerra, en cambio, exigió una toma de posición frente a un posible enfrentamiento bélico. La combinación de sensaciones y concepciones

quedó expresada en la propia acción de escribir, en tanto estrategia política de intimidación y persuasión así como en el contenido de las cartas. Fueron, en particular, los caciques de San Miguel con su Cabildo quienes marcaron un tono radical en su postura. En las cartas dirigidas al gobernador, en junio de 1753, invocaron a las fuerzas bélicas del gobernador en un registro desafiante al afirmar: “señor, tú mismo ven a convertirnos en ceniza”, “para eso traed esos vuestros cañones y hágase la voluntad de Dios y la vuestra no por eso nos huiremos de nuestros pueblos ni los dejaremos”. (22) Mientras que las autoridades del pueblo de San Miguel expresaron lo siguiente:

> Aunque no queremos guerra, mas por la hubiese decimos a los nuestros: prevéngase solo para ella compongamos bien las armas busquemos a nuestros parientes que nos han de ayudar […], salvemos nuestras vidas, nuestra tierra y nuestros bienes todos porque no nos conviene que con la mudanza quedemos pobres y afligidos. […] esta es la tierra donde nacimos y nos bautizamos y así aquí solo gustamos de morir. (23)

Cuando se conocieron las noticias sobre la preparación de una campaña militar contra las reducciones, hacia fines de 1753, la posición discursiva dejó lugar a la organización de la resistencia armada. Se sabía ahora que tanto españoles como portugueses estaban involucrados en la toma de los pueblos y ante ello solo quedaba la sumisión o la defensa, sin abandonar la esperanza de una reversión de los hechos. Con fuertes disidencias internas, quienes asumieron el liderazgo de la resistencia tomaron el camino de las armas. Esta actitud extrema no era compartida por todos los aldeanos ni tampoco por la mayoría de sus curas, que seguían apelando a la defensa discursiva para impedir su estallido. Solo unas pocas familias de San Lorenzo huyeron de las misiones. La mayoría, aunque dividida en sus posturas, quedó a la espera. Mientras tanto, algunos caciques y autoridades dispuestos a la guerra, bajo la débil dirección de algunos sujetos devenidos en líderes, reorientaron los principales dispositivos de defensa del territorio misionero. Para ello, los caciques rebeldes se apropiaron de las vías de circulación de correspondencia para mantenerse comunicados y controlar la desavenencia o lograr apoyo más allá de los siete pueblos. (24) Así, pronto contaron con el aval de caciques de otras misiones del Uruguay. (25)

Con una confederación entre pueblos se esperaba diversificar y fortalecer la defensa del territorio, si se lograba aunar criterios, tácticas y posiciones. Así, se buscó concretar este aspecto con el fortalecimiento de un liderazgo transversal. En este sentido, fue cobrando espacio la figura del corregidor de Concepción, Nicolás Ñeenguirú, al ejercer una compleja acción política que acompañó la resistencia, consistente en su participación en la correspondencia, que

convocaba a los parientes de ambos lados del río para sumar a la defensa armada, así como en la respuesta a ciertas demandas del lado de los jesuitas (Nusdorffer, 1969). La complejidad estaba dada, a su vez, porque eran los caciques, de forma autónoma, los que adherían e incitaban a su gente a colaborar en la resistencia armada o, por el contrario, se mantenían al margen, reafirmando sus propios intereses, lógicas y respuestas. A fin de lograr mayor convocatoria, sujetos como Ñeenguirú se dirigieron hasta los pueblos o sus cercanías para convocarlos. (26) La organización de la defensa también exigió el aprovisionamiento de suministros de guerra, como mosquetes, recursos de abastecimiento de los almacenes de cada pueblo y la fabricación de arcos y flechas, en la disposición para un eventual enfrentamiento (Henis, 1836). Mientras tanto, la comandancia española y portuguesa preparaba su campaña de guerra. A comienzos de 1754 se preveía que los soldados españoles penetrarían el territorio desde el sur y los portugueses lo harían desde los confines orientales del espacio reduccional, donde habían levantado una fortaleza frente a la estancia misionera de San Luis sobre el río Pardo, afluente del Yacuy, en el actual estado brasileño de Río Grande del Sur (Sá e Faria, 1999).

La inminencia de un enfrentamiento bélico mostraba los límites de una acción política mediada por las argumentaciones, intimidaciones y despliegues discursivos de amplitud significativa por parte de los jesuitas, los guaraníes y los emisarios reales. Este devenir de los hechos llevaba el conflicto a una situación extrema marcada por las lógicas de la guerra, que transformaban al enemigo en objeto de una violencia impredecible con el fin de alcanzar la victoria, dentro de entramados significativos diversos. De esta forma, las concepciones sobre la guerra, en las condiciones dadas, determinaron las disposiciones y expectativas de cada parte e influyeron en las tácticas, en las acciones concretas y en sus resultados. Desde el lado de las Coronas, de los comisionados reales y de las máximas autoridades de los jesuitas, la guerra se constituía en el medio previsto para sofocar una posible resistencia y aplicar un castigo ejemplar en una relación colonial de larga data. La base ideológica sobre la que se sustentaba la avanzada contra los pueblos sin reparar en las consecuencias eran las doctrinas de la guerra justa y la condena contra el delito de lesa majestad. José de Andonaegui, gobernador de Buenos Aires y capitán general, fue el emisario de estas ideas que sustentaron como cuerpos de derecho las acciones bélicas contra el enemigo situacional desde tiempos antiguos. Al referirse a los pueblos rebeldes, el gobernador escribió lo siguiente:

> Confirmo el delito de *lesa majestatis* y los declaro en nombre del Rey Nuestro

> Señor y mío por rebeldes, traidores, infieles, desleales y desobedientes vasallos: procederé contra ellos por todo el rigor de las armas, haré cuantos daños pueda en sus vidas y haciendas hasta exterminarlos y acabarlos enteramente para que no quede memoria de gente tan perversa que no merece el patrocinio de ningún monarca de la tierra. (27)

Desde la óptica de la Corona y sus representantes, se apelaba a doctrinas de tradición medieval para justificar el uso de las armas con el fin de derrocar el movimiento y castigar a sus líderes por el delito de lesa majestad, al mismo tiempo que se asentaba como legítima la ocupación, el exterminio y la esclavitud que conllevaba "la guerra justa". Por su parte, desde la cúspide de la Compañía de Jesús en Roma, se avalaban las medidas en esta línea, aunque esto afectase la jurisdicción de los jesuitas del Paraguay y el destino de las misiones. En el espacio local fue un comisionado de la orden, el padre Alonso Fernández, quien se manifestó de acuerdo con el "derecho del cañón" contra los pueblos rebeldes. Así lo expresó:

> [S]olo se podrá sacar partido que facilite o dificulte menos la entrega con las medidas que allá podrán de la fuerza y con el derecho del cañón. Hablo de esa suerte por que así lo siento y por que en ningún tiempo digan que las entretenidas esperanzas que se dieron fueron causa de la demora en la ejecución del Real Tratado. (28)

El padre Fernández, como comisionado nombrado en segundo término por el prepósito general Ignacio Visconti, se remitió una vez más al conjunto de doctrinas e ideologías que durante siglos habían justificado la guerra contra los infieles y herejes en nombre de la cristiandad y los príncipes católicos. A través de una densidad ideológica, de una coyuntura de dominación y de una configuración política particular se pretendía naturalizar las acciones de guerra contra vasallos del rey y se concebía un éxito seguro, al mismo tiempo que se esperaba mostrar ante los múltiples espectadores el castigo a la desobediencia de una orden real. La campaña de guerra representaba aquí, entonces, una forma de encauzar el orden político revertido por la resistencia, y se concebía como legítima y justa dentro de un entramado ideológico y doctrinal de extensa impronta.

Para los guaraníes la guerra se ubicaba en un plano representativo diferente. Las nuevas reglas impuestas por el sistema reduccional como adaptación creativa al contexto misional y colonial habían generado transformaciones entre los guaraníes reducidos, tanto en ámbitos sociorreligiosos, demográficos, económicos como político-bélicos. En este último sentido, ciertas disposiciones, energías y capacidades de los guaraníes en relación con sus prácticas guerreras fueron canalizadas por los jesuitas dentro de un entramado simbólico nuevo. Al respecto, el entrenamiento y la práctica militar fueron

acompañados de un tono festivo, litúrgico y ritual a través de celebraciones que dramatizaban luchas y victorias sagradas en nombre de la cristiandad. La penetración de lo sagrado cristiano en el universo mental y sensitivo de los milicianos guaraníes alimentó un imaginario en donde se concebía que la participación en la guerra y la muerte en batalla contaban con el auxilio y la santificación de carácter divino. Por otra parte, los guaraníes que participaban en las campañas de guerra comenzaron a ser reconocidos con los códigos de homenaje y contraprestación de origen europeo. En respuesta, ciertos caciques buscaron destacarse en los enfrentamientos bélicos para acceder a los privilegios otorgados y reforzar su prestigio y autoridad dentro de su comunidad.

La participación en la guerra colonial y la familiarización o incorporación de códigos, significados y valores de prestigio de origen europeo no implicaron el abandono de prácticas y concepciones propias de los tiempos premisioneros. Por el contrario, estas coexistieron de forma amalgamada o paralela, manifestándose de forma conjunta o alternativa en situaciones precisas. En este sentido, las campañas de auxilio a los gobernadores, en defensa del territorio de los ataques de los grupos infieles o de la avanzada de los portugueses, constituyeron instancias para salir de las misiones y concretar prácticas heterodoxas que escapaban al orden impuesto por los jesuitas. Así, en algunas guerras ofensivas revivieron momentos de éxtasis con la apropiación del botín y desplegaron una violencia extrema sobre el cuerpo de sus víctimas, como ocurrió en las tomas de Colonia del Sacramento. (29) Esto no implicaba la reproducción de un "*ethos* guerrero", como una parte de la historiografía resaltó en el caso de los guaraníes. Por el contrario, las transformaciones, resignificaciones y comportamientos alternativos daban cuenta de que la guerra no ocupaba un lugar inmutable entre estos grupos, aunque ciertas tradiciones y memorias conceptuales continuaran dando sentido a sus prácticas misionales. Esta complejidad pudo observarse tanto en el contenido discursivo como en las acciones bélicas trascurridas durante el conflicto.

En concordancia con lo expuesto, tanto la detención de la expedición demarcadora como la declarada aceptación en las cartas de un destino signado por la guerra no necesariamente entraban dentro de la lógica expresada desde el gobierno central. Al respecto, la toma de una posición radical por momentos constituía más una forma de presentarse desde la dirigencia guaraní en compañía de un puñado de jesuitas, ante las autoridades coloniales, de forma íntegra, desafiante y uniforme que un reflejo de la realidad en la que estaba involucrada la resistencia. A ello contribuyeron las incertidumbres generales por el movimiento y los alcances y objetivos del enemigo. (30) Pese a todo,

la defensa tomó forma y en ello mediaron tanto la aparente confianza en los efectos de la intimidación que podría ejercerse sobre el enemigo para disuadirlo del enfrentamiento armado, como la creencia de que la ley divina actuaría favoreciéndolos en la contienda y reconstituyendo el estado de injusticia reinante. Por su parte, influidos por padecimientos previos y tradiciones ancestrales, concebían la guerra como un medio de transformación significativo para reparar su honor y el de sus antepasados. En esta línea, la inminente destrucción no los incitó a dejar sus pueblos, porque creían que en última instancia, en la otra vida, renacerían gloriosos. Es dentro de esta amalgama de concepciones que pueden interpretarse el ritual de confesión cristiano previo a las batallas como el hecho de solicitar la compañía de sus curas como capellanes en la guerra. (31)

Dos campañas se suscitaron contra los pueblos entre los años 1754 y 1756. En la primera, los ejércitos de España y Portugal avanzaron por separado sobre los pueblos. El español, a cargo del gobernador José Andonaegui, marchó desde la confluencia del río Negro con el Uruguay hacia el norte, hasta el río Daymán, donde se enfrentaron en abril de 1754 con una tropa de milicianos guaraníes. Por su parte, el gobernador de Río de Janeiro, Gomes Freire de Andrada, luego de sumar gente de guerra en Río Grande de San Pedro, marchó hacia el río Yacuy, en la frontera oriental de las misiones. (32) Los enfrentamientos en el río Daymán entre guaraníes y españoles llevaron a la retirada del ejército de Andonaegui, mientras que el encuentro entre tropas de los pueblos y los lusitanos, en el río Pardo, concluyó en una tregua entre ambos. Tras los tibios resultados, las autoridades coloniales redefinieron las estrategias y se reorganizaron para un nuevo enfrentamiento. A fines de 1755, los ejércitos reales se juntaron en el primer paraje de la estancia de San Miguel para marchar hacia los pueblos. En febrero del siguiente año dos combates, suscitados en actual territorio brasileño, marcaron la derrota final del ejército indígena. En el primero de ellos, conocido como la batalla de Bacacay, los soldados del ejército real mataron al líder de guerra José Sepé Tiarayú. En el segundo, ocurrido pocos días después, un ejército de tres mil hombres, entre soldados portugueses y españoles, se enfrentó en la batalla de Caibaté con una tropa indígena que no superaba los mil setecientos hombres. Una contrastante diferencia en la composición numérica de los ejércitos así como en la calidad y cantidad de armas y en el nivel de organización de cada uno tuvo como consecuencia la muerte de mil quinientos indígenas y la ocupación de los pueblos (Henis, 1836; Nusdorffer, 1923: 59-62, 132-137, 210-217, 297-302, 376-380).

Aunque contaron con algunos caciques devenidos capitanes o cabos de guerra, en el tiempo que duró la resistencia no se logró consolidar

un liderazgo jerárquico y homogéneo. En consecuencia, las divisiones internas se multiplicaron en las instancias decisivas y en el campo de batalla, al mismo tiempo que se fueron plasmando tácticas o actitudes disímiles. La primera reacción fue avanzar y sorprender el presidio de los portugueses, sobre el río Pardo, en la frontera oriental de las misiones, procurando su retirada. Luego buscaron intimidar a los españoles, en el río Daymán, para impedir su avance, y por último asumieron una resistencia netamente defensiva cuando los ejércitos unidos avanzaron sobre las misiones. En virtud de una ausencia de perspectiva, puede interpretarse que los guaraníes no esperaron encontrar en los soldados españoles ni en los portugueses una respuesta bélica tan directa. En contraste, es posible considerar que sopesaron que la campaña de guerra formaba parte de un juego político en que el enfrentamiento armado no se concretaría. Finalmente, morir luchando sin una estrategia o táctica a la altura de los hechos pudo significar una entrega absoluta a las circunstancias y a los designios divinos, lo que llegó a movilizar a las tropas hacia la guerra pero no alcanzó para mantener su firmeza y cohesión en el campo de batalla. Además de las disposiciones, los recursos, las tácticas y las fuerzas disponibles, una trama compleja de significados, imaginarios y creencias influyó en la organización y en los resultados bélicos. Finalmente, tras cinco años de ocupación militar por parte de los ejércitos de España y Portugal, el tratado se anuló y las familias transmigradas volvieron a sus pueblos, con todas las consecuencias demográficas y económicas implicadas en este capítulo complejo y denso de la historia americana.

Bibliografía

Alden, Dauril (2001), “The Treaty of Madrid (1750) and the Misions of Paraquaria”, Workshop on Jesuits and Intermediaries in the Early Modern Word, Florencia, 11-13 de octubre.

Arteaga, Juan José (1999), *Las consecuencias del Tratado de Madrid en la desarticulación de la frontera demográfica de la Banda Oriental, 1750-1761*, Montevideo, Archivo General de la Nación.

Avellaneda, Mercedes y Lía Quarleri (2007), “Las milicias guaraníes en el Paraguay y Río de la Plata. Alcances y limitaciones (1649-1750)”, *Estudos Ibero-Americanos*, vol. XXXIII, nº 1, pp. 107-132.

Barcelos, Artur (2000), “Os jesuítas e a ocupação do espaço platino nos séculos XVII e XVIII”, *Revista Complutense de Historia de América*, nº 26, pp. 93-116.

Becker, Félix (1983), “La guerra guaranítica desde una nueva perspectiva: historia, ficción o historiografía”, *Boletín Americanista*,

nº 32, pp. 7-37.
Clastres, Pierre (1981), *Investigaciones en Antropología Política*, Barcelona, Gedisa.
Couto, Jorge (1995), "O Tratado de limites de 1750 na perspectiva portuguesa", en Luis Antonio Ribot García, Adolfo Carrasco Martínez y Luís Adao da Fonseca (eds.), *Congreso Internacional de Historia. El Tratado de Tordesillas y su época*, Junta de Castilla y León, vol. 3, pp. 1593-1610.
Ferreira, Mário Clemente (2001), *O Tratado de Madrid e o Brasil Meridional*, Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses.
Ganson, Bárbara (2007), "Si los portugueses quieren nuestros pueblos y nuestra tierra entonces paguen por ellos con su sangre", en Manuel Marzal y Luis Bacigalupo (eds.), *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica, 1549-1773*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos y Universidad del Pacífico, tercera parte, pp. 217-228.
Garcia Frühauf, Elisa (2007), "De inimigos a aliados: como parte dos missioneiros repensou o seu passado de conflitos como os portugueses no contexto das tentativas de demarcação do Tratado de Madri", *Anais de História de Além-Mar*, nº VIII, pp. 123-137.
Golin, Tau (1997), *A Expedição. Imaginário artístico na conquista militar dos Sete Povos jesuíticos e guaranis*, Puerto Alegre, Sulina.
— (1999), *A Guerra Guaranítica. Como os exércitos de Portugal e Espanha destruíram os Sete Povos dos jesuítas e índios guaranis no Rio Grande do Sul (1750-1761)*, Puerto Alegre, Editora da Universidade.
Henis, Tadeo (1836), *Diario histórico de la rebelión y guerra de los pueblos guaraníes situados en la costa oriental del río Uruguay del año de 1754*, Buenos Aires, Imprenta del Estado.
Kratz, Guillermo (1954), El *tratado hispano-portugués de límites de 1750 y sus consecuencias. Estudio sobre la abolición de la Compañía de Jesús*, Roma, Biblioteca Instituti Historici S. I.
Maeder, Ernesto (1986), "Los problemas de límites entre España y Portugal en el Río de la Plata", *Cuadernos Docentes*, nº 4, pp. 5-43.
— (1997), "Expansión y contracción del espacio misionero. Las estancias de los pueblos guaraníes (1700-1810)", *GAEA*, nº 19, pp. 139-153.
Martínez Martín, Carmen (1998), "Datos estadísticos de población sobre las misiones del Paraguay durante la demarcación del Tratado de Límites de 1750", *Revista Complutense de Historia de América*, nº 24, pp. 249-261.
Mateos, Francisco (1949a), "El tratado de límites entre España y Portugal de 1750 y las misiones del Paraguay (1751-1753)", *Missionalia Hispanica*, nº 17, pp. 319-378.

— (1949b), “Cartas de indios cristianos del Paraguay”, *Missionalia Hispanica,* vol. VI, nº 18, pp. 547-572.
— (1951), “La Guerra Guaranítica y las Misiones del Paraguay. Primera campaña (1753-1754)”, *Missionalia Hispanica*, nº 23, pp. 241-316.
— (1954), “La anulación del tratado de límites con Portugal de 1750 y las misiones del Paraguay”, *Missionalia Hispanica*, nº 31, pp. 523-563.
Mc Cauley, Clark (1990), “Conference Overview”, en Jonathan Hass (ed.), *The Antropology of War*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 9-13.
— (2007), “Escrita e memória indígena nas reduções guaranis: século XVIII”, *MÉTIS: Historia & Cultura*, vol. 6, nº 12, pp. 45-64.
Melià, Bartomeu (2005), “Escritos guaraníes como fuentes documentales de la historia paraguaya”, *História Unisinos*, vol. 9, nº 1, pp. 5-18.
Melià, Bartomeu y Dominique Temple (2004), *El don, la venganza y otras formas de economía guaraní*, Asunción, Centros de Estudios Paraguayos.
Neumann, Eduardo (2000), “Fronteira e identidade: confrontos luso-guaranis na Banda Oriental, 1680-1757”, *Revista Complutense de Historia de América*, nº 26, pp. 73-92.
— (2004), “Mientras volaban correos por los pueblos: auto-governo e práticas letradas nas missões guaranis–Século XVIII”, *Horizontes Antropológicos*, vol. 10, nº 22, pp. 67-92.
Nusdorffer, Bernardo (1923), “Quinta parte de lo que sucedió en las Misiones del Paraguay el año 1756 en orden a la entrega de los siete pueblos del Uruguay a la Corona de Portugal”, *Estudios*, vol. XXIV, pp. 59-62, 132-137, 210-217, 297-302 y 376-380.
— (1969), “Relación de todo lo sucedido en estas doctrinas en orden a la mudanza de los siete pueblos del Uruguay”, en *Manuscritos da Coleção De Angelis: Do Tratado de Madri à conquista dos Sete Povos (1750-1802)*, Río de Janeiro, Biblioteca Nacional, t. VII, primera parte.
Pastells, Pablo y Francisco Mateos (1969), *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay según los documentos originales del Archivo General de Indias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo, t. VIII, primera parte.
Quarleri, Lía (2005), “La Rebelión Anunciada de las misiones jesuíticas del Uruguay (1752-1756)”, *Suplemento Antropológico*, vol. XL, nº 2, pp. 41-73.
— (2007), “El territorio jesuítico-guaraní. Del enfrentamiento de sentidos al conflicto armado (1750-1761)”, *Historia Unisinos*, vol.

11, nº 2, pp. 173-184.
— (2008a),"Gobierno y liderazgo jesuítico-guaraní en tiempos de guerra (1752-1756)", *Revista de Indias*, vol. LXVIII, nº 243, pp. 89-114.
— (2008b), "*La legitimación política de la violencia. La 'guerra justa' contra la resistencia jesuítico-guaraní",* en Enrique Cruz y Carlos Paz (comps.), *Resistencia y rebelión. De la Puna argentina al Río de la Plata en el período colonial*, Jujuy, Centro de Estudios Indígenas y Coloniales, Unidad de Investigación de la Universidad Nacional de Jujuy, pp. 50-77.
— (2009), *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e imperios coloniales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
— (2010), "Narrativas de la Resistencia. Política, historia y memoria en las reducciones guaraníes", *Colonial Latin American Historical Review*, pp. 249-285.
Quevedo, Julio (1994), "A guerra guaranítica: a rebelião colonial nas missões", *Estudos Ibero-Americanos*, nº 20, pp. 5-24.
Robbins, Richard (2009), *Cultural Anthropology. A Problem-based Approach*, Wadsworth, Cengage Learning.
Sá e Faria, José Custódio de (1999), "Diário da expedição e demarcação da América meridional e das canpanhas das missões do rio Uruguay", en Tau Golin (ed.), *A Guerra Guaranítica. Como os exércitos de Portugal e Espanha destuíram os Sete Povos dos jesuítas e índios guaranis no Rio Grande do Sul (1750-1761)*, Puerto Alegre, Editora da Universidade.
Susnik, Branislava (1990), *Guerra, tránsito y subsistencia. Ámbito americano*, Asunción, Litocolor, Manuales del Museo Etnográfico Andrés Barbero.
Wilde, Guillermo (2009), "Frontera, guerra y agencia", en *Religión y poder en las misiones de guaraníe*s, Buenos Aires, SB Ediciones, pp. 157-181.

1. Los siete pueblos eran San Nicolás, San Miguel, San Juan, San Luis, San Lorenzo, San Ángel y San Borja, fundados por los jesuitas en el este del río Uruguay, entre 1682 y 1707, con población de otras reducciones guaraníes.

2. El conflicto ha dado origen a estudios centrados en cuestiones geopolíticas, demográficas, territoriales y bélicas, como así también sobre el polémico rol de los jesuitas. Como ejemplo se pueden citar los trabajos de Alden (2001), Arteaga (1999), Becker (1983), Golin (1997; 1999), Maeder (1986), Neumann (2000), Quevedo (1994) y Wilde (2009), entre otros.

3. La investigación sobre las formas de participación de la población guaraní en el proceso de rebelión y guerra ha sido analizada en Quarleri (2009).

4. Además, la violencia cobraba manifestaciones extremas en la medida en que, con la muerte del rival y a través de la reciprocidad negativa desplegada sobre el cuerpo

de la víctima, se redimían agravios previos, se evitaba la venganza de su espíritu y se fortalecía el propio. Véase Meliá y Temple (2004).

5. Autores como Susnik (1990: 7) consideraban que la tendencia a guerrear entre ciertos grupos, como los guaraníes, respondía a la manifestación histórica de un "acentuado y abierto ethos guerrero". Por su parte, Clastres (1981: 215), en sintonía con la construcción de tipologías de organización sociopolítica, afirmaba que "la máquina de guerra es el motor de la máquina social, el ser social primitivo se funda íntegramente en la guerra, la sociedad primitiva no puede subsistir sin ella".

6. El cuestionamiento a las teorías deterministas cobra relevancia en un campo que ha dado en llamarse "antropología de la guerra". Al respecto, se ha reflexionado sobre las diferentes hipótesis en torno a las causas, orígenes y motivaciones de un conflicto bélico, entre las que pueden remarcarse la ecología, la estructura social, las relaciones de poder e intereses individuales y colectivos, y también la diferenciación intrasocietaria, en las que toman especial relevancia las elites políticas. Véase Mc Cauley (1990).

7. Al respecto, en relación con la guerra ciertos autores han remarcado el poder de decisión de grupos o elites frente a determinadas situaciones y el sistema de significados que las sociedades construyen sobre sus actos y que acompañarán sus estrategias o planificaciones. Véase Robbins (2009: 289 y 304).

8. Véase, por ejemplo, Maeder (1997).

9. Además de otras consideraciones, los misioneros vieron la posibilidad de que los guaraníes de los pueblos se rebelaran o levantaran en armas ante la orden del traslado. "Carta al confesor real Francisco Rávago del hermano capellán Antonio González de Guzmán, Paraguay, 9 de abril de 1752", Archivo Histórico Nacional (Madrid), legajo 120, exp. 19, fs. 1-1v.

10. En su carta al provincial del Paraguay, el padre Manuel Querini, Visconti expresó sin rodeos las razones de obediencia al rey, haciéndose eco de las representaciones negativas que recorrían el mundo. En particular, se refería a las sospechas, según él difundidas por los "enemigos de la religión católica y de la Compañía", de que, en virtud de los supuestos "gruesos tesoros y comercios" que detentaban los jesuitas del Paraguay, no entregarían los pueblos. "Carta del general Ignacio Visconti al provincial Manuel Querini, Roma, 21 de julio de 1751", Archivo Nacional Histórico (Santiago de Chile), Jesuitas de Argentina, vol. 202, pieza sin identificar, fs. 121-122.

11. Por ejemplo, con la mudanza algunos de los pueblos vieron la oportunidad de regresar a la tierra de sus abuelos o parientes, abandonadas luego de la conformación de las reducciones o los ataques bandeirantes. En otros casos, parcialidades históricamente enfrentadas no querían compartir el mismo espacio de convivencia. Véase Nusdorffer (1969).

12. Las motivaciones y compromisos diferenciales fueron estudiados a la luz de las historias y características de cada una de estas reducciones, como así también de las posturas de sus misioneros jesuitas, en Quarleri (2005).

13. Esta diversidad de actitudes quedó asentada en los interrogatorios realizados con posterioridad al conflicto. Véase "Testimonio del proceso que hizo formar don Pedro de Ceballos, de orden de Su Majestad, al teniente Coronel y Mayor de su ejército don Diego de Salas, agosto y septiembre de 1759", en Pastells y Mateos (1969).

14. "Carta de Diego Altamirano sobre actitud de los indios de San Miguel al presentarse a los comisarios demarcadores, Misiones del Paraguay, 6 de junio de 1753", Archivo Nacional Histórico (Santiago de Chile), Jesuitas de Argentina, vol. 202, pieza 8.

15. Estas cartas, extensamente conocidas por la historiografía especializada, fueron publicadas por Mateos (1949b).

16. Concepción no estaba implicada directamente por el tratado. No obstante, otras razones empujaron su participación activa en el conflicto. Entre ellas, influyeron la invocación de sus parientes desde el otro lado del río, la propia problemática territorial y el rol tradicional desempeñado por Concepción y sus autoridades como engranaje político de las reducciones del Uruguay.

17. En estas y otras cartas se afirmaron sentencias tales como que en las tierras "Dios nos ha puesto" y el "señor Jesús Cristo puso en la tierra en su lugar a nuestro Santo Rey". "Carta de los caciques y todos los indios de San Juan al gobernador de Buenos Aires, San Juan 16 de julio de 1753", Archivo Histórico Nacional (Madrid), Compañía de Jesús, legajo 120, exp. 32, f. 1.

18. Estas sentencias cobraban significado y sustento argumentativo en relación con antiguas teorías políticas trasmitidas a los guaraníes en el contexto misionero, ideas que tenían como objetivo justificar la posesión de los bienes y la integridad moral y física en la ley divina y en el derecho natural. Tales marcos jurídico-políticos fueron elaborados y utilizados desde épocas medievales para delimitar las atribuciones de los reyes, de los cuerpos intermedios y del papado. No obstante, en el contexto del absolutismo borbónico, estas concepciones comenzaron a ser fuertemente cuestionadas. Esto fue analizado particularmente en Quarleri (2010).

19. Lo que se hizo evidente en la diversidad de actitudes, en los motines aislados y en los saqueos no planificados. Véase Nusdorffer (1969).

20. La falta de información por parte de los indios del común es advertida en un interrogatorio realizado en la campaña misionera, en 1754, por orden del gobernador Andonaegui. Véase "Comparencia y declaración de Cristóbal Izaguirre, natural del pueblo de La Cruz, de las Misiones de los Padres de la Compañía, hecha de orden verbal del señor Gobernador ante el Maestre de Campo don Manuel Domínguez, con asistencia de don Pascual Núñez y Fray Pascual Sotelo, de la Orden de San Francisco, capellanes del tercio de Corrientes y de las campañas de Migueletes", 24 de agosto de 1754, en Pastells y Mateos (1969).

21. Estas circulaban a través de rumores, cartas, especulaciones que se generaban al interior de los pueblos o en interacción con otros actores, tales como "indios infieles", comerciantes o soldados portugueses y españoles. Este aspecto fue examinado en Quarleri (2009).

22. "Carta del Cabildo de San Miguel al gobernador de Buenos Aires, julio de 1753", Archivo Histórico Nacional (Madrid), Compañía de Jesús, legajo 120, exp. 37, fs. 1-1v.

23. "Carta del Cabildo de San Luis al gobernador de Buenos Aires, julio de 1753", Archivo Histórico Nacional (Madrid), Compañía de Jesús, legajo 120, exp. 33, f. 1v.

24. Para ampliar el tema, véanse Meliá (2005) y Neumann (2004).

25. El provincial Barreda afirmó que estaban "todos ellos conmovidos y secretamente pactados en la defensa de sus tierras". Véase "Carta de José de Barreda de la Compañía de Jesús prepósito provincial al gobernador de Buenos Aires José de Andonaegui sobre diligencias realizadas para la evacuación de los indios. Córdoba, julio de 1753", Archivo Histórico Nacional (Madrid), sec. Estado, legajo 4798, doc. 362, f. 1v.

26. "Testimonio del proceso que hizo formar don Pedro de Ceballos", en Pastells y Mateos (1969).

27. "Carta del gobernador de Buenos Aires Joseph de Andonaegui a Mathías Strobel,

superior de las Misiones, Buenos Aires, 12 de mayo de 1753", Archivo Nacional Histórico (Santiago de Chile), Jesuitas de Argentina, vol. 202, pieza 12, f. 1.

28. "Carta del padre Alonso Fernández al Padre comisario Luis Lope Altamirano, Candelaria, 25 octubre de 1753", en Archivo General de la Nación (AGN, Buenos Aires), Biblioteca Nacional, legajo 287, doc. 4324, f. 2v.

29. Durante las tomas de la colonia tuvo lugar una masacre de soldados y oficiales portugueses a la que se dio el nombre de "la noche trágica". Véase Neumann (2000).

30. En una carta escrita por el mayordomo guaraní de la estancia de San Miguel, días previos a la batalla de Caibaté, se denotó la falta de información sobre el movimiento y la táctica bélica de españoles y portugueses. "Carta de Valentín Ibaringua a José Tiarayú, corregidor de San Miguel, San Javier, 5 de febrero de 1756", Archivo Histórico Nacional (Madrid), sec. Estado, legajo 4798/2, doc. 346.

31. Aunque esto también puede ser una manera de justificar la presencia de algunos curas en las batallas. Véase Henis (1836).

32. "Manifiesto de las operaciones del teniente general de los ejércitos don José de Andonaegui, capitán general y gobernador del Río de la Plata, años 1751-1757", en AGN (Buenos Aires), colección Andrés Lamas, legajo 2631.

CAPÍTULO 2

MOVILIZACIÓN MILITAR Y CONFLICTIVIDAD EN EL RÍO DE LA PLATA COLONIAL. LA CONQUISTA DE COLONIA DEL SACRAMENTO EN 1762

Pablo Birolo

La fundación de Colonia del Sacramento en el año 1680 marcó el inicio de un ciclo de confrontaciones armadas entre españoles y portugueses en el Río de la Plata que se iba a prolongar durante más de cien años. La resistencia de la Corona española a aceptar la existencia de una plaza destinada a servir de base estratégica para la práctica del contrabando –concebido por los portugueses como el medio más efectivo para acceder a la plata potosina– obligó a las autoridades locales a organizar periódicamente expediciones militares con el fin de eliminar la presencia lusitana en la otra banda del río. Las primeras campañas del ciclo guerrero (1680, 1704-1705 y 1735-1737) tuvieron en común, en el sentido organizativo, la participación mayoritaria y decisiva de los indios guaraníes provenientes de las misiones jesuíticas y, en relación con el resultado, el éxito militar frustrado por las negociaciones diplomáticas en Europa que, recurrentemente, devolvían a Portugal lo que había perdido en el campo de batalla. A diferencia de las expediciones señaladas, la realizada en el año 1762 significó un cambio cualitativo, ya que por primera vez los guaraníes no representaron la mayoría de los soldados movilizados, hecho que obligó a recurrir masivamente a los hombres de la gobernación de Buenos Aires. El estudio de ese esfuerzo organizativo es el que nos proponemos realizar en este trabajo, concentrándonos tanto en el origen geográfico y la composición de las fuerzas movilizadas como en las resistencias que esa movilización militar encontró en la elite de Buenos Aires y en los sectores populares. La mencionada tarea incluirá el análisis del rol desempeñado por el encargado de organizar la campaña militar, el gobernador Pedro de Cevallos, quien, en el marco de las coyunturas

bélicas contra los portugueses, construyó un sólido liderazgo que le permitió convertirse en un auténtico ídolo popular.

Consideramos a su vez que el estudio de esta coyuntura guerrera nos permitirá discutir un consenso bastante amplio existente en nuestra historiografía que consiste en la idea de que el proceso de militarización en el Río de la Plata –entendiendo por tal la participación de una amplia proporción de la población masculina en las formaciones armadas– nació en el intervalo de las dos Invasiones Inglesas a partir de la reorganización del servicio de milicias urbanas, que supuso la incorporación de unos siete mil hombres que representaban la casi totalidad de los varones adultos de una ciudad de cuarenta mil habitantes. Ese consenso se deriva de la potencia explicativa de la argumentación de Tulio Halperin Donghi (1978; 2002), quien señaló el proceso de militarización abierto con las invasiones como el punto de partida del proceso revolucionario, ya que alteró el equilibrio social y político de la ciudad. El plano social, debido al ascenso que supuso para los criollos su participación en las milicias: no solo para la elite, que pudo incorporarse a los sectores dirigentes –de los que tradicionalmente había estado excluida– gracias a su condición de jefes y oficiales de los nuevos cuerpos de milicias, sino también para los sectores medios y populares, que encontraron un lugar en la sociedad como tropa de las compañías en un contexto poco favorable para ellos, en tanto el comercio minorista estaba en manos de los peninsulares menos prósperos y los artesanos sufrían la competencia del trabajo de los esclavos. Y en el aspecto político, por el cambio en el equilibrio de poder que significó la aparición de una elite criolla armada, que basó su fuerza en el acceso a las armas y en la posibilidad de tener un canal de comunicación con la plebe urbana, independiente de la administración imperial; esto le permitió movilizarla políticamente en los momentos que juzgó decisivos para definir la situación política de acuerdo a sus intereses: el 1º de enero de 1809 para sostener en el poder al virrey Liniers, y en mayo de 1810 para impulsar la formación de una junta de gobierno.

Tomando distancia de este consenso –que considera las Invasiones Inglesas como el punto de partida de la militarización en la región–, en este trabajo intentaremos demostrar, a partir del estudio de caso de la expedición de 1762, que la sociedad rioplatense vivió, aunque a una escala menor, estados de movilización militar de gran amplitud en relación con su población durante muchos momentos de su pasado colonial, casi siempre vinculados a las campañas militares organizadas contra los portugueses por la situación de Colonia del Sacramento. Al mismo tiempo podremos advertir que de la movilización militar de 1762 se derivaron fenómenos y problemas de similares características a los acontecidos entre 1806 y 1810, como ser la construcción de un

fuerte liderazgo popular por parte del jefe del proceso de militarización y la oposición del Cabildo de Buenos Aires a ese proceso y, en consecuencia, a su jefe. El reconocimiento de estos efectos comunes generados por la gran cantidad de personas encuadradas en algún tipo de organización militar podría constituir un indicador de que la crisis de la monarquía española tuvo, en definitiva, un mayor peso como factor desencadenante de la Revolución de Mayo de 1810 que la militarización urbana derivada de las Invasiones Inglesas, dado que un proceso de similares características (aunque no en su masividad) había vivenciado Buenos Aires en distintos momentos de su pasado colonial sin que se produjeran derivaciones revolucionarias. En todo caso, esos elementos comunes confirmarían algo evidente: los cambios introducidos por la militarización solo pudieron adquirir un potencial revolucionario en el marco de un imperio español en crisis y con su monarquía desaparecida.

La campaña militar de 1762

El ascenso al trono del rey Carlos III en 1759 significó un cambio rotundo de la política metropolitana vinculada a Portugal. La actitud conciliatoria de su antecesor, Fernando VI, expresada en la firma del llamado Tratado de Permuta de 1750, fue reemplazada por una mucho más agresiva, que terminaría derivando en la anulación de ese tratado y en la declaración de guerra a la Corona lusitana. Este cambio estratégico fortaleció en el Río de la Plata la posición del gobernador Pedro de Cevallos, representante en la región de las opiniones belicistas que terminaron imponiéndose en la corte.

En ese contexto Cevallos comenzó a intensificar sus preparativos para conquistar Colonia. La escasez de tropa veterana existente en la gobernación y la negativa de la metrópoli a enviar los refuerzos solicitados –negativa que expresaba la crítica coyuntura atravesada por el imperio español por su participación en la guerra de los Siete Años– obligaron a Cevallos a impulsar una reorganización del sistema de milicias orientada a universalizar el servicio entre los varones adultos. En carta al ministro de Marina e Indias Julián de Arriaga del 24 de julio de 1762, el gobernador le contaba que

> **el defecto de la suficiente tropa he procurado suplirlo con el reglamento que he hecho de milicias, en que con buen modo se ha logrado componer un cuerpo considerable, entrando en él hasta los hombres de más distinción, y que hagan con gusto el servicio en que he procurado emplearlos desde luego, como lo están, para que se vayan imponiendo en él, sin que para esto se haya causado hasta ahora el menor gasto a la Real Hacienda. (33)**

Con estos recursos Cevallos se dispuso a organizar la expedición para cruzar el Río de la Plata. Esta se embarcó entre el 7 y el 16 de agosto de 1762 en la pequeña flota formada para la ocasión, compuesta de la fragata *La Victoria* enviada desde España, un navío de la compañía de Francisco Mendinueta, tres avisos del Consulado de Cádiz que estaban en el puerto de Buenos Aires y algunos lanchones del vecindario. La partida se concretó el 27 de agosto y el 7 de septiembre se realizó el desembarco a una legua de Colonia, en donde se produjo el encuentro con los efectivos que ya la estaban asediando y con los casi mil doscientos indios guaraníes traídos de las misiones del Paraná y del Uruguay por el padre jesuita Segismundo Bauer. El 28 de septiembre arribó a Montevideo la tartana *El Señor del gran poder*, que traía de España el anuncio de la declaración de guerra a Portugal, fechada el 15 de junio de ese año. Esta noticia dio inicio al sitio, que duró unas pocas horas, ya que luego de los primeros bombardeos de cañones, el jefe portugués de la plaza, Silva de Fonseca, se rindió. En la capitulación firmada el 30 de octubre se les prometía a los vecinos de Colonia que serían tratados con clemencia y a las tropas, embarcarse con sus armas y bandera bajo el juramento de no luchar contra España. Finalmente, el 2 de noviembre el ejército español ocupó la plaza, en la que se encontraron mercancías que sobrepasaban en su valor el millón de pesos (Barba, 1937).

La composición de esta exitosa expedición fue muy distinta a la de las anteriores con las que se había conquistado Colonia. Principalmente porque por primera vez las fuerzas españolas –2444 soldados– (34) fueron superiores a las guaraníes provenientes de las misiones –1146 hombres, en este caso–. De este modo Cevallos logró conformar un ejército con 3590 soldados, de los cuales el 67,9% pertenecía a las fuerzas españolas y el 32,1% a las guaraníes. Esta proporción contrastaba notablemente con la de las anteriores campañas militares a Colonia en los años 1680, 1704 y 1735, en las cuales las tropas provenientes de las misiones habían representado el 83,3, el 80,6 y el 74,6% del total de las fuerzas movilizadas. (35) Este descenso –explicado principalmente por el quiebre que supuso para la relación hispano-guaraní la sublevación de los años 1754-1756 en rechazo al Tratado de Permuta– fue relativo pero también absoluto, ya que en las anteriores campañas nunca los guaraníes habían descendido del número de 3000 milicianos movilizados.

En cuanto a las fuerzas reclutadas en la jurisdicción de la gobernación de Buenos Aires, sabemos que de sus 2444 integrantes, 898 eran soldados veteranos (851 distribuidos entre la infantería y dragones, y 47 artilleros), 1218 eran milicianos españoles (211 pertenecientes a la infantería y 1007 a la caballería), 231 eran indios ladinos y 97 negros libres. (36) La primera conclusión que podemos

obtener de estos datos es que se sostuvo, al igual que en las anteriores expediciones a Colonia, la mayor proporción de milicias (63,2%) por sobre la tropa veterana (32,8%). Este predominio de las primeras se hace aún mayor si consideramos que los 1546 milicianos movilizados a Colonia eran apenas una parte de las 14 compañías de 100 vecinos cada una y 8 de forasteros de igual número de personas (que totalizaban 2200 voluntarios de infantería) que se habían constituido en Buenos Aires para la ocasión, junto con los 3000 milicianos de caballería (Gammalson, 1976: 103). La colaboración de las otras ciudades de la gobernación fue disímil: mientras que Santa Fe aportó 100 milicianos (Gammalson, 1976: 102), la colaboración de Corrientes no se produjo debido a la sublevación de trescientos soldados de la tropa durante la marcha. El dato sorprendente lo constituye la ausencia de fuerzas de la ciudad de Montevideo, la cual se originaba, según Cevallos, en la falta de cooperación del gobernador José Joaquín de Viana, quien, además, no había impedido que los portugueses se proveyeran de caballos de su jurisdicción ni la práctica del comercio ilícito entre su ciudad y Colonia. (37)

Volviendo al relato de la campaña, debemos decir que la conquista de Colonia no significó el fin de las operaciones militares. En los primeros días de enero de 1763 se presentó frente a la plaza una fuerte división naval inglesa (hay que recordar que Inglaterra estaba en guerra con España y quedaba perjudicada directamente con la pérdida portuguesa de Colonia, ya que a través de ella introducía sus productos en la región), reforzada con naves lusitanas y abundantes tropas de desembarco. Debido a que esta escuadra manifestaba tentativas ya sea de atacar Colonia, pasar a Buenos Aires o dirigirse a Montevideo, Cevallos envió refuerzos (de tropa y cañones) a esos puntos, además de hacerlo a Maldonado, “quedándome aquí por lo mismo con muy poca gente”. (38) Finalmente, el comodoro Mac Namara, jefe de la expedición, decidió iniciar el ataque a Colonia, disparando con sus cañones desde las embarcaciones, los cuales no hicieron mucho daño, dado que “sus tiros, como estábamos en terreno bajo, casi todos pasaban por alto”. La respuesta española con las baterías de tierra firme fue contundente: el incendio de la fragata *Lord Clive*, que dejó casi cuatrocientos muertos (entre los que se encontraba el comodoro Mac Namara), determinó la suerte de la batalla a favor de las fuerzas defensivas.

Rechazada la invasión angloportuguesa, Cevallos decidió continuar la campaña hacia el norte con el fin de conquistar los territorios ocupados por los portugueses hasta Río Grande. El 19 de marzo de 1763 partió de Colonia con una fuerza de 1000 hombres, entre tropas de línea y milicianos, a quienes envió por la vía fluvial a Maldonado “a fin de precaver su deserción”. Desde allí, el 8 de abril inició la

marcha la expedición que se posesionó sucesivamente de los fuertes de Santa Teresa y de San Miguel, defendidos por numerosas guarniciones portuguesas, para finalmente ocupar la plaza de Río Grande el 24 de abril. Cuando Cevallos se preparaba para proseguir la exitosa marcha hasta Viamont, Río Pardo y la Laguna, fue detenido luego de recibir las cartas del ministro Arriaga transportadas por la fragata *Venus*, que había entrado en Montevideo el 4 de mayo. En ellas Arriaga le prevenía que por orden del rey hiciera publicar y cumplir los artículos preliminares de la paz con la suspensión de armas. Esos artículos habían sido firmados en Fontainebleau el 3 de noviembre de 1762, para ser ratificados en el Tratado de París del 10 febrero de 1763, por el cual Cuba y Filipinas (que le habían sido arrebatadas a España por Inglaterra) fueron devueltas a la Corona española, mientras que esta cedía a Inglaterra las tierras de la Florida y las ubicadas al este del río Mississippi, y devolvía los territorios portugueses (entre ellos, Colonia) conquistados en América.

De este modo tan frustrante finalizaba el importante esfuerzo militar realizado por la población local, que venía a comprobar una vez más –como ya lo había hecho en las expediciones anteriores–que la guerra en el Río de la Plata era, simplemente, un escenario marginal de una lucha mundial y que, en consecuencia, estaba condicionada por el resultado de las negociaciones realizadas por la metrópoli con sus pares europeas.

La oposición del Cabildo de Buenos Aires

La preparación y el desarrollo de esta campaña involucró a una alta proporción de los varones adultos en el sistema miliciano, conformando una sociedad marcadamente militarizada. Este proceso de movilización militar no se dio de manera armónica. Uno de los principales focos de oposición lo constituyó el Cabildo de Buenos Aires. La razón principal para ello fue que la extensión del servicio de milicias estuvo acompañada, al igual que en el resto de Hispanoamérica, por la concesión a todos los milicianos del fuero militar, que comportaba la exención de la justicia ordinaria. Esta exención afectaba claramente al Cabildo, centro del accionar del poder jurisdiccional, ya que los jueces que atendían los procesos criminales y civiles ordinarios eran los alcaldes de primer y segundo voto. En efecto, estos ejercían la función judicial en forma rotativa año a año, y por lo tanto poseían un poder de decisión bastante grande en la mayor parte de los conflictos y disputas que enfrentaban a los miembros de la elite local, así como en la forma de represión de los sectores populares urbanos y rurales, dado que su poder jurisdiccional se extendía sobre los alcaldes de la hermandad de la campaña

(Fradkin y Garavaglia, 2009: 154).

El recorte de estas funciones que suponía la extensión del fuero militar llevó a una importante reacción del Cabildo de Buenos Aires. En el acuerdo del 4 de junio de 1762 leemos lo siguiente:

> **[P]or el señor Alcalde de primer voto se dijo que con motivo de haberse alistado toda la gente, así vecina como forastera que habita en esta ciudad, tiene oído una voz que se ha divulgado que en las causas criminales de toda la gente que se halla puesta en las listas no tienen los alcaldes ordinarios jurisdicción alguna, y que están sujetos los vecinos y forasteros a los respectivos capitanes que se hayan creado, a lo que, aunque no quiso dar al principio "asenso" [sic] juzgando sería alguna voz vaga de las que sin fundamento suelen correr en el pueblo, posteriormente ha experimentado que están los capitanes sino todos, algunos de ellos en esta inteligencia (AGN, 1927: 50-51).**

Vemos en este fragmento dos cuestiones: por un lado, un indicio importante acerca del carácter masivo del proceso de militarización ("toda la gente" de la ciudad estaba alistada); y por otro, que el poder jurisdiccional perdido por los alcaldes del Cabildo estaba siendo ganado por los capitanes de las milicias. Un ejemplo del poder adquirido por estos se ofrece en el mismo relato:

> **[P]ues habiéndosele dado por el amo de un esclavo queja de que un pulpero había maltratado a su esclavo dándole de palos, estando para entender, o entendiendo en esta causa [el alcalde], le vino el patrón de dicho pulpero a decir que como alistado en las nuevas compañías había ocurrido a su comandante D. Bartolomé Jacinto de Quiroga uno de dichos capitanes creyéndole juez competente en esta causa quien le impuso se presentase ante el Exmo. Señor Gobernador pero que primero se viese con su Merd. a saber con su determinación, a lo que le respondió se presentase ante su Excelencia, y en ínterin no se declarase este punto no entendería, como con efecto ni entiende por este motivo, y tiene suspenso hacer justicia así en esta causa como en otra de igual naturaleza de una criada maltratada por otro pulpero y otras quejas que se comprenden en lo criminal (AGN, 1927: 51).**

Notemos aquí que el mismo alcalde de primer voto es el que se ve impedido de ejercer su función de justicia por la acción del patrón del empleado denunciado, el cual recurrió automáticamente al capitán de la compañía de su empleado; este militar elevó la causa al comandante de su batallón, a quien creía juez competente. En caso de cualquier consulta el alcalde debía dirigirse a quien era el vértice del sistema: el gobernador Cevallos.

Lo grave para el Cabildo no era el fuero militar en sí mismo (ya en 1758 un auto de gobierno declaraba que los oficiales gozaban de fuero militar) (AGN, 1926: 284), sino la extensión que estaba adquiriendo debido a los preparativos de la campaña militar a Colonia, "pues

estando alistada toda la gente que hay en el pueblo capaz de armas no hay sujeto en quien ejercerla [la jurisdicción]" (AGN, 1927: 51). Para darle solución a esta cuestión los cabildantes resolvieron

> **se pasase una diputación en la forma ordinaria al Exmo. Señor Gobernador con testimonio de este acuerdo para que su excelencia mantenga al uso y ejercicio de la Jurisdicción Real Ordinaria en la posesión que le corresponde pidiéndole participe a este ayuntamiento la providencia que se sirviere expedir para atacar el abuso que se pretende introducir para que se archive y sirva de norma y gobierno en adelante, y se pueda pasar al castigo de los delincuentes y a contener a los que en el pueblo esparcen voces tan perniciosas de las fundamentales leyes de las repúblicas (AGN, 1927: 53).**

La respuesta de Cevallos fue contundente: el Cabildo no debía involucrarse en asuntos que no le correspondían. En auto del día 29 de junio de 1762 determinó

> **avisar [...] al Cabildo se abstenga en delante de un proceder de esta naturaleza, que tiene visos de querer atentar a la autoridad del empleo que el Rey me tiene conferido, previniéndole que la declaración de *cuándo y en qué forma deben gozar* del fuero militar los oficiales y soldados de las compañías de milicias de esta ciudad, se hará cuando pareciese conveniente al servicio de SM debiendo en caso de competencia acudir a mí en derechura con ella los Alcaldes, y proceder entre tanto en el uso de la jurisdicción ordinaria arreglados a las leyes y ordenanzas reales (AGN, 1927: 69-70).**

La intensidad alcanzada por este conflicto jurisdiccional entre el Cabildo y Cevallos se advierte también en el incidente producido entre el sargento de las milicias forasteras Juan Antonio de Ruiz y el alcalde de segundo voto Francisco Cabrera. El altercado ocurrió el 19 de noviembre de 1762 en Buenos Aires. Según cuenta el sargento, (39) el alcalde le había mandado a decir con un paisano que se acercara a los Portales a dar una declaración

> a que respondí que pasaría a ver a mi comandante porque sin su licencia no podía hacerla [...]; a cuya respuesta me mandó un corchete a que me llevase preso, y le respondí lo mismo, y que se retirase por no ser regular entregarme a él, a que me respondió que era suficiente para ello y para amarrarme como un negro, y que el uniforme que tenía puesto no valía nada, ni menos gozaba de fuero ninguno, con otras expresiones indignas. (40)

Luego de esta humillación, el sargento fue a buscar al alcalde al cabildo y, al no hallarlo, se dirigió a su casa particular, en donde sí lo encontró. Allí, el alcalde le dijo que "era un pícaro desvergonzado que había perdido el respeto por la justicia" y lo hizo meter preso. Frente a ello el sargento le pidió que respetase la "insignia que llevaba", a lo

que el alcalde retrucó

> mandándome en hora mala a mí y a la insignia, y que para prueba del respeto que le causaba, que con ella me pusieran en un calabozo con un par de grillos, lo que se ejecutó y me mantuve con ellos hasta que delante de usted [Pinedo, el gobernador interino] se me quitaron, habiendo precedido antes el de decirle yo a dicho alcalde que adónde me llevaban, y dijo que a la cárcel, a lo que respondí que si no podía ir al fuerte que era la prisión que me tocaba por estar sirviendo al Rey, a lo que me dijo que para que viese el fuero militar que gozaba, por el uniformecillo que traía, me manda a ello y ponerme de la forma referida y con dos pares de grillos. (41)

Algunas de las palabras referidas por el alcalde, despectivas de la actividad del sargento y de su supuesto derecho al fuero militar ("el uniforme que tenía puesto no valía nada" o "el uniformecillo que traía"), reflejan el rechazo que generaba este en los integrantes del Cabildo. Pero semejante nivel de conflicto alrededor de esta cuestión solo es comprensible si lo inscribimos en el marco de la lucha de facciones que atravesaba la ciudad desde mediados del siglo XVII, organizada alrededor del eje apoyo/rechazo a los jesuitas, y en la que Cevallos había tomado claramente partido transformándose en el jefe de la facción projesuita. En el marco de estas luchas facciosas, el control de la justicia era muy importante porque confería dominio político a una de las coaliciones rivales, al tiempo que este permitía acceder a recursos económicos (Moutoukias, 2002). Con el proceso de militarización en marcha, y el fuero militar concedido a los milicianos, la facción liderada por Cevallos adquiría el dominio de tan importante instrumento.

En los años anteriores el mismo Cevallos ya había avanzado sobre facultades del Cabildo. Por ejemplo, el 13 de febrero de 1760 había publicado una orden por la cual, debido a la supuesta mala administración de justicia de la capital, encargaba al gobernador interino Alonso de la Vega, la vigilancia y dictado de reglas sobre la materia. (42) A lo que se agregaba en 1761 la quita al Cabildo de la administración del ramo de guerra, que pasó a ser controlado por los oficiales de la real hacienda. (43)

El efecto político más trascendente de la resistencia a la militarización por parte de algunos sectores de la elite consistió en el rechazo a la figura de Cevallos. La razón de ello no se limitaba a que, debido a la ausencia de una expedición reformadora especial enviada por la Corona (como ocurrió en Cuba), la implementación de la reorganización de las milicias quedara a cargo del gobernador. También contribuyó a ello que Cevallos utilizara la militarización en el marco de la lucha facciosa; así, convertía a las milicias en un instrumento personal al nombrar a sus allegados como jefes y oficiales, práctica que fue denunciada por el obispo Manuel Antonio

de la Torre (Moutoukias, 2000: 391). (44) Es probable que estos ascensos generaran en los favorecidos una deuda implícita con el gestor de tamaña recompensa, que exigiera como compensación una lealtad absoluta. Es importante destacar que este interés de Cevallos en que sus allegados se vieran debidamente recompensados refleja el aspecto esencialmente grupal de la acción política en el Antiguo Régimen, entendiendo por ello el que una parte importante del accionar político tenga por objetivo conseguir para sí mismo o para parientes y allegados puestos directivos en los cuerpos, sobre todo en aquellos que pueden producir mayores beneficios, influencia social o dignidad (Guerra, 2003: 206).

Pero el Cabildo no rechazaba en Cevallos únicamente al instrumentador de un proceso de militarización que tenía tan graves consecuencias para la ciudad. Su presencia en el Río de la Plata solo se torna comprensible si se la inscribe en el marco de las reformas borbónicas, consistentes en la realización de una profunda transformación político-administrativa en América, basada en el intento de fortalecer el aparato estatal, que colocaba en los principales puestos a burócratas profesionales de carrera y alejaba del poder a las elites locales. Como se sabe, estas reformas fueron implementadas a partir del año 1776 bajo la dirección del secretario de Indias José de Gálvez, pero desde mediados de siglo (o sea, en el período que nos ocupa en este momento, que puede ser caracterizado como de transición) se fueron produciendo modificaciones menores y se nombraron funcionarios destinados a ejercer un control mucho más estrecho sobre las instituciones americanas que, hasta allí, habían dispuesto de amplios márgenes de autonomía. Estos “hombres nuevos” –como lo vimos en este apartado con Cevallos– se encontraron con una dura oposición en el medio local, y con frecuencia fueron acusados de autoritarios y soberbios. Dicha oposición se torna comprensible si consideramos que antes de este proceso de reformas todas las instancias de la administración estaban controladas por funcionarios criollos, miembros de las elites locales o por funcionarios peninsulares con muy estrechos vínculos con aquellos (Gelman, 2000: 259). Solo conociendo este marco general podemos darnos cuenta de que el avance de Cevallos sobre la jurisdicción del Cabildo a partir de la extensión masiva del fuero militar o la apropiación de la administración del ramo de guerra no pueden explicarse únicamente por los supuestos rasgos autoritarios de Cevallos o como un evento más de una disputa entre las distintas facciones de la elite, sino que eran expresión de una política general de la Corona en todo el continente.

Comprobamos así que la resistencia de la elite al proceso de militarización liderado por Cevallos formaba parte de la oposición

despertada en ella por la llegada de un funcionario de carrera que venía a recortarle amplias cuotas de poder. Veremos a continuación que esa resistencia involucró también a los sectores populares.

La resistencia de los sectores populares: la deserción

Aunque por motivos distintos a los de la elite, los sectores populares de Buenos Aires tampoco aceptaron pasivamente las condiciones impuestas por el proceso de movilización militar. La forma más radical y directa de resistencia que desplegaron fue la de abandonar lisa y llanamente el servicio, práctica que durante la campaña a Colonia del Sacramento se convirtió en un verdadero dolor de cabeza para Cevallos.

Uno de los episodios más resonantes lo constituyó la masiva deserción de las milicias de caballería de Magdalena el 7 de agosto de 1762, al momento de realizarse la revista de tropas en la cercanía del Riachuelo antes de embarcarse rumbo a Colonia. Según el relato de un autor anónimo,

> **empezaron a clamar al cielo todos, unos por sus mujeres, otros por sus hijos, otros por sus ganados, y como así engañados los echaban; y a nada atendía Su Excelencia, solo sí animando con mil promesas y que él también iba y de todos cuidaría. Y en este tiempo y confusión empiezan a salirse algunos de las filas de disparada y rompen tres compañías de golpe y atrás de estos los que pudieron, de suerte que solo novecientos hombres pudo embarcar de los dos mil. Luego que se vio la revolución lloraba en realidad y con muchos clamores los llamaba pero no hicieron caso y quiso Dios librarle la vida pues estuvo muy arriesgada pues uno con una lanza pasó por él de disparada y le dijo apártese Su Excelencia y retírese de aquí (cit. en Gammalson, 1976: 103).**

Se infiere de este relato, quizás algo exagerado en las cifras por la marcada hostilidad del autor hacia el gobernador, que más de la mitad de las fuerzas que estaban a punto de embarcarse desertaron. Los motivos esgrimidos para tomar tamaña decisión también los encontramos en este escrito anónimo. Los desertores “protestaron que estaban prontos a defender las fronteras de esta ciudad y que eran vasallos de Su Majestad pero que no querían ni venir al Riachuelo ni a esta ciudad dentrar, y así se quedaron estos en la campaña”(Gammalson, 1976: 104). De este modo pareciera ser que los milicianos no renegaban de su condición de tal, ni mucho menos pretendían atentar contra la autoridad del rey, sino que se negaban a movilizarse fuera de su localidad (no solo no querían cruzar el Río de la Plata, sino que tampoco “querían ni venir al Riachuelo ni a esta

ciudad dentrar"). Esa actitud expresaba la apropiación de la más auténtica tradición miliciana, que desde los tiempos de la Conquista estipulaba que la obligación militar se limitaba al ámbito de la localidad o, cuanto más, de la jurisdicción, y que rechazaba la participación en acciones ofensivas en lugares distantes. El conocimiento de este episodio nos permite comprender el fundamento que tenía la alusión de Cevallos a los "inmensos trabajos" que le había costado embarcar a las milicias rumbo a Colonia "venciendo su repugnancia de pasar el Río de la Plata", en la carta del 20 de noviembre de 1762 al ministro Arriaga. (45) Pero no queda del todo claro por qué las milicias de Magdalena aceptaron movilizarse hasta Buenos Aires, si sabían que no aceptarían embarcarse rumbo a Colonia. Otro enemigo de Cevallos, el obispo Manuel Antonio de la Torre, lo atribuye al engaño del gobernador:

> [El disimulo] que tuvo su gobernador con las compañías del Partido de la Magdalena, que se resistieron, y se hicieron fuertes a pasar a la banda de la Colonia, cuando se publicó la guerra con Portugal, por haber sido convocadas las milicias con el simulado pretexto de Revista General, hallándose por lo mismo desprevenidos los soldados, para la ausencia de sus casas y familias, además de haber concurrido no pocos con arreos y vestidos ajenos. (46)

Si damos por cierta esta versión, podemos inferir que uno de los mecanismos utilizados por Cevallos para lograr la movilización de las milicias de la campaña fue el de mentirles: hacerlas concurrir a Buenos Aires con el argumento de una revista general, y una vez allí obligarlas a formar parte de la expedición que cruzaría el Río de la Plata.

Ya en Colonia la disciplina de los milicianos continuó siendo un problema. En otra carta Cevallos confesaba que

> con la gente de milicias del país que he traído de Buenos Aires no se puede contar con alguna seguridad, estando impacientes por volverse a sus casas, sobre que me han importunado ya repetidas veces y teniendo experiencia de la facilidad con que ya por dos ocasiones se han huido en número más de doscientos hombres cada una, sin que les hubiese podido contener, por no haber habido tropa veterana con ellos. (47)

Aquí Cevallos sugiere al pasar que nada menos que cuatrocientos milicianos desertaron en dos momentos distintos desde el arribo a Colonia. Merece destacarse la enormidad de ese número, si consideramos que habían sido movilizados mil quinientos milicianos desde Buenos Aires. Es decir que más de una cuarta parte de las milicias que habían cruzado el Río de la Plata no encontraron mayores dificultades para abandonar el servicio.

Frente a esta situación caótica, Cevallos recurrió a diversas

estrategias para atenuar las deserciones. Vimos que una de ellas, al momento de continuar la campaña militar hacia Río Grande, fue la de enviar a los milicianos de Colonia a Montevideo por vía fluvial, y no por tierra, “a fin de precaver su deserción”, (48) ya que el traslado terrestre estimulaba el abandono del servicio, no solo por lo agotador que resultaba, sino también porque la cercanía de la campaña oriental les ofrecía a los soldados una tentadora alternativa de supervivencia. Otra de las estrategias utilizadas, que también se podía transformar en generadora de descontento, fue la de retrasar el pago de los salarios (recordemos que los milicianos solo recibían paga cuando participaban en una movilización militar que se producía fuera de su localidad de origen) para retener a la tropa en el servicio, dado que la única forma de cobrar sus deudas era permaneciendo en él. Las listas de revistas de las compañías de milicias (49) que estaban prestando servicio en Colonia a principios de 1763 reflejan las deudas que el Estado tenía con los milicianos. Por ejemplo, a la compañía de forasteros de Francisco Pérez de Saravia, cuyos integrantes habían empezado a servir el 15 de agosto de 1762, “con el mismo sueldo que está señalado a la tropa veterana de infantería”, se le debían 1890 pesos hasta el 3 de enero de 1763, momento en el cual se les canceló la deuda. Esa cifra no equivalía a la totalidad de los meses de servicio sino tan solo a una parte, ya que “al tiempo de su embarco tomaron en Buenos Aires a buena cuenta los individuos que comprende la relación antecedente […] 1930 pesos”. Esto significa que se les pagaba a los milicianos un adelanto antes de movilizarse y que no se les abonaba la totalidad de la paga hasta que hubiese sido cumplido el objetivo de la expedición, en este caso, la conquista de Colonia. Mayor era la deuda con la compañía de Blandengues, cuyos oficiales, sargentos, cabos y soldados (ciento cincuenta personas en total) venían sirviendo sin interrupción desde la expedición a las misiones en 1756, y con tres años de sueldo descubierto. Frente a los reiterados reclamos, Cevallos ordenó cancelar una parte de la deuda, a razón de 200 pesos para el capitán y 50 pesos para cada uno de los soldados. La misma situación se repitió con los indios de Buenos Aires que se habían movilizado para realizar las tareas de transporte de la artillería: a los veintidós soldados que habían empezado a servir el 27 de agosto de 1762 se los había socorrido en Buenos Aires, “a buena cuenta de sus sueldos”, con 15 pesos a cada uno, y cuando sus tareas finalizaron, Cevallos ordenó al tesorero pagarles 10 pesos a cada uno a cuenta de lo que se les debía. Vemos en estos ejemplos no solo las deudas que el Estado mantenía con los milicianos –las cuales seguramente fueron generadoras de descontento y de insubordinación–, sino también la estrategia de Cevallos de adelantar una parte de la paga en el momento mismo en que la tropa se embarcaba para lograr

movilizarla. Es probable que las deudas contraídas con la tropa luego de la paga original no se debieran únicamente a las dificultades de la real hacienda (hecho observable en que cuando los soldados reclaman firmemente ante sus capitanes de compañía la cancelación de la deuda, Cevallos ordena rápidamente al tesorero el abono correspondiente), sino también a una estrategia deliberada de contener a la tropa en el servicio. Dada la gran cantidad de milicianos que cruzaron el Río de la Plata, podemos decir que el primero de los objetivos fue cumplido con relativo éxito, mientras que el segundo no fue alcanzado, vista la gran cantidad de deserciones.

A la hora de buscar las causas del fenómeno de la deserción (que también adquiría grandes proporciones entre la tropa veterana), las autoridades coincidían en señalar como factor determinante la enorme libertad con la que circulaban en la campaña bonaerense hombres y ganados, hecho explicable por el tipo de ganadería –extensiva a campo abierto, en estancias sin cerco–que todavía se practicaba, que generaba la existencia de reservas de ganado alzado accesibles a los pobladores, que podían faenarlo clandestinamente y vender sus productos (el sebo, el cuero y la grasa) en los circuitos clandestinos de comercialización no controlados por los estancieros (Mayo, 1995). Esta amplia disponibilidad de recursos para subsistir que ofrecía la campaña bonaerense hacía que la paga ofrecida en el ejército o por el servicio en las milicias en oportunidad de una movilización (y también por un estanciero) resultara poco atractiva.

Así, por ejemplo, en 1764, el gobernador Cevallos le explicaba al ministro Arriaga que no confiaba en la "gente de milicias" destinada para la defensa de Río Grande, ya que esperaba que permaneciera "poco tiempo por los muchos que de ella desertan para venirse a las campañas de esta ciudad, en cuyos dilatados términos se encuentran seguros". (50) Pero esta situación, que no solo otorgaba posibilidades de subsistencia sino también seguridad, dada la debilidad del aparato estatal para atrapar a los desertores en la campaña, debe llevar a plantearnos la cuestión desde un ángulo inverso: ¿por qué, siendo tan fácil desertar, muchos milicianos decidieron participar en campañas militares en las que ponían en riesgo su vida y abandonaban a sus familias y sus trabajos por tiempos tan prolongados? Para dar una respuesta a esta pregunta creemos que se torna necesario analizar el tipo de relación que Cevallos estableció con los sectores populares de Buenos Aires.

La adhesión: Cevallos y los sectores populares

Es indudable que el éxito militar contra los portugueses fue determinante para la consolidación de la masiva popularidad de

Cevallos. Evidencias de esa relación provienen fundamentalmente de su segunda etapa en la región (1777-1778), en la cual no solo arribó desde España al frente de una expedición de diez mil quinientos hombres que conquistó definitivamente Colonia del Sacramento, sino que también lo hizo con el título de virrey del recientemente creado Virreinato del Río de la Plata, hecho que venía a eliminar la histórica dependencia política y económica de Buenos Aires respecto de Lima. Un indicio indirecto acerca del nivel de adhesión alcanzado por Cevallos entre los sectores sociales subalternos lo constituye el hecho de que la primera obra literaria perteneciente al género gauchesco sea un romance cuyo motivo central es la exaltación de la figura de Cevallos a partir de las victorias militares alcanzadas contra los portugueses. (51)

Pero si aquí encontramos un posible indicio del nivel de popularidad alcanzado por Cevallos entre los sectores pobres de Buenos Aires, quedan por explicar sus razones. Estas no pueden vincularse únicamente a las victorias militares, ya que para alcanzarlas –sobre todo en la campaña de 1762 que nos ocupa, en la que no contó con un abrumador ejército de refuerzo proveniente de la metrópoli– debió haber logrado previamente algún tipo de relación con los sectores populares que llevara a estos a participar de expediciones alejadas de sus casas y en las que ponían en riesgo su vida cuando, como ya señaláramos, existían tan pocas dificultades para evadirse de ese servicio. Resulta evidente entonces que para encontrar las razones de esa participación tan masiva en la campaña de 1762 –las cuales explican, en definitiva, el éxito militar– debemos volcar nuestra mirada a la coyuntura previa a su realización.

En esa búsqueda resulta decisivo tener en cuenta la serie de medidas y acciones que impulsó Cevallos con el fin de lograr la adhesión de los sectores populares. Algunas de ellas, como el rígido control de los precios y del normal abastecimiento de los artículos de primera necesidad (persiguiendo a los especuladores y a los acaparadores), no mostraban una innovación en relación con la acción de gobernadores anteriores. Pero hubo otras que sí marcaban un quiebre en la manera de relacionarse con los pobres. Entre ellas se destacó su intervención, en 1762, en los llamados “fondos de la capilla”. Estos consistían en un sistema de seguros destinado a atender a los soldados enfermos y heridos y a solventar los gastos de su vestuario, cuya prima se constituía con el aporte de 4 pesos anuales, descontado de los sueldos de cada integrante de las fuerzas militares. El problema radicaba en que el monto recaudado seguía otro destino, pues se prestaba a comerciantes y a oficiales, que lo utilizaban para sus negocios. Sobre esta irregularidad intervino Cevallos, requiriéndole a Nicolás de la Quintana (el administrador de los

fondos) su detalle, estado y liquidación, y convocando a las autoridades militares a una reunión en la que se dispuso el empleo de parte del capital para renovar el vestuario, no abonar más los 4 pesos anuales, entregar el monto restante a las reales cajas y formar una junta para solicitar en cada caso los auxilios que requiriesen los soldados heridos y enfermos (Gammalson, 1976: 89-90). Esta intervención, tendiente a proteger los intereses de la tropa, generó malestar en los beneficiados de la situación anterior (los oficiales y los comerciantes), quienes hicieron rodar la versión de que Cevallos se había apropiado de esos fondos.

En una línea similar puede concebirse su intervención en el caso de la "negra Dominga", una esclava de Luján que había matado a puñaladas a su propietaria, María Mercedes López, "porque le dio unas guascadas porque no le había calentado agua, y la encontró dormida, y que de esto se enojó, y le dio con el cuchillo las puñaladas que la dejó muerta". (52) Aceptando la petición del defensor general de pobres, Cevallos declaró nulo el proceso llevado a cabo en Luján (que había finalizado con la sentencia a la horca de Dominga por el alcalde de la Santa Hermandad) por considerarlo mal llevado, ya que el alcalde que había intervenido era cuñado de la víctima, y pidió el traslado de la acusada a Buenos Aires, donde fue indultada por el teniente de rey Diego de Salas en diciembre de 1762. (53) Este tipo de solicitudes elevadas a Cevallos de parte de los negros y mulatos –las cuales, como vimos en el ejemplo, eran redactadas por los defensores de pobres, nombrados por el Cabildo para atender las causas en las cuales estaba implicada la gente del pueblo– se repitieron asiduamente durante sus gobiernos (Bernard, 2010). Esa asiduidad expresaba, además de la popularidad de Cevallos entre la gente de color (recordemos que su entrada triunfal en Buenos Aires para asumir el cargo de virrey el 15 de octubre de 1777 sería saludada en particular por los "negros de la nación conga", que le dedicarían música y danzas) (cit. en Bernard, 2010), el hecho de que esta lo percibía como un "amparo de pobres desvalidos" y esperaba que su lealtad fuese recompensada con la libertad o con una mejora de su situación.

Creemos que iniciativas como las señaladas no alcanzan para definir a Cevallos como un jefe carismático que inauguró una relación populista con las clases bajas, que continuaría Liniers en 1806 y Juan Manuel de Rosas en su etapa como gobernador de Buenos Aires (Bernard, 2010). Pero si bien no nos bastan, en cambio podrían sugerirnos la necesidad de Cevallos, durante su primer gobierno, de contar con el apoyo de los sectores populares como base de sustentación en el marco de una equilibrada lucha política con un sector de la elite de la ciudad, que en reiteradas ocasiones caracterizó

su accionar –del que formaba parte esa relación con los sectores populares– como autoritario. Así lo hacía el declarado enemigo suyo ya citado, el obispo Manuel Antonio de la Torre, en una representación al rey de 1766, en la que utilizaba de manera recurrente los términos "despotismo" y "tiranía" (54) para referirse al modo de ejercer el poder por parte de Cevallos. Estas acusaciones de déspota y tirano también las encontramos en distintos integrantes de las elites de ciudades hispanoamericanas referidas a los nuevos funcionarios borbónicos, entre los que –siempre debemos tenerlo en cuenta– se encontraba Cevallos. En el caso del Río de la Plata, esos calificativos fueron recibidos en Córdoba por el gobernador de Tucumán Manuel Fernández Campero durante el período 1764-1770, y por Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa, sucesor de Cevallos en la gobernación de Buenos Aires, de parte de la Audiencia de Lima y del virrey Amat (Lorandi, 2008: 100 y 189-190). Estos apelativos coincidentes en el ámbito americano estarían revelando que, en esta etapa de transición de las reformas borbónicas en América, las elites locales sentían que sus privilegios, consolidados durante más de dos siglos de gobierno, estaban siendo fuertemente amenazados por los propósitos centralistas de la Corona. Esta enviaba a las colonias a un nuevo tipo de funcionario que no toleraba limitación en el ejercicio de su autoridad, ya que se consideraba responsable último de la administración de los asuntos de la ciudad. Es lógico que ante tamaño desafío las autoridades metropolitanas seleccionaran a funcionarios con perfiles similares –generalmente militares con una fuerte personalidad–, que en algunos casos justificaban por demás, al margen de su misión, las acusaciones de las elites.

Señalar este marco hispanoamericano del problema nos ayuda a entender que, al margen de las pasiones del momento, el problema de la elite porteña con Cevallos no era personal –ni tampoco solamente faccioso–, sino que revelaba la cuestión de fondo que se estaba dando en todas las posesiones americanas, es decir, la disputa de los organismos centrales metropolitanos por obtener una mayor acumulación de poder a expensas de otras instituciones y agentes políticos americanos que habían usufructuado, hasta ese momento, una considerable cuota de los capitales de coerción física, económica y simbólica (Lorandi, 2008: 211-212). La primera etapa de Cevallos en la región se inscribió en una fase intermedia de ese proceso y encontró, como hemos visto, una fuerte resistencia de la elite de Buenos Aires. Resulta lógico entonces que, ante tamaño desafío, Cevallos haya recurrido a la construcción de una red política que contó con el apoyo de algunos grupos minoritarios de la elite local y, probablemente, de los sectores populares.

Conclusión

El estudio de la campaña de 1762 a Colonia del Sacramento nos permitió reconocer la existencia en el Río de la Plata de un proceso colonial que revela que la militarización de la etapa revolucionaria no representó una experiencia absolutamente novedosa para la población de la región, sino que se inscribió en el marco de una arraigada tradición de movilización militar. La comparación de la coyuntura analizada en este trabajo con el proceso abierto en 1806 nos muestra la existencia de fenómenos que presentan una gran similitud. A la ya señalada participación amplia de los varones adultos en las formaciones armadas, se suma la construcción de un fuerte liderazgo personal con bases populares por parte del conductor exitoso de la movilización militar –Cevallos en nuestra etapa y Santiago de Liniers en la abierta por las Invasiones Inglesas–, y la oposición del Cabildo de Buenos Aires a esa movilización y a sus jefes, temeroso en ambos momentos del incremento de poder en desmedro del suyo que esa situación conllevaba para sus líderes.

Si las consecuencias que podríamos llamar negativas del proceso de militarización para el liderazgo construido por Cevallos –como indudablemente lo fue la deserción– no tuvieron que ser soportadas de manera significativa por Liniers, creemos que se debió a que la militarización iniciada en 1806 asumió un carácter primordialmente defensivo; este hecho permitió que no se exigiera a la población participar en campañas militares fuera de su ciudad, lo que tanta resistencia generaba no solo en los milicianos de Buenos Aires y del Río de la Plata sino en los de toda América (la reaparición de campañas ofensivas a partir de 1810 traería nuevamente a escena el fenómeno de la deserción y obligaría a las autoridades revolucionarias a transformar, en procura de disciplina, a esas milicias en ejércitos regulares). De la misma forma nos parece que, si las modalidades adquiridas por la militarización en la etapa estudiada no tuvieron las consecuencias revolucionarias que se vieron a partir de 1806, ello se debió menos a las diferencias existentes entre ambas movilizaciones militares que al diverso contexto imperial en que se produjeron: si en 1762 nos encontramos con un imperio español en decadencia –decadencia que en parte explicaba la decisión de basar los esfuerzos defensivos en las fuerzas milicianas locales–, a partir de 1806 ese imperio se encontraría en un estado crítico y posteriormente con su monarquía desaparecida. Esa crisis, como ya es conocido, fue la que le permitió a la elite criolla armada –cuyo surgimiento sin duda fue la principal consecuencia política del proceso de militarización abierto en 1806– convertirse en el actor político decisivo en las jornadas de mayo de 1810 e inaugurar así una nueva etapa en la historia de estas

tierras.

Bibliografía

AGN (1926), *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, serie III, t. II, años 1756 a 1761, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.

— (1927), *Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires*, serie III, t. III, años 1762 a 1768, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional.

— (1939), *Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América. Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales*, t. II, Buenos Aires, Kraft.

— (1941), *Campaña del Brasil. Antecedentes coloniales*, t. III, Buenos Aires, Kraft.

Barba, Enrique (1937), *Don Pedro de Cevallos: gobernador de Buenos Aires y virrey del Río de la Plata*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Bernard, Carmen (2010), "Los olvidados de la revolución: el Río de la Plata y sus negros", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, Coloquios. Disponible en <www.nuevomundo.revues.org>; último acceso: 13/10/2014.

Canal Feijóo, Bernardo (1967), *La literatura virreinal. Antología*, Buenos Aires, CEAL.

Fradkin, Raúl O. y Juan Carlos Garavaglia (2009), *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Gammalson, Hialmar Edmundo (1976), *El virrey Cevallos*, Buenos Aires, Plus Ultra.

Gelman, Jorge (2000), "La lucha por el control del Estado: administración y elites coloniales en Hispanoamérica", *Historia General de América Latina*, vol. II: *Procesos americanos hacia la redefinición colonial*, París-Madrid, Unesco-Trotta, pp. 251-264.

Guerra, François-Xavier (2003), "De la política antigua a la política moderna: algunas proposiciones", *Anuario IEHS*, nº 18, pp. 201-212.

Halperin Donghi, Tulio (1978 [1973, en inglés]), "Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815", en Tulio Halperin Donghi (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 121-157.

— (2002 [1972]), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Lorandi, Ana María (2008), *Poder central, poder local. Funcionarios*

borbónicos en el Tucumán colonial. Un estudio de antropología política, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Mayo, Carlos (1995), *Estancia y sociedad en La Pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos.
Moutoukias, Zacarías (2000), "Gobierno y sociedad en el Tucumán y Río de la Plata, 1550-1800", en José Emilio Burucúa (dir.), *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, t. 2, pp. 355-411.
— (2002), "Las formas complejas de la acción política: justicia corporativa, faccionalismo y redes sociales (Buenos Aires, 1750-1760)", *Jahrbuch fur Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, nº 39. Disponible en <www.gewi.uni-graz.at>; último acceso: 13/10/2014.
UBA (1912), *Documentos para la historia del Virreinato del Río de la Plata*, t. II, Facultad de Filosofía y Letras, sección Historia, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.
Villegas, Alfredo (1977), "Introducción", en Juan Beverina, *La expedición de Cevallos en 1776-77*, Buenos Aires, Rioplatense, pp. 7-99.

33. "Carta de Cevallos a Arriaga, Buenos Aires, 24 de julio de 1762", en Archivo General de la Nación (AGN) (1939: 476).

34. La nómina de la plana mayor y la tropa del ejército de Su Majestad Católica (SMC) que asistió al sitio de la Colonia en el mes de noviembre de 1762 se encuentran en AGN (1941: 15-16).

35. Los datos de la composición de las expediciones militares de 1680, 1704 y 1735 pueden encontrarse en Villegas (1977). En términos absolutos, los indígenas misioneros movilizados en dichas campañas fueron tres mil, cuatro mil y tres mil, respectivamente.

36. La nómina de la plana mayor y la tropa del ejército de SMC que asistió al sitio de la Colonia en el mes de noviembre de 1762 se encuentran en AGN (1941: 15-16).

37. "Carta de Cevallos a Arriaga, Colonia del Sacramento, 19 de noviembre de 1762", en AGN (1941: 30-31).

38. "Carta de Cevallos a Arriaga, Colonia del Sacramento, 20 de febrero de 1763", en AGN (1941: 36).

39. Representación de Juan Antonio de Ruiz a Agustín de Pinedo, en AGN, IX 28-5-1. Milicias 1762-1809.

40. Ibíd.

41. Ibíd.

42. AGN, IX 8-10-2, f. 212. Bandos 1741-1763.

43. "Estado de las entradas, salidas y efectiva existencia de los caudales pertenecientes al ramo de guerra desde el 2 de abril de 1752 hasta fin de diciembre de 1776", en UBA (1912: 4).

44. La evidencia que encontramos de esta práctica en las fuentes no es directa, aunque sí constituye un indicio de lo mencionado. Luego de la exitosa campaña a

Colonia, Cevallos le solicitó al rey (y lo obtuvo) el ascenso de individuos que formaban parte de su séquito personal. Así logró que Eduardo Wall pasara a ser coronel de dragones; Diego de Salas, coronel de infantería; Pedro de Guzmán, Joseph de Molina, Joseph Nieto, Carlos Morphy, Antonio Catani, Lucas Infante, Antonio Aymerich, Francisco Cardoso y Vicente de Reyna Vázquez ascendieron de capitanes a tenientes generales; Manuel de la Quintana quedó a cargo de la compañía de Gorriti; Francisco Piera, de la de Juan Manuel de Betolaza, y Cornelio Canvray, de la de Francisco Graell. Estas designaciones pueden encontrarse en "Nómina de los jefes y oficiales ascendidos por el rey, a propuesta de Cevallos por 'lo mucho que se han esmerado en el sitio y toma de la Colonia del Sacramento'", Madrid, 13 de abril de 1763, en AGN (1941: 44-45).

45. "Carta de Cevallos a Arriaga, Colonia, 20 de noviembre de 1762", en AGN (1941: 25-29).

46. "Expone a S. M. el obispo de Buenos Aires el enigma de la carta con que el gobernador don Pedro de Cevallos le quiere hacer reo del motín de Corrientes", en AGN, IX 15-2-2. Representación del obispo de Buenos Aires Manuel Antonio de la Torre contra el gobernador Cevallos, 1762-1769.

47. "Carta de Cevallos a Arriaga, Colonia, 20 de noviembre de 1762", en AGN (1941: 29).

48. "Carta de Cevallos a Arriaga, Río Grande de San Pedro, 24 de agosto de 1763", en AGN (1941: 45).

49. AGN, sala XIII, cuerpo XVII, 1-3. Colonia, 1762-1769.

50. "Carta de Cevallos a Arriaga, Buenos Aires, 4 de abril de 1764", en AGN (1941: 105).

51. Nos referimos a Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Excmo. D. Pedro Cevallos, escrito por el canónigo Juan Baltasar Maziel en 1777. Véase el texto del poema en Canal Feijóo (1967: 41-43).

52. AGN, IX 31-9-9. Criminales, 1763-1766, exp. 7.

53. Ibíd.

54. "El Reverendo obispo de Buenos Aires representa al rey las causas que han movido a Don Pedro de Cevallos para la impostura de varias falsas calumnias con que pretende denigrar su opinión", en AGN, IX 15-2-2.

CAPÍTULO 3

DEL ASEDIO AL CUSCO A LA TOMA DE PUNO. TRANSFORMACIONES DE LA EXPERIENCIA BÉLICA DURANTE LA SUBLEVACIÓN TUPAMARISTA

Sergio Serulnikov

En el curso de 1780 y 1781, los pueblos indígenas del Perú sitiaron cinco de los más importantes centros urbanos de los Andes: el Cusco, la antigua capital incaica, a fines de diciembre de 1780; La Plata, la sede de la Audiencia, el Arzobispado y la Universidad de Charcas, en febrero del siguiente año; la villa minera de Oruro durante el mismo mes; Puno, en la margen occidental del lago Titicaca, a comienzos de marzo, y La Paz, el polo comercial de mayor crecimiento en el siglo XVIII, entre marzo y septiembre. Este último fue por mucho el más prolongado y masivo de estos incidentes. Las comunidades aymaras lideradas por Túpac Katari lograron sostener el sitio de La Paz por seis meses e impidieron que entrara a la ciudad todo tipo de alimentos y abastecimientos durante ciento nueve días consecutivos. Miles de vecinos murieron de hambre y enfermedad. Por su parte, las fuerzas de Túpac Amaru sobrepasaron de tal modo en número a las compañías de milicias del Cusco que muchos vecinos estuvieron convencidos de que sería imposible resistir una embestida frontal contra la ciudad de no llegar a tiempo los refuerzos enviados con urgencia desde Lima. El asedio a La Plata por parte de miles de indios provenientes de varias provincias de la región constituyó la mayor amenaza afrontada por el más prestigioso centro administrativo español en el Alto Perú desde su fundación a mediados del siglo XVI. Como sabemos, eventualmente ninguna de estas tres fuerzas insurgentes lograría su cometido y serían derrotadas en batallas frontales ocurridas en las afueras de las ciudades. Es otro el panorama en Oruro y Puno. Allí los indígenas llegaron a tomar por un tiempo posesión efectiva de los centros urbanos. En el primer caso, mediante una alianza con los vecinos patricios de la villa; en el segundo, luego de forzar el éxodo de sus

pobladores.

Los cinco eventos tienen mucho en común. Revelan en primer lugar el formidable grado de movilización social y radicalización política alcanzados por la insurgencia. Con la excepción de las rebeliones campesinas lideradas por Miguel de Hidalgo y José María Morelos en México treinta años después, no hubo ningún movimiento social de semejante magnitud en la historia de la Hispanoamérica colonial. Recordemos, por lo demás, que los levantamientos rurales mexicanos surgieron en un contexto de profunda crisis imperial provocada por la invasión napoleónica, mientras la sublevación pan andina de 1780-1782 fue en esencia un fenómeno endógeno. Resultó de prolongados procesos locales de confrontación que se potenciaron unos a otros y terminaron confluyendo en un mismo estallido de descontento. Las profundas raíces históricas del acontecimiento quedaron de manifiesto en la composición de las fuerzas rebeldes. Se trató en esencia de pueblos indígenas, hombres y mujeres, encabezados por sus jefes étnicos. No eran en rigor ejércitos sino más bien familias, comunidades en armas. La estructura de las tropas insurgentes tendió por tanto a reproducir la estructura de las entidades políticas andinas. Así pues, la trascendencia del fenómeno no se derivó solo de los inusitados niveles de violencia alcanzados (se cree que hubo más de cien mil muertos en un área que se extendió desde la sierra sur peruana hasta el norte de los actuales territorios de Chile y Argentina), sino también de su origen social. No debería sorprender que el levantamiento tupamarista terminara representando un punto de inflexión en las relaciones blanco-indias en los Andes, tanto en términos de los mecanismos de dominación política como de la percepción de las elites españolas y criollas sobre los pueblos nativos.

Detrás de estos rasgos compartidos, existen marcadas diferencias entre los focos rebeldes. Sabemos hoy que la población aymara del altiplano paceño, las comunidades indígenas del Collao (la región del sur del Perú aledaña al lago Titicaca), los pueblos del área del Cusco, los campesinos que habitaban los valles y punas de la región de Charcas y Potosí, los vecinos de la villa de Oruro, todos recorrieron caminos muy distintos para llegar a 1780, y que 1780 representó cosas muy distintas para cada uno de ellos. (55) Mientras examinar las raíces históricas de estas divergencias excede en mucho las posibilidades de este ensayo, nos focalizaremos aquí en un fenómeno más discreto pero igualmente significativo: las transformaciones producidas en la experiencia de la guerra del movimiento insurgente entre la fase inicial encabezada por Túpac Amaru en el Cusco y la segunda, liderada por sus parientes en las provincias del Collao. Nos proponemos mostrar que las tácticas bélicas de las fuerzas rebeldes y,

a la postre, su eficacia, estuvieron estrechamente vinculadas a cambios en las ideas acerca de la naturaleza del enfrentamiento. Por cierto, las decisiones militares obedecieron asimismo a concepciones culturales sobre la guerra (cuándo atacar, qué hacer con el enemigo, cuáles eran las reglas de comportamiento moralmente aceptables) y a la tecnología disponible (en particular, la disponibilidad de armas de fuego y la capacidad de emplearlas eficazmente) (Arze, 1991; Hidalgo Lehuede, 1983; Szeminski, 1987; Thomson, 2006; Thurner, 1991). Pero en gran medida el cómo estaba sujeto al por qué. En una revolución social de esta dimensión, las formas de ejercicio de la violencia son altamente sensibles a los resultados que se espera alcanzar. Y, del mismo modo, los resultados que se espera alcanzar son altamente sensibles a las vicisitudes del acontecimiento, a la estructura de la situación. La dimensión diacrónica, procesual, del fenómeno es crucial. El levantamiento tupamarista, en efecto, sacó a la luz antagonismos sociales que no pueden ser derivados de sus reclamos iniciales ni de las tensiones socioeconómicas estructurales que le sirvieron de trasfondo. Los contrastes entre el asedio al Cusco en diciembre de 1780 y la toma de Puno cuatro meses más tarde atestiguan estas mutaciones. ¿Qué mundo procuraron forjar las comunidades indígenas que se alzaron en armas? ¿Qué mundo, más allá de sus intenciones, estaban forjando? ¿Era un mundo mejor o un mundo distinto? ¿De qué manera la evolución de las expectativas de cambio dio forma al uso de la fuerza e influyó en su eficacia? De estos temas se ocupan las páginas que siguen.

El asedio al Cusco

El 28 de diciembre de 1780 los vecinos de Cusco despertaron con la noticia de que unos treinta mil indígenas habían acampado en las alturas de Picchu, en las afueras de la ciudad. Para encontrar un fenómeno semejante había que remontarse al año 1536, cuando un ejército indígena liderado por Manco Inca, uno de los hijos del emperador Huayna Capac, estuvo cerca de expulsar a los conquistadores españoles que cuatro años atrás habían capturado la capital incaica. El ataque, desde luego, estuvo lejos de ser sorpresivo. Desde el momento en que Túpac Amaru había arrestado y luego ejecutado al corregidor de la provincia de Canas y Canchis, Antonio de Arriaga, en la plaza del pueblo de Tinta a comienzos de noviembre de ese año, la insurrección no había cesado de expandirse. Buena parte de las provincias entre el Cusco y el lago Titicaca se hallaban por entonces en abierto estado de rebelión. Aunque el avance sobre la ciudad parecía inminente, poco pudieron hacer las autoridades y residentes de Cusco para detenerlo. Apenas anoticiados de la ejecución

de Arriaga, el ayuntamiento había resuelto solicitar al virrey del Perú el inmediato despacho de destacamentos del ejército regular de Lima y había conformado una junta de guerra que se abocó a la organización de una compañía compuesta por la milicia local, voluntarios y unos ochocientos indios y mestizos movilizados por caciques leales al rey. Una parte de esta fuerza fue despachada a Canas y Canchis con el fin de sofocar el levantamiento y arrestar a su líder, pero fueron emboscados pocos días más tarde, el 18 de noviembre, en Sangarará, un pequeño pueblo al norte de Tinta, y masacrados dentro de la iglesia, donde habían buscado refugio. Es cierto que mientras el grueso de las fuerzas tupamaristas se hallaba concentrado en una campaña en la región del Collao, las tropas cusqueñas lograron obtener su primera victoria militar sobre los insurgentes en las afueras del pueblo de Ocongate, provincia de Quispicanchis. Sin embargo, cuando al regreso de su exitosa marcha por las provincias del sur, Túpac Amaru se decidió por fin a atacar la más antigua y emblemática de las ciudades andinas, los destacamentos del ejército virreinal no habían arribado aún y pocos vecinos creían que un asalto sostenido de una fuerza tan numerosa pudiera ser contenido. (56)

No fueron estos, empero, los planes de Túpac Amaru; al menos, no en lo inmediato. Durante los días posteriores a su arribo a Picchu se dedicó a enviar emisarios y lanzar proclamas con el objeto de que las autoridades flanquearan su ingreso a la ciudad o que la población urbana, en particular los grupos plebeyos, se rebelaran y unieran al ejército insurgente. En estos asuntos estaba ocupado cuando, a comienzos del nuevo año, el primer destacamento venido de Lima hizo por fin su entrada en Cusco. El 8 de enero las tropas realistas atacaron las posiciones de los indígenas y, tras algunos días de intensos combates, lograron ponerlos en fuga.

La decisión de postergar por casi dos meses el avance sobre un objetivo tan clave como el Cusco y, una vez en las afueras de la ciudad, entretenerse en infructuosas negociaciones y pronunciamientos públicos que terminaron facilitando la organización de sus defensas, puede no tener mayor sentido en términos estrictamente militares, pero está en consonancia con la naturaleza de la guerra que las fuerzas tupamaristas pensaban estar librando. Túpac Amaru no consideraba que sus enemigos fueran los grupos hispánicos locales, sino más bien los gobernantes coloniales y las políticas que la administración imperial borbónica venía impulsando desde mediados de siglo. Aunque existió desde el comienzo una serie de reivindicaciones propias de los pueblos de indios (la abolición de los repartos de mercancías de los corregidores, el fin de la participación de las comunidades de la región en la distante mita minera potosina, la supresión del trabajo forzado en los obrajes textiles, entre otras),

estas aparecían articuladas a un conjunto muy amplio de demandas que afectaban a otros sectores de la sociedad cusqueña, tales como el aumento de la presión fiscal, el establecimiento de monopolios estatales o el avance de la Corona sobre los órganos de autogobierno de las corporaciones (los ayuntamientos, los gremios de artesanos, las universidades y, por cierto, las propias comunidades indígenas).

Cuando Túpac Amaru quería dirigirse al conjunto de sus potenciales aliados, a aquellos cuyos intereses procuraba representar, eligió con mucha frecuencia el término "peruanos". En este sentido, un objetivo básico de los emisarios enviados desde el campamento de Picchu consistió en explicar que no estaban allí para agraviar a los americanos o "patriotas" (a los oriundos o avecindados en la patria chica), a la Iglesia y la religión católica ni en general a los criollos. No pretendían poner fin a las haciendas, las actividades mineras y el comercio, ni tampoco a la sujeción a la Corona, puesto que no era el monarca sino quienes gobernaban en su nombre los que había echado a perder el reino, y sus aspiraciones podían resolverse con un mayor grado de autonomía, no necesariamente secesión, de la metrópoli. No había razones objetivas para que grandes sectores de la población cusqueña rehusaran sumarse a la insurrección. De hecho, durante los años previos, criollos, mestizos e indígenas habían unido sus fuerzas en violentos movimientos de protesta en lugares como Arequipa, La Paz, Quito o Cusco mismo; a mediados del año siguiente, una masiva sublevación contra las reformas carolinas encabezada por grupos criollos estallaría en Nueva Granada, la llamada "revolución de los comuneros". (57) Atacar la ciudad sin haber agotado los recursos para obtener el apoyo de buena parte de sus habitantes iba contra la propia lógica de la guerra que Túpac Amaru creía, o aspiraba, encabezar.

El gran problema era que la guerra que Túpac Amaru pretendía estar librando no se correspondía con la guerra que en la práctica estaba teniendo lugar. Con frecuencia se ha tendido a tomar las declaraciones de principios del líder cusqueño y los conflictos socioeconómicos de base como un índice de la naturaleza ideológica de la conflagración. El examen de la composición de las fuerzas insurgentes y el significado social que adquirió la movilización colectiva y las mismas acciones de sus líderes no parecen avalar esta interpretación. El corazón de los ejércitos tupamaristas estaba constituido por comunarios. El epicentro de la rebelión estuvo en Canas y Canchis y Quispicanchis, zonas de fuerte presencia de comunidades. Se calcula que un 85% de las tropas indígenas provinieron de estas dos provincias. Aunque se incorporaron indios urbanos sin adscripción étnica precisa, mestizos y otros, el núcleo duro del movimiento estuvo constituido desde el principio por los miembros de pueblos de indios: familias que residían en las tierras

comunales, pagaban tributos, estaban sometidas a la mita y al repartimiento de mercancías y reconocían como autoridad primaria a sus caciques. En el área de Cusco, no así en las provincias del Collao, fueron precisamente estos jefes étnicos los que los encabezaron.

La composición del ejército tupamarista les imprimió a sus campañas una cualidad muy particular. No eran operaciones bélicas convencionales. El mecanismo habitual de expansión consistía en el envío de emisarios y proclamas a la población local llamándolos a rebelarse. Solo una vez que ello sucedía Túpac Amaru hacía su entrada triunfal. Batallas como la de Sangarará –el choque frontal entre las fuerzas realistas e insurgentes– fue la excepción más que la regla. Se ha señalado, con razón, que no existía "demarcación precisa entre el alzamiento espontáneo de los pueblos y las marchas militares de Túpac Amaru" (Flores Galindo, 1987: 146). Los enfrentamientos bélicos eran en buena medida indistinguibles de la revuelta social. Por lo demás, las ideas de la vasta mayoría de los integrantes de los ejércitos rebeldes tenían poco que ver con los pronunciamientos oficiales de sus jefes. Los indios del común tendían a entender de manera muy amplia quiénes era sus enemigos: los hacendados, los dueños y administradores de obrajes, los cobradores de impuestos, los caciques y sus asistentes. Todos ellos fueron víctimas de la violencia popular. Que la mayoría de ellos fueran "peruanos", americanos o patriotas no parecía impresionarlos demasiado. Era su posición de clase y su condición étnico-cultural, no su lugar de nacimiento, lo que contaba. Por ejemplo, durante los días del avance sobre Cusco, se dijo que los indios en Calca en el Valle Sagrado, "dieron muerte cruel a cuantos Españoles hallaron de ambos sexos reputando por Españoles o Mestizos a todos los que tenían camisa, y lo que es más horrible, usaban torpemente de las mujeres de representación agradable, quitándoles después la vida, llegando a la mayor impiedad de incubar sobre los cadáveres de otras" (cit. en Walker, 1999: 72). En las provincias del Collao, donde el movimiento fue menos jerárquico y controlado por la nobleza andina, los indígenas dejaron de pagar tributos, de ir a la mita potosina y se apropiaron del ganado de las haciendas. De hecho, numerosas tierras de criollos, de la Iglesia y de los propios caciques fueron ocupadas y sus títulos de propiedad, quemados (Jacobsen, 1993: 46 y 98).

Tampoco la constante evocación de Túpac Amaru de la tradición imperial incaica contribuyó para que ganara el favor de la población no indígena. Como es bien sabido, José Gabriel Condorcanqui era un cacique relativamente menor de los pueblos Pampamarca, Surimana y Tungasuca, provincia de Canas y Canchis, que adoptó el nombre Túpac Amaru II con el fin de reafirmar su directa descendencia del último de los incas. Se ha sostenido en ocasiones que eso nada tenía

de sedicioso, puesto que se trataba de una práctica habitual entre la nobleza andina de la época, del mismo modo que el renacimiento cultural incaico que tuvo lugar durante el siglo XVIII era una corriente de la que participaban no solo los indígenas sino todos los sectores sociales. (58) Ambas afirmaciones son ciertas. Pero lo es también que los fenómenos culturales carecen de un significado ideológico prefijado: dependen de las prácticas y discursos políticos en los que se hallan insertos. Articulada a una rebelión de masas sin precedentes, la apelación a la tradición incaica dejó de funcionar como un componente de la identidad cultural de la sociedad cusqueña como un todo para transformarse en una manifestación de la radical subversión del orden establecido, de la inversión del lugar ocupado por la población hispánica y nativa en el orden natural de las cosas. Adquirió resonancias profundamente anticoloniales en el sentido étnico-cultural del término.

El encumbramiento de un descendiente directo del último emperador del Tawantinsuyu, así como las acciones colectivas de sus seguidores contra todas las formas de poder económico y político local, estaba allí para probarlo. Estos antagonismos no tardaron en hacerse visibles en el propio discurso tupamarista. Túpac Amaru continuó proclamando hasta el final que se limitaba a obedecer órdenes del rey para acabar con la corrupción y los corruptos. Pero, a su vez, tras la batalla de Sangarará se hizo retratar junto a su esposa Micaela Bastidas con todas las insignias y atributos simbólicos propios de los reyes incas. A nadie pudo haber escapado, en ese particular contexto político, las connotaciones de semejante representación pictórica. Por lo demás, los estudios de sus bandos muestran que con el paso de las semanas las referencias a Carlos III no desaparecieron, pero se hicieron más y más infrecuentes.

Para la población hispánica del Cusco estas ambigüedades ideológicas importaron poco. Todos parecieron comprender muy rápido que cualesquiera fueran las declaraciones de principios de sus dirigentes, de triunfar, el movimiento tupamarista cambiaría el mundo. No lo haría meramente mejor o peor, lo transformaría en algo por completo diferente. Y la enorme mayoría de sus posibles aliados, los “peruanos” a quienes Túpac Amaru procuraba interpelar, no mostraron interés alguno en formar parte de ese mundo. No solo lo criollos más acomodados –hacendados, funcionarios provinciales, comerciantes, abogados–, sino incluso muchos miembros de las clases bajas urbanas consideraron que el compartido disgusto con el absolutismo borbónico no justificaba apostar al éxito de un movimiento protagonizado por pueblos indígenas en armas y liderado por un autoproclamado inca. De haber existido alguna posibilidad de que ello ocurriera, el incendio de la iglesia de Sangarará terminó de

abortarla.

Es cierto que en el posterior juicio realizado a los insurgentes fueron identificados dieciséis criollos y diecisiete mestizos como parte de la dirigencia tupamarista. Pero sería un error tomar este dato como una prueba de la composición social del movimiento. Los más estables y confiables miembros del comando insurgente fueron los parientes de Túpac Amaru: su esposa Micaela Bastidas, su primo Diego Cristóbal, su sobrino Andrés Mendigure, su hijo Mariano Túpac Amaru, su cuñado Miguel Bastidas. Casi todos los criollos implicados estuvieron asociados a Túpac Amaru por relaciones personales o colaboraron ocasionalmente, empujados por las circunstancias. Es muy significativo al respecto que muchos de ellos, incluso quienes cumplieron funciones de máxima responsabilidad política y militar, habían sido originalmente tomados prisioneros durante el juicio al corregidor Arriaga, y que por una combinación de coerción, convicción o mero oportunismo se sumaron luego a la causa insurgente. Ni siquiera Túpac Amaru tuvo demasiada confianza en los motivos de su lealtad. Sus resquemores, como enseguida veremos, se encontrarían plenamente justificados durante el asedio al Cusco. Resulta evidente, en todo caso, que los criollos y mestizos que participaron no pueden ser considerados representativos de voluntades colectivas, a diferencia de la situación dada en otros episodios contemporáneos de protesta o insurgencia, tales como las múltiples revueltas urbanas antifiscales, la "revolución de los comuneros" en los Andes colombianos o en el movimiento tupamarista en la zona de Oruro. En vano buscaremos signos de este tipo en el Cusco.

La dinámica de las campañas militares tupamaristas y los propios antagonismos sociales que desencadenó la guerra tuvieron un impacto directo sobre el desarrollo del cerco de Cusco y su desenlace final. Como hemos mencionado, pese a su palmaria superioridad numérica, Túpac Amaru postergó el ataque a la ciudad. Siguiendo una lógica similar a la empleada con tanto éxito en los pueblos rurales del Cusco y el Collao, envió varios emisarios para entablar negociaciones con las autoridades seculares y religiosas, con la esperanza de que la ciudad se rindiese o, acaso, que la plebe se sumara a la rebelión. También dirigió varios bandos a los residentes de Cusco para que franqueasen pacíficamente su ingreso. Sin embargo, la profunda ambivalencia ideológica del movimiento queda de manifiesto en que, pese al objetivo expreso de estas proclamas, su énfasis estuvo centrado en la defensa de los derechos de las comunidades indígenas. Si bien procuró ganarse la simpatía de las elites criollas prometiendo que, de triunfar, no pondría en cuestión la soberanía real o incluso los vínculos comerciales que unían al Cusco con el Virreinato del Río de la Plata, el

tema dominante de sus escritos fueron las prerrogativas de los pueblos nativos. Por ejemplo, el 3 de enero dirigió una misiva al Cabildo de la ciudad en la que remarcó que "la mía es la única que ha quedado de la sangre de los incas, reyes de este reino" y que ello lo había empujado a luchar tan encarnizadamente contra los corregidores y los repartimientos. Pidió que las provincias estuvieran gobernadas por un alcalde mayor "de la misma nación indiana" y que se estableciera una audiencia y un virrey en Cusco "para que los indios tengan más cercanos los recursos". Estas reivindicaciones estaban articuladas a un relato histórico mayor, pues los abusos no eran de ahora, venían de muy lejos. Estaban originados en el flagrante desconocimiento de la legislación que los reyes de España habían promulgado desde la época de la Conquista para proteger a los pueblos andinos: "esto es tan notorio que no necesita más comprobante sino las lágrimas de estos infelices que *ha tres siglos* los vierten en sus ojos". Para desterrar estos males había entonces que revertir el discurso de la Conquista: eran los conquistados quienes debían ahora tomar las riendas del reino; encabezados, por supuesto, por el propio Túpac Amaru, "la única que ha quedado de la sangre de los incas" (cit. en Lewin, 1967: 456-457).

La prédica del líder no pareció concitar mayores adhesiones dentro de la ciudad. La imagen de un inca al frente de un ejército indígena vindicando los derechos de los vencidos de la Conquista difícilmente persuadiera a los grupos hispánicos. No lo había hecho hasta entonces y no lo hizo ahora. Así, cuando uno de los embajadores de Túpac Amaru procuró tranquilizar al obispo del Cusco, Juan Manuel Moscoso, argumentando que no tenían intención alguna de agraviar a la ciudad o a los "patriotas", el sacerdote le respondió "que se le dijese a ese rebelde que la ciudad tenía vasallos muy fieles a S. M. para castigar su atrevimiento, como lo experimentaría muy en breve" (cit. en Lewin, 1967: 457).

La percepción de Moscoso respecto a las inclinaciones políticas del vecindario no estaba muy alejada de la realidad. Es cierto que, viendo la enorme disparidad numérica, algunos grupos parecieron por momentos vacilar y estar dispuestos a aceptar una capitulación negociada. Y es cierto también que las elites cusqueñas se mostraron preocupadas por el comportamiento que la plebe urbana tendría a la hora de la verdad. No obstante, todas estas cavilaciones se disiparon cuando el 1º de enero de 1781 el primer destacamento del ejército regular de Lima, compuesto por unos doscientos soldados, arribó por fin al Cusco. La determinación de resistir hasta el final acabó entonces por imponerse.

La batalla decisiva tuvo lugar el 8 de enero. Las tropas realistas atacaron las posiciones de los indígenas en Picchu y luego de dos días de intensos combates lograron ponerlos a la fuga. ¿Cómo explicar la

derrota de una fuerza insurgente tan multitudinaria y organizada? Al analizar las causas del fracaso, un testigo de los hechos apuntó a la composición social de las compañías urbanas. Sostuvo que las milicias desengañaron a Túpac Amaru acerca de su capacidad de concitar la solidaridad de sectores significativos de la sociedad cusqueña: "reconoció que toda la ciudad sin excepción de nobles y plebeyos, de grandes y pequeños, de hombres y mujeres, estaba resuelta a derramar la última gota de sangre por su libertad y Rey: se le presentó toda la fuerza que no pensaba tuviéramos" (cit. en Lewin, 1967: 459). La falta de apoyos fuera de la población indígena se evidenció también en la falta de personal capacitado para hacer uso de las armas de fuego. El ejército tupamarista contaba con el armamento que había podido extraer a las fuerzas realistas en combate o que encontraban en los pueblos que ocupaban a su paso. Unos pocos y rústicos cañones habían sido fabricados a las apuradas en Tungasuca. Pero además de la escasez de armas –una notoria desventaja militar, sin duda–, estaba el hecho de que pocos indígenas manejaban eficazmente las escopetas y fusiles; la mayoría solo sabía emplear hondas, palos y lanzas. Los servicios de los mestizos y criollos eran en este aspecto imprescindibles. El limitado poder de fuego de los insurgentes es un signo del limitado nivel de participación de estos sectores en el movimiento. De hecho, en el curso de la batalla final, los integrantes criollos o mestizos del ejército tupamarista –básicamente, la milicia local de Tinta– se amotinaron, se llevaron consigo buena parte del armamento y, una vez de regreso en sus pueblos, anunciaron una contrarrebelión (Cahill, 2003: 84). Para el manejo de la artillería, Túpac Amaru tuvo que valerse de aquellos individuos que, como vimos, habían sido originalmente prisioneros. Su nula fidelidad se reflejó en actos de sabotaje de fatídicas consecuencias a la hora del combate. El Cabildo de Cusco, por ejemplo, reconoció que uno de los armeros y artilleros del bando enemigo había malogrado adrede las armas y apuntado los cañones "con el ardid a no dañarnos" (cit. en Lewin, 1967: 461).

Es preciso tener en cuenta, asimismo, que el apoyo a la rebelión de los pueblos andinos de la región pudo ser mayoritario, pero estuvo lejos de ser monolítico. En Canas y Canchis, la provincia natal de Túpac Amaru, la vasta mayoría de los pueblos y sus caciques se sumó al levantamiento (aunque incluso allí hubo dos comunidades, Coporaque y Sicuani, que permanecieron realistas). En la vecina Quispicanchis, en cambio, solo alrededor de la mitad lo hizo. Se calcula que en la provincia de Cusco, excluyendo la ciudad y su cercado, unos 28.500 indios se sumaron a la rebelión, pero 36.750 lo hicieron a la causa enemiga. Hubo provincias al norte del Cusco, como Cotabambas y Abancay, donde pocas o ninguna comunidad se alzó.

Los indios residentes en las haciendas tendieron a mantenerse al margen. Como se ha probado para movimientos campesinos en otros tiempos y lugares, los más pobres y vulnerables son mucho más renuentes a rebelarse que aquellos que gozan de cierta autonomía política y recursos económicos propios. Es posible, por lo demás, que la rápida reacción de las autoridades coloniales frente al estallido de la rebelión haya coadyuvado a desactivar las causas de descontento social. Tras el desastre de Sangarará, las autoridades cusqueñas se apresuraron a declarar abolido el repartimiento de mercancías, condonaron sus deudas, suprimieron las aduanas y prohibieron el cobro de diezmos a los indios.

En el otro extremo de la escala social, las familias nobles incaicas del Valle Sagrado, los más prestigiosos y prósperos miembros de la aristocracia indígena, se mostraron renuentes a arriesgarlo todo por un levantamiento de indios del común, encabezados por un segundón de la aristocracia provincial. Lo que es más importante, estos caciques realistas no parecen haber tenido menos apoyo entre los miembros de sus comunidades que el de aquellos que se ubicaron en el bando insurgente. Dos prominentes ejemplos son Pedro Apu Sahuaraura, cacique de la parroquia de Santiago en el Cusco y descendiente del más prestigioso linaje noble incaico, y Mateo Pumacahua, cacique del pueblo de Chinchero, provincia de Urubamba. Ambos lideraron a los indios bajo su mando en las batallas contra Túpac Amaru. El primero perecería en la defensa de la ciudad; el segundo tendría una destacada actuación en la supresión de la insurgencia y, muchos años más tarde, también en la crisis de la independencia. Del mismo modo, el arribo de miles de indios de la aledaña provincia de Paruro en apoyo de las fuerzas realistas durante el decisivo combate en Picchu contribuyó en mucho a sellar la suerte del enfrentamiento. Se dijo que su llegada provocó una considerable deserción en las filas rebeldes. En una crónica española se señaló que “este gran socorro, en tiempo tan oportuno, alentó a nuestra tropa y observándolo todo el enemigo minoró su arrogante denuedo” (cit. en Lewin, 1967: 458). También Túpac Amaru explicó que se había visto obligado a retirarse de Cusco por la falta de personal competente para emplear los fusiles y la artillería, así como “porque le pusieron en la primera fila por carnaza a los indios” (cit. en Lewin, 1967: 461).

El 10 de enero de 1781, el sueño de Túpac Amaru de entrar triunfante en la antigua capital del imperio incaico llegó a su fin. A partir de entonces la rebelión en las provincias aledañas al Cusco iría perdiendo impulso. Las fuerzas realistas, compuestas por una combinación de destacamentos del ejército regular español y tropas indígenas dirigidas por caciques leales como Mateo Pumacahua, pasaron a la ofensiva. El aura que había rodeado la aparición del inca

y el prestigio que le habían valido sus tempranos triunfos comenzaron a disiparse. Acaso su más ominosa consecuencia fue que una creciente cantidad de comunidades se pasaron a la causa realista. La gran ventaja de las fuerzas insurgentes era el número y la adaptación al terreno. Carentes de armamentos y de apoyos significativos entre los grupos hispánicos, solo podían imponerse en virtud de la masiva adhesión de sus pares y de su aptitud para aprovechar las quebradas y desfiladeros de las sierras peruanas, un paisaje que conocían como nadie. Esta ventaja comparativa fue desapareciendo tras la derrota de Picchu: para mediados de enero, la guerra en la región del Cusco se pareció más y más a una guerra entre indígenas. Solo que los que peleaban por la Corona española lo hacían junto con destacamentos bien armados y organizados del ejército regular español, y contaban con el apoyo de la población hispánica. Nunca sabremos si contaban también con la convicción de estar combatiendo por una causa justa. Nadie se lo preguntó ya que, a diferencia de lo que sucedía cuando eran capturados sus pares al otro lado de las trincheras, el Estado no estaba interesado en registrar sus motivos ni sus aspiraciones. Bastaba con su disposición a luchar. Contaban, seguramente, con la convicción de estar del lado de los vencedores. Para pueblos campesinos involucrados en una conflagración que se desarrollaba en sus propias tierras, de las que extraían su sustento y su sentido de pertenencia social, no era poco. En este tipo de circunstancias la decisión de sumarse a uno u otro bando no depende exclusivamente de la justicia que percibían en los reclamos, sino también de las probabilidades de éxito. En el Collao y el Alto Perú, los pueblos andinos pudieron seguir acuñando todavía imágenes victoriosas de Túpac Amaru o de la causa que él encarnaba. No en el Cusco.

La suerte de Túpac Amaru se terminó de sellar cuando a fines de febrero se produjo el arribo al Cusco de la principal autoridad en el Perú junto con el virrey: el visitador general del reino, José Antonio de Areche, y de una fuerza bien entrenada y disciplinada de doscientos soldados del batallón regular de Lima, al mando del mariscal de campo e inspector general José del Valle. El objetivo era eliminar de raíz la insurrección. Las tropas realistas procedieron primero a establecer el control sobre las provincias cusqueñas y, entre marzo y abril, cercaron y derrotaron a las fuerzas andinas en los alrededores del pueblo de Tinta. Túpac Amaru mismo fue capturado y poco más tarde, el 18 de mayo, ejecutado en la plaza central de Cusco. La región continuaría en estado de agitación por varios meses más, pero la derrota hizo que el centro de gravedad de la rebelión se fuera desplazando hacia el sur. Las provincias del Collao se tornarían entonces el principal teatro de conflicto. Y allí, como veremos a continuación, la guerra adquiriría una dinámica muy diferente.

La ocupación de Puno

La captura y ejecución de Túpac Amaru no puso fin a la insurgencia en el Perú, sino que forzó cambios en su liderazgo, centro geográfico y tácticas de combate. Promovió sobre todo una mutación en la visión general de la guerra que se estaba desarrollando y, por ende, en las formas de llevarla adelante. En primer lugar, las expectativas respecto de una posible alianza con otros sectores de la sociedad colonial se desvanecieron a partir de entonces. Es muy probable que este cambio hubiera comenzado a ocurrir en vida del inca. David Cahill señala al respecto que, tras el fracaso del cerco de Cusco y en vista del comportamiento de los sectores no indígenas, Túpac Amaru ordenó a sus tropas "no dejar vivo a un solo criollo" ni tampoco a los mestizos, cuando antes sus directivas había estado dirigidas específicamente contra los españoles peninsulares (Cahill, 2003: 86). Pero es indudable que su martirio terminó por polarizar la violencia. El mando insurgente pasó a manos de sus parientes, en particular su primo Diego Cristóbal Túpac Amaru, quien había estado involucrado en la rebelión desde la propia captura del corregidor Arriaga. El foco principal de la conflagración se trasladó a Lampa, Azángaro, Puno, Chucuito y las otras provincias cercanas al lago Titicaca. En esta región, uno de los bastiones de la campaña de Túpac Amaru a fines de 1780, las comunidades indígenas se sumaron al movimiento independientemente de la actitud de sus caciques. El levantamiento, por tanto, asumió allí desde el comienzo una impronta menos jerárquica, más igualitaria y radical que en el Cusco. (59)

También las tácticas bélicas tomaron características novedosas durante este período. En el Collao, las fuerzas insurgentes terminaron de adoptar la guerra de guerrillas. Existía, por los motivos ya señalados, una relación directa entre la pretensión de conformar grandes unidades militares capaces de enfrentar a las tropas realistas en batallas frontales y la expectativa de sumar considerables contingentes de criollos y mestizos a la insurrección. Los cambios en las técnicas de combate reflejaban los cambios en la concepción del conflicto. La estructura de mando se tornó a su vez menos vertical y más descentralizada. A lo largo de la región, se fueron conformando múltiples núcleos insurgentes que operaban de manera más o menos autónoma y eran comandados por sus propios líderes (Jacobsen, 1993: 46). El ejército del comandante Del Valle, que había marchado hacia al sur con el fin de pacificar definitivamente la zona luego de la captura de Túpac Amaru, se encontró bajo permanente acoso de pequeños grupos que le tendían emboscadas, atacaban por sorpresa y huían. Tuvo un anticipo de lo que le esperaba en los mismos alrededores del pueblo de Langui, el lugar donde Túpac Amaru había

sido capturado. El 18 y el 20 de abril, fuerzas comandadas por Diego Cristóbal atacaron por la noche al ejército infligiéndole numerosas bajas, al punto que tuvo que suspender la marcha durante varios días hasta conseguir nuevos refuerzos. Del Valle, por otro lado, se vio obligado a descansar más y más en sus propias tropas de línea, puesto que las comunidades indígenas de Anta, Chicheros y otras zonas de Cusco, que tanta ayuda habían prestado en la campaña en Tinta, se negaron a seguirlo al Collao y retornaron a sus pueblos de origen. Durante su paso por las provincias de Azángaro, Lampa y Carabaya, el ejército se encontró con pueblos desiertos, sin ganado, granos o provisiones. Se encontró también con un enemigo decidido a ganar la guerra a cualquier costo. En este sentido, los insurgentes parecieron comprender que la presencia de indios hostiles era tan peligrosa para su supervivencia como la de los propios ejércitos enemigos. Y actuaron en consecuencia. Por ejemplo, a las personas que servían como mensajeros del ejército, a modo de escarmiento para el resto, se les cortaba la nariz, las orejas o los brazos. Como es de esperar, ningún indio quiso exponerse a semejante horror, por más dinero que se le ofreciera. En Icho, provincia de Puno, todas las mujeres del pueblo fueron decapitadas porque sus maridos eran considerados realistas. En Quesque, las fuerzas indígenas embistieron con gran violencia contra una columna del ejército; en el curso del combate les gritaron que ellos no eran cobardes como los de Tinta y que ya verían lo que les esperaba. En abril, el pueblo de Paucarcolla, capital de la provincia homónima, fue puesto en llamas.

Frente a la ferocidad del enemigo y la abierta o velada beligerancia de la población local, el ejército hizo lo que muchos otros ejércitos en circunstancias similares: desató una campaña más o menos indiscriminada de terror. Tal fue el caso de la ejecución a sangre fría de un quinto de los hombres del pueblo de Santa Rosa solo por ser sospechosos de colaborar con el enemigo. Tras la ejecución del inca, no había lugar para la neutralidad; al menos no en las provincias del Collao. Pero fueron las tropas del comandante Del Valle, no las fuerzas tupamaristas, las que sufrirían más el aislamiento. En Lampa, Azángaro, Puno o Chucuito, el ejército realista se halló en territorio enemigo, cercado por una población indígena indiferente u hostil, de la que poco y nada podían esperar: ni refuerzos, ni bastimentos, ni información. Por cierto, la topografía del terreno y la llegada del invierno tampoco los ayudaron. Los soldados eran en su mayoría limeños o de tierras bajas. Su adaptación a las exigencias de una guerra prolongada, contra un enemigo elusivo, a alturas superiores a los 3500 metros, probó ser escasa. Enfrentados a las poblaciones locales, escasos de alimentos, azotados por el frío, la moral del ejército se derrumbó.

La batalla por el control del sur peruano tuvo su epicentro en la ciudad de Puno. Ubicada en la margen noroeste del lago Titicaca, a unos 3800 metros sobre el nivel del mar, construida en la vecindad de las minas de plata de Cancharani y Lyacayata, Puno terminó convirtiéndose en el principal bastión realista en la región. La ciudad ya había sufrido masivas incursiones durante la campaña de Túpac Amaru en las provincias del Collao a fines de 1780. El corregidor provincial, Joaquín Antonio de Orellana, se había visto precisado a huir; solo pudo regresar a comienzos de 1781, momento en que la guerra se volvió a focalizar en el Cusco. Sin embargo, cuando el núcleo de la actividad insurgente regresó al sur, la ciudad sería objeto de nuevos y más feroces ataques, esta vez, a manos de los sucesores del inca. Los avances se produjeron en el contexto de un generalizado estado de sublevación, ya no solo en el sur peruano sino también en todas las provincias circundantes al lago Titicaca. Para marzo de 1781, tras meses de tensa calma, la región paceña finalmente había estallado. Las provincias altoperuanas de Sicasica, Pacajes, Omasuyos o Larecaja comenzaron a quedar bajo completo control de las comunidades aymaras. En marzo, el corregidor Orellana despachó compañías de milicias de Puno a otras poblaciones en la margen occidental del Titicaca, pero no pudo evitar que pueblos como Juli, Ilabe y Chucuito fueran ocupados y saqueados por los indígenas. Solo los lupacas, un grupo cuyas tensiones étnicas con los pueblos del Collao tenían raíces muy profundas, se mantuvieron leales. Previniendo un inminente ataque a la ciudad, Orellana pidió refuerzos urgentes, pero ni el ejército del comandante Del Valle, ni menos aún las fuerzas realistas del Alto Perú, estaban en condiciones de asistirlo. La ciudad debió arreglárselas por los suyas.

El primer asalto a Puno se produjo el 10 de marzo, cuando dieciocho mil hombres bajo el mando de Diego Cristóbal aparecieron en las montañas que rodean la ciudad. Se calcula que las autoridades solo contaban con una fuerza de mil cuatrocientos soldados, más un centenar de indios realistas. Los indígenas llegaron hasta los suburbios de Puno y sus disparos alcanzaron la plaza principal. De todos modos, la ciudad logró resistir y las fuerzas de Diego Cristóbal decidieron replegarse. Pero no por mucho tiempo. Durante abril y mayo, indígenas provenientes de las provincias de Azángaro, Lampa y Carabaya asediarían la ciudad en al menos tres ocasiones. El más violento de estos asaltos tuvo lugar el 7 de mayo, cuando las fuerzas de Diego Cristóbal y los indios de Chucuito lograron aislarla completamente. El lago Titicaca se convirtió en la única vía de comunicación con el mundo exterior. Se produjeron entonces cruentos combates que se extendieron por cerca de una semana. Diego Cristóbal, consciente del limitado poder de fuego de sus fuerzas, poco

inclinado a arriesgar demasiado en una sola batalla, decidió una vez más retirarse y reagrupar sus fuerzas a la espera de una oportunidad mejor. Los indios del vecino pueblo de Chucuito, por su parte, continuaron atacando la ciudad por varios días. La caída de Puno parecía solo una cuestión de tiempo.

Ante la inminencia de lo peor, el comandante Del Valle respondió por fin a las exhortaciones del corregidor Orellana y marchó con sus diezmadas tropas a Puno. Arribó a la ciudad el 24 de mayo. Las fuerzas indígenas se replegaron a los altos de las montañas y desde allí se dedicaron a observar los movimientos del ejército regular. Pocas horas más tarde, como era ya práctica habitual, en lugar de exponerse a sufrir numerosas bajas, se dispersaron. Orellana pensó que por fin había llegado la hora de perseguir y exterminar a las fuerzas rebeldes, de extirpar el mal de raíz. No sabía que lo peor estaba por venir. El ejército que arribó a Puno era una sombra de la poderosa fuerza que había derrotado a Túpac Amaru. De los diecisiete mil hombres que marcharon del Cusco al Collao solo quedaban algo más de un millar de soldados y unos cuatrocientos cincuenta indios leales. La falta de paga, la escasez de alimentos, la rigurosidad del invierno, la impotencia frente a las tácticas de los indígenas llevaron a deserciones en masa de soldados limeños, cochabambinos y otros. La mayoría de los indios, por su parte, había regresado a sus pueblos o se había pasado al bando de Diego Cristóbal. Del Valle tenía serias dudas de que las tropas estacionadas en Puno pudieran soportar un ataque en masa. Un consejo de guerra celebrado entonces resolvió que el ejército se replegase a Cusco antes de correr el riesgo de ser exterminado por el enemigo o diezmado por las deserciones. Del Valle le ofreció a Orellana dejar una guarnición de cien soldados, pero a todas luces esta cifra era insuficiente. El corregidor ni siquiera podía garantizarles la alimentación.

Fue entonces que se resolvió la evacuación de Puno. Se le dio a la población tres días para prepararse. El 26 de mayo, unos cinco mil hombres, mujeres y niños cargaron los bienes que pudieron y comenzaron el éxodo. La ciudad quedó desierta y a merced de los indios. La táctica de sucesivos asaltos y repliegues tácticos había dado por fin sus frutos. Los vecinos, por su parte, iniciaron su marcha a Cusco encabezados por el corregidor Orellana. En el camino sufrieron reiterados ataques, y las víctimas fatales se multiplicaron con el paso de los días. Para peor, las máximas autoridades coloniales no se pusieron de acuerdo respecto del curso de acción a seguir. El virrey del Perú Agustín de Jáuregui y el visitador general Antonio de Areche repudiaron la decisión del comandante Del Valle y le ordenaron a Orellana regresar de inmediato a Puno. Como el contingente se encontraba en las cercanías de Cusco, el corregidor ignoró la orden y

el 5 de junio, tras unos cuarenta días de marcha y terribles penurias, arribó con su gente a la ciudad imperial. Del Valle llegó a Cusco algunos días más tarde, ya que había tenido que dirigirse primero a la provincia de Carabaya para tomar contacto con un destacamento de unos ochocientos soldados que había quedado aislado y sin comunicaciones debido a la falta de mensajeros. Las deserciones eran por entonces tan generalizadas que el comandante temió ser completamente abandonado por sus soldados.

Hacia junio de 1781 la situación en las sierras peruanas no podía ser más sombría. El otrora poderoso ejército de Del Valle prácticamente se había disuelto. A los refugiados de Puno se les ordenó regresar a su ciudad, pero el corregidor se negó a hacerlo si no era secundado por una fuerza de no menos de cuatro mil soldados bien pertrechados. Sus reiterados pedidos de auxilio militar al resto de los corregidores de la región cayeron en saco roto. El Collao estaba prácticamente en manos de las fuerzas insurgentes. Incluso, en los alrededores de Cusco los indios de Calca, Paucartambo y Canas y Canchis reiniciaron sus ataques. Ni Cusco parecía ya completamente seguro. Los principales jefes militares en el terreno, Areche y Del Valle, se embarcaron en un virulento enfrentamiento sobre las políticas de contrainsurgencia que se extendería por años. Areche no se cansó de condenar el fracaso militar en el Collao y recomendó redoblar los esfuerzos bélicos para exterminar a los sediciosos. Del Valle consideró que escalar el conflicto era inviable y suicida. En una carta dirigida al virrey del Perú a comienzos de agosto, abogó por la promulgación de una amnistía general a todos los rebeldes, empezando por los Amarus. En contraposición con el éxito de la campaña militar contra las tropas de Túpac Amaru en el Cusco, la marcha en el Collao le había enseñado que frente a este tipo de guerra era la negociación, no la violencia, el único medio de pacificar el reino.

Mientras tanto, Diego Cristóbal había logrado establecer una especie de corte incaica en el pueblo de Azángaro. Allí recibía diariamente delegados de distintas provincias, planeaba junto con Andrés Túpac Amaru, Miguel Bastidas y otros jefes los próximos movimientos, y acumulaba plata y bienes de valor tomados en combate. Todas las noches asistía a misa en la iglesia del pueblo, un antiguo templo cuyas paredes “estaban cubiertas de pinturas y cuadros de grandes maestros en riquísimos marcos dorados y el altar mayor estaba tapizado de macizas planchas de plata” (cit. en Lewin, 1967: 486). Se comportaba, y así era visto por sus seguidores, como un inca. La muerte de Túpac Amaru no había cambiado mucho las cosas, después de todo.

El fin de la guerra

El comandante José del Valle probó en gran medida tener razón. La guerra en el Collao no sería derrotada por las armas. Pero era verdad también que la insurrección no podía sobrevivir en asilamiento. No era factible que Diego Cristóbal Túpac Amaru se mantuviera indefinidamente en Azángaro como cabeza de un movimiento insurgente. Lo que terminaría de cambiar el curso de la guerra, y a la postre sellar su destino, fue lo ocurrido al otro lado del Titicaca. Hacia mediados de octubre de 1781, el prolongado y sangriento sitio de La Paz estaba llegando a su fin. Las fuerzas comandadas por los Amarus habían colaborado, no sin fortísimas tensiones y enfrentamientos internos, con el ejército de Túpac Katari en el ataque a la ciudad. La cada vez más evidente imposibilidad de tomar La Paz, pese al completo aislamiento a la que fue sometida por más de tres meses, pareció haberlos inducido a buscar una salida negociada al conflicto.

Las tratativas comenzaron a acelerarse a partir de que el virrey del Perú, Agustín de Jáuregui, a sugerencia del comandante José del Valle, promulgó en septiembre una oferta formal de paz y un perdón general a quienes abandonaran las armas. Apenas una semana más tarde, Del Valle escribió personalmente una misiva a Diego Cristóbal proponiéndole un acuerdo de paz. Él, su sobrino Andrés Mendigure, el hijo de José Gabriel, Mariano Túpac Amaru, todos los principales líderes del movimiento y todos sus seguidores serían perdonados. La propuesta era tentadora. Luego de un año de guerra abierta, considerando la consolidación de las fuerzas realistas en el Cusco y la sombría situación militar en el altiplano paceño, también los dirigentes tupamaristas debieron por entonces abrigar muy serias dudas sobre sus posibilidades de vencer a las tropas virreinales. Por su estructura relativamente descentralizada de comando y sus sofisticadas tácticas de combate, la insurgencia en el Collao se mostró capaz de mantener el control sobre los pueblos rurales y de resistir los ataques del ejército regular. Pero no logró expandirse. Y si no lograba expandirse, su aniquilación sería una cuestión de tiempo. El 17 de octubre, el mismo día que las huestes de Túpac Katari fueron definitivamente desalojadas del Alto de La Paz, Diego Cristóbal le envió una carta a Del Valle aceptando el perdón general.

Para comienzos de 1782, tras complejas negociaciones, acusaciones de mutua traición con las autoridades españolas y nuevas escaramuzas, por fin todos los herederos de Túpac Amaru habían depuesto las armas. Aunque surgirían todavía algunos conatos aislados de violencia en la sierra sur peruana y en la región del lago Titicaca, el levantamiento tupamarista había terminado. Los Amarus, como es esperable, no lograrían adecuarse al nuevo statu quo. Para los

magistrados coloniales, el armisticio había sido fruto de la necesidad, no de la convicción, y solo sirvió para posponer por un tiempo las verdaderas políticas de pacificación. Los Amarus no tenían lugar en este nuevo orden de cosas. Quince meses después del armisticio, apelando a motivos reales (Diego Cristóbal y sus familiares nunca se avinieron a repudiar a su ilustre pariente) e imaginarios (pergeñar un nuevo levantamiento general), las autoridades peruanas declararon que los Amarus habían quebrado los acuerdos de paz, y ordenaron su arresto. En abril de 1782, Diego Cristóbal, su madre y varios de sus colaboradores fueron ejecutados en Cusco. Los suplicios fueron más brutales aún que los que habían sido infligidos al propio Túpac Amaru. Otros fueron deportados a España y murieron en el viaje o en el exilio. Incluso parientes distantes que no habían estado vinculados a la rebelión fueron arrestados y desterrados. Apenas los temores de un rebrote insurgente se fueron aventando, las autoridades españolas dejaron en claro que en el mundo andino no había ya lugar para este tipo de figuras.

La eliminación de los parientes de Túpac Amaru no fue un hecho aislado, sino parte de una política sistemática que dividiría en dos la historia de los pueblos andinos del Perú. Hasta entonces habían sido considerados como miembros de una república. Una república inferior y subordinada a la otra, la de españoles, pero una república al fin: una sociedad completa, estratificada, con unos pocos privilegiados y muchas personas comunes, con sus códigos de justicia, sus sistemas de propiedad, sus prácticas religiosas, sus lenguas, su memoria histórica. Cuando las masivas reivindicaciones de restauración incaica, la profanación de iglesias, las indiscriminadas masacres de criollos y mestizos llegaron a su fin, el añejo modelo de las dos repúblicas comenzó a ser parte del pasado. Los pueblos nativos se transformarían poco a poco en una clase o, dada la generalizada superposición de condiciones económicas y atributos étnico-culturales, en una casta. Sus prácticas sociales y sistema de creencias culturales dejaron de ser vistos como peculiaridades propias de una de las múltiples entidades políticas que componían el edificio barroco de la monarquía plural hispánica. Aparecieron ahora como vestigios inertes de una civilización extinta hacía siglos. Las elites coloniales, peninsulares o americanas comenzaron a concebirlos como campesinos. Y actuaron en consecuencia.

Su principal objetivo fue erradicar toda representación simbólica asociada al incanato y todos los privilegios y preeminencias de sus putativos descendientes, la aristocracia indígena. Se trató de la más profunda mutación en las formas de dominación sobre las comunidades andinas desde la instauración de instituciones permanentes de gobierno colonial a fines del siglo XVI. Impulsadas

por el visitador general Antonio de Areche y por los más altos magistrados regios en Perú y Madrid, las nuevas políticas imperiales procuraron extirpar de raíz aquellas fuerzas históricas que silenciosamente habían contribuido a confundir las jerarquías coloniales, a borrar los signos de subalternidad de los pueblos indígenas, a que los criollos adoptaran como suyas las representaciones culturales de los nativos, a que, como señalara Alberto Flores Galindo, hacia el siglo XVIII "un noble cusqueño [fuera] considerado tan importante como un noble hispano" (Flores Galindo, 1987: 136). Así pues, en la zona del Cusco se abolieron los cacicazgos hereditarios, las pinturas de los incas fueron retiradas de la vista pública y se prohibió el uso de las antiguas vestimentas andinas. Se proscribieron las representaciones teatrales del pasado incaico y de la Conquista o la lectura de los *Comentarios reales de los incas*, del Inca Garcilaso. En su afán por asimilar a los indígenas a la cultura dominante, por eliminar el antiguo pluriculturalismo de la monarquía hispánica, se intentó incluso suprimir el uso de las lenguas nativas, quechua y aymara. El visitador Areche sostuvo al respecto que "me hace el mayor dolor caminar por esta tierra sin entender a los que me hablan, bien a pesar de la repetición con que ha mandado el rey que se le enseñe y no ha bastado" (cit. en Walker, 2009).

Al reflexionar sobre las causas últimas de la revolución, el obispo del Cusco Juan Manuel de Moscoso definió la constante exhibición de símbolos de la "gentilidad" que había tenido lugar hasta entonces como "un error capital" (Brading, 1991: 491). Omitió mencionar que aquellos símbolos, además de ser exhibidos públicamente, no habían sido concebidos como parte del archivo de la "gentilidad", sino como un rasgo constitutivo de la identidad colectiva de la sociedad cusqueña en su conjunto. Se trataba de un mundo que había hecho posible la emergencia de figuras que, como Túpac Amaru, pudieron aspirar a integrar la población hispánica en un orden político neoincaico. Lo que argumentamos en este ensayo es que fue este mundo el que la propia experiencia de la guerra comenzó a convertir en restos arqueológicos: una civilización en la que las elites coloniales, peninsulares o americanas, dejaron de reconocerse y cuyas marcas debían ser arrojadas al olvido. No en vano, junto con la orden de que los fragmentos del cadáver de Túpac Amaru fueran exhibidos por turnos en los principales pueblos del Cusco, los magistrados regios habían dispuesto que se recogiesen todos los escritos sobre su linaje incaico, "quemándose públicamente por el verdugo en la plaza pública de Lima". Lo hacían, dijeron, "para que no quede memoria de tales documentos" (cit. en Lewin, 1967: 477).

Bibliografía

Andrade Padilla, Claudio (1994), *La rebelión de Tomás Katari*, Sucre, CIPRES.
Arze, Silvia (1991), "La rebelión de los ayllus de la provincia colonial de Chayanta (1777-1781)", *Estado y Sociedad*, vol. 7, nº 8, pp. 89-110.
Barragán, Rossana (1995), "Españoles patricios y españoles europeos: conflictos intra-elites e identidades en la ciudad de La Paz en vísperas de la independencia 1770-1809", en Charles Walker (ed.), *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
Brading, David (1991), *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriotism and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press.
Cahill, David (1990), "Taxonomy of a Colonial 'Riot': The Arequipa Disturbances of 1780", en John Fisher, Allan Kuethe y Anthony McFarlane (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, Baton Rouge, Louisiana University Press.
— (1996), "Popular Religion and Appropriation: The Example of Corpus Christi in Eighteenth-Century Cuzco", *Latin American Research Review*, vol. 31, nº 2, pp. 67-110.
— (2003), "Una nobleza asediada. Los nobles incas del Cuzco en el ocaso colonial", en David Cahill y Blanca Tovías (eds.), *Elites indígenas en los Andes. Nobles, caciques y cabildantes bajo el yugo colonial*, Quito, Abya-Yala.
Cajías de la Vega, Fernando (2004), *Oruro 1781: sublevación de indios y rebelión criolla*, Lima, IFEA-IEB, 2 vols.
Campbell, Leon (1987), "Ideology and Factionalism during the Great Rebellion, 1780-1782", en Steve Stern (ed.), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press.
Cornblit, Oscar (1995), *Power and Violence in the Colonial City. Oruro from the Mining Renaissance to the Rebellion of Tupac Amaru (1740-1782)*, Cambridge, Cambridge University Press.
Fisher, Lillian E. (1966), *The Last Inca Revolt, 1780-1783*, Norman, University of Oklahoma Press.
Flores Galindo, Alberto (1987), *Buscando a un Inca: identidad y utopía en los Andes*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario.
Garrett, David (2005), *Shadows of Empire: The Indian Nobility of Cusco, 1750-1825*, Cambridge, Cambridge University Press.
Garrido, Margarita (1993), *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*, Bogotá, Banco de la República.
Gisbert, Teresa (1980), *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, La Paz, Gisbert.

Guibovich Pérez, Pedro (1990-1992), "Lectura y difusión de la obra del Inca Garcilaso en el virreinato peruano (siglos XVII-XVIII). El caso de los 'Comentarios Reales' ", *Revista Histórica*, nº 37, pp. 103-120.
Hidalgo Lehuede, Jorge (1983), "Amarus y cataris: aspectos mesiánicos de la rebelión indígena de 1781 en Cusco, Chayanta, La Paz y Arica", *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, nº 10, pp. 117-138.
Jacobsen, Nils (1993), *Mirages of Transition. The Peruvian Altiplano, 1780-1930*, Berkeley, University of California Press.
Lewin, Boleslao (1967), *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la Independencia de Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sociedad Editorial Latino Americana.
Mazzotti, José Antonio (1998), "Garcilaso y los orígenes del garcilasismo: el papel de los 'Comentarios Reales' en el desarrollo del imaginario peruano", *Fronteras*, nº 3, pp. 13-35.
McFarlane, Anthony (1990), "The Rebellion of the 'Barrios': Urban Insurrection in Bourbon Quito", en John Fisher, Allan Kuethe y Anthony McFarlane (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*, Baton Rouge, Louisiana University Press.
O'Phelan Godoy, Scarlett (1988), *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1778*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
— (1995), *La gran rebelión en los Andes: de Túpac Amaru a Túpac Catari*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
Phelan, John Leddy (1978), *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, Madison, University of Wisconsin Press.
Robins, Nicholas A. (2002), *Genocide and Millennialism in Upper Peru. The Great Rebellion of 1780-1782*, Westport, Praeger.
Rowe, John (1954), "El movimiento nacional inca del siglo XVIII", *Revista Universitaria*, vol. 43, nº 107, pp. 17-47.
Serulnikov, Sergio (2006), *Conflictos sociales e insurgencia en el mundo colonial andino. El norte de Potosí, siglo XVIII*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
— (2010), *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*, Buenos Aires, Sudamericana.
Stavig, Ward (1999), *The World of Tupac Amaru. Conflict, Community, and Identity in Colonial Peru*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Stern, Steve (ed.) (1987), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press.
Szeminski, Jan (1984), *La utopía tupamarista*, Lima, Pontificia Universidad Católica de Perú.
— (1987), "Why Kill the Spaniards? New Perspectives on Andean

Insurrectionary Ideology in the 18th Century", en Steve Stern (ed.), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press.
Thomson, Sinclair (2006), *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, La Paz, Muela del Diablo Editores.
Thurner, Mark (1991), "Guerra andina y política campesina en el sitio de La Paz", en Henrique Urbano (ed.), *Poder y violencia en los Andes*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
Valle de Siles, María Eugenia (1990), *Historia de la rebelión de Túpac Catari, 1781-1782*, La Paz, Don Bosco.
Walker, Charles (1999), *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano 1780-1840*, Cusco, Centro Bartolomé de las Casas.
— (2009), "The Indulto and its Malcontents: Spanish Divisions and the Tupac Amaru Rebellion", ponencia presentada en la Latin American Studies Association Annual Meeting, Río de Janeiro, junio.

55. Algunas de las obras dedicadas a distintos aspectos de la rebelión panandina son: Andrade Padilla (1994), Cajías de la Vega (2004), Cornblit, (1995), Flores Galindo (1987), Garrett (2005), O'Phelan Godoy (1988, 1995), Robins (2002), Serulnikov (2006; 2010), Stavig (1999), Stern (1987), Szeminski (1984), Thomson (2006), Valle de Siles (1990) y Walker (1999).

56. La información histórica sobre el desarrollo de la rebelión en el Cusco ha sido tomada de Lewin (1967), Fisher (1966), Flores Galindo (1987), Garrett (2005), O'Phelan Godoy (1988), Walker (1999) y Campbell (1987). La síntesis y principales líneas de interpretación están basadas en Serulnikov (2010).

57. Sobre revueltas urbanas y conspiraciones criollas previas a la rebelión tupamarista, véanse Cahill (1990), McFarlane (1990), Barragán (1995) y O'Phelan Godoy (1988). Sobre Nueva Granada, véanse Phelan (1978) y Garrido (1993).

58. Sobre distintos aspectos del renacimiento cultural incaico, véanse Rowe (1954), Flores Galindo (1987), Gisbert (1980), Guibovich Pérez (1990-1992), Mazzotti (1998), Cahill (1996), Campbell (1987), Garret (2005) y O'Phelan Godoy (1995).

59. La información histórica sobre el desarrollo de la rebelión en el Collao ha sido tomada de Fisher (1966), Flores Galindo (1987), Lewin (1967), O'Phelan Godoy (1988) y Walker (1999; 2009). La síntesis y principales líneas de interpretación están basadas en Serulnikov (2010).

CAPÍTULO 4

LA BATALLA DE BUENOS AIRES. LAS INVASIONES INGLESAS Y SU ESCENARIO DE GUERRA

Klaus Gallo

Sin embargo, no podría discutirse que la militarización implica un cambio, y ciertamente muy serio, en el equilibrio social de Buenos Aires.

TULIO HALPERIN DONGHI, *REVOLUCIÓN Y GUERRA*

Introducción

Las Invasiones Inglesas son consideradas un episodio épico de la historia argentina. A pesar de que tuvieron lugar durante los últimos años del período colonial, en el imaginario de muchos argentinos poseen la categoría de gesta nacional. Es innegable que ellas contribuyeron a acelerar el proceso de desvinculación del Virreinato del Río de la Plata con España, al poner en evidencia la capacidad de los habitantes de Buenos Aires para organizarse y derrotar a un ejército enemigo perteneciente a una poderosa nación europea. Asimismo, como afirma Halperin Donghi, tuvieron un efecto decisivo para la configuración de un nuevo orden social en Buenos Aires.

Las batallas durante las invasiones tuvieron como escenario una ciudad que ni antes ni después de este evento asistió a enfrentamientos armados de semejante magnitud. El particular diseño arquitectónico de Buenos Aires ya era considerado desventajoso para la actividad bélica por el comandante inglés John Whitelocke, uno de los principales responsables del fracaso de la segunda invasión, que poco antes de embarcar a dicha ciudad desde Montevideo y teniendo en cuenta las similitudes entre ambas ciudades rioplatenses, le comentó a un colega que “nunca expondría mis tropas a una prueba tan desventajosa como la de luchar en una ciudad como Buenos Aires

compuesta enteramente por calles como aquellas" (cit. en Ferns, 1960: 40).

Resulta bastante anómala la manera en que Gran Bretaña se vio inadvertidamente envuelta en el conflicto bélico. Las invasiones al Río de la Plata fueron autorizadas por un comandante militar inglés, David Baird, destacado en el Cabo de Buena Esperanza y no por el rey Jorge III ni por el gobierno de ese país, quienes tres meses después se anoticiaron de que un ejército de "Su Majestad Británica" había conquistado –y perdido– la posesión de un territorio perteneciente al imperio español. Sin embargo, el interés del imperio británico por las colonias hispanoamericanas, incluso por Buenos Aires, existía desde hacía cierto tiempo.

Los motivos

Debido a su veloz crecimiento demográfico, económico y político, y a la declinación de Lima como principal centro comercial del imperio español en Sudamérica, Buenos Aires fue elegida como capital del nuevo Virreinato del Río de la Plata, creado en 1776 como parte de las reformas dictadas por Carlos III. Durante la década de 1750, Buenos Aires registraba apenas diecinueve mil habitantes, veintitrés mil en 1777, y cuarenta mil a principios del siglo XIX. Otro indicador del progreso en el Río de la Plata fue el rápido desarrollo de la economía pastoril en la campaña, especialmente en el vasto territorio que hoy conforma la provincia. Era esencialmente en la ciudad de Buenos Aires y en la región del Litoral donde se localizaba la mayor acumulación de riqueza del virreinato.

Desde su creación, el virreinato no había sufrido trastornos o cambios políticos de consideración. Cuando el marqués Rafael de Sobremonte se convirtió en el séptimo virrey del Río de la Plata en 1804, la región había alcanzado, en términos generales, una situación de progreso económico y estabilidad política y social. Sin embargo, como consecuencia del creciente deterioro político y comercial del imperio, la guarnición militar española en el Río de la Plata se encontraba desde hacía tiempo en un estado de debilidad, al punto que contaba con apenas unos dos mil hombres para la defensa de toda la extensión del virreinato.

La delicada situación planteada en el continente europeo por los efectos políticos de la Revolución francesa había llevado a España a una guerra con Francia y después con Inglaterra, que tuvo como una de sus consecuencias la merma en el intercambio comercial con sus colonias. Los borbones se vieron forzados a introducir una serie de regulaciones económicas más liberales para sus colonias americanas, autorizando a estas a comerciar libremente con otras naciones.

Para ese entonces había emergido en Buenos Aires un número importante de comerciantes españoles que configuraban una suerte de elite comercial. Se destacaban Manuel de Anchorena, Martín de Álzaga, Gaspar de Santa Coloma y Juan Larrea. La mayoría de ellos habían llegado como representantes de firmas españolas, y pronto lograron imprimir un nuevo espíritu empresarial y comercial a la ciudad. Paralelamente, ganó la escena un grupo de comerciantes y profesionales ilustrados criollos, entre los que figuraban futuros revolucionarios como Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Hipólito Vieytes y Mariano Moreno. Cabe aclarar que la formulación de un proyecto que contemplara la emancipación política y económica de España solo comenzaría a tomar forma a partir de mediados de la primera década del siglo XIX. Por el momento, los miembros de este grupo de criollos parecían satisfechos de convivir con los comerciantes españoles.

Durante aquellos años, el gobierno inglés recibía numerosos informes acerca de la situación de las colonias españolas en Sudamérica. En ellos se recalcaba con insistencia el endeble control militar que ejercían las autoridades hispánicas en la mayoría de sus territorios, y los reclamos cada vez más frecuentes de los comerciantes locales para que se los autorizara a comerciar con otros países europeos, particularmente con Inglaterra. A raíz de esto, y al estar enemistado con España desde las guerras de independencia norteamericana, el gobierno inglés comenzó a contemplar la posibilidad de intervenir de una u otra forma en este continente. En 1796, por ejemplo, el tesorero de la Armada del gobierno encabezado por el primer ministro William Pitt, Henry Dundas, elaboró un memorando secreto con una propuesta para una expedición a Buenos Aires:

> **Cuanto antes partan estas fuerzas mayor será la probabilidad de que encuentren una travesía exitosa y se presente directamente en Buenos Aires, que le haría muy poca o ninguna resistencia. La escuadra hallará allí un clima saludable y toda clase de alimentos, en especial ganado en la mayor abundancia; debería usarse todo medio para abrir un intercambio amistoso con los indios de las antiguas misiones jesuíticas del Paraguay, ya que es probable que la totalidad de ese extenso país pueda ser inducido a pedir la protección del gobierno británico, y formaría una de las colonias más productivas del mundo. (60)**

No todos los miembros de ese gobierno estaban de acuerdo con esta iniciativa. Tal era el caso del por entonces ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Pitt, lord Grenville, quien sostenía una postura opuesta a la de Dundas respecto de la política más adecuada para Sudamérica:

> ¿Qué posible justificación podemos encontrar para embarcar en todos los horrores de la confusión, la anarquía y la guerra civil a una gran porción del planeta, que contiene muchos millones de hombres, que no nos ha hecho ningún mal, ni contribuido en ningún grado perceptible a prolongar o apoyar la guerra? (61)

Como una ironía del destino, diez años más tarde Grenville ocuparía el cargo de primer ministro durante los meses en que se llevaron a cabo las invasiones.

Las posibilidades de que Dundas pudiera llevar a cabo su "aventura sudamericana" comenzaron a crecer cuando se puso en contacto con un marino escocés llamado Home Popham. Este oficial se había asociado en Londres con el venezolano Francisco Miranda, el influyente político Nicholas Vansittart y Alexander Davison, próspero contratista naval del gobierno inglés, para planificar una expedición que tenía como objetivo la emancipación de las colonias sudamericanas. El problema principal que afrontaban estos hombres era que el gobierno inglés, si bien seguía en términos poco amistosos con España, necesitaba que este imperio no cayera enteramente bajo dominio francés.

Durante buena parte de la primera década del siglo XIX, el gobierno inglés recibía también informes de una variedad de agentes ligados a Sudamérica, como William Jacob, viajero inglés y autor de misceláneas, y Thomas Douglas, quinto conde de Selkirk, conocido por su interés en proyectos y teorías de poblamiento colonial especialmente en Canadá, donde había vivido durante un tiempo. Ambos informantes llegaron a la conclusión de que nada beneficiaría tanto los intereses comerciales ingleses como transformar esas colonias en estados independientes. Con respecto a una posible expedición al Río de la Plata, en 1804 Jacob transmitía a Pitt su total confianza en el éxito de una empresa semejante:

> Considero una sola y misma cosa el desembarco de las tropas y la sumisión del país. Buenos Aires no está fortificada, y su numerosa población se alimenta principalmente de carne, que es traída diariamente de las llanuras, a resultas de lo cual con un día o dos que este suministro fuera interrumpido la hambruna produciría la rendición. Las pocas tropas en Córdoba y Corrientes, y Tucumán, aun cuando fueran reunidas, nunca podrían hacer frente a nuestras fuerzas, ni interceptar su aprovisionamiento. (62)

Selkirk, en tono más cauto, también consideraba Sudamérica como un destino interesante para los intereses británicos, siempre y cuando el objetivo no fuera la conquista sino la liberación de las colonias españolas. Pocos meses antes de llevarse a cabo las invasiones al Río de la Plata, advertía con llamativa percepción acerca de los inconvenientes que podía representar la tentativa:

> Debo reconocer sin embargo que mis esperanzas de ver algo bien hecho se oscurecen al pensar en los individuos a quienes es más probable que se confíe la conducción de tal expedición. Esta es una empresa en que los talentos de un estadista son mucho más necesarios que los de un general. (63)

Aun tras los serios tropiezos sufridos por la coalición europea, formada para hacer frente al imperio francés, Pitt no se decidía a poner en marcha la estrategia hispanoamericana. Para 1805, Popham y Miranda ya habían resuelto seguir cada uno su propio camino con el fin de buscar nuevos medios para llevar a cabo sus proyectos. Miranda, con permiso del gobierno inglés, partió a los Estados Unidos con el propósito de reunir fuerzas para una expedición a Caracas, que terminaría en un estrepitoso fracaso en 1806, un par de meses antes de las invasiones. Popham logró convencer a Pitt de que lo dejara embarcarse en una expedición para recuperar el Cabo de Buena Esperanza, por aquel entonces en manos francesas, objetivo que conquistó a fines de 1805. Como explicaría el propio Popham durante su corte marcial después del fracaso de la expedición al Río de la Plata, su decisión de partir hacia el cabo había sido una excusa para emprender su verdadero proyecto: la expedición a Sudamérica.

Frente a un gobierno totalmente absorbido en los problemas provocados por las guerras napoleónicas en Europa, la única persona en condiciones de autorizar la expedición de Popham era el comandante militar inglés en el cabo, David Baird. Sin esperar autorización oficial de su gobierno, Baird concedió permiso a Popham para embarcarse hacia el Río de la Plata como comandante naval, y le proporcionó tropas que fueron puestas al mando del general William Carr Beresford. Según el diario inglés *The Morning Chronicle*, Baird solo accedió a proporcionar hombres a Popham para su empresa cuando tuvo la seguridad de que recibiría dos quintos del botín que se obtuviera. (64)

A fines de marzo de 1806, Popham recibió del comerciante estadounidense Thomas Waine información detallada sobre la indefensión militar en que se hallaba el Río de la Plata; el 9 de abril le escribía al Almirantazgo informándole que se proponía navegar hacia la costa de dicha región en busca de harina. Partió efectivamente el 14 de abril, llevando consigo las tropas de Beresford. Su idea original era tomar primero posesión de Montevideo, pero llegó a la conclusión de que había mayores posibilidades de aprovisionar a su ejército en Buenos Aires. Un detalle para tomar en cuenta es que, desde febrero, en Inglaterra había asumido un nuevo gobierno de emergencia nacional conocido como el Ministerio de todos los Talentos, con lord Grenville como primer ministro. Nadie en dicho gobierno tenía información alguna sobre la expedición de Popham.

Los ingleses arriban a Buenos Aires

No pasaría mucho tiempo antes de que en Buenos Aires se filtraran rumores sobre la inminente llegada de una expedición invasora de origen británico. Sin embargo, algunos relatos contemporáneos, como el de Mariano Moreno, dan cuenta del escaso nivel de alarma que provocó el trascendido entre las autoridades virreinales, empezando por el mismísimo virrey, el marqués de Sobremonte:

> **El abandono y desamparo seguía por consiguiente, y el Marqués se burlaba en su tertulia de la escuadra enemiga, suponiéndola de contrabandistas o pescadores: pero el 24 de junio a las oraciones llegó un parte del comandante de la ensenada, en que comunicaba haber intentado los ingleses un desembarco por aquel lugar, y haberlos resistido con el fuego de la batería. El marqués recibió la noticia, y se dirigió inmediatamente a la comedia con la misma serenidad que en una paz tranquila. A las ocho de la noche entró a su palco un oficial y le entregó un parte de los Quilmes, en que se avisaba que los ingleses desembarcaban allí; entonces se retiró a su palacio donde sin tomar providencia ni determinación alguna, se entregó a la confusión, amargura, y trastorno que le ocasionaba su impericia (Moreno, 1960: 82 y ss.).**

Las tropas británicas desembarcaron en las costas de Quilmes el 26 de junio de 1806, y desde allí comenzaron su marcha hacia Buenos Aires. El día 27, tras afrontar algunas escaramuzas ante un débil contingente de fuerzas locales, tomaron la ciudad con apenas mil seiscientos hombres e izaron la bandera británica en el fuerte. Moreno fue uno de los tantos porteños que sintió una profunda humillación por la manera en que unos pocos soldados foráneos se habían apoderado de su "patria". Además del sentimiento de orgullo herido que se aprecia en su relato, es de notar también el marcado desprecio que sentía por la incapacidad absoluta de quienes, se suponía, eran los responsables de la defensa de la ciudad:

> **La plaza tenía mil medios de defensa, y quinientos de los nuestros bastaban para acabar a los enemigos, que habiendo ya pasado a esta orilla, habían tomado una posición donde no podían obrar absolutamente pero teníamos la fortuna de que los oficiales de la plana mayor eran tan militares como el marqués. Su absoluta ignorancia fue tanta, que tratando ya de formar la capitulación, no hubo entre todos ellos quien supiera extenderla, y se vieron precisados a valerse de un comerciante. Yo he visto llorar en la plaza muchos hombres por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, vi entrar mil seiscientos hombres ingleses, que apoderados de mi patria se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de esta ciudad (Moreno, 1960: 82 y ss.).**

Otro futuro prócer de la independencia que registró sus sensaciones

de vergüenza fue Manuel Belgrano. Haciendo alusión, al igual que Moreno, al atropello cometido contra su "patria", el relato de Belgrano da cuenta implícitamente de un espontáneo deseo de tomar las armas contra el invasor, a la vez que revela también su admiración por quien tenía a su cargo la comandancia del ejército enemigo:

> **Confieso que me indigné, y que nunca sentí haber ignorado, como ya dije, hasta los rudimentos de la milicia; todavía fue mayor mi incomodidad cuando vi entrar las tropas enemigas y a su despreciable número para una población como la de Buenos Aires: esta idea no se apartó de mi imaginación y poco faltó para que me hubiera hecho perder la cabeza: que era muy doloroso ver a mi patria bajo otra dominación y sobre todo en tal estado de degradación que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera, cual era la del bravo y honrado Beresford, cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peligrosa empresa (Belgrano, 1960: 9).**

Poco después de que los ingleses se instalaran en Buenos Aires, Sobremonte decidió huir a Córdoba con el tesoro real para impedir que cayera en manos de los invasores, acción que a ojos de los criollos significó una combinación de cobardía y traición. En Buenos Aires, mientras tanto, se designó al general Beresford como gobernador del nuevo territorio conquistado. Este fue el único cambio "institucional" que los ingleses impusieron al virreinato, ya que dejaron sin modificaciones el Cabildo, la Audiencia y la Iglesia. Invitaron a los ciudadanos locales a firmar su subordinación al rey Jorge III, y se obtuvo una lista de cincuenta y ocho nombres. Figuraba un tal Castelli, que aparecía como uno de los firmantes bajo el nombre de Francisco; más de un historiador ha especulado con que en realidad se trataba de Juan José.

Según otras versiones, a los pocos días de arribar a Buenos Aires, Beresford se reunió con uno de los líderes de la facción criolla más inclinada hacia la idea de la independencia de España; se presume que otra vez se trató de Castelli. Este último habría inquirido acerca del verdadero objetivo de la expedición. El comandante inglés nunca lo aclaró, y por lo tanto no logró tranquilizar al grupo de criollos representado por Castelli en uno de los puntos que más les importaba: si estaba contemplado que los ingleses los ayudarían a lograr la emancipación de España. Aparentemente, Beresford se limitó a expresarle a Castelli que no podía tomar ninguna decisión hasta recibir órdenes por parte del gobierno de su país.

Los invasores no procedieron de acuerdo a lo establecido en los informes que Popham había elaborado años atrás con Dundas, ni a los elaborados por Jacob y Selkirk, en cuanto a los fines de liberación de la expedición. Al no recibir órdenes específicas, decidieron considerar a Buenos Aires solamente como objeto de conquista. Una carta de julio de 1806 del general Beresford a lord Castlereagh, legendario

diplomático que se había desempeñado al frente de la Oficina de Guerra del gobierno que precedió al de los Talentos, ilustra dramáticamente esta falta de instrucciones y la incertidumbre acerca de las operaciones a seguir:

> **Los Ministros de su Majestad deben tener en cuenta la situación muy peculiar en la que me encuentro ahora, al estar solo sin instrucciones que me guíen en los deberes civiles que debo realizar, sino también en la ignorancia hasta de las intenciones que pueda tener el gobierno de Su Majestad respecto de este lugar. (65)**

De las observaciones de Beresford podría concluirse que tanto él como Popham esperaban, efectivamente, autorización de su gobierno para llevar adelante algún tipo de plan liberador para la colonia. Sin embargo, en una carta enviada al Almirantazgo pocos meses después, Popham daba a entender que la falta de resolución respecto de la liberación se debió a la reticencia de Beresford. Está claro que Beresford se aferraba a recibir "cualquier señal" que lo autorizara a tomar semejante decisión ya que, como le manifestaba a su gobierno, tenía esperanzas de contar con la aceptación por parte de los criollos si se les aseguraba protección contra los españoles:

> Solo el temor al poderío español retiene a los criollos o en otras palabras a los habitantes del país de venir a nosotros con entusiasmo para expresar su contento ante el cambio de soberanos; pienso que cualquier señal que les asegurase nuestra protección contra España haría que nos ofrecieran con celo y alegría su ayuda para mantener el dominio de Su Majestad sobre este país; pero todos ellos expresan sus temores de ser abandonados al final de la guerra. (66)

No deja de sorprender, en vista de los acontecimientos posteriores, la ingenuidad de Beresford con respecto al supuesto beneplácito de los criollos ante la perspectiva del "cambio de soberanos", que parecía entrar en contradicción con sus certezas respecto de la inevitabilidad de la guerra.

La guerra

A pesar del trato amable que brindaron a los oficiales ingleses algunas familias porteñas durante los primeros días de julio, con el correr del mes la situación de los invasores en Buenos Aires se tornaba cada vez más tensa, lo cual contribuía a generar malestar en buena parte de la población local. La proclama de Beresford que garantizaba la libertad de culto, religión y comercio con Inglaterra, que se promulgó a los pocos días del arribo de la expedición a Buenos Aires, no generó entusiasmo entre los porteños. Popham también había

provocado malestar al ordenar la confiscación inmediata del tesoro de la ciudad, que Sobremonte decidió fugar al interior. Con el correr de los días, muchos criollos y españoles, al advertir que las tropas invasoras no eran tan numerosas como habían creído en un primer momento, comprendieron que si decidían enfrentarlas no se verían necesariamente en inferioridad de condiciones. Así lo explica el capitán Alexander Gillespie:

> **Como ninguno de ellos había visto nunca un enemigo en el campo de batalla, los dominó el pánico y arrastrándola consigo en su precipitada fuga, la ciudad se rindió bajo una impresión similar. Una vez que estuvimos en posesión de la plaza, tuvieron tiempo de recuperarse del primer sentimiento, y fue durante este intervalo pacífico que empezaron a calcular la fuerza popular, y los medios de emplearla. Cada hombre con poder de observación y con sentimientos sintió vergüenza al ver la cantidad de hombres con que había sido conquistada su capital, y entre manifestaciones de orgullo herido se encendió una llama de revuelta contra nosotros (Gillespie, 1818, cit. en Gallo, 1994: 111).**

Cada vez más cantidad de criollos y españoles irían incorporándose a las milicias urbanas que habían comenzado a organizarse, en forma secreta, desde principios de julio en Buenos Aires con el fin de repeler a los invasores. Entre ellos se encontraban Belgrano y Juan Martín de Pueyrredón. Este último, junto con Manuel de Arroyo y Pinedo, estaba organizando la resistencia en la campaña con el apoyo de Santiago de Liniers, capitán de navío francés que llevaba unos años de residencia en el Río de la Plata como funcionario de la Corona española. Otros, como Castelli, prefirieron esperar el desarrollo de los acontecimientos; solo unos pocos criollos, como reflejan los casos de Manuel Padilla y Saturnino Rodríguez Peña, optaron por apoyar a los ingleses, creyendo que estos a su vez apoyarían una ruptura con España.

Desde los últimos días de agosto de 1806, Liniers quedaba a cargo de la organización y el reclutamiento de las milicias locales para el caso de un ataque inglés. Estas milicias, que recibían del Cabildo tanto su alojamiento como sus armas y sueldos, se dividieron en diversos cuerpos de voluntarios que elegían a sus propios oficiales. Los cuerpos formados enteramente por milicianos criollos sumaban cinco mil hombres, siendo los más destacados Patricios, Arribeños, Pardos y Morenos. A su vez, las milicias formadas por nativos de España, divididas según la procedencia regional de sus miembros, sumaban tres mil hombres comandados por Felipe Sentenach, Miguel Ezquiaga y Gerardo Estevé y Llach, tres oficiales catalanes leales al acaudalado comerciante español y alcalde mayor de la ciudad, Martín de Álzaga.

En su análisis sobre las consecuencias de la formación de milicias en Buenos Aires durante las invasiones, Halperin Donghi afirma que una de las más importantes fue la emergencia de una nueva elite

urbana:

> **En efecto la militarización está creando una nueva elite urbana; es la que forman los comandantes y jefes de los cuerpos milicianos. ¿Hasta qué punto nueva? Sin duda los jefes son elegidos por la tropa, y los comandantes por los jefes, y no faltan las ponderaciones en torno de la llaneza con que comerciantes y gentes de razón aceptaban ponerse a las órdenes de labradores más expertos que ellos en cosas de armas (Halperin Donghi, 1972: 27).**

Surgía así una nueva institución en Buenos Aires, que iría convirtiéndose en un gravitante actor del espacio de poder rioplatense junto con el Cabildo, el Consulado de Comercio y la Iglesia. La particularidad de que los nombres de las milicias creadas por españoles correspondieran a la procedencia regional de sus integrantes en la madre patria constituía, según Halperin, un detalle revelador que ponía "de relieve las diferencias profundas que en la sociedad urbana dividía a peninsulares y americanos: cinco mil de estos últimos agrupados en patricios y arribeños, en el de pardos y morenos, y aun en otros, se oponían a tres mil peninsulares divididos también ellos por origen regional en gallegos, vizcaínos, catalanes, andaluces" (Halperin Donghi, 1972: 28).

Durante el transcurso del mes de julio, Liniers y Pueyrredón, ante la ausencia del virrey en Buenos Aires, partieron hacia Montevideo para entrevistarse con el gobernador de esa localidad, el oficial español Pascual Ruiz Huidobro. Aunque con alguna reticencia, este accedió a suministrarles refuerzos para la reconquista. Pueyrredón volvió a Buenos Aires a fines de julio para comenzar a reclutar soldados en distintas localidades de esa provincia. El núcleo principal de las milicias porteñas acampaba en las chacras de Perdriel, cerca de Olivos.

Al enterarse de los preparativos criollos, en los primeros días de agosto Beresford dirigió un destacamento hacia Perdriel, que causó un duro revés a las tropas locales lideradas por Pueyrredón. Casi al mismo tiempo de producirse este enfrentamiento, Liniers retornaba de Montevideo e ingresaba a Buenos Aires por la zona de los corrales de Miserere (actual Once) y Retiro. El 10 de agosto ya había logrado dominar los principales accesos a la ciudad. Al enterarse de la derrota de las milicias de Pueyrredón, Liniers intentó establecer contactos con Beresford, que se encontraba de regreso en Buenos Aires, para intimarlo a la rendición. El oficial inglés se negó de plano.

Liniers prosiguió, pues, con el avance de sus tropas con el objetivo de llegar hasta el fuerte y las zonas aledañas de la ciudad, tomadas por los ingleses. Esta marcha se hizo en condiciones penosas, sobre todo para la artillería, debido a las copiosas lluvias que se desataron

por esos días y que dejaron los caminos en pésimas condiciones. El 11 de agosto, la milicia local al mando de Liniers enfrentó a un batallón inglés comandado por Beresford. Aunque los rioplatenses fueron rápidamente dispersados, pronto llegaron los refuerzos enviados desde Montevideo, que se sumaron a los cuerpos milicianos para retomar el avance hacia la ciudad.

A Beresford se le hacía cada vez más difícil la defensa de Buenos Aires, especialmente por la falta de refuerzos, por el avance de las tropas de Liniers y por la resuelta predisposición de los porteños a reconquistar su ciudad. Según Carlos Roberts, fue por tal motivo que el oficial inglés buscó insistentemente entrevistarse con Pueyrredón, a cargo de la caballería, a fin de negociar una salida pacífica. Sin embargo, estos encuentros no se llevaron a cabo, y ya para el 12 de agosto se producían enfrentamientos en la ciudad. Como temía Beresford, las cruentas luchas que se llevaron a cabo en las calles, y especialmente el fuego cruzado que recibieron sus soldados desde las azoteas de numerosas casas, desbordaron la resistencia de los ingleses, que al ver el fuerte rodeado por las tropas criollas y españolas se vieron obligados a rendirse. Así los rioplatenses recapturaban heroicamente su ciudad.

Como saldo de los enfrentamientos, los ingleses padecieron la pérdida de cerca de cincuenta hombres y unos cien heridos, mientras que los criollos y españoles sufrieron la baja de cerca de sesenta soldados y unos ciento cincuenta heridos. La derrota significó un golpe fatal para Beresford y también para Popham, principal arquitecto del proyecto. Liniers pasaba a ser el hombre del momento en el Río de la Plata, y el 14 de agosto, dos días después de recuperar la ciudad, era designado oficialmente por el cabildo de Buenos Aires como jefe de las milicias.

El *impasse*

Totalmente desfasados en el tiempo respecto del curso de los acontecimientos en Buenos Aires, el nuevo gobierno inglés ya había decidido enviar refuerzos a la zona del Río de la Plata con el fin de asegurar la conquista. El 11 de octubre zarpó una nueva expedición bajo el mando del general Samuel Auchmuty.

Es interesante apreciar la trascendencia que había adquirido esta cuestión en el seno del parlamento inglés. En las sesiones de la Cámara de los Comunes que se iniciaron en diciembre de 1806, el gobierno fue acusado por la oposición *tory* por su manejo de la situación en el Río de la Plata. Algunos diputados de esta facción –tales los casos de reconocidos miembros del entorno *tory* como George Canning y lord Castlereagh– acusaban al gobierno de haber enviado la

nueva expedición de apoyo demasiado tarde. Los reproches se hacían en momentos en que ya circulaban rumores en Londres sobre la recaptura de Buenos Aires por parte de las milicias locales. William Windham, sucesor de Castlereagh al frente de la Oficina de Guerra, respondió a estas acusaciones en tono irónico, pero era evidente que la indecisión de su gobierno lo colocaba en una posición cada vez más incómoda ante la opinión pública:

> Si la expedición fuera apenas al otro lado del canal, hay gran cantidad de navíos que habrían estado prontos para ese fin; pero si se recuerda que se trataba de cruzar el Atlántico, para apoyar a otra expedición; y que si no pudieran encontrarla, o descubrieran que la anterior no había tenido éxito, debían volver a cruzar, en busca de un puerto seguro, no puede suponerse que barcos que respondan a esta descripción puedan encontrarse y prepararse en tan poco tiempo. El honorable lord quizás habría preferido enviarlos en globos por aire, o algún otro medio de transporte expedito. (67)

En definitiva, el gobierno de Grenville, que recién se había anoticiado en septiembre de la existencia de la expedición, aguardaba información más detallada sobre los sucesos en Buenos Aires para decidir qué pasos seguir. Mientras tanto, lo único que tenían en claro con respecto a la nueva conquista era que debían retenerla. Este objetivo se hacía cada vez más indispensable para los ingleses, especialmente en la medida en que la situación europea se complicaba como consecuencia del avance de las tropas de Napoleón, más allá del resonante triunfo naval conseguido durante el transcurso de ese mismo año por la flota inglesa en Trafalgar.

Auchmuty recibió de Windham las mismas órdenes que habían sido impartidas a Beresford. El oficial británico llegó a Montevideo el 29 de octubre, y al enterarse de la derrota de Beresford ocurrida dos meses antes, decidió tomar la isla de Gorriti y la localidad de Maldonado, en el actual Uruguay, para establecer allí sus cuarteles e intentar una recaptura de Buenos Aires apenas recibiera refuerzos desde Inglaterra. Para estar más cerca de Buenos Aires, Auchmuty decidió que no quedaba otra alternativa que ocupar Montevideo, aun sin contar todavía con los refuerzos. Lo logró a comienzos de febrero.

Ante la alarma que produjo la noticia de la toma de Montevideo, a instancias del Cabildo y la Audiencia, se reunió en Buenos Aires una junta de guerra, que resolvió deponer a Sobremonte como virrey, suspendiendo todos sus cargos y arrestándolo momentáneamente. Liniers fue designado Capitán General del Virreinato, quedando el mando político provisoriamente en manos de la Audiencia. Junto con Liniers, Álzaga se había convertido en una de las figuras de mayor peso en la ciudad; era él quien solventaba buena parte de los gastos para enfrentar la guerra. Por su encumbrada posición social, Álzaga

tenía ambiciones de ser nombrado nuevo virrey. Sin embargo, sus chances de acceder a tan alta designación se derrumbaron tras la destacada actuación de Liniers durante la reconquista de Buenos Aires en el mes de agosto.

Durante este período de *impasse*, mientras las fuerzas inglesas esperaban en Montevideo a que llegaran los refuerzos, Auchmuty había enviado a varios oficiales en misiones de paz a Buenos Aires con el fin de advertir a Liniers sobre los graves trastornos que enfrentaría la población porteña una vez que el ejército inglés decidiera volver a atacar la ciudad. Buscaba provocar la rendición y evitar así más derramamientos de sangre. Como refleja una proclama que envió a los habitantes de Buenos Aires a principios de marzo de 1807, Liniers no se dejó amilanar.

> Aún no han escarmentado del fatal desastre que sufrieron las orgullosas tropas el 12 de Agosto eternamente memorable; aún quieren nuevamente medir sus fuerzas con nosotros, trayendo ejércitos de la otra parte del océano, que vanamente alucinados con su pericia militar creen hallar una débil resistencia en los brazos de los pacíficos pobladores de la América. ¡Qué! ¿El habitador de Buenos Aires, el pueblo héroe de la América del Sur, sufrirá sin llenarse de indignación y de horror que llegue por segunda vez a profanar su afortunado territorio? Que se acuerden de aquel día de confusión y de horror en el que el esfuerzo irresistible de nuestras tropas les hizo tan a su costa conocer la diferencia del valor entre un despreciable mercenario, y un ciudadano libre que defiende su Patria, que tiemblen al acercarse a nuestras risueñas playas, y que conozcan que un Pueblo fiel y religioso no doblará jamás su cerviz al duro enemigo destruidor. (68)

Esta vehemente exhortación en favor de la defensa de la ciudad ante la posibilidad de una nueva arremetida del ejército inglés parecía un tanto innecesaria a esa altura de las circunstancias. Para aquel entonces, entre la gran mayoría de los habitantes de la ciudad prevalecía la fuerte convicción de que no podían volver a rendirse ante los soldados ingleses. A los pocos días de la citada proclama de Liniers, Auchmuty decidió enviar a uno de sus oficiales, el general Campbell, a Buenos Aires con el fin de presionar a Liniers. Su vívido relato da cuenta del grado de ansiedad y excitación que reinaba en la ciudad ante la inminencia de una nueva invasión:

> Al preguntar por el General, o la persona al mando, el oficial de la Marina que me condujo a la costa me presentó al general Liniers. Le entregué mis despachos, y en el momento en que el general los recibía la muchedumbre reunida a su alrededor era tanta que a duras penas pudo abrirlos, y algunos leían por encima de su hombro, otros tomaban los papeles por los ángulos para poder ver mejor su contenido. Tras una larga discusión sobre mi cometido, el general me dijo que tenían la mayor confianza en su número, y que la espada decidiría, agregando al mismo tiempo que no dependía de él, pues debía celebrarse un consejo. Me invitaron a cenar. La mesa era grande y colmada de gente, y tanto el general

como sus subordinados tuvieron toda clase de atención para conmigo, pero poco después de comer entró una persona diciendo que mi barco se acercaba a la orilla, con una bandera blanca, ante lo cual algunos comensales se pusieron de pie y dijeron que debían tomarnos prisioneros. Sus palabras eran “Liniers, ahora son nuestros prisioneros, porque rompieron el trato”. Otros pensaban lo contrario, y la disputa se acaloró tanto que el general Liniers consideró necesario llevarme a su habitación, y mandó a su ayuda de campo a buscar una guardia para expulsar al gentío y permitirme volver a bordo. Lamentando que ya no pudiera volver a tierra él mandaría las respuestas al barco. Por lo que pude ver, parecía haber muchas disidencias internas, y pensé que el general Liniers estaba en una situación desagradable, y tenía poca autoridad. (69)

Al enterarse del nombramiento de Liniers en Buenos Aires, Auchmuty se sintió optimista sobre las perspectivas de poder persuadir, tanto a él como a su partido, de deshacerse del dominio español y aceptar el del rey Jorge. Como queda reflejado en la correspondencia con su gobierno, seguía bajo la impresión de que los criollos preferirían cualquier cosa antes que volver a caer en manos de sus antiguos amos. Beresford se encargaría de desilusionarlo; el general había llegado a Montevideo en mayo tras lograr fugarse de Buenos Aires, donde había permanecido arrestado durante algunos meses, y le aseguró a Auchmuty que no había modo de realizar sus planes. A su vez, Beresford rechazó la propuesta de retomar el mando de las fuerzas que le hizo Auchmuty, por lo que este no tuvo más alternativa que seguir esperando la llegada de los refuerzos desde Gran Bretaña.

La segunda invasión

Los refuerzos británicos llegaron al fin a Montevideo el 10 de mayo de 1807 bajo el mando del general John Whitelocke, elegido nuevo comandante en el Río de la Plata por el Ministerio de los Talentos. Las circunstancias que rodearon el nombramiento de este oficial fueron peculiares; algunos historiadores han sostenido que se trataba de un militar poco apto para esa misión. Esta era precisamente la impresión de John Fortescue, autor de una de las más exhaustivas historias del ejército británico:

Su característica más objetable parece haber sido una confianza en sí mismo arrogante pero discontinua, sumada a una inclinación por el habla y los modales rudos, que él consideraba propios del soldado pero que solían degenerar en mera grosería para sus inferiores, y obscenidad de lenguaje para los demás. Cortejaba la simpatía de la soldadesca imitando el uso de sus frases, con el resultado inevitable de que solo se ganaba su desprecio. Debemos deducir que buscaba la popularidad entre los rangos inferiores del ejército porque era incapaz de ganarse el respeto de los superiores. Un oficial así es completamente inadecuado para el mando (Fortescue,

1899-1930, cit. en Gallo, 1994: 63).

Sin duda, Whitelocke fue víctima de la completa falta de cohesión del Ministerio de los Talentos. Se vio frente a una serie de instrucciones para nada fáciles de cumplir, y pareció sufrir desde el comienzo el mismo pesimismo que habían sentido casi todos los miembros de su gobierno respecto de la empresa desde el momento en que se vieron frente a ella. Esto se debió a que, a pesar de ciertas insinuaciones hechas por Auchmuty a su gobierno con relación a la necesidad de asegurarles asistencia a los criollos en la causa emancipatoria, quedaba claro que el primer ministro Grenville no apoyaría ningún plan que tuviera la independencia de los criollos como objetivo principal.

En los primeros días de junio llegaron a Montevideo unos cuatro mil quinientos soldados enviados por el gobierno británico, los cuales quedarían al mando del general Robert Crauford. Whitelocke comenzó a acelerar sus preparativos para la reconquista. Finalmente, el 28 junio desembarcaba en la Ensenada de Barragán, a unos 140 kilómetros de Buenos Aires. Este ejército sumaba más de ocho mil hombres; algunos refuerzos quedaban en Colonia y Montevideo. Whitelocke no parecía muy optimista sobre las perspectivas de recuperar la ciudad, aun contando con superioridad numérica y militar sobre las tropas locales. Las conclusiones a las que llegó pocos días después de haber desembarcado en Buenos Aires revelan su estado de ánimo:

> **Al parecer todo el sistema ha venido irritando a los habitantes, y en lugar de una impresión favorable a Gran Bretaña, estoy persuadido de que será difícil disipar la idea de que el interés individual influyó en todos estos procedimientos, y no un gran objetivo nacional. Digo esto porque no puedo lamentar algo que es muy cierto, y es que apenas si hemos hecho un solo amigo en el país. (70)**

El 2 de julio, Liniers, tras esperar en vano la llegada de las tropas inglesas en Puente de Gálvez, decidió seguir a los invasores desde la orilla septentrional del Riachuelo. Las tropas de Liniers se cruzaron con el enemigo en Miserere. El enfrentamiento dejó un saldo muy negativo para los locales, que sufrieron importantes bajas y numerosos arrestos por parte de los ingleses. Liniers y el resto de sus hombres fueron forzados a replegarse hacia Chacarita, para intentar volver a la ciudad desde ese lugar.

El Cabildo, bajo la dirección de Álzaga, se hallaba organizando los preparativos para la defensa ante la llegada inminente de los soldados ingleses. Se cavaron trincheras, se colocaron cañones, se reunieron víveres y municiones; gran cantidad de ciudadanos se dedicaron a

patrullar la ciudad y a apostarse en las azoteas de las casas, tal cual lo habían hecho, con muy buenos resultados, durante la reconquista un año antes. El 3 de julio Liniers llegó a la ciudad para hacerse cargo del mando. Sumando soldados y vecinos, que participaron como voluntarios en la defensa, se estima que las fuerzas locales sumaban unas siete a ocho mil personas.

El 4 de julio las tropas británicas estaban listas para el asalto a Buenos Aires. Quedaba por ver el modo en que este se realizaría. El plan original de Whitelocke consistía en acercarse a los suburbios de la ciudad, y desde allí bombardearla hasta la rendición. Parecía la táctica más segura para recuperar la plaza, y fue el plan con el que la mayoría de la oficialidad se mostró de acuerdo. No obstante, Whitelocke gradualmente abandonó su estrategia original y cedió a los argumentos de su segundo al mando, el general Leveson-Gower, que se oponía al bombardeo por "inhumano"; a su entender, solo provocaría mayor animosidad contra los ingleses. Sugirió que en su lugar las tropas debían avanzar divididas en columnas por las calles principales de la ciudad, con los rifles descargados para no tentarse de abrir fuego y seguidos por la artillería. Para Fortescue se trataba de un plan absurdo:

> Debía [Whitelocke] reducir la provincia de Buenos Aires por la fuerza de las armas y desterrar a los autores de la insurrección que había desalojado a Beresford; y aun así debía considerar que su principal objetivo era no molestar ni perturbar a los habitantes poniéndolos bajo dominio británico, y le estaba prohibido darles seguridades sobre la protección inglesa contra la venganza de la vieja España después de acordada la paz (Fortescue, 1899-1930, cit. en Gallo, 1994: 96).

Esta fue la estrategia adoptada al fin, el 5 de julio, cuando el ejército británico hizo su ingreso a la ciudad. A pesar de que las tropas comandadas por Auchmuty habían logrado tomar el Retiro, las tropas al mando de Crauford fueron sorprendidas desde el sur por fuego de artillería que bajaba de las terrazas de las casas, y de cañones ubicados en las calles aledañas a la iglesia de Santo Domingo, cerca de la Plaza Mayor. Tras algunas horas de intenso combate, las tropas inglesas que luchaban en ese sector de la ciudad se rindieron.

La gran cantidad de bajas que habían sufrido los ingleses hizo que Whitelocke resolviera capitular al día siguiente, es decir, el 6 de julio, decisión severamente criticada por la mayoría de la plana mayor de su ejército, que creía que aún se hallaban en condiciones de seguir peleando. Los términos de la capitulación impuestos a Whitelocke por Liniers incluían el canje de todos los prisioneros hechos por ambas partes desde la primera invasión, y la completa evacuación de las tropas británicas que se encontraban en Montevideo en el término de

dos meses. Los ingleses reportaron un poco más de dos mil bajas, mientras que la cantidad de pérdidas humanas en las filas de Liniers llegaba a cifras similares.

Según Halperin Donghi, la actuación de Liniers durante la defensa de Buenos Aires fue ostensiblemente menos exitosa que la que había desplegado el año anterior durante la reconquista; quienes tuvieron el rol más decisivo esta vez fueron los habitantes de la ciudad, las milicias y los esclavos y, en especial, Martín de Álzaga, por el modo en que este había ejercido la dirección de la defensa desde el Cabildo y el fuerte:

> La Defensa, todavía más que la Reconquista, es una victoria de la ciudad, de sus regimientos –criollos pero también peninsulares–, de todos sus habitantes (aun los esclavos, provistos en la emergencia de armas blancas, cuya lealtad y heroísmo sorprende a quienes los han armado no sin vacilaciones). Es fundamentalmente la victoria del cabildo y de su alcalde de primer voto, don Martín de Álzaga, rico comerciante peninsular cuyas ambiciones son aún más vastas que las de la institución con la que se identifica (Halperin Donghi, 1972: 149).

En la corte marcial que se le impuso al volver a Londres, Whitelocke sostuvo que la expedición habría tenido éxito si los comandantes hubieran podido colaborar con los criollos en su emancipación. El oficial fue juzgado culpable de la derrota y expulsado del ejército. Mucha gente esperaba una sanción mucho más dura, incluso la ejecución.

En Buenos Aires, a los pocos meses de las invasiones, Liniers fue confirmado como virrey por la Corona española.

Epílogo

Para los ingleses, las invasiones significaron un vergonzoso fracaso de su ejército frente a uno muy inferior. Sin embargo, por embarazosa que haya sido esa derrota, para ellos se trató de un hecho menor en su historial bélico, rápidamente eclipsado y prácticamente sepultado en la memoria colectiva debido al posterior éxito de esta nación en las guerras europeas que culminaron con la derrota de Napoleón en Waterloo en 1815. Para corroborar esto, cabe mencionar que, tras su participación en la infructuosa invasión a Buenos Aires, oficiales como Beresford, Crauford y hasta el mismo Popham (a diferencia del malogrado Whitelocke) se distinguirían prestando servicio al ejército inglés en el último tramo de su guerra con Francia.

Por su parte, a partir del heroico triunfo de los soldados rioplatenses y españoles sobre las tropas británicas en 1807, lentamente se fue tejiendo un espíritu revolucionario en Buenos Aires

que desembocaría, tres años después, en la parcial declaración de independencia de las llamadas Provincias Unidas del Río de la Plata. Este factor se sumó a un creciente sentimiento de rechazo hacia la Corona española, principalmente por parte de grupos de comerciantes e intelectuales criollos, muchos de los cuales habían participado en las luchas contra el invasor. La idea de independencia fue fortaleciéndose cada vez más, aunque, como ha señalado José Carlos Chiaramonte en sus más recientes estudios, la existencia de una conciencia clara de identidad nacional entre los habitantes de la región era todavía muy incipiente.

La formación de las milicias urbanas para repeler al ejército invasor inglés significó la emergencia de un nuevo actor sociopolítico dentro de la esfera rioplatense. Sostenidas por los altos niveles de enrolamiento voluntario y por un sistema de elección democrática para designar a sus líderes, las milicias se transformaron en un cuerpo de innegable raigambre popular que, al decir de Halperin, se fue transformando rápidamente en una institución de relieve equiparable al de otras como la Iglesia y el Cabildo. Sin duda esto se profundizó tras el resonante triunfo militar durante las invasiones.

Al producirse los eventos de mayo de 1810, la monarquía española rechazó todo lo dispuesto por la nueva junta de gobierno criolla, creando así una situación de tensión que pronto derivaría en el surgimiento de varios escenarios de guerra a lo largo del territorio rioplatense. La urgente necesidad de enfrentar a los ejércitos españoles obligó a las autoridades del gobierno rebelde a transformar ese cuerpo de milicias, surgido de las invasiones, en un ejército con las condiciones suficientes para afrontar y defender el nuevo estatus soberano.

Bibliografía

Belgrano, Manuel (1960), “Autobiografía”, en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, t. 2, Buenos Aires, Imprenta del Senado de la Nación.

Ferns, Harry (1960), *Great Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford, Oxford University Press.

Fortescue, John W. (1899-1930), *A History of the British Army*, Londres, Macmillan.

Gallo, Klaus (1994), *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826*, Buenos Aires, A-Z Editora.

Gillespie, William (1818), *Gleanings and Remarks Collected during Many Months Residence in Buenos Ayres and the Upper Country*, Leeds, B. Dewhirst.

Halperin Donghi, Tulio (1972), *Historia argentina*, vol 3: *De la*

revolución de independencia hasta la confederación rosista, Buenos Aires, Paidós.
Hansard, T. C. (1812), *The Parliamentary Debates*, Londres, T. C. Hansard.
Jupp, Peter (1985), *Lord Grenville. 1759-1835*, Oxford, Oxford University Press.
Medina, José Toribio (1892), *Historia y bibliografía de la imprenta del antiguo Virreynato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Talleres del Museo de La Plata.
Moreno, Manuel (1960), "Vida y memorias del doctor don Mariano Moreno", en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, t. 2, Buenos Aires, Imprenta del Senado de la Nación.

60. Documento titulado "Secret Memorandum. Proposal for an Expedition against Spanish America by the Pacific Ocean. H. Dundas, September 1796", Scottish Records Office, G. O. 51/1/520. Las traducciones de esta y otras citas al español en este trabajo estuvieron a cargo de César Aira y están tomadas de Gallo (1994: 28).

61. Carta citada en Jupp (1985: 248).

62. "Carta enviada por W. Jacob a W. Pitt, 26 de noviembre de 1804", Public Records Office 30/8 133/1; cit. en castellano en Gallo (1994: 40).

63. "Carta enviada por Thomas Douglas, Earl of Selkirk, a John Hippisley, 22 de marzo de 1806", Aditional Manuscripts 37849; cit. en castellano en Gallo (1994: 83).

64. The Morning Chronicle, 22 de julio de 1806.

65. "Carta enviada por William Carr Beresford a lord Castlereagh, 11 de julio de 1806", War Office 161/1; cit. en castellano en Gallo (1994: 54).

66. "Carta enviada por William Carr Beresford a lord Castlereagh, 16 de julio de 1806", War Office 161/1; cit. en castellano en Gallo (1994: 108).

67. "Discurso de William Windham en la Cámara de los Comunes, pronunciado el 21 de enero de 1807", en The Parliamentary Debates, Londres, T. C. Hansard, 1812, vol. 8, cols. 492-493.

68. Proclama de Santiago Liniers del 24 de junio de 1807, publicada en Medina (1892: 216).

69. "General Campbell a Samuel Auchmuty, 20 de marzo de 1807", War Office 1/161; cit. en castellano en Gallo (1994: 116).

70. "Carta de John Whitelocke a William Windham, 20 de junio de 1807", War Office 1/161; cit. en castellano en Gallo (1994: 64).

CAPÍTULO 5

¿ELEGIR A LOS COMANDANTES? LOS DESAFÍOS DE LA GUERRA Y EL GOBIERNO DE LOS PUEBLOS EN EL LITORAL RIOPLATENSE

Raúl O. Fradkin

Un repaso de la bibliografía más reciente sobre las llamadas guerras de Independencia permite advertir un problema que concita creciente atención: los desafíos que la movilización de amplios sectores sociales rurales supusieron para las relaciones de autoridad y para el funcionamiento de los gobiernos locales. En torno a él convergen perspectivas historiográficas muy diferentes que han puesto en cuestión muchos de los supuestos establecidos. Por ejemplo, los estudios de historia política subrayaron los dilemas que conllevó la inclusión de las poblaciones rurales en la construcción del nuevo orden, mientras que los análisis de la agencia política de los sectores subalternos han relevado sus posibilidades para asignar sentidos diferentes a las nuevas prácticas políticas y sus intentos por preservar y ampliar sus márgenes de autonomía local. (71)

Este capítulo se propone explorar esta cuestión considerando la experiencia de los pueblos rurales del Litoral rioplatense. Partimos del panorama que pudimos comenzar a trazar en estudios previos, los cuales nos permitieron registrar la notable intensidad que en este espacio adquirió la movilización armada de los grupos subalternos y la incidencia de la guerra en la configuración de nuevos actores y liderazgos (Fradkin, 2008a; 2010a; 2010b). En esta oportunidad nos concentramos en una cuestión particularmente significativa pero extremadamente elusiva a la observación histórica: la emergencia en estos pueblos rurales de la aspiración de elegir a sus comandantes militares. Significativa, porque permite advertir las tensiones y los desafíos que la movilización guerrera traía para el gobierno de las áreas rurales y para sus relaciones con autoridades superiores. Elusiva, porque las evidencias al respecto aparecen en forma esporádica,

dispersa y fragmentaria, pero aun así ayudan a iluminar un fenómeno de muy dificultosa observación: ¿cuáles eran las representaciones de la autoridad y del gobierno local que circulaban entre las poblaciones rurales en un contexto de intensa movilización social e inestabilidad extrema de la autoridad, generado a partir de las guerras desatadas por la revolución? Se trata, en consecuencia, de una indagación que apunta a desentrañar algunos componentes de las culturas políticas regionales y de las aspiraciones que pueden haber canalizado.

Una aproximación a los pueblos rurales del Litoral

Sabido es que el término "pueblo" era (y es) extremadamente polisémico y su sentido constituye objeto de disputa social (Goldman y Di Meglio, 2008). Aquí lo usaremos en uno de los sentidos que le daban los actores: un agrupamiento social que, cualesquiera hayan sido su origen, composición, trayectoria o estatuto jurídico, aspiraba a convertirse en depositario de la soberanía. "Pueblo", en este sentido, no era un concepto idéntico a "nación" o a "provincia" sino que, por momentos, se encontraba claramente en competencia con ellos y pudo llegar a ser antagónico. Partir de este registro ayuda a entender mejor tanto la aceptación del discurso político del artiguismo en el Litoral (aunque, como se verá, lo excede) como la pertinaz lucha de los pueblos guaraníes por su autonomía. (72) Pero ¿cuáles y cómo eran estos pueblos?

Como es sabido, en el espacio del Obispado y la Gobernación de Buenos Aires había muy pocas ciudades y a fines de la época colonial se estaban viviendo importantes transformaciones económicas, sociales y administrativas. Para entonces se manifestaban dos tendencias regionales bien diferentes. En efecto, si hasta la década de 1760 la colonización hispana apenas avanzaba sobre las áreas ribereñas del Río de la Plata y el Paraná y tenía su mayor concentración demográfica en los pueblos misioneros –que superaban el 56% de la población regional registrada–, en pocos años la situación cambió radicalmente puesto que, mientras el área misionera asistió a una aguda contracción económica y demográfica, las tierras del sur fueron epicentro de una primera expansión de la ganadería, posible por la puesta en producción de nuevas tierra y el crecimiento de una heterogénea población campesina de muy diversa procedencia (Maeder, 1976; Djenderedjian, 2004). (73) Ese proceso permitió la formación de una miríada de pueblos de muy distintas características, antigüedad y estatuto jurídico: de esta manera, si a mediados del siglo XVIII de los cuarenta y cinco poblados registrados, cinco ostentaban el rango de ciudad, siete el de villa, cinco el de parroquia, dos el de fuerte y veinticinco el de pueblos de indios, para fines de siglo la

situación había variado sustantivamente: los poblados eran ochenta y siete; si las ciudades seguían siendo cinco, era notorio el incremento de las villas, las parroquias y los fuertes (que habían pasado a ser veintidós, veinte y once, respectivamente), mientras se estancaba el número de pueblos de indios (que solo eran veintinueve) (Azara, 1847: 345-346). Este registro, aunque meramente aproximativo e incompleto, es importante porque invita a reconsiderar la imagen de un territorio apenas poblado por unas pocas ciudades y vastas campañas de población dispersa; asimismo, permite entender mejor que sobre ellos descansó en buena medida la formación de las fuerzas beligerantes que confrontaron a partir de 1810 y que la diversidad de estatutos jurídicos habilitó una tradición contenciosa que se canalizó y se extremó con la revolución cuando una situación de guerra permanente implicó enormes costos para estas poblaciones y puso en extrema tensión las relaciones entre formaciones estatales, pueblos y poblaciones rurales.

En estas poblaciones la autoridad local solía residir en una tríada formalmente compuesta por curas, jueces y comandantes. Se trataba de una formación política de matriz muy antigua, que se fue adaptando a cambiantes circunstancias y que podía adoptar muy diversos grados de complejidad, desde la forma más simple (parajes rurales bajo gobierno de un juez pedáneo o comisionado) hasta las formas más complejas (como eran las villas dotadas de cabildos y las reducciones donde se yuxtaponía tanto con los subdelegados, administradores y mayordomos como con los cacicazgos indígenas). A pesar de sus variaciones, era una forma de gobierno local de estilo consensual, basado en la primacía de los párrocos y los jueces legos, generalmente reclutados entre los grupos vecinales más influyentes, y que había aprendido a disputar sus márgenes de autonomía en el juego de conflictivas relaciones entre jurisdicciones. Sin embargo, desde la década de 1780 empezó a tener mayor influencia la red de autoridades militares y milicianas que funcionaban bajo la órbita de jefaturas militares territoriales, como eran la Comandancia General de Entre Ríos o las comandancias de armas que se instauraron en Santa Fe y Corrientes. Esta nueva situación era una manifestación local de la puesta en marcha de la Ordenanza de 1782 que –conviene recordarlo– instituyó intendentes “de ejército y provincia”, una definición que expresaba la concepción de un gobierno que debía ser a un mismo tiempo “político y militar”. En el Litoral rioplatense ese rol de los comandantes se manifestó en un aspecto crucial, pues fueron quienes tuvieron a su cargo implementar la política de poblamiento estratégico de zonas de frontera y su accionar derivó en la formación de una red de poblados y fortines, varios de los cuales fueron convertidos en villas con sus respectivos cabildos y milicias, mientras

otros pujaban infructuosamente por obtener ese estatuto (Djenderedjian, 2003).

Ahora bien, durante la década de 1810 esos comandantes militares locales cobraron un papel todavía más relevante y se convirtieron en una suerte de gobierno "político y militar" a escala local. Con todo, es necesario subrayar que la figura de los comandantes era menos precisa de lo que la denominación haría suponer. Por lo pronto, el término tenía un sentido incierto, pues aludía tanto a un rango militar con una ubicación más o menos clara dentro de la escala jerárquica como a todo jefe que ejerciera el mando de una unidad, expedición o territorio. De este modo, podía ser comandante tanto un oficial veterano como un jefe miliciano y, durante la crisis revolucionaria, todo aquel que estuviera a la cabeza de un grupo armado y fuera convalidado por una autoridad superior, por su propia tropa o por una instancia de poder local, adquiría esa denominación.

En esas circunstancias, una cuestión pasó a tener importancia fundamental: ¿quién debía resolver en quiénes recaería esa decisiva forma de autoridad? Así, en torno a las disputas por la designación de los comandantes locales se puso en juego un conjunto de prácticas y estrategias que expresaron las concepciones y representaciones del poder y la autoridad que circulaban en los pueblos, bien distintas de las que imperaban en la elite revolucionaria, cuando no abiertamente opuestas. Esa posibilidad se acrecentaba en un contexto de guerra que fragmentaba el espacio político y potenciaba el papel de actores locales que tenían a estos poblados como sustento material y como forma de estructuración política y militar, mientras el colapso de la economía regional amenazaba la reproducción de la población campesina, justamente cuando el orden político se estaba desmoronando. De este modo, el espacio regional se convirtió en el escenario de un conjunto de "conflictividades superpuestas" protagonizadas por múltiples actores orientados por lógicas y objetivos específicos que derivaban en alianzas cambiantes e inestables. Sin embargo, pese a su notable diversidad y a la variedad de sus alineamientos políticos, puede reconocerse que esos actores tenían en común el haberse constituido en torno a liderazgos locales de fuerte anclaje e identidad territorial (Fradkin y Ratto, 2008a; 2009).

Este contexto debilitó la ya limitada capacidad de las pocas ciudades existentes para controlar las áreas rurales. En estas circunstancias, la revolución no solo derivó en conflictos entre el gobierno superior y las emergentes provincias en que se fragmentó la Intendencia de Buenos Aires, sino también en la intensificación de los conflictos entre los pueblos y sus cabeceras jurisdiccionales así como entre las poblaciones rurales y los grupos de poder pueblerino. En este

sentido, el desplazamiento y la marginación política de los vecinos de origen europeo tuvo notables efectos, pues dividió los grupos vecinales en facciones opuestas y desestabilizó la solidez de las jerarquías sociales existentes, lo que hizo emerger tensiones sociales y étnicas y amplió los márgenes de acción de las clases subalternas.

Ahora bien, durante la implementación de la política borbónica de poblamiento fronterizo de las décadas de 1780 y 1790, los núcleos vecinales rurales trataron de aprovecharla para sostener sus aspiraciones de obtener el estatuto de villa o demandar la asignación de tierras, pero también resistieron el ejercicio de una autoridad que muy tempranamente calificaron de "despótica" y "tiránica" (Suárez y Tornay, 2003). De este modo, las relaciones entre vecinos y comandantes estuvieron definidas por una marcada ambivalencia: esos comandantes podían ser una instancia para modificar su lugar subordinado en las jerarquías territoriales, pero también podían convertirse en expresión de una autoridad mucho más exigente.

Esa ambivalencia habría de ponerse en extrema tensión en los años revolucionarios, pues para el gobierno de entonces los comandantes eran la pieza clave para hacerse obedecer, pero sus exigencias producían innumerables conflictos y tensiones que habrían de derivar en el antagonismo y la confrontación de las poblaciones rurales con ese gobierno y sus ejércitos. El problema estaba en que esos comandantes debían obtener al mismo tiempo la adhesión local e imponer obediencia. Para resolverlo, las autoridades afrontaban un dilema y básicamente tenían dos opciones: una era designar como comandante a un jefe local de milicias y otra, enviar un oficial veterano externo a la trama social local. Pero ambas tenían sus peligros y bien lo testimonian las desventuras del comandante de las fuerzas directoriales en Entre Ríos, Blas Pico, en septiembre de 1814: en la villa de Gualeguay estaban duramente enfrentados el comandante actual y el anterior y por ello recomendaba designar como comandante a un oficial veterano "pues por las rivalidades intestinas de él, se originó la pasada insurrección general". (74) Sin embargo, esa insurrección había sido explicada por el barón de Holmberg de otra manera, y la atribuía a la conducta "en todo arbitraria" y a "las injusticias" que habían cometido los comandantes militares. Así, un oficial conocido por el rigor de la disciplina que imponía no podía dejar de reconocer que "si ha habido como efectivamente la hubo mucha seducción, también el descontento ha sido muy grande entre el vecindario". (75)

Lo que estaba en el trasfondo de estos dilemas eran las crecientes tensiones entre los ejércitos que respondían al gobierno revolucionario y las poblaciones movilizadas, tensiones que tendían a expresar una más vasta a través de la cual entraban en fricción o directamente se

oponían las fuerzas regulares y milicianas. La historiografía ha dado abundantes muestras de una manifestación central de estas tensiones: la resistencia de los milicianos a ser transformados en soldados de línea (Halperin Donghi, 1978; Di Meglio, 2006). Sin embargo, no siempre se ha advertido que esa resistencia incluía también una disputa abierta por definir quiénes tenían derecho a designar a sus jefes.

En este sentido, el famoso motín de los milicianos de Buenos Aires de diciembre de 1811 ofrece evidencias precisas al respecto, dado que no solo expresaba el rechazo a la transformación en cuerpos veteranos, sino también el desconocimiento de los jefes designados, el reclamo de ser tratados "como a ciudadanos libres y no como a tropas de línea" y la aspiración a elegir a sus comandantes. El gobierno revolucionario no tenía dudas: los sublevados querían "mandar, como los que os mandan, dominar como los que os dominan", una aspiración calificada como un "delirio que inundaría en sangre la tierra". (76)

Lo cierto es que este desafío no dejó de replicarse pese a la violenta represión, y circunstancias semejantes se produjeron entre las unidades milicianas pero también en regimientos veteranos, como sucedió, por ejemplo, entre los sargentos del Ejército de Observación sobre Santa Fe en mayo de 1816, que no solo planearon sublevarse y "pasarse a la montonera en el Rosario" sino conformar allí una fuerza separada, eligiendo a uno de ellos como comandante (Fradkin, 2008a).

No pretendemos en esta oportunidad detenernos en los múltiples episodios de desacato e insubordinación que protagonizaron oficiales y tropas y que desembocaron en la destitución o sustitución de más de un jefe militar e, incluso, de algún gobierno. Nuestra intención es concentrarnos, en cambio, en aquellos episodios que se produjeron en diversos pueblos del Litoral donde no solo estuvo en juego definir quién comandaría un determinado cuerpo miliciano sino, además y sobre todo, quién se haría cargo del gobierno local. La estrecha vinculación entre este problema y el tipo de formación armada que debía imperar fue claramente advertida por Manuel Belgrano, cuando en 1817 afirmaba que "los anarquistas han conseguido cimentar la idea de que no hay necesidad de Ejército para destruir a los enemigos". (77)

"Anarquistas" era en el discurso de la dirigencia directorial el apelativo para designar a los federales. La disputa política abierta entre el Directorio y los Pueblos Libres terminó tomando la forma de una guerra por la primacía en el Litoral, que expresaba la existencia tanto de dos programas diferentes para la revolución como de dos bloques políticos regionales. Pero esos bloques estaban sustentados en

dos tipos distintos de formaciones armadas: una estructurada en torno a un ejército veterano y una red de milicias subordinadas, y otra que emergía de una neta matriz miliciana e invocaba el derecho de los pueblos al autogobierno.

Para comprenderlo mejor, conviene detenerse un momento en las fricciones producidas en 1812 entre los insurgentes orientales y Manuel de Sarratea, el jefe enviado por el gobierno de Buenos Aires. Conocida es la resistencia que ofrecieron las milicias orientales al desplazamiento de Artigas de su comandancia, y para comprender la intensidad de esa resistencia cabe anotar que no era este su único objetivo, pues pretendía también imponer la subordinación de sus oficiales, que esas milicias fueran transformadas en cuerpos veteranos y que las milicias "cívicas" de las villas de Gualeguay, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay se convirtieran en "regladas", es decir, subordinadas al gobierno superior y a los mandos veteranos. (78) La resistencia, entonces, se expresó a través de la formulación de una concepción política de mayor alcance, y los comandantes de las Divisiones Orientales rechazaron el desplazamiento de Artigas sosteniendo:

> **Este Pueblo armado se convirtió en Divisiones militares p.a el mejor ord.n q.e los condujese a llenar su objeto. El motivo d.e la resoluc.on fue no quedar bajo el yugo de Mon.o dejaron sus hogares y vinieron con sus armas a pie con el fin de volver p.r el uso de ellas al suelo q.e abandonaron (cit. en Beraza, 1967: 139-140). (79)**

Esta concepción del "pueblo armado" se oponía a la del miliciano como "soldado del Estado" y fuerza auxiliar que imperaba en la dirigencia porteña y que constituía un preciso legado borbónico. Se trataba de dos modos radicalmente distintos de entender las relaciones entre gobierno superior y formaciones militares, entre fuerzas veteranas y milicianas, y entre ellas y pueblos rurales.

Evidencias dispersas

¿Cuándo emergieron estas concepciones contradictorias? La que imperaba en la dirigencia revolucionaria de Buenos Aires reproducía la distinción borbónica entre milicias "disciplinadas" y "urbanas", aunque con nuevas denominaciones, ya que llamaba a las primeras "provinciales" y luego "nacionales" y a las segundas, "cívicas". La concepción que fue emergiendo en los pueblos rurales no puede filiarse con tanta precisión, pero resulta particularmente significativo advertir que antes del abierto conflicto entre Sarratea y los jefes de las Divisiones Orientales, en los primeros meses de 1812, fueran los "ciudadanos" de la villa de Gualeguaychú los que presentaron ante

Artigas una petición colectiva para que siguiera en funciones su comandante, sosteniendo que "lo aclamamos por tal" y esgrimiendo un fundamento que relevamos para nuestro tema decisivo: sustentaron esa petición alegando que la hacían "en virtud de nuestro sistema teniendo los pueblos el dro. de elegir quien los comande". (80) Motivos para invocar este derecho no les faltaban: poco antes, el comandante y el Cabildo de Concepción del Uruguay habían denunciado ante Artigas que el capitán Blas Basualdo –uno de los principales jefes de la insurgencia oriental– era el "caudillo" de los sublevados que saqueaban las haciendas de la jurisdicción. (81)

¿Cuál era ese "sistema" y de dónde provenía ese "derecho"? No lo sabemos con precisión, aunque conviene subrayar que la concepción que al año siguiente iban a esgrimir los comandantes de las Divisiones Orientales ya estaba circulando previamente en los pueblos y no parece haber sido una invención de Artigas. Conviene recordar que en su momento la sustitución de Manuel Belgrano al frente del ejército que operaba en territorio oriental enfrentó también una firme oposición vecinal: así, ya en mayo de 1811 fue presentada una petición firmada por cuarenta vecinos de Mercedes y Soriano encabezados por Mariano Vega (alcalde y comandante del primero) y Celedonio Escalada (alcalde de primer voto y comandante del segundo) que, recordando su temprana adhesión a "nuestra gloriosa revolución", expresaban su sorpresa por el desplazamiento de Belgrano y se oponían a ella. (82) Más aún, al día siguiente eran dieciocho "oficiales del ejército patriótico" los que abiertamente solicitaban su regreso al mando. (83) Tampoco era la primera vez que los vecinos de los pueblos orientales tomaban este tipo de iniciativa: un mes antes, al llegar al pueblo de Mercedes, Ramón Fernández "reunió al vecindario de dicho pueblo y proponiendo la necesidad que tenían de xefe, convinieron todos conformes en protestarme exigiendo mi detención [y] […] me obligaron a hacerme cargo provisionalmente de su comando". (84) Problemas parecidos se les presentaron a los oficiales porteños en 1812 cuando recibieron la orden de retirarse de la Banda Oriental: uno de sus jefes –Nicolás de Vedia– propuso dejar al mando a José M. Rondeau. Su argumento es insoslayable: por el conocimiento que tenía de la zona y por "el buen concepto que tiene para con estas jentes", una cuestión decisiva, dado que, como esas fuerzas "se componen de gente de esta banda, es muy verosímil sufran una crecida deserción si se les manda volver a la parte Occidental". (85) La cuestión parece bastante clara: el predicamento social de los jefes era condición necesaria para liderar este tipo de tropas y dependía, en buena medida, de los lazos sociales previos. Si bien ello no suponía que los jefes de las tropas fueran elegidos, era claro que no podía prescindirse del consenso social para designarlos. Y, si ello

sucedía con los jefes del ejército, mucho más decisiva era la cuestión cuando debían designarse los comandantes de los pueblos para que los gobernasen, los cuales en muchos casos no eran sino los mismos alcaldes. Lo que interesa subrayar es que antes que los oficiales de las milicias orientales se opusieran férreamente a la sustitución de su comandante e invocaran su derecho a elegirlo, ya existía entre los vecinos de la campaña oriental y aun entre los "oficiales" del "ejército" una concepción según la cual tenían derecho si no directamente a elegir, al menos a intervenir en la designación de los comandantes, sin que ello significara –al menos de momento– entrar en abierta confrontación con el gobierno superior, como sucedería un año después.

A juzgar por el consenso generalizado que demostró tener esta aspiración, puede conjeturarse que esas nociones recuperaban de alguna manera prácticas de antiquísima tradición, como aquellas que imperaban entre las "milicias urbanas", aunque fueran ahora adaptadas a nuevos usos y con nuevos sentidos: así, la proclamación de la "soberanía particular de los pueblos" y la lucha contra "el yugo de los tiranos" y el "despotismo militar" –que se convirtieron en tópicos centrales del discurso político del artiguismo– recuperaban algunas nociones del iusnaturalismo (en particular, el principio del consentimiento para definir la legitimidad de un gobierno), aunque remozadas por el pensamiento revolucionario francés y estadounidense. (86)

De este modo, el invocado derecho de los pueblos a elegir a sus comandantes encontraba legitimidad en la tradición miliciana y no solo tenía un origen preborbónico, sino que no había desaparecido durante el arreglo de las milicias que emprendieron las autoridades reformistas. Arreglo que, nunca está demás reiterarlo, en el Río de la Plata no solo fue tardío sino que tuvo muy limitado alcance. Pese a ello, la guerra fue una experiencia recurrente para estas poblaciones durante el siglo XVIII, y de alguna manera pareciera haber ido forjando tradiciones que dotaron a los pueblos y a las poblaciones rurales de prácticas y concepciones para orientarse en un contexto inédito e imprevisible (Fradkin, 2009).

¿Qué difusión tuvo esta concepción y la práctica de elegir comandantes para los pueblos? Las evidencias disponibles solo permiten una respuesta tentativa y provisoria. Al respecto, lo primero que conviene subrayar es que no estuvo circunscripta a quienes adherían a la disidencia federal, sino que también aparecía entre aquellos que constituyeron la apoyatura local del gobierno directorial. De este modo, para principios de 1815 el gobernador de Entre Ríos designado por el Directorio, Juan J. Viamonte, había tenido que reconocer las "elecciones" que los vecinos habían hecho de sus

comandantes militares, pues constituían sus principales aliados: Santos Lima, en la villa de Gualeguay, y Gregorio Samaniego, en la de Gualeguaychú. (87)

La trayectoria de Samaniego ilustra uno de los caminos de emergencia de estos comandantes: se sumó a las fuerzas revolucionarias en 1810 apoyando la insurrección que en Concepción del Uruguay había encabezado Bartolomé Zapata contra las autoridades locales que reconocieron a la Regencia, organizando grupos armados a su propia costa hasta ser convalidado por los oficiales del gobierno de Buenos Aires como jefe de milicias (Biondino, 2006).

La de Santos Lima no era muy distinta: vecino de Gualeguay, había actuado como juez comisionado para instruir un sumario por las ofensas que había recibido un alcalde de la villa por parte de un grupo de naturales y también adoptó el mismo alineamiento político. Ambos, junto con el comandante de Gualeguaychú, José Gutiérrez, habían tenido un papel activo en contener las incursiones de la flotilla de Montevideo en las costas del río Uruguay. (88) Pero ¿hasta qué punto eran leales a las autoridades superiores este tipo de jefes? Cuando a principios de 1815 el Directorio ordenó la retirada general, ni uno ni otro acató la decisión. (89) Los avatares de sus trayectorias ilustran lo contradictorio de la situación: este tipo de jefes era imprescindible para que el gobierno directorial pudiera pretender el control de Entre Ríos, y el crecimiento de su influencia había devenido en buena medida de esa relación privilegiada; sin embargo, la base de sustentación de su liderazgo era local y cuando los intereses de su gobierno y de su pueblo fueran contradictorios, deberían optar. De alguna manera, para los vecinos de estos pueblos elegir a su comandante era una suerte de garantía de su autonomía.

Lo que estaba sucediendo en Entre Ríos no era, en este sentido, muy diferente de lo que había ocurrido del otro lado del río Uruguay. En un comienzo, la insurgencia se nutrió de oficiales de Blandengues y de las milicias, pero también de vecinos influyentes que formaron las partidas de voluntarios que no tardaron en denominarse “milicias patrióticas”, la misma expresión que ya había empleado Belgrano para las nuevas formaciones milicianas que iba impulsando en su expedición hacia el Paraguay. (90) Aun así, la emergencia de estas figuras no dependía directamente de su posición en la escala social antes de la revolución “sino de su capacidad de reclutar un séquito” (Halperin Donghi, 1972: 294) y el reclutamiento se estructuró inicialmente en torno a lazos sociales previos, aunque también canalizó tensiones sociales persistentes.

Autoridades superiores y vecinales se necesitaban mutuamente, máxime porque los jefes artiguistas que operaban en Entre Ríos

estaban instaurando jueces y comandantes de los cuales se decía que también eran “nombrados por el vecindario”, como al parecer sucedió en El Tala, Paraná, Nogoyá y Gualeguaychú. (91)

Si estamos en lo cierto, cabe anotar que experiencias de este tipo se vivieron en pueblos que se alineaban tanto con el bando directorial como con el artiguismo, pero que además ocurrieron en poblados con cabildos así como en otros que carecían de ellos. De este modo, estas prácticas no podrían explicarse solamente apelando a la influencia del federalismo (aunque este aspecto podría ayudar a comprender mejor los motivos de adhesión) o a la capacidad de acción de los cabildos (que incidió, pero no parece haber sido un factor determinante).

La extensión que cobraron estas peculiares prácticas electorales es significativa, pues las evidencias al respecto provienen tanto de la Provincia Oriental como de Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y los pueblos misioneros. De esta manera, lo que sucedía en Entre Ríos se reprodujo en Santa Fe en 1815, cuando la deposición del teniente gobernador Eustaquio Díaz Vélez implicó la extensión de la influencia de Artigas sobre Rosario y que el capitán Góngora tomara el control del pueblo, aun cuando debió afrontar la resistencia de los vecinos encabezados por su comandante militar, su alcalde y su cura párroco. Sin embargo, al año siguiente las autoridades santafesinas lograron imponer un nuevo comandante –Constantino Carbonel– quien fue elevado “al primer empleo de ese Pueblo por el voto gral. de sus conciudadanos”. Vemos, así, que la afirmación de la autoridad del emergente poder provincial santafesino sobre Rosario –un poblado que ni siquiera ostentaba la condición de villa– dependió de que la designación del comandante fuera convalidada “por el voto gral.”, y que tal tipo de autoridad se había convertido en el “primer empleo de este Pueblo” sin que mediara legislación alguna. A tal punto fue así que poco después las milicias rosarinas impusieron un nuevo comandante surgido de sus filas, Tomás Bernal.

Algo parecido sucedió en Coronda. El pueblo que en 1816 se pronunció a favor del autonomismo santafesino, dos años después cambió su alineamiento a favor del Directorio invocando que por el “unánime consentimiento de todo este honrado vecindario hemos acordado negar la obediencia al Gobierno de Santa Fe”. Ese “pronunciamiento” se legitimó a través de una proclama entregada al gobierno por el cura del pueblo y que llevaba la firma del “capitán comandante” José Ortiz de Bergara y de su teniente, Francisco Reynoso. (92) Era la respuesta de Coronda a la consagración de Estanislao López como gobernador. En ambos momentos, el liderazgo en Coronda fue ejercido por el comandante Pascual Bergara, miembro de una familia en la que se habían reclutado alcaldes y jueces pedáneos. De este modo, el 20 de agosto de 1818, desde San Nicolás

era enviada una nota al Directorio que decía:

> **Convencido el Pueblo de Coronda y su campaña de la absoluta necesidad de unirnos al número de las demás Provincias, qe componen la Soberanía de nuestra Nación, y deseando cortar los males qe nos han afligido desde nuestra desgraciada separación de ese Pueblo heroico de Buenos Ayres y confiados del pronto y poderoso auxilio que el Sr. Coronel Rafael Hortiguera nos ha ofertado a nombre del Sup.o Gobierno de B.s Ayres Vecinos de Coronda esperan el auxilio de Hortiguera para unirse a Buenos Aires con unánime consentimiento de todo este honrado vecindario hemos acordado negar la obediencia al Gobierno de Santa Fe y acogernos baxo el amparo de V. E. como consta de los documentos que existen en poder de V. E. (93)**

Como dijimos, junto con el "capitán comandante" Pascual Bergara actuaban su teniente Francisco Reynoso y fray Pedro Gómez, el cura del lugar, de modo que todo el sistema de autoridad pueblerino procedía de común acuerdo para ejercer la soberanía particular del pueblo, aunque en este caso, a favor del Directorio. Adviértase que el fundamento del pronunciamiento invocaba el "unánime consentimiento" del "honrado vecindario". Pero Coronda no era tampoco una villa ni contaba con Cabildo, y pese a ello no dejaba de invocar su derecho soberano y de expresar la estrecha vinculación entre la aspiración de convertirse en un cuerpo político reconocido y el liderazgo del comandante. Lo que sucedió después con este pronunciamiento permite advertirlo mejor.

Una parte de estos vecinos emigró a San Nicolás y el 7 de septiembre de 1818, en una nueva presentación firmada esta vez por diecisiete oficiales y vecinos, estos solicitaban una fuerza que los auxiliase. Así, a fines de 1818, el comandante directorial Juan R. Balcarce especulaba con la posibilidad de "fomentar" a esas "beneméritas familias" e instalarlas en San Lorenzo, pero su desordenada retirada del territorio santafesino frustró sus planes y forzó al gobierno a permitir su instalación en San Pedro. Allí los milicianos y sus familias –liderados por los mismos jefes– se instalaron en la estancia de Antonio Obligado, mantuvieron su organización miliciana y ofrecieron una pertinaz resistencia a los intentos de desalojarlos que se desarrollaron entre 1822 y 1826, disputando la posesión de las tierras en las que el gobierno los había instalado y reclamando su derecho a transformarse en un "pueblo". Para ese entonces, Pascual Bergara había dejado de ser solo un jefe de estas milicias y estaba integrado a la oficialidad veterana de Buenos Aires con rango de capitán. (94) Ahora también los "coronderos" contaban con un apoderado –José Narciso Loyola– quien expresaba con claridad en enero de 1826 cuáles eran sus aspiraciones:

Que de resultas de la guerra qe. suscita S.ta Fé contra esta Cap.,l quarenta y dos padres de familia situados en el Partido de Coronda, jurisdicción de aquella ciudad, nos trasladamos al territorio [...] negándonos absolutam.te a entrar en las pretensiones del Gefe q.e nos presidía. El Sup.or Gov.no de las Prov.as nos dio acogida en esta, mandándonos situar y poblar en los terrenos que hoy poseemos en el Partido de San Pedro. Han pasado seis años y en ellos hemos adelantado quanto ha sido posible en el exercicio de la labranza. Nuestros servicios contra los enemigos de la Capital y contra los bárbaros que han batido estas fronteras han sido demasiado públicos y son constantes al Gov.no a la par q.e hemos adelantado nuestras poblaciones, se ha aumentado nuestro numero, de modo que llega ya a 208 individuos, como se manifiesta en el Padrón qe en debida forma acompaño. Parece S.or Excmo. q.e es ya llegado el tiempo en q.e se llenen las promesas del Gov.no aciendonos propietarios del terreno en que colocó á los Padres q.e emigramos. [...] Es q.e ocurrimos a la sup.or justificación del Gob.no a fin de q.e se sirva mandar q.e p.r alguno de los Pilotos agrimensores q.e estan a su servicio con citación de colindantes y autorizandolo el Juez q.e sea de Sup.or agrado, se proceda a la mensura del terreno en cuya posesión nos hallamos y resultando pertenecer al Estado, proceda a designar el lugar q.e deba servir de Pueblo. (95)

Perdónesenos lo largo de la cita, pero creemos que amerita su consideración: lo que aquí vemos es la solidez de la estructura miliciana y de los liderazgos que podía sustentar para perdurar en territorio alejado y sostener la aspiración de máxima autonomía posible, convertirse en "pueblo", así como el sustrato material de dicha aspiración. Los comandantes se convertían, de esta manera, en líderes políticos de sus pueblos, liderazgo sustentado en una territorialidad y que incluso podía contribuir a reconstituirla.

Quizás, esto constituye la expresión más contundente de los vínculos sociales que los hacía posibles y que torna más comprensible su potencialidad como mediadores y articuladores entre el poder social local y los superiores y el carácter si no electivo, al menos consensuado que debía tener el ejercicio de esta forma de autoridad institucional. Aunque anclados en una tradición anterior a la situación de guerra permanente, durante la era revolucionaria cobraron una enorme centralidad en la configuración del poder local. En ocasiones, lo hacían en concurso y cooperación con las otras formas de autoridad local, pero en otras, en abierta oposición a ellas; en cualquier caso, expresaban la tendencia hacia una creciente autonomía política de los pueblos, el resquebrajamiento de las jerarquías territoriales y el colapso generalizado de una estructura regional de poder que nunca había llegado a consolidarse efectivamente.

Esta presunción se ratifica cuando se considera la experiencia de los pueblos misioneros. Sabido es que ellos contaban con una arraigada tradición miliciana durante la época jesuita, que les había permitido obtener la condición de "milicias del Rey" y convertirse en

componente absolutamente mayoritario de las que se podían movilizar en el Río de la Plata, al menos hasta mediados del siglo XVIII (Avellaneda y Quarleri, 2007). Al parecer bajo la administración secular esas tropas perdieron la importancia que antes tenían pero, aun así, esos pueblos continuaron eligiendo sus cabildos, corregidores y oficiales de milicias (Doblas, 1836: 42-43). De alguna manera, estas prácticas fueron reforzadas y revitalizadas por la experiencia revolucionaria: Belgrano, en su Reglamento para las Misiones de 1810, dispuso que se levantara "un cuerpo de milicia, que se titulará Milicia Patriótica de Misiones". Sin embargo, retomando una aspiración de la administración borbónica, pretendía que esos cuerpos estuvieran al mando de los subdelegados departamentales, mientras que los corregidores indígenas de los pueblos actuarían como comandantes de rango menor con grado de capitán (Belgrano, 1914; Wilde, 2009). Pero tal aspiración fue efímera y cuando esas milicias indígenas comenzaron a incorporarse a las Divisiones Orientales como "auxiliares" más bien parecen haber sido formaciones cada vez más autónomas tanto frente a los subdelegados, administradores y mayordomos, a medida que ellos eran expulsados de los pueblos, como de los mismos cabildos indígenas e incluso de ciertos cacicazgos. En estas circunstancias, algunos comandantes indígenas iban a adquirir una importancia mucho mayor que las estructuras de poder preexistentes: cabildos, corregidores o caciques.

De esta manera, por ejemplo, las fuerzas que conducía Domingo Manduré, reconocido por Artigas como "Comandante General del Salto Chico" (y que reunían a indios guaraníes e "infieles" tanto como a paisanos y desertores), terminaron ocupando su cabecera de Mandisoví, desplazando a su comandante –un indígena llamado Pablo Areguatí, que antes había sido el primer alcalde cuando el poblado fue designado como pueblo en 1810– y sustituyéndolo por "un cabo de escuadra". (96) En estas condiciones, la insurrección comenzó a propagarse por todo el departamento de Yapeyú y de alguna manera ponía en entredicho tanto a las debilitadas autoridades departamentales como a los principales de los cabildos: para describirla con las palabras del subdelegado Bernardo Pérez Planes, el "Estado fatal de estas Campañas" obedecía a que "se ven en el día llenas de comandantes Generales, Jueces Generales y Capitanes hechos no sé por quién". (97) "Hechos no sé por quién" es, así, una expresión que ilumina –muy limitadamente, por cierto– un proceso opaco a la observación histórica como fue la emergencia de líderes militares indígenas, al tiempo convalidados como comandantes. La respuesta de Pérez Planes no hizo sino debilitar aún más la estructura del gobierno local, pues para restablecer su autoridad tras recuperar el control del pueblo suspendió a su Cabildo "y nombró otro a su

discreción", de dudosa legitimidad. (98)

No es improbable que estas mismas condiciones hayan posibilitado la emergencia de liderazgos de mayor alcance en torno a los comandantes: así, Andresito Artigas, que había servido en las milicias organizadas por Belgrano y se había convertido en Comandante Militar de las Misiones en 1811, iba a transformarse en Comandante General de las Misiones y luego también en gobernador de Corrientes.

¿Cómo eran las elecciones?

Llegados a este punto, la cuestión que se nos plantea es probablemente la más opaca: ¿cómo eran estas "elecciones" de comandantes? Poco y nada sabemos al respecto, pero las evidencias acerca de cuatro situaciones pueden ayudarnos a tener una idea al respecto.

La primera hace referencia a lo sucedido en la villa de Gualeguay a principios de 1813. Para entonces fue remitida a las autoridades superiores una representación vecinal que informaba que los vecinos habían sido convocados por el capitán José Gregorio Samaniego a la casa de la comandancia: allí se había congregado "la parte más sana y a pluralidad de votos resultó nombrado p.r Com.te Militar el Cap.n D.n Santos Lima". Lo que muestra esta representación, entonces, es que la designación del comandante Lima era el resultado de una elección vecinal mantenida dentro de estrechos límites sociales; sin embargo, aun así, no pudo ser unánime sino que tuvo que resolverse "a pluralidad de sufragios". Pero la representación apunta a algo más:

> **Este Pueblo ciegam.te constituido á obedecer las Superiores Órdenes de V. S. se confiesa resignado a dar el debido lleno a las Sabias Disposiciones de un jefe dedicado a favorecer a quienes se le ha encomendado y recibido bajo de su protección; pero el único recelo que le advierte se contrae a considerarse escaso de auxilios respetables p.r contener qualquier insulto premeditado por los Enemigos y p.r esto mismo se ve precisado a suplicar a V. S. q.e sea acreedor a q.e se le atienda, se digne disponer una guarnición de 23 o quarenta hombres de tropa, pues sin este nº o con el q.e Ud. considere suficiente, se piensa q.e el Com.te nombrado auxiliado asimismo del Vecind.o tendrá cómo autorizar sus mandatos. (99)**

La alianza que se estaba forjando entre este núcleo de vecinos de Gualeguay y las autoridades superiores se tramaba mediante la elección de un comandante militar para gobernar al pueblo y a través de una promesa de prestar los auxilios que necesitara a cambio de la instalación de una guarnición en la villa.

La segunda situación que pudimos registrar ocurrió en la Bajada de Paraná en 1814. Esta villa, que solo tenía esa condición desde 1810,

después de haber bregado infructuosamente por adquirirla en tiempos virreinales, disponía de un Cabildo desde el año anterior, pero se hallaba profundamente dividida. En febrero de ese año entraron a ella unos trescientos hombres, de los cuales "la mayor parte eran de las Milicias de la misma Campaña", que estaban encabezados por el teniente de milicias de Nogoyá, Eusebio Hereñú. La ocupación fue pacífica y bastante ritualizada: Hereñú proclamó ante las tropas de la villa reunidas que "solo venían á sacudir el yugo del Gobierno tirano de Buenos Aires" y "concluida esta ceremonia dio vuelta a los suyos gritando Viva la Unión, Viva la Livertad y le contestaron en el propio tono"; más aún, a los milicianos de Paraná les dijo "que no venía a llevarlos a la fuerza y que le siguiese el que quisiese hacerlo voluntariamente: todos los que allí estaban, que eran los mas, dixeron que estaban prontos a seguirlos y que les mandase dar caballos". Incluso, dejó al arbitrio del comandante "sy quería seguir con el mando Militar de la Villa", pero este se excusó. (100) En estas condiciones, Hereñú quedó a cargo de la comandancia, pero no por mucho tiempo: en mayo "el Pueblo asociado con el Cabildo" lo depuso y fue reemplazado por Pedro Antonio Paz, un oficial de milicias de la villa. (101) En respuesta, "toda la campaña inmediata a la Bajada" (102) se sublevó contra Paz "pidiendo su cabeza por considerarlo amigo del gobierno", y en su lugar fue elegido como comandante Agustín Echeverría. Pero, cuando Hereñú regresó a la villa reclamando su reposición, fue "el pueblo en masa" el que lo rechazó (103) y terminó procesado a pedido de los vecinos. Sin embargo, poco después volvía a ser designado comandante, pero esta vez su designación provenía de una autoridad superior, de un bando del jefe artiguista Manuel Artigas, aunque dicha disposición invocaba que estaba fundada en otra legitimidad: se producía "en virtud de los sufragios de cuatrocientos hacendados de la campaña". (104)

La tercera situación que registramos se produjo en San Roque (Corrientes) casi simultáneamente: allí, "a pedido del pueblo", fue depuesto el sargento mayor y en su lugar fue nombrado otro comandante. Sin embargo, el pronunciamiento de la tropa no había contado con el aval del "vecindario honrado" del pueblo, aunque sí había logrado la activa intervención de "los Vecinos de la jurisdicción inmediata a esta Plaza", es decir, de su campaña. (105) Al parecer, tanto el desplazamiento del sargento mayor Josef Ignacio Aguirre como la elección de Juan A. Rajoy, "a quien en junta de gente y en el paraje acostumbrado lo hice reconocer por tal", no fueron unánimes sino resultado de una votación dividida: así, mientras algunos "pocos oficiales" eligieron a Sebastián de Almirón, "repitieron a una Voz los Soldados pidiendo por el citado D.n Juan A. Rajoy, quien para aquietar el tumulto que amenazaba el disgusto de la mayor parte del

Pueblo tuvo a bien con perjuicio suyo que admitir el mando". La comunicación de esta situación al teniente gobernador no dejaba lugar a dudas acerca de sus implicancias a futuro: "El Pueblo esta sosegado y quieto, pero en caso de no admitir su aprobación ese Gobierno [a] la elección del Pueblo estaremos expuestos a nuevos acontecimientos pues los Soldados de una Voz protestan no parar en la plaza en caso contrario". (106)

Como vemos, la capacidad del emergente gobierno provincial para imponer al pueblo un comandante era harto limitada, si no completamente nula y, del mismo modo, los vecinos principales habían perdido su capacidad de hacerlo al estar a merced de la voluntad de la tropa y de la población rural. Más aún, la tensión parece haber sido extrema, a juzgar por otros informes según los cuales las tropas habían producido desmanes en el pueblo y habían impuesto "a quien concuerde con sus descaminadas ideas" y, además, lo habían hecho con un "método estrepitoso". (107) Pareciera ser, entonces, que estamos en presencia de la irrupción plebeya en una lucha política local centrada en la disputa por quién sería el comandante del pueblo, la circulación en ese contexto de "descamisadas ideas" y la adopción de un modo de acción colectiva de arraigada tradición: el tumulto, que se expresaba en el "método estrepitoso"(Fradkin, 2008b). Sin embargo, la consolidación del comandante no dependía solo del consenso local o de su reconocimiento por la autoridad superior, sino también de que pudiera convertirse efectivamente en la única autoridad militar de la zona y contener esas "descamisadas ideas": de este modo, fue el propio Rajoy el encargado de suprimir los oficiales naturales de las milicias. (108)

La cuarta situación ocurrió en Maldonado en 1815. En la Provincia Oriental, Artigas impulsó una multiplicación de los cabildos y se dispuso que sus miembros surgieran de "elecciones populares", de las cuales, al parecer, participaban unos pocos vecinos. Aun así, algunas evidencias sugieren que también se estaba afianzando el carácter electivo de los comandantes. De este modo, en 1815 en Maldonado una "junta de vecinos" procedió a elegir tanto al comandante militar como al Cabildo, en una elección dividida y resuelta a pluralidad de votos. (109) Sin embargo, a mediados de año una decena de "Vecinos Americanos" se presentaron a la sala capitular y en "nombre del Pueblo" revocaron la designación del comandante (110) a quien acusaban de ser "un déspota elegido por el bajo partido de los enemigos de nuestro Amado Suelo" y procedieron a reemplazarlo por un "benemérito ciudadano" a quien describían como "hijo de esta misma ciudad". (111) No era solo el comandante quien requería ratificación vecinal: poco más tarde, el comisionado del partido debió

reunir a los vecinos para que “a una voz” lo ratificaran. (112)

¿Qué muestran estas situaciones? Parecen no dejar dudas de que muchas designaciones de comandantes surgían de algún tipo de elecciones, las cuales incluso podían no ser unánimes sino resueltas a pluralidad de sufragios. Resulta claro también que en ocasiones las tropas podían intervenir activamente en estos actos electorales, no solo a través de sus sufragios sino, sobre todo, convalidando a los electos por “aclamación” y “a una voz”. A su vez, puede advertirse que estas situaciones no ocurrían solo en pueblos con cabildos ni necesariamente a través de ellos. Por último, puede reconocerse un cierto patrón: las tensiones internas que corroían la cohesión de los vecindarios de los pueblos creaban condiciones propicias para la intervención de otros actores, tanto de la tropa como de los paisanos de las campañas, donde, por otra parte, se las reclutaba mayoritariamente. En este sentido, las disputas abiertas por elegir a los comandantes que gobernarían los pueblos venían a expresar no solo el impacto de la masiva movilización armada de la población rural, sino también las disputas por incluirse en los inciertos y emergentes sistemas políticos.

Conclusión

Estas evidencias permiten situar en un contexto más amplio, más denso y más conflictivo la irrupción de las nuevas prácticas electorales que la historiografía reciente ha puesto en evidencia. Lamentablemente, todavía es poco lo que se sabe en relación con la forma en que ellas se desarrollaron en ese Litoral que era escenario privilegiado de una situación de guerra permanente y violencia generalizada: al respecto, solo puede decirse que la inclusión de grupos rurales al cuerpo electoral fue muy limitada y a la vez muy resistida por las elites urbanas. Mucho menos, por cierto, de lo que se conoce para Buenos Aires, donde se ha comprobado que la participación de la población rural en los actos electorales –desde 1813 al menos– fue bastante amplia y tendió a exceder los grupos sociales reconocidos como parte de la “vecindad”. De este modo, se ha podido comprobar que en las “elecciones populares” para elegir a los integrantes del Cabildo de la villa de Luján participaron ciento treinta y cinco vecinos y, a pesar de lo reglamentado, varios de ellos eran menores de edad y jornaleros, y que la participación electoral en pueblos que no contaban con Cabildo –como Areco o San Nicolás– fue incluso más numerosa (doscientos veintiocho o trescientos treinta y uno, respectivamente): en cada uno de ellos el número de votantes alcanzaba la magnitud de toda la ciudad, con una población infinitamente menor. También se pudo registrar que casi todas estas

elecciones se resolvieron “a pluralidad de sufragios”, de manera que el animismo característico de las elecciones rurales no era una condición originaria del voto rural sino una construcción política posterior (Ternavasio, 2002; Garavaglia, 2005; Galimberti, 2012).

Sin embargo, esta participación electoral mucho más amplia en la campaña bonaerense no impidió que en ella también proliferaran iniciativas de los vecindarios rurales para intervenir en la designación de los comandantes militares que los gobernaban, aunque aquí el gobierno parece haber estado en mejores condiciones para limitarla, salvo en momentos críticos como los vividos durante el convulsionado año de 1820 y a costa de suprimir buena parte de esas comandancias. (113)

A diferencia de lo que sucedía en la campaña bonaerense, los datos disponibles para la Banda Oriental indican una notable restricción del cuerpo electoral rural a los reducidos núcleos vecinales: así, el número de votantes fue extremadamente limitado en 1813 en la elección de capitulares de Santo Domingo Soriano, donde solo votaron treinta y siete “Ciudadanos del Pueblo”, y en 1816, para las elecciones en San Carlos intervinieron treinta y nueve; en Minas, treinta y cinco, y en Rocha solamente ocho vecinos (Frega Novales, 2007). Mientras tanto, hacia 1814 en Corrientes el número de firmantes de las actas electorales labradas para la elección de diputados al Congreso Provincial fue igualmente reducido, aunque extremadamente variado (desde un mínimo de siete en el pueblo de Saladas hasta un máximo de sesenta en el poblado de Riachuelo), y aquí también varias de estas elecciones fueron resueltas “a pluralidad de votos”. (114) Aunque desgraciadamente muy limitados, estos pocos datos sugieren una conclusión: es probable que la participación en la elección de comandantes haya sido en muchos pueblos tan amplia como la que se producía para las elecciones formales y en otros, incluso mucho mayor.

Pero, además, algo le asignaba a la elección de los comandantes un significado mayor: salvo en el caso de “elecciones populares” para integrar los cabildos, las elecciones de diputados no implicaban una directa modificación del gobierno local. En cambio, las disputas por la elección y/o convalidación de los comandantes era el modo de resolver el gobierno inmediato y cotidiano de los pueblos y los partidos rurales.

Vista la cuestión con una perspectiva histórica más amplia, conviene subrayar que la construcción de los sistemas políticos representativos desde la década de 1820 no incluyó la resolución por vía electoral del gobierno de los pueblos. Por el contrario, en Entre Ríos, Corrientes o el Uruguay, la arquitectura institucional adoptada buscó combinar un sistema más o menos representativo a escala

provincial con una división de los territorios en departamentos a cargo de comandantes militares designados por el poder ejecutivo provincial (Buchbinder, 2008). Desde este punto de vista, la demanda y la puja social desplegadas durante la década revolucionaria por tornar electivos a los comandantes de los pueblos pueden ser vistas como una expresión del proceso de movilización política de la población rural, así como de diseminación del "derecho a la revolución" y del "principio del consentimiento" en los cimientos mismos de la sociedad; en consecuencia, la noción del "ciudadano en armas" había arraigado desde un comienzo muy firmemente en las poblaciones rurales y no parece que pueda explicarse como producto de una lenta difusión desde las ciudades y desde las elites urbanas. Era parte constitutiva de la llamada "revolución territorial", pero la experiencia del Litoral muestra que ella no puede atribuirse a la influencia de la Constitución gaditana. Este registro nos advierte que las fértiles experiencias de la era revolucionaria en los pueblos del Litoral rioplatense no solo no supusieron la anulación de tradiciones arraigadas sino que, por el contrario, parecen haber implicado una reutilización selectiva, creativa y productiva, que permitió la emergencia de una forma de acción colectiva perdurable (el "pronunciamiento" de los pueblos) y un tipo y un estilo de liderazgo local, aquel que resumía la condición política y militar.

Sin embargo, resultó una experiencia históricamente derrotada: cuando se analiza la configuración de las entidades estatales posrevolucionarias se advierte que no solo no contemplaron la posibilidad de tornar electivos los cargos de comandantes de los pueblos, sino que además implicaron la disolución de los cabildos existentes en ciudades, pueblos y reducciones. De este modo, las provincias que emergían invocando sus derechos de autonomía frente al poder central (y frente a otras provincias) se construyeron intentando anular las aspiraciones y las prácticas autonómicas de los pueblos. Como puede advertirse, no todo era nuevo en esta arquitectura institucional: esos departamentos suponían una fusión del "gobierno político y militar" de indisimulable matriz borbónica, pero revitalizada, reformulada y puesta en entredicho durante la experiencia revolucionaria.

Bibliografía

AGN (1900-1903), *Partes oficiales y documentos relativos a la guerra de independencia argentina*, Buenos Aires, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.

Aninno, Antonio (1995), "Cádiz y la revolución territorial de los pueblos mexicanos, 1812-1821", en Antonio Annino (coord.),

Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX. De la formación del espacio político nacional, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 177-226.
— (1999), "Ciudadanía versus gobernabilidad republicana en México. Los orígenes de un dilema", en Hilda Sábato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, pp. 62-116.
Artigas, José Gervasio (1965), *Archivo Artigas*, t. VI, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1967), *Archivo Artigas*, t. VIII, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1969), *Archivo Artigas*, t. X, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1974), *Archivo Artigas*, t. XI, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1976), *Archivo Artigas*, t. XIV, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1981a), *Archivo Artigas*, t. XIX, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1981b), *Archivo Artigas*, t. XX, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1990), *Archivo Artigas*, t. XXIII, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (1997), *Archivo Artigas*, t. XXIX, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
— (2000), *Obra selecta*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
— (2003), *Archivo Artigas*, t. XXXIV, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.
Avellaneda, Mercedes y Lía Quarleri (2007), "Las milicias guaraníes en el Paraguay y el Río de la Plata: alcances y limitaciones (1649-1756)", *Estudos Ibero-Americanos*, vol. XXXIII, nº 1, pp. 109-132.
Azara, Félix de (1847), *Descripción é historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Madrid, Sanchiz Azara, t. I, pp. 345-346. Disponible en <www.cervantesvirtual.com>; último acceso: 16/10/2014.
Belgrano, Manuel (1914), "Reglamento para los pueblos de las Misiones", en *Documentos del archivo de Belgrano*, Buenos Aires, Museo Mitre, t. III, pp. 122-128.
— (2001), *Epistolario belgraniano*, Buenos Aires, Emecé.
Benencia, Julio A. (1973), *Partes de batalla de las guerras civiles, 1814-1821*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 3 vols.
Beraza, Agustín (1967), *El pueblo reunido y armado*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.

Beruti, Juan Manuel (2001), *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé.
Biondino, Claudio (2006), "El levantamiento 'patriótico' de Bartolomé Zapata en 1811: ¿caudillismo tradicional o forma de expresión del poder local entrerriano entre el orden colonial y la revolución?", *Memoria Americana*, nº 14, pp. 9-35.
Buchbinder, Pablo (2008), "De la letra de la constitución a la realidad de las prácticas: formas de construcción del estado y la ciudadanía en tres estados rioplatenses durante la primera mitad del siglo XIX", *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 65, nº 1, pp. 175-197.
Chiaramonte, José C. (2000), "Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 22, pp. 33-72.
— (2010), *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias. Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica*, Buenos Aires, Teseo.
Di Meglio, Gabriel (2006), *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Djenderedjian, Julio C. (2003), "Construcción del poder y autoridades locales en medio de un experimento de control político: Entre Ríos a fines de la época colonial", *Cuadernos del Sur. Historia*, nº 32, pp. 171-194.
— (2004), "¿Un aire de familia? Producción ganadera y sociedad en perspectiva comparada: las fronteras rioplatenses a inicios del siglo XIX", *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, nº 41, pp. 247-274.
Doblas, Gonzalo de (1836 [1785]), "Memoria histórica, geográfica, política y económica sobre la Provincia de Misiones de indios guaranis", en Pedro de Angelis (ed.), *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, t. 3, pp. 42-43; disponible en <www.archive.org>; último acceso: 16/10/2014.
Fradkin, Raúl O. (2001), "¿'Fascinerosos' contra 'cajetillas'? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales", *Illes i Imperis*, nº 5, pp. 5-33.
— (2008a), "La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816", en Beatriz Bragoni y Sara Mata (comps.), *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 169-192.
— (2008b), "Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829): un ejercicio de exploración", en Raúl O. Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos

Aires, Prometeo Libros, pp. 27-66.
— (2009), "Tradiciones militares coloniales. El Río de la Plata antes de la revolución", en Flavio Heinz (comp.), *Experiências nacionais, temas transversais: subsídios para uma história comparada da América Latina*, São Leopoldo, Oikos, pp. 74-126.
— (2010a), "Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense", en Susana Bandieri (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, AAHE-Prometeo Libros, pp. 167-214.
— (2010b), "La revolución en los pueblos del litoral rioplatense", *Estudos Ibero-Americanos*, vol. 36, nº 2, pp. 242-265.
— (2014), "La revolución, los comandantes y el gobierno de los pueblos rurales. Buenos Aires, 1810-1822", *Historia Crítica*, nº 53, pp. 35-59.
Fradkin, Raúl O. y Silvia Ratto (2008a), "Conflictividades superpuestas. La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe en la década de 1810", *Boletín Americanista*, nº 58, pp. 273-293.
— (2008b), "Territorios en disputa. Liderazgos locales en la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1815-1820)", en Raúl O. Fradkin y Jorge Gelman (comps.), *Desafíos al orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Rosario, Prohistoria Ediciones, pp. 37-60.
— (2009), "Desertores, bandidos e indios en las fronteras de Buenos Aires, 1815-1819", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, nº 75, pp. 13-41.
Frega Novales, Ana (2000), "Pertenencias e identidades en una zona de frontera. La región de Maldonado entre la revolución y la invasión lusitana (1816-1820)", *La Gaceta. Revista de la Asociación de Profesores de Historia del Uruguay*, nº 16, pp. 3-19.
— (2007), *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia a la ocupación portuguesa*, Montevideo, Banda Oriental.
Galimberti, Vicente Agustín (2012), "La unanimidad en debate. Los procesos electorales en la campaña de Buenos Aires entre 1815 y 1828", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani",* nº 37, pp. 85-114.
Garavaglia, Juan Carlos (2005), "Elecciones y luchas políticas en los pueblos de la campaña de Buenos Aires: San Antonio de Areco (1813-1844)", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 27, pp. 49-74.
Goldman, Noemí (ed.)(2008), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Goldman, Noemí y Gabriel Di Meglio (2008), "Pueblo/Pueblos", en

Noemí Goldman (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 131-144.
Guardino, Peter (2001), *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero, 1800-1857*, Chilpancingo, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero.
Halperin Donghi, Tulio (1972), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.
— (1978), "Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815", en Tulio Halperin Donghi (comp.), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 121-157.
Instituto Belgraniano Central (2003), *Documentos para la historia del general don Manuel Belgrano*, t. IV (1811-1812), Buenos Aires, El Instituto.
Lamas, Andrés (1849), *Colección de memorias y documentos para la historia y la geografía de los pueblos del Río de la Plata*, Buenos Aires, Comercio del Plata, t. I, pp. 89-100.
Maeder, Ernesto (1976), "La población del litoral argentino según la breve relación geográfica y política de la gobernación del Río de la Plata (1760)", *Folia Histórica del Nordeste*, nº 2, pp. 129-176.
Moraes, María Inés (2008), *La pradera perdida. Historia y economía del agro uruguayo: una visión de largo plazo, 1760-1970*, Montevideo, Linardi y Risso.
Ortiz Escamilla, Juan (1997), *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
Salinas Sandoval, María del Carmen, Diana Birrichaga Gardida y Antonio Escobar Ohmstede (coords.) (2011), *Poder y gobierno local en México, 1808-1857*, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense-El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma del Estado de México.
Suárez, Teresa y María Laura Tornay (2003), "Poblaciones, vecinos y fronteras rioplatenses. Santa Fe a fines del siglo XVIII", *Anuario de Estudios Americanos*, vol. LX, nº 2, pp. 521-555.
Ternavasio, Marcela (2002), *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Thibaud, Clément (2003) *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, IFEA-Planeta.
— (2005), "Formas de guerra y mutación del ejército durante la guerra de independencia en Colombia y Venezuela", en Jaime O. Rodríguez (coord.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, México, Mapfre, pp. 339-364.
Van Young, Eric (2006), *La otra rebelión. La lucha por la independencia*

de México, 1810-1821, México, Fondo de Cultura Económica.
Wilde, Guillermo (2009), *Religión y poder en las misiones guaraníes*, Buenos Aires, SB.

71. Por razones más que evidentes, la historiografía de la experiencia histórica novohispana tiene en esta cuestión un desarrollo particularmente consistente. Entre otros, véanse Aninno (1995; 1999), Guardino (2001), Ortiz Escamilla (1997) y Van Young (2006). Más recientemente, Salinas Sandoval, Birrichaga Gardida y Escobar Ohmstede (2011). La cuestión, sin embargo, excede por completo la singular experiencia novohispana y, como se ha señalado para las experiencias de Nueva Granada y Venezuela, prestar renovada atención a las implicancias de las guerras permite analizar cómo su dinámica fue transformando su misma naturaleza, sus marcos políticos de encuadramiento, las formas de llevarlas adelante y su misma capacidad para reformular las tensiones sociales preexistentes, crear nuevas líneas divisorias y coagular novedosas identidades colectivas (Thibaud, 2003; 2005).

72. Son de consulta imprescindible al respecto, Frega Novales (2007) y Wilde (2009).

73. Para la economía misionera, véase Moraes (2008).

74. Blas Pico al gobierno, Concepción, 5 de septiembre de 1814, en Artigas (1981a: 218-220).

75. “Oficio del barón de Holmberg. Bajada del Paraná, 17 de mayo de 1814”, en Benencia (1973, vol. 1: 8).

76. Gazeta de Buenos Aires, 7 y 10 de diciembre de 1811; Beruti (2001: 191).

77. Manuel Belgrano a José de San Martín, Tucumán, 26 de setiembre de 1817, en Belgrano (2001: 336-337).

78. Manuel de Sarratea al jefe del Estado Mayor, Arroyo de la China, 3 de setiembre de 1812, en Artigas (1969: 156); Manuel de Sarratea al gobierno, Concepción del Uruguay, 12 de septiembre de 1812, en Artigas (1969: 168).

79. En adelante, en las citas textuales se reproduce la grafía original. [N. de E.]

80. Vecinos de Gualeguaychú a Artigas, 14 de abril de 1812, en Artigas (1967: 63-64).

81. El comandante militar José Ventura Quintán a Artigas, Villa Concepción del Uruguay, 22 de diciembre de 1811, en Artigas (1965: 169-177).

82. Memorial de los vecinos de la capilla de Mercedes, Mercedes, 7 de mayo de 1811, doc. n° 81, en Instituto Belgraniano Central (2003: 149-151).

83. Memorial de los oficiales del ejército de la Banda Oriental, Colla, 8 de mayo de 1811, doc. n° 82, en Instituto Belgraniano Central (2003: 151-152).

84. Miguel Estanislao Soler a la Junta, Santo Domingo Soriano, 5 de abril de 1811, en Archivo General de la Nación (AGN) (1900-1903, t. 1: 65-69).

85. Nicolás de Vedia a Manuel de Sarratea, Concepción del Uruguay, 7 de octubre de 1812, en “Memoria del Sr. Jeneral D. Nicolás de Vedia, sobre la proyectada retirada del ejército destinado al sitio de Montevideo en 1812, sobre la deposición de su Jeneral en Jefe D. Manuel de Sarratea, en 10 de Enero de 1813”, en Lamas (1849: 92).

86. Para la influencia del iusnaturalismo y la centralidad absoluta del principio del consentimiento, véase Chiaramonte (2000; 2010).

87. Gobierno a Santos Lima, Buenos Aires, 13 de enero de 1815, en Artigas (1981b: 112). Viana a Valdenegro, 21 de febrero de 1815, en Artigas (1981b: 200).

88. Gazeta Ministerial del Gobierno de Buenos Ayres, 29 de enero de 1813.

89. Gobierno a Santos Lima, en Artigas (1981b: 112). Viana a Valdenegro, en Artigas (1981b: 200).

90. Gaceta de Buenos Aires, 8 y 18 de marzo de 1811. Artigas al gobierno Salto Chico, 24 de enero de 1812, en Artigas (1967: 49). Esta participación de vecinos destacados y hacendados importantes en los comienzos de la insurgencia había sido señalada por el propio Artigas (José Artigas a la Junta Gubernativa del Paraguay, Daymán, 7 de diciembre de 1811, en Artigas, 2000: 5-14) y resaltada por Lucía Sala de Touron (Artigas, 2000: XXX-XXXI).

91. Informe de Juan C. Wright de los sucesos en el pueblo de Gualeguay, Villa de Gualeguay, 17 de mayo de 1814, en Artigas (1981a: 90).

92. Un análisis detallado de las peculiares condiciones de la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe que explican estas situaciones, en Fradkin y Ratto (2008b).

93. Representación del vecindario de Coronda al Gobierno, San Nicolás, 20 de agosto de 1818, en AGN, Guerra, X-10-5-1.

94. Bergara aparece en el listado de oficiales reformados que fueron dados de baja en febrero de 1822: “Reforma de la clase militar”, Buenos Aires, 28 de febrero de 1822, en Registro Oficial de Buenos Aires. Año de 1822, p. 82.

95. AGN, sucesión nº 7372, f. 42-42v. Véase un análisis de este conflicto en Fradkin (2001).

96. “Oficio de Artigas a Domingo Manduré, comandante de Salto Chico, Paso de la Arena, 14 de febrero de 1813”, en Artigas (1969: 327); Bernardo Pérez Planes al gobierno, Cuartel de Yapeyú, 5 de marzo de 1813, en Artigas (1974: 294-295); Hilarión de la Quintana al gobierno, Concepción del Uruguay, 13 de abril de1813, en Artigas (1974: 313-315); Pablo Areguatí al gobierno, Buenos Aires, 13 de junio de 1814, en Artigas (1981a: 126-128).

97. Bernardo Pérez Planes al gobierno, cuartel de Yapeyú, 5 de marzo de 1813, en Artigas (1974: 295-297).

98. José Rondeau al gobierno, Arroyo Seco, 12 de junio de 1813, en Artigas (1974: 337-338).

99. Representación del pueblo de Gualeguay al Gobernador Intendente, Villa de Gualeguay, 11 de enero de 1813, en AGN, División Gobierno Nacional, Guerra, enero 1815, X-8-4-6. Agradezco a Agustín Galimberti por esta referencia.

100. “Oficio del comandante de la Bajada del Paraná Juan Antonio de la Torre al teniente gobernador D.n Luciano Montes de Oca, Santa Fe, 22 de febrero de 1814”, en Benencia (1973, vol. 1: 5-6).

101. Fray Cayetano Amaro a Gervasio Posadas. Santa Fe, mayo de 1814, en Artigas (1976: 246-247). Copia de un oficio sobre los sucesos de la Bajada del 23 de mayo de 1814, en Artigas (1976: 286). Fray Amaro a Gervasio Posadas, Santa Fe, 28 de mayo de 1814, en Artigas (1976: 291).

102. Eustaquio Díaz Vélez a Posadas, Santa Fe, 3 de junio de 1814, en Artigas (1976: 293-294).

103. Eustaquio Díaz Vélez al Director, Santa Fe, 12 de junio de 1814, en Artigas (1981a: 122-123).

104. Díaz Vélez al Director. Santa Fe, 23 de julio de 1814, en Artigas (1981a: 152).

105. José G. Casco al Teniente Gobernador Interino Juan B. Méndez, Cuartel de San Roque, 30 de marzo de 1814, en Artigas (1976: 177-178); José Vedoya a Juan B. Méndez, San Roque, 8 de abril de 1814, en Artigas (1981a: 25-27).

106. José G. Casco al Teniente Gobernador Interino Juan B. Méndez, Cuartel de San Roque, 30 de marzo de 1814, en Artigas (1976: 177-178).

107. José Vedoya a Juan B. Méndez, San Roque, 8 de abril de 1814, en Artigas (1981a: 25-27).

108. Juan A. Rajoy a Juan B. Méndez, San Roque, 19 de febrero de 1816, en Artigas (1997: 156).

109. Paulino Núñez a Fernando Ortogués, Maldonado, 5 de mayo de 1815, en Artigas (1990: 169).

110. Cabildo de Maldonado a Manuel Rodríguez, Maldonado, 15 de junio de 1815, en Artigas (1990: 171-172).

111. Vecinos de Maldonado al Gobernador Político y Militar de Montevideo, Maldonado, 16 de junio de 1815, en Artigas (1990: 172-175).

112. El comisionado Manuel Núñez Terra al alcalde de Maldonado Vicente Rodríguez, Rincón de José Ignacio, 7 de noviembre de 1818, en Artigas (2003: 213). Para un análisis de la sociedad local y su conflictividad social y política, véase Frega Novales (2000).

113. Para un análisis detallado, véase Fradkin (2014).

114. Estas actas electorales pueden consultarse en Artigas (1981a: 75, 76-78, 81-82, 85, 91-92, 94-96 y 101-102).

CAPÍTULO 6

LAS GUERRAS CIVILES RIOPLATENSES: VIOLENCIA ARMADA Y CONFIGURACIONES IDENTITARIAS (1814-1852)

Alejandro M. Rabinovich

En la historiografía argentina el término "guerras civiles" suele hacer referencia a un vastísimo conjunto de conflictos armados que tuvieron lugar entre los años 1814 y 1880. Las luchas así agrupadas son muy heterogéneas, ya sea desde el punto de vista de los actores involucrados, sus motivaciones, sus identidades o sus métodos de lucha. Desde los Pueblos Libres de Artigas hasta los Guardias Nacionales de Tejedor, pasando por las diversas campañas entre "unitarios" y "federales", a favor o en contra de Rosas y entre la Confederación Argentina y el estado de Buenos Aires, por no mencionar un sinnúmero de choques interprovinciales difíciles de clasificar, las diferencias son profundas y llevan a dudar de la potencia descriptiva misma de la "guerra civil" como categoría.

En realidad, en nuestra historiografía se ha hablado de guerras civiles por la negativa, como una manera cómoda de describir todos aquellos enfrentamientos bélicos que no encajaban dentro de las guerras supuestamente "internacionales" (la guerra de la Independencia, la de Brasil, con la Confederación Perú-Boliviana, la del Paraguay…) y de la llamada "guerra contra el indio" (la cual, a su vez, encierra en realidad una multiplicidad de situaciones muy diversas), para agrupar así una serie de luchas motivadas por factores políticos e ideológicos que tendrían lugar dentro de la nación. ¿Esta manera de clasificar los conflictos del siglo XIX es legítima? ¿Acaso la guerra de la Independencia no fue un conflicto civil en el interior de la nación española? ¿Los *gaúchos* de Río Grande del Sur eran para los paisanos orientales de 1827 más extranjeros que los porteños? ¿En qué medida la Confederación Argentina y la Confederación Perú-Boliviana de 1836 representaban a naciones enfrentadas? ¿La guerra del

Paraguay es escindible de los poderosos levantamientos de montoneras ocurridos bajo el signo federal?

Se entiende: el problema radica en querer aplicar al contexto rioplatense posrevolucionario las categorías propias de un concierto de naciones europeas estabilizado, cuando lo que estaba en juego en las luchas sudamericanas del siglo XIX era justamente el contenido, los límites y la naturaleza de las nuevas naciones a construir sobre las ruinas del imperio colonial. No existía en 1814, ni en 1850 ni en 1861 una nación argentina consolidada que sirviese de marco de referencia a los habitantes del antiguo Virreinato del Río de la Plata. Tomar las fronteras de la actual República Argentina y proclamar, retrospectivamente, que todo conflicto dentro de ellas fue una guerra civil, implica una visión esencialista que bloquea toda capacidad de comprensión histórica. (115)

En este trabajo nos proponemos recorrer el camino contrario. En vez de asumir la existencia de una nación sacudida por luchas intestinas, hemos de interrogar a los actores de los conflictos "civiles" del siglo XIX respecto de la móvil, trabajosa y contradictoria construcción de las identidades en lucha y, más particularmente, respecto de los modos en que estas identidades permitían justificar la violencia armada. Esta cuestión no es menor, puesto que las actitudes frente a la violencia organizada constituyen uno de los principales indicios que permiten diferenciar los conflictos realmente civiles de aquellos en que los combatientes creen estar haciendo frente a un "extranjero", a un "otro" radical.

La relación entre el tipo de violencia ejercido y el carácter civil o internacional del conflicto en cuestión está inscripta muy profundamente en la manera occidental de pensar la guerra. En lo que puede ser tenido como el origen de la idea de "guerra civil", Platón distinguía la guerra dentro de la polis o entre ciudades griegas (*stasis*: guerra civil, discordia, conflicto interno) de la guerra propiamente dicha en que los griegos se enfrentaban al extranjero o bárbaro (*polemos*: guerra exterior, conflicto internacional). Mientras que la segunda era un conflicto natural en que la violencia podía ser desencadenada sin limitación alguna, la guerra civil era un conflicto antinatural, una aberración, una enfermedad del cuerpo político en que hermanos y parientes se enfrentaban de manera autodestructiva. En estos conflictos era esencial limitar el uso de la violencia sin llegar a arrasar los campos ni incendiar las casas de los vencidos, sin esclavizar a los prisioneros ni violentar a mujeres y niños, de tal manera que, concluida la discordia, pudiese efectuarse la reconciliación de los compatriotas. (116)

Ahora bien, esta visión limitada de la guerra civil constituye más una expresión de deseos que una constatación de la realidad, tanto en

la Grecia antigua como en las guerras civiles de períodos posteriores. En la práctica, mientras que los conflictos internacionales entre Estados y entre ejércitos de línea han tendido a regularse gracias a la aplicación de algún tipo de derecho de guerra y convenciones aceptadas por las partes (desde la declaración formal del inicio y cese de las hostilidades hasta las normativas sobre trato de prisioneros, utilización de uniformes, limitación del armamento, etc.), las guerras civiles se han mantenido mayormente al margen de la legislación internacional y, por tanto, han conocido picos de brutalidad extraordinarios. Lo que en primera instancia parece paradójico –la mayor violencia de los conflictos ocurridos dentro de una nación– es muchas veces explicado por el odio sectario, la irregularidad de las formas de combate, la falta de distinción clara entre combatientes y no combatientes y la puesta en cuestión del orden legal e institucional vigentes. (117)

Para el Río de la Plata, el problema puede ser puesto en los siguientes términos. La población hispanoamericana del virreinato había conocido, a lo largo del siglo XVIII y principios del XIX, una serie de conflictos armados con los vecinos portugueses, con los pueblos indígenas y con los invasores británicos. En todas esas experiencias militares, algunas de ellas muy intensas, la sociedad local se había enfrentado a un otro cultural y social claramente delimitado por barreras lingüísticas, religiosas o étnicas. Si existió alguna novedad en las guerras del XIX es que esa distinción dejó de ser tan clara y tan obvia, puesto que la mayor parte de la lucha armada pasó a desarrollarse entre pobladores hispanoamericanos del antiguo virreinato. Y sin embargo, la guerra se volvió entonces permanente, cruenta, devastadora, conociendo explosiones de violencia difíciles de comparar con las experiencias anteriores. ¿Cómo se explica la aparición de tal auge de agresividad justo cuando menguaron las amenazas externas? ¿Las guerras civiles fueron vividas como tales por sus protagonistas? Y si lo fueron, ¿de qué manera se justificó la violencia ejercida sobre quien en principio era visto como un hermano? O, en otras palabras, ¿de qué manera se conformó en cada conflicto la imagen del adversario, y en qué medida esta construcción habilitó la prosecución de determinadas formas de guerra?

Entender, pese al horror de la lucha armada, la lógica de la violencia según sus actores es comenzar a entender las condiciones de posibilidad de la paz en medio de las más graves turbulencias político-sociales. Por limitaciones obvias de espacio, para explorar estas cuestiones el presente capítulo analizará tres ciclos de luchas civiles: 1814-1821, 1826-1831 y 1838-1852. Sin agotar de ninguna manera el desarrollo de los conflictos civiles del siglo XIX, los episodios considerados permiten delinear las configuraciones principales del

fenómeno estudiado.

Primer ciclo: los Pueblos Libres contra el Directorio (1814-1821)

El inicio de las guerras civiles rioplatenses se ubica convencionalmente en 1814, con el desarrollo de una serie de conflictos entre el gobierno de Buenos Aires y los del Litoral (especialmente Artigas) que se habrían desarrollado en paralelo con la guerra de la Independencia hasta provocar el colapso del Estado central. En la práctica, sin embargo, la dificultad de distinguir ambas luchas es grande. En un espacio revolucionado como el de la Banda Oriental, en un período de cortos meses las divisiones de Artigas podían batirse alternativamente contra tropas de Buenos Aires, de Montevideo o de Río Grande del Sur. Siguiendo las clasificaciones estandarizadas, el primer choque formaría parte de la guerra civil, el segundo entraría en la guerra de Independencia y el tercero sería el inicio del conflicto internacional con Portugal. ¿Tiene sentido mantener tales distinciones? ¿Nos enseñan algo respecto de la lucha llevada a cabo por los orientales?

Evidentemente, la realidad es más compleja. Tras la crisis abierta por la Revolución de Mayo y los primeros escarceos entre partidarios de la junta de Buenos Aires y las autoridades metropolitanas, el Alto Perú y la Banda Oriental se transformaron en focos de guerra permanente. El primero desestabilizó por completo las provincias del noroeste hasta el Tucumán, mientras que el segundo hizo sentir su influencia sobre todo el Litoral. Las fuerzas de línea reclutadas por el frágil gobierno revolucionario eran insuficientes para atender exitosamente estos dos frentes simultáneos, de modo que se toleró primero y se promovió después la movilización armada de la población rural de los dos teatros de operaciones. Estos sectores se organizaron en función de la estructura de poder local, por lo que las plazas de oficial recayeron principalmente en antiguos oficiales de las milicias, en notables civiles y en propietarios medianos y grandes de los medios de producción. (118)

Con el apoyo de estas fuerzas locales, los ejércitos patriotas conocieron algunos éxitos iniciales, pero debieron replegarse tras la invasión lusitana de la Banda Oriental y los sucesivos desastres militares en el Alto Perú (Huaqui, Vilcapugio, Ayohuma, Sipe-Sipe). Quedaron entonces en manos del enemigo amplísimas provincias, cuyos pueblos en armas, para escapar a las represalias de realistas y portugueses, debieron recurrir a una combinación de migraciones masivas y guerras de guerrilla.

Esta nueva fase del combate trastocó las economías regionales,

amenazó seriamente el orden social y radicalizó notablemente el enfrentamiento. Lo que había comenzado como una disputa por la redefinición de la soberanía política tras la caída de Fernando VII se combinó a partir de entonces con una lucha más inmediata de las comunidades indígenas y campesinas por su mera supervivencia. El enemigo principal eran ahora las requisiciones, los saqueos y las exacciones mandadas por los diversos gobiernos de ocupación y ejecutadas por sus ejércitos. El objetivo de la acción armada era menos la posición del adversario que la protección de la propia cosecha o del propio ganado. En este contexto, ¿qué diferencia podía existir entre la presión ejercida sobre la sociedad local por el ejército peruano, el lusitano o el de Buenos Aires? Los tres constituían elementos extraños que generaban un enorme sufrimiento y competían con la población rural por recursos cada vez más escasos. Solo dentro de este nuevo marco de lucha puede entenderse el surgimiento de lo que se llamó "la guerra civil" (Fradkin, 2009).

El conflicto entre los pueblos en armas y los ejércitos de Buenos Aires, latente durante el repliegue de estos últimos, se manifestó con fuerza desde que las armas de la patria volvieron a avanzar. En el caso oriental, las tensiones entre Artigas y el gobierno central se habían hecho sentir por primera vez cuando Buenos Aires decidió levantar el sitio de Montevideo en 1811, pactó con Elío y cedió toda la campaña a los lusitanos. Los orientales que se habían manifestado por la causa de la revolución debieron trasladarse a Entre Ríos, continuando la lucha en condiciones muy desiguales. Luego, en combinación con las tropas regulares del ejército patriota, lograron reocupar la campaña oriental hasta restablecer el sitio de Montevideo, pero las diferencias políticas entre el líder oriental y el gobierno de Buenos Aires se incrementaron a lo largo de 1813: Artigas exigía a la Asamblea General una política más decidida en pos de la independencia y una organización más federal del Estado.

Al mismo tiempo, lo que estaba en juego era el rol y el estatus de los pueblos en armas dentro de la revolución. Hasta el momento, las divisiones orientales habían jugado un papel protagónico en la lucha contra realistas y lusitanos, recuperando el control del territorio y dándose por jefe militar a Artigas. Desde la perspectiva de sus integrantes, entonces, el ejército de línea enviado por Buenos Aires era un "auxiliar" bienvenido que debía ayudarlos a romper la resistencia de Montevideo, pero de ningún modo un ejército "libertador", puesto que se habían liberado ellos mismos, chuza en mano. En cambio, para el gobierno porteño las fuerzas milicianas o irregulares locales no eran más que un auxiliar del ejército de línea, verdadero actor de la guerra de Independencia, por lo que debían someterse estrictamente a los dictados de sus generales, en este caso, el muy resistido Sarratea.

Antes de la ruptura, los oficiales artiguistas, sintetizando a la perfección el nudo del problema, le pedían al gobierno revolucionario que declarase de una buena vez su posición: “si el pueblo de Buenos-ayres quiere destruir por si la tirania en los pueblos de la America, y constituirlos según su modo, ó si presenta un auxilio á lo pueblos, con el que reclamen su libertad, y puedan constituirse”. (119) Como se ve, al momento de iniciarse la guerra civil los jefes orientales –y buena parte de sus contemporáneos– estaban lejos de hacer referencia a una nación rioplatense común. Lo que existía tras la disolución del imperio español era una multiplicidad de pueblos, todos ellos dotados de soberanía y, por ende, del derecho de guerra. Los pueblos americanos eran naturalmente hermanos, y al de Buenos Aires le correspondía el honor de haber protagonizado la Revolución de Mayo, pero de ninguna manera esa primacía podía traducirse en un nuevo imperio sobre los pueblos vecinos. Las Provincias Unidas eran una forma de organizar el Estado, no la expresión automática de una nación. Para que las Provincias Unidas existiesen realmente, los pueblos, que le eran preexistentes debían dar su aprobación expresa (Goldman y Di Meglio, 2008).

Tras meses de una guerra sorda en que las tropas orientales hostilizaron a las partidas sueltas del ejército porteño evitando que extrajesen recursos de la campaña, la confrontación terminó de estallar durante la noche del 20 de enero de 1814, cuando Artigas decidió retirarse de la línea sitiadora de Montevideo, seguido por la mayor parte de las tropas orientales. Sin derramar una gota de sangre, la partida de Artigas significó un golpe fenomenal para el ejército patriota, que quedaba expuesto a un ataque realista. El Directorio respondió brutalmente: Artigas fue declarado infame, fuera de la ley y enemigo de la patria. Todo aquel que lo siguiese era igualmente traidor a la patria y debía ser fusilado dentro de las veinticuatro horas de ser apresado. (120)

Los primeros grandes combates entre los partidarios de Artigas y las tropas del Directorio tuvieron lugar en Corrientes y en Entre Ríos (Schmit, 2004; Fradkin, 2010). Allí la causa de los orientales era ampliamente sostenida por los sectores populares: una serie de levantamientos venían teniendo lugar desde mediados de 1813. Los informes del gobierno y sus oficiales hablaban de turbas desordenadas de bandidos e indígenas que se presentaban en cada pueblo, sometían a los guardias, exigían el reconocimiento de la autoridad de Artigas y procedían al saqueo ante la menor resistencia. Los más dramáticos hablaban de torturas y de templos saqueados por salvajes al grito de “mueran todos los hombres blancos”. (121)

En realidad, el alzamiento federal del Litoral estuvo muy lejos de la invasión salvaje que denuncia el gobierno. Los documentos muestran,

por parte de los artiguistas, una enorme capacidad de movilización, cuya expresión, sin dejar de ser violenta, se inscribía dentro de los cánones del accionar político popular de la época. En la primera acción armada de la nueva campaña (la toma de la villa de Paraná por el comandante Hereñú) se vislumbran ya todos los elementos que utilizaría el Directorio para descalificar política y socialmente al artiguismo: sus fuerzas eran irregulares (de los trescientos combatientes solo cincuenta sostenían fusiles; el resto blandía chuzas, sables y cuchillos enastados), no vestían uniforme, en sus filas se contaban indígenas, negros y mulatos, y sus tropas se confundían con la población rural, que los apoyaba decididamente. Pero su accionar era acorde a las leyes no solo de la guerra, sino de la diplomacia. Tras entrar por sorpresa en la villa de Paraná, de hecho, en vez de proceder al saqueo de la población, las tropas artiguistas (que en realidad no eran mayormente orientales, sino milicianos de la campaña entrerriana) se formaron en la plaza. Allí Hereñú anunció que no perjudicarían a ningún vecino "y que solo venían á sacudir el yugo del gobierno tirano de Buenos Aires", a lo que la tropa respondió con el grito unánime de "¡Viva la unión, viva la libertad!". En vez de combatir contra la compañía de milicias del Paraná, formada por los vecinos del pueblo, Hereñú se dirigió a ellos invitándolos a seguirlo voluntariamente: todos aceptaron. (122)

Se manifiesta entonces por primera vez un rasgo que sería característico de toda la guerra entre el artiguismo y el Directorio: las milicias locales del Litoral, la población de la campaña y las comunidades indígenas adscribieron masivamente a la causa federal, sin importar las amenazas y las reprimendas del gobierno porteño. Las tropas directoriales estuvieron siempre amenazadas de disolución por la numerosísima defección de sus propios soldados, dispuestos a pasarse con armas y petates a las tropas orientales. ¿En dónde radicaba la fuerza de atracción de la causa artiguista y de sus divisiones? ¿Por qué estas fuerzas desharrapadas, pobres y mal armadas despertaban una adhesión popular instantánea, mientras que las del gobierno no generaban más que espíritu de insurrección? Sigamos unos días más a las tropas de Hereñú para que nos brinden ellas mismas la respuesta.

Tras la toma de Paraná, las milicias de Entre Ríos comandadas por Hereñú fueron reforzadas por tropas orientales del comandante Otorgués, lugarteniente de Artigas. En su búsqueda venía marchando desde Santa Fe una pequeña columna de operaciones del ejército directorial, comandada por un oficial austríaco contratado en 1812 por Buenos Aires, el barón de Holmberg. En las instrucciones que el gobierno le había extendido se le ordenaba avanzar sobre Entre Ríos, apoderarse de Artigas y sus secuaces a cualquier costa y fusilarlos en

el acto. La situación enfrentada por Holmberg en el terreno, novedosa en aquel entonces, se volvería característica de las campañas de los ejércitos de Buenos Aires en el Litoral. Sus tropas avanzaban como por un desierto, ningún paisano se acercaba a ofrecerles información, auxilios ni recursos. En cada pueblo encontraban solo mujeres, ancianos y niños: los hombres habían partido todos con el enemigo. A cada paso, en el horizonte se divisaban espías o "bomberos" a caballo que seguían los movimientos del ejército, protegían a los desertores, intercambiaban comunicaciones con la tropa, tramaban traiciones y alzamientos.

El combate principal tuvo lugar el 22 de febrero cerca del arroyo del Espinillo. Los artiguistas (unos novecientos hombres mal armados) avanzaron en dos columnas sobre las tropas de Holmberg (quinientos hombres de las tres armas), quien dispuso esperarlos formando cuadro. El primer choque fue indeciso, con un poco de fuego de cada lado pero, al retirarse los artiguistas, Holmberg comprobó con horror que un tercio de sus hombres se iba alegremente con ellos, llevándose casi toda su caballada. Cuando los artiguistas volvieron a avanzar sobre el cuadro, ya se escucharon entre las tropas directoriales los primeros gritos pidiendo que se parlamentase con el enemigo. Los oficiales silenciaron los gritos a palos, pero la calma fue breve. Los artiguistas cargaron y entablaron un combate cuerpo a cuerpo en que los soldados de Buenos Aires tuvieron cerca de cien bajas. Holmberg ordenó emprender la retirada, pero ya todo estaba perdido: cada soldado que lograba alejarse de la columna huía hacia el enemigo y finalmente la tropa en masa se levantó contra sus oficiales, amenazando literalmente a Holmberg con "romperle la cabeza". El austríaco, pragmático, negoció con los comandantes artiguistas una capitulación incondicional en que dejaba toda su fuerza y armamento en manos del contrario.

¿Cuál es la lección de este primer combate entre directoriales y artiguistas? El desastre directorial no se debió a una inferioridad propiamente militar de sus tropas, mucho mejor armadas y organizadas que las contrarias. La contienda no se decidió tanto por el resultado de tiros y sablazos, sino por la falta de voluntad de las tropas de Buenos Aires para combatir al enemigo. La dura realidad, que el gobierno no quería aceptar de ninguna manera, era que la mayor parte de su fuerza, desde la tropa hasta los oficiales, no había sido exterminada, sino que se había unido al contrario. ¿Cómo se explicaba este fenómeno?

Si examinamos la composición del ejército directorial, encontramos la clave: el supuesto "ejército de Buenos Aires" estaba compuesto por las milicias a caballo de Santa Fe, la compañía de milicias de infantería, también de Santa Fe, la compañía de Pardos de Punta

Gorda, los Blandengues de Santa Fe y un piquete de artillería. Es decir que aparte de catorce artilleros y setenta y dos infantes pardos, el único cuerpo regular y porteño del ejército era el Regimiento n° 2 de Infantería o antiguo batallón de Arribeños, que, como es sabido, estaba formado por soldados de las provincias de "arriba", es decir, del interior… El hecho es que estos soldados provincianos no tenían ninguna intención de batirse contra los orientales, y menos que menos contra los entrerrianos. En medio del combate, justo antes de la capitulación, los oficiales santafesinos se lo habían hecho saber a Holmberg: "no podían entrar en acción mas sobre todo que estaban dispuestos á no batirse contra los del Paraná siendo todos amigos o parientes". (123)

La política militar del Directorio encontraba así un límite de hierro: para operar contra el Protector de los Pueblos Libres solo podría fiarse de las tropas reclutadas en la propia Buenos Aires. Seis días después de la acción, los oficiales del ejército directorial que habían caído prisioneros de los artiguistas en el Espinillo se dirigían al gobierno porteño en los siguientes términos:

> Ignorando el porqué nos hallábamos empeñados en sostener una acción tan sangrienta, después de finalizada esta, [los artiguistas, sus captores] nos hicieron entender que a V. E. se le había advertido por repetidas ocasiones que la Banda Oriental quería ser una de las Provincias que deseaba la Confederación, y que sucedería una catástrofe si se le oponía a una ocasión tan justa, tal es el fin de este pronóstico, en que nosotros sin saber esto hemos sido sacrificados inocentemente. (124)

En el discurso de los soldados de Holmberg volvemos a encontrar los términos identitarios desplegados por los orientales. Las Provincias Unidas no sirven como marco de referencia para la acción política y militar. La identidad se despliega más bien en dos niveles: lo local (los pueblos: santafesinos, entrerrianos, orientales, porteños) y lo continental (la causa de América: "evitar la efusión de sangre americana"). En ese marco, el Litoral sirve como espacio de vida en el que se tejen relaciones, amistades y parentescos que hermanan a los pueblos. Lo deseable y lo justo es organizar esos pueblos en una confederación, proyecto que encuentra la oposición tiránica e irracional de Buenos Aires. ¿La campaña iniciada constituía entonces una guerra civil? Para los paisanos de Santa Fe, la guerra fratricida hubiese sido enfrentar a sus compadres del Paraná o a los vecinos orientales. Con respecto a las tropas de Buenos Aires y su comandante europeo, el discurso no parece tan claro.

Con la victoria del Espinillo, Entre Ríos se transformó en una provincia independiente bajo la órbita de los Pueblos Libres. En breve seguirían el mismo camino Santa Fe y Corrientes. Entre los oficiales

prisioneros firmantes de la carta se encontraba un joven santafesino que, tras pasarse a las tropas artiguistas, habría de devenir en el campeón de la causa federal en el Litoral: nada menos que Estanislao López.

Lo que comenzaba en el Espinillo se prolongaría así durante seis años de una guerra en que tanto el artiguismo como el Directorio se desangraron hasta la muerte. Esta larga contienda conoció numerosas alternativas. En la Banda Oriental, en junio de 1814, Montevideo claudicó finalmente ante las tropas sitiadoras, pero el dominio porteño sobre Montevideo duró poco: sin lograr un acuerdo político, artiguistas y directoriales se enfrentaron por el control de la campaña oriental hasta que en enero de 1815 Dorrego, al frente del grueso del ejército de Buenos Aires, fue derrotado completamente en Guayabos. A lo largo de esta lucha se hizo evidente que tanto en la ciudad como en la campaña los soldados de Buenos Aires eran vistos como extranjeros por la población local: (125) el Directorio se vio forzado a abandonar Montevideo. Artigas, por fin, dominaba completamente la Banda Oriental, pero su gobierno tuvo a su vez corta vida, pues sucumbió frente a una nueva invasión portuguesa.

En el resto del Litoral la lucha continuó en paralelo a la resistencia oriental contra el ataque lusitano. Entre 1814 y 1820, los ejércitos del Directorio llevaron adelante un total de nueve campañas militares contra Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Santa Fe, en particular, fue completamente arrasada por el flujo y reflujo de las fuerzas armadas. Pero el costo era igualmente severo para el gobierno de Buenos Aires, que encontraba cada vez más dificultades para justificar semejante ensañamiento con las provincias vecinas. En el discurso oficial del Directorio, el protectorado artiguista no fue nunca una potencia extranjera sino una facción interna enemiga del orden vigente: sus hombres aparecieron siempre designados como los “rebeldes”, el “bandidaje” o los “anarquistas”. Pero esta guerra policíaca era altamente impopular y generaba resistencias entre la tropa de línea, que se consideraba destinada a combatir a los realistas para lograr la independencia.

La sublevación de Fontezuelas, en que el Ejército del Centro se amotinó contra el director supremo Alvear, es un buen ejemplo. Los jefes del movimiento se reconocían como tropas “privativamente de la provincia de Buenos Aires”, y por ende respondían al pueblo y al gobierno porteños, pero el oriental era un pueblo hermano y atacarlo significaba derramar sangre americana: eso constituía una “guerra civil” en el seno de América y ellos se negaban a seguir participando de ella. (126) Artigas coincidía: con Fontezuelas, la “guerra civil” se podía dar por concluida. (127) ¿Cuál era entonces el marco identitario dentro del cual tanto Artigas como los oficiales de Buenos Aires

consideraban estar llevando a cabo una guerra civil? No eran el territorio del Río de la Plata ni el Estado liderado por Buenos Aires, sino "la causa de la libertad americana", un colectivo que combinaba lo geográfico con lo ideológico y excluía a los americanos identificados con la causa realista (de allí "godos"), pero incorporaba a todos los patriotas americanos en el seno de una patria revolucionaria de referencia común. Este marco identitario inicial se complicó notablemente con la incansable sucesión de campañas militares y las idas y venidas en las luchas por el poder local y regional. Como antes en Fontezuelas, en enero de 1820 el Ejército Auxiliar del Perú y el Ejército de los Andes se negaron expresamente a seguir participando de la guerra civil del Litoral. A las rivalidades entre facciones porteñas por el control del Directorio se sumaron pronto las hostilidades surgidas dentro del bloque federal. Artigas, debilitado por la invasión portuguesa, quedó sin una base de sustentación propia cuando Estanislao López y Francisco Ramírez le negaron el apoyo de Santa Fe y Entre Ríos. La lucha a tres bandas de los caudillos litoraleños concluyó con el exilio de Artigas en Paraguay, la derrota y muerte de Ramírez y el triunfo resonante de López.

Estas luchas y las que llevaron a la caída del Directorio fueron cruentas e incluyeron episodios truculentos, como la decapitación de Ramírez y el saqueo de San Nicolás por Dorrego. Los tenues límites a la violencia guerrera que se habían respetado durante todo el ciclo fueron vulnerados a lo largo de la crisis de 1820 y 1821. La vida de los prisioneros dejó de ser perdonada y la población civil fue atacada indiscriminadamente. Unos meses después de Cepeda, donde fueron derrotadas las últimas fuerzas directoriales, José Celedonio Balbín se alojó en una posta cercana al campo de batalla. Al salir al patio se encontró con una veintena de cadáveres ya en esqueleto, tirados al pie de un árbol, comidos por los cerdos del establecimiento y por millares de ratas. Consternado, se dirigió al maestro de posta para pedirle que se enterrasen los cuerpos. El maestro le respondió: "No haré tal cosa, me recreo en verlos, son porteños". (128) Ante la intensificación de la lucha, los odios interprovinciales habían predominado claramente sobre toda apelación a una identidad común americana. Se hizo tolerable un nivel de crueldad insospechado.

Segundo ciclo: federales y unitarios. El regreso del ejército de Brasil (1826-1831)

Tras la intensa actividad bélica de 1821, aplastados Carrera y Ramírez y asentados firmemente los gobiernos de López en Santa Fe y de Martín Rodríguez en Buenos Aires, el Litoral rioplatense vivió un breve respiro que las nuevas provincias autónomas aprovecharon para

avanzar cada una en su organización interna. Quedaba pendiente, sin embargo, la angustiante situación de la Banda Oriental, ocupada por fuerzas portuguesas, lo que terminó generando el consenso necesario para establecer una nueva administración nacional, capaz a su vez de llevar la guerra a Brasil. La presidencia del nuevo gobierno recayó en Bernardino Rivadavia, de ideas unitarias, las que se expresaron en la Constitución de 1826. Esta situación generó una tensión creciente con las provincias federales del interior.

Al igual que en el primer ciclo de guerras civiles, la lucha facciosa interprovincial iniciada en 1826 estuvo íntimamente ligada con el esfuerzo de guerra exterior, del cual muchas veces resulta difícil de distinguir. En este caso, el epicentro del conflicto se desplazó del Litoral a las provincias interiores, y estalló en Tucumán. Para conformar el ejército nacional destinado a socorrer a la Banda Oriental, el Congreso había determinado que cada provincia proveyese un contingente de hombres proporcional a su población. El gobierno central encargó la organización del contingente tucumano a Gregorio Aráoz de Lamadrid, pero este aprovechó la comisión para derrocar al gobernador Pablo López (López había derrocado y fusilado a su vez al tío de Lamadrid, Bernabé Aráoz) y hacerse con el poder de la provincia, lo que desató la reacción de La Rioja, Santiago del Estero y Córdoba. Siguieron meses de hostilidades entre las tropas tucumanas y las de Facundo Quiroga, quien venció a Lamadrid en El Tala. Con el rechazo creciente de las provincias federales a la presidencia de Rivadavia, el conflicto en el interior se generalizó involucrando a Catamarca, Salta, San Juan y Mendoza.

Esta guerra interior quitó recursos al ejército de operaciones sobre Brasil, desestabilizó y vació de contenido al gobierno nacional y finalmente forzó la búsqueda de una salida diplomática al conflicto con el imperio brasileño. El ejército de línea se sintió traicionado por los términos del tratado de paz, que hacía de la Banda Oriental un país independiente. En la visión de muchos de sus jefes, afines al unitarismo, la responsabilidad de la salida deshonrosa al conflicto recaía en los gobernadores federales, y muy particularmente en el nuevo gobernador de Buenos Aires, Manuel Dorrego, quien tras la renuncia de Rivadavia había tenido que firmar el pacto definitivo de paz. Es así que una división del ejército comandada por Juan Lavalle se amotinó en Buenos Aires, desconoció al gobierno de la provincia e hizo nombrar gobernador a su general.

Los derrocamientos de gobernadores, los motines militares y las revoluciones de todo tipo se habían vuelto moneda corriente en el Río de la Plata posrevolucionario. Lo que diferencia el golpe de diciembre de 1828 es que los insurreccionados constituían un verdadero ejército veterano compuesto de contingentes de todas las Provincias Unidas y

armados con el esfuerzo del extinto Estado nacional, mientras que enfrente tenían una provincia que en los últimos años había avanzado notablemente en su organización interna y desarrollo institucional. El gobernador legal Dorrego y el comandante Juan Manuel de Rosas reunieron las milicias de la campaña para defender al gobierno, que era muy popular entre los sectores subalternos rurales. El ejército de Lavalle los encontró en Navarro y los dispersó con facilidad. Ante el estupor general, Lavalle ordenó el fusilamiento inmediato de Dorrego. Comenzaba una etapa de guerra civil que incendiaría completamente al Río de la Plata.

El nuevo ciclo de luchas tenía características diferentes al anterior. Los bandos se habían articulado nuevamente a favor o en contra de un gobierno general de tendencia unitaria (el de Rivadavia), pero en este caso el Estado central ya había caducado y no quedaban de él más que los batallones y escuadrones de línea que había formado para atacar a Brasil. De esta forma los líderes más prominentes del bando unitario fueron de ahora en más los jefes de este ejército, quienes disponían de sables y bayonetas pero no de un poder territorial. (129) Para hacerse con este, debieron ir derrocando uno tras otro a los distintos gobernadores en ejercicio, alineados generalmente con los principios federales. Dorrego fue el primero; siguieron Bustos en Córdoba, Ibarra en Santiago y así hasta dominar prácticamente todo el interior.

El asesinato de Dorrego despertó el rechazo de casi todas las provincias. Estanislao López en el Litoral, Quiroga en el norte y Bustos en Córdoba comenzaron a organizar las milicias provinciales para la resistencia. Del lado del ejército, Lavalle tenía delante de sí la tarea de pacificar la campaña bonaerense (levantada en masa contra los revolucionarios), mientras que el talentoso José María Paz llevaba una fuerte división de tropas de línea hacia Córdoba. Estas dos campañas (la de Buenos Aires y la de Córdoba) llevarían la guerra civil a un nivel de violencia desconocido hasta entonces. Veamos brevemente cómo se desarrollaron.

Tras la desbandada de Navarro, los partidarios del difunto Dorrego se reunieron como pudieron en grupos improvisados para continuar la lucha. El alzamiento era muy heterogéneo, ya que contaba con escuadrones de milicianos, pelotones de paisanos armados y grupos de indígenas amigos (González Bernaldo, 1987; Fradkin, 2008). Ante la aplastante superioridad del ejército de Lavalle, adoptaron la única táctica posible: la guerra de montoneras. Las columnas de soldados destinados a pacificar el sur de la provincia se vieron acosadas día y noche, con la connivencia manifiesta de la población rural. Ante esta táctica irregular, los oficiales unitarios perdieron la paciencia y procedieron a escarmentar a los montoneros y sus simpatizantes con una crueldad que no habían desplegado ni siquiera en tierra brasileña.

El coronel Estomba, en particular, desequilibrado psicológicamente, ejecutó a un número indeterminado de paisanos que se negaron a dar información sobre la montonera, matando él mismo a muchos de ellos a hachazos, y llegando en algunos casos a atar al supliciado a la boca de un cañón, dándosele fuego (Arnold, 1970: 23).

Niveles similares de violencia se alcanzaron en la campaña de Córdoba. Allí Paz derrotó cómodamente a Bustos, tomó el poder en la capital provincial y desplegó su acción sobre todo el interior. Quiroga lo atacó dos veces con las fuerzas federales, pero resultó malamente derrotado en ambas ocasiones (Oncativo, La Tablada). Ahora bien, en toda escalada de violencia armada las partes recurren a la lógica del "primer muerto" para justificar la serie de "represalias" que se suceden a lo largo de la lucha (Canetti, 1966: 147). En el caso de la guerra entre unitarios y federales, el episodio elegido tuvo lugar inmediatamente tras la batalla de La Tablada, el 23 de junio de 1829. La derrota federal había dejado un número muy crecido de prisioneros en manos de los unitarios. El coronel Dehesa, uno de los principales colaboradores de Paz, ordenó el fusilamiento de una cantidad indeterminada de oficiales enemigos prisioneros, acusados vagamente por deserciones anteriores, pero sin juicio previo. (130) Este hecho sirvió como detonante para una serie ilimitada de represalias mutuas que no se agotaría durante décadas. Desde ese momento los prisioneros del enemigo en general y los oficiales en particular fueron muchas veces degollados o fusilados en masa, sin ningún tipo de formalidad; el mismo trato se aplicó a las poblaciones civiles acusadas de colaborar con el contrario. Era el comienzo de la "guerra a muerte", es decir, de una contienda en la que se admite de antemano que no se dará cuartel al vencido. Aquel nivel de violencia que en el Río de la Plata no se había alcanzado ni en la guerra de la Independencia ni en la guerra de Brasil se alcanzaba así rápida y durablemente en la guerra entre comprovincianos.

Es de destacar, en efecto, que tanto en la campaña de Lavalle en Buenos Aires como en la de Paz al interior, las fuerzas que se enfrentaban de un lado y otro compartían muchas veces su origen geográfico provincial. De este modo, pese a lo nebuloso de los partidos federales y unitarios enfrentados –sobre todo ante la inexistencia de una unidad política rioplatense que los agrupase–, la lucha tomó un cariz propio de una verdadera guerra civil. No se trataba de las fuerzas de una provincia contra otra, sino de regimientos veteranos en los que todas las provincias estaban representadas (las fuerzas unitarias) enfrentando a coaliciones de fuerzas milicianas también multiprovinciales (las federales). Se volvió entonces común que hijos de la misma provincia se enfrentasen en el campo de batalla. Incluso miembros de una misma familia se vieron las caras en combate. El

mayor N. Aparicio, por ejemplo, de las fuerzas unitarias, era hijo del teniente coronel Aparicio, de las fuerzas cordobesas de Bustos. Sabiendo que su padre se encontraría en la batalla de San Roque, Aparicio hijo solicitó y obtuvo que se lo eximiese de participar del combate para evitar la eventualidad de encontrarse en él con su padre; Aparicio padre murió, efectivamente, en dicha acción. Su hijo, tras algunos días de duelo, prosiguió la campaña (Paz, 2000, vol. 1: 379).

La "comprovincianidad" ya no era un obstáculo para la violencia extrema, sino todo lo contrario. En el combate del Pilar, en las afueras de Mendoza, una división de cívicos de la ciudad resistía el embate de las fuerzas rurales reunidas por los jefes federales provinciales, los hermanos Aldao. Durante una tregua, el coronel Francisco Aldao se acercó a la línea de los unitarios para negociar, pero ante la reanudación parcial de las hostilidades fue ultimado en el acto. Según el relato de sobrevivientes unitarios, se produjo entonces una de las mayores masacres de la historia provincial. Las fuerzas federales comandadas por el hermano del difunto, Félix Aldao, derrotaron a los cívicos mendocinos y tomaron decenas de prisioneros que se rindieron. Aldao, enfurecido, ordenó entonces que se los degollase a todos, matando él mismo a lanzazos a muchos de los jóvenes más distinguidos del pueblo. Luis Calle habla de más de doscientos ciudadanos ejecutados. La ciudad fue saqueada esa misma noche. Durante los días siguientes, ya bajo gobierno federal, los cuerpos de varios unitarios prominentes aparecieron brutalmente mutilados en las calles (Calle, 1830).

¿Este tipo de violencia fratricida, ejercida por ambos contendientes, generó algún tipo de reparo moral por parte de sus ejecutores? Nada parece indicarlo así. Más aún que en 1820, la situación parece ser la de una sociedad que, al verse sumergida en una espiral de violencia generalizada, va elevando su umbral de tolerancia hasta un punto de insensibilidad extrema. En la sierra cordobesa, por ejemplo, la resistencia popular contra el gobierno de Paz era unánime, lo que motivó una operación militar en regla para desarticular las montoneras. Uno de los oficiales unitarios que participó de esta campaña de pacificación logra recurrir a la ironía para narrar los horrores por él mismo cometidos. Como los paisanos cordobeses no se rendían y parecían "tener el diablo en el cuerpo", dice:

> Viéndose pues cuan inútil era el usar de buenos modos y razones con jentes que no entendían palabra en la materia, resolvimos tomar, y tomamos otras medidas más filantrópicas de las hasta allí puestas en ejercicio, las que surtieron mucho mejores efectos; estos fueron el no dejar vivo á ninguno de los que pillásemos, efectivamente, mata aquí, mata allá, mata acuyá y mata en todas partes, fueron tantos los que pillamos y matamos que al cabo de unos dos meses quedó todo sosegado y nosotros no pasábamos ya una vida tan desesperada. Si es cierto,

> como lo aseguran los intelijentes, que la sangre es un esquisito abono para la tierra, estoy seguro que en todo el Globo no podrán encontrarse terrenos mas fecundos que los del país Argentino, por la muchísima sangre con que desde ahora años han sido constantemente regados sus campos. (131)

Este tipo de registro discursivo es extraordinario, pero devela una actitud que fue volviéndose común en las prácticas. Los unitarios hacían un credo de "no economizar sangre de gauchos", mientras que los federales sistematizaban la práctica del degüello a cuchillo de los unitarios, gesto al que llamaban jocosamente "tocar el violín". En este clima se desarrolló el resto del ciclo guerrero considerado. Tras sus victorias iniciales, los unitarios fueron derrotados en toda la línea: Lavalle sucumbió ante las fuerzas de López en Puente de Márquez, Paz cayó prisionero en una escaramuza, y su ejército, comandado por Lamadrid, fue deshecho en sucesivos combates. De la lucha emergió un concierto de provincias federales mucho más estable bajo el predominio creciente del nuevo gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, mientras que muchos de los unitarios sobrevivientes debieron refugiarse en los países limítrofes.

Tercer ciclo: federales y unitarios. La hegemonía de Rosas (1839-1852)

La década de 1830 presenta en el Río de la Plata una situación política atípica y en cierto sentido, paradójica. Tras el derrumbe de los unitarios a fines de 1831, todas las provincias pasaron a tener a su frente un gobierno de tendencia federal. Durante largos años el partido unitario se encontró en franca retirada, desarticulado, desprovisto de mandos territoriales y de fuerzas militares, limitado a las intrigas diplomáticas, al complot y al ataque panfletario (Zubizarreta, 2009). Y sin embargo, esta imposibilidad circunstancial de todo afrontamiento físico entre los dos bandos no significó el fin de la lucha armada ni un avance hacia la organización nacional. Por el contrario, a lo largo y a lo ancho del territorio hubo alzamientos, motines y revoluciones en que distintas fracciones federales locales se disputaron el poder provincial en el campo de batalla, sin que se pudiese sancionar una constitución federal ni que se instaurase un gobierno central acorde a los axiomas federales. En el momento en que el bando federal triunfante hubiera podido plasmar institucionalmente los frutos de su victoria militar, vemos que el contenido concreto de su federalismo se reduce cada vez más claramente a una oposición discursiva al partido unitario, que, a la recíproca, solo existe por su afán de derrotar al partido federal. Federalismo y unitarismo aparecen entonces como dos facciones muy

mal definidas, cuya razón de ser es la guerra civil y cuyos respectivos sistemas de ideas se limitan en buena parte a la destrucción del otro. (132) El contexto de la década de 1830 impide la continuación del combate militar, pero esta carencia es compensada por la complejización y el fortalecimiento del combate político-ideológico. (133)

Juan Manuel de Rosas, desde la gobernación de Buenos Aires, desplegó un talento notable para plasmar la lógica de la guerra civil en cada acto de gobierno, en cada representación pública, en cada elemento de la liturgia federal. Su insistencia en que cada documento administrativo, por nimio que fuese, llevase impresa la célebre consigna "¡Viva la Federación! ¡Mueran los Unitarios!" es paradigmática. En una carta extraordinaria escrita al gobernador de Tucumán Alejandro Heredia, en julio de 1837 –es decir, cuando los unitarios estaban lejos de llevar adelante una ofensiva militar, mientras que Heredia estaba sumergido en la guerra con la Confederación Perú-Boliviana–, Rosas se explaya cándidamente sobre la utilidad práctica de los encabezados antiunitarios. Tras recriminarle a Heredia que en sus oficios y proclamas hable de "argentinos" y "patriotas" en vez de hablar de "federales", como es debido, le aclara que sus escritos no serán publicados en Buenos Aires hasta que no conlleven el mandatorio ataque a los unitarios. Rosas llega incluso a explicarle cómo los redactaría él mismo:

> Yo pues […] además del encabezamiento o introducción establecida: ¡Viva la Federación! Habría agregado a la conclusión un ¡Viva la Confederación Argentina! Y un ¡Mueran los Unitarios! Nada de particular quiere decir que mueran los unitarios, porque esto no es decir muera fulano o determinadas personas, sino solamente manifestar diciéndolo, el deseo que muera civilmente o que sea exterminado para siempre el feroz bando unitario. (134)

Dentro de ese "feroz bando unitario", calificado rutinariamente con los más violentos epítetos (salvaje, impío, desnaturalizado, asqueroso, inmundo…), Rosas iría incluyendo a todos los opositores a su gobierno, unitarios o no, hasta el punto que puede atribuirse al mismo Rosas haber generado el unitarismo, desde lo discursivo, como bloque compacto de acción política, lo que distaba mucho de la realidad. En verdad, con el correr de las circunstancias las filas de la oposición al régimen rosista se irían nutriendo de múltiples descontentos que poco y nada tenían que ver con el núcleo duro de doctores y militares que adscribían a las ya viejas ideas de Rivadavia, o a las más renovadas de la generación del 37: federales porteños moderados o "lomos negros", los estancieros del sur de Buenos Aires, las tropas del líder oriental Fructuoso Rivera y eventualmente una parte de los gobernadores federales del interior, como el propio Urquiza. Todos estos "unitarios"

según Rosas no tenían en común más que el afán de terminar con el rosismo, e incluso el grupo más cerrado del unitarismo se mostró en ocasiones dispuesto a renunciar a los principios unitarios si de esa forma se lograba una alianza capaz de derrocar al "tirano". Así, la oposición radical al gobierno de Rosas terminó reemplazando, en el discurso unitario, a la oposición con el federalismo como tal.

Es a partir de 1838 que la situación estratégica, con una sucesión de vuelcos dramáticos, vuelve a hacer posible el retorno de los unitarios a las armas. La escuadra francesa estableció en ese momento un bloqueo del puerto de Buenos Aires, ejerciendo una considerable presión económica sobre el régimen rosista. Manuel Oribe, firme aliado de Rosas, se vio forzado a dejar la presidencia de la República Oriental del Uruguay a fines de 1838, con lo que llegó al poder Fructuoso Rivera, aliado circunstancial de los unitarios, a quienes proporcionaría una sólida base de operaciones. En el noroeste del país fue asesinado el protector Alejandro Heredia, lo que abrió la puerta a que las elites unitarias de varias provincias retomasen el poder a lo largo del año siguiente. Por último, en octubre de 1839 se produjo en el sur de la provincia de Buenos Aires un vastísimo alzamiento rural en contra de la política económica de Rosas.

La suma de estos factores convenció a los líderes unitarios en el exilio alanzarse al ataque. Juan Lavalle, con apoyo de la escuadra francesa, organizó una pequeña columna de veteranos bien pertrechados, con la que invadió primero Entre Ríos y luego el norte de Buenos Aires. Las primeras jornadas le fueron favorables, fue muy bien recibido desde San Nicolás hasta San Antonio de Areco y reclutó centenares de voluntarios. Pero a medida que avanzaba hacia la capital, lo que parecía un paseo militar se transformó pronto en una marcha en el desierto. Contra todos los pronósticos de los estrategas unitarios, la ciudad de Buenos Aires no se levantó en contra del "tirano" ni salió a recibir triunfalmente a sus "libertadores": el poderoso ejército de Rosas los esperaba en prolijo orden de batalla. Lavalle dudó de la solidez de sus propias tropas improvisadas y emprendió una delirante retirada que lo llevaría a recorrer, perseguido día y noche por las tropas federales, todo el interior argentino, hasta encontrar la muerte varios meses después en Jujuy. En el norte, las provincias de Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja se levantaron también contra el régimen rosista, pero siguieron la misma suerte que Lavalle.

En suma, la campaña de 1839-1841 se saldó por un nuevo desastre para las fuerzas unitarias. Las columnas federales, dirigidas por jefes decididos y eficaces (Aldao, Pacheco, Oribe), recorrieron todo el interior, derrotaron en batalla campal a las fuerzas unitarias y reestablecieron el orden federal provincia por provincia. Una vez más,

la violencia de estos enfrentamientos fue extrema. Ambas partes ejecutaron rutinariamente gran parte de los prisioneros tomados. Las columnas federales, en particular, para dar un ejemplo terrible a las poblaciones civiles que habían adherido al levantamiento unitario, no ahorraron degüellos, mutilaciones ni saqueos. Sin embargo, esta vez la guerra civil no se ahogó en sangre como tras la campaña de 1829-1831, sino que se trasladó con fuerza aún mayor al Litoral.

Bajo el gobierno de Ferré, la provincia de Corrientes se había transformado en uno de los principales bastiones antirrosistas, capaz de poner en pie de guerra un ejército considerable. Comandadas por José María Paz, las fuerzas correntinas obtuvieron una victoria importante sobre las de Echagüe (Caaguazú, 28 de noviembre 1841), pero su dominio sobre el Litoral fue breve. Libre ya de unitarios en las provincias interiores, Rosas volcó todos sus recursos sobre Entre Ríos, donde, con la ayuda del ascendente Justo José de Urquiza, derrotó completamente a los unitarios en la trascendental batalla de Arroyo Grande (6 de diciembre de 1842). A partir de entonces, las fuerzas de Oribe y Rosas establecieron el tercer sitio a la plaza de Montevideo: habría de durar casi una década, y ocuparía a miles de combatientes. Se trataba verdaderamente de la "Guerra Grande".

Como en los ciclos anteriores, la guerra "civil" de 1839-1852 se combinó de manera inseparable con una serie de conflictos "internacionales". En distintos momentos de la lucha jugaron un rol crítico las escuadras francesa y británica, tropas brasileñas, paraguayas, uruguayas… La manera en que estas intervenciones extranjeras se articularon con las luchas interprovinciales condicionó fuertemente los juegos identitarios de uno y otro bando. En 1839, Lavalle desembarcó en Buenos Aires gracias a navíos franceses. En 1852, la mejor infantería del Ejército Grande con el que Urquiza derrotó a Rosas en Caseros provenía de Brasil. Alrededor de la mitad de los defensores de Montevideo durante el sitio fueron franceses, italianos e ingleses. Rosas supo utilizar esta extranjería del enemigo para denunciar la traición a la patria del partido unitario y reivindicar el carácter patriótico de su propia causa, prédica que encontró un eco considerable en los sectores populares. Para los jefes unitarios mismos, el apoyo de Francia o de Brasil no dejó de presentar agudos problemas de conciencia, pero terminó primando la idea de que la destrucción del régimen rosista superaba la esfera de lo nacional para interesar directamente a la causa de la civilización.

Como sea, parece indudable que la guerra civil entre unitarios y federales jugó un rol importante –probablemente decisivo– en el camino hacia la configuración de una verdadera identidad de carácter nacional, en desmedro de las hasta ahora predominantes identidades provinciales o de la ya lejana identidad americana. Para los cientos de

unitarios que debieron refugiarse durante años en Chile, Uruguay o Bolivia, la experiencia del exilio significó la oportunidad de reconocerse por primera vez como emigrados argentinos. Dentro del bando federal, el liderazgo de Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires, como líder de la Confederación Argentina, permitió desarmar, al menos transitoriamente, la oposición radical de provincianos y porteños que había primado durante la existencia del Directorio y la experiencia rivadaviana. La cuestión de Buenos Aires retornaría con fuerza tras 1852 y no se saldaría sino en 1880, pero mientras duró la lucha entre unitarios y federales, ambos bandos encontraron en la guerra un espacio común por el que se luchaba, y ese espacio ya no cabía en la propia provincia ni se extendía al continente, sino que comenzaba a ajustarse a la talla de la nación que sería luego la Argentina. Así, la identificación con el federalismo o con el unitarismo contribuyó a expandir la localía de las lealtades y de las representaciones sociales –tanto de las elites como de los sectores populares– hacia una escala nacional. Que el surgimiento de la nacionalidad argentina haya estado tan profundamente marcado a fuego por la guerra civil, la violencia facciosa y la negación del adversario condicionó de manera poderosa la vida política de la república hasta 1880 y más allá.

Bibliografía

Archivo Histórico del Tucumán (1939), *Documentos argentinos. Gobierno de Alejandro Heredia 1832-1838*, Tucumán.

Arnold, Prudencio (1970), *Un soldado argentino*, Buenos Aires, Eudeba.

Arrieta, Domingo (1889-1895), "Ratos de entretenimiento ó Memorias de un Soldado", *Revista Nacional*, nº 8-21.

Artigas, José Gervasio (1968), *Archivo Artigas*, t. IX, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.

— (1974), *Archivo Artigas*, t. XI, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.

— (1976), *Archivo Artigas*, t. XIV, Montevideo, Comisión Nacional Archivo Artigas.

Benencia, Julio A. (dir.) (1973), *Partes de batalla de las guerras civiles 1814-1852*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 3 vols.

Bouthoul, Gaston (1991), *Traité de polémologie*: *sociologie des guerres*, París, Payot.

Calle, José (1830), *Memoria sobre los acontecimientos más notables en la provincia de Mendoza en 1829 y 1830*, Mendoza, Imprenta Lancasteriana.

Canetti, Elias (1966), *Masse et puissance*, París, Gallimard. [Ed. cast.: *Masa y poder*, Madrid, Alianza, 2013.]

Comisión Nacional Archivo Artigas (1950-2003), *Archivo Artigas*, Montevideo, 34 vols.
Demélas, Marie-Danielle (2007), *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas, 1814-1825*, La Paz, Plural.
Di Meglio, Gabriel (2008), *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo (1810-1830)*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Fradkin, Raúl O. (2008), *¡Fusilaron a Dorrego! O cómo un alzamiento rural cambió el curso de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana.
— (2009), "Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense", en Susana Bandieri (dir.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, AAHE-Prometeo Libros, pp. 167-214.
— (2010), "Sociedad y militarización revolucionaria. Buenos Aires y el Litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX", en Oscar Moreno y Nilda Garré (eds.), *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas. Debates históricos en el marco del Bicentenario 1810-2010*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa, pp. 63-79.
Frega, Ana (2002), "Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista", *Andes. Antropología e Historia*, nº 13, pp. 75-112.
Garavaglia, Juan Carlos (2003), "Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860", *Anuario IEHS*, nº 18, pp. 153-187.
Gelman, Jorge (1998), "Un gigante con pies de barro. Rosas y los pobladores de la campaña", en Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 223-240.
— (2002), "La rebelión de los estancieros contra Rosas. Algunas reflexiones en torno a los Libres del Sur de 1839", *Entrepasados*, nº 22, pp. 113-144.
— (2004), "Unitarios y federales. Control político y construcción de identidades en el primer gobierno de Rosas", *Anuario IEHS*, nº 19, pp. 359-390.
— (2009), *Rosas bajo fuego. Los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana.
Goldman, Noemí (ed.) (2008), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Goldman, Noemí y Gabriel Di Meglio (2008), "Pueblo/Pueblos", en Noemí Goldman (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 131-140.
González Bernaldo, Pilar (1987), "El levantamiento de 1829: el

imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural", *Anuario IEHS*, nº 2, pp. 137-176.
Grangé, Ninon (2009), *De la guerre civile*, París, Armand Colin.
Halperin Donghi, Tulio (1972), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Herrero, Fabián (2007), "Los unitarios convertidos en federales y la organización de la nación. Buenos Aires, hacia 1830", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 30, pp. 36-71.
Howard, Michael, George Andreopoulos y Mark Schulman (1994), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven, Yale University Press.
Mata, Sara (2004), "Conflicto social, militarización y poder en Salta durante el Gobierno de Martín Miguel de Güemes", en Fabián Herrero (comp.), *Revolución, política e ideas en el Río de la Plata en la década de 1810*, Buenos Aires, Universidad de Tres de Febrero, pp. 125-148.
Museo Mitre (1913), *Documentos del Archivo Belgrano*, Buenos Aires, vol. 1.
Myers, Jorge (1995), *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
Paz, José María (2000), *Memorias póstumas*, Buenos Aires, Emecé, 2 vols.
Platón (1996), *República*, Buenos Aires, Eudeba.
Rivera Indarte, José (1946), *Tablas de sangre. Es acción santa matar a Rosas*, Buenos Aires, Antonio Dos Santos Editor.
Salvatore, Ricardo D. (2003), *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham-Londres, Duke University Press.
Schmit, Roberto (2004), *Ruina y resurrección en tiempos de guerra. Sociedad, economía y poder en el Oriente entrerriano posrevolucionario. 1810-1852*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Segreti, Carlos (1991), *El unitarismo argentino. Notas para su estudio en la etapa 1810-1819*, Buenos Aires, A-Z Editora.
Souto, Nora y Fabio Wasserman (2008), "Nación", en Noemí Goldman (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 83-98.
Ternavasio, Marcela (2002), *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires. 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Zubizarreta, Ignacio (2009), "Una sociedad secreta en el exilio: los unitarios y la articulación de políticas conspirativas antirrosistas en el Uruguay, 1835-1836", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 31, pp. 43-78.
— (2012), *Los unitarios. Faccionalismo, prácticas, construcción identitaria*

y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852, Stuttgart, Hans-Dieter Heinz.

115. Sobre el concepto de nación en la época estudiada, véase Souto y Wasserman (2008).

116. Platón (1996, libro V: 470-471).

117. Sobre la problemática de la legislación de la guerra, véase Howard, Andreopoulos y Schulman (1994).

118. Para el caso de la Banda Oriental véase Frega (2002); para Salta, Mata (2004); para el Alto Perú, Demélas (2007).

119. "Los Jefes del Ejército Oriental al Gobierno de las Provincias Unidas, 27 de agosto 1812", en Artigas (1968: 45).

120. "Decreto del Supremo Director del Estado, 11 de febrero 1814", en Artigas (1976: 62).

121. "Hilarión de la Quintana al gobierno, 13 de septiembre 1813", en Artigas (1974: 370).

122. "El comandante de la Bajada del Paraná al teniente gobernador, 22 de febrero 1814", en Benencia (1973, vol. 1: 5).

123) . "Parte de la acción del Espinillo, 22 de febrero 1814", en Benencia (1973, vol. 1: 7-14).

124. "Parte de los oficiales prisioneros al gobierno, 28 de febrero 1814", en Benencia (1973, vol. 1: 24).

125. "Parte de Soler al Supremo Director del Estado, 22 de enero de 1815", en Benencia (1973, vol. 1: 63).

126. "Proclama del Ejército Auxiliador a los habitantes de Buenos Aires y su campaña. 3 de abril 1815", en Benencia (1973, vol. 1: 74).

127. "Oficio de Artigas al Cabildo de Córdoba, 18 de abril 1815", en Benencia (1973, vol. 1: 86).

128. "Carta a Bartolomé Mitre", Museo Mitre (1913: 253).

129. Para una definición adecuada del unitarismo y sus protagonistas, véase Zubizarreta (2012).

130. Para la versión unitaria de los hechos, véase Paz (2000, vol. 1: 420-422).

131. Arrieta, Domingo, "Ratos de entretenimiento ó Memorias de un Soldado", capítulo 27, Revista Nacional, nº 8-21, 1889-1895.

132. Sobre la prensa federal y sus diversas posiciones respecto de la guerra civil y la organización nacional, véase Herrero (2007).

133. Sobre el rol de la guerra civil en la identidad federal, véase Salvatore (2003).

134. "Rosas a Heredia, 16 de julio 1837", en Archivo Histórico del Tucumán (1939: 240-249).

CAPÍTULO 7

GUERRA DE LADRONES. LA ARGENTINA CONTRA BRASIL (1825-1828)

Gabriel Di Meglio

Mientras las cenizas de la guerra con los realistas todavía no se habían apagado en el actual territorio argentino –hasta principios de 1825 el Alto Perú estuvo en manos de los leales al monarca español, que realizaban incursiones anuales sobre Jujuy– comenzó un nuevo episodio bélico de amplias proporciones: el enfrentamiento entre las Provincias Unidas del Río de la Plata y el Imperio de Brasil.

Se trató por un lado de una herencia de la disputa imperial entre españoles y portugueses por la cuenca del Plata, que los había enfrentado en numerosas ocasiones en los siglos XVII y XVIII en el área misionera y en la Banda Oriental. Así, la "guerra con Brasil" ("guerra da Cisplatina" para los brasileños) puede verse en el largo plazo como un eslabón más de la compleja conformación de unidades políticas en la región platense –aquella que forman los actuales Paraguay y Uruguay, el Litoral argentino con Buenos Aires, y los estados del sur de Brasil– entre la fundación de Asunción en 1537, primer asentamiento europeo exitoso en el área, y la caída de la misma ciudad en manos de la Triple Alianza en 1869, que terminó de delinear cómo sería la zona desde entonces.

Pero, en una perspectiva menos teleológica, resaltan sus motivos particulares, ligados con la guerra de la Independencia de la década de 1810, durante la cual los portugueses se apoderaron de la Banda Oriental. Otros dos aspectos las conectan: muchos oficiales y soldados pelearon en ambas contiendas, al tiempo que, puesto que la nueva guerra fue un choque entre una monarquía y una república, implicó para muchos rioplatenses una continuidad ideológica con la lucha independentista.

No obstante, la de 1825-1828 tuvo su especificidad: fue la primera librada entre países iberoamericanos independientes, dos configuraciones políticas nuevas que a duras penas podían mantener

su unidad, que pusieron en riesgo en el enfrentamiento no solo la provincia disputada, sino su misma integridad como Estados y sus precarias situaciones económicas. Finalmente, fue también una guerra por recursos, fundamentalmente ganado bovino, la base de la riqueza en la región platense tras la ruptura del vínculo colonial con España.

Todas las historias generales del período se ocupan del conflicto, tanto en la Argentina como en Brasil y Uruguay, y otras investigaciones lo tienen como telón de fondo. Pero los trabajos específicos acerca de la guerra provienen sobre todo de la historia militar nacionalista y son bastante antiguos. (135) Como es sabido, la proyección de fronteras e identidades nacionales hacia el pasado conduce habitualmente a interpretaciones fallidas de distintos eventos y procesos históricos, y eso ocurre con la mayoría de esos aportes, a pesar de que brindan buena información. De todos modos, en los últimos años surgieron en Brasil y Uruguay un par de obras que consideran el problema en clave regional, rompiendo el esencialismo nacional. (136) Mi investigación sobre esta guerra –que recién se ha iniciado– se plantea en la misma perspectiva, tomándola no solo desde el punto de vista argentino, sino intentando reconstruir la experiencia de los distintos espacios y actores combatientes. En las páginas que siguen delinearé los rasgos principales de lo que ocurrió en el bando "argentino" y de lo que se puso en juego en esos años intensos.

El camino hacia la guerra

El antecedente inmediato fue la ocupación portuguesa de la Banda Oriental a partir de 1816, buscando cumplir el viejo sueño de tener el Río de la Plata como límite sur. El nutrido ejército invasor obtuvo apoyo de una parte de la elite de Montevideo –ciudad que capturó en 1817– preocupada por el perfil de desafío del orden social del artiguismo que controlaba el territorio; también hubo connivencia con el gobierno central de Buenos Aires, que aceptó entregar una Banda Oriental que ya consideraba perdida a fin de reinstalar su preponderancia sobre el resto del Litoral, sacándose de encima el liderazgo de José Artigas. Después de una larga lucha, lo que quedaba de tropas de este líder fue destruido por los portugueses en enero de 1820. Al año siguiente, un congreso oriental aceptó el ingreso de la rebautizada Provincia Cisplatina al reino lusitano.

En septiembre de 1822 Brasil se independizó de Portugal y se transformó en un imperio gobernado por Don Pedro, el hijo del rey portugués Juan VI. El cambio no fue pacífico, ya que hubo focos de resistencia en Pará, Marañón, Bahía y la Cisplatina. En esta última, aquellos que proclamaron su fidelidad portuguesa se hicieron fuertes en Montevideo, mientras que en la campaña primaron los

independentistas, conducidos por el general Carlos Lecor, quien había dirigido la campaña contra Artigas. El Cabildo montevideano solicitó auxilio económico a Buenos Aires para poder reunir tropas, pero el gobierno porteño –en ese momento en manos del general Martín Rodríguez y el ministro Bernardino Rivadavia– encabezaba un proyecto político de estabilidad provincial y crecimiento económico que no quería arriesgar yendo otra vez a la guerra, con lo cual decidió realizar una protesta formal y no pasar a la acción, a pesar de las exigencias de los opositores en la legislatura, que percibían una oportunidad para recuperar el territorio oriental, al que consideraban "parte integrante de las provincias". Ello facilitó el triunfo de Lecor, quien en febrero de 1824 tomó Montevideo y afianzó el poder del imperio, aunque la tensión con el resto de los rioplatenses quedó latente. (137)

La calma, de hecho, duró poco. A fines de ese año se reunió en Buenos Aires un congreso constituyente convocado por un sector de la dirigencia porteña que se creía en condiciones de volver a conducir una organización general, necesaria además por la presión de Gran Bretaña, dispuesta a reconocer la independencia rioplatense si se concretaba una unión. Así, las Provincias Unidas del Río de la Plata volvieron a serlo.

En ese contexto, el 19 de abril de 1825 un pequeño contingente partió sigilosamente de Buenos Aires y desembarcó en la Banda Oriental para promover un levantamiento contra los brasileños. Estos "treinta y tres orientales" estaban al mando de Juan Antonio Lavalleja, quien había combatido en las fuerzas de Artigas, estuvo prisionero de los portugueses y más tarde se marchó a Buenos Aires. La repercusión de su llegada fue impresionante y se convirtió en una amenaza para los imperiales cuando el popular líder rural Fructuoso Rivera, que también había sido artiguista pero se había pasado a las filas portuguesas antes de su derrota, volvió a cambiar de bando y se plegó con sus hombres al movimiento. En poco tiempo, la campaña oriental estaba otra vez en armas. El proyecto era volver a reunirse con las provincias rioplatenses (nadie hablaba en ese momento de crear un Estado nuevo, independiente). No todos los orientales estaban de acuerdo con la revuelta, ya que había grupos, particularmente en Montevideo, que tenían mayor temor a quedar bajo la órbita de Buenos Aires y que esta se adueñara del comercio rioplatense, motivo por el cual siguieron ligados con los brasileños. (138)

La insurrección causó un gran entusiasmo en Buenos Aires, donde algunos estancieros habían contribuido a financiar la expedición. Los opositores al gobernador –el general Gregorio Las Heras–, que se encargaba de las relaciones exteriores de las Provincias Unidas, presionaron a este para que apoyara abiertamente a los orientales. Ni

Las Heras ni su ministro de gobierno Manuel García querían un guerra que veían como una amenaza a la prosperidad bonaerense, con lo cual –en palabras de un contemporáneo– aquella "no solo fue imprevista por el gobierno sino contra su opinión" (Iriarte, 1945: 230); otro sostuvo que "el gobierno aun cuando lo hubiese deseado no habría podido resistir tan naturales estímulos: el intentarlo hubiese sido exponerse a concitar contra sí el descontento público, y de este a la sublevación popular no hay en las repúblicas más que un solo paso" (Gorriti, 1936: 62). La minoritaria oposición porteña que dirigía Manuel Dorrego clamaba por entrar en acción: "pidamos auxilios para los orientales; y pidamos la guerra contra el usurpador del territorio del estado". (139) Pero esta vez no estaba sola, como en el episodio de 1823: ahora los diputados porteños que habían entrado en el Congreso, dirigidos por Julián Segundo de Agüero y con Rivadavia como referente, empezaron a favorecer la opción bélica, confiando en que en torno de ella se aglutinarían las provincias. Este sector, que pronto sería conocido como "unitario", se distanció entonces del gobierno de Buenos Aires, y el espacio político que había dirigido la provincia desde 1820 se partió entre un sector "nacionalizador" –tal su forma de autodenominarse– liderado por Rivadavia y otro porteñista-pacifista representado por Las Heras y García. (140)

Los acontecimientos se precipitaron. El Congreso organizó un ejército "de observación" que se ubicó sobre el río Uruguay en Entre Ríos, al mando de Martín Rodríguez, al tiempo que los brasileños enviaron a su nutrida escuadra de guerra en actitud amenazante para clarificar cuál era la posición de las Provincias Unidas ante la rebelión. En septiembre, los orientales obtuvieron su primera victoria en Rincón, conducidos por Rivera, y en octubre el importante triunfo de Sarandí, liderados por Lavalleja, después del cual quedaron dueños de toda la campaña y obligaron a los brasileños a refugiarse en Montevideo, Colonia y Maldonado y a retirar el resto de sus tropas a Río Grande del Sur. Las noticias hicieron crecer aún más la presión en Buenos Aires y cuando llegó la solicitud de la sala de representantes creada por los sublevados para que la Provincia Oriental se sumara al conjunto rioplatense, se aceptó su incorporación. No había vuelta atrás y el imperio declaró la guerra.

La movilización militar

El emperador Don Pedro confiaba en ganar: se dispuso a levantar un ejército importante y además tenía una flota, parte de la cual bloqueó el puerto de Buenos Aires para ahogar económicamente a su oponente; el Estado se financiaba allí de modo casi exclusivo con la aduana y si el comercio se interrumpía, no obtenía ingresos. Los

porteños carecían de una fuerza naval y solo pudieron formar una pequeña escuadra para hostigar a los bloqueadores, y también promovieron una guerra de corso otorgando patentes a distintos aventureros del Atlántico para que atacaran a discreción a cualquier nave imperial que vieran, para afectar el comercio brasileño (y quedarse con el grueso de lo capturado).

Los rioplatenses apostaron, como es lógico, a una ofensiva terrestre para ganar el conflicto. Así, volvieron a la actividad varios veteranos que habían sido "reformados" en 1822, cuando Buenos Aires decidió licenciar a una parte del ejército que había peleado la guerra de la Independencia para reducir los gastos fiscales y quitarse de encima las posibles amenazas armadas. También se sumaron oficiales de distintas provincias (Halperin Donghi, 1985; Baldrich, 1974; Beverina, 1927).

Más difícil fue conseguir soldados. Apenas algunos se presentaron voluntariamente, porque el hecho de que en lugares como Buenos Aires la guerra fuera popular en su inicio no implica que quienes la apoyaban tuvieran ganas de ir a luchar en ella. Un puesto de soldado en teoría representaba un salario estable, además de un vestuario, en una sociedad no industrializada donde la ropa era cara, pero en las regiones directamente involucradas en el conflicto, los sueldos eran altos y el trabajo abundante, de manera que no había un gran aliciente en ese sentido para marchar al campo de batalla. Donde se presentaron varios voluntarios fue en la marina, debido al prestigio del almirante Brown, que se había destacado mucho en la década previa. "Gente que había servido con él y estaba definitivamente retirada en el interior del país", comunicó el cónsul estadounidense a su gobierno, "bajo el encanto talismánico de su nombre, se ha congregado espontáneamente a su alrededor desde más de cuarenta leguas a la redonda. Los marineros ingleses y norteamericanos se contagiaron de ese efecto eléctrico y surgieron muchos voluntarios, bien que su enganche fue totalmente paralizado por las protestas de Mr. Parish [el cónsul británico] y mías". (141)

El "rescate" de esclavos para el ejército, que fue clave en la guerra de la Independencia, se activó otra vez. En diciembre de 1828 se ordenó a la policía "el alistamiento de todos los esclavos que se hallan en el recinto de la Capital, útiles para el servicio de las armas". Pero el peso de la movilización fue más limitado esta vez, sobre todo porque la esclavitud estaba en franco descenso debido a que no había más tráfico ni nacían nuevos esclavos desde la sanción de la libertad de vientres; muchos hombres, además, habían obtenido su libertad por haber sido soldados en los años previos. Pero varios de ellos siguieron en servicio, y así, lo que quedaba del regimiento Río de la Plata –una unidad integrada por negros porteños que hizo la campaña del Perú con San Martín y había permanecido allí hasta 1824– regresó a

Buenos Aires y se incorporó a la nueva campaña. Otros cuerpos ya existentes fueron movilizados: desde Córdoba se sumaron fuerzas que habían pertenecido al Ejército Auxiliar del Perú hasta 1820 y desde Salta se sumó el batallón de Cazadores creado en 1824 para luchar en el Alto Perú contra los realistas. (142)

Pero el grueso del reclutamiento para integrar las filas se hizo de modo forzoso. Podía tratarse de soldados integrantes de una fuerza política rival a quienes los gobernantes querían alejar de la escena local, como ocurrió en Tucumán (donde varios de esos reclutas partieron llevando consigo a sus familias completas), o presidiarios que eran sacados de la cárcel para la ocasión, como pasó en Buenos Aires. Pero la mayoría pertenecía a lo que las autoridades llamaban "vagos", "mal entretenidos" y "perjudiciales", es decir, los trabajadores humildes, sobre todo los que no tenían protectores locales que los amparasen. Ellos formaron el grueso de los contingentes que fueron enviados desde distintas provincias a integrarse al ejército. Las distancias, los costos y las deserciones hicieron complicada la afluencia de soldados, por lo que el mayor peso del reclutamiento se concentró en Buenos Aires (Rabinovich, 2011; Fradkin, 2006; Di Meglio, 2006).

Buena parte de la infantería se formó con habitantes de la ciudad, mientras que el grueso de la caballería lo hizo con hombres de la campaña; en ambos lugares y en particular en el ámbito rural, la leva fue de gran alcance, sobre todo a principios de 1826. En agosto, un vecino porteño escribió en su diario que "en la ciudad y su campaña" el reclutamiento había causado estragos, ya que al no haberse distinguido "vagos, ni trabajadores, casados, ni solteros, hombres, y niños aun de doce años, quedaron las madres pobres, y padres ancianos, sin el amparo de su hijos, particularmente los de la campaña, que mandaban a sus hijos a vender leche a la ciudad; se vieron en la precisión las mismas mujeres hacer este oficio". (143) El descontento cundió en la provincia.

Aunque los datos no son precisos, para mediados de ese año se habían detenido y enviado al servicio militar más de dos mil personas de la campaña bonaerense y unas mil seiscientas de la ciudad, pero la presión seguiría allí de modo intenso en los meses siguientes; a ellos se sumaban los seiscientos setenta integrantes del ya mencionado batallón de Cazadores que partió de Salta y estaba integrado por jujeños, salteños, riojanos, tucumanos, puntanos y cordobeses (y también los alrededor de ciento cincuenta negros veteranos de la campaña sanmartiniana). No se conocen las cifras de las tropas reunidas en el Litoral y en la Provincia Oriental, en la que la movilización había sido previa. El ejército comenzó su marcha a principios de 1827 con unos seis mil hombres, a los que luego se

agregaron otros; para febrero tenía entre siete y ocho mil en el frente (Baldrich, 1974; Comando en Jefe del Ejército, 1971: 352; Halperin Donghi, 1985: 226).

El peso de las levas, el desinterés en la guerra –particularmente fuerte en aquellos que procedían de zonas lejanas al área de conflicto– y la indignación generada por los abusos de las partidas reclutadoras provocaron rápidamente algo usual en los ejércitos de la época: altas tasas de deserción. Por ejemplo, los Cazadores del interior perdieron alrededor del 30% de sus soldados en la marcha hacia el Litoral; por eso algunos fueron conducidos con las manos atadas o encadenados, para que no se fugaran. Los oficiales se quejaban de la deserción permanentemente y en todas las unidades; las hubo individuales o en pequeños grupos, que iban desangrando lentamente las filas, y también episodios más importantes. Al llegar a la Bajada del Paraná los soldados puntanos protagonizaron un motín y una deserción en masa, aunque varios volvieron a su batallón. En Buenos Aires, el cabo Eustaquio Baigorria planeó una deserción masiva junto con sus soldados, que fracasó porque fueron delatados. Baigorria fue fusilado como escarmiento al resto. (144)

En su período de formación, el cuerpo de artilleros también quiso rebelarse, según su jefe, por influjo de algunos presidarios que estaban en la tropa y con la dirección de un sargento, aunque creía que todos se sumarían “porque sabían que eran gente forzada que estaba muy descontenta con la vida militar”; fueron delatados y los líderes terminaron castigados a palazos. Pero ninguna condena detuvo el fenómeno y las deserciones continuaron ininterrumpidamente (Iriarte, 1945: 325 y 331-333).

No era fácil para un desertor escapar de las persecuciones, pero en general quien estaba en esa situación recibía apoyo popular. Un comisionado de Buenos Aires fue enviado al interior en misión secreta, para lo cual le dijeron:

> [L]uego que saliese del territorio de la provincia de Buenos Aires hiciese entender a la gente de la campaña por donde transitase que era desertor de las tropas de Buenos Aires, que se iba para su tierra, y que con esta estratagema podría fácilmente llegar a su destino en razón de que los Pueblos comparaban [¿amparaban a?] los desertores. (145)

Un resultado de esto en la campaña bonaerense fue la aparición de diversas partidas de desertores que realizaban robos de ganado, e incluso se formaron montoneras que se expresaron abiertamente contra las autoridades, como la que atacó Navarro y Luján en diciembre de 1826 (Fradkin, 2006).

Más allá de los inconvenientes y de la dificultad de sostener y aprovisionar a la estructura militar, el ejército fue tomando forma en

su campamento al sur de Entre Ríos. Pocos suponían que Martín Rodríguez estaba capacitado para dirigir una fuerza de envergadura. Además tuvo un riesgoso conflicto con Lavalleja, quien aspiraba a dirigir el ejército y en un momento se alejó enojado de la escena, complicando la articulación de las fuerzas orientales con el resto. Rivera, que era su rival, se movió para ocupar ese lugar, pero las autoridades de Buenos Aires preferían negociar con Lavalleja, en quien tenían más confianza. Este líder finalmente aceptó dirigir las fuerzas orientales dentro del ejército. Rivera, descontento, organizó una agitación que terminó cuando se ordenó su detención, que eludió huyendo a Santa Fe. Hubo quien temió, durante estos hechos, un regreso de la oposición entre orientales y porteños de la década previa; sin embargo, al final, sobre todo por la acción de Lavalleja, la tensión se desvaneció. Rodríguez, a su vez, fue reemplazado en el mando por el general Carlos de Alvear. Pese a haber estado dedicado durante años a la intriga política, este último recordó sus tiempos de formación en las guerras napoleónicas de Europa y durante meses se ocupó de entrenar a las tropas adecuadamente para abrir la campaña. Cuando terminaba 1826, un año después de la declaración de guerra, el "ejército republicano", tal su nombre, estaba listo para entrar en acción.

Sistemas enfrentados

La guerra hizo chocar dos sistemas políticos. Hasta 1820 existieron entre las elites rioplatenses grupos que bregaron por una monarquía constitucional como alternativa para cerrar el ciclo revolucionario, pero a partir de entonces se impuso de modo indiscutible la república –con la implementación legal del sistema representativo– que había sido ensayada de facto desde la revolución de 1810. Esto fue acompañado de una celebración ideológica del republicanismo, de los ciudadanos virtuosos y los valores clásicos, en distintas provincias. Desde esa perspectiva, el conflicto con Brasil aparecía no solo como una consecuencia de la tradicional animadversión contra los portugueses, a la que el cónsul estadounidense en Buenos Aires llamó "el gran talismán de popularidad en estas Provincias", (146) sino como una lucha contra la monarquía en América.

Los opositores porteños, que pronto formarían el partido federal, criticaban hacía años a quienes admitían a Brasil como un nuevo país independiente en el contexto americano, ya que lo veían como una punta de lanza del despotismo europeo. En efecto, Europa estaba dirigida desde 1815 por la Santa Alianza –el acuerdo entre Austria, Prusia, Rusia y, durante varios años, también Gran Bretaña y Francia–, que condenaba los gobiernos surgidos de revoluciones en

Hispanoamérica y a cualquier república. Aunque la de Brasil era una monarquía constitucional, fruto de una "revolución conservadora", muchos americanos la percibían como una contradicción para una América considerada como el opuesto del absolutismo europeo, una tierra de libertad. Por eso los federales clamaban, cuando comenzó el levantamiento oriental: "guerra contra el déspota de Brasil, contra el amigo de la Santa Alianza, contra ese hombre con corona". (147)

En vísperas de la guerra por la Banda Oriental, tal era también la posición de muchos americanos, entre ellos Simón Bolívar y José Sucre, quienes en 1825 estaban en Bolivia, el Estado que se creó en el Alto Perú en homenaje al primero de esos libertadores y que fue presidido por el segundo. Por eso, si bien el sector que había dirigido Buenos Aires desde 1820 había aceptado sin problemas la monarquía brasileña y tenía, en cambio, una desconfianza enorme hacia Bolívar y su política americana, decidió enviar una misión a entrevistarse con él –antes de que estallara la guerra– para buscar una alianza contra el imperio. Los diplomáticos, José Díaz Vélez y Carlos María de Alvear (quien al retornar sería nombrado general del ejército), se vieron con Bolívar y con Sucre en Potosí. El acuerdo pareció concretarse, pero los problemas de la nueva Bolivia, sumados a los desafíos que Bolívar enfrentaba en el Perú y en Colombia, terminaron dando por tierra con esa posibilidad (Seckinger, 1976).

Cuando se declaró la guerra, para justificarla todos acudieron al republicanismo en auge: no fue casual que el nombre adoptado por la fuerza militar rioplatense fuese "ejército republicano". Y pronto las Provincias Unidas pasaron a llamarse, por primera vez, República Argentina (cuyo singular, además, era más coherente con el proyecto centralista de los unitarios). Entonces, la guerra se llevaba adelante para liberar un territorio que había sido parte de las Provincias Unidas, pero también para derribar la monarquía, esa intromisión transatlántica, y contribuir a convertir a Brasil en una república. La proclama con la que el gobernador Las Heras convocó a los "ciudadanos" a la movilización es muy explícita:

> Que los pueblos brasileros tengan en nosotros un ejemplo que reanime su coraje para arrojar el azote que los degrada y los consume; y que las Repúblicas aliadas vean siempre las banderas de las Provincias Unidas del Río de la Plata flamear a la vanguardia en la guerra de la libertad. Si alguno hay entre nosotros que no se conmueva á este noble sentimiento, la execración caiga sobre él, y lo confunda. ¡Bravos, que habéis dado la independencia a nuestra Patria! Descolgad vuestras espadas. Un Rey, nacido del otro lado de los mares insulta nuestro reposo y amenaza la gloria y el honor de nuestros hijos. ¡A las armas, compatriotas! ¡A las armas! (148)

Por su parte, los brasileños defendían las ventajas del "gobierno monárquico constitucional, el más adoptado por los mejores escritores

políticos", que lo separaba de la inestabilidad de las repúblicas, de los "países anárquicos, inquietos y tiranizados por los salteadores de la región de Magallanes". (149)

Más allá de esta gran diferencia ideológica, aparecen fuertes semejanzas entre los beligerantes. Vistas en espejo, Buenos Aires y Río de Janeiro, las capitales en conflicto, enfrentaron problemas similares: grandes dificultades para financiar el esfuerzo militar –ambas recurrieron al endeudamiento– y para reunir hombres y pertrechos, una gran resistencia al reclutamiento que devino en descontento social y una complicada situación política interna. (150)

En el caso rioplatense, los problemas fueron acuciantes. El bloqueo brasileño obligó al gobierno a emitir billetes, lo que generó una ola inflacionaria, sobre todo en Buenos Aires. En cuanto a la situación interna, lejos de cumplirse el plan unitario de abroquelamiento nacional por la guerra, las diferencias se agudizaron por la acción del Congreso. Este había funcionado en su inicio con la suma moderación que procuraron todos los diputados para evitar tensiones entre provincianos y porteños. En enero de 1825 sancionaron la Ley Fundamental, que delegaba el manejo de las relaciones exteriores y la guerra en Buenos Aires, y prohibía la intervención del Congreso en las provincias; la discusión sobre una constitución se postergó hasta que se lograra consenso al respecto, y su aprobación final quedaba en manos de las provincias. Dos meses más tarde se había creado el ejército, sobre el cual hubo acalorados debates, pero que consiguió apoyo mayoritario.

No obstante, en simultáneo la armonía empezó a resquebrajarse cuando el gobernador de Córdoba, Juan Bautista Bustos, quien había perdido su puesto en febrero de 1825 –la elección en la legislatura provincial terminó empatada y se definió por sorteo–, fue devuelto al cargo a través de una movilización callejera y de algunas tropas. El Congreso expresó su repudio a la nueva elección, soliviantado por algunos diputados cordobeses que aprovecharon para tratar de apartar a Bustos. Pero este se mantuvo en su lugar y se convirtió en el principal opositor al unitarismo. La tensión aumentaría cuando en noviembre del mismo año el coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid, quien fue enviado por el Congreso a organizar fuerzas para el ejército republicano en Tucumán, su lugar de origen, las usó para hacerse del poder provincial. Pese a lo legislado, el Congreso se involucraba.

Las cosas empeoraron tras la declaración de guerra a fines de 1825. Los unitarios abandonaron su cautela y aceleraron los pasos para edificar un Estado centralizado a través de dos medidas, que impusieron fácilmente en el Congreso pero generaron mucha resistencia fuera de él. Una fue la Ley de Presidencia, que creaba un poder ejecutivo fuerte antes de que se sancionara la constitución; de

inmediato eligieron a Rivadavia para ocupar el cargo. La otra fue la Ley de Capitalización, por la cual la ciudad de Buenos Aires era separada de la provincia y se convertía en capital nacional, mientras el resto de la provincia debía dividirse en dos nuevas: al sur, la del Salado, con capital en Chascomús, y al norte, la del Paraná, gobernada desde San Nicolás de los Arroyos. (151)

No eran pocos los que se negaban a que Buenos Aires dejara de existir, pero la ley se aprobó, obligando al gobernador Las Heras a renunciar y a la legislatura porteña a disolverse. Así, todo el poder quedaba en manos de un gobierno central identificado completamente con la ciudad, que conservaba el puerto y la aduana, que prescindía de la campaña. La consecuencia fue un realineamiento político: una parte de la elite porteña, sobre todo un grupo de estancieros poderosos encabezado por Juan Manuel de Rosas y los hermanos Anchorena, dejó de colaborar con el partido que había dirigido los destinos de la provincia desde 1820 y empezó a apoyar a los federales porteños. (152)

Las dos guerras

Los choques militares entre argentinos y brasileños tardaron en comenzar, dada la lentitud de la organización de las fuerzas. Los primeros fueron navales: en febrero de 1826, el almirante Brown intentó con su escuadra tomar Colonia del Sacramento, pero fue rechazado. Tuvo revancha en junio, cuando obtuvo un triunfo frente a los bloqueadores en el combate de Los Pozos, que la población porteña presenció desde la costa; a su término, Brown fue llevado en andas por la ciudad.

Y como ocurrió con todos las conflictos militares internacionales que libró la Argentina en el siglo XIX, este se dio en paralelo a una guerra civil. En agosto de 1826, el coronel catamarqueño José Figueroa Cáceres ingresó en su provincia desde La Rioja y derrocó al gobernador Manuel Gutiérrez, partidario del Congreso. El depuesto recuperó su cargo con ayuda de Lamadrid desde Tucumán y ordenó fusilar a Figueroa Cáceres. Ello llevó a la intervención de los riojanos, quienes derrotaron a Gutiérrez y después hicieron lo propio con Lamadrid en Tucumán. Marcharon luego hasta San Juan y también allí vencieron a los partidarios del unitarismo. El jefe riojano, el comandante de milicias Facundo Quiroga, se transformó en un personaje clave del federalismo. Hasta poco antes había apoyado el proyecto unitario, pero la injerencia del Congreso en las provincias lo hizo cambiar de bando. La Rioja, Córdoba y Santiago del Estero se convirtieron en opositoras abiertas a la política del Congreso.

En ese complicado panorama político, Alvear abrió la campaña:

marchó hacia el norte a fines de 1826 y penetró en Río Grande del Sur. Los imperiales enviaron a una parte de su flota a remontar el río Uruguay para obstaculizar sus acciones, pero fueron interceptados por la escuadra de Brown, que los venció en la batalla de Juncal a principios de febrero de 1827. Casi en simultáneo llegaron victorias por tierra en los combates de Ombú y Bacacay, que sirvieron de preámbulo al principal enfrentamiento de toda la guerra: Ituzaingó (llamada por los brasileños Passo do Rosário), que se libró el 20 de febrero. Fue la batalla campal más grande que hubiera librado una fuerza militar rioplatense hasta entonces, ya que casi ocho mil hombres pelearon del lado republicano ese día, frente a un enemigo equivalente. Las cargas de la caballería republicana rompieron las líneas imperiales, que debieron retirarse del campo. (153)

De todos modos, los rioplatenses no pudieron aprovechar el triunfo. Alvear decidió no perseguir a los vencidos y eso le generó una gran tensión con sus oficiales, pero el general creyó que sus tropas no estaban en condiciones de continuar sin reorganizarse. Un problema central era que en el ejército primaba la caballería –el arma preferida por los rioplatenses en la década de 1820– y según Alvear, hacían falta "tres o cuatro mil hombres" de a pie, "pues todo el terreno del continente es propio exclusivamente para infantería". (154) Además había graves dificultades en el abastecimiento de caballos y otros suministros. A la vez, las deserciones diezmaban las filas, mientras que varios contingentes correntinos, entrerrianos y orientales se dedicaron a apoderarse de ganado brasileño para reconstruir los arruinados *stocks* de sus provincias, que habían sido devastados por años de incursiones portuguesas y conflictos civiles.

Ituzaingó y los otros triunfos de febrero de 1827, a los que se sumó en marzo el rechazo de una expedición brasileña contra Carmen de Patagones –la base de los corsarios republicanos–, no fueron suficientes para eliminar el escepticismo de muchos dirigentes acerca de la posibilidad de ganar el conflicto. El bloqueo afectaba la economía y las posibilidades de sostener una guerra larga eran escasas. Políticamente había un doble impedimento: la fuerte oposición de la población de Buenos Aires a cualquier nuevo reclutamiento masivo de hombres y la negativa de las provincias contrarias al proyecto unitario a auxiliar al gobierno. Muchos de los partidarios de este, antes belicistas, empezaron a buscar una paz que les permitiera volcar al ejército contra las provincias díscolas. (155)

El otro promotor de un acuerdo era el Reino Unido, la gran potencia mundial del momento, cuyos comerciantes en Europa y en Buenos Aires se veían muy perjudicados por la interrupción de los intercambios que generaba el bloqueo imperial. El Foreign Office presentó la fórmula para concluir la guerra: el territorio en disputa se

convertiría en un estado independiente. Esa opción podía dejar más o menos bien parados a ambos beligerantes, evitaba que ambas orillas del Río de la Plata quedaran en las mismas manos si ganaban los republicanos, o que Brasil se fortaleciera demasiado si triunfaba, tras lo cual algunos británicos temían que pudiera asociarse con Francia u otro contra su predominio. De todos modos, esa era la opción de máxima, pero los diplomáticos del Reino Unido se mostraron dispuestos a más posibilidades con tal de poner fin al conflicto. En un primer momento no les fue fácil impulsar la propuesta, porque el emperador se negaba a negociar nada que no fuera su total dominio sobre la provincia en disputa, pero encontró mejor recepción en el gobierno argentino, dispuesto a aceptar el plan en caso de no imponer el suyo de obtener el territorio a cambio de una indemnización. (156)

Los británicos enviaron a un mediador, lord Ponsonby, quien mantuvo una relación tensa tanto con el intransigente emperador don Pedro como con Rivadavia, que desde su elección como presidente había cambiado su habitual buen vínculo con los ingleses por una actitud más distante. En su correspondencia, Ponsonby lo acusó de duplicidad, porque le aseguraba que quería la paz mientras conservaba su discurso belicista hacia la población. De todos modos, el británico fue imponiendo sus condiciones y el gabinete imperial presionó a don Pedro para que iniciara negociaciones. En abril de 1827, el gobierno argentino envió a Manuel García a Río de Janeiro. García no había ingresado en el grupo unitario y se había opuesto a la guerra, pero lo enviaron por tratarse del más anglófilo, puesto que ya había sido diplomático en esa ciudad, y posiblemente para involucrarlo en el costo político que cualquier acuerdo no victorioso pudiera generar; también, para mostrar a los británicos que si García no lo conseguía, era porque el obstáculo para la paz no estaba en Buenos Aires sino en los brasileños. (157)

Las derrotas militares tenían en jaque el prestigio del emperador, quien no quería ceder en nada. Y ante sus negativas, García, obsesionado por poner fin al conflicto, negoció como un vencido, firmando un tratado por el cual la Banda Oriental quedaba en manos brasileñas, se desarmaba la isla de Martín García y el imperio recibía una indemnización de guerra… En junio de 1827 el diplomático desembarcó en Buenos Aires y se conocieron los detalles de la paz, que generaron una enorme indignación en la población y en todos los sectores políticos, incluso en los unitarios. Pero su posición quedó muy debilitada porque, si bien García se había excedido en sus instrucciones, el gobierno de Rivadavia en efecto lo había autorizado a ofrecer una suculenta indemnización para poner freno a la guerra, y en la coyuntura de irritación, no podía darse a conocer ese dato. Por tal motivo, quisieron evitar la menor discusión del tema; sin embargo,

algunos federales insistieron, por lo cual se convocó a una sesión secreta del Congreso, que tuvo que ser disuelta cuando los unitarios intentaron agredir a quienes quisieron debatir lo ocurrido. Incluso circuló el rumor de que algunos de ellos querían asesinar a García para que no hablara, por lo que este buscó la protección de Dorrego, su adversario político. Este se apostó armado con algunos hombres en la casa del diplomático, a fin de impedirlo. (158)

Rivadavia quiso superar la situación poniéndose al frente del rechazo general; se imprimieron carteles en teoría anónimos, que se colgaron en las calles de Buenos Aires, acusando a los ingleses de ser los responsables del deshonroso tratado (en verdad, lo habían avalado, a pesar de que no se ajustaba a lo que ellos habían planteado inicialmente). Ponsonby, irritado, escribió al Foreign Office: "si no abrimos los ojos tendremos los tiempos de Beresford otra vez". (159)

Al mismo tiempo, el presidente intentó una aproximación a los gobernadores provinciales. Pero no funcionó; el gobierno ya era impopular y no logró sobrevivir al cimbronazo del tratado. Rivadavia tuvo que renunciar y fue reemplazado efímeramente por Vicente López. Pero el Congreso había fracasado también y, con casi todas las provincias contra él, se decidió clausurarlo. Buenos Aires volvió a ser una provincia y quedó a cargo de las relaciones exteriores. El nuevo encargado de llevar adelante la guerra fue el líder federal de esa provincia, Dorrego, quien fue elegido gobernador. Alvear renunció al mando del ejército y fue reemplazado por Lavalleja, lo que despertó la indignación de varios oficiales que suponían al "gaucho" incapaz de tal misión.

Agotados (160)

Al comenzar 1828 la guerra estaba estancada. Lavalleja retiró a las tropas republicanas hacia el sur, a Cerro Largo, para evitar sorpresas, pero la falta de asistencia llevó a sus hombres a vivir del terreno, como se había hecho en otras ocasiones en los conflictos de la región, y se dedicaron sobre todo a tomar ganado riograndense. Sus posteriores y limitados intentos de ofensiva fracasaron. Los ejércitos se encontraban cerca uno del otro, en torno del río Yaguarón (hoy, límite entre Uruguay y Brasil); además, los imperiales conservaban en su poder las ciudades de Montevideo, Colonia y Maldonado, que estaban sitiadas por los rioplatenses. Los imperiales reorganizaron su ejército –el propio don Pedro hizo un viaje a Río Grande del Sur para supervisarlo–, pero lo cierto es que ninguno de los contendientes estaba en condiciones de afrontar una campaña eficaz, mientras los respectivos gobiernos enfrentaban complicadas situaciones financieras. El cónsul británico en Montevideo comunicó que "los

beligerantes están reducidos a un estado último de extenuación". (161)

Las deserciones continuaron incansablemente, tanto en el ejército como en la marina. La tripulación de la sumaca *Buenos Ayres* se insurreccionó frente a Patagones y quiso desertar, pero fue detenida; mientras que en la goleta *Guanaco*, algunos marineros y soldados se amotinaron, mataron al comandante, tomaron otra embarcación y se internaron en el río Paraná. Las poblaciones estaban cansadas de guerra y se oponían a cualquier reclutamiento. (162)

A pesar de los inconvenientes, Dorrego se dispuso a continuar la lucha. Quería que Lavalleja volviese a abrir la campaña y para eso tenía "el plan de formar más infantería" y mandar más refuerzos; aprovechando su buena relación con varias provincias, reanudó las tratativas para aceptar los ofrecimientos de estas para auxiliar al ejército republicano. También inició tratativas para adquirir barcos en Estados Unidos con los que reforzar la escuadra para enfrentar a los bloqueadores. Pero su voluntad de darle un nuevo impulso al conflicto se vio trabada por la falta de recursos. Todos los que querían forzar al gobernador a buscar la paz encontraron en este punto un modo de presionar; tanto la legislatura porteña como los financistas locales y británicos querían finalizar la guerra de inmediato y retacearon los fondos necesarios para sostener un nuevo esfuerzo bélico. Las dificultades económicas eran tan grandes que la orden para Lavalleja corroboró lo que ya las tropas venían haciendo: ir a Río Grande "a vivir del enemigo". (163)

De todos modos, Dorrego impulsó otro plan que no dependía de recursos de Buenos Aires: en octubre de 1827, acordó con el gobernador de Santa Fe, Estanislao López, la realización de una empresa que financiaría esa provincia junto con los entrerrianos y correntinos, quienes a cambio se quedarían con el botín que obtuviesen: atacar a los brasileños en las Misiones Orientales, los siete pueblos guaraníes que habían caído en poder portugués en 1801. López nombró a Fructuoso Rivera al frente del denominado Ejército del Norte, decisión que fue rechazada por Dorrego para no tener problemas con Lavalleja, a quien le hizo saber que su rival no sería parte de la expedición. (164)

Pero mientras López organizaba la fuerza a paso lento, Rivera se movió con audacia: en febrero de 1828, sin autorización del gobierno porteño, penetró con una tropa reducida en la Provincia Oriental, donde recibió el apoyo de hombres enviados como refuerzo al ejército republicano que se pasaron a su lado, de paisanos que lo siguieron en la empresa, de grupos guaraníes que en su momento habían apoyado a Artigas, y de indígenas charrúas y minuanos que vivían junto al río Uruguay. El escuadrón Defensores del Honor Nacional se sublevó para

sumarse a Rivera, pero fue interceptado y destruido, como parte de la reacción de Lavalleja, quien al enterarse había acusado a su adversario de estar en connivencia con los brasileños y había enviado una fracción de sus fuerzas a atacarlo, para lo cual levantó provisoriamente el sitio de Montevideo. Sin embargo, Rivera logró seguir adelante y en mayo se apoderó de las Misiones Orientales y de mucho ganado. La acción tuvo consecuencias importantes, ya que terminó de convencer a don Pedro de aceptar el plan británico de una paz en la que perdía la Provincia Cisplatina, pero recuperaba las misiones. (165)

Otro recurso implementado por Dorrego fue aumentar el volumen de la guerra de corso para descalabrar el comercio imperial. La actividad estaba a cargo de aventureros de diferente procedencia, se financiaba a sí misma y brindaba ganancias a algunos sectores porteños, por ejemplo, a quienes vendían como "libertos" en Buenos Aires a los esclavos capturados en barcos brasileños, haciendo caso omiso en el contexto bélico de la prohibición de tráfico que existía desde 1812. El ministro de Hacienda José María Rojas y Patrón defendía a los corsarios, y muchos años más tarde comentó que "no estábamos para acciones caballerescas, sino para fechorías. Dicen que la necesidad tiene cara de hereje". (166)

Junto con este, el gobierno porteño implementó otro proyecto más directo para hostigar al imperio de modo no convencional: aprovechar el descontento que cundía entre los soldados mercenarios irlandeses y alemanes contratados por don Pedro, debido a las malas condiciones de vida y los atrasos en los pagos. Un aventurero de ese origen, Federico Bauer, había estado en Brasil y presenciado el malestar de su coterráneos, tras lo cual se dirigió a Buenos Aires para ofrecer, a cambio de un dinero, influir en ellos para que desertaran del ejército imperial y se incorporasen al republicano. Rivadavia desechó la idea, pero tras su caída, Bauer volvió a intentarlo y esta vez encontró una buena recepción en Dorrego. En noviembre de 1827, el gobernador y Bauer en secreto acordaron un tratado, que el segundo firmó como "apoderado" de los soldados alemanes, por el cual los mercenarios dejarían de servir en las fuerzas imperiales, pasarían a ser pagados por el gobierno porteño y procurarían apoderarse de la isla de Santa Catarina (hoy conocida como Florianópolis) para crear allí una república independiente, quitándole territorio a Brasil; si no lo lograban, se instalarían en Buenos Aires. (167)

Bauer fue trasladado sigilosamente a Río de Janeiro y no se sabe qué hizo allí, pero en junio de 1828 se produjo en dicha capital un levantamiento de los mercenarios irlandeses y alemanes; los documentos de la época en Brasil no mencionan a Bauer, y se consideró que la causa fue el descontento reinante entre las tropas,

que devino estallido cuando un soldado fue duramente azotado por una falta menor contra una oficial. El motín llevó a un violento enfrentamiento callejero entre mercenarios y pobladores negros de la ciudad, antes de ser vencido por fuerzas leales. El resultado inmediato fue una exacerbación de los sentimientos antiextranjeros en Río y, según informaron diplomáticos porteños allí presentes, el episodio tuvo como efecto fortalecer la fidelidad al emperador, más que debilitarlo. (168)

Otra oportunidad de continuar luchando fue ofrecida a los rioplatenses por Sucre, presidente de Bolivia, quien reflotó la posibilidad de una intervención boliviana en el conflicto a cambio de una alianza para defenderse de una eventual agresión por parte del Perú, con el cual mantenía una relación tensa. En simultáneo, para ganar tiempo y tratar de contrarrestar la influencia británica, Dorrego apeló a su vínculo con Bolívar para proponer que Colombia se agregara al Reino Unido como mediador entre los beligerantes, aunque en los hechos la mediación colombiana quedaría prácticamente en la nada (Seckinger, 1976: 259-260). Nadie se mostraba en condiciones de ganar la guerra y la llave de su resolución volvió a quedar en manos británicas.

La negociación de la paz

Para la misma época en que los mercenarios se rebelaban en Río de Janeiro, el gobierno porteño, a cargo de las relaciones exteriores rioplatenses, ya se había resignado a acordar la paz. Ello se debió en buena medida a la presión sobre Dorrego del grupo “neofederal”, conducido por Rosas y los Anchorena, que anhelaba terminar con un conflicto que arruinaba la economía bonaerense.

Para Dorrego y los “viejos” federales porteños la paz era un problema, porque durante años habían impulsado la guerra para liberar la Banda Oriental, y una vez que esta empezó, se opusieron rotundamente a los intentos de acuerdo de los unitarios. Ante la perspectiva de paz, Dorrego imaginó que la separación oriental sería algo de solo unos años, después de los cuales suponía que podría reintegrarse al resto de las provincias rioplatenses. “La República admite la independencia temporal de la provincia disputada por un período fijo, pasado el cual delibere ella misma el modo de fijar permanentemente su existencia política”, comunicó el diplomático porteño Tomás Guido a Ponsonby. Don Pedro, por su parte, estaba dispuesto a pactar, pero todavía soñaba con mantener aunque fuera su dominio sobre la ciudad de Montevideo. Sin embargo, el agotamiento era tan grande que todos terminaron por aceptar la propuesta británica, basada en la independencia absoluta del territorio oriental

entero. El 12 de julio de 1828, los plenipotenciarios rioplatenses –Guido y Juan Ramón Balcarce– partieron a bordo de un buque británico hacia Río de Janeiro. (169)

De todos modos, Dorrego puso en marcha otro proyecto en paralelo: incentivar levantamientos dentro del imperio, cuyo fin era convertirlo en una república, o tal vez en más de una. La posibilidad de una rebelión republicana en Brasil había sido imaginada por los rioplatenses desde el inicio de la guerra y habían intentado impulsarla sobre todo en Río Grande del Sur, provincia en la cual existía cierto malestar con el centro del imperio. En esta oportunidad, el plan era más concreto: habría una tarea de agitación a cargo de Antonio Carlos y Martín Alfonso de Andrada, personajes destacados de la escena política brasileña que habían terminado oponiéndose a don Pedro en 1823 y fueron por eso exiliados. Estos llegaron a Buenos Aires y acordaron con Dorrego impulsar una movilización republicana en San Pablo, donde gozaban de gran influencia. Incluso se rumoreaba que había arribado de incógnito otro hermano de los Andrada, José Bonifacio, el arquitecto de la independencia de Brasil, quien también fue enviado al destierro tras su ruptura con el emperador. El plan incluía secuestrar a don Pedro en su propia capital, aprovechando que habitualmente paseaba solo por el Jardín Botánico. Aparentemente fue un joven alemán de su guardia quien presentó la idea; "proponía entregar la persona del emperador atado, a bordo de un corsario velero nuestro, que se presentase en la boca del puerto del Janeiro. Por orden del señor Dorrego salió de aquí un bergantín corsario, llamado el Níger, al mando del capitán Coe", quien sin embargo fue interceptado antes de llegar a Brasil. (170)

Ponsonby descubrió la trama y advirtió duramente a Dorrego que no se opusiera más a la paz: "Vuestra excelencia no puede tener ningún respeto por la doctrina expuesta por algunos torpes teóricos de que América debería tener una existencia política separada de la existencia política de Europa", decía, aludiendo a la doctrina Monroe de 1823. Explicitaba con extrema claridad el posible alcance del poder británico:

> [E]l comercio y el común interés de los individuos han creado lazos entre Europa y América, lazos que ningún gobierno ni tampoco acaso ningún poder que el hombre posea puede ahora disolver. Y mientras estos lazos existan, Europa tendrá el derecho y ciertamente no carecerá de los medios ni de la voluntad de intervenir en la política de América, por lo menos en la medida necesaria para la seguridad de los intereses europeos. (171)

A pesar de la amenaza, Dorrego siguió adelante con su idea, tal como se ve en una carta que le escribió a Guido:

> ¿Por qué pues precipitarnos a celebrar una paz imprudente cuando con unos días más de demora el Emperador no solamente entrará por una independencia temporaria, al término de la cual la Banda Oriental se decida precisamente a qué Estado quiere pertenecer, sino tal vez nos devolverá simplemente la Provincia Oriental a trueque de no perder su imperio?

Sostenía su afirmación en una serie de datos que resultaron falsos: que el grueso de Río Grande del Sur estaba cayendo en manos de Rivera y que en Minas Gerais se había iniciado una agitación. De cualquier manera, Guido contestó que a esa altura ya no podían dar marcha atrás y se negó a cumplir las nuevas instrucciones. (172)

Así, el 27 de agosto de 1828 se firmó la Convención Preliminar de Paz. La "Provincia de Montevideo" se convertía en un país independiente, los rioplatenses abandonaban el territorio imperial incluidas las Misiones y ponían fin a las operaciones de corso; los brasileños levantaban el bloqueo de Buenos Aires y desocupaban las ciudades orientales; los ríos de la cuenca del Plata se convertían en vías de libre navegación durante quince años. Pero no se establecieron los límites entre el nuevo Estado oriental y Brasil. Y, aunque no se lo señaló por escrito, el acuerdo ponía fin a los saqueos de ganado. El emperador, "al tomar la pluma para firmar el tratado de paz, dijo 'vamos a concluir esta guerra de ladrones' y recordó francamente, que antes los brasileros del Río Grande habían hecho lo mismo en la Banda Oriental". Después de casi tres años de enfrentamiento, había llegado la paz. (173)

En Buenos Aires la noticia generó entusiasmo. Cuando Balcarce y Guido retornaron, fueron saludados con salvas de artillería "entre medio de un sinnúmero de gente, que los acompañó hasta la casa del señor gobernador, entre vivas, y aclamaciones". Los términos del acuerdo se dieron a conocer a través de bandos que se pegaron en todas las plazas de la ciudad "al son de cajas, y músicas militares". Y se hizo una gran celebración centrada en la Plaza de la Victoria, para la cual hubo "iluminación general en la ciudad, salvas, repiques, músicas, castillos de fuegos, danzas de niños, comedias, óperas, etc., con que se divirtió el público y se celebró tan plausible y deseada paz, que nos ha sido tan honrosa" (Beruti, 1960: 4007-4008). Los festejos siguieron durante noviembre en distintos barrios y suburbios, costeados en parte por el gobierno y en parte por los vecinos. La alegría era general. (174)

El acuerdo fue también recibido muy favorablemente en las otras provincias. El 24 de septiembre los términos del tratado fueron presentados en San Lorenzo, Santa Fe, ante la convención reunida allí para reemplazar al fracasado congreso constituyente de Buenos Aires. Los convencionales los aprobaron y autorizaron que ese texto preliminar fuera ratificado. También los orientales se mostraron

conformes, a pesar de que no participaron en la negociación sobre su futuro; pero durante la guerra había ido creciendo entre ellos la predisposición a una posible independencia.

No todos, sin embargo, estaban de acuerdo con lo pactado. Los oficiales del ejército republicano regresaron del frente disconformes con una paz que juzgaban entregada a pesar de sus triunfos en el campo de batalla, molestos por los atrasos en pagos y suministros a que había quedado librada la fuerza después de Ituzaingó, y habiendo desarrollado una fortísima animadversión hacia los federales, a quienes juzgaban responsables del fracaso del gobierno nacional y, por lo tanto, de la posibilidad de continuar la guerra. En febrero de 1828, el general Enrique Martínez había comunicado desde el campamento del ejército republicano cuál era la opinión "que tienen todos los jefes y oficiales": no se resolvería el problema interno "hasta que una mano fuerte no ahorque a Bustos, Ibarra, López, Quiroga, y otros más" y se enviara "a sembrar papas" a Sucre y a Bolívar, referentes de los federales rioplatenses. (175)

Durante la guerra el ejército había generado un espíritu de cuerpo entre los oficiales y una disciplina de las tropas que permitieron a algunos de los jefes proyectar una organización nacional impuesta a través de su propia acción militar. Los referentes de esta idea eran los generales José María Paz y Juan Lavalle, que se habían acercado a los círculos unitarios. El primero fue nombrado jefe del ejército cuando en octubre de 1828 Lavalleja renunció al mando, y fue entonces el último en abandonar la zona del conflicto. Lavalle partió antes, con las fuerzas que llegaron a Buenos Aires en noviembre. El plan era que este tomara el poder allí, ya que era porteño, mientras que el cordobés Paz operaría sobre el interior con los soldados que eran originarios de las provincias y querían volver a sus hogares. Lavalle se insurreccionó apenas desembarcado, en diciembre de 1828 y fusiló a Dorrego, dando inicio a una nueva guerra civil entre unitarios y federales.

De este modo, el costoso enfrentamiento con Brasil terminó en más guerra. El Estado que lo dirigió se había mostrado incapaz de conducir una empresa militar de esas características (y lo mismo ocurrió en el imperio). Más que generar una unión, la guerra provocó más divisiones. Por lo tanto, aunque el conflicto resolvió coyunturalmente la vieja disputa por la Banda Oriental, y el nuevo Estado creado allí se volvió una pieza clave del juego rioplatense, no se trató de una guerra definitoria. Por el contrario, la lucha por el control de la cuenca del Plata tendría todavía varios capítulos más antes de ser resuelta.

Bibliografía

Alvear, Carlos María (1925), *Exposición que hace el general Alvear para*

contestar al mensaje del gobierno del 14 de septiembre de 1827, anotado por Juan Beverina, Buenos Aires, Biblioteca del Oficial, Talleres Gráficos de L. Bernard.
Andrews, George Reid (1989), *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial de La Flor.
Baldrich, J. Amadeo (1974), *Historia de la guerra del Brasil*, Buenos Aires, Eudeba.
Barba, Enrique (1982), *Unitarismo, federalismo, rosismo*, Buenos Aires, CEAL.
Barrán, José Pedro, Ana Frega y Mónica Nicoliello (1999), *El cónsul británico en Montevideo y la independencia del Uruguay. Selección de los informes de Thomas Samuel Hood (1824-1829)*, Montevideo, Universidad de la República.
Beruti, Juan Manuel (1960), "Memorias curiosas", en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Imprenta del Senado de la Nación, t. IV.
Beverina, Juan (1927), *La guerra contra el imperio del Brasil*, Buenos Aires, Biblioteca del Oficial.
Busaniche, José Luis (1965), *Historia argentina*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
Carretero, Andrés (1968), *Dorrego*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo.
Comando en Jefe del Ejército (1971), *Reseña histórica y orgánica del ejército argentino*, Buenos Aires, Círculo Militar.
Crespi, Liliana (1994),"Negros apresados durante las operaciones de corso con Brasil (1825-1828)", *Temas de Asia y África*, nº 2, Buenos Aires.
Di Meglio, Gabriel (2006), *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
— (2014), *Manuel Dorrego. Vida y muerte de un líder popular*, Buenos Aires, Edhasa.
Ferns, Henry (1992), *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
Fitte, Ernesto (1961), *Dorrego y Rosas. Entretelones del soborno de tropas mercenarias al servicio del Brasil*, Buenos Aires, Fernández Blanco.
Forbes, John Murray (1956), *Once años en Buenos Aires (1820-1831)*, Buenos Aires, Emecé.
Fradkin, Raúl O. (2006), *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo XXI.
— (2010), "Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense", en Susana Bandieri (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Frega, Ana (coord.) (2009a), *Historia regional e independencia del*

Uruguay. Proceso histórico y revisión crítica de sus relatos, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
— (2009b), "La 'campaña militar' de las Misiones en una perspectiva regional: lucha política, disputas territoriales, y conflictos étnico-sociales", en Ana Frega (coord.), *Historia regional e independencia del Uruguay*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
Gallo, Klaus (2005), "Un escenario para la 'Feliz experiencia': teatro, política y vida pública en Buenos Aires, 1820-1827", en Graciela Batticuore, Klaus Gallo y Jorge Myers (comps.), *Resonancias románticas; ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba.
— (2012), *Bernardino Rivadavia. El primer presidente argentino*, Buenos Aires, Edhasa.
Gorriti, Juan Ignacio (1936), *Papeles del Dr. Juan Ignacio de Gorriti*, Documentos para la Historia Argentina, publicados por Miguel Ángel Vergara, Jujuy, B. Buttazoni.
Halperin Donghi, Tulio (1985), *Historia argentina*, vol. 3: *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós.
Iriarte, Tomás de (1945), *Memorias*, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, vol. 3.
Lapido, Graciela y Beatriz Spota (recop., trad y notas) (1976), *The British Packet. De Rivadavia a Rosas*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
López, Vicente Fidel (1964), *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta el gobierno del general Viamonte*, Buenos Aires, Sopena, t. V.
Millington, Thomas (1996), *Colombia's Military and Brazil's Monarchy: Undermining the Republican Foundations of South American Independence*, Westport, Greenwood Press.
Museo Mitre (1911), *Papeles de Don Domingo de Oro*, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, t. I.
Ortega Peña, Rodolfo y Eduardo Luis Duhalde (1965), *El asesinato de Dorrego. Poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Peña Lillo.
Pimenta, João Paulo (2007), *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I.
— (2011), *Estado y nación hacia el final de los imperios ibéricos. Río de la Plata y Brasil, 1808-1828*, Buenos Aires, Sudamericana.
Rabinovich, Alejandro M. (2011), "El fenómeno de la deserción en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata: 1810-1829", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 22, nº 1, pp. 33-56.
Real de Azúa, Carlos (1990), *Los orígenes de la nacionalidad uruguaya*, Montevideo, Arca.

Romay, Francisco (1964), *Historia de la Policía Federal argentina*, Buenos Aires, Biblioteca Policial, t. II.
Rosa, José María (1973), *Historia argentina*, Buenos Aires, Oriente, t. IV.
Sabina Ribeiro, Gladys y Vantuil Pereira (2009), "O primeiro reinado en revisão", en Keila Grinberg y Ricardo Salles (coords.), *O Brasil imperial*, vol. I: *1808-1831*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
Saldías, Adolfo (1958), *Historia de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, Cenit, t. II.
Scheina, Robert (2003), *Latin America's Wars*, Washington DC, Brassey's, vol. 1.
Schmit, Roberto (2004), *Ruina y resurrección en tiempos de guerra. Sociedad, economía y poder en el oriente entrerriano posrevolucionario, 1810-1852*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Seckinger, Ron (1976), "South American Power Politics during the 1820s", *Hispanic American Historical Review*, vol. 56, nº 2, pp. 241-267.
— (1984), *The Brazilian Monarchy and the South American Republics, 1822-1831: Diplomacy and State Building*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
Soares, Carlos Eugenio Libano (2001), *A capoeira escrava e outras tradicões rebeldes no Rio de Janeiro. 1808-1850*, Campinas, Unicamp.
Tasso Fragoso, Augusto (1922), *A batalha do Passo do Rosário*, Río de Janeiro, Biblioteca do Exército.

135. Los principales en Argentina son Baldrich (1974) y Beverina (1927). Hay varios más y muchos otros en Brasil, que sería muy largo enumerar aquí.

136. Y se suman a la senda del gran texto de Real de Azúa (1990). Me refiero concretamente a Frega (2009a) y Pimenta (2011). Y hubo aportes imprescindibles en la historiografía latinoamericanista estadounidense, como Seckinger (1984) y Millington (1996). También Scheina (2003).

137. Puede verse el debate en el Diario de sesiones de la Honorable Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires, 12 de noviembre de 1823, pp. 484 y ss.

138. Véanse Real de Azúa (1990) y Frega (2009b).

139. El Argentino, a. II, nº 9, pp. 111, 20 de agosto de 1825.

140. Para la división del partido ministerial, véanse Halperin Donghi (1985) y López (1964).

141. Carta del 26 de enero de 1826, en Forbes (1956: 408).

142. La cita textual en Romay (1964: 241). Sobre los soldados negros en esa guerra, véase Andrews (1989).

143. "Memorias curiosas", 10 de agosto de 1826 (Beruti, 1960: 3990).

144. Archivo General de la Nación (AGN), sala X, legajo 29-9-9, Sumarios Militares,

86.

145. AGN, sala X, legajo 29-11-5, Sumarios Militares, 369.

146. Carta del 9 de febrero de 1821 (Forbes, 1956: 88). Como ejemplo de la exaltación republicana, véase Gallo (2005).

147. El Argentino, a. II, nº 5, pp. 59, 23 de julio de 1825. Sobre la "revolución conservadora", véase Pimenta (2011: 235 y ss.).

148. Impreso de 1825, en AGN, VII, 2669 (archivo Andrés Lamas).

149. Las citas pertenecen, respectivamente, a los periódicos Semanario Mercantil de Montevideo (redactado en portugués y en castellano), 26 de agosto de 1826, y Triunfo da legitimidade contra a facção de anarquistas, 9 de diciembre de 1825, ambos cit. en Pimenta (2007: 109-110).

150. Un panorama de la situación brasileña en Sabina Ribeiro y Pereira (2009).

151. Distintas obras generales relatan este devenir del Congreso; para una descripción detallada, véase López (1964).

152. Véase un análisis de esta situación en Halperin Donghi (1985).

153. La bibliografía sobre el combate es vasta. Véase, por ejemplo, el pormenorizado estudio de Tasso Fragoso (1922).

154. "Consideraciones del General Alvear sobre la posibilidad de una nueva campaña en territorio enemigo", en Alvear (1925: 126). Sobre todo lo expuesto, véanse Baldrich (1974), Beverina (1927), Halperin Donghi (1985), López (1964), Busaniche (1965) y Barba (1982). Véase también Schmit (2004).

155. El periódico unitario El Mensagero Argentino comentó que existía un rumor de una "leva rigurosa y general", en su n° 182, del 24 de febrero de 1827. Sobre el esfuerzo bélico porteño, véase Real de Azúa (1990).

156. Para detalles sobre las negociaciones que llevó adelante Ponsonby, véase Ferns (1992: 185 y ss.); también Real de Azúa (1990: 354 y ss.). La idea de que Brasil podía inclinarse por Francia se encuentra en la carta de Ponsonby al Foreign Office del 18 de enero de 1828, cit. en el apéndice de Ortega Peña y Duhalde (1965: 88).

157. Esta especulación es de Halperin Donghi (1985: 227). Sobre la relación de Rivadavia con los ingleses, véase Gallo (2012).

158. Así lo relató años más tarde el entonces miembro del Congreso José María Rojas y Patrón. Correspondencia entre Juan Manuel de Rosas y José María Rojas y Patrón, 24 de enero de 1865, en AGN, sala VII, 249, Archivo del Dr. Juan Ángel Farini.

159. Carta de lord Ponsonby a George Canning del 15 de julio de 1827 (FO 6/18), cit. en Rosa (1973: 67).

160. Este apartado y el siguiente se basan en Di Meglio (2014).

161. Carta de Hood del 5 de marzo de 1828, cit. en Barrán, Frega y Nicollielo (1999: 139). Sobre la situación militar, véase Baldrich (1974: 318 y ss.); la tradición bélica litoral, en Fradkin (2010: 167-213).

162. Los casos, respectivamente, en AGN, sala X, legajo 29-10-2, Sumarios Militares, 15, y legajo 30-3-1, Sumarios Militares, 895.

163. Sobre el plan de relanzar la campaña, véase Papeles de Don Domingo de Oro (Museo Mitre, 1911, t. I: 52), y sobre la infantería, carta de Trápani a Lavalleja, en el apéndice de Saldías (1958: 229). La última cita aparece en la carta ya mencionada de Rojas y Patrón, en AGN, sala VII, 249.

164. Toda la situación puede reconstruirse bien a partir de las cartas entre Dorrego,

Lavalleja y otros protagonistas, reunidas en el apéndice de Saldías (1958: 206-223).

165. Sobre los efectos, véase Frega (2009b: 156; en pp. 147 y ss., sobre la composición multiétnica de su tropa).

166. Carta de Rojas y Patrón a Rosas, ya citada, en AGN, sala VII, 43. Sobre los libertos, véase Crespi (1994).

167. Alemania no existía todavía como país unificado, pero se hablaba de "alemanes". Bauer y un socio obtendrían una comisión importante por sus servicios, más allá del resultado. La trama está contada con detalles en los primeros capítulos de Fitte (1961).

168. La descripción más detallada de lo ocurrido está en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, II-34, 16, 18, "Esboço fiel dos acontecimentos dos dias 9, 10, 11 e 12 de junho de 1828". Un análisis del caso en Soares (2001: 323-338).

169. Carta de Guido a Ponsonby, del 26 de enero de 1828, en AGN, sala VII, n° 2015, 13; sobre la posición brasileña, Ponsonby a Dudley, 26 de diciembre de 1827, 251 Public Record Office, FO 6/18, 363. Véase también Ferns (1992: 197).

170. Véase la carta ya citada de Rojas y Patrón, en AGN, sala VII, 47; también Ferns (1992).

171. Carta del 8 de agosto de 1828, cit. en Ferns (1992: 200).

172. Fragmentos de la carta están transcriptos en Carretero (1968: 155).

173. La referencia al emperador, en la carta de Rojas y Patrón ya citada, en AGN, sala VII, 45.

174. Según el periódico que se publicaba en inglés en la ciudad, reproducido en Lapido y Spota (1976: 205-208).

175. AGN, sala VII, n° 2015, 17.

CAPÍTULO 8

ENTRE TENSIONES Y RESISTENCIAS: LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACIÓN PERÚ-BOLIVIANA (1837-1839)

Marisa Davio

[Y]o celebraré mucho que entre el número de carretas viniese alguna con plata, pues nuestra posición en la vanguardia es muy precaria. […] Esto mismo es de indispensable necesidad que se le diga al Sr. Rosas: que antes podíamos responder con más seguridad de las provincias. […] nuestro ejército tenemos la ventaja de conservarlo contento y entusiasmado con muy poco valor […] pero querer formar un ejército sobre un volcán, como el aliciente a la carrera de solo esperanzas, no puede ser, hermano: porque nunca necesita más asistencia el soldado que en su primera formación, para que le halague aquella, hasta entrar en hábito a costumbre. Después ya se sujetan solo por ella, por el espíritu de cuerpo que se forma, el amor a la gloria y otros mil sentimientos que los unen y hacen soportar la privación que sufren. (176)

En la primera mitad del siglo XIX, el panorama político del suelo sudamericano ofrecía una serie de opciones a seguir de acuerdo a tradiciones políticas persistentes solapadas con la tradición republicana surgida a partir del contexto revolucionario. En este contexto, se desarrolló la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, que llegó a jugar un papel esencial en la resolución de conflictos entre Chile, la Argentina y la flamante Confederación, donde coexistían cuestiones sobre las características políticas de los nuevos Estados, la idea de la formación de una nación sobre la base de la antigua tradición inca del Tawantinsuyu, la tradición bolivariana y la defensa de la soberanía de los Estados surgidos luego de la lucha

independentista. (177)

La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana llegó a ocupar un lugar secundario en la historiografía argentina con respecto a otras guerras sucedidas durante la primera mitad del siglo XIX. Es probable que esta cuestión radique en que se haya privilegiado el estudio de conflictos que ponían en peligro la soberanía de todo el territorio argentino, según la perspectiva de los gobernantes y ministros contemporáneos y de los primeros historiadores preocupados por la búsqueda de las raíces de la nación en los orígenes del Estado argentino.

Como veremos, esta guerra adquirió una importancia fundamental en el norte de la actual Argentina, donde el ejército al mando del general Santa Cruz llegó a invadir y ocupar territorios de la Puna de Jujuy y la quebrada de Huamahuaca y amenazar su avance hacia el sur.

La historiografía clásica hacía mención de esta guerra al abocarse al estudio de las relaciones exteriores que Rosas, como representante de las provincias confederadas, debió afrontar con los países limítrofes (Barba, 1947; Basile, 1993). Luego, otros autores han analizado la guerra a partir de los problemas asumidos por Rosas fuera y dentro de sus fronteras, en vista de su interés por resguardar la soberanía del territorio y alcanzar la estabilidad y cohesión frente a sus enemigos políticos, los “unitarios” (Halperin Donghi, 1993; Salvatore, 1999; Escudé y Cisneros, 2000). Luego, las historias provinciales han prestado una especial atención al desarrollo de esta guerra, sobre todo al contexto preexistente en el norte a partir de la descripción de batallas y conflictos militares (De la Vega, 1947; Cornejo, 1947; Vergara, 1947; Lizondo Borda, 1948; Pavoni, 1981: t. II; Páez de la Torre, 1987). (178)

Una reciente historiografía dedicada al estudio de los procesos revolucionarios en España y América ha comenzado a conceder una especial atención a la dinámica de la guerra y su rol en la construcción de identidades políticas y sociales, a fin de comprender las perspectivas de los actores contemporáneos y los cambios surgidos en consecuencia. Es decir que procura superar la “historia-batalla” para intentar dar cuenta de las revoluciones políticas y los cambios sociales surgidos a raíz del conflicto bélico, con sus incertidumbres e imprevistos (Thibaud Clément, 2005).

La mayoría de los trabajos que han abordado la cuestión de las guerras durante la primera mitad del siglo XIX lo hicieron desde la perspectiva de las minorías dirigentes, poniendo el foco en el estudio de las personalidades sobresalientes o los impactos de las guerras en los sectores económicos más importantes. Recientes trabajos han comenzado a abordar las consecuencias de las guerras para los actores

implicados en las contiendas y sus repercusiones en la economía local y regional (Gil Montero, 2004: 11).

Estudios recientes en el espacio andino señalan que esta guerra se habría llevado a cabo a causa de las presiones económicas y políticas de los países limítrofes, alertados ante la creación de la Confederación Perú-Boliviana y las aparentes pretensiones de Santa Cruz de ampliar las fronteras hacia territorios vecinos. No solo se habría tratado de un enfrentamiento entre dos o tres naciones, sino de una guerra civil en la que confluyeron causas profundas y situaciones coyunturales, como el proceso de desestructuración del antiguo Virreinato del Perú, la formación de los Estados nacionales, la integración del Pacífico al mercado mundial, los intereses regionales y la lucha entre el liberalismo y el proteccionismo económico en los países involucrados. Hasta su finalización, la idea de formar una nación unificada en función de los límites del antiguo imperio inca y la tradición bolivariana que anhelaba la unión de Estados americanos del sur permanecía arraigada en la ideología de ciertos gobernantes, entre los cuales Andrés de Santa Cruz representaba uno de sus máximos exponentes (Donoso y Rosenbitt, 2009; Contreras y Cueto, 2007: 101-109).

El siguiente trabajo aborda los problemas y tensiones que llevaron al estallido de dicha guerra y sus implicancias en el mundo de los actores que asumieron el peso de las contiendas. Es decir, se orienta a la comprensión de su significado y las repercusiones dentro de la política de la Confederación Argentina y las provincias norteñas –llamadas en la época "provincias de arriba"–, como también a las experiencias de los oficiales y soldados que debieron formar parte de los regimientos y batallones.

Contexto previo a la guerra

La Confederación Argentina, surgida luego del período de luchas intestinas entre las facciones políticas imperantes, que reflejaban más los antagonismos entre los grupos ligados al poder de turno y los disidentes que un verdadero programa con ideas políticas definidas, (179) tenía como cabeza la figura de Juan Manuel de Rosas. Este había llegado a la gobernación de Buenos Aires en 1829, luego de luchas civiles, y a partir de 1835, con la muerte del caudillo Facundo Quiroga, logró consolidar un régimen político en Buenos Aires y extender su influencia hacia las demás provincias confederadas.

Para sostener el orden y la paz instaurados durante su primer mandato, Rosas mantuvo a la población en pie de guerra por medio de constantes reclutamientos que movilizaron a la población masculina, obligándola a cumplir servicios militares regulares que frecuentemente

eran excusados o desistidos por medio de continuas deserciones. Esta situación llevaría a la necesidad de un permanente reclutamiento (Salvatore, 1999: 348-349).

Luego de la muerte de Facundo Quiroga en 1835, las provincias del norte de la Confederación experimentaron un nuevo escenario político que Rosas debió controlar a fin de asegurar la hegemonía federal. Estas se constituirían en el campo de batalla de la mencionada guerra, sobre todo las contiguas a Bolivia, como Jujuy y Salta.

En Tucumán, una vez derrotada la liga unitaria, asumió el gobierno el general Alejandro Heredia, un militar de carrera que había participado de la guerra de Independencia. (180) El objetivo de Heredia consistió en lograr el control político de la región del norte de la Confederación, a través de la creación del protectorado en 1836, con lo que las provincias de Salta, Jujuy y Catamarca quedaron bajo su hegemonía y obtuvo el derecho a intervenir en ellas si lo consideraba necesario. (181) Además, dichas provincias debían contribuir con recursos materiales, armamentos y hombres, en caso de guerra. De esta manera, el gobernador tucumano pudo fortalecerse frente a las rivalidades que mantenía con los gobernadores Ibarra, de Santiago, y Brizuela, de La Rioja, quienes en diferentes ocasiones harían saber a Rosas su preocupación por la hegemonía que Heredia estaba alcanzando en el norte.

En Catamarca, la invasión del riojano Fernando Villafañe a fines de 1835 aseguró el dominio federal. Una vez retirado este a su provincia, se designó a José Cubas, de filiación federal, como gobernador (Bazán, 1986: 344). En Salta, Heredia logró nombrar primer mandatario a su hermano Felipe Heredia, una vez derrotado el gobernador La Torre, acusado de colaborar con el caudillo Javier López para invadir Tucumán desde Bolivia y provocar la caída de Alejandro Heredia. En Jujuy, luego de alcanzar la autonomía de Salta en 1834, Heredia designó a Pablo Alemán, asegurando de esta manera el control en el norte.

No obstante, la cohesión interna del protectorado pronto se vería resquebrajada a raíz de los conflictos políticos generados en las provincias y la resistencia que Heredia encontraría en la colaboración y compromiso con esta empresa bélica. (182)

En cuanto a la situación previa a la guerra en Chile, Bolivia y Perú, estos países comenzaban a experimentar su flamante independencia, constituyéndose en Estados soberanos. Sin embargo, al igual que en el territorio de la actual Argentina, surgiría una serie de conflictos que habrían de complejizar la formación y consolidación de los Estados nacionales.

En Chile, la guerra entre conservadores y liberales se definió a favor de los primeros, a partir del nombramiento de Joaquín Prieto

como presidente, influenciado por el ministro de Relaciones Exteriores, Diego Portales. Este último se convirtió en la figura dominante que logró afianzar el país bajo una organización política estable que imponía el voto calificado, la defensa del territorio y el dominio comercial del Pacífico. Tal posición pronto generaría roces con otros países portuarios que se beneficiaban con la compra y venta de productos llegados por el Pacífico, como el Perú. (183)

Previo a la creación de la Confederación Perú-Boliviana, el Perú adoptó una política económica basada en el incremento de las tarifas aduaneras a los productos de Chile, a fin de favorecer a los estadounidenses, menos costosos. (184) Esta situación desfavorable para Chile llevaría a intentar acuerdos con el Perú, aunque estos resultarían difíciles de concretar debido a la situación política sumamente inestable que este país experimentaba en su propio territorio.

Por otro lado, una vez constituida la Confederación Perú-Boliviana, su presidente Santa Cruz favoreció los puertos de Arica y Cobijas, (185) en detrimento del puerto de Chile, al establecer tarifas menores que su vecino del sur. Así, los barcos europeos preferirían arribar primero a estos puertos.

Con respecto a la situación en Bolivia, una vez lograda su independencia fue elegido presidente Antonio José de Sucre, que había participado junto con Simón Bolívar de la guerra revolucionaria. Sin embargo, la inestabilidad interna y la presión política del Perú justificaron la invasión de este país, al mando del ejército de Agustín Gamarra en 1828. Este hecho obligó a Sucre a renunciar y en 1829, el mariscal Andrés de Santa Cruz fue elegido presidente de Bolivia, (186) cuyo gobierno se encargó de estabilizar así como de organizar la economía y el ejército (Basile, 1993: 66-67).

En el Perú se sucedieron varios gobiernos inestables durante la primera etapa republicana. Luego de los de José de San Martín y Simón Bolívar, se nombró presidente a José de la Mar en 1827 y entre 1829 y 1834 le sucedieron los generales Agustín Gamarra y Luis Orbegoso. Este último también tuvo que combatir la rebelión de Felipe Salaverry, quien se proclamó presidente en 1835. Por su parte, Gamarra regresó con un ejército al Perú para intentar recuperar la primera magistratura. Interesado por la situación política del vecino país, Santa Cruz resolvió prestar apoyo a Orbegoso. Ambos convinieron que los pueblos del norte y del sur del Perú se unirían en una confederación con Bolivia, cuyo presidente sería Santa Cruz. Así, en 1836 quedó conformada la Confederación Perú-Boliviana, último intento de reunir a Bolivia y las dos repúblicas del Perú recientemente constituidas en una sola entidad política. (187) Desde el punto de vista económico, el objetivo era restablecer las antiguas rutas

comerciales y promover una apertura de mercados con Europa y los países americanos. (188)

La guerra y sus dos frentes

En principio resulta importante señalar que la guerra tuvo dos frentes de batalla: el primero comenzó en 1836 con la declaración de guerra que Chile le hizo a la Confederación Perú-Boliviana, a causa de los perjuicios económicos que le ocasionaba Santa Cruz y la disputa por el dominio comercial en el Pacífico, el incremento de tarifas aduaneras en el Perú a los productos llegados de Chile y el albergue de chilenos disidentes en aquel país durante la década de 1830. Por otro lado, alegaba el peligro que constituía la reciente conformación de un Estado confederado, con insinuantes pretensiones expansionistas hacia los países limítrofes.

El Congreso chileno envió un ministro plenipotenciario para negociar un tratado sobre la base del pago de deudas que el Perú tenía con Chile desde la guerra por la Independencia, el cual solicitaba la concreción de un acuerdo comercial, la limitación de los ejércitos y la disolución de la Confederación Perú-Boliviana. Santa Cruz aceptó el trato, aunque disintió en el último punto. Esta actitud llevó a Chile a la declaración formal de guerra el 28 de diciembre de 1836.

La primera expedición estuvo al mando del vicealmirante Manuel Blanco Encalada que, luego de constituir un gobierno provisional en Arequipa, fue derrotado por un ejército de cinco mil hombres y debió firmar la paz en Paucarpata, el 17 de noviembre de 1837 (Basile, 1993: 183-184).

No contento con la situación, Chile organizó una segunda expedición al año siguiente, apoyado por tropas peruanas opuestas al régimen de Santa Cruz. La acción definitiva a favor del ejército chileno tuvo lugar en Yungay, el 20 de enero de 1839, a las órdenes del general Manuel Bulnes. Luego de la derrota se produjeron levantamientos generales en contra de Santa Cruz, que provocaron su caída y la disolución de la Confederación (Basile, 1993: 278). El 25 de agosto de 1839, el general Agustín Gamarra, luego de asumir la presidencia, declaró disuelta la Confederación Perú-Boliviana y la fusión de las dos repúblicas del Perú en una sola.

Una vez declarada la guerra, Chile envió un emisario a Rosas para intentar una alianza contra las pretensiones expansionistas de Santa Cruz. Este acuerdo no llegó a concretarse, aunque quedó el compromiso de lucha contra el “tirano” Santa Cruz, una vez desatada la guerra en los dos frentes.

El segundo frente lo constituyeron las provincias del norte de la Confederación Argentina, escenario donde iba a desarrollarse la

guerra contra Santa Cruz. La declaración de guerra tenía sus raíces en el conflicto previo con Chile y en la situación en las provincias del norte.

Existen posturas que señalan que Rosas habría promovido la guerra, temiendo un ataque de Santa Cruz por el norte de la Confederación, en vista de sus aparentes pretensiones expansionistas y en pos de la defensa de la cohesión política de la Confederación Argentina (Basile, 1993; Barba, 1947; Escudé y Cisneros, 2000). Otros historiadores coinciden en que Rosas estaba ocupado en afianzar la soberanía de la Confederación (189) y que fue el mismo Heredia quien lo habría convencido de que la Confederación Perú-Boliviana representaba una real amenaza, (190) al estar en peligro la soberanía de todo el territorio (Halperin Donghi, 1993; Salvatore, 1999: 326-328; Bazán, 1986; Pavoni, 1981). Más allá de establecer quién tenía más interés en que la guerra se llevase a cabo, lo cierto es que ambos líderes vieron en ella la posibilidad de consolidar su hegemonía y rebatir las amenazas que Santa Cruz representaba, sobre todo para las provincias del norte de la Confederación Argentina.

En un primer momento, el mismo Rosas haría saber a Heredia que todas las provincias se hallaban comprometidas con esta guerra y debían “extender la vista a la generalidad de toda la República”. Sin embargo, ante la situación crítica de las finanzas porteñas y la negación de las provincias a contribuir con la guerra en atención a sus propios conflictos locales, Rosas resolvería que las provincias del norte debían hacerse cargo de la organización de los regimientos y los mayores gastos, ya que serían las primeras en percibir los beneficios.

Las causas que llevaron a la declaración de guerra fueron múltiples: las sucesivas incursiones del ejército de Santa Cruz en el territorio de la Confederación Argentina, la sospecha del apoyo que este habría ofrecido al gobierno jujeño para conseguir su autonomía de Salta y la colaboración de Santa Cruz con enemigos políticos de Rosas, que desde la constitución de la liga unitaria habían planeado la anexión de Salta y de la Puna a Bolivia en función de sus propias vinculaciones sociales y económicas con el espacio altoperuano. Además, la legitimidad de la guerra residía, según Heredia, en que el mariscal Santa Cruz había dado albergue a los emigrados unitarios que habían participado de las conspiraciones contra su gobierno desde 1834.

Otro de los motivos que llevaba a Heredia a exhortar a Rosas a declarar la guerra contra el vecino país consistía en la sospecha de una posible invasión de Santa Cruz a las provincias del norte. Sin embargo, el interés de Heredia en declarar la guerra podría deberse más bien a la necesidad de reactivar la ruta altoperuana mediante el comercio de mulas (191) que a las posibles pretensiones expansionistas de Santa Cruz sobre el norte de la Confederación Argentina, más preocupado

por el conflicto con Chile (Pavoni, 1981).

Durante la época colonial, las provincias del norte de la entonces Confederación Argentina solían mantener vinculaciones con el territorio altoperuano. La noción de una frontera política delimitada se desdibuja a la hora de dimensionar las redes económicas, sociales e identidades territoriales establecidas desde entonces entre dichas provincias y las del sur de la actual Bolivia. Pese a los avatares de las guerras de Independencia, los circuitos mercantiles y las vinculaciones sociales y culturales con el espacio altoperuano continuaron teniendo vigencia, aunque reacomodados a la nueva coyuntura. (192)

Por último, también estaba la cuestión del pedido de restitución de las provincias de Tarija y Chichas. Esta asunto, de por sí complejo, ha generado discusiones entre historiadores argentinos y bolivianos en torno a si la provincia de Tarija pertenecía al territorio de la actual Argentina o al boliviano, basándose en la existencia de dos cédulas reales, emitidas por la Corona española en 1807, que ordenaban segregar Tarija de la Intendencia de Potosí e incorporarla a la de Salta. Las divergencias entre ambos países se basaban en la efectiva puesta en práctica de tales cédulas. Tras declararse independiente la ex Audiencia de Charcas en 1825, comenzaron a enviarse misiones diplomáticas desde las Provincias Unidas del Río de la Plata para exigir a Bolívar la reafirmación de los derechos sobre Tarija. Sin embargo, la cuestión se resolvió con la petición del Cabildo de Tarija, el 26 de agosto de 1826, a favor de la separación de Salta para unirse a Bolivia (Escudé y Cisneros, 2000). Para el gobierno de las Provincias Unidas, el asunto siguió constituyendo un motivo más para hacer frente al naciente país vecino, y esta guerra pareció ofrecer una oportunidad más para el reinicio del reclamo. (193)

Frente a la inminente guerra, el 8 de mayo de 1837 Rosas nombró a Heredia como jefe del Ejército de Operaciones contra el tirano Santa Cruz, para que se hiciera cargo de la organización del ejército de línea y las milicias locales de las distintas provincias norteñas. Para esta misión, Heredia se preocupó por buscar apoyo económico y militar del gobernador de Buenos Aires y pedir recursos y hombres a las provincias sujetas a su protectorado así como a las demás provincias.

Heredia había solicitado al gobierno de Buenos Aires que, en cumplimiento de los acuerdos establecidos, “sea obligada la provincia de Buenos Aires a sostener una guerra de esta clase” (194) y estimaba su costo en setenta a ochenta mil pesos metálicos, que podían ser sufragados por las provincias de la Confederación. Sin embargo, pronto advertiría que no todas las provincias habrían de colaborar, escudándose en las constantes luchas civiles. Los continuos gastos de la economía porteña ocasionaron que Rosas pronto redujera la suma prometida a treinta mil pesos y que solicitara lo restante a los

particulares de Tucumán, Salta y Jujuy. (195)

Rosas, consciente de los escasos recursos del ejército expedicionario, aconsejaba a Heredia optar por una "guerra de engaños", basada en exagerar la información en el número de hombres, realizar guerrillas constantes a fin de dejar al enemigo exhausto y propagar toda clase de opiniones a favor de la guerra al "cholo", a uno y otro lado de la frontera.

De acuerdo con la sucesión de acontecimientos ocurridos a raíz de la guerra con Chile y la situación en las provincias lindantes con Bolivia, Rosas resolvió declarar la guerra el 19 de mayo. Entre las razones que llevaron a tamaña medida, figuraban la "anarquía promovida en la Confederación Argentina" por parte del general Santa Cruz, el "apoyo a los emigrados unitarios dando lugar a que fraguasen repetidas conjuraciones", los disturbios continuos en las provincias de Salta y Jujuy, que habían impedido la negociación para la restitución de Tarija, la promoción del desmembramiento de otras provincias de la misma Confederación y el haber "despedazado al Perú, alzándose con un poder absoluto" (cit. en Basile, 1993, t. II, apéndice 21: 40).

Para la organización tanto de los frentes como de los regimientos, Heredia contó con el apoyo de su hermano Felipe, gobernador de Salta, y del gobernador de Jujuy, Pablo Alemán, quienes se encargaron de la organización militar en sus jurisdicciones. Sin embargo, los problemas de reclutamiento y sostén del ejército y las milicias resultarían difíciles de solventar, y señalarían verdaderos obstáculos a la hora de atender a las promesas ofrecidas para asegurar la participación y disciplina de las tropas. A ello se sumaron las dificultades del terreno, la resistencia de las tropas a continuar en el ejército, las conspiraciones y levantamientos producidos en contra del gobierno de Heredia y el incremento de opositores políticos en las provincias sujetas al protectorado, que amenazaban con su desintegración y acrecentaban aún más las tensiones políticas y sociales.

Heredia organizó regimientos y batallones pertenecientes a los diferentes departamentos de Tucumán, a los que se sumaron regimientos de Catamarca, Jujuy, Salta y de los Valles, que aportaron hombres de milicia y tropas de línea. Sin embargo, estas contaban con instrucción y disciplina militar insuficientes.

En cuanto al desarrollo del conflicto, este comenzó con el envío de doscientos soldados jujeños a custodiar la frontera, a causa de las amenazas del ejército de Santa Cruz, al mando del general Felipe Otto Braun. La frontera se hallaba prácticamente desguarnecida, lo que favoreció la penetración de tropas bolivianas en La Quiaca en junio de 1837. En agosto ya ocupaban Cochinoca, Iruya y Santa Victoria. Recibida la noticia, Heredia envió a su hermano Felipe –designado

segundo jefe de Operaciones– hacia la quebrada para dar combate. El 13 de septiembre, Braun lograba apoderarse del pueblo de Huamahuaca, aunque fue rápidamente derrotado por el ejército confederado en Santa Bárbara. La batalla provocó el retiro de las tropas de Braun hacia el norte de la quebrada (Vergara, 1937: 17).

En mayo del año siguiente, el ejército de Braun estaba de nuevo en Tilcara, avanzando luego hasta Cochinoca e Iruya. Allí, los ejércitos volvieron a enfrentarse, y resultó derrotado el de la Confederación Argentina. Entre agosto y octubre, el ejército de Braun nuevamente tomó los pueblos de Huacalera, Humahuaca y Cochinoca.

Paralelamente, otra compañía del ejército de Heredia al mando del general Gregorio Paz avanzó desde Orán con el objeto de apoderarse de Tarija y optó por una guerra de guerrillas a fin de mantener hostilizado al ejército enemigo. Enterado de la situación, Braun se dirigió a Tarija, y Paz finalmente fue vencido en Cuyambuyo, por lo que sufrió la deserción de muchos puneños de Jujuy (Vergara, 1937: 20). Sin embargo, en vista de las derrotas sufridas en Perú por el ejército chileno, Santa Cruz decidió el cese de hostilidades y la retirada del ejército con el objeto de iniciar las tratativas de paz con Heredia.

La repercusión de esta situación en las provincias sujetas al protectorado provocó descontento del manejo político de Heredia tras la guerra con Bolivia, que luego derivaría en las primeras alianzas políticas contra el poder rosista en la región. La insistencia de Heredia en sostener esta guerra y la consiguiente pérdida de legitimidad y falta de apoyo de las provincias de su protectorado desembocarían en su asesinato el 12 de noviembre de 1838, en manos de sus opositores políticos. Inmediatamente después estalló una revolución en Jujuy que provocaría la caída del gobernador jujeño, y en Salta, la de Felipe Heredia. En diciembre se retiraron las fuerzas del ejército de Santa Cruz de la región de la Puna.

Asimismo, los constantes pedidos de recursos y reclutas a las provincias del protectorado desencadenaron tensiones, deserciones, sublevaciones y motines, los cuales se analizan a continuación, a fin de comprender la manera en que los actores concibieron esta guerra y las resistencias generadas por la falta de identificación con la causa a defender.

La experiencia de los actores en la guerra: motines y sublevaciones de tropas en las “provincias de arriba” (196)

Entre 1837 y 1838, años cruciales en el desarrollo de la guerra, se

produjeron en las provincias de Salta, Jujuy y Catamarca motines y sublevaciones en los cuerpos del Ejército Confederado, como respuesta a la convocatoria de reclutamiento para la guerra. Los motivos que explican la puesta en marcha y organización de estos levantamientos radican en situaciones conflictivas generadas dentro de los mismos regimientos y batallones y en la resistencia de la población a formar parte de esta guerra, aparentemente ajena a sus expectativas y necesidades. Es decir, en ellos es posible reconocer la falta de identificación de la población con dicha guerra y los problemas internos existentes dentro de la jerarquía militar –como los sueldos impagos y los malos tratos de los oficiales–, que habrían provocado un descontento general entre las tropas y la resistencia al traslado hacia territorios lejanos.

Cuando la Confederación Argentina declaró formalmente la guerra contra Santa Cruz, las provincias integrantes del protectorado revelaban ya algunos flancos débiles que amenazaban su estructura interna, imposibilitando la conformación de un aparato bélico adecuado (Pavoni, 1981: 207).

Para la provincia de Catamarca, se han analizado tres levantamientos producidos durante el desarrollo de la guerra, relacionados con la resistencia al envío de reclutas y a la falta de identificación con el conflicto. Dichos motivos habían provocado sublevaciones organizadas en su mayoría por jefes militares, pero con la participación de las tropas. Asimismo, estos levantamientos pusieron en relieve las tensiones políticas en torno a la hegemonía de Heredia en la jurisdicción.

El primer levantamiento se produjo en el departamento de Belén, a causa de las contrariedades generadas entre el gobernador catamarqueño, José Cubas, y el comandante Juan Eusebio Balboa, fiel a Heredia. A causa de este conflicto, Heredia decretó la anexión de los departamentos de Belén, Santa María y Tinogasta, pertenecientes a Catamarca (Páez de la Torre, 1994: 280). (197) El gobernador José Cubas, en respuesta al pedido de envío de reclutas para la guerra con Bolivia, los había solicitado a los diferentes jefes departamentales de su provincia. Ante la negativa de algunos a prestar auxilio, elevó su queja a Heredia. Así, en una carta a Heredia, Cubas expresaba la negativa del comandante Balboa al envío de reclutas para la guerra contra Bolivia. Según Cubas, Balboa no consideraba esta guerra "nacional", sino "una obra exclusiva de los gobiernos de Buenos Aires, Tucumán y Catamarca". (198) Esta situación provocó el encarcelamiento del comandante y un amotinamiento de las milicias de Belén para socorrer a dicho jefe, que pudo finalmente escapar. Los milicianos de Belén habían dirigido una carta al gobernador de la Rioja, Tomás Brizuela, en donde expresaban su apoyo al federalismo y

denunciaban la vinculación de Cubas con los “unitarios”. De este modo, Heredia debió lidiar con este conflicto interno, que provocó la demora en la marcha hacia la frontera contra el país enemigo y la inactividad de las tropas estacionadas en Tucumán.

La segunda sublevación fue llevada a cabo por un coronel llamado Vildoza, también a causa de la resistencia al envío de reclutas. El gobernador Cubas pudo sofocar esta sublevación y recién entonces destinar sus esfuerzos al reclutamiento para dicha guerra. (199) Por último, un levantamiento producido en 1838, una vez finalizada la guerra en el frente norte y como consecuencia de la muerte del general Heredia, ponía en evidencia la continuidad del conflicto entre el departamento de Belén y el gobierno de Catamarca. Ante la noticia de la muerte de Heredia y teniendo como líder a Alejo Córdoba, el gobernador Cubas organizó un levantamiento para dominar el distrito de Belén y los otros dos anexionados a Tucumán. El comandante Balboa había dispuesto “la disolución de las reuniones de tropas” y resistir el avance de Catamarca “mientras sean estos departamentos sostenidos, como lo hacía el general Heredia”. (200) En este conflicto de jurisdicciones estaba implícita una de las tensiones políticas que llevarían a la declinación del sistema del protectorado y del poderío de Heredia en la región.

Para las provincias de Salta y Jujuy se han analizado otro tipo de sublevaciones y motines en los cuales se identifican tensiones dentro del ámbito militar, resultantes de los malos tratos a las tropas, la escasa identificación de estas con una guerra que consideraban ajena a sus intereses y la insuficiencia de recursos y reclutas en las provincias en las que a Heredia y a los gobernantes de Salta y Jujuy les resultó complicado aplicar un control efectivo y el sostén de un firme aparato militar.

Una de estas circunstancias fue un motín ocurrido en el cuartel de San Francisco, en Salta, en 1837, a cargo de la tropa perteneciente a un batallón de Cazadores de la Libertad. (201) En esta sublevación, doscientos treinta soldados se rebelaron contra sus jefes. Según la declaración del teniente de granaderos, Vicente Esquiñigo:

> [Los amotinados] le dieron la voz a las armas y acometiendo con ellas al jefe accidental y demás oficiales intentaron matar a los jefes de fusil y bayonetazos, como lo hicieron con el declarante, insultándole con las palabras que tras de no pagarnos nos tratan de burros estos hijos de puta, y nos mortifican con el ejercicio diario. (202)

Fue la misma tropa que se sublevó contra sus jefes por el mal trato recibido y la falta de pago. Sin embargo, habrían estado implicados también algunos oficiales, pues el mismo testigo sospechaba que un alférez llamado Basilio Aramayo “podría ser director, parte o sabedor

del motín". El motivo de la rebelión no puede reducirse únicamente a una cuestión de índole económica, sino que también estarían implícitas razones morales y sociales, como los derechos considerados incumplidos por parte de los oficiales, que habrían incidido en la realización del amotinamiento. En este sentido, Fradkin ha advertido en este tipo de sublevaciones posibles tensiones sociales generadas entre los miembros de la oficialidad y las tropas (Fradkin, 2006: 112; 2008b). Además, el contexto político sumamente conflictivo en la legislatura salteña en oposición a la guerra y a la política implementada por Felipe Heredia no hizo más que acrecentar las tensiones en el ejército.

La sentencia para este batallón culminó con el fusilamiento de todos los insurrectos y la concesión de distinciones y recomendaciones para todos los que habían contribuido a sofocar el levantamiento. Es posible que la movilización rural de la campaña salteña experimentada durante la guerra de Independencia y el cumplimiento de retribuciones ofrecidas a las tropas por parte de líderes locales como Güemes aún hubieran dejado improntas entre los campesinos rurales, que se negaban a sostener una guerra sin contar con ningún tipo de garantías o retribuciones. (203)

En Jujuy, se produjeron cinco levantamientos entre los años 1837 y 1838, surgidos también como respuesta a una guerra que había generado demasiado desgaste en la población local. Según las fuentes, tres de ellos habían sido organizados o "animados" por oficiales. (204) Los otros dos fueron proyectos de motines pergeñados exclusivamente por las tropas, razón por la cual se analizan con mayor detenimiento, en vista de la importancia de la participación de miembros de sectores populares en este tipo de enfrenamientos contra las autoridades militares. (205)

El primero de ellos fue un intento de amotinamiento antecedido de deserción de algunos integrantes de la tropa del batallón Libertad. En la causa judicial correspondiente, se decidió condenar a la última pena a un soldado apresado, Juan José Ibáñez, natural de Tucumán. (206) Según su declaración, había desertado por invitación de un granadero, que le contó que esa noche iban a desertar y luego a sublevarse como resistencia "a irse para arriba por los muchos trabajos que habían de pasar y porque no les pagaban". Se le preguntó a Ibáñez si tenía conocimiento del castigo por deserción, a lo que contestó que "sabía la pena que correspondía por la deserción, que a unos se castiga y a otros se fusila, pero que algunos también merecen la piedad del general: que le han leído las leyes penales, que no se acuerda haber oído las órdenes generales del ejército". Es decir, ante el conocimiento de las penas establecidas por el delito de deserción, estaba siempre presente la posibilidad de protección del jefe para la dispensa del castigo.

El segundo fue un intento de motín promovido por un soldado de la tropa del batallón de Defensores de la Puna, Mariano Tucunas. (207) Según los declarantes, dicho soldado, natural de la Puna, había "convidado" a la tropa a una rebelión bajo el pretexto del mal pago y los malos tratos proporcionados a su batallón. Así, este había expresado que cuando se enviase a luchar "para abajo" habrían de resistirse y quedarse en la Puna en sus casas y "que no eran sujetos de atajarlos los jujeños y humahuaqueños". El mismo Tucunas admitió su intención de promover la rebelión junto con sus compañeros de tropa, solo en caso de obligarlos a marchar "para abajo".

Otros testigos declararon que Tucunas había expresado que "si iban para arriba a pelear se habían de pasar al enemigo". Además, ante la propuesta de Tucunas, un soldado capturado llamado José Antonio Cruz se había negado a ella, expresando que él "era argentino y no boliviano" y "que el motivo a expresarse así en la prisión es el de no pertenecer ni sus sentimientos ni su patria a los de la Puna".

Las causas del motín a las cuales aludían los soldados eran el mal trato de los oficiales y el mal pago, que habrían generado la necesidad de expresar su descontento y organizarse en función de sus intereses y derechos considerados incumplidos. No obstante, vemos que más allá de esta cuestión, es posible reconocer la falta de identificación con la guerra y con el mismo territorio que debían defender. La declaración del soldado Cruz es interesante, porque devela el tipo de identificación que tenían los soldados de Jujuy con respecto a los de la Puna y las distintas identidades locales que podían subyacer dentro de una misma jurisdicción.

La patria era una de las identificaciones de los habitantes asociada al lugar de origen. En este caso, pese a la pertenencia de la Puna jujeña al territorio de la Confederación Argentina, el soldado la consideraba suelo ajeno, debido probablemente a la vinculación de esta región con el espacio altoperuano. Como se ha sugerido, la región de la Puna trascendía las fronteras políticas delimitadas entre los países limítrofes, razón por la cual el conflicto de identidades estaba muy presente entre la población.

La otra identificación de patria con la causa política perseguida (208) aquí no está presente, pues estos soldados preferían unirse al enemigo antes que marchar "para abajo", siguiendo al ejército confederado.

En este conflicto se hallan explícitos los motivos que llevaron a la ejecución del movimiento, como los sentimientos de pertenencia hacia los territorios donde debían dirigirse junto con el ejército. La obligación de dirigirse "para abajo", es decir, a enfrentar al enemigo en los departamentos de la quebrada de Humahuaca que habían sido invadidos por el ejército de Santa Cruz, (209) probablemente habría

ocasionado resistencia entre los soldados de la Puna que, al parecer, preferían dirigirse “para arriba” y adherirse al enemigo antes que obedecer al ejército de Heredia. (210)

Así, la participación en las guerras de la población de la Puna de Jujuy –mayoritariamente indígena– había generado serios problemas y debates entre las autoridades desde la época de la Independencia, ahora agravados con la declaración de guerra a Santa Cruz. Las elites jujeñas habían llegado a considerar a los habitantes de la Puna como potenciales traidores, aliados frecuentemente con los bolivianos en búsqueda de mayores beneficios y dignos de poca confianza por su condición de “indios”. Los indígenas aparentemente habrían preferido continuar con el pago de tributos –ahora transformados en arriendos– a participar en las milicias y el ejército de línea (Gil Montero, 2004: 24-33).

Para el caso de Tucumán, el ambiente político interno se mantuvo relativamente controlado bajo la administración de Heredia, gracias a la estabilidad política lograda y al apoyo de la Sala de Representantes a su política militar, situación que explica la ausencia de este tipo de sublevaciones (Pavoni, 1981, t. I: 215). No obstante, ello no implicó que los soldados tucumanos no se rebelaran contra la autoridad y los malos tratos recibidos, pues existen evidencias de su participación en los motines y sublevaciones ya analizados. Además, estos soldados participaron también en múltiples deserciones junto con los de Salta y Jujuy, que expresaban su descontento hacia la guerra. (211)

Consideraciones finales

La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana generó diferentes repercusiones en los espacios políticos de los países beligerantes. Si bien se ha señalado un saldo positivo relacionado con la defensa de la soberanía territorial frente a las incursiones del ejército de Santa Cruz y el sostenimiento de decisiones autónomas frente a los consejos de Francia o Gran Bretaña de abstenerse del conflicto (Halperin Donghi, 1993: 350), (212) la guerra provocó estragos en las provincias “de arriba”, como los gastos para armamentos, alimentación y disciplinamiento para las tropas, ya que estas no se hallaban preparadas para combatir en un terreno dificultoso y carecían de todo tipo de suministros para hacer frente al conflicto.

En los países combatientes, las tensiones internas preexistentes, los intereses económicos en torno a la disputa por el control de las rutas comerciales clave para la inserción en la economía mundial y, en el caso de las provincias del noroeste, la lucha por el mantenimiento de viejas rutas comerciales que las vinculaban con el antiguo territorio altoperuano generarían consecuencias de diversos tipos. En cuanto a

las políticas, las tensiones entre tradiciones antiguas basadas en la unión de estados americanos y la defensa de la independencia de los estados derivarían en el proceso de afirmación de las fronteras de los países recientemente constituidos. Como se ha señalado, la Confederación Perú-Boliviana constituyó el último intento por unificar Estados americanos bajo una misma soberanía política. En Bolivia, la derrota con Chile desembocó en la inmediata disolución de la Confederación y el destierro de Santa Cruz.

Tras el triunfo en Yungay, Rosas celebró "el resultado de la guerra como propia, haciendo que los pueblos de la campaña rindieran culto a los 'valerosos federales' que liberaron a Bolivia del 'ambicioso dictador' " (Salvatore, 1999: 372).

En las provincias del norte de la Confederación Argentina, la guerra logró acrecentar las tensiones políticas ya existentes, que provocarían la caída de Heredia y el fortalecimiento de grupos disidentes a Rosas en la llamada "Coalición del Norte" (Parrado, 2007). En tal sentido, Heredia no podría evitar que las provincias sujetas a su protectorado revelaran su renuencia a participar en una guerra que no era reconocida como "nacional". Además, la demora en el envío de recursos desde Buenos Aires y las demás provincias provocó diferentes resistencias que pudieron verse reflejadas dentro de la estructura interna del ejército.

Entre las consecuencias económicas, la pugna por la implantación de políticas librecambistas o proteccionistas y la competencia de puertos habilitados para el comercio internacional derivarían en serias disputas entre Chile, Perú y Bolivia por el dominio del Pacífico, que serían nuevas fuentes de conflicto en años posteriores. (213)

Para la Confederación Argentina, el conflicto contribuiría a alterar coyunturalmente la vinculación de las tradicionales rutas comerciales con el antiguo territorio altoperuano, si bien la guerra del Pacífico provocaría la definitiva desarticulación de estos circuitos, en vista del surgimiento de la producción salitrera y la emergencia de nuevos mercados para la exportación agrícola- ganadera en el noroeste argentino (Conti, 2011: 16).

Por último, las consecuencias sociales reflejan las resistencias dentro la Confederación Argentina y la falta de identificación con la guerra por parte de los actores que debieron combatir y exponer sus vidas en ella. Así, luchar contra un ejército que parecía ofrecer mejores garantías y retribuciones que el "patriota" no pareció constituir para algunos soldados una traición a la patria originaria, sino que tal actitud estaba ligada a la vinculación e identificación de la población reclutada –sobre todo la de la Puna jujeña– con el espacio altoperuano.

Deserciones, motines, conspiraciones y sublevaciones se

constituyeron en movimientos frecuentes para demostrar la capacidad de resistencia de las tropas –y de la población en general– al conflicto. Las causas de los motines y sublevaciones experimentados en las diferentes provincias sujetas al protectorado de Heredia fueron diferentes de acuerdo al contexto político-militar de cada una de ellas y a su relación con el gobierno de aquel y sus seguidores políticos.

En definitiva, puede afirmarse que la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana constituyó un acontecimiento de suma importancia dentro del panorama político de mediados del siglo XIX, ya que dejaría como legado para la Confederación Argentina la necesidad de defensa de los territorios soberanos, el establecer consensos dentro de las provincias integrantes de la Confederación que evitasen el afloramiento de las tensiones políticas preexistentes y el requerimiento de una verdadera identificación entre la población con la causa a defender, a fin de lograr una efectiva estrategia militar frente al avance del enemigo.

Recién a partir de la segunda mitad del siglo XIX la constitución de un Estado institucionalizado a nivel nacional haría posible la afirmación de una clase dirigente y un aparato militar centralizado y orientado hacia una definitiva delimitación de las fronteras entre los países (Chiaramonte, 1997). Esta guerra, inscripta dentro de la construcción de ese proceso, refleja de forma incipiente las cuestiones primordiales a resolver dentro de la agenda política de los países contendientes a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Bibliografía

Abbate, Georgina (2005), “Unanimismo y cultura política. Tucumán en tiempos de Alejandro Heredia. 1832-1838”, en Irene García de Saltor y Cristina del Carmen López (comps.), *Representaciones, sociedad y poder. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, pp. 237-324.

Archivo General de la Nación (AGN), sala X, 5-10-6.

Archivo Histórico de Tucumán (AHT), sección Administrativa, años 1834-1839, vols. XLII-LIV.

Barba, Enrique (1947), “Las relaciones exteriores con los países americanos”, en Ricardo Levene (dir.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes a la organización definitiva en 1862)*, t. VII: *Rosas y su época*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, pp. 213-279.

Basile, Clemente (1993), *Una guerra poco conocida* (t. I), *Apéndice documental* (t. II), San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy.

Bazán, Armando (1986), *Historia del Noroeste Argentino*, Buenos Aires, Plus Ultra.
Bethell, Leslie (ed.) (2000), *Historia de América Latina. América Latina independiente. 1820-1870*, Barcelona, Crítica, vol. 7.
Bonilla, Heraclio (2000), "Perú y Bolivia", en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina. América Latina independiente. 1820-1870*, Barcelona, Crítica, vol. 7, pp. 202-237.
Bragoni, Beatriz y Sara Mata (comps.) (2008), *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Chiaramonte, José Carlos (1997), *Ciudades, provincias, Estados. Orígenes de la Nación Argentina 1800-1846*, Buenos Aires, Ariel.
Conti, Viviana (2011), "La frontera argentino-boliviana durante la temprana república. Complementariedad económica e integración social", *Si Somos Americanos. Revista de Estudios Transfronterizos*, vol. 11, nº 1, pp. 13-40. Disponible en <www.sisomosamericanos.cl>; último acceso: 24/10/2014.
Contreras, Carlos y Marcos Cueto (2007), *Historia del Perú contemporáneo*, Lima, IEP.
Cornejo, Atilio (1947), "Salta (1821-1862)", en Ricardo Levene (dir.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes a la organización definitiva en 1862)*, t. X: *Historia de las provincias, límites interprovinciales y territorios nacionales*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, pp. 403-437.
Davio, Marisa (2010), *Sectores populares militarizados en la cultura política tucumana. 1812-1854*, tesis de doctorado inédita, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Instituto de Desarrollo Económico y Social.
— (2011), "Motines y sublevaciones en 'las provincias de arriba' durante la guerra con la Confederación Peruano-Boliviana (1837-1838)", en *XIII Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia*, mesa temática 24, Catamarca, 10 al 13 de agosto.
— (2014), "Tucumán, baluarte de la revolución: San Martín en Tucumán al frente del Ejército Auxiliar del Perú en 1814", en *XVI Encuentro de Historia Regional Comparada. Siglos XVI a mediados del XIX*, Córdoba, 22-24 de mayo.
De la Vega, Alfonso (1947), "Catamarca", en Ricardo Levene (dir.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes a la organización definitiva en 1862)*, t. X: *Historia de las provincias, límites interprovinciales y territorios nacionales*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, pp. 319-361.
De Mesa, José, Teresa Gisbert y Carlos de Mesa Gisbert (2003), *Historia de Bolivia*, La Paz, Gisbert.
Di Meglio, Gabriel (2006), *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de*

Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo, Buenos Aires, Prometeo Libros.
— (2008), "Patria", en Noemí Goldman (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 115-130.
Donoso, Carlos y Jaime Rosenblitt (eds.) (2009), *Guerra, región y nación. La Confederación Perú-Boliviana. 1836-1839*, Santiago de Chile, Universidad Andrés Bello-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
Escudé, Carlos y Andrés Cisneros (dirs.) (2000), *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano. Disponible en <www.ucema.edu.ar>.
Fradkin, Raúl O. (2006), *Historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo XXI.
— (ed.) (2008a), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la Revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
— (2008b), "La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816", en Beatriz Bragoni y Sara Mata (comps.), *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 169-192.
— (2010), "Guerra y orden social", en *Dos siglos después. Los caminos de la Revolución. Textos para el debate*, Rosario, Prohistoria.
García de Saltor, Irene (2003), *La construcción del espacio político. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
García de Saltor, Irene y Cristina del Carmen López (comps.) (2005), *Representaciones, sociedad y poder. Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.
Gil Montero, Raquel (2004), "Guerras, hombres y ganado en la Puna de Jujuy. Comienzos del siglo XIX", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, nº 25, pp. 9-36.
— (2008), *La construcción de Argentina y Bolivia en los Andes meridionales. Población, tierras y ambiente en el siglo XIX*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Goldman, Noemí (dir.) (1999), *Nueva historia argentina. Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana.
— (ed.) (2008), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Halperin Donghi, Tulio (1993), *Historia argentina. De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós.
— (2005), *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino*

(1791-1850), Buenos Aires, Prometeo Libros.
Levene, Ricardo (dir.) (1947), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes a la organización definitiva en 1862)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.
Lizondo Borda, Manuel (1939), *Documentos argentinos, Gobierno de Alejandro Heredia*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
— (1948), *Historia de Tucumán. Siglo XIX*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
López, Cristina (1994), "Arrieros y carreteros tucumanos. Su rol en la articulación regional (1786-1810)", *Andes*, nº 6, UNSA.
Marchena, Juan (2008), "¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles entre la 'Reconquista' de América durante el primer absolutismo de Fernando VII. 1814-1820", en Juan Marchena y Manuel Chust (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencia*, Castellón, Universitat Jaume I.
Mata, Sara (2010), "Movilización y liderazgos. Salta en la guerra de independencia", *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, vol. 2, nº 3, Rosario, UNR, pp. 7-24. Disponible en <www.web.rosario-conicet.gov.ar>; último acceso: 19/10/2014.
Mena, Pablo (2007), "Equilibrios provinciales en el orden de la Confederación. Espacios, actores y discursos durante la caída del protectorado de Alejandro Heredia", en *VII Congreso Argentino-Chileno de Estudios Históricos e Integración Cultural*, Salta, Universidad Nacional de Salta.
Méndez, Cecilia (2000), *Incas sí, indios no. Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*, IEP, documento de trabajo, nº 56, Lima, pp. 14-15. Disponible en <www.comercioexterior.ub.es>.
Myers, Jorge (1995), *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
Páez de la Torre, Carlos (h)(1987), *Historia de Tucumán*, Buenos Aires, Plus Ultra.
— (1994), *Historia ilustrada de Tucumán*, Buenos Aires, Síntesis.
Palti, Elías (2007), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Parrado, Emmanuel (2007), "La política de Tucumán en la primera mitad del siglo XIX: entre la guerra de la Confederación Peruano-Boliviana y la Coalición del Norte. Algunas aproximaciones", en *VII Congreso Argentino-Chileno de Estudios Históricos e Integración Cultural*, Universidad Nacional de Salta, Facultad de Humanidades-Escuela de Historia, 27 de abril.
Pavoni, Norma (1981), *El Noroeste argentino en la época de Alejandro Heredia*, Tucumán, Banco Comercial del Norte, II ts.
Paz, Gustavo (1998), "Liderazgos étnicos, caudillismo y resistencia campesina en el norte argentino a mediados del siglo XIX", en

Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba.
Pease García-Yrigoyen, Franklin (2003), *Breve historia contemporánea del Perú*, México, Fondo de Cultura Económica.
Salvatore, Ricardo (1999), "Consolidación del régimen rosista (1835-1852)", en Noemí Goldman (dir.), *Nueva historia argentina. Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 348-349.
Scott, James (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.
Ternavasio, Marcela (2009), "Prólogo", en *Claves del Bicentenario. El pensamiento de los federales*, Buenos Aires, El Ateneo.
Thibaud, Clément (2005), "Formas de guerra y mutación del ejército durante la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela", en Jaime Rodríguez O. (coord.), *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*, México, Mapfre.
Vergara, Miguel Ángel (1937), *La guerra de la República Argentina contra el mariscal Santa Cruz*, Salta, Instituto de San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta, en homenaje al centenario de la victoria de Humahuaca, ganada por Salta y Jujuy el día 13 de septiembre de 1837, Salta, Imprenta Tobio.
— (1947), "Jujuy (1834-1862)", en Ricardo Levene (dir.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, t. X: *Historia de las provincias, límites interprovinciales y territorios nacionales*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, pp. 505-546.

176. Carta de Felipe Heredia a Alejandro Heredia, Jefe del Ejército de Operaciones contra el "Tirano Santa Cruz", Jujuy, 5 de septiembre de 1837, en Archivo Histórico de Tucumán (AHT) sección Administrativa (S. A.), 1837, vol. 48, fs. 4-5.

177. Una vez culminada la lucha independentista, las guerras continuaron caracterizando el escenario político americano hasta mediados del siglo XIX. El carácter de "guerra civil" ya se había desatado durante el conflicto revolucionario entre los bandos miliares enfrentados. Véase Fradkin (2010: 37-41).

178. Véase también Vergara (1937).

179. La postura historiográfica que analiza las facciones políticas integradas por unitarios y federales señala que estas se basaban en el personalismo de sus líderes y en la relación emocional y de intercambios recíprocos con sus subordinados. Estos vocablos fueron adquiriendo diversas significaciones en función de las facciones hegemónicas en diferentes contextos políticos del siglo XIX. Véase, entre otros, Ternavasio (2009: 10-11).

180. Durante su gobierno, la provincia experimentó el buen funcionamiento de las instituciones y prácticas republicanas, combinadas con una lógica unanimista. Véase

Abbate (2005).

181. Según Irene García de Saltor, el protectorado de Heredia aparecía como una forma de dominio sobre un espacio político supraprovincial que experimentaba severos riesgos de inestabilidad. Véase García de Saltor (2003: 196).

182. La historiografía tucumana ha señalado las "fisuras" manifestadas en forma de conflictos en las provincias pertenecientes al protectorado, que provocarían la caída definitiva de este espacio político regional luego del asesinato de Heredia en 1838. Véanse Pavoni (1981) y García de Saltor (2003: 15-16).

183. El comercio por el Pacífico debía realizarse por el cabo de Hornos y, desde allí, el puerto habilitado más cercano era Valparaíso, en Chile. El Perú solía importar trigo y harina de Chile y vender azúcar a este último. Véase Escudé y Cisneros (2000).

184. En 1832, el Perú incrementó las tarifas al trigo chileno a un nivel prohibitivo y agregó una adicional a todos los productos llegados de Valparaíso. El gobierno chileno respondió enviando agentes al exterior para comprar barcos de guerra. Véase Escudé y Cisneros (2000).

185. La idea de Santa Cruz de favorecer el puerto de Cobijas, situado al suroeste de Bolivia, antes que el de Arica, más cercano a la Paz, provocaba altos costos en el traslado de productos para los propios bolivianos y para los comerciantes del norte del Perú, que pretendían continuar sus transacciones a través del puerto de El Callao, en Lima.

186. Andrés de Santa Cruz y Calahumana fue un militar realista durante la guerra de Independencia. En 1821, decidió ponerse al servicio del ejército patriota de San Martín, en el que logró su ascenso a general y el grado de mariscal. En 1826 fue nombrado presidente del Perú y luego designado ministro plenipotenciario del Perú en Chile. En 1829 fue elegido presidente provisional de Bolivia y constitucional, en 1831. Fue reelegido en 1835, previamente a la conformación de la Confederación Perú-Boliviana. Véase De Mesa, Gisbert y De Mesa Gisbert (2003: 175).

187. Dicha reivindicación tenía sus raíces en la antigua tradición andina y en la política bolivariana, basada en la constitución de la Federación de los Andes. Véase Pease (2003: 93-103).

188. Sin embargo, la confederación liderada por Santa Cruz pronto sería percibida por las naciones vecinas como una amenaza para el equilibrio de fuerzas entre los países y encontraría oposición por parte de los intereses mercantiles en Bolivia y de los peruanos del norte. Véase Bonilla (2000). El proyecto de Santa Cruz fue crear la reestructuración de viejos circuitos mercantiles que habían articulado ambas regiones desde la Colonia y promovía una política librecambista con el Atlántico norte y los Estados Unidos. El plan fue rechazado por las elites limeñas y de la costa norte de Perú, vinculadas al comercio con Chile. Véase Méndez (2000: 14-15).

189. Rosas demoró en su declaración de guerra debido a conflictos considerados primordiales: el apoyo al gobierno de Oribe en la Banda Oriental, la acción de los emigrados unitarios que amenazaban con nuevas incursiones auxiliados por caudillos como Juan Lavalle y Fructuoso Rivera, y el conflicto con Francia, que derivaría en el bloqueo francés en 1838.

190. Las cartas y notificaciones entre Alejandro Heredia y sus principales jefes destinados a la guerra evidencian la insistencia en el carácter "nacional" de esta guerra.

191. Situada entre las rutas que unían Buenos Aires y el Alto Perú, la jurisdicción de San Miguel de Tucumán fue identificada desde la Colonia con la crianza y engorde de mulas y bueyes destinados al transporte y la construcción de carretas. Véase

López (1994: 89).

192. Historiadores como Carlos S. Assadourian, Antonio Mitre, Tristan Platt, Eric Langer, Guillermo Madrazo, Silvia Palomeque, Viviana Conti, Sara Mata, Cristina López, entre otros, han conceptualizado el estudio de espacios y regiones vinculados con circuitos y redes económicas, sociales y culturales que trascendían las fronteras políticas delimitadas por los gobiernos contemporáneos. En este sentido, Conti señala que la frontera entre las provincias del Río de La Plata y la República de Bolivia se comportó como un espacio de integración cultural, social y económico, alimentado por interacciones sociales, circuitos mercantiles que lo articulaban y complementariedad económica. Véase Conti (2011).

193. En 1833, Juan Manuel de Rosas ya había comenzado a realizar gestiones para la restitución de Tarija.

194. Archivo General de la Nación (AGN), 18 de mayo de 1838, sala X, 5-10-6.

195. En el mismo año en que la Confederación Argentina entraba en guerra con Santa Cruz, Estados Unidos y Europa experimentaban una crisis económica, que había obligado a los corresponsales porteños al envío de metálico. Luego, el bloqueo francés iba a generar una brusca caída del comercio y la recaudación impositiva, una reducción en los gastos y congelación de las remuneraciones, sumado al constante gasto militar necesario para asegurar la subsistencia del régimen político. Véase Halperin Donghi (2005: 192-194).

196. Una versión anterior de este apartado fue presentada en septiembre de 2011 en la mesa 24 de las XIII Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia.

197. Dicha disposición se amparaba en el pedido de estos departamentos de ser incorporados a Tucumán.

198. AHT, S. A., 1837, vol. 47, fs. 6-7.

199. AHT, S. A., 1837, vol. 47, fs. 301, 303.

200. AHT, S. A., 1838, vol. 53, f. 29.

201. AHT, S. A., 1837, vol. 48, fs. 60-84.

202. AHT, S. A., 1837, vol. 48, fs. 60-84.

203. Es posible que dicha experiencia llevara a las autoridades políticas y militares a la implementación de un severo escarmiento a los insubordinados. Sobre la movilización rural en la campaña salteña durante la guerra de independencia, véase Mata (2010).

204. El primer levantamiento se produjo en Santa Victoria organizado por los mismos reclutas “animados por dos oficiales”. El segundo fue un motín en Humahuaca, en 1838. El tercero, un intento de sublevación al mando de un alférez de milicias que había sido apresado “por habladurías en presencia de la tropa que tenían tendencia a la movilización”. Véase AHT, S. A., 1837, vol. 47, f. 428; 1838, vol. 50, fs. 249, 355; vol. 51, f. 59.

205. Los sectores populares, pese a las diferencias étnicas, sociales y culturales de los individuos, compartían una condición de subordinación con respecto a las elites que en el ámbito militar se traducía, en un considerable porcentaje, en la pertenencia a las tropas milicianas o de línea.

206. AHT, S. A., 1837, vol. 49, f. 81.

207. AHT, S. A., 1838, vol. 50, fs. 212-219.

208. A partir de la Revolución de Mayo de 1810, en los discursos y arengas militares de los jefes a cargo del Ejército Auxiliar del Perú aparece una nueva identificación de la patria con la causa política a defender, asociada a la lucha revolucionaria y la

religión católica. Luego, en las peticiones de los oficiales y soldados que habían participado en la guerra revolucionaria, es posible detectar este uso del concepto de patria, respondiendo a la necesidad de reclamar “sus derechos incumplidos”. Véase Davio (2014). Para el análisis de los significados de “patria” durante la primera mitad del siglo XIX, véase Di Meglio (2008).

209. Esta situación generó un gran desgaste entre los habitantes de la Puna que, según disposición del gobernador de Jujuy, debían replegarse hacia el sur a fin de no incrementar los recursos del ejército enemigo. Los pobladores de la Puna se mostraron reticentes a esta prescripción, tornándose muy dificultoso el reclutamiento.

210. Para Gustavo Paz, esta falta de identificación llevó a los campesinos de la Puna jujeña a apoyar el avance de las tropas bolivianas y muchos de ellos no dudaron en sumarse a sus filas, a causa de las garantías ofrecidas por Santa Cruz, basadas en el respeto a las comunidades indígenas y el permiso de usufructo de las tierras. Una vez derrotado Santa Cruz, los indígenas de la región volvieron a negociar con las autoridades provinciales la reimposición del tributo indígena, que los eximía de toda obligación con el gobierno. Véase Paz (1998: 344).

211. Durante esta guerra se registró gran cantidad de delitos por deserción en el ejército confederado. Véase Davio (2010).

212. Para algunos autores, la guerra permitió a Rosas la afirmación de su hegemonía a nivel internacional, pues la derrota de Santa Cruz prácticamente eliminó a Bolivia como un interlocutor en las disputas intrasudamericanas por el poder regional. Véase Escudé y Cisneros (2000).

213. A raíz de este conflicto, estos países se enfrentarían nuevamente en la guerra del Pacífico en 1879.

CAPÍTULO 9

LA GUERRA DEL PARAGUAY Y LA REPÚBLICA ARGENTINA (1864-1870)

María Victoria Baratta

En líneas generales, la guerra de Malvinas es el acontecimiento que aparece en las respuestas de la amplia mayoría de los argentinos cuando se les consulta por una contienda bélica en la que haya participado su país. La cercanía temporal con la última dictadura militar y la continuación del conflicto por vía diplomática mantienen esta contienda viva en el inconsciente colectivo. Sin embargo, hubo otra gran guerra de la que participó el Estado nacional argentino de manera activa. Una guerra que no muchos conocen, impensada, difícil de imaginar hoy, ya que enfrentó a los primigenios miembros del actual Mercosur.

Esa guerra fue la del Paraguay (también conocida como guerra de la Triple Alianza o Guerra Guasú), conflicto que enfrentó a la alianza integrada por la Argentina, Brasil y Uruguay contra el Paraguay. Fue una contienda que duró más de cinco años (desde fines de 1864 hasta marzo de 1870) y se llevó consigo miles de muertos en batallas y epidemias. El Paraguay quedó devastado económica y demográficamente e intervenido políticamente por los aliados, sobre todo por Brasil. La lejanía en el tiempo, la incomodidad y hasta la vergüenza lograron desdibujar esta guerra del relato histórico nacional argentino. Sin embargo, se trató de un acontecimiento en el que el Estado argentino tuvo gran incidencia tanto en sus causas, como en su desarrollo y consecuencias. El conflicto en la Banda Oriental que fue el origen de la guerra involucró al presidente Bartolomé Mitre. La Triple Alianza se firmó en Buenos Aires; este acuerdo estableció que el general en jefe del ejército aliado sería el mandatario argentino, y así fue hasta promediar la contienda. La leva, aunque fue muy resistida, se realizó a lo largo de todo el país. Muestras de apoyo en las calles y en el debate público se multiplicaron en ese comienzo. Urquiza, el tradicional enemigo de Mitre, cerró filas con el presidente. La

presencia argentina en el frente fue muy significativa hasta 1868. A lo largo de su desarrollo la contienda fue despertando crecientes críticas en la opinión pública y resistencias armadas importantes en casi todo el territorio nacional. Los problemas internos forzaron al presidente a dejar su puesto de combate y regresar al país. De todas formas, Domingo Faustino Sarmiento, su sucesor, tampoco terminó con la participación argentina en el conflicto. El Estado liberal nacional argentino fue el gran vencedor de esta contienda. La guerra le proporcionó una oportunidad de acallar la disidencia interna y consolidar el Estado nacional con el dominio de Buenos Aires. Brasil ganó varios territorios en disputa con el Paraguay, pero sus finanzas y el sistema monárquico-esclavista quedaron debilitados. Años más tarde se terminaría la esclavitud y se proclamaría la república. Uruguay, por su parte, se benefició con el comercio y el abastecimiento de los ejércitos, pero no obtuvo ventajas territoriales.

Los análisis del conflicto bélico en nuestro país se han caracterizado mayormente por la búsqueda de las causas, las consecuencias y los responsables. En primer lugar, una historiografía de corte nacionalista buscó exaltar la figura de Mitre, justificar la contienda y denostar al presidente paraguayo como el gran culpable; esta postura fue dominante hasta mediados del siglo XX. Luego, su contracara, el revisionismo histórico, ubicó causas y responsables en la manipulación británica, los intereses brasileños y mitristas y ensalzó la postura paraguaya como una gesta por la unidad latinoamericana. (214) Poco se ha escrito sobre la guerra desde entonces en nuestro país, no así en Brasil, el Paraguay y en algunos centros especializados de los países desarrollados. (215) En línea con estas nuevas investigaciones proponemos abordar la guerra como un conflicto regional, procurando escapar de las teorías conspirativas, las exaltaciones y demonizaciones y teniendo en cuenta el peso de la contingencia histórica.

Comenzamos por revisar la intervención del Imperio de Brasil y de la Argentina en el conflicto de la Banda Oriental, que dio origen a la guerra. Luego examinaremos la incidencia de la guerra en nuestro país desde la invasión paraguaya a Corrientes, la formación de la Triple Alianza, el papel de Mitre como general en jefe del ejército aliado y la movilización de tropas. Haremos referencia también a los levantamientos internos y a las elecciones presidenciales en el contexto de la guerra. Analizamos el fin de la contienda y sus consecuencias inmediatas. Procuramos demostrar que la guerra produjo un fuerte impacto en el país en diferentes ámbitos.

La Argentina en guerra

La cuestión oriental y la formación de la Triple Alianza

El desmembramiento del Virreinato del Río de la Plata trajo consigo problemas limítrofes entre las nuevas unidades políticas en formación. El Paraguay se consideraba legítimo heredero del Gran Chaco y de las misiones jesuíticas que comprendían el nordeste de la provincia de Corrientes y la actual Misiones en la Argentina. Por otra parte, la Banda Oriental se había convertido en territorio de disputas entre el poder de Brasil y las Provincias Unidas del Río de la Plata, disputa en apariencia saldada por la guerra de la segunda mitad de la década de 1820. Hacia 1850, Brasil se consolidó como imperio dominante en la región y auxilió a Urquiza para derrotar a Rosas. El caudillo entrerriano reconoció la independencia del Paraguay, aunque los conflictos limítrofes siguieron a la orden del día, así como las fricciones con el imperio en la frontera con el Litoral. En cuanto al imperio brasileño, su cuestión limítrofe de importancia vital con el Paraguay era obtener la libre navegación del río Paraguay para poder conectar su aislada provincia del Mato Grosso.

La Banda Oriental, si bien con independencia formal, continuaba ligada a los conflictos políticos de sus vecinos. Por un lado, el mitrismo, aliado al partido colorado que no estaba en el gobierno al momento de iniciarse la guerra y buscaba recuperar el poder apoyado por el presidente argentino. Por otro lado, los estancieros brasileños al norte de Uruguay, que se veían perjudicados por medidas del gobierno del partido blanco y acudieron en auxilio del gobierno imperial. Se sumaba además el gobierno paraguayo, que creía amenazado el equilibrio del Plata con estas presiones de la Argentina y Brasil sobre Uruguay. Estas tres fuerzas confluyeron en lo que se denominó “la cuestión oriental”, que terminó derivando en el ultimátum del imperio al gobierno uruguayo y la invasión brasileña a la Banda Oriental; estos hechos dieron comienzo a la guerra y motivaron la respuesta de Francisco Solano López, presidente paraguayo, a tomar el buque brasileño *Marqués de Olinda* en noviembre de 1864.

En diciembre de 1864 tuvo lugar el sangriento sitio de Paysandú con la fallida resistencia de parte de los uruguayos a la invasión brasileña. Ese mismo mes llegó a Buenos Aires el plenipotenciario brasileño José María da Silva Paranhos con el objetivo de establecer una alianza con el gobierno argentino para derribar definitivamente a los blancos en Montevideo y evitar su acuerdo con el Paraguay. Sin embargo, no logró tentar a Mitre en primera instancia, ni tampoco lo consiguieron otros diplomáticos europeos. Para Mitre, la neutralidad en lo que se refería a Brasil y el Paraguay era probablemente la política adecuada. El presidente argentino sabía que un acuerdo con Brasil podía ser impopular. Sin embargo, sentía que era difícil sostener la neutralidad ante el conflicto cercano en la Banda Oriental, las presiones de la diplomacia brasileña y las difíciles relaciones con el

Paraguay. Existía la posibilidad certera de que el ejército paraguayo, con el objetivo de obligar a las fuerzas brasileñas a abandonar territorio oriental, pudiera tomar camino por territorio argentino. Urquiza respondió al presidente que, ante una intervención extranjera en la nación, Mitre podía contar con Entre Ríos. Los cálculos de Francisco Solano López, de los blancos uruguayos y de los federales de la Confederación Argentina fueron errados con respecto a Urquiza. Actuar ante una eventual invasión paraguaya al territorio no estuvo en discusión. El disenso estaba en otra arista del conflicto: la posible alianza con el gran imperio. Urquiza advertía al respecto en su correspondencia con Mitre.

El 14 de enero de 1865 el Paraguay pidió permiso a la Argentina para que sus tropas pasaran por Corrientes. Pero el gobierno argentino, probablemente preocupado por una posible represalia de Brasil, se negó. El 13 de abril de 1865 un grupo de buques paraguayos atacó dos vapores argentinos en la ciudad de Corrientes. Parte de la población local se trasladó a San Roque junto con el gobernador Manuel Lagraña. El 16 de abril llegó a Buenos Aires el oficio de Lagraña con la noticia, dirigido al ministro de Guerra y Marina, Juan Andrés Gelly y Obes. La novedad se difundió pronto en toda la prensa y en los rincones de opinión pública. El gobierno decretó estado de sitio, movilización de la Guardia Nacional y declaró a la ciudad de Buenos Aires en asamblea, o sea, a disposición del gobierno. La guerra fue presentada por el gobierno argentino como una necesidad histórica de liberar al pueblo paraguayo de un régimen bárbaro, inspirada en la dicotomía civilización y barbarie. El acuerdo con Brasil fue un hecho. El 1º de mayo de 1865 se firmó en Buenos Aires, en la casa particular de Bartolomé Mitre, el tratado secreto de la Triple Alianza entre la Argentina, Brasil y Uruguay, con la presencia de los ministros argentinos, los plenipotenciarios de la región, Thorton, Urquiza, el general oriental Flores, del partido colorado, el almirante brasileño Tamandaré, el general Osorio y algunos miembros del Congreso. Los términos del tratado procuraron resguardarse del conocimiento público hasta que se cumplieran sus objetivos. Esta intención se vio frustrada cuando en 1866 parte de la diplomacia inglesa hizo público el tratado y se difundió en la prensa de todo el mundo, provocando un gran escándalo internacional.

El tratado establecía que se hacía imposible la paz, la seguridad y el bienestar de los tres aliados mientras existiera el gobierno del Paraguay de entonces. Por esa razón, en su artículo VI, se declaró que no se depondrían las armas hasta que se derrotara a Francisco Solano López. Esta cláusula, entre otros factores, explicó la prolongación de la guerra por más de cinco años. En el tratado se anunciaba también que la guerra no era “contra el pueblo del Paraguay, sino contra su

gobierno" y que los aliados se comprometían a "respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay". Sin embargo, varios de los puntos y los resultados de la contienda contradecían estas afirmaciones. El acuerdo exigía una rendición incondicional y no respetaba la integridad territorial paraguaya, ya que los límites se fijaban favoreciendo a los aliados. La Argentina se aseguraba, en caso de victoria, el territorio de Misiones y el Chaco en su margen derecha del río Paraguay. Por protocolo adicional, la alianza estipulaba la demolición de Humaitá y el desarme completo del Paraguay. Mitre impuso que, si no le proporcionaban el mando supremo del ejército aliado, la alianza no se concretaría. Esta disposición se estableció en el tratado, aunque de todas formas la escuadra estuvo a cargo del imperio.

La mayor parte de la guerra se desarrolló en territorio paraguayo. Sin embargo, los escenarios que abrieron la contienda se repartieron entre los otros países involucrados; en la Argentina el espacio fue la provincia de Corrientes. El mapa político de la provincia podía dividirse en tres grupos. El más importante, de filiación liberal mitrista, estaba liderado por el gobernador Manuel Lagraña, aunque presentaba algunas divisiones internas. Por otro lado, encontramos un grupo de aliados y exaliados de Urquiza, cuyo modelo de país era la Confederación Argentina anterior a Pavón. La visión de una autonomía total de la provincia, la tercera postura, era muy minoritaria y contaba con algunos viejos aliados de la política rosista. Los paraguayos fundaban sus esperanzas en este último grupo (Ramírez Braschi, 2000). Ellos dispusieron que la población con permanencia en la capital eligiera un gobierno provisional, que finalmente recayó en un triunvirato de correntinos: Víctor Silveiro, Teodoro Gauna y Teodoro Cáceres. La junta declaró a Mitre traidor a la patria y reasumió su soberanía, aunque se declaró parte integrante de la nación argentina. Sin embargo, no todo fueron simpatías paraguayistas. Se exigió a los correntinos que utilizaran el papel moneda paraguayo, cuestión que provocó resistencia. Los saqueos y expropiaciones a algunos comerciantes comenzaron a ser vistos con recelo. Con la posterior derrota y retiro de los paraguayos, hacia octubre de 1865, las simpatías que pudo haber despertado aquella facción se fueron acallando por conveniencia o temor. Los más comprometidos cruzaron al Paraguay, pero la mayoría permaneció en la Argentina. Algunos de ellos fueron sometidos a procesos judiciales por traición a la patria.

Una reacción de alcance nacional

Los apoyos

Mitre se dedicó a intentar construir un consenso sobre la guerra con discursos públicos emotivos, presiones en el Congreso, promesas y amenazas a los líderes provinciales, con las que consiguió su respaldo político y financiero. Delegó la tarea del reclutamiento en las provincias en líderes locales. También propició el reclutamiento de oficiales extranjeros. Las fuerzas militares de la República Argentina estaban conformadas por el Ejército Nacional permanente (unos seis mil hombres) y la Guardia Nacional, la cual contaba para 1865 con alrededor de ciento ochenta mil hombres (cifra más nominal que efectiva), a los cuales se sumaron los indígenas "amigos" y una escasa escuadra. La cifra oficial del mismo año para Brasil sumaba cuatrocientos cuarenta mil hombres y una escuadra y artillería más poderosa. El ejército uruguayo apenas comprendía cuatro unidades de línea, dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería y un regimiento de artillería. El ejército permanente paraguayo contó con dieciocho mil hombres y una reserva de cuarenta y cinco mil. Para abril de 1865, el ejército aliado estaba compuesto de unos sesenta mil hombres, de los cuales treinta mil eran brasileños, veinticuatro mil argentinos y tres mil uruguayos, como apuntamos, todas cifras nominales (De Marco, 2003).

En Buenos Aires, bandas de música acompañaron el anuncio de la guerra, jóvenes levantaron banderas celestes y blancas, autonomistas y nacionalistas marcharon en acuerdo, la prensa local y extranjera alentó el inicio de la contienda. En la Universidad, en el Colegio Nacional y en los cafés, era el tema de conversación predominante y se hablaba de lo fácil que se ganaría la guerra. La mayor parte de la juventud porteña mostraba entusiasmo. Entre otros personajes ilustres se alistaron: Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Francisco Paz –hijo del vicepresidente–, Dominguito Sarmiento y Leandro Alem. Lucio V. Mansilla envió a Mitre sus buenos augurios, hacendados hicieron importantes donaciones y algunas viudas pusieron a sus hijos a disposición del ejército de la patria. En la provincia de Santa Fe también un grupo de ciudadanos se movilizó hasta el consulado del Paraguay en protesta contra López; una vez allí "fusilaron" retratos del presidente paraguayo. Los caciques Coliqueo y Raninqueo, jefes indígenas amigos del gobierno argentino, ofrecieron también su ayuda al ejército, aunque no fue aceptada; pero sí la de los mocovíes en la provincia de Santa Fe. Se destacó entre los distintos batallones la presencia de los jóvenes que se ofrecieron a alistarse entusiasmados.

Mitre supo que requería del esfuerzo conjunto de la nación y lo vio como oportunidad de afianzar su poder. Presentó la guerra como una causa nacional de lucha de la civilización contra la barbarie. Periódicos de todo el país replicaron su discurso durante 1865 mostrando la penetración del poder mitrista en el territorio a partir de

Pavón. La mayoría de los periódicos no afines al mitrismo estuvieron a favor de hacer la guerra contra el Paraguay en un comienzo. A los clásicos editoriales se sumaban las noticias que enviaban los corresponsales. Buena parte de los oficiales se dedicó a llenar sus carteras de apuntes sobre las batallas y el día a día en el frente, además de leer a viva voz a sus compañeros los periódicos que circulaban con frecuencia allí. *La Tribuna*, de los hermanos Varela, el más vendido del país, trataba de ser el primero en informar las primicias y era el diario que efectivamente tenía más desarrollado el ámbito del corresponsal. Muchas veces se les pagaba en especies, según comentaba Lucio V. Mansilla, corresponsal que firmaba con el seudónimo "Falstaff" en *La Tribuna*. Los enviados redactaron crónicas, reportes bastante fácticos de las batallas con las obvias alusiones a la patria y de enorme valor para la prensa de esos días. Su trabajo constituyó toda una innovación, proporcionó relevancia a la espera de la noticia y la primicia en periódicos, antes casi totalmente dedicados a editorializar (De Marco, 2004).

El fervor discursivo que despertó en su inicio la guerra no se limitó a la prensa porteña. Puede encontrarse prácticamente en todas las provincias en al menos uno de sus periódicos. Muchos de ellos replicaron editoriales de los diarios porteños, como por ejemplo *El Orden*, de Jujuy, que además publicó la proclama de Mitre que convocaba a la guerra. Desde Córdoba también se hicieron oír los llamados a la contienda:

> Cuando la patria está en peligro, los sacrificios no deben omitirse, no deben excusarse. La guerra en que hoy está empeñada la Nación, hace necesario que el mayor número posible de sus hijos se presente en los campos de batalla. Es un deber que tenemos que cumplir forzosamente. El honor del país lo reclama. La ley lo exige y lo manda. Los momentos son supremos. (216)

Por su parte, *El Constitucional*, de Mendoza, el 9 de mayo de 1865 publicó un editorial titulado "¡La voz de la Patria!", en el cual se denunciaba lo que se consideraba como un vil y traidor ataque por parte del Paraguay. *El Norte*, de Santiago del Estero, y *El Zonda*, de San Juan, fueron otros de los tantos periódicos destacados de la época que llamaron a la población a hacer la guerra.

Reclutamiento y resistencias

Sin embargo y a pesar de cierto entusiasmo inicial, la contienda fue impopular en la Argentina, y su inesperada prolongación solo profundizó ese sentimiento. La impopularidad de la guerra mezclaba el hartazgo ante su dinámica, la indiferencia ante la consigna de un Paraguay peligroso, el antiporteñismo y el rechazo a la alianza con Brasil. En Buenos Aires muchos comerciantes se resistían, estaban

cansados de la guerra y se mostraban renuentes a abandonar su sitio por uno tan lejano. Los habitantes rurales sentían el mismo hartazgo, al que contribuía la decisión de Mitre de privilegiar a las guardias urbanas por sobre las milicias rurales. Si bien en un primer momento la prensa porteña apoyó la causa, las críticas no tardaron en aparecer en periódicos como *La Tribuna*, otrora principal instigador, entre todos los periódicos, de la alianza con Brasil.

En Entre Ríos, como mencionamos, su caudillo se acopló a la causa mitrista. Sin embargo, Urquiza se encontró con unas de las resistencias más resonantes. El famoso desbande de Basualdo se produjo en julio de 1865. Los milicianos repetían: "Compañeros: el capitán general se ha ido a su casa y es necesario que nosotros también nos vayamos. No sean tontos; no se dejen engañar". Se oían gritos: "Viva Urquiza, muera Mitre". Cerca de tres mil hombres dejaron el campamento. De todas maneras, Urquiza respondió con fusilamientos y anunció que "la patria exige ir a esa guerra" (Rosa, 1986). El suceso respondió a la aversión a luchar en territorios lejanos, la falta de pago de sueldos y el escaso racionamiento, entre otras cuestiones. *La Nación Argentina*, periódico insignia del mitrismo, buscaba minimizar el hecho, para poder sustentar el entusiasmo por la guerra. Basualdo no fue tomado como significativo, como representativo en su discurso. Se trataba de unas diez mil personas que no eran ejemplo, eran cobardes, pero no representaban al país, ni siquiera a su provincia. Era un error imputarle a todo Entre Ríos el delito de unos cuantos. Para mostrar estas resistencias como excepciones que justificaban una regla se citaban otras provincias de supuesta conducta ejemplificadora, como Córdoba (que en realidad también sufría algunos levantamientos de sus fuerzas), Santa Fe (en donde había testimonios de muestras de apoyo y también de condena) y Buenos Aires. Los levantamientos y discordias eran escasamente mencionados. Sin embargo, aunque el discurso periodístico utilizaba estos recursos para intentar mantener intacta la moral de la tropa, el gobierno miraba con preocupación la situación, aunque nunca dudaba –al menos explícitamente– de la lealtad de Urquiza. O si dudaba, no lo demostraba, para persuadirlo de no intentar ninguna acción en contra:

> Llegó ayer el general Urquiza y estuvo a verme pocos momentos después de su desembarco. Nuestra entrevista, podrá usted imaginarse a lo que se reduciría, puesto que ya está al corriente de todo lo ocurrido en Basualdo. Sus disposiciones son las mejores. No dudo de su buena fe, y estoy cierto de que hará cuanto pueda para reunir el contingente pedido y así lo logrará. (217)

Las primeras victorias militares importantes de los aliados en combate, en este caso la batalla de Yatay de agosto de 1865, fueron tomadas como espejo que muestra la vergüenza de la conducta en

Entre Ríos en los periódicos porteños. Al estallar el conflicto y el desbande en Toledo en noviembre de 1865, Rufino de Elizalde, ministro del Interior, no pudo ser más explícito hacia Mitre: "Vamos a pasar un tiempo de expectativa terrible. La opinión es que si usted triunfa vence a un tiempo a los enemigos externos e internos" (Pomer, 1986: 106).

Sin embargo, la resistencia al reclutamiento no cesó y se repitió en otras provincias. En Córdoba, en dos meses no se pudo reunir ni la mitad de los quinientos hombres solicitados. Por su parte, las milicias correntinas demoraron un año en poder organizarse debido a su falta de armamento, a la ocupación paraguaya y al apoyo de algunos grupos a la causa del Paraguay en ese territorio. En San Luis el reclutamiento no fue sencillo, se produjeron algunos intentos de motines que fueron neutralizados. El batallón de Santiago del Estero se rebeló en La Viuda, quizás animado por los sucesos de Córdoba. Aunque los cabecillas de la rebelión fueron fusilados, este batallón nunca llegó al frente. En La Rioja, en cambio, a pesar de la revuelta que comandó Aurelio Zalazar, la mayor parte del batallón llegó a Corrientes. Otro batallón reducido llegó desde Tucumán a Corrientes, luego de las quejas de su gobernador por la falta de recursos. En Catamarca algunas sublevaciones retrasaron el contingente que finalmente viajó meses después junto con el de Salta. La participación salteña se concretó, no así la jujeña, que adujo falta de recursos y resistencia y el gobierno nacional decidió no insistir. La reunión de la Guardia Nacional de toda la república en la escena de operaciones demoró casi diez meses. Las resistencias se produjeron más en el reclutamiento que en el frente, en donde también se vivieron escenas de apoyo a la guerra descriptas como actos heroicos por los corresponsales. Cuando los sucesos de rebeldía se reiteraban, se acrecentaban y empezaban a preocupar, *La Tribuna* eligió culpar de la situación a las ideas diseminadas contra Brasil por Justo José de Urquiza, quizás tratando de encontrar una explicación para la magnitud que empezaban a tomar los levantamientos, probablemente porque se dirigían a un público que no simpatizaba con el caudillo entrerriano. *El Nacional*, reconocido periódico autonomista, en su editorial del 11 de octubre de 1865 opinaba que La Rioja estaba "perdida por el caudillaje y la barbarie" aunque tenía un gobierno liberal que no podía lidiar con la situación.

La exaltación de la guerra empezó también a mostrar claramente sus límites a principios de 1866 con la aparición en Buenos Aires del periódico *La América*, en el cual se publicaron textos de Juan Bautista Alberdi, Olegario Víctor Andrade y Carlos Guido Spano, entre otros. El intento mitrista por justificar la alianza fracasó y se hizo evidente con la publicación del tratado de la alianza en mayo de 1866 y sus

repercusiones en ese periódico. Las condiciones de esa alianza con Brasil se volvieron inadmisibles para la opinión pública. Además comenzaron a sumarse advertencias en diarios del Litoral sobre la presencia del ejército brasileño en territorio argentino. El discurso de *La América* fue el faro intelectual opositor a la contienda, pero solo duró hasta julio de 1866, cuando el periódico fue cerrado y algunos de sus integrantes, encarcelados. Alberdi continuó escribiendo desde el exilio en París y fue la voz más crítica –y de las pocas– que defendió explícitamente la causa paraguaya durante la guerra.

Aliados y enemigos al mando de Mitre

Una vez en el frente, Mitre tuvo la tarea de organizar y formar el grupo de hombres que se reclutaron a lo largo del país y que distaron de detentar características de un ejército profesional. En ocasiones el ejército a su mando estuvo compuesto en un 80% de brasileños, lo que trajo varios problemas con sus comandantes, a los que, aunque no abiertamente, se rehusaron por lo bajo a obedecer o a quienes propusieron diferentes tácticas. A los argentinos no les agradaba ver tantos mestizos que hablaban portugués dando vueltas por Corrientes: temían una invasión. Las fricciones entre Mitre y Tamandaré fueron frecuentes. En Buenos Aires se llegó a rumorear que Tamandaré preparaba un ataque a la Argentina.

Cuando se logró expulsar al ejército paraguayo de territorio argentino, se instaló nuevamente Lagraña como gobernador el 3 de noviembre de 1865. Pero el tratado de la alianza afirmaba que no terminaría la guerra hasta derribar al gobernante paraguayo. Había que avanzar sobre territorio enemigo. La ciudad de Corrientes y sus alrededores fueron establecidos como base de operaciones del ejército aliado. En abril de 1866 invadieron territorio paraguayo al mando de los generales Flores y Osorio, aunque sin saber que faltaba mucho para que la guerra llegara a su fin. López abandonó la zona y se estableció al norte de Estero Bellaco. Los aliados ganaron la batalla del mismo nombre y avanzaron hasta Tuyutí, donde tuvo lugar el 24 de mayo de 1866 la batalla más sangrienta de la guerra. En cinco horas de combate murieron en Tuyutí entre trece mil y quince mil soldados, en su mayoría paraguayos.

El 11 de septiembre de 1866 un emisario paraguayo se presentó en el campamento aliado con un mensaje de Francisco Solano López a Bartolomé Mitre, en el cual le solicitó una entrevista. Se fijó para el día siguiente por la mañana en Yatayty Corá. Solano López propuso terminar con la guerra en una salida negociada, por considerar que la sangre derramada había sido suficiente. Mitre pidió consultarlo con sus aliados y su respuesta fue que solo accedería a la paz si López

dejaba el gobierno paraguayo como mandaba el tratado, exigencia que fue rechazada. El presidente argentino eligió respetar los términos de un tratado que no serían tenidos en cuenta por los brasileños al finalizar la guerra. El 22 de septiembre se produjo la batalla de Curupaytí, la mayor derrota aliada en la contienda. La batalla puso en entredicho a Mitre como general en jefe del ejército aliado. Aproximadamente la mitad de los muertos y heridos del bando aliado eran argentinos. El presidente fue blanco de la mayor parte de las críticas. En Buenos Aires la mayoría de la prensa pedía paz negociada, otros, retirada y solo el círculo cercano a Mitre continuó apoyando. La mayoría perdió interés en la guerra, quería un papel subsidiario de la Argentina con respecto a Brasil y concentrarse en las ganancias económicas del conflicto. Su idea era dejar que los brasileños vengaran su ofensa mientras pagaban por los servicios a los comerciantes argentinos. A este fracaso Mitre sumaba los conflictos internos en el país, con epicentro en la zona de Cuyo, donde estallaron importantes rebeliones en noviembre de ese año.

La guerra entró en un período de inacción hasta julio de 1867. El 9 de febrero de 1867 Mitre había abandonado el campamento de Tuyutí y había dejado el mando de general en jefe al marqués de Caxias, y al general Gelly y Obes con las tropas argentinas. En julio de 1867 Mitre regresó al frente de batalla como general en jefe de un ejército que se activó después de una maniobra exitosa en Tuyú Cué. Se preparó entonces el sitio a Humaitá. La permanencia de Mitre no pudo ser del tiempo necesario para ver concretado su plan. El fallecimiento de Marcos Paz, su vicepresidente, obligó a su regreso ahora ya definitivo a Buenos Aires en enero de 1868. El marqués de Caxias quedó nuevamente al mando. Humaitá cayó en manos aliadas en agosto de ese año. La suerte de la guerra estaba decidida aunque su fin no era tan cercano. Restaba ir a la caza de López.

La guerra civil

Como mencionamos, en el oeste del país comenzó a gestarse un frente bélico que obligó al retorno del presidente Bartolomé Mitre. A los sucesos de Basualdo y Toledo, a principios de 1866, se sumó en Córdoba una revolución que derrocó al gobierno del liberal –aunque no del todo apoyado por el mitrismo– Roque Ferreyra. La tributación, la represión y la conscripción fueron fenómenos que reforzaron la visión represiva hacia el Estado central en las provincias y provocaron varias revueltas, como la de Aurelio Zalazar en La Rioja en la segunda mitad de 1865. La guerra del Paraguay impuso una ley del Congreso nacional que dictaba el enrolamiento obligatorio en la Guardia Nacional en toda la república a los ciudadanos argentinos entre 17 y

45 años casados y 50 los solteros. La contienda ofició como chispa desencadenante de rebeliones que se sustentaron sobre la base de conflictos locales. El 9 de noviembre de 1866 se amotinaron los gendarmes de policía de Mendoza en connivencia con doscientos ochenta reclutados para la guerra del Paraguay, depusieron al gobernador don Melitón Arroyo Libertán y proporcionaron además armas a sesenta presos. Beatriz Bragoni sostuvo que la rebelión se originó por una combinación de descontentos aglutinados: los desplazados de la función pública, los indignados por los costos de la movilización militar y la crítica situación fiscal (Bragoni y Míguez, 2010). El coronel de filiación urquicista Carlos Juan Rodríguez alentó un motín que rápidamente ganó adhesión en la ciudad, y terminó designado como gobernador interino. La denominada "revolución de los colorados" fue un movimiento antiporteño, pero también respondió a la tendencia de las elites locales a clausurar el ingreso a cargos estatales a un grupo importante de federales. El 21 de noviembre de 1866 se dispuso por decreto la intervención en Mendoza y marchó sobre la provincia rebelde el general Paunero. La prensa liberal en La Rioja, el periódico *La Regeneración*, se mostró inquieta ante el posible avance de los rebeldes y saludó el auxilio de la provincia de Catamarca en el resguardo de frontera como una actitud patriótica.

Los problemas internos en la Argentina obligaron a disponer parte de las tropas en el frente externo para el conflicto con las montoneras. Para enero de 1867 la rebelión se extendió a San Juan y San Luis y luego a La Rioja y Santiago del Estero, y en menor medida a Salta. El caudillo Felipe Varela fue el líder máximo del movimiento. Ariel de la Fuente explicó la fuerte oposición que el reclutamiento a la guerra encontró en las provincias como una continuidad del conflicto entre unitarios y federales. Probablemente la guerra del Paraguay puso en primer plano las fricciones de la era de la Independencia, pero a la vez mostró su decadencia y final. Muchos de los oficiales a cargo del reclutamiento eran unitarios que habían reprimido a los montoneros, lo que dificultó la legitimidad de la leva. Además, la magnitud del reclutamiento fue sin precedentes, acorde a las necesidades de una guerra de escala inédita. Las provincias pobres, diezmadas, escasamente pobladas, no estaban listas para proveer esa cantidad de soldados. El reclutamiento fue vivido como un ataque a la economía doméstica de los gauchos, cantidad de ellos muertos en enfrentamientos anteriores durante 1862 y 1863. Muchos gauchos fueron llevados como prisioneros hasta el campo de batalla, desnudos. Otros huyeron, pero algunos fueron recapturados y fusilados. El general Paunero escribió: "la idea de ir al Paraguay es un fantasma que tiene aterradas a estas gentes" (De la Fuente, 2007: 228).

Los ejércitos del gobierno central en el interior estuvieron a cargo de Paunero, Arredondo y Taboada. Varias divisiones regresaron del frente paraguayo para unirse a estas filas. Los periódicos de la región dieron cuenta del malestar que les generaba la diseminación de las montoneras. Buscaban ridiculizarlas, por ejemplo, mediante el adjetivo "comparsa", aunque manifestaban la preocupación por las inocultables adhesiones que el movimiento de Varela iba generando en gran parte de la población.

Sin embargo, la rebelión encontró su techo. La batalla de San Ignacio en San Luis y, fundamentalmente la de Pozo de Vargas en la que Taboada venció a Felipe Varela significaron una derrota decisiva para la suerte de la montonera. *El Zonda*, en mayo de 1867 dio cuenta del triunfo en la batalla de Vargas retomando el editorial de *El Constitucional* de Mendoza. Para noviembre de 1867, un año después del estallido en Mendoza, Varela pasó a Bolivia para refugiarse. Su levantamiento demostró los alcances y también los límites del movimiento federal. Entre los alcances sumamos la propagación territorial y las adhesiones. Entre los límites, que esa difusión quedó acotada a Cuyo y parte del Noroeste. Y esto se explica sin duda por la falta de apoyo a la rebelión por parte de Urquiza, quien, aunque invocado en las proclamas y escritos de los rebeldes, nunca respondió a su llamado.

Hacia el fin

En 1868 la Argentina se abocó a las elecciones presidenciales. El proceso que llevó a Domingo Faustino Sarmiento a la presidencia no estuvo exento de conflictos entrelazados con la dinámica de la guerra. El ocaso del federalismo, las divisiones dentro del liberalismo y la pérdida de influencia de Mitre propiciaron la candidatura del sanjuanino. Urquiza era el único candidato del ámbito federal, mientras que los liberales presentaban a Sarmiento, a Rufino de Elizalde y a Adolfo Alsina, gobernador de Buenos Aires, jefe del autonomismo. La prensa jugó un rol fundamental en la danza de las candidaturas. El papel de los jefes militares, sobre todo de los que habían luchado en el frente paraguayo, fue definitorio para tejer las redes políticas locales. En ese frente se volvió cada vez más popular la idea de Sarmiento como presidente con el respaldo de jefes como Arredondo, Lucio V. Mansilla y Emilio Mitre. Alsina terminó presentándose como vice de Sarmiento y la fórmula se impuso para gobernar hasta 1874. Con fuerte voluntad centralizadora, el gobierno nacional continuó su participación en la guerra. En el frente se festejó la victoria de la fórmula con el himno nacional y una serie de cañonazos.

Las polémicas en el congreso en 1868, las interpelaciones a los ministros y la discusión célebre hacia 1869 entre Bartolomé Mitre y el periodista oriental Juan Carlos Gómez dieron cuenta de un clima de fin de guerra. La preocupación por el destino de la sociedad y el territorio paraguayo importó en relación con la disputa que se abrió con Brasil, por estar haciendo una guerra en beneficio extranjero más que por un sentimiento de tipo humanitario. Sarmiento era un intelectual con una visión despreciativa del Paraguay, desarrollada anteriormente en su obra cumbre, *Facundo*. A la causa de liberación se añadieron sus concepciones de atraso y raza para justificar la guerra al país guaraní. Mariano Varela, su primer ministro de Relaciones Exteriores, también puso en primera plana el conflicto con Brasil por la disputa territorial sobre el Paraguay. El nacionalismo territorial tuvo una forma de movimiento defensivo hacia el avance y las pretensiones del imperio brasileño durante la guerra. El proyecto de restauración de una especie de Virreinato del Río de la Plata pero libre fue mencionado como ideal lejano por casi todos los intelectuales, que lo refirieron en sus discursos, aunque de manera tangencial. Sin embargo, todos reconocieron la utopía del proyecto y probablemente no lo desearan de verdad. Los opositores a la guerra sostuvieron su ideal de confederación de repúblicas americanas, pero a la vez denunciaron la intención mitrista de formar un virreinato y pasar por encima de las soberanías nacionales.

Mientras tanto, en el campamento la presencia argentina ya era casi simbólica. La última fase de la guerra, probablemente la más cruenta, le tocó llevarla al ejército imperial, y la prensa argentina se vanaglorió de esa diferencia. Al mismo tiempo fue la fase en la cual el mismo López se volvió sanguinario con respecto a su tropa, con tribunales y fusilamientos. La viruela y el sarampión hicieron estragos, pero fue el cólera la enfermedad que más muertes produjo. La deficiente higiene del campo de batalla y la cercanía de los hombres propició el contagio. Los ciudadanos de Corrientes amenazaron con quemar el hospital brasileño. Después de las batallas de Lomas Valentinas, el ejército aliado avanzó sobre el Paraguay y el 5 de enero de 1869 tomó Asunción. La bandera brasileña se levantó en el palacio presidencial de Asunción. Las fuerzas argentinas acamparon en Trinidad y no participaron del saqueo de la ciudad como una manera de diferenciarse. Sin embargo, López se negó a rendirse. La guerra se extendió un año más. Caxias dejó su puesto aduciendo problemas de salud y tomó el mando el conde D'Eu, Gastón de Orleans. Emilio Mitre fue quien quedó al mando de las fuerzas argentinas. En enero de 1869 se preparó la vuelta de la Guardia Nacional. El regreso de los soldados se hizo entre la apatía de la población y el estado deplorable de los soldados.

La guerra llegó a su fin con los escenarios más penosos. López fue corriendo su posición hacia el nordeste, del otro lado de la cordillera de Amambay. El 16 de agosto de 1869 tuvo lugar la batalla de Acosta Ñu que enfrentó veinte mil soldados aliados contra seis mil paraguayos, en su mayoría niños y adolescentes que usaron barbas postizas. Dos mil de ellos murieron. Cada 16 de agosto se recuerda el día del niño en el Paraguay, en conmemoración a esta batalla cuyo objetivo fue demorar al ejército brasileño para facilitar la huida de Francisco Solano López. El 1º de marzo de 1870, un soldado brasileño terminó con la vida de Francisco Solano López en Cerro Corá y puso fin a la guerra. Unos días más tarde llegó a Buenos Aires la noticia y Sarmiento mandó a la banda de música oficial a tocar serenatas a la puerta de la vivienda de Mitre. El 11 de abril de ese mismo año, Urquiza fue asesinado en su residencia.

La destrucción del Paraguay y de la alianza

Según las últimas estimaciones, el Paraguay perdió un 40% de su territorio y entre un 60 y 69% de su población (Potthast-Jutkeit y Whigham, 1998). La Argentina tuvo unas dieciocho mil bajas de sus treinta mil hombres, entre muertos y heridos. Si el Paraguay pudo mantenerse como una república independiente, solo fue gracias a los desentendimientos entre la Argentina y el Imperio de Brasil y el conflicto diplomático que se suscitó. Por otro lado, la guerra estimuló gran parte de la economía argentina. Los precios de los cueros subieron de 12,7 pesos en 1865 a más de 17 pesos en 1870. Uno de los mayores beneficiarios fue Urquiza con el comercio de sus seiscientas mil cabezas de ganado, quinientas mil ovejas, veinte mil caballos y más de dos millones de acres de tierra. La guerra incentivó además la producción de maíz y trigo en Santa Fe y Entre Ríos. Los comerciantes de Buenos Aires se enriquecieron con el oro brasileño, que pagó provisiones para el ejército imperial y reforzó el valor de la moneda local (Sábato, 2012; Pomer, 2008; Rosa, 1986).

Entre 1869 y 1874 el Paraguay fue prácticamente un protectorado del imperio. Los bienes de la familia López fueron confiscados y con un sentido simbólico se decretaron importantes cambios. Se prohibieron las fechas conmemorativas relacionadas con esos gobiernos, como el 24 de junio, aniversario del nacimiento de Francisco Solano López. Se llegó a proclamar el 25 de mayo como feriado nacional paraguayo, para marcar la fraternidad de los pueblos rioplatenses y criticar el aislamiento del Dr. Francia. Además, se prohibió el uso del idioma guaraní por considerarlo un resabio del atraso cultural. En 1870 Carlos Tejedor como ministro de Sarmiento comenzó a reclamar la posesión de los territorios que le habían sido

adjudicados a la Argentina en el tratado de la Triple Alianza. Sin embargo, el imperio rompió el tratado y firmó una paz por separado con el Paraguay a través del barón de Cotegipe. Este acuerdo fue muy criticado en la Argentina, y considerado como una alianza del vencedor con el vencido, una política pérfida y desleal luego de la lealtad casi absoluta de Mitre al tratado. Sarmiento no dispuso de medios militares para revertir la situación por esta vía.

Se buscó entonces una solución diplomática en junio de 1872, por la cual Brasil se comprometía a apoyar las posiciones argentinas en los reclamos al Paraguay. En mayo de 1875, Tejedor y el representante paraguayo Sosa acordaron en Río de Janeiro dividirse los territorios del Chaco al norte del Pilcomayo y que a cambio de la deuda del Paraguay con Buenos Aires, la Argentina se quedara además con Villa Occidental, estratégica localidad ubicada frente a Asunción. Pero este acuerdo no fue ratificado por el gobierno paraguayo. Finalmente, el 3 de febrero de 1876 se firmaron los tratados de paz, límites, amistad y de comercio y navegación. El río Paraguay era el límite entre nuestro país y el país homónimo. El Chaco se dividió en dos partes y la Argentina renunció a Bahía Negra y el río Verde. Villa Occidental fue sometida al arbitraje del presidente de los Estados Unidos, quien falló a favor del Paraguay. El 13 de mayo de 1876 las tropas brasileñas comenzaron a retirarse de ese país.

A modo de conclusión

La guerra del Paraguay cerró la etapa posterior a las revoluciones de independencia con la consolidación territorial de los Estados nacionales de la región. Puso de relieve las tensiones geopolíticas de la cuenca del Plata. Comenzó con un conflicto en la Banda Oriental, territorio otrora disputado por la Argentina y Brasil, la nueva intervención de estos dos países y la del Paraguay. La invasión brasileña a la Banda Oriental dio origen al conflicto armado y motivó la respuesta de Francisco Solano López. La Argentina ingresó a la contienda a partir de la toma de Corrientes por parte del ejército paraguayo y lo hizo firmando un polémico tratado de alianza con Brasil y Uruguay, en el que se decía respetar la soberanía guaraní, pero a su vez se informaba cómo sería el reparto territorial cuando se lo hubiera vencido. El general en jefe del ejército aliado fue el presidente argentino Bartolomé Mitre. Su principal rival político interno, Justo José de Urquiza, cerró filas con la causa mitrista y propició la dimensión nacional de la guerra. La guerra implicó una leva en todo el país y una dinamización de la economía; los periódicos de todas las provincias, actores políticos de relevancia, se involucraron en el debate que suscitó.

A las resistencias a la leva se sumó la oposición intelectual que apareció en primera plana en 1866, fundamentalmente a partir de la publicación del tratado de la Triple Alianza, hasta ese entonces secreto, lo que generó una gran polémica por los términos del acuerdo. La renuencia a la guerra no cesó; Mitre y López tuvieron un encuentro, que fracasó en hallar una paz prematura. Inmediatamente después Mitre sufrió una derrota estrepitosa en el frente. En noviembre de 1866 comenzó la rebelión más grande que desembocó en una guerra civil y motivó el regreso del presidente. El Paraguay ya no estaba en territorio argentino; sin embargo, la Argentina siguió participando de la contienda. Un año después de su inicio, la revuelta interna fue sofocada, pero la guerra del Paraguay fue cada vez más criticada internamente. La mayoría de la prensa y algunas voces del Congreso pidieron una paz pronta. La contienda se volvió mucho más larga de lo esperado.

En 1868 se produjeron las elecciones a presidente; fue elegido Domingo Faustino Sarmiento, quien continuó con la participación argentina en la guerra. Durante 1869 las polémicas giraron en torno a la alianza con Brasil y las disputas territoriales sobre Paraguay. El conflicto armado terminó con la muerte del presidente paraguayo el 1º de marzo de 1870 y abrió una contienda diplomática entre los aliados por los derechos que creían que la victoria les había otorgado.

Una guerra que duró más de cinco años y que detentó semejante magnitud nos interroga del mismo modo tanto sobre las resistencias como sobre los apoyos. La opinión pública tendió a exaltar la guerra en un primer momento, y luego a criticarla en un tono de dejar hacer mientras no se siguieran perdiendo recursos y vidas argentinas. El federalismo fue derrotado, los opositores más fuertes a la guerra solo pudieron expresarse durante unos meses. El Estado argentino liberal con centro en Buenos Aires fue el gran vencedor. Hoy resulta impensable imaginar que los cuatro países fundadores del Mercosur alguna vez estuvieron en una guerra de más de cinco años que dejó cientos de miles de muertos y al Paraguay destruido material y demográficamente. Pero así fue.

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista (1940), *Cartas polémicas sobre la guerra del Paraguay. Bartolomé Mitre y Juan Carlos Gómez*, con prólogo de Natalicio González, Asunción-Buenos Aires, Guarania.

Baratta, MaríaVictoria (2010), “La Guerra de la Triple Alianza y las representaciones de la nación argentina: un análisis del periódico *La América* (1866)”, en *Memoria del Segundo Encuentro Internacional de Historia sobre las operaciones bélicas durante la Guerra de la Triple*

Alianza, Asunción, Tiempo de Historia, pp. 13-30.
— (2012), "La identidad nacional durante la Guerra del Paraguay. Representaciones, lenguajes políticos y conceptos en el diario *La Nación Argentina* (1862-1870)", *Almanack*, nº 3, San Pablo, Unifesp. Disponible en <www.almanack.unifesp.br>; último acceso: 20/10/2014.
Beverina, Juan (1921), *La Guerra del Paraguay 1865-1870. Resumen histórico*, Buenos Aires, La Nación.
Box, Pelham Horton (1958), *Los orígenes de la Guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, Buenos Aires, Nizza.
Bragoni, Beatriz y Eduardo Míguez (coords.) (2010), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado nacional, 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.
Brezzo, Liliana M. (2004), "La Guerra de la Triple Alianza en los límites de la ortodoxia: mitos y tabúes", *Universum*, vol. 1, nº 19, pp. 10-27. Disponible en <www.scielo.cl>; último acceso: 20/10/2014.
Capdevila, Luc (2010), *Una guerra total: Paraguay 1864-1870. Ensayo de historia de tiempo presente*, Asunción-Buenos Aires, CEADUC-Editorial SB.
Cárcano, Ramón J. (1938), *Guerra del Paraguay, acción y reacción de la Triple Alianza*, Buenos Aires, Domingo Viau, 2 vols.
Carranza Torres, Luis R. (2009), *Los laureles del olvido. El coronel Olmedo y el Regimiento Córdoba en la Guerra del Paraguay*, Córdoba, Alveroni.
Congreso Nacional (1864-1870a), *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires.
— (1864-1870b), *Diario de sesiones de la Cámara de Senadores*, Buenos Aires.
De La Fuente, Ariel (2007), *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
De Marco, Miguel Ángel (2003), *La Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Planeta.
— (2004), *Corresponsales en acción. Crónicas de la guerra del Paraguay, La Tribuna, 1865-1866*, Buenos Aires, Librería Histórica.
Doratioto, Francisco (2002), *Maldita guerra. Nova história da Guerra do Paraguai*, San Pablo, Companhia Das letras.
Estrada, José Manuel (1865), *Ensayo histórico sobre la revolución de los comuneros del Paraguay y la guerra de 1865*, Buenos Aires, Imprenta de la Nación Argentina.
Galasso, Norberto (2012), *Las proclamas de Felipe Varela. El mitrismo y la "unión americana"*, Buenos Aires, Colihue.
Guido, Horacio (1998), *El traidor. Telmo López y la patria que no pudo*

ser, Buenos Aires, Sudamericana.
Halperin Donghi, Tulio (1997), *Proyecto y construcción de una nación*, Buenos Aires, Emecé.
Mantilla, Diego (2005), *Recuerdos de un soldado correntino*, Corrientes, Moglia.
Mitre, Bartolomé y Justo José de Urquiza (1980), *Correspondencia Mitre-Urquiza, 1860-1868*, Buenos Aires, Museo Mitre-Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires.
Ortega Peña, Rodolfo y Eduardo Luis Duhalde (1967), *Felipe Varela y el imperio británico*, Buenos Aires, Teoría.
Pomer, León (1986), *Cinco años de guerra civil en la Argentina (1865-1870)*, Buenos Aires, Amorrortu.
— (2008), *La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Colihue.
Potthast-Jutkeit, Bárbara y Thomas L. Whigham (1998), "La Piedra Roseta paraguaya: nuevos conocimientos de causas relacionados con la demografía de la Guerra de la Triple Alianza, 1864-1870", *Revista Paraguaya de Sociología*, vol. 35, nº 103.
Ramírez Braschi, Dardo (2000), *La guerra de la Triple Alianza a través de los periódicos correntinos*, Corrientes, Amerindia.
Rosa, José María (1986), *La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, Hyspamerica.
Sábato, Hilda (2012), *Historia de la Argentina. 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Salles, Ricardo (1990), *Guerra do Paraguai, escravidão e cidadania na formacão do exército*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
Whigham, Thomas L. (2010), *La Guerra de la Triple Alianza*, vol. I: *Causas e inicios del mayor conflicto bélico de América del Sur*, Asunción, Taurus.
— (2011), *La Guerra de la Triple Alianza*, vol. II: *El triunfo de la violencia, el fracaso de la paz*, Asunción, Taurus.
— (2012), *La Guerra de la Triple Alianza*, vol. III: *Danza de muerte y destrucción*, Asunción, Taurus.

214. Ejemplo del primer caso es Beverina (1921). Como representantes del revisionismo encontramos entre otros a Pomer (2008), Galasso (2012), Rosa (1986) y Ortega Peña y Duhalde (1967).

215. En Brasil, por ejemplo, Doratioto (2002) y Salles (1990). Fuera de la historiografía de los países participantes, Whigham (2010) y Capdevila (2010), entre muchos otros.

216. La Discusión, Córdoba, agosto de 1865.

217. Correspondencia de Mitre a Gelly y Obes, 24 de julio de 1865. Archivo del General Bartolomé Mitre, Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1911-1914, vols. I-IV.

CAPÍTULO 10

LA “CAMPAÑA DEL DESIERTO” (1870-1890): NOTAS PARA UNA CRÍTICA HISTORIOGRÁFICA

Diego Escolar, Claudia Salomón Tarquini y Julio E. Vezub

La denominada “Campaña del Desierto”, conquista militar de los territorios indígenas libres de la Pampa central y la Patagonia en el último cuarto del siglo XIX, es tal vez el evento principal de la épica militar de la formación del Estado, el territorio y la población argentina modernos. Asimismo –en especial en los últimos treinta años– ha sido referencia creciente de la crítica social, académica y específicamente indígena e indigenista de las políticas estatales en torno a la población aborigen del país.

No obstante esta centralidad, la producción historiográfica reciente sobre la “Campaña del Desierto” como tal es llamativamente escasa, ya sea que se la trate como un evento único sobre un espacio social igualmente único, o como un proceso que a su vez hace legible una serie de acontecimientos. Probablemente, la excepcionalidad y la simplificación de todas las campañas guerreras en la de 1879 se relacionen con la impronta de Julio Argentino Roca, en especial con la asociación del proceso de construcción del Estado a su relevancia personal, que él mismo contribuyó a alimentar. Si se exceptúan los textos escritos por los contemporáneos y los estudios sobre aspectos contextuales o demasiado específicos, carecemos prácticamente de obras comprehensivas sobre las campañas, que las analicen en su cuádruple condición social, política, bélica y simbólica.

Esto se debe en parte, tal vez, al exceso de significado que adquirió el marbete “Campaña del Desierto” enunciado en singular y con mayúscula, en tanto representación colectiva, pero al mismo tiempo sesgada, de una experiencia histórica compleja; o, tal vez, a las propias limitaciones del campo académico, atravesado por tareas quizás más urgentes o constreñido por sus propias contradicciones ideológicas. Lo cierto es que una crítica de la historiografía encuentra más problemas que atajos para allanar el camino hacia una

comprensión de las “campañas a los desiertos” como proceso social global. Y esto ocurre pese a la existencia de un amplio abanico bibliográfico que aborda distintos aspectos de las campañas, desde las exégesis puramente militares hasta los estudios detallados sobre las víctimas, pasando por la expansión del mercado de tierras, la legislación preparatoria, el accionar de los cuerpos científico-burocráticos o las representaciones, ideologías e imaginarios, por mencionar algunas de las líneas en las que en efecto se han registrado antecedentes en los últimos años.

Como paso preliminar, este capítulo pretende esbozar un estado de la cuestión sobre la guerra de expansión en la Pampa y la Patagonia, proponiendo o al menos integrando una agenda de investigación para un estudio general que recupere los principales aportes realizados, señalando algunas críticas y sugiriendo nuevas líneas de análisis.

En esta dirección, los cambios de enfoque del pensamiento histórico de los últimos treinta años incluyeron –como veremos– nuevas preguntas, metodologías y fuentes documentales.

La revisión de la producción historiográfica que aquí ensayamos requiere explicitar algunas de nuestras premisas acerca de la caracterización de la condición social de la guerra que organiza esta lectura.

En primer lugar, planteamos que es inadecuado hablar de “Campaña” o “Conquista del Desierto” debido a que este rótulo tiene específicas connotaciones orientadas a instalar la noción de un espacio vacío y legitimar la invasión, la ocupación y la expropiación territorial de los indígenas que lo habitaban.

Por otra parte, la mal denominada “Campaña” o “Conquista” tampoco se concretó mediante un solo evento sino en varios. Para ser más exactos, antes que una suma de campañas de conquista, la expansión hacia el sur se trató de un conjunto de acciones políticas y militares que reunió todas las características de una verdadera guerra social, aunque durante su desarrollo hayan escaseado las grandes batallas. Con guerra “social” pretendemos oponernos al imaginario de tropas que progresan sobre un espacio liso, sin resistencias, interpenetraciones ni historial, donde a lo sumo hay perseguidores y perseguidos, víctimas y cautivos. Buscamos oponernos, más precisamente, a la imagen de la guerra como una conflagración de ejércitos o una sucesión de combates y eventuales capitulaciones, urdida por los partes victoriosos y a menudo reproducida por la propia historiografía. La caracterización de la guerra como evento social total atiende al modo en que la expansión sobre la Pampa y la Patagonia se articuló sobre redes sociales, políticas y económicas previas y una textura poblacional preexistente y dinámica, que incluyó una multiplicidad de actores que exceden a los estamentos y colectivos

considerados propiamente militares, valores y prácticas contradictorias, o compartidas o en común. Y en el plano específicamente militar, las campañas tampoco supusieron un ejército, o dos ejércitos puramente diferenciados, sino estructuras híbridas y relaciones previas entre tropas nacionales, milicias provinciales, baqueanos, y otras estructuras militares informales indígenas y criollas.

En tercer lugar, nuestra propuesta también discute con la visión (llamativamente compartida por la mayoría de los defensores y críticos de las campañas) de una maquinaria estatal que avanza sobre una cartografía social vacía o vaciada por la fuerza todopoderosa y homogénea de las armas del Estado. Sin devaluar las diferencias, nuestro énfasis subraya la existencia de un espacio político, social y territorial de experiencias comunes entre los que se enfrentaron durante las campañas. Así, la visión de un ejército disciplinado y moderno en las antípodas del desorden y la anarquía que representarían los malones y las montoneras no se sostiene cuando se analiza el desarrollo de las acciones sobre el terreno, ni la composición social variable que tenía cada una de las fuerzas que intervinieron en los conflictos.

Esta guerra enfrentó al Estado nacional, pero también a las provincias con las poblaciones indígenas o indígeno-criollas –que caracterizaremos más adelante– de regiones hasta entonces autónomas como la Patagonia, e insumió gran parte de las décadas de 1870 y 1880. Se desató varios años antes de la designación de Julio Argentino Roca en el gabinete del presidente Nicolás Avellaneda. Por más que las acciones de las elites que lideraron la consolidación del Estado fueran crecientemente unificadas, ideológicamente coherentes y sistemáticas, la simplificación se desdibuja cuando se estudia la historia del proceso de expansión hacia el oeste y el sur como una guerra en la que se enfrentaron actores heterogéneos, tanto entre los indígenas como dentro de las fuerzas movilizadas por los Estados nacionales y provinciales.

Por último, la Argentina no fue un caso excepcional dentro de los procesos continentales: Chile, Brasil y los Estados Unidos también anexaron territorios que eran considerados “desiertos” o “fronteras internas”, desatando guerras de exterminio y sujeción de las poblaciones rurales –nativas, afro-descendientes y mestizas–, que pasaron a la historia con denominaciones en ocasiones paradójicas como la “pacificación de la Araucanía”, la “conquista del Lejano Oeste” o la “guerra de Canudos” en el sertón brasileño. Algunas de estas guerras se dieron en el marco de conflictos bélicos entre naciones, como el que enfrentó a Estados Unidos con México, pero todas tuvieron en común la ideología del positivismo y la supremacía

racial del hombre blanco. La Argentina también se construyó sobre la base de conquistas y transformaciones demográficas de gran escala que la definieron, durante el tránsito del siglo XIX al XX, como un pequeño imperialismo sudamericano que libraba guerras internas y externas para afirmarse como nación en competencia con otras.

Apuntes sobre los antecedentes historiográficos

Las investigaciones sobre las sociedades indígenas en la Argentina del siglo XIX han avanzado sobre su densidad sociológica, los procesos de formación de identidades, producción política y memorias colectivas. Sin embargo, uno de los aspectos más descuidados del período es la dinámica de la guerra como maquinaria de construcción social y política. Desmotivadas por el desprestigio de los enfoques tradicionales, que consideraban la guerra como el sendero maestro de historias nacionales épicas, o por tratarse de una temática cautiva de reductos académicos autoritarios y fascistas, las guerras indígeno-criollas del último cuarto del siglo XIX se convirtieron en una suerte de tabú para la historia indígena y la antropología histórica posdictatoriales.

La guerra es un laboratorio social por excelencia, una maquinaria de construcción (y destrucción) sociopolítica sin igual. La militarización de la sociedad y la política fue central para la historiografía nacional desde *Revolución y guerra* (Halperin Donghi, 1979), importancia que se mantiene en los estudios recientes sobre los caudillos, las montoneras y los sectores subalternos. Las historias indígenas y de las fronteras también se ocuparon de las guerras y sus dinámicas tribales desde el siglo XVIII. Asimismo, se destacaron las investigaciones sobre las políticas estatales hacia las poblaciones indígenas y las estrategias diplomáticas o confederativas de los principales líderes étnicos desde el período revolucionario hasta mediados del siglo XIX, además de los estudios sobre la degradación paulatina de la lógica de los tratados y los pactos, a medida que se instrumentaban los planes bélicos.

Pero las guerras de expansión hacia el sudoeste desatadas por el Estado argentino de las décadas de 1870 y 1880 no recibieron idéntica calidad y cantidad de tratamiento. Hay que remontarse a Viñas y su ensayo de crítica política y literaria sobre “indios, ejército y fronteras” (Viñas, 1982) para encontrar hipótesis fuertes sobre la potencia sociogenésica de estas guerras, capaces de confrontar con la épica dictatorial sobre la “Conquista del Desierto” y las fáciles, anticipatorias y, sorprendentemente poco analizadas, analogías con la represión contrainsurgente de los años setenta.

Entre los trabajos que se ocuparon de aspectos importantes de estos

procesos, pueden señalarse los de Quijada (1999) sobre las políticas oficiales hacia la población pampeano-patagónica, de Mandrini (2002) sobre la figura de Zeballos, de De Jong (2002) en relación con Olascoaga, de Navarro Floria (2005; 2002) sobre las construcciones historiográficas y los debates parlamentarios y la legislación que habilitaron "la conquista", de Mases (2002) sobre la "cuestión indígena" y los sistemas de distribución y reparto que continuaron a las expediciones, y de Nicoletti (2007) sobre los salesianos que las acompañaron. No obstante, los estudios disponibles no alcanzaron a profundizar el desarrollo de las campañas mismas. Faltan todavía una historia y una antropología de las guerras de producción de soberanía en la Pampa y la Patagonia, guerras que deben ser señaladas en plural por su diversidad regional, por el protagonismo de diversos actores y por las distintas formas de experimentarlas, a diferencia de lo que pretenden mostrar las memorias ministeriales, la historiografía épica o el indigenismo actual. Estas constituyeron operaciones historiográficas que ve claramente Claudia Torre al referirse al libro paradigmático del mayor del ejército Juan Carlos Walther (1976), quien, pese a destinar la obra a las campañas de 1878-1885, les dedica un único capítulo, y en cambio necesita remontarse a tiempos coloniales para darles el espesor y la unidad de los que probablemente carecen, para legitimar así las acciones encabezadas por Roca dentro del ciclo mayor de las guerras de Independencia.

La falta de un enfoque historiográfico abarcador no es propio solamente de estas guerras, y carencias similares se registran en las investigaciones sobre otras conflagraciones regionales modernas: recién en los últimos años se ha devuelto la atención a las guerras de la Triple Alianza de 1865-1869 y del Chaco de la década de 1930. Esta comparación resulta sintomática si se considera que tanto la guerra del Paraguay como la Conquista del Desierto fueron capturadas por los aparatos historiográficos y propagandísticos de la dictadura argentina y su plan cultural, el que se dedicó a orientar y multiplicar las publicaciones del sello editorial de la Universidad de Buenos Aires –Eudeba– durante el período en que esta editorial estuvo intervenida, además de organizar la conmemoración del centenario de la ocupación del Río Negro en 1979 (Gociol e Invernizzi, 2003). Ello sucedió principalmente a través de reediciones de obras escritas por militares y partes de campaña: estudios como el de Walther, publicado originalmente en 1947, ni siquiera profundizaron en el conocimiento de los aspectos táctico-militares de las campañas, lo que hubiera exigido una comprensión de la guerra como fenómeno que se trama política y socialmente antes que un inventario de escaramuzas, caciques rendidos, chusmas y caballadas que se capturan. Llamativamente, este recuento de minúsculas acciones tuvo por efecto,

como ya se dijo, magnificar el alcance de las campañas hasta darles una dimensión napoleónica –incluso más todavía–, para proponer una perspectiva de larga duración del proceso de expansión finisecular del Estado-nación. Esta larga marcha de "la lucha contra el Indio" se rastrea también en otras obras, como la serie de tomos publicados por la Dirección de Estudios Históricos del Comando en Jefe del Ejército, *Política seguida con el aborigen* (1974), y en la denominación misma de los fondos documentales de dicha institución que dieron base a esta última edición: Colección Frontera Sur y Frontera con los Indios. Dicho en otras palabras, para llegar a Roca, todos estos textos comienzan por las expediciones del siglo XVIII del virrey Vértiz y luego concatenan todas las demás hasta la Campaña del Desierto como un único proceso sin solución de continuidad. No obstante ello, si se consultan libros como los de Juan Mario Raone (1969), algún rendimiento se puede obtener al revisitar esta bibliografía épica. Entre otros aspectos que la tornan interesante, la literatura castrense sobre las campañas tiene un nivel considerable de intertextualidad en tanto todos los autores han leído las intervenciones precedentes, aunque no siempre sean citadas de manera exhaustiva. Se produce así una zona gris donde se confunden los testimonios de los contemporáneos de la guerra con los partes de campaña, las memorias ministeriales y las reelaboraciones posteriores, zona de intersticios que vale la pena explorar con nuevas preguntas y metodologías.

Como reacción a estos sesgos ideológicos y sus silencios, sin descuidar el impacto que representó la pérdida de autonomía a raíz de las campañas militares emprendidas por Chile y la Argentina contra los pueblos indígenas, las investigaciones de Mases (2002), Argeri (2005), Delrio (2005), Lenton (2005), Ramos (2010) y Salomón Tarquini (2010), entre otros, profundizaron tanto el estudio de los cambios y continuidades que implicó este proceso como las diferentes formas de incorporación subordinada de la población nativa y sus estrategias frente a la dominación estatal en distintos contextos, indagando su trama social y vinculándola con procesos más amplios de expropiación o construcción del Estado. Una gran parte de estas investigaciones se han concentrado más recientemente en las prácticas genocidas asociadas a la campaña y aquello que ha sido denominado el "contexto post-*awkan*", (218) es decir, la persecución, exterminio, aprisionamiento y deportaciones posteriores a las fases de avanzada y ocupación territorial. Pero si estos antropólogos e historiadores se ocuparon de la "solución final" roquista, el análisis de la guerra y las dinámicas relacionales del *awkan* propiamente dicho son tareas que aún están pendientes.

Vale decir, ni la seguidilla de publicaciones de los años setenta y ochenta de Eudeba (Comando General del Ejército, 1974; Walther,

1976; Ramayon, 1975; Arnold, 1970), ni los estudios histórico-antropológicos recientes han afrontado de lleno el problema de las guerras de producción de soberanía en la Pampa y la Patagonia como "proceso social total" (219) que no solo comprende las deportaciones, los asesinatos y los campos de concentración. Si se aspira a historiar estos fenómenos, es preciso identificar contra qué fondo social y político se recortaron, así como cuáles fueron las reacciones y las estrategias de los diferentes jefes indígenas, cuál fue la infraestructura social del reclutamiento y desplazamientos de tropas del ejército nacional, las tácticas, conflictos y asociaciones entre militares y de estos con los caciques, el vínculo del desarrollo de las campañas con acontecimientos políticos nacionales o locales.

Otro punto importante, que a esta altura es un lugar común, es la necesidad de estudios que desborden los límites de la historiografía nacional, especialmente que integren desarrollos chilenos sobre la historia indígena y campañas militares en el vecino país. Pese al consenso existente, aún no se ha ensayado de manera cabal un diálogo con la producción trasandina reciente y su renovación de paradigmas, donde la mapuchegrafía confronta con los remanentes de la historia pinochetista y la *Escuela de Estudios Fronterizos*, (220) internándose en los problemas antropológicos e históricos de las guerras y las políticas a ambos lados de los Andes (Pavez, 2008; Menard, 2010).

Otra dirección creciente a tomar en cuenta para una investigación amplia sobre la guerra de expansión hacia el sur es el estudio de sus representaciones discursivas, o de los discursos que inscribieron las campañas militares como un tropo para hablar de objetos o sujetos más amplios, como la nación, el Estado y la modernidad. Desde un abordaje estético-político transdisciplinario, Amigo Cerisola (1994), Vezub (2002) y Andermann y Fernández Bravo (2003) analizaron literatura, iconografía, arte y colecciones como fuentes históricas, o fuentes históricas como literatura, iconografía y arte. También en este terreno resulta movilizadora la propuesta de Torre de leer la campaña al Río Negro de 1879 como un evento narrativo, a la par de identificar los partes, telegramas, memorias, crónicas y ensayística sobre la Conquista del Desierto como un corpus que aún no ha sido leído ni identificado en su integridad (Torre, 2010). Invirtiendo el título del libro de Torre, si esta autora se ha concentrado en el análisis de la literatura sobre la expedición, nosotros intentamos hacerlo en el "tránsito" de los expedicionarios y aquellos que los enfrentaron, en el desarrollo mismo de la guerra sobre el terreno. De manera complementaria, esta inversión del foco que proponemos parte de constatar que las intervenciones desde el campo de la historia cultural o de la producción/representación literaria de las campañas se han detenido poco en la perspectiva de los propios indígenas; su apuesta

por la interpretación inclinada a la performatividad de los discursos sobre el desierto no atiende suficientemente a las prácticas sociales, materialidades, contextos y otra clase de textos en y sobre los que esta performatividad se despliega (corpus de escritura indígena, etnografías, oralidades, el territorio mismo visto como texto), más allá de lo que dicha performatividad aparentemente realiza.

La indagación sobre las perspectivas indígenas es sin duda una de las tareas más importantes para futuros desarrollos, y ella ya ha sido visitada por algunos investigadores con resultados destacables. Por un lado, se han valorizado, organizado y analizado valiosos corpus que permiten abordar los discursos, percepciones, experiencias y estrategias de los líderes indígenas. El más importante son las cartas que escribían los grandes caciques con la asistencia de secretarios alfabetizados, muchos de ellos indígenas. Estas cartas diplomáticas y, en ocasiones, secretas, que ahora pueden ser encontradas en los archivos públicos, permiten seguir el día a día de las tratativas, las amenazas cruzadas con los jefes del ejército, las diferencias en la participación de miembros de las órdenes salesianas y franciscanas, las noticias sobre muertos y destrucciones, las negociaciones, la inteligencia militar indígena y criolla, los dilemas y las crisis de liderazgo, las dificultades para presentar una resistencia unificada, entre otros problemas.

Estos materiales han sido publicados o reeditados recientemente como cartas de frontera (Tamagnini, 1995) o conjuntos de correspondencia étnica (Pavez, 2008). Anteriormente habían sido integrados como “secretarías” de caciques (Vezub, 2006a; 2006b), archivos burocráticos que permiten avanzar en el estudio de los cacicatos como parte de redes sociales, políticas e intertextuales más amplias, que los religan con los jefes militares, autoridades civiles, comerciantes y hacendados con quienes se escribían.

El otro conjunto de desarrollos que enfocó la perspectiva indígena sobre la guerra se basó en abordajes etnográficos y de historia oral sobre memorias familiares actuales transmitidas de generación en generación. Nos referimos sobre todo a aquellos trabajos ya mencionados que han analizado las campañas en tanto prácticas o proyectos genocidas, mostrando la actualización y recuerdo de la violencia extrema del “malón huinca” en esos relatos. Así, se los ha utilizado para reconstruir aspectos de este proceso sobre los cuales otros tipos de fuentes ofrecen información limitada y sesgada: la separación de familias, las hambrunas, la servidumbre y la mortandad en los campos de concentración, las largas peregrinaciones para regresar a los territorios o los nuevos agrupamientos. Si bien son indudables sus aportes al conocimiento de la perspectiva indígena, estos análisis deberían profundizarse limitando el peso interpretativo

aportado por las expectativas de los investigadores en relación con dicha perspectiva indígena, y tomando en consideración la crítica a la visión de las memorias o las narrativas orales como "documentos" o "testimonios" transparentes de verdades históricas, visión que en cierto modo reproduce con otra teleología y en otro soporte un "fetichismo del documento" cuestionado, por otra parte, en muchos historiadores "oficiales".

La complejidad de las cuestiones consignadas en este esbozo de estado de la cuestión, la proliferación de líneas, los puntos de fuga, los hiatos y la fragmentación del tratamiento bibliográfico así como los debates no saldados seguramente requieran remitirse a una discusión más amplia en torno a los problemas de cronología, variable espacial, y el proceso de formación del Estado en relación con los indígenas de la Pampa y la Patagonia, aspectos a los cuales dedicaremos las próximas páginas

Problemas de la cronología y la variable espacial

Como dijimos, los contemporáneos bautizaron "Campaña del Desierto" a las acciones de conquista del territorio norpatagónico hasta la margen norte del río Negro, comandadas por el entonces ministro de Guerra y Marina, general Julio Argentino Roca, en 1879. Sin embargo, esta campaña fue solo una –y tal vez no la más decisiva en términos militares– de un ciclo de ofensivas coordinadas sobre territorio indígena que se continuó durante la primera mitad de la década de 1880 y que comenzó antes de 1879.

No obstante esta primera acotación, existieron en rigor características de las campañas que hacen difícil establecer un límite taxativo, incluso dentro del marco temporal del ciclo asociado directamente con el avance de fronteras de 1879. Las campañas militares del período guardan estrecha continuidad con prácticas, políticas y eventos específicos que venían desarrollándose desde muchos años antes y que en gran medida continuaron con posterioridad. Por ello, establecer cuándo comienza y cuándo termina la guerra de expansión hacia el sur, junto con la explicitación de la variable de análisis territorial, son ingredientes definitorios de la caracterización histórica que se haga de la contienda. Estos aspectos, a su vez, no han sido discutidos por las versiones historiográficas anteriores que, o bien ubican las campañas del último cuarto del siglo XIX en continuidad lineal con las políticas indigenistas anteriores y posteriores, o bien interpretan los acontecimientos de 1880 como una ruptura total.

Así, entre los antecedentes antiguos de la Campaña del Desierto están la expedición del gobernador de Buenos Aires, Martín

Rodríguez, de 1824 y, muy especialmente, las operaciones que condujo Juan Manuel de Rosas en 1833 y 1834 durante el intervalo entre sus dos gobernaciones al frente de esta provincia.

Con dificultades, la combinación de represión y acuerdos con los indígenas fue retomada por la provincia de Buenos Aires y la Confederación Argentina que presidió Urquiza, durante los diez años de separación que siguieron a la caída de Rosas. Esta política también fue continuada por el Estado nacional unificado a partir de 1862, aunque no le resultó sencillo a los liberales mantener el equilibrio ni la legitimidad que tenía Rosas entre los indígenas, quienes recuperaron territorios, alentados por los conflictos entre las provincias que buscaban apoyo de los lanceros mapuches, pampas y ranqueles para enfrentarse entre sí. Pero a partir de 1855 y especialmente desde la presidencia de Mitre en 1862, se reanudaron los pactos con Catriel, Calfucurá y Llanquitruz, justamente porque las autoridades nacionales necesitaban atender otros enfrentamientos internos y externos urgentes, como los levantamientos de caudillos, las luchas de facciones y la guerra del Paraguay.

Fue después de esta última cuando los gobiernos nacionales y provinciales decidieron romper definitivamente el sistema de negociaciones con los cacicatos indígenas heredado del tiempo de Rosas. Precisamente, uno de los cambios más visibles que provocaron las negociaciones fue estimular el poder de estos cacicatos mediante la jerarquización y militarización de las estructuras de parentesco en sus relaciones con el Estado. También a expensas de estas negociaciones, la Argentina experimentó un atraso relativo en el proceso de expansión si se la compara con Chile, que inició la guerra en la Araucanía a principios de la década de 1860, gracias a la centralización anterior. La Ley nacional 215, que estableció el corrimiento de la frontera a los ríos Negro y Neuquén, se promulgó en 1867. Al año siguiente hubo una incursión de tropas desde Carmen de Patagones hasta la isla de Choele-Choel, que incluyó enfrentamientos que dejaron como saldo una gran cantidad de muertos, la deposición del comandante de la plaza argentina, las quejas de los caciques ante el presidente Mitre y una serie de reproches que se repitieron cuando tuvo lugar la invasión de 1879, vinculando aquella “entrada” o sondeo táctico de 1868 con esta otra, incomparable por magnitud y consecuencias.

Pero el período decisivo de la guerra estatal contra los indígenas libres de la Pampa y la Patagonia comienza en 1872 con la mayor de las batallas de las que se tenga memoria en esta guerra expansiva: la de San Carlos contra Juan Calfucurá, en la quelas tropas argentinas contaron con el apoyo determinante del cacique Cipriano Catriel, hijo de Juan Catriel segundo, y nieto de Juan Catriel “el Viejo”.

En agosto de 1875, el Poder Ejecutivo solicitó al Congreso la autorización de los fondos para el plan de ocupación de nuevos territorios de manera permanente y para evitar incursiones indígenas sobre ellos. El plan, elaborado por el entonces ministro de Guerra y Marina, Dr. Adolfo Alsina, recibió –con la ley aprobada en octubre de ese año– el doble de lo solicitado. Se ejecutó entonces un proyecto que consistió en extender la línea de fortines más hacia el oeste de la provincia de Buenos Aires. Los parajes donde se erigirían habían sido identificados ya en 1872 (por un grupo de ingenieros a los que el gobierno nacional había encargado el estudio de las líneas de frontera) como puntos estratégicos para los grupos indígenas en sus incursiones a la provincia. La ocupación se haría mediante una serie de operaciones militares contra los grupos indígenas que quedaran instalados en dicha zona, a través de la mejora de las caballadas del ejército, la extensión de la línea de telégrafo, y la construcción de una zanja –conocida como la Zanja de Alsina– que impediría arreos importantes de ganado.

Esto permitió la concreción de las operaciones militares que se llevaron adelante durante los primeros meses de 1876: se levantaron entre Puán, Carhué, Guaminí, Trenque Lauquen e Italó más de cien fortines, todos ellos dotados de cañones, y con una zanja por delante, de la cual se construyeron alrededor de 374 km (de los 610 proyectados), y comenzó una serie de ataques del ejército nacional a las tierras cercanas a los nuevos puestos. El 9 de noviembre de 1877 partió una expedición desde Puán al mando del comandante Teodoro García con el fin de capturar a los Catriel: dos días después cayeron sobre sus tolderías, y capturaron a todo el grupo. Juan José Catriel y su hermano Marcelino alcanzaron a huir pero, diezmados por el hambre, se presentarían meses más tarde. El 13 de noviembre de ese mismo año, partió otra expedición de ciento setenta hombres al mando de Conrado Villegas, que atacó las tolderías de Pincén y redujo severamente a su grupo.

Las medidas defensivas planificadas por Alsina, sumadas a las incursiones del ejército nacional a las tierras adyacentes, que formaban parte del mismo plan, habían comenzado a minar la capacidad de resistencia de los grupos indígenas. A partir de 1877, los grupos más cercanos a la nueva línea de fortines al oeste de Buenos Aires se encontraban dispersos y con su capacidad bélica y negociadora seriamente afectada: a consecuencia de las derrotas, de la imposibilidad de conseguir ganado y obtener campos para hacer pastar los pocos animales que les quedaban, los fantasmas del hambre y la viruela presionaban cada vez más. En este contexto, algunos grupos optaron por entregarse. En julio lo hicieron en Carhué los caciques Manuel Grande y Ramón Tripailao y los suyos, mientras que

entre los ranqueles se observó un similar proceso de debilitamiento que había comenzado a principios de la década de 1870. Tres desmembramientos habían contribuido a ello: en 1872, el grupo representado por Simón Martín, Martín López y Francisco Mora (asentados en Totoritas y Tres de Febrero, provincias de Córdoba y San Luis); en mayo de 1874, se presentaron en Fuerte Sarmiento el capitanejo Bustos, Juan Villarreal y Santos Morales, y en agosto del mismo año lo hizo Linconao Cabral –hermano del cacique Ramón Cabral–. Así, iniciaron las negociaciones para su posterior reducción con fray Moysés Álvarez, sacerdote franciscano. Finalmente, en 1877 se "presentó" Ramón Cabral junto con los suyos. Poco después, los reducidos fueron incorporados –contra su voluntad– a los escuadrones de *indios amigos* del gobierno nacional, en el contexto de una política de militarización de indígenas que fue profundizándose hacia fines de la década de 1870.

La Ley 947, que estipuló el financiamiento de la expedición con títulos de deuda a cancelar con tierras para los inversionistas, se aprobó en 1878, sobre el final de la presidencia de Avellaneda. Para ello se contó con el apoyo del parlamento, donde se escucharon muy pocas voces disidentes contra la mayoría que promovía avanzar sobre el territorio y exterminar a los indígenas.

En esta coyuntura, al ritmo de la expansión agropecuaria que demandaban los mercados mundiales, el Estado y las elites consideraron que la relación de fuerzas contra los indígenas favorecía la guerra total. Decidieron entonces agredir a los grupos más autónomos y desmejorar las condiciones de los tratados con los que ya estaban subordinados, tal como había sucedido con la gente de Catriel en 1875, empujándolos al levantamiento (Lanteri, Ratto, De Jong y Pedrotta, 2011), organizando los enfrentamientos de manera sucesiva (en lugar de simultánea) y potenciando los conflictos entre unos y otros.

Este fue un contexto propicio para el aprovechamiento de las ventajas tecnológicas, la acumulación de conocimientos sobre las fronteras y una mejora en las condiciones políticas, burocráticas y organizativas a favor de las fuerzas nacionales: las vías férreas que trasladaron las tropas hasta Azul en el sur de Buenos Aires, las embarcaciones para hacerlo por mar hasta Carmen de Patagones, el telégrafo, la compra centralizada de los modernos fusiles a repetición Remington, el incremento del reclutamiento de ingenieros, cartógrafos y otros especialistas técnicos, la sistematización de las labores de inteligencia del decenio anterior y la disponibilidad de mediadores, baqueanos, informantes y agentes en el territorio que se declaró como enemigo. La Iglesia católica ayudó a través de los misioneros de la orden salesiana, que colaboraron en la sumisión y la disciplina de los

indígenas, en reemplazo de los lazaristas. El planeamiento de acciones concertadas con Chile, dirigidas a obturar los boquetes de montaña para evitar el pasaje de contingentes indígenas y las negociaciones cruzadas entre las autoridades de cada país y los caciques, fue otra de las claves del éxito. Junto con estos cambios y medidas debe considerarse la importancia de la mayor coordinación federal que garantizaba un ejército crecientemente unificado, que borraba de a poco las diferencias entre las guardias nacionales provinciales, fogueado en la guerra del Paraguay y la represión a los levantamientos, como el de los hermanos López Jordán en Entre Ríos y las montoneras cuyanas.

En este marco, Roca celebró la fiesta patria del 25 de Mayo de 1879 en Fiske Menuco, allí donde se alzó el fuerte y después la ciudad patagónica que hoy lleva su nombre. Contra los grupos de Namuncurá, Pincén, Juan José Catriel y Manuel Grande, Roca capitalizó el éxito de la expedición para su carrera presidencial, aunque sus enemigos políticos la calificaron como un "paseo" o "desfile" que no encontró resistencias para llegar al río Negro. Como parte de sus acciones de propaganda, Roca criticó a su antecesor en el ministerio de Guerra, Adolfo Alsina, por insistir en una política que consideraba "defensiva" ante los indígenas, la que veía materializada por la construcción de la zanja fronteriza. Esta crítica fue oportunista y en parte injusta, porque –como se ha indicado– durante los años anteriores al comando de Roca se habían llevado adelante ofensivas significativas contra Ramón Tripailao, Manuel Ferreyra Pichihuinca y los ranqueles de la Pampa central.

La escalada bélica profundizó la agresión a los "catrieleros" de Azul y Tapalqué en el sur de Buenos Aires que, como se mencionó, habían sido aliados de larga data de la provincia y el Estado nacional. Los sobrevivientes fueron desterrados a las inmediaciones de Carmen de Patagones bajo el control de Miguel Linares, mapuche-tehuelche subordinado a las autoridades al punto de ser el principal colaborador en la persecución de sus propios parientes. La columna encabezada por Roca no encontró mayores obstáculos, porque las acciones fundamentales ya habían sido realizadas, como se indicó en los párrafos anteriores. Pero fue importante porque desplazó la frontera hasta el río Negro, hito simbólico, material y estratégico, cuyos caminos paralelos eran los accesos a los territorios indígenas que todavía permanecían autónomos en 1879. Inmediatamente fue continuada por otra serie de campañas que se internaron efectivamente y por vez primera en los territorios del oeste cordillerano.

El traslado del comando al curso superior del río Negro allanó la invasión de Neuquén, espacio que había sido fundamental para el

desarrollo político y económico de las jefaturas mapuches del siglo XIX, tanto por la riqueza de los recursos como por la importancia demográfica y la posición de encrucijada entre las sociedades indígenas y criollas de ambos lados de los Andes.

La actual provincia del Neuquén y el oeste de la de Río Negro, principalmente la región cordillerana y las cuencas de los grandes ríos, los accesos a los pasos de montaña, fueron el teatro por excelencia de la guerra. El "Territorio del Triángulo", tal como se lo conocía en la época, fue atacado durante 1879 simultáneamente desde el este por las tropas de Villegas con comando general en Choele-Choel, y desde el norte por la columna mendocina al mando de Napoleón Uriburu. Este coronel tenía orden de detenerse en el río Neuquén, pero siguió hacia el sur sorprendido por sus propias fuerzas, y al año siguiente enfrentó a los pehuenches, tomando prisionero a su jefe Purrán. El protagonismo de los mendocinos muestra que la guerra no se libraba solamente desde Buenos Aires sino desde otras provincias, las que colaboraban pero también competían con el Estado nacional para extender sus propios territorios.

La campaña inmediatamente posterior de 1880 contra los pehuenches, tal como se denominaba desde la Araucanía y Chile a los indígenas neuquinos de la región del pehuén, muestra que la guerra por la captura de poblaciones y recursos, el control de pasos, cuencas hídricas y caminos se desarrolló siguiendo las redes sociales preexistentes, que vinculaban las tolderías con los fortines bonaerenses y mendocinos a través de mediadores y comerciantes con los que los estancieros y militares estaban relacionados por décadas. La guerra no se libró sobre un espacio vacío ni desconocido: muchos de los oficiales se apropiaron de tierras y negocios que antes tenían por intermediarios a los indígenas. Algunos de los mejores campos se destinaron a la remonta del ejército; este fue el caso de Pulmarí, el antiguo valle de invernada del cacique Reuque que permaneció como propiedad del Estado hasta que el gobierno de Alfonsín lo vendió a capitales privados en 1984. También los jefes militares como Liborio Bernal, Rufino Ortega y Conrado Villegas montaron grandes estancias en los territorios de caciques como Foyel, además de pasar a controlar los circuitos ganaderos hacia el oeste de los Andes. Aquí, como en otras regiones donde se desarrollaron las campañas, después de recuperar los vacunos y las caballadas consumidas en las campañas, los saldos del ganado capturado a los pobladores indígenas –y a menudo, sus prendas de plata, valiosos textiles y los mismos indígenas– se distribuían entre la tropa proporcionalmente, hasta los escalones más bajos. Esto es indicativo de dos cuestiones centrales para el análisis: primero, que las campañas se desarrollaron bajo la lógica de la hueste premoderna para integrar a la tropa y

recompensarla; segundo, que desde la perspectiva de la base movilizada se trató en lo fundamental de una guerra de recursos, tierra y ganado, antes que una cuestión nacional o de confrontación sociocultural con los enemigos indígenas, de los que no siempre se diferenciaban demasiado en su forma de vida, prácticas y relaciones sociales.

En 1881 se desarrolló, desde las fortificaciones del río Negro, otra expedición clave, esta vez hasta la médula del territorio mapuche, el lago Nahuel Huapi. Continuaría durante 1882 y 1883 con una segunda campaña al sur de Neuquén, destinada al control de la cuenca del río Limay y la persecución para cortar el escape hacia los pasos cordilleranos y el interior de la meseta rionegrina. Durante estas dos campañas las partidas del ejército la emprendieron contra la gente de Saygüeque que habitaba el mítico País de Las Manzanas, tal como se conocía desde el siglo XVIII al territorio entre el Nahuel Huapi y el volcán Lanín.

Saygüeque encuadraba a varios caciques emparentados, como Inacayal y Foyel, que junto con él se habían mantenido leales al gobierno argentino, incluso durante los ataques a otras jefaturas. La fórmula "Gobernación Indígena de Las Manzanas", reconocida informalmente en las cartas que las autoridades le escribían a Saygüeque hasta 1880, traducía la manera en que este denominaba su cacicato, su proyecto inacabado de subordinar a otros jefes y parientes dentro de una estructura militar que abarcaba un ámbito territorial extenso desde la cuenca de los ríos Limay y Negro hasta el Chubut, espacio sobre el cual tenía influencia limitada, muchas veces en disputa con otros que también se consideraban a sí mismos gobierno, como era el caso de Pichkaia. Esta estructura de segmentos políticos y territoriales explica las dificultades para una resistencia unificada o el hecho mismo de que la guerra no fuera percibida como una totalidad ni las tropas estatales como un único bando, atravesadas como estaban las relaciones con las autoridades nacionales por una suma o dispersión de pactos con caciques de distinto grado.

Recién con la agresión a sus toldos y la provocación de las autoridades –que acusaban a la gente de Saygüeque por el asesinato de tres carreteros que aprovisionaban a las tropas venidas de Mendoza–, y después de buscar infructuosamente la ayuda de las autoridades chilenas, como puede seguirse en la correspondencia (Vezub, 2009a), Saygüeque participó de acciones contraofensivas, como el ataque al Fortín 1ª División, con Namuncurá y Reuque, hijo y hermano de Calfucurá, con quienes había estado enfrentado por años. "Salir a los caminos" era la expresión utilizada en los parlamentos de los guerreros mapuches y tehuelches como táctica para enfrentar a las tropas argentinas que se desplazaban en pequeñas partidas ligeras de

equipamiento para ganar velocidad de desplazamiento.

Desde 1880 hasta 1883 se libró entonces una guerra de guerrillas en Neuquén, caracterizada por malones y contra-malones, donde las operaciones principales del ejército consistieron en matanzas y destrucción de tolderías, persecución de grupos hacia los pasos de cordillera, secuestro de ganado y caballadas, dominio de los valles fértiles provistos de buenas pasturas donde se concentraba la población e impedimento para acceder a los recursos clave, como la recolección de piñones. Los prisioneros eran remitidos a los campos de concentración anexos a las fortificaciones de Río Negro: Carmen de Patagones, Valcheta, Choele-Choel, Fiske Menukoo General Roca –como se llamó luego– y Chichinales. Y desde allí eran trasladados hacia otros campos en Mendoza (Escolar, 2012) o en Buenos Aires, como la isla Martín García (Nagy y Papazian, 2011). Muchos grupos familiares se entregaban o "se presentaban"–según el eufemismo de la época– con sus jefes a la cabeza sin dar pelea, con la esperanza de poner fin a la hambruna y el hostigamiento combinado con el ejército chileno para clausurar los pasos de montaña e intercambiar contingentes de cautivos con el argentino.

Seguido por una cantidad importante de hombres armados, acompañados por mujeres y niños, Saygüeque rompió transitoriamente el cerco y se internó en la meseta rionegrina y chubutense durante 1883. Allí los persiguió una nueva expedición que partió desde Valcheta al mando de Lino de Roa, quien lo derrotó en un par de batallas menores en el sudoeste de Chubut, Apeleg y Pastos Blancos. Pese a que en un parlamento de caciques del que participaron otros "jefes-parientes" de primer orden, como Guircaleufo, Chagallo, Nahuelquir, Inacayal y Foyel, estos se juramentaron pelear hasta morir, la relación de fuerzas desfavorable pudo más. También dicen los partes de campaña que el 1º de enero de 1885 Saygüeque y los caciques sobrevivientes se entregaron con sus familias en Junín de los Andes, allí de donde muchos eran originarios –entre ellos el propio Saygüeque–, para ser trasladados a los cuarteles del Tigre y al campo de concentración de Martín García. Saygüeque fue recibido por Roca, aunque la magnitud y la ambivalencia de su resistencia hicieron que fuera tratado muy duramente. Muchos familiares fueron dispersados y reducidos a servidumbre en estancias mendocinas, bonaerenses, pampeanas y entrerrianas, o los ingenios azucareros tucumanos. Otros varones fueron destinados al ejército, la marina o la policía, mientras que una cantidad significativa de mujeres y niños finalizaron como criados en hogares de distintas ciudades argentinas. Aquellos que sobrevivieron a las masacres, las pestes, la explotación y la diáspora acompañaron a distintos líderes en el retorno hacia el oeste y el sur, a la espera de concesiones de tierras en regiones aisladas o de menor

productividad que las que controlaban antes de la guerra. La mayoría de estas concesiones tuvieron lugar entre fines de la década de 1890 e inicios de la siguiente.

Previamente, la expansión hacia el oeste del Chubut había sido completada por el primer gobernador del territorio nacional, Luis Jorge Fontana, traído especialmente desde la campaña del Chaco, que ya se había iniciado. Fontana condujo la Expedición de los Rifleros en 1885, integrada por treinta hombres, la mayoría galeses. Se lanzaron a la búsqueda de oro, además de extender a la cordillera la colonia que los propios galeses habían fundado en la desembocadura del río Chubut en 1865 con el consentimiento indígena y el respaldo del presidente Mitre. Hoy en día la liturgia y la historiografía provinciales recuerdan la expedición como una pacífica gesta de pioneros, pero se pasa por alto que estos iban armados con treinta fusiles Remington que fueron utilizados para desalojar toldos y capturar habitantes. En sociedad con las autoridades argentinas, este traslado de los colonos hacia el oeste significó la ruptura de los arreglos de territorialidad e intercambio que habían regido las relaciones entre los galeses y los indígenas desde la fundación de la colonia.

A partir de 1885 la anexión de Santa Cruz y Tierra del Fuego fue tarea de grupos paramilitares y mercenarios que eran contratados por los estancieros y las grandes compañías explotadoras de tierras instaladas en la Argentina y Chile, con el apoyo intermitente de las armadas respectivas. El caso particular de la isla, antes que guerra, ha sido definido por el estudio más sistemático como una “cacería de hombres” perpetrada desde ambos países, aunque ninguna de las dos naciones ejerciera una soberanía real, en disputa con los hacendados y las misiones religiosas en lo que debe ser visto como un proceso de colonización internacional (Bascopé Julio, 2012). (221) Además de las prácticas disciplinarias de los misioneros salesianos, la ocupación del extremo austral se facilitó por la baja densidad demográfica de las poblaciones tehuelches e isleñas, las pestes resultado del hacinamiento al que fueron sometidas en las misiones religiosas y la imposición de otras formas de control social complementarias como la estancia y la “reserva”. Seguramente, las poblaciones del extremo sur habían quedado políticamente neutralizadas por la violencia de los años anteriores contra los mapuches, ranqueles y pampas de más al norte, aunque el argumento principal que esgrimieron los estancieros para la gestión privada de la cacería de hombres también fue la amenaza que la población de Tierra del Fuego representaba contra las ovejas (Bascopé Julio, 2012).

El ciclo de guerra declina con la liberación de los mapuches y tehuelches, que habían permanecido cautivos en varios campos de concentración, hacia fines de la década de 1880 y en algunos casos a

principios de la década de 1890. Antes de completar la anexión territorial de Santa Cruz y Tierra del Fuego, en la Patagonia austral, la expansión se reorientó hacia el Chaco, última región autónoma donde las acciones militares en gran escala sobre la población indígena se prolongaron hasta la década de 1910, y los enfrentamientos armados o la represión por parte del ejército en episodios más aislados hasta fines de la década de 1930 e incluso hasta el primer peronismo. Debe aclararse que la guerra finisecular contra las poblaciones indígeno-criollas continuó por otros medios, represivos y simbólicos, si se consideran los aparatos de captura de botines culturales y corpus documentales, pero muy especialmente de individuos vivos o muertos para su encierro, exhibición y estudio en exposiciones y ferias, hospicios, zoológicos, espectáculos circenses y museos. Estos dispositivos coloniales, repetidos en distintas fronteras del mundo, se instrumentaron mediante la cooperación de instituciones, científicos y expedicionarios, tanto argentinos como extranjeros. Se trata, por otra parte, de uno de los aspectos de las guerras de expansión sudamericanas que mejor se ha estudiado en los últimos años (Quijada, 1998; Báez y Manson, 2006; Vezub, 2009b; Farro, 2009).

Por último, debe decirse que al igual que la discusión cronológica, la definición de la variable espacial también arroja explicaciones muy diferentes del proceso de guerras. El estudio de las políticas represivas contra las montoneras de las provincias centrales –cuyo componente social fue caracterizado como indígena por parte de Sarmiento para justificar su aniquilamiento– y la presencia de estos "indios de intramuros" en regiones supuestamente incorporadas al orden estatal desde el período colonial advierten que las provincias también tuvieron sus propias campañas guerreras de expansión sobre "desiertos" pretendidamente internos, cuya territorialidad puede localizarse dentro de los límites proyectados por Córdoba, San Luis, Mendoza o San Juan, lo que replantea que la "Pampa" e incluso la "Patagonia" deban pensarse como construcciones sociales antes que como espacios geomorfológicos definitorios de un área sociocultural (Escolar, 2013; 2011). Del mismo modo, es asunto sabido, pero no suficientemente internalizado por las historiografías argentina y chilena, que la historia de las campañas de expansión hacia el sur debe superar, o mejor dicho, exceder y descentrar los marcos de análisis estrictamente nacionales, más aún cuando se trata de abordar las perspectivas indígenas de las guerras.

Recapitulación: el Estado, los indígenas y la guerra social en la Pampa y la Patagonia

Como se señaló, los estudios sobre las sociedades indígenas de la

Pampa y la Patagonia relativos al proceso de formación del Estado moderno adquirieron un impulso inédito en las últimas dos décadas, gracias a varias contribuciones significativas que vincularon perspectivas históricas y antropológicas. Además de definir nuevos problemas, se actualizaron los planteamientos teóricos y las metodologías, se diversificaron los estudios de casos y se identificaron nuevos corpus históricos y etnográficos.

También se formularon críticas radicales a los postulados de la etnología y la etnohistoria tradicionales. Los cambios de perspectivas ampliaron la agenda de las investigaciones, en la que pasaron a predominar el tratamiento de las formas de resistencia, integración, soberanía y hegemonía, y el reconocimiento de los procesos de etnogénesis, invisibilización y reemergencia de identidades. Asimismo, se historiaron las políticas y las prácticas genocidas, el rol de los intelectuales y antropólogos en la definición de la "cuestión indígena" como insumo de las representaciones e identificaciones nacionales y provinciales, etc.

Pese a estos avances, las clasificaciones binarias del "mundo indígena" y el "mundo hispano-criollo", las divisiones tipológicas entre las sociedades tribales, las jefaturas indígenas y el Estado, o los "indios" y los "gauchos", fueron tópicos que permanecieron sin revisiones sustanciales, lo que ha limitado las concepciones histórico-sociales e histórico-espaciales que se tienen de la guerra. Para intervenir en los debates del campo disciplinario y aportar a los interrogantes no resueltos, el concepto de "modos de producción de soberanía" ofrece un punto de partida, al incorporar al análisis las relaciones de fuerza directa que intervienen en la construcción del Estado y las identidades. (222) Principalmente, este concepto resulta eficaz para entender la formación del Estado no solo "sobre" sino en y desde el "mundo indígena" o "indígeno-criollo", y no como dinámica exterior, sino constitutiva de subjetividades colectivas. Nos interesa entonces avanzar en la ruptura de una dicotomía que permanece instalada con fuerza en nuestro medio: la que adjudica al Estado una entidad externa a las sociedades indígenas, un sistema institucional, proyecto o estrategia uniformes de control político que se despliega e incorpora violentamente luego sobre los grupos indígenas, en teoría, originalmente libres de su dominación.

Guiados por la evidente desigualdad de poder entre los grupos indígenas y las elites que orientaron y controlaron la formación del Estado nacional, el aparato de Estado y la propia "idea del Estado" (Abrams, 1998), como así también por la exclusión política, ciudadana y el sometimiento militar de los grupos indígenas como resultado general del proceso, se ha tendido a fetichizar al Estado como un actor externo, sin ponderar hasta qué punto muchos aspectos relacionados

con su construcción (burocracias, ejércitos, centralización, gobierno, administración de los territorios, archivos, formación de identidades nacionales) estaban presentes o eran construidos también de diversas maneras en el seno de las sociedades indígenas. Estas nociones se han producido especialmente por la combinación de diversas miradas teóricas e ideológicas.

Por un lado, la visión del Estado como un proyecto intelectual y político que se articula y despliega desde un centro. Para la Argentina, se detectan estos planteamientos en la perspectiva clásica liberal y, en cierto sentido, en la visión que instala Halperin Donghi en *Una nación para el desierto argentino* (2009), recientemente discutida por una compilación (Bragoni y Míguez, 2010) que propone invertir el análisis del proceso de formación del sistema político nacional, yendo desde las periferias al centro. Para la historia indígena del sur sudamericano, aquella visión unidireccional también se encuentra consolidada en los textos de Mónica Quijada (2000).

Esas miradas son cuestionables incluso desde posiciones ya clásicas, que, partiendo de Foucault, analizan al Estado moderno como un artefacto cultural internamente contradictorio y fragmentario, producto del despliegue secular de disciplinas, aparatos, representaciones y prácticas cuya articulación como un sistema institucional unificado es más bien un efecto de poder y representación *ex post*.

Por otro lado, prima una mirada subalternista sobre los grupos indígenas que, desde su tipificación como grupos subordinados y victimizados, falla a menudo al desatender el análisis de las formas efectivas de agencia que se basan no solamente en las resistencias, sino también en la contradictoria participación indígena en los procesos de formación estatal. Esta posición corre el riesgo de reificar a dichos grupos y al mismo Estado como actores homogéneos y mutuamente excluyentes, visión que resulta erosionada cuando analizamos las formas efectivas de articulación de estatidad y operación de agencias estatales a escala micro. Desde esta óptica, emerge una significativa limitación en el estudio no solo de la complejidad de la experiencia indígena, sino del impacto de las relaciones indígenas e indígeno-criollas en el propio proceso de formación de los Estados nacionales y provinciales, independientemente de los resultados políticos (genocidio, incorporación, exclusión, invisibilización, resistencia, etc.) para los diversos grupos en los sistemas de hegemonía y soberanía.

La mirada unidireccional de la construcción del Estado se complementa con la consideración esencialista de los grupos enfrentados como “mundos”, “grupos étnicos” o “culturas” opuestos. Esta visión –que se acopla mecánicamente a la noción evolucionista de

enfrentamiento entre dos sistemas políticos– continúa predominando en la historiografía argentina en general, en los estudios más específicos sobre las sociedades indígenas y sobre todo entre quienes realizan una crítica indigenista de esas visiones. Creemos que es necesario aplicar sobre las identidades o variables culturales relacionadas con los eventos el mismo rigor que se pretende sobre otros aspectos (la guerra misma, por ejemplo), y atender no tanto o no solo a motivaciones y eficacias culturales o identitarias de las agencias o acciones de distintos grupos, sino también al modo en que las propias identidades y clasificaciones de los antagonistas fueron modeladas por este proceso, y las líneas borrosas y cambiantes entre un "nosotros" y los "otros". Antes que recurrir a las metáforas de mezcla o hibridación, sin embargo, ensayamos una explicación de las configuraciones indígeno-criollas como productos fluctuantes e históricamente contingentes de las agencias, en el contexto de pujas por la producción de soberanía. Estas condicionaron o configuraron las identificaciones, ya fueran "indígenas" o "criollas", alternándolas como significantes que eran ocupados a menudo por las mismas poblaciones y sujetos, configurando eventualmente una "etnicidad sin grupos étnicos" (Escolar, 2007: 224), según la eficacia relativa del Estado y de los actores para articular hegemonía, integrar o segregar en cada coyuntura histórica concreta, y las formas desplegadas para hacerlo.

Tanto las investigaciones afines –que se detallaron mayormente en el párrafo anterior– como el grado de avance de nuestro trabajo, que aquí estamos presentando, sugieren que las "guerras" de producción de soberanía estatal en la Pampa y la Patagonia deben ser pensadas en plural y que la reconstrucción de las configuraciones históricas resultará operativa si se trabaja siguiendo una retícula social indígeno-criolla, antes que indígena o criolla separadamente. El criollismo y el indigenismo atribuidos a los sujetos pueden haber derivado, más que de sustratos culturales distintivos, de percepciones naturalizadas de los grados de integración o expulsión del espacio semántico y político de la nación, más aún en los contextos de guerra.

Si el Estado nacional fue el vector principal de estas transformaciones, su dominación local se construyó de manera descentralizada, con roles importantes de las provincias y sus cuadros políticos, militares y técnicos en la consecución de las campañas bélicas, las mediaciones y las negociaciones. En la base social, las guerras se desplegaron como guerras de reclutamiento, neutralización, captación, captura y reconfiguración de poblaciones y seguidores. Consideramos por todo ello que es necesario religar el estudio de las redes entre indígenas y criollos con la dinámica general de construcción de los Estados nacionales en la Pampa y la Patagonia,

que estuvo mediada por la guerra como experiencia social, económica, cultural y política durante las décadas de 1870 y 1880. La cartografía de estas redes y la descripción de su funcionamiento en el contexto de los eventos que se denominaron genéricamente "Conquista del Desierto" permitirán avanzar en la historia de los cacicatos y sus aparatos burocráticos y militares, así como en la comprensión de la dinámica territorial en el período de las campañas de expansión en la Pampa y la Patagonia.

Fue en este marco que los oficiales argentinos aprendieron las tácticas de pelea de los rivales, ganando en movilidad y operatividad sobre el terreno, sumando baqueanos, informantes y combatientes indígenas para sus filas, aprovechando la disponibilidad de los "batallones de indios amigos" o "indios auxiliares" que revistaban en el ejército de línea y en las milicias provinciales desde los tiempos de Rosas. Los juicios morales no sirven en estos casos si se quieren comprender las experiencias y las expectativas de los actores indígenas, muchos de los cuales habían tenido alianzas con el Estado y no esperaban la guerra total. Sin la participación de los operadores tácticos indígenas, la ocupación del Neuquén –teatro caliente de las operaciones de la década de 1880– y más en general de la Patagonia hubiese sido imposible. Para comprender las estrategias y tácticas, la información que proporcionan los partes o las memorias del Ministerio de Guerra y Marina será muy útil si se la reorganiza con una metodología de análisis de redes, a partir de preguntas nuevas. Al revisitar fuentes que pueden resultar anodinas, se echa luz sobre las operaciones narrativas, por ejemplo, la extensión de los partes de la campaña dirigida por Villegas a los "Andes al sur de la Patagonia", que al repetir y acumular las acciones de las distintas brigadas al punto de confundir, presentan una larguísima sucesión de acciones sobre el terreno que se reducen en realidad a una expedición que dura un verano, concentrada en lo fundamental en la guerra de recursos.

Probablemente, la ausencia de grandes batallas conjugada con la abundancia de bajas –la memoria de Guerra y Marina de 1878 consigna más de diez mil personas entre muertos, heridos y prisioneros de toda edad y género– expliquen la condición social de la guerra. No hubo grandes conflagraciones pero sí grandes movilizaciones, operaciones de control demográfico y territorial, desplazamientos sobre el terreno y reestructuración violenta de la población. Estas magnitudes discuten que en el caso de la Pampa y la Patagonia norte se haya tratado de una cacería de hombres, como se afirma para Tierra del Fuego. Tampoco se sostiene que se tratara de "pocos indios" como afirman todavía distintos autores. Más bien, la imagen de la progresión de las tropas sobre el vacío cede su lugar al reconocimiento del modo en que estas transitaron y se valieron de las

redes sociales preexistentes de soldados, criollos e indígenas que hacían uso estacional, localizado y altamente móvil de una geografía muy extensa. De aquí la importancia de reconocerle el carácter de guerra de recursos, cuyo principal objetivo fue la captación de contingentes humanos para su neutralización y dominación. El esquema de las campañas de expansión hacia el sur operó combinando las funciones estatales guerreras con las de policía, siguiendo el análisis de Deleuze y Guattari (1988: 360). Básicamente, la hipótesis es que el caso de la Pampa y la Patagonia fluctúa en el linde de las dos lógicas, yendo de la captura y ligazón de población sin combate a las funciones propiamente militares. Dentro de dicho esquema, la planificación estratégica fue altamente dependiente de la información que brindaban los agentes de inteligencia, muchos de ellos antiguos mediadores políticos y comerciales, muchos de ellos indígenas. Este papel de los intermediarios y los operadores tácticos que proveían la tecnología social para el reclutamiento fue clave por el grado de desconocimiento del terreno y las poblaciones que evidencian los jefes militares más encumbrados cuando trasmitían secretos.

¿Cómo fueron vistas las campañas por los jefes indígenas? Si resta profundizar a nivel de la base cómo se vivenció, resistió, padeció y sobrevivió la guerra social –base que por otra parte no estaba tan estratificada ni lejana de los hombres prominentes–, resta también comprender cómo funcionó la guerra al nivel de las estructuras políticas y de la toma de decisión indígena. La retícula de segmentos autónomos que configuraban los cacicatos mayores, la existencia de jefes menores con niveles de conflicto considerable con los referentes principales, que sin embargo terminaron aglutinados ante la agresión, las dificultades paralelas para ofrecer una resistencia unificada, la dualidad de la diplomacia fronteriza, que negociaba con las segundas líneas y firmaba con ellas tratados y, simultáneamente al otorgamiento de privilegios a los interlocutores principales, el desgaste de los que se iban “presentando” son todas cuestiones a sistematizar y profundizar, junto con el paso de la lógica política a la de la guerra, y viceversa.

Probablemente, la relación liminar entre las jefaturas y los procesos de formación de los Estados nacionales esté nuevamente en el centro de la discusión de los antecedentes historiográficos y antropológicos para el programa de investigaciones de las campañas de expansión hacia el sur que propiciamos con esta contribución.

Bibliografía

Abrams, Philip (1998), “Notes on the Difficulty of Studying the State”, *Journal of Historical Sociology*, vol. 1, nº 1, pp. 58-89.

Amigo Cerisola, Roberto (1994), "Imágenes para una nación. Juan Manuel Blanes y la pintura de tema histórico en la Argentina", en Gustavo Curiel, Renato González Mello y Juana Gutiérrez Haces (eds.), *Arte, historia e identidad en América: visiones comparativas*, México, UNAM, t. II.

Andermann, Jens y Álvaro Fernández Bravo (2003), "Objetos entre tiempos: Coleccionismo, soberanía y saberes del margen en el Museo de La Plata y el Museo Etnográfico", *Márgenes-Margens*, nº 4, pp. 28-37.

Argeri, María E. (2005), *De guerreros a delincuentes. La desarticulación de las jefaturas indígenas y el poder judicial. Norpatagonia, 1880-1930*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Arnold, Prudencio (1970), *Un soldado argentino*, Buenos Aires, Eudeba.

Báez, Cristian y Peter Manson (2006), *Zoológicos humanos. Fotografías de fueguinos y mapuches en el Jardin d'Acclimatation de París, siglo XIX*, Santiago de Chile, Pehuén.

Bascopé Julio, Joaquín (2012), *La colonisation de la Patagonie australe et la Terre de Feu. Sources pour une histoire internationale, 1877-1922*, tesis de doctorado inédita, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.

Bragoni, Beatriz y Eduardo Míguez (coords.) (2010), *Un nuevo orden político. Provincias y Estado nacional 1852-1880*, Buenos Aires, Biblos.

Comando General del Ejército. Dirección de Estudios Históricos (1974), *Política seguida con el aborigen (1820-1852)*, Buenos Aires, Círculo Militar, vol. 2.

De Jong, Ingrid (2002), "Indio, nación y soberanía en la cordillera norpatagónica: fronteras de la inclusión y la exclusión en el discurso de Manuel José Olascoaga", en Lidia Nacuzzi (coord.) (2002), *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 159-201.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1988), *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos.

Delrio, Walter (2005), *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872-1943*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Delrio, Walter y Marisa Malvestitti (2010), " '*Feimeo faliuelai* / Entonces ya no tenía mérito'. Apuntes sobre los liderazgos mapuches en el contexto post-*awkan*", *Pasado Por-venir*, vol. 4, nº 4, pp. 61-80. Disponible en <www.pasadoporvenir.com>; último acceso: 25/10/2014.

Escolar, Diego (2007), *Los dones étnicos de la nación*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

— (2011), “La imaginación soberana. Los ‘indios de intramuros’ y la formación del Estado argentino, siglos XIX y XX”, en encuentro *La participación indígena en la construcción de los Estados-nación, siglos XIX y XX. Visiones desde México y Argentina*, Buenos Aires, abril, inédito.
— (2012), “El repartimiento de prisioneros indígenas en Mendoza durante la campaña del desierto y otros itinerarios del debate intelectual mendocino”, en Paula Laguarda y Flavia Fiorucci (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*, Rosario-Santa Rosa, Prohistoria-EDUNLPam, pp. 173-198.
— (2013), “Huarpes Archive in the Argentine Desert. Indigenous Claims and State Construction in Nineteenth-Century Mendoza”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 93, nº 3, pp. 451-486.
Farro, Máximo (2009), *La formación del Museo de La Plata: coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria.
Gociol, Judith y Hernán Invernizzi (2003), *Un golpe a los libros*, Buenos Aires, Eudeba.
Halperin Donghi, Tulio (1979 [1972]), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, 2ª ed., Buenos Aires, Siglo XXI.
— (2009), *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Lanteri, Sol, Silvia Ratto, Ingrid De Jong y Victoria Pedrotta (2011), “Territorialidad indígena y políticas oficiales de colonización: los casos de Azul y Tapalqué en la frontera sur bonaerense (siglo XIX)”, *Antíteses*, vol. 1, nº 8, pp. 729-752. Disponible en <www.uel.br>; último acceso: 20/10/2014.
Lenton, Diana (2005), *De centauros a protegidos. La construcción del sujeto de la política indigenista argentina a través de los debates parlamentarios*, tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas, Buenos Aires, UBA.
Mandrini, Raúl (2002), “Estudio preliminar”, en Estanislao S. Zeballos (ed.), *La conquista de quince mil leguas. Estudio sobre la traslación de la frontera sur de la República al río Negro*, Buenos Aires, Taurus.
Mases, Enrique Hugo (2002), *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)*, Buenos Aires, Prometeo Libros-Entrepasados.
Menard, André (2010), “Canibalismo, nobilismo y heterogeneidad. Comentario al libro *Los vencedores*, de Guillaume Boccara”, *Revista Chilena de Antropología*, nº 21, pp. 149-178.
Nagy, Mariano y Alexis Papazian (2011), “El campo de concentración de Martín García. Entre el control estatal dentro de la isla y las

prácticas de distribución de indígenas (1871-1886)", *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*, vol. 1, nº 2. Disponible en <www.ppct.caicyt.gov.ar>; último acceso: 20/10/2014.
Navarro Floria, Pedro (2002), "El desierto y la cuestión del territorio en el discurso político argentino sobre la frontera Sur", *Revista Complutense de Historia de América*, nº 28, pp. 139-168.
— (2005), "La conquista de la memoria. La historiografía sobre la frontera sur Argentina durante el siglo XIX", *Universum*, vol. 20, nº 1, pp. 88-100. Disponible en <www.scielo.cl>; último acceso: 20/10/2014.
Nicoletti, María Andrea (2007), "Los salesianos y la conquista de la Patagonia: desde Don Bosco hasta sus primeros textos escolares e historias oficiales", *Revista TEFROS*, vol. 5, nº 2.
Pavez, Jorge (comp.) (2008), *Cartas mapuche. Siglo XIX*, Santiago de Chile, CoLibris-Ocho Libros.
Quijada, Mónica (1998), "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 9, nº 2, pp. 21-46.
— (1999), "La ciudadanización del 'indio bárbaro'. Políticas oficiales y oficiosas hacia la población de la Pampa y la Patagonia, 1870-1920", *Revista de Indias*, vol. LIX, nº 217, pp. 675-704.
— (2000), "Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra" y "El paradigma de la homogeneidad", en Mónica Quijada, Carmen Bernand y Arnd Schneider (eds.), *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Ramayon, Eduardo (1975), *Las caballadas en la guerra del indio*, Buenos Aires, Eudeba.
Ramos, Ana M. (2010), *Los pliegues del linaje. Memorias y políticas mapuches-tehuelches en contextos de desplazamiento*, Buenos Aires, Eudeba.
Raone, Mario (1969), *Fortines del desierto: mojones de civilización*,Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 3 ts.
Salomón Tarquini, Claudia (2010), *Largas noches en La Pampa. Itinerarios y resistencias de la población indígena (1878-1976)*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Tamagnini, Marcela (1995), *Cartas de frontera. Los documentos del conflicto interétnico*, Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.
Torre, Claudia (2010), *Literatura en tránsito. La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
Vezub, Julio E. (2002), *Indios y soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto"*, Buenos

Aires, El Elefante Blanco.
— (2006a), “El proyecto de Valentín Saygüeque. Gestión de identidades y heterogeneidad étnica en los bordes de la nación”, *Anuario*, nº 21, Tandil, Instituto de Estudios Históricos y Sociales, UNCPBA, pp. 113-128.
— (2006b), “Lenguas, territorialidad y etnicidad en la correspondencia de Valentín Saygüeque hacia 1880”, *Intersecciones en Antropología*, nº 7, Olavarría, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA, pp. 287-304.
— (2009a), *Valentín Saygüeque y la Gobernación Indígena de Las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
— (2009b), “Henry de La Vaulx en Patagonia (1896-1897): la historicidad escindida de la antropología colonial y la captura de corpus y cuerpos”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates. Disponible en <www.nuevomundo.revues.org>; último acceso: 20/10/2014.
Villalobos, Sergio y otros (1982), *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile.
Viñas, David (1982), *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Walther, Juan Carlos (1976), *La Conquista del Desierto*, 3ª ed., Buenos Aires, Eudeba.
Williams, Raymond (1997), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

218. Los mapuches han utilizado el término awkan, del mapudungun, para designar a las campañas militares de las décadas de 1870-1880. Véase Delrio y Malvestitti (2010).

219. Retomamos aquí la expresión clásica de Williams (1997), para referirnos a un proceso que abarca las distintas dimensiones de lo social, incluyendo la singularidad y la dispersión de casos y experiencias.

220. Nos referimos principalmente a la obra de Villalobos (1982).

221. El autor llama la atención sobre el hecho de que la primera fundación en lo que será la jurisdicción argentina de Tierra del Fuego la realizó un misionero británico desde las islas Malvinas en 1869, antes del tratado de límites con Chile de 1881, incluso mucho antes del primer desembarco de argentinos de 1885, lo que explica la imposibilidad de resolver una historia de la ocupación colonial de Tierra del Fuego desde una perspectiva o un archivo exclusivamente nacional.

222. Se entiende por “modos de producción de soberanía” el conjunto de fuerzas y prácticas que dirimen la articulación de la soberanía estatal, tanto en lo relativo a la sujeción y subjetivación colectivas como a las resistencias, disputas y negociaciones que se dan en el proceso de conflictos soberanos. La extensión de la teoría materialista de las relaciones de producción al terreno de la dominación política y el énfasis en la “soberanía” por sobre la “hegemonía” discuten con las visiones laxas de la hegemonía cultural que sobredimensionan el poder formativo de las ideas sobre

los campos en los que intervienen (Escolar, 2007: 31).

CAPÍTULO 11

DE LA CIUDADANÍA EN ARMAS AL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

María Laura Guembe

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XIX se llevó adelante en nuestro país un proceso complejo en el que se dirimió el modo en que los ciudadanos tomarían parte, en cada momento, en los cuerpos armados que debieran actuar en los frentes internos y externos, en defensa de intereses comunes. El período atestiguó su activa participación en la defensa armada de cuestiones atinentes a disputas provinciales, regionales y nacionales. Conforme avanzaba el siglo, especialmente después de la batalla de Pavón, la discusión se focalizó en las facultades del Estado nacional y de las provincias en relación con la pretensión del primero de ostentar el monopolio de la violencia estatal. Este proceso culminó con la sanción de la Ley de Servicio Militar Obligatorio, que canalizaba la totalidad del reclutamiento hacia el ejército de línea, con absoluta subordinación de la Guardia Nacional (GN), en adelante nutrida por él, y exclusivamente a las órdenes del Estado nacional. A partir de entonces, este último dispuso no solo del monopolio del poder represivo, sino también del de la decisión acerca de cuáles serían los intereses comunes que requerirían la intervención de los cuerpos armados.

Esta disputa fue un eje esencial del camino de formación del Estado en nuestro país. La gestión de los recursos naturales, la recaudación impositiva, la unificación de los procesos productivos y los sistemas comerciales bajo una administración central fueron otros de los tantos ejes. La formación del Estado, tal como la analiza en su obra Oscar Oszlak (1982), implicó una lenta penetración desde Buenos Aires, en tanto sede central del gobierno, hacia el territorio de las provincias. Fue un proceso de centralización de poder que encontró en su camino diversas formas de resistencia que representaban intereses a los que

podemos denominar conservadores, en el sentido de que bregaban por la preservación de un statu quo, frente al nuevo orden que se intentaba imponer en nombre del progreso. Este nuevo orden necesitaba disponer de la capacidad de regulación de la economía y también del sometimiento de la sociedad, en el sentido de que las prácticas de interacción social no fueran disruptivas sino cooperativas.

Unificación de la fuerza militar

¿En qué consistió la unificación de la fuerza militar?

Esencialmente, este proceso consistió en el fortalecimiento del ejército de línea a fin de transformarlo en un ejército nacional y en la subordinación de la GN al Estado central, quitándole todo poder sobre ella a las provincias.

La GN había sido creada en 1854, en parte con fundamento en el artículo 21º de la Constitución de 1853, que indicaba que todo ciudadano estaba obligado a armarse "en defensa de la patria y de esta Constitución". Se trataba de una fuerza al mando del gobierno de la Confederación Argentina, conformada al estilo de un ejército de reserva, por cuerpos que estaban a cargo de las provincias, aunque a disposición del poder central, e integrada por todos los ciudadanos que tuvieran entre 17 y 60 años. Sostiene Hilda Sábato (2010) que esta nueva institución daba carácter nacional a las milicias, que hasta entonces eran formaciones locales. (223) El concepto que la animaba era el de la "ciudadanía en armas", que implicaba que todos los ciudadanos debían armarse en defensa de la patria. Este deber no significaba su militarización permanente, sino su familiarización con la práctica de tiro y su disposición a ser movilizados en caso de necesidad. Los ciudadanos eran entrenados y conformaban cuerpos de reserva.

Gracias a su despliegue territorial, la GN se transformaría en una herramienta codiciada en este proceso de penetración al que aludía Oszlak (1982), ya que sus cuerpos eran parte de las redes de poder político a nivel provincial, en esa mezcla de superposición y convivencia con las milicias que perduró hasta 1880. Ambas eran formaciones que, por su carácter local, estaban atravesadas por los vínculos propios de las diversas formas de interacción social. Eran para los ciudadanos una manera de integrar las redes del poder político. Es necesario señalar, sin embargo, que la arbitrariedad en el reclutamiento y la variedad de excepciones que se otorgaban hacían que las filas de la GN estuvieran integradas por jornaleros, peones y demás trabajadores del mismo sector social, mientras los profesionales, comerciantes o hacendados tenían representación

menor. En este sentido, la expresión de que integrar estas formaciones implicaba acceder a las redes de poder político no significa necesariamente que llegaran a ostentar ese poder, sino en la mayoría de los casos únicamente a integrar una de sus herramientas.

Hilda Sábato sostiene que desde el momento en que se organizó la GN ya se asociaba el derecho al sufragio con el deber ciudadano de las armas. Podemos leer acá una obligación que va más allá de la defensa de intereses particulares inmediatos. Esto es parte de aquel desafío que señalaba Oszlak para el proceso de conformación del Estado nacional –en su disputa con los intereses provinciales– de trasladar una matriz de interacción social basada en intereses del ámbito local-privado a uno nacional-público. La instalación efectiva del concepto de ciudadanía fue parte de ese proceso.

Sin embargo, el reclutamiento no era una práctica sencilla animada por el deber ciudadano, sino más bien un sistema forzado que integraba a los individuos a un régimen arbitrario sostenido habitualmente más a fuerza de castigos que de premios. El concepto de ciudadanos patriotas defensores de las instituciones residía tal vez más en la retórica que en los hechos.

Desde su creación hasta 1880, la GN tomó parte junto con el ejército de línea en diversos conflictos, tanto de orden interno, en las denominadas “luchas intestinas”, como externo, en la guerra contra el Paraguay, y también en las disputas de la frontera con las comunidades indígenas.

En relación con los procesos electorales, tanto la GN como el ejército de línea fueron herramientas útiles a los efectos de cierto control del electorado. Dicen Hilda Sábato y Marcela Ternavasio (2011) que los cuerpos de la GN “funcionaban como redes ya estructuradas jerárquicamente de hombres adultos (ciudadanos con derecho a voto) distribuidas en la ciudad y en la campaña”. Sostienen que la identidad política de los oficiales del ejército era más fuerte que su identidad corporativa. “Aun cuando la institución se fue consolidando y de alguna manera independizando del gobierno de turno, los oficiales continuaron participando de las lides políticas y contribuían con ‘su gente’ a ellas” (Sábato y Ternavasio, 2011: 110-111). (224)

Sábato afirma que la GN no fue fácil de controlar para los gobiernos centrales, debido a la poderosa mediación de los gobiernos provinciales. Sus formaciones también tomaron parte en los conflictos por el poder al interior de las provincias, que con frecuencia se dirimieron por las armas. También señala esta autora que hubo ocasiones en que integraron los dos bandos enfrentados, como ocurrió en las revoluciones de 1874 y 1880, en un lado encarnando las fuerzas revolucionarias y en el otro asistiendo al ejército de línea para

sofocarlas. Como resultado del enfrentamiento de 1880, el éxito obtenido por el poder central animó a la disolución de las milicias provinciales. En adelante, los cuerpos armados serían únicamente el ejército de línea y la GN mediando una prohibición explícita a las autoridades provinciales de formar cuerpos militarizados de cualquier tipo (Sábato, 2010: 137).

¿Qué era el ejército de línea?

Hacia 1880 –momento de la disolución de las milicias– el ejército era el resultado de esa disputa entre el poder central y los poderes provinciales. Desde la década de 1860 había comenzado un proceso de crecimiento y un muy incipiente camino hacia la profesionalización, alentados por Mitre y a continuación por Sarmiento, en sus sucesivas presidencias. En 1862, Mitre sentó las bases del nuevo ejército que planeaba moldear sobre la estructura militar de Buenos Aires. Esto implicó la nacionalización de la estructura provincial, es decir, de su Ministerio de Guerra y su Comandancia General de Armas. Esta comandancia tenía funciones administrativas y de inspección del ejército en lo relativo a lo específicamente militar, subordinada a la autoridad del ministro de Guerra. Tenía también funciones disciplinarias, con facultad para "reprender, arrestar y suspender de su empleo" a los oficiales que dieran motivo para ello. (225) Las publicaciones oficiales del ejército que analizan la orgánica militar sostienen que esta instancia cumplía de hecho también las funciones de asesoramiento propias del Estado Mayor General y que este solo se conformó formalmente cuando se desató la guerra contra el Paraguay (Comando en Jefe del Ejército, 1971, t. II: 5).

Algunos de los problemas que debía resolver Mitre respecto del ejército eran la gran dificultad en el reclutamiento, que dependía casi enteramente de la voluntad de los gobiernos provinciales, la desorganización en cuanto a la carencia de reglamentos, la poca claridad en los grados militares y el modo de ascenso y la falta de representatividad de todo el territorio nacional en la integración de sus filas.

Todos estos problemas se extenderían largamente, hasta ser resueltos en la primera década del siglo XX. Sin embargo, algunos cambios se produjeron con anterioridad, en parte por la nueva estructura de gobierno del ejército y en parte por nuevas normas que se fueron dictando.

Uno de estos cambios fue un intento de reglamentación del reclutamiento de soldados, mediante la Ley 542 de 1872. Hasta ese momento muchos procedimientos se regían por la Ley del 5 de junio de 1865 que había permitido a Mitre formar el ejército que peleó

contra el Paraguay. Este se componía de una tropa fija, a la que el aporte de la GN movilizada le permitió completar un total de veinticinco mil hombres, número que había sido autorizado por el Congreso nacional. Asimismo, en las provincias se formaron doce batallones de reserva con quinientas plazas cada uno, a disposición de las Inspecciones de Armas.

Decíamos que Mitre organizó el ejército de línea sobre la base de la GN de Buenos Aires. Esta lo proveyó de jefes y oficiales. Hilda Sábato los describe como hombres con una historia militar en el campo de batalla, pero también con una historia como legisladores, periodistas y otras ocupaciones de ese tenor. Es decir que la cúpula de este nuevo ejército no se nutrió de militares de carrera, como se pensaría en el siglo XX, sino que se trataba todavía –como diría Alain Rouquié (1982)– de profesionales que servían a la patria con las armas a modo de un "servicio honorífico". Accedían a los cargos mediante presentación de credenciales de pertenencia social y ascendían por decreto. Se trataba de un grupo que no se diferenciaba de la dirigencia política. No obstante esto, sostiene el autor, Mitre y Sarmiento vieron en el ejército una herramienta de estabilidad; fueron ellos quienes "lo pusieron en pie". Dos hechos destacados de la presidencia de Sarmiento fueron la creación del Colegio Militar –sobre la base de un ensayo previo llevado adelante por Mitre en la Escuela de Artes, Oficios y Agricultura– y la Escuela Naval, instituciones que comenzarían a homogeneizar la formación de los oficiales.

Este ejército se componía asimismo de hombres de tres proveniencias diferentes: los voluntarios –que no siempre lo eran, sino que resultaban seleccionados por los jefes y oficiales– prestaban servicios por contratos que podían durar entre dos y cuatro años; también estaban los destinados, que pagaban con servicio de armas las penas por delitos cometidos, y, por último, los enganchados, reclutados de manera no voluntaria entre los denominados "vagos" o "mal entretenidos".

Ese fue el ejército que intervino para dirimir conflictos internos, que peleó en la guerra contra el Paraguay, que se desempeñó en la frontera de los territorios indígenas, asistido en un comienzo por los cuerpos de la GN de las provincias afectadas y más tarde, a partir de 1870, por todas por igual, y que finalmente, desde 1879 hasta 1882, llevó adelante la ofensiva de la campaña de ocupación territorial. El saldo de su desempeño en estas situaciones fue una imagen de prestigio acrecentado, tanto para el ejército en general como para sus oficiales y jefes. Quien salió particularmente enaltecido fue Julio Argentino Roca.

Hilda Sábato (2012: 259-260) afirma que para 1870, el territorio que ocupaba la República Argentina era en verdad la mitad del que

consideraba propio. El resto estaba habitado por comunidades "que vivían en esas tierras desde antes de la invasión española o se habían instalado allí en tiempos coloniales y a lo largo del siglo XIX". La frontera entre ambos era una franja de territorio que el gobierno mantenía militarizada. El avance se llevó a cabo en dos partes: la primera a cargo de Alsina, con su estrategia de cavar una zanja de varios cientos de kilómetros. La segunda, que consolidó lo que entonces se denominaba "Conquista del Desierto", al arrasar con las comunidades supuestamente incivilizadas y sometiendo a lo que había quedado de ellas a los parámetros de una nación dotada de los atributos de la civilización y el progreso. Esta tarea la llevó adelante el ejército con la asistencia de la GN.

¿Cuáles fueron las formas de reclutamiento para nutrir ese ejército?

Impulsada por las numerosas deserciones ocurridas durante la concentración de contingentes para la guerra del Paraguay y por las mismas circunstancias en las tropas destinadas al servicio de frontera, la nueva ley promulgada en 1872 determinó en su artículo 19º que las provincias estarían obligadas a suministrar contingentes "con el número de reclutas que el Poder Ejecutivo designe para cada una, proporcionalmente al censo y con arreglo a las plazas que faltaren para llenar la totalidad del ejército de línea, cuyo número será fijado por ley del Congreso" (Rodríguez, 1964: 78). Esta ley disponía el enrolamiento de los ciudadanos de 18 a 45 años en la GN a lo largo de toda la república. La norma suponía una especie de censo poblacional, en función del cual las provincias debían efectuar el reclutamiento. Esto no ocurrió de inmediato, ya que la disposición no fue reglamentada por un largo tiempo, pero en definitiva el sistema que proponía fue implementado efectivamente durante varios años.

Durante la presidencia de Nicolás Avellaneda, dos frentes de conflicto externo demandaron la atención del gobierno: por un lado, la confrontación con Brasil por la división de los territorios que se disputaban como saldo de la guerra contra el Paraguay. Por otro, la disputa con Chile en torno de la soberanía sobre el Estrecho de Magallanes y los límites de la Patagonia. Ambos frentes fueron saldados diplomáticamente, pero el segundo implicó en su camino de resolución la movilización de tropas de tierra y de la escuadra naval. Estos hechos se sumaron a las argumentaciones en favor de las políticas de modernización del ejército y de ampliación del sistema de reclutamiento, al sostenerse que las amenazas externas demandaban tropas más numerosas y mejor preparadas.

Hacia 1880 ese ejército contaba con una tropa regular de diez mil hombres. Convivía con la GN y las milicias provinciales. Ese año fue

clave, ya que el triunfo de las tropas leales al presidente Avellaneda frente a las de Buenos Aires, al mando de Tejedor, saldó la disputa en torno de la centralización del poder. En esa ocasión, el Congreso prohibió que Buenos Aires convocara a la GN, y como respuesta se formaron batallones de ciudadanos armados que igualaron en número a los efectivos reunidos por el gobierno nacional. Este hecho dio lugar a la normativa que determinó la subordinación de la GN al poder central y la disolución de las milicias. El 18 de octubre de 1880, seis días después de asumir Roca la presidencia del país, el Congreso aprobó la Ley 1072, que prohibió a las autoridades provinciales la formación de cuerpos militares de cualquier tipo. Se inició entonces de manera muy incipiente un proceso de modernización del ejército que Roca insinuó durante su primer gobierno e implementó realmente, ya con el acento puesto en la profesionalización, durante su segundo mandato, a partir del cambio de siglo.

En 1880 Roca tenía 37 años y llevaba seis ostentando el grado de general. El ejército que ahora comandaba era una fuerza que había alcanzado cierto grado de organización, que carecía de los mecanismos propios de una institución burocratizada, pero aún así podía operar eficientemente. Roca no se propuso en ese momento implementar cambios radicales, pero supo que para gobernarlo necesitaba de una reafirmación de su cadena de mandos. Luciano de Privitellio describe esta fuerza del siguiente modo:

> En 1880 el oficial de este Ejército de Línea no es aún un profesional, las jerarquías no son rígidas, los ascensos no están sometidos a una norma común: la actividad militar es en muchos sentidos una expresión más de una vida política signada por un agudo faccionalismo (De Privitellio, 2010: 207).

En los años siguientes se tomaron algunas medidas tendientes a reglamentar las jerarquías y organizar la estructura. Algunas de ellas fueron la Ley de Ascensos Militares 1254 (sancionada el 19 de octubre de 1882), la creación de la Escuela de Cabos y Sargentos (decreto del 26 de marzo de 1881) y la creación el Estado Mayor General del Ejército (por decreto del 2 de enero de 1884). (226)

La Ley de Ascensos Militares da cuenta de una voluntad de organización de la carrera militar. Esto se manifiesta en el modo en que se establecían los requerimientos para ostentar cada grado, los mecanismos para las propuestas y evaluaciones de ascensos y todo un método que suponía el ingreso a la carrera militar –ya fuera en la Escuela de Cabos y Sargentos como a través del Colegio Militar– y el ascenso de grado en grado con la especialización relativa en alguna de las armas. Esta norma incorpora incluso el concepto de “estado militar”, que se presenta como una forma particular de pertenencia al ejército, que conjuga la ocupación, el deber y la vocación, más allá del

puesto y el grado que se ocupe o la misión que se ha otorgado a cada integrante. (227)

Durante el gobierno de Roca, el gasto militar descendió drásticamente. Esto se explica, en parte, debido a que el proceso de creciente institucionalización dio lugar a que otras dependencias del Estado aumentaran su incidencia en el presupuesto, como fue el caso del Ministerio del Interior. También debido a la finalización de la campaña en la frontera. En 1880 representaba el 42% y para 1886, al inicio del gobierno de Juárez Celman, el 15% (Sábato, 2012). Hay que destacar que en ese período no hubo enfrentamientos armados de envergadura que requirieran de una erogación extraordinaria.

El primer movimiento de tropas significativo ocurrido con posterioridad a la disolución de las milicias y a la completa subordinación de la GN al gobierno nacional fue la llamada "Revolución del Parque", en julio 1890. Para ese entonces, y desde hacía apenas dos años, estaba en vigencia la Ley de Reclutamiento de 1872. En esa ocasión, la Unión Cívica de la Juventud, recién creada y conducida por Leandro N. Alem, intentó un movimiento revolucionario que movilizó a dos mil hombres y llegó a tomar el Parque de Artillería, aunque no avanzó más de allí, donde finalmente fue forzada a la rendición. El Estado nacional demostró su poder represivo confirmando la eficacia de la centralización del mando de las tropas armadas, aunque esto no evitó una desestabilización del gobierno de Juárez Celman –sobre todo debida a su desempeño personal durante el conflicto– que desembocó en su renuncia y en la delegación del mando en el vicepresidente, Carlos Pellegrini.

Los temas centrales durante los años noventa eran la crisis política, la conflictividad social consecuente, la inestabilidad económica, la inmigración masiva y el conflicto con Chile. Según Luciano de Privitellio, estos ejes le imprimieron importancia a todas las acciones que tendieran a la profesionalización y la centralización del mando del ejército (De Privitellio, 2010: 205-216). Algunas de ellas fueron el establecimiento de los códigos de justicia militar y la reforma del Estado Mayor, para concentrar el poder.

La Ley de Códigos Militares se trató en el Congreso en 1894. Hasta ese momento regían ordenanzas de la época de la Colonia. Es posible que uno de los acontecimientos que impulsó esta renovación haya sido el levantamiento de la Unión Cívica en 1890, ya que en ese hecho el grupo de los rebeldes estuvo integrado por miembros del ejército de línea, en particular, oficiales subalternos.

Varios regimientos apoyaron este intento de golpe de Estado, entre ellos, el 9° y 10° de Infantería, 11° de Caballería, 1° de Artillería. También se levantaron los cadetes del Colegio Militar. Fue clave el apoyo del general de brigada Domingo Viejo Bueno, jefe del Parque de

Artillería, donde se realizó la concentración. Según los planes, allí debía funcionar la junta que reemplazaría al gobierno derrocado.

Una vez que el levantamiento fue sofocado, un tema central debe haber sido el juzgamiento de la conducta de los rebeldes. Es posible que la única herramienta disponible entonces fueran los consejos de guerra conformados ad hoc, cuyo primer antecedente había surgido durante el gobierno de Nicolás Avellaneda, en 1874. Así fue como en los años siguientes se fueron aprobando diversos recursos disciplinarios, uno de los cuales fue el Código Penal Militar, mediante la Ley 3190 de 1894. Fazio (2005) señala que se trataba de una ley presentada en ambas cámaras por el ministro Luis M. Campos "y defendida con autoridad y entusiasmo por Mitre en el Senado" (Fazio, 2005: 4). Esta norma comenzó a regir en febrero de 1895. También señala el autor que por esos años se creó la primera prisión para jefes y oficiales militares en Puerto Deseado, "al tiempo que una compañía de disciplina para 'corregir y moralizar a los individuos de tropa', con asiento en el mismo paraje patagónico". Esta prisión reemplazó a la de la isla Martín García para los fines militares. Poco más tarde, en 1898, la Ley 3679 suprimió los consejos de disciplina y estableció de manera permanente los consejos de guerra.

En el año 1895 se aprobó la Ley de Organización del Ejército de la República 3318, que modificó las bases para el reclutamiento. Esta norma dio lugar, en el marco de la inminencia del conflicto con Chile, a la primera experiencia de instrucción en campaña, destinada específicamente a formar a los ciudadanos reclutados de manera homogénea y en varios lugares del país en simultáneo. Este ensayo tuvo lugar en 1896 y fue conocido como la "campaña de Curá Malal". Consistió en unificar a la GN con el cuerpo del ejército permanente, para que la primera recibiera durante un tiempo determinado la misma formación que los soldados del cuerpo permanente. No es casual que esta formación se llevara adelante con la mirada puesta en Chile, donde se estaba produciendo un proceso similar, que concluyó en la instauración del servicio militar obligatorio apenas iniciado el siglo XX, poco tiempo antes de que esa medida se implementara en nuestro país. Pesaba fundamentalmente la disputa por las delimitaciones de fronteras que derivó en la firma de los Pactos de Mayo, el 28 de mayo de 1902 (Noro y Brown, 1999).

Además de la experiencia mencionada, sobre la que me extenderé más adelante, la ley determinó cambios radicales en el modo de reclutamiento, al imponer un alistamiento ciudadano obligatorio de los "argentinos que el año anterior al de su llamamiento hayan cumplido 20 años de edad". Todos ellos, al cumplir 21 serían incorporados por dos meses a las filas del ejército, reunidos en cuerpos que conformarían regimientos con los de veteranos. Luego de cumplir

ese servicio, pasarían a la GN activa y deberían concurrir anualmente durante tres meses, hasta cumplir 30 años, a los ejercicios doctrinales que se hacían los domingos en las unidades. Se trataba de un cambio radical en la tropa que, en adelante, nutriría al ejército de línea.

Esta fue la última norma del siglo XIX que rigió los destinos de los ciudadanos con relación al servicio de las armas. Propongo a continuación un repaso por las leyes y decretos que a lo largo del período descripto fueron modificando el modo en que los ciudadanos tomaron parte en los cuerpos armados de la nación. Se trata de un recorrido por un puñado de normas que se remonta hasta 1854 y que acompaña modificaciones importantes en la estrategia de reclutamiento de la tropa del ejército de línea en su totalidad.

Normativa relativa al reclutamiento

Los momentos centrales de este proceso estuvieron marcados por algunas normas en particular: las leyes de Enrolamiento en la Guardia Nacional, de 1865, de Reclutamiento del Ejército, de 1872 y su decreto reglamentario postergado hasta 1887; el Decreto de Organización de la Guardia Nacional de la República, de 1888; la Ley de Organización del Ejército de la República 3318, de 1895 y, finalmente, la Ley de Servicio Militar Obligatorio 4031, de 1901.

Tal como ya se mencionó, apenas un año después de aprobada la Constitución nacional, un decreto del Ministerio de Guerra y Marina fechado el 28 de abril de 1854 determinó que las provincias confederadas debían crear cuerpos armados para conformar una GN que estaría integrada por todos los ciudadanos de la Confederación de entre 17 y 60 años de edad. El fundamento era que “la defensa de la patria y de sus instituciones es un deber sagrado de todo argentino, como también el medio más positivo para afianzar el orden, las leyes, las garantías del ciudadano y los benéficos resultados que debe producir un esfuerzo común y nacional cuando la necesidad lo hiciera preciso”. Este es el primer antecedente de la GN. Juan Carlos Garavaglia (2012: 414) indica que para el año 1857 la GN se dividía en tres. Una parte se denominaba “GN en actividad”, prestaba servicio en su destino todo el año y cobraba un salario por ello. Una segunda parte se denominaba “GN activa”, que podía ser convocada a la actividad y, en ese caso, cobrar un salario. Por último estaba la “GN pasiva”, que en caso de ser llamada a servicio realizaría únicamente tareas auxiliares.

Ley de Enrolamiento en la Guardia Nacional, de 1865

En 1865 se inicia una serie de reformas en los cuerpos armados

debido a los alistamientos para la guerra. Dos fueron las medidas centrales que se tomaron para lograr engrosar las filas del ejército de línea. Por un lado, un decreto del 19 de abril refrendado por Mitre y su ministro de Guerra, Juan Andrés Gelly y Obes, que ordenó a las provincias un alistamiento masivo para aportar voluntarios, destinados y enganchados. El decreto indicaba el número que debía aportar cada una. A las provincias más chicas les ordenaba enviar cien hombres, a Buenos Aires le correspondían trescientos y al resto, ciento cincuenta. Se destacaba que los contingentes debían conformarse con ciudadanos de 18 hasta 40 años y el reclutamiento se efectivizaría mediante los Inspectores de Armas Nacionales.

En junio de ese mismo año el Congreso aprobó una ley de enrolamiento en la GN para todos los hombres de 17 a 45 años, indicando de manera explícita las excepciones para los funcionarios de gobierno y del Poder Judicial, autoridades de establecimientos educativos, médicos y practicantes de hospitales, hijos que fueran sostén de hogar y menores de la edad señalada.

Es necesario destacar que aun tratándose de normas de emergencia, estas rigieron formalmente el reclutamiento en la república por más de veinte años.

Ley de Reclutamiento del Ejército, de 1872

Durante la guerra contra el Paraguay, las fuerzas cambiaron su composición en forma dinámica e irregular, como es previsible en una situación de esta envergadura. Terminado el conflicto, la nación debió rearmar y renovar sus fuerzas. El 28 de septiembre de 1872 se aprobó en el Congreso nacional la Ley de Reclutamiento del Ejército que sumó a la estructura existente un elemento nuevo. Esta disposición fue la primera en contemplar el servicio obligatorio en el ejército para ciudadanos carentes de condenas sociales en contexto de paz. La ley estipulaba que el ejército de línea sería reclutado por cuatro vías: la primera era el alistamiento de voluntarios, que como ya indicamos, no siempre se integraban tan voluntariamente; la segunda y tercera eran los enganchados y destinados, y la cuarta y última la conformaban contingentes de ciudadanos que serían incorporados en caso de que las tropas reunidas fueran insuficientes.

Los voluntarios y los enganchados debían permanecer alistados durante un período no menor a cuatro años y tampoco mayor a seis (a excepción de quienes desertasen, que verían incrementado el tiempo de servicio a modo de penalidad). La ley estipulaba para los enganchados un contrato formal y una remuneración que debía ser abonada en mano por la Revista de Comisario, en cuotas. (228) La baja debía ocurrir en tiempo y forma, siempre que el soldado no se

hallase combatiendo en el frente, caso en el que se pautaba una compensación monetaria doble por el tiempo de extensión del servicio. La norma contemplaba que si el soldado fuera retenido por períodos mayores a los que indicaba la ley, él o sus familiares podían recurrir a los tribunales ordinarios para solicitar su baja.

Sobre los destinados, indicaba que no podían integrar este grupo quienes estaban condenados con pena de muerte o presidio. Estaría conformado por quienes no cumplieran legalmente con el enrolamiento en la GN activa (por dos años) o hubieran desertado (por cuatro años); por quienes debiendo incorporarse al ejército integrando un contingente se hubieran dado a la fuga (por cinco años), y por quienes fueran condenados por delitos y hubieran recibido por castigo en los tribunales el servicio de las armas (por el término indicado en la condena).

Los contingentes –novedad que aporta esta ley de reclutamiento– serían suministrados por las provincias, de acuerdo al número que les demandara el Poder Ejecutivo, proporcional al censo "y con arreglo a las plazas que faltaren para llenar la totalidad del Ejército de Línea, cuyo número será fijado anualmente por ley del Congreso". (229)

Este sistema de incorporación fue señalado por algunos autores como el primer antecedente del servicio militar obligatorio, ya que compartía con este el método de reclutamiento, que consistía en un censo poblacional, realizado a partir del enrolamiento individual, a partir del cual se realizaba un sorteo en cada provincia. En este caso, sin embargo, el sorteo incluía a todos los hombres solteros de 18 a 45 años de edad y se llevaba a cabo en cada localidad, por medio de un jurado designado ad hoc, que debía atender reclamos y excepciones; la instancia última de queja eran los tribunales nacionales. Estas incorporaciones se prolongaban por períodos de cuatro años, cumplidos los cuales se estipulaba que los individuos recibirían una remuneración fija más los costos del traslado hasta su lugar de origen. La norma indicaba que quien cumpliera con este servicio quedaba exento de por vida de ser reclutado nuevamente en el ejército. A su vez, se contemplaba una serie de excepciones que debían gestionarse mediante el reemplazo por un personero.

Por último, la ley señalaba que el Poder Ejecutivo debía ordenar un "severo enrolamiento de la Guardia Nacional en toda la república" a fin de conformar los registros sobre los que debería realizarse el sorteo.

Con esta norma se dieron por derogadas todas las leyes y reglamentaciones anteriores que fueran contrarias a sus disposiciones. Sin embargo, su aplicación se demoró más de quince años, ya que el Poder Ejecutivo no la reglamentó hasta el 5 de septiembre de 1887. Más aún, un año más tarde, el sistema de reclutamiento volvió a ser

modificado por un nuevo decreto que incorporó a la GN al ejército de línea.

No obstante, es necesario remarcar que esta ley, con su propuesta de sorteo para la incorporación de ciudadanos al ejército, fue la base sobre la que se fueron delineando las normas siguientes.

El 5 de septiembre de 1887, como si no hubiesen mediado quince años, durante la presidencia de Juárez Celman, el Departamento de Guerra emitió un decreto que iniciaba su texto argumentando la necesidad de "dar cumplimiento a la Ley de Reclutamiento del 28 de septiembre de 1872, procediendo a la organización del Ejército de la Nación en la forma que ella determina en su Título IV, y de acuerdo con lo que expresa el artículo 1° y el 19° de dicha ley". Dispuso a continuación la formación del ejército nacional sobre la base de los cuerpos de línea existentes y con un total de 8188 hombres, número fijado por el presupuesto entonces vigente. Resolvió que cada provincia se encargase de realizar el sorteo a fin de proveer el contingente que el Poder Ejecutivo le requiriera. Sobre este punto me voy a detener un momento, porque el sorteo es parte importante de la innovación que trae esta ley y que será perfeccionado con el sistema propuesto por la Ley 4031 en 1901.

El decreto determina en su artículo 5° que el sorteo se realizaría por batallón o regimiento, "designándose a cada cuerpo un número de soldados proporcionalmente al que tenga de fuerza y al contingente que corresponda suministrar a la provincia". La conformación del jurado para el sorteo es una muestra interesante de la lectura de la sociedad, sus roles internos y sus formas de autoridad. El jurado debía integrarse, según lo expone el artículo 6°, por el Jefe de Cuerpo, Jefe Militar del Departamento, Administrador de Rentas o de Correos y dos vecinos sorteados entre los diez mayores contribuyentes que se encontrasen exceptuados de integrar el contingente.

El acto requería en sí mismo de una movilización, ya que los enrolados en la GN debían estar presentes. Se estipulaba la utilización de tarjetas con números, a las que llamaban cédulas, una por cada hombre y cada uno de ellos extraía una tarjeta. Quienes obtenían los números más bajos eran quienes resultaban seleccionados. En caso de ausencias, las tarjetas las sacaban los miembros del jurado. El número de incorporados por este método podía reducirse, en caso de que la provincia que los enviaba remitiera más tarde candidatos que se presentaran como voluntarios o por enganche. En ese caso, se realizaba un nuevo sorteo, ahora ya en el regimiento, para dar la baja a un número equivalente de ciudadanos incorporados en el contingente.

Todo esto es relativo al nivel local. A nivel nacional, el Estado Mayor General del Ejército debía formar un Registro General de

Reclutamiento, donde constarían las altas y bajas. Se trata de un registro paralelo al del enrolamiento en la GN. El primer sorteo tuvo lugar en abril de 1888 y la ley continuó en vigencia hasta que fue derogada por la Ley 3318 en diciembre de 1895.

Tres hechos sustantivos habían ocurrido entre la promulgación y la aplicación de esta ley, en relación con el ejército de línea, la GN y el reclutamiento de ciudadanos en general: el ya mencionado decreto del 20 de octubre de 1880, firmado por Roca, prohibió a las provincias la formación de milicias. Se había promulgado la Ley de Ascensos Militares, con fecha 3 de noviembre de 1882. Por un decreto del 10 de diciembre de 1884, Buenos Aires se había convertido en capital de la república y su GN se había adaptado a una organización similar a las de las provincias.

Decreto de organización de la Guardia Nacional de la República, de 1888

La ley de 1872 y su decreto reglamentario se complementaron con un decreto promulgado el 5 de junio de 1888 que organizó la Guardia Nacional de la República, en la que debían enrolarse obligatoriamente todos los ciudadanos de entre 17 y 50 años de edad. En adelante, este registro tendría como fin la incorporación al ejército de línea, en agrupaciones ordenadas por edades. Esto significaba –por el momento, solo en el texto– que la GN pasaba a ser solo una instancia de enrolamiento; los cuerpos armados pertenecerían todos al ejército y responderían a un mando unificado.

De acuerdo con la norma, el ejército se compondría de tres partes:

- Ejército activo: integrado por cien mil hombres (todos de 17 a 35 años) divididos en tres cuerpos, organizados cada uno en dos divisiones compuestas por dos brigadas. Los cuerpos del ejército activo quedaban respectivamente al mando de Julio A. Roca, Luis María Campos y Juan Andrés Gelly y Obes.
- Ejército pasivo: eran todos los ciudadanos de 45 hasta 50 años de edad y los exceptuados del servicio.
- Reserva del ejército: la componían treinta y tres mil hombres, todos ellos de entre 35 y 45 años, enrolados en la GN en Capital, Buenos Aires, Córdoba y Entre Ríos.

Acá es necesario hacer un paréntesis para pensar en la aplicación real de estas normas. Si bien no contamos con fuentes que nos permitan conocer su aplicación efectiva, la sucesión de reglamentaciones nos brinda la posibilidad de inferirla, ya que cada una modifica o perfecciona la anterior, no solo en función de los cambios de contexto político, económico y social, sino también por

necesidades producto de una práctica que demanda ajustes. En relación con esta lectura sucesiva, que en general no presenta contradicciones, el decreto de 1888 es un punto llamativo, ya que las normas que lo suceden no dan cuenta en absoluto de los cambios que en su texto se determinan. Por ejemplo, el decreto está fechado el 5 de junio, y en el mes de julio ocurre un llamado para que mil hombres de la GN se incorporen al ejército de línea. Siguiendo el texto del decreto, estos hombres ya eran parte del ejército y no hacía falta que el Poder Ejecutivo designara un número que integraría el contingente a incorporarse. Lo mismo ocurre durante los intentos revolucionarios de 1890, en que la GN es convocada tal como se lo hubiera hecho en 1887. Estos son los puntos de la investigación donde las fuentes muestran sus grietas y los investigadores desearíamos poder contar con testimoniantes de primera mano a quienes consultar sobre los interrogantes que se nos presentan. Nos queda continuar buscando los rastros de los hechos e intentar traducir qué normas los regían y de qué modo estaban siendo aplicadas.

En 1888 la incorporación de ciudadanos al ejército de línea se realizó tal como lo indicaban la ley de 1872 y su reglamentación de 1887. En el mes de julio se llevó a cabo el sorteo. Es interesante destacar que el pedido del Poder Ejecutivo detallaba exactamente cuántos hombres debían provenir no solo de cada provincia, sino también de cada localidad.

Hasta acá, la normativa dejaba de lado un problema importante. La nueva forma de movilización permitía incorporar al ejército a personas que no habían recibido ningún tipo de instrucción previa en la GN. Esto fue resuelto por la Ley 3318 de 1895.

Durante los primeros años de la década de 1890, la GN fue movilizada reiteradamente para asistir al ejército frente a situaciones de insurrección interna, en los numerosos casos en que se decretó el estado de sitio, y también al Poder Ejecutivo en las intervenciones de las provincias. Esto ocurrió, por lo menos, en 1893 en Buenos Aires, Santa Fe, San Luis, Corrientes y Catamarca. Asimismo, cada año se ordenaba un nuevo enrolamiento que permitiera incorporar a los jóvenes que habían cumplido la edad mínima y a ciudadanos antes exceptuados cuyas razones para la excepción habían cambiado. También se continuaban llevando a cabo los ejercicios doctrinales de la GN.

Otras novedades de esos años fueron la creación de un Depósito de Reclutas y de la Junta Superior de Guerra. El Depósito de Reclutas fue instituido, disuelto y vuelto establecer sucesivamente. Se trataba de una dependencia específica que gestionaba los reclutamientos, a fin de garantizar que los requisitos dispuestos por la normativa fueran respetados. Al menos ese fue el ánimo de su creación, a fin de evitar

los abusos cometidos por los gobiernos provinciales que, por ejemplo, enviaban menores de edad. El hecho de que esta dependencia se creara y disolviera tiene que ver con las dificultades propias de un órgano centralizado que debía llevar adelante una tarea tan extremadamente descentralizada.

Ley de Organización del Ejército de la República 3318, de 1895

En 1896 la política de reclutamiento cambió de manera radical. El año anterior, el Congreso había aprobado la Ley 3318 que determinaba la incorporación de la clase correspondiente a los jóvenes que cumplían 21 años a las filas del ejército de línea. Fue la primera vez que el reclutamiento se circunscribió a una clase en particular y para su incorporación directa al ejército por dos meses. La ley ordenaba asimismo el enrolamiento de los ciudadanos desde los 18 años hasta los 40 o 45, dependiendo de su condición de casados o solteros. Los padrones de enrolamiento estarían abiertos todo el año, aunque solo cada cinco se llevarían a cabo campañas específicas. A los fines de la supervisión de este proceso, en 1897 se crearon las Inspecciones de Milicias, que reportaban ante al Estado Mayor General del Ejército.

En cuanto a la estructura de los cuerpos armados, la ley indicaba en su artículo 1° que estarían conformados por el ejército de línea y la GN. El ejército se integraría por voluntarios, contratados y destinados, y por los jóvenes que en el año anterior al de su llamado hubieran cumplido los 20 años de edad. La GN estaría compuesta por una parte activa (ciudadanos entre 18 y 30 años), una territorial (hombres casados entre 31 y 40 años y solteros entre 36 y 45) y la de reserva (hombres casados entre 18 y 30 años y solteros entre 31 y 35). De este modo, pasados los 45 años de edad, ningún ciudadano integraría la GN. No significa esto que en caso de un conflicto no pudieran ser convocados, pero, por lo menos en tiempos de paz, el servicio de las armas tenía un final.

Si bien el proyecto original fue aprobado completo, el debate tuvo puntos de disenso. Las comisiones de Negocios Constitucionales y de Guerra y Marina habían recomendado en su dictamen que no se aprobara el artículo 36º, que otorgaba facultades a la policía para detener a las personas sospechadas de no estar enroladas en la GN. Otro punto de discordia fueron las facultades que se otorgaban únicamente al Poder Ejecutivo para la movilización de la Guardia sin mediación del Congreso. Opositores como Leandro N. Alem se manifestaron enérgicamente contra estos puntos. Aun así, el proyecto se aprobó tal como había sido elevado.

Un personaje central en este episodio de nuestra historia fue el

general Alberto Capdevila, quien en ese momento ostentaba el cargo de jefe del Estado Mayor General del Ejército. Era un oficial con una vasta carrera y un perfil específicamente militar. La Ley 3318 se ajustaba perfectamente a su idea de cómo debía ser el ejército y cuáles los mecanismos de reclutamiento para nutrir sus filas. Hijo de un militar caído en la guerra contra el Paraguay, Capdevila egresó del Colegio Militar como subteniente de Artillería en 1871. Participó en el avance en la frontera contra los indios ranqueles. Combatió en las filas del ejército de línea al mando de Roca y de Racedo, entre otros, y así fue ganando sus ascensos, en el campo de batalla. Había sido director de la Escuela de Cabos y Sargentos, y llegado al puesto de jefe de la policía con el grado de coronel. Luego de apartarse de ese cargo, continuó su carrera como director del Colegio Militar, hasta ser nombrado jefe del Estado Mayor General (Rodríguez, 1975). Es decir que, para el momento en que se sancionó la ley, su experiencia militar, sobre todo en temas de reclutamiento e instrucción, no era desdeñable.

Su paso por la jefatura de la policía de la Capital podría explicar la concesión de facultades a la policía en el marco de esta ley militar. Capdevila había sido jefe de esa fuerza desde febrero de 1888 hasta el 27 de julio de 1890, un día después de la Revolución del Parque. En su gestión apuntaló algunos medios para la instrucción de los agentes, que consideraba un tema fundamental para mejorar las condiciones de su desempeño. En esa línea avanzó con la idea de militarizar la policía, creando un regimiento de infantería de línea, sujeto a ordenanzas militares, que en tiempos de guerra dependería del ministro de Guerra y Marina. (230) Para 1890 había veintitrés comisarías en la Capital, dirigidas por personal instruido en los conceptos de la infantería y la caballería. Con esa organización tomó parte en la defensa de la ciudad durante los hechos del 26 de julio, con más de tres mil cuatrocientos agentes combatiendo en las calles. En ese hecho, Capdevila fue herido y en consecuencia debió retirarse de su cargo.

La ley se aprobó en noviembre de 1895 y fue reglamentada en enero de 1896. Tan solo dos meses después comenzó a implementarse. La primera experiencia –ideada por Capdevila– fue una suerte de prueba piloto que se conoció como la “Campaña de Curá-Malal”. Fue una movilización ordenada por un decreto del 12 de marzo, que implicó a cuarenta y cuatro batallones de infantería, cuarenta y dos escuadrones de caballería y treinta y dos baterías de artillería. Si bien se conoció con ese nombre y la mayor parte de los relatos vivenciales se centran en lo ocurrido en las sierras de Curá-Malal, cerca de Pigüé, tuvo lugar en varios sitios del país. Fue la primera vez en que el objetivo de una movilización de esta envergadura consistía

únicamente en el desarrollo de ejercicios de instrucción militar destinados a los ciudadanos. Constituyó esencialmente una experiencia con la forma de una maniobra militar.

Los ejercicios de algunas fracciones tuvieron lugar en Córdoba, Mendoza, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Catamarca, La Rioja, Entre Ríos y Corrientes (Jaunsarás, 1996). La experiencia de Pigüé estuvo a cargo de la División Buenos Aires, comandada por el general Luis María Campos. Su estructura comprendió dos regimientos de artillería, ocho de infantería y dos de caballería movilizada. Fue un total de ocho mil cuatrocientos hombres, de los cuales setecientos cincuenta y dos eran oficiales; los cabos y sargentos sumaban mil quinientos nueve, y el resto eran soldados. Había aproximadamente un oficial por cada ocho soldados (Mosquera, 1996: 838).

La experiencia duró sesenta días y al regreso de las filas a la Capital se organizó un desfile por las calles de la ciudad para que todos vieran a los nuevos soldados "comportándose como hombres", vistiendo uniforme militar. (231) Como síntesis del ánimo del momento, Capdevila dirigió unas palabras a los conscriptos del ejército a través de una orden general. En su discurso señalaba:"Es la primera vez que en el país se realiza una campaña sin sangre ni dolores. Es la campaña de la instrucción militar, sin la cual el valor no es más que una heroica debilidad". Esta era una de las ideas centrales del pensamiento de Capdevila, que marcaba la diferencia con la época en la que él había debido pelear en la frontera, cuando el valor era una cualidad que se bastaba a sí misma para hacer un buen soldado. Él marcaba la diferencia precisando: "El valor es nuestra herencia tradicional, y ahora agregáis la preparación adquirida, que también será una tradición argentina. Encarnáis desde hoy el concepto militar moderno. Instrucción, valor y disciplina". Incluía a continuación la idea sostén del reclutamiento: el cumplimiento del deber inspirado en el amor a la patria.

> Concurristeis al llamado que la patria hizo a vuestro deber y regresasteis al hogar entre los vítores de la nación orgullosa de vuestro civismo. […] Dejáis establecido un precedente histórico y un altísimo ejemplo, y habéis satisfecho esperanzas, llenado anhelos y robustecido de energías patrióticas. […] Conscriptos del Ejército de Línea: en las dianas vibrantes de este día, sentiréis la gratitud y las alegrías de la nación. Os saludo y os despido, con las palabras que perpetuarán vuestro recuerdo en la memoria popular. Honor a los jóvenes de veinte años (cit. en Jaunsarás, 1996: 795).

Es interesante este discurso porque inaugura una tradición que será retomada más tarde por Pablo Ricchieri y da clara muestra de la necesidad de sostener la práctica desde la retórica, en este espacio masivo pero organizado y ahora mucho más contenido en que se fue

transformando el servicio militar. El discurso de Capdevila instala a la nación como un ojo que mira gratificado a estos hombres que cumplieron con su deber ciudadano. Ya no es cada uno con su destino. Acá hay un colectivo fuerte que no remite a una patria a construir; el objetivo no está en el futuro sino en el presente. Esta es la marca crucial de un cambio de época.

El servicio militar, tal como lo diseñó la Ley 3318 continuó implementándose hasta 1901. La segunda convocatoria tuvo lugar en 1897 y comprendió por primera vez a los ciudadanos de todo el país, con lo que sumó un total de 17.194 hombres. La última reclutó la totalidad de la clase 1880 y se desarrolló mientras se diseñaba y debatía el proyecto de modificación llevado adelante por Pablo Ricchieri, que dio lugar a la Ley 4031 conocida como Ley de Servicio Militar Obligatorio.

La llamada "Ley Ricchieri" prolongó el servicio militar al punto de lograr su naturalización en la sociedad argentina. Abriendo un nuevo capítulo en la historia militar de nuestro país, esta ley rigió la suerte de decenas de generaciones de jóvenes a lo largo del siglo XX.

Bibliografía

Comando en Jefe del Ejército (1971), *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Círculo Militar, t. II.

De Privitellio, Luciano (2010), "El Ejército entre el cambio de siglo y 1930: burocratización y nuevo estilo político", en Oscar Moreno y Nilda Garré (eds.), *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas. Debates históricos en el marco del Bicentenario 1810-2010*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa, Presidencia de la Nación.

Fazio, Juan Alfredo (2005), "Reforma y disciplina. La implantación de un sistema de justicia militar en Argentina (1894-1905)", ponencia presentada en las *X Jornadas Interescuelas, Departamentos de Historia*, Rosario, mimeo, p. 4. Disponible en <www.historiapolitica.com>; último acceso: 21/10/2014.

Garavaglia, Juan Carlos (2012), "Fuerzas de la guerra y construcción estatal: de la Confederación a la Nación Argentina (1856-1865)", en Juan Carlos Garavaglia y otros, *Las fuerzas de la guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX,* Rosario, Prohistoria.

Garavaglia, Juan Carlos y otros (2012), *Las fuerzas de la guerra en la construcción del Estado. América Latina, siglo XIX*, Rosario, Prohistoria.

Jaunsarás, María Matilde (1996), "Ley nº 3318, organización del Ejército y la Guardia Nacional, la defensa nacional y la adquisición

de material de guerra", en *I Congreso Nacional de Historia Militar*, Buenos Aires, Instituto de Historia Militar Argentina, vol. II.
Moreno, Oscar y Nilda Garré (eds.) (2010), *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas. Debates históricos en el marco del Bicentenario 1810-2010*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa, Presidencia de la Nación.
Mosquera, Enrique (1996), "La política militar del gobierno del Dr. José E. Uriburu, 1885-1898", en *I Congreso Nacional de Historia Militar*, Buenos Aires, Instituto de Historia Militar Argentina, vol. II.
Noro, Lauro y Fabián Brown (1999), *Riccheri. El Ejército del siglo XX*, Buenos Aires, María Ghirlanda.
Oszlak, Oscar (1982), *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
Rodríguez, Adolfo Enrique (1975), *Historia de la Policía Federal argentina*, Buenos Aires, Editorial Policial, t. VI.
Rodríguez, Augusto C. (1964), *Reseña histórica del Ejército Argentino (1862-1930)*, Buenos Aires, Secretaría de Guerra, Dirección de Estudios Históricos.
Rouquié, Alain (1982), *Poder militar y sociedad política en Argentina*, t. I: *Hasta 1943*, Buenos Aires, Emecé.
Sábato, Hilda (2010), "¿Quién controla al poder militar? Disputas en torno a la formación del Estado en el siglo XIX", en Oscar Moreno y Nilda Garré (eds.), *La construcción de la Nación Argentina. El rol de las Fuerzas Armadas. Debates históricos en el marco del Bicentenario 1810-2010*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa, Presidencia de la Nación.
— (2012), *Historia de la Argentina 1852-1890*, Buenos Aires, Siglo XXI.
Sábato, Hilda y Marcela Ternavasio (2011), "El voto en la república. Historia del sufragio en el siglo XIX", en Hilda Sábato y otros, *Historia de las elecciones en la Argentina: 1905-2011*, Buenos Aires, El Ateneo.

223. El artículo 64º (inc. 24) de la Constitución nacional sancionada el año anterior había facultado al Congreso a "Autorizar la reunión de milicia de todas las provincias o parte de ellas, cuando lo exija [la] ejecución de las leyes de la Nación, ó sea necesario contener insurrecciones ó repeler invasiones. Disponer la organización, armamento y disciplina de dichas milicias y la administración y gobierno de la parte de ellas que estuviese empleada en servicio de la Nación, dejando á las provincias el nombramiento de sus correspondientes jefes y oficiales y el cuidado de establecer en su respectiva milicia la disciplina prescripta por el Congreso".

224. Las autoras narran que en 1873 Sarmiento envió al Congreso un proyecto de ley –que no llegó a aprobarse– para evitar que los oficiales del Ejército y la Marina influyeran en los procesos electorales.

225. Artículo 1°, Tratado III, Título VIII del Reglamento de la Inspección y

Comandancia General, aprobado en 1864.

226. El mecanismo que utilizaba Roca para este tipo de innovaciones no era enviar proyectos de ley al Congreso, sino incluirlas en el presupuesto y, una vez aprobado este, las creaba por decreto. La Escuela de Cabos y Sargentos fue disuelta en 1890 por no cumplir con el objetivo contemplado en su creación: fomentar el arma de artillería. Los suboficiales volvieron a formarse en las unidades de tropa, hasta que en 1908 se organizó, tras varios ensayos intermedios, la Escuela de Clases. Al respecto puede consultarse Rodríguez (1964).

227. El "estado militar" llegará a ser con los años casi una definición esencial del ser militar, una suerte de investidura de la que solo se puede ser despojado por la baja o la exoneración.

228. La literatura existente sobre el enganche no narra la experiencia como una tarea remunerada, sino como un alistamiento arbitrario y forzoso que no suponía compensación alguna.

229. Artículo 19, Título IV, De los contingentes.

230. Esto se cumplió en los hechos, pero no llegó a aprobarse formalmente el proyecto de modificación.

231. Mosquera (1999) repasa el libro de la Comisión Popular de Recepción, Los primeros conscriptos. La División Buenos Aires, y cita: "Cubiertos por el polvo del camino, ennegrecidos por el sol y el aire de las sierras, marchando con la precisión de tropas veteranas, sujetos a severas disciplinas, el pueblo les veía pasar entusiasmado y lleno de cariño inmenso. Todos regresaban más fuertes, más hombres: todos estaban con el traje militar igualmente hermosos".

CAPÍTULO 12

GRADOS DE LIBERTAD. SOLDADOS DE LA ARGENTINA EN LA GRAN GUERRA (1914-1918)

Hernán Otero

Todo el vasto edificio de la institución militar descansa en su habilidad para obtener la obediencia de sus miembros incluso hasta la muerte, y el asesinato de otros. Tiene enormes poderes para obligar a obedecer las órdenes, por supuesto, pero toda autoridad debe estar basada, en última instancia, en el consentimiento.

GWYNNE DYER, *Guerra* (2007: 37)

El permisionario […] se encuentra inmediatamente rodeado de irregulares que se esfuerzan en decidirlo a que se junte a ellos, haciendo valer que ya ha cumplido ampliamente con su deber […]. Con la ayuda del ambiente, la tentación toma cuerpo y le resulta muy difícil al permisionario de volver al frente a partir del único aguijón de su conciencia.

CAPITÁN DE LAGATINERIE, Agregado militar en Santiago de Chile, 3 de agosto de 1918 (232)

Introducción

La Gran Guerra, como la llamaron sus contemporáneos, fue el hecho matricial del siglo XX, ya que produjo diez millones de muertos, el fin de cuatro imperios europeos, la revolución bolchevique en Rusia, el inicio del predominio mundial estadounidense, la emergencia del nazi-fascismo y sentó las bases de la Segunda Guerra Mundial. Su extraordinario impacto no se limitó a los países beligerantes, pues afectó también a los neutrales, incluyendo a aquellos que –como los de América Latina– se hallaban en la periferia o incluso al margen de la

conflagración. En prácticamente todos los países, la economía entró en una fase de desempleo e inflación que agravó las condiciones de vida de los trabajadores y la conflictividad social interna. A ello se sumaron la notable agitación política y asociativa producida por el enfrentamiento entre neutralistas y rupturistas, sobre todo a partir de la entrada en guerra de los Estados Unidos en 1917, y los intangibles efectos socioculturales de la hecatombe europea en las conciencias. Como ha señalado recientemente Olivier Compagnon (2011), la guerra constituyó un catalizador de primer orden del giro identitario latinoamericano y del nacionalismo cultural de entreguerras. (233)

A pesar de la importancia de estos factores, los aspectos más evidentes de la guerra (la conversión de los civiles en soldados y el consentimiento de la violencia) han recibido muy poca atención hasta el presente por razones fácilmente comprensibles. En primer lugar, por la obvia circunstancia de que –tanto por causas geográficas como diplomáticas– la Argentina estuvo alejada del teatro de operaciones militares. Confinada a los hechos de armas, la historia militar tradicional se ocupó de aspectos más bien marginales, como la batalla naval de las islas Malvinas en la que los británicos vencieron a los alemanes en diciembre de 1914. En segundo lugar, el fenómeno nazi-fascista y la Segunda Guerra Mundial actuaron como una cortina de humo que contribuyó a diluir la memoria del conflicto precedente. En tercer término, el predominio del Estado-nación como eje articulador del discurso histórico proyectó un cono de sombra sobre un conjunto de actores que –como los migrantes y los voluntarios– transcurrieron parte de su vida en el fascinante pero menos nítido marco del espacio transnacional. Por último, las historias de las propias comunidades migratorias, construidas con la doble finalidad de afirmación étnica con respecto al país de origen y de autopresentación ante la sociedad receptora, tendieron a privilegiar una interpretación armónica y a silenciar los conflictos internos que, como la respuesta a la guerra, pudieran empañar esos objetivos.

Afortunadamente, esta indiferencia historiográfica ha comenzado a revertirse gracias a tres corrientes de indagación autónomas pero concurrentes: la historia de las comunidades migratorias, para las que la coyuntura 1914-1918 tuvo consecuencias decisivas; la historia política, con su énfasis en los efectos de la guerra en la arena política local y, como lo atestigua el presente libro, la influencia de la nueva historia cultural de la guerra. A diferencia de la historia militar clásica, esta nueva corriente focaliza su atención en aspectos tales como las experiencias de los combatientes en el contexto de brutalización de la guerra moderna; los fenómenos de totalización del conflicto, con especial referencia al fin de la distinción tradicional entre el frente y la retaguardia; y la cultura de guerra, en tanto

concepto clave para ir más allá de las explicaciones puramente políticas y económicas de la contienda.

En comparación con el resto de América Latina, la importancia de la Gran Guerra para nuestro país se agiganta por al menos dos razones. En primer lugar, porque la Argentina presidida por el radical Hipólito Yrigoyen fue el país latinoamericano que llevó más lejos una política de neutralidad activa, a pesar de las presiones de Washington tras la entrada en guerra de los Estados Unidos en 1917. En segundo lugar, y sin duda decisivo, porque el 27% de los habitantes de la Argentina en 1914 era europeo de primera generación, proporción no igualada entonces por ningún otro país del mundo; esta cifra se acrecienta considerablemente si se suman los hijos de europeos nacidos en nuestro suelo. En ese peculiar contexto sociodemográfico, el estallido de la guerra en agosto de 1914 movilizó a los extranjeros provenientes de los países beligerantes –que representaban más de la mitad del total de los inmigrantes presentes en el país–, pero también a públicos más vastos. La distribución numérica favoreció ampliamente a los encolumnados con las potencias aliadas (Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia) ya que, tras la entrada de Italia en la guerra en mayo de 1915, nueve de cada diez inmigrantes de un país beligerante eran de ese origen contra solo uno de las potencias centrales (Alemania, Austria-Hungría y, desde octubre de 1914, el Imperio otomano). La Gran Guerra constituye en suma un observatorio privilegiado por coincidir con el momento de mayor presencia de europeos en la Argentina y por poner en juego las certidumbres del complejo proceso de integración de los inmigrantes de primera y de segunda generación. Este contexto general permite comprender las líneas de participación abiertas por el conflicto que, entre otros aspectos, incluyeron la movilización económica para recaudar fondos para los soldados que regresaron a luchar y para colaborar con las necesidades de los países en guerra; los debates y llamamientos de la prensa étnica y la lucha por el control de las calles y los lugares de memoria. (234) Estos frentes de lucha, que convocaron pasionalmente a los grupos migratorios y a la población en general, suministraron el telón de fondo de la movilización militar propiamente dicha.

Desde el punto de vista de la administración castrense, los combatientes se clasifican en movilizados y voluntarios, distinción que deriva de haber recibido o no la convocatoria correspondiente. Así, mientras la casi totalidad de los soldados de las guerras contemporáneas de masas –período que se inicia con la tesis de la "ciudadanía en armas" inaugurada por la Revolución francesa de 1789– está constituida por combatientes del primer tipo, convocados por el Estado, los segundos –marginales en cuanto a su contribución

numérica– acuden libremente por razones que les son propias. La claridad de esta distinción administrativa lo es menos en términos sociológicos, ya que –como lo muestra la nueva historia cultural de la guerra– las conflagraciones modernas en general y la Gran Guerra en particular suponen también grados de aceptación (el consentimiento de la violencia, aspecto clave de la cultura de guerra) por parte de aquellos que, aparentemente, solo obedecen a la convocatoria. (235) A diferencia del teatro europeo, ese grado de libertad, mínimo quizás pero nunca inexistente, era muchísimo mayor para los combatientes salidos de América Latina, dada la ausencia de formas de coerción legal y material por parte de las instituciones castrenses del país de origen. Este aspecto constituyó el talón de Aquiles de la aplicación extraterritorial de las leyes de ciudadanía y de reclutamiento militar de los Estados europeos en nuestro continente y, por la misma razón, transformó a los soldados convocados en combatientes casi voluntarios.

Partiendo de estas consideraciones generales, el presente texto aborda la participación de los combatientes, convocados y voluntarios, que transitaron el doloroso puente entre la Argentina neutral y la Europa en llamas. Historia fascinante (cada vida podría ser el argumento de una novela) pero también frustrante, ya que la sumatoria de casos individuales corre el riesgo de desdibujar los aspectos sociohistóricos de interés, pero sobre todo por la escasez de fuentes razonablemente confiables y sistemáticas. Entre otros problemas que podrían evocarse, el carácter transnacional del fenómeno, la pluralidad y dispersión de archivos a uno y otro lado del Atlántico, la variedad de criterios legales utilizados en las fuentes hacen prácticamente imposible un estudio cuantitativo riguroso, aspecto que, como se verá más adelante, nos obligará en muchos casos a mantenernos en el plano de la conjetura.

La voluntad de obedecer

Con excepción de los británicos, cuyo ejército estuvo compuesto por voluntarios hasta que la voracidad de la guerra exigió la creación del servicio militar obligatorio en 1916, los consulados de los países beligerantes transmitieron rápidamente las órdenes de movilización a sus ciudadanos en el exterior. La movilización general fue secundada por las instituciones comunitarias creadas a raíz del conflicto siguiendo la fórmula de los comités patrióticos, que desplegaron múltiples acciones de propaganda y concientización para convencer a los convocados y para recaudar fondos con los que financiar el viaje de los soldados y el mantenimiento de sus familias en la Argentina, aspecto que constituía otra diferencia importante con los movilizados

en Europa.

El punto capital de la movilización, tanto hoy como en la época, consiste en conocer la proporción de personas que acudió a la convocatoria. La evaluación se enfrenta con enormes problemas porque no se dispone de informaciones sistemáticas sobre la cantidad de individuos que regresaron a combatir ni sobre el número total de potenciales combatientes. Estas dificultades se incrementan notablemente si se tiene en cuenta que existían dos subpoblaciones en juego: por un lado, los inmigrantes de primera generación y, por otro, los hijos de inmigrantes nacidos en nuestro país, considerados europeos por los códigos de nacionalidad del viejo continente basados en el derecho de sangre, y argentinos por nuestro país, que –como todos los países de inmigración– fundó la nacionalidad en el derecho de suelo.

Más allá de estos problemas, la intensidad diferencial de la movilización de las principales comunidades migratorias constituye un buen punto de partida para la discusión de sus significados. Los estudios disponibles (Franzina, 2000; Devoto, 2006; Newton, 1995; Tato, 2011; Douki, 2002) muestran que los británicos (4852 combatientes) y los franceses (5800) tuvieron una respuesta muy alta en comparación con los italianos (32.430). El contingente italiano fue alrededor de seis veces más grande que los de franceses y británicos, a pesar de que la comunidad de la península multiplicaba por más de once a la francesa y por más de treinta y tres a la británica. Aunque insignificantes para las omnívoras necesidades de hombres de los ejércitos europeos, las cifras evocadas resultan muy significativas en el contexto argentino.

El caso francés permite algunas precisiones suplementarias. Según un informe de 1919, a los 5800 inmigrantes de primera generación, movilizados desde 1914 hasta esa fecha, se suman otros 2834 que fueron exceptuados por razones médicas o por solicitud de prórrogas. Esos casi seis mil combatientes representan el 32% de la población movilizable existente en la Argentina, proporción que se incrementa al 57% si el denominador del cálculo es la población inscripta en los consulados. Según el mismo informe, la cifra de “francoargentinos”– término usado por las autoridades francesas, pero de escasa significación en la sociedad de recepción– se situó entre doscientos cincuenta y menos de quinientos soldados, proporción “del orden del 1% de la población movilizable de esa categoría”. Los datos del agregado militar francés no son, sin embargo, coherentes con los trescientos sesenta y cuatro argentinos que recibieron la denominación *morts pour la France*, pues si se aplica a esta subpoblación la tasa de mortalidad en combate –de aproximadamente 17%– ese número de defunciones correspondería a una cifra de dos mil cien o dos mil

doscientos combatientes. Cualquiera sea el caso, la participación francoargentina no pudo ser nunca superior a los dos mil doscientos efectivos (es decir, el 5% del total movilizable), cifra que no tiene más finalidad que la de fijar un techo teórico máximo. (236)

Aunque las cifras de combatientes británicos e italianos no discriminan entre migrantes de primera y de segunda generación, todo indica que la participación de los angloargentinos fue muy superior a los valores, prácticamente insignificantes, de hijos de franceses e italianos. Si bien no existen estudios sistemáticos, la movilización de los alemanes y austrohúngaros no parece haber sido importante ya que la mayoría no habría logrado eludir el bloqueo naval británico, pero es muy probable que futuras investigaciones puedan reevaluar esa imagen impresionista. Tras la guerra, la existencia en la Argentina de los Cascos de Acero –un agrupamiento de excombatientes alemanes– sugiere que eran lo suficientemente numerosos como para organizarse.

Si bien muchos diplomáticos aliados consideraron la movilización como poco exitosa, la lectura actual sugiere una evaluación más positiva. En primer lugar, las cifras de soldados que participaron atañen al período del conflicto bélico y no incluyen a los que regresaron antes de agosto de 1914, en el caso de Francia, o antes de 1915 en el de Italia. La eventualidad de una guerra temida pero largo tiempo esperada, la crisis generada por la conflagración en la economía argentina, la disminución de los viajes en barco, entre otros factores, indujeron una fuerte reducción de los arribos al país y un aumento importante de los retornos a partir de 1913, muy claro en franceses, británicos y alemanes, pero también en países que serían luego neutrales, como España. Ello sugiere que ante el contexto de incertidumbre, muchos inmigrantes y futuros soldados regresaron preventivamente para poner fin a separaciones familiares de impredecible duración. Estas tendencias se agravaron desde luego durante el período 1914-1918, durante el cual se alcanzaron saldos migratorios negativos. En segundo término, los problemas técnicos de las listas militares (baja proporción de inscriptos en los consulados, desconocimiento de domicilios y de personas fallecidas, etc.) impedían a los Estados europeos conocer con razonable certeza la totalidad de los soldados potenciales, situación que se potenciaba en la segunda generación (Boulanger, 2001). En tercer lugar, deben incluirse también las dificultades del traslado a Europa, sobre todo a partir de la guerra submarina a ultranza declarada por Alemania en enero de 1917, y las complicaciones y costos económicos de aquellos que debían viajar con sus familias. Otro factor de indudable peso era que los argentinos hijos de europeos debían contribuir militarmente con la Argentina y con el país de origen de su padre, pesada carga que

tampoco favoreció el éxito de la movilización.

Con todo, resulta claro que, a pesar del entusiasmo inicial y de múltiples actos de heroísmo, el rechazo al impuesto de sangre –para utilizar la nada eufemística expresión francesa sobre el servicio militar obligatorio– fue mucho más elevado que en los países beligerantes y, como lo sugiere el caso galo, creció en los dos últimos años del conflicto. El rechazo a la guerra afectó a todas las categorías previstas por la ley militar: los omitidos en la listas de reclutamiento, que no concurrieron a registrarse, a pesar de la presión ejercida por el cuerpo diplomático y por el marco comunitario; los reformados por causas médicas o por pedidos de prórroga, cuya elevada incidencia sugiere, al menos para una parte de ellos, la recurrencia a medios fraudulentos para evadir la movilización; los insumisos, que desobedecieron abiertamente la convocatoria a filas y que confiaban en la eventualidad de futuras amnistías (efectivamente promulgadas tras la guerra), y los desertores que, tras su regreso temporal al país para visitar a la familia, decidieron no volver al frente.

La medición de las proporciones de movilizados no agota desde luego el problema, pero suministra una base imprescindible para explorar las causas de la adhesión diferencial observada en cada comunidad. La historiografía sobre el caso argentino ha esgrimido cuatro argumentaciones concurrentes para explicar el grado de acatamiento de la movilización de la primera generación, cuyo nivel de prueba es disímil y conjetural.

Una primera hipótesis, de naturaleza institucional, pone el énfasis en las medidas de presión implementadas para convencer u obligar a los convocados. En apretada síntesis, esas medidas incluían la cesantía de los empleados que se negaban a regresar a combatir, bien documentadas para las compañías británicas y francesas de ferrocarril y para las instituciones comunitarias (hospitales, círculos, sociedades de beneficencia, etc.) italianas y francesas. En la misma línea se encontraban las presiones de la legación consular de Francia en Buenos Aires, que forzó la renuncia o la no elección de dirigentes comunitarios en puestos clave, como la Cámara de Comercio Francesa, por tener hijos que no habían viajado a combatir. La coerción incluía, por último, la sanción moral de los infractores mediante la difusión de listas con sus apellidos. Un ejemplo del grado de presión ejercido lo suministra el cónsul francés en Buenos Aires quien –con una rara mezcla de orgullo y autocrítica– informaba al ministerio de tutela que había aplicado la ley “ciegamente” y que había inscrito en las listas militares a todos los miembros de las comisiones directivas de las asociaciones, a sus hijos argentinos, y a los notables de la comunidad. La falta de realismo de los funcionarios llegó a considerar como movilizables para una representación oficial en Francia (su edad los

exceptuaba del combate) al presidente de la república, Hipólito Yrigoyen, y a su ministro de finanzas, por ser ambos hijos de franceses. Los pedidos de moderación de esa política intransigente por parte de las instituciones comunitarias, frecuentes desde la Gran Guerra hasta la década del treinta, sugieren que Francia fue más lejos que los otros países beligerantes en la aplicación de la ley militar.

Una segunda argumentación, convincente aunque también hipotética, postula que los que regresaron a luchar habrían formado parte (en mayor proporción que los que no lo hicieron) del núcleo étnico de la comunidad. Así lo sugiere el lugar de origen de los muertos francoargentinos que, en su gran mayoría, provienen de Buenos Aires y Rosario, sedes de las más importantes instituciones comunitarias, y de ciudades pequeñas e intermedias en las que la alta cohesión e interacción de la comunidad debió favorecer la movilización. En el mismo sentido, las presiones consulares debieron ser más efectivas sobre los individuos que, por su pertenencia al entramado comunitario, resultaban más visibles a sus pares, lo que explica además las frecuentes denuncias de infractores recibidas por los agregados militares. Dado que estas dos hipótesis han sido formuladas sobre todo para el sector francés, aunque existen datos parciales también sobre otros grupos étnicos, sería conveniente contar con estudios comparados para evaluar su validez fuera del colectivo galo.

La comparación sistemática de algunas variables conocidas para los tres principales países aliados permite suplir en parte la ausencia de datos, como lo sugieren las dos argumentaciones restantes. Una primera hipótesis, de carácter más cultural, planteada por María Inés Tato (2011) en su estudio sobre británicos e italianos, aplicable también a los franceses, remite al grado de penetración del nacionalismo en la masa migratoria, mucho más elevado en británicos y franceses que en los oriundos de la península. El nacionalismo incluye, en primer término, la adhesión a los valores generales de la cultura de origen, muy alta en británicos y franceses a causa del importante grado de socialización y alfabetización premigratorias de sus inmigrantes. En segundo término, involucra también la retórica nacionalista consistente en los discursos y argumentaciones que justificaban la guerra y el recurso a la violencia. La obsesión francesa por las “hijas perdidas” (metáfora frecuente de las provincias de Alsacia y Lorena anexadas por Alemania tras la guerra Franco-Prusiana de 1870) y el algo más limitado *irredentismo* italiano (orientado a la recuperación de Trentin y Trieste) constituyen ejemplos paradigmáticos en ese sentido. Esos discursos previos, más los transmitidos durante la guerra por febriles campañas de propaganda, operaban sobre una visión preexistente de las “fronteras

naturales" (reales o potenciales) de los países de origen, que los inmigrantes conocían a través de agentes de socialización como la escuela o el cuartel, pero también gracias a agentes más difusos pero no menos persuasivos como la literatura, la publicidad, el folclore y los libros de historia y geografía. Esos elementos, que contribuyeron al decisivo paso del patriotismo tradicional al nacionalismo agresivo de la Gran Guerra, estuvieron también presentes –aunque con menor fuerza– en las comunidades migratorias del Río de la Plata. El control informacional de las agencias de prensa aliadas –la francesa Habas y la inglesa Reuter– y la agresiva propaganda desatada por el conflicto favorecieron asimismo su persistencia y multiplicación.

En segundo término, e íntimamente vinculadas con la anterior, se destacan las hipótesis que centran su atención en la intensidad de la integración de los grupos migratorios. Mientras los italianos se asimilaron con mayor facilidad por su condición de grupo mayoritario y su menor distancia cultural con la sociedad argentina, los británicos constituyeron un caso paradigmático de resistencia a la asimilación debido a su mayor poder económico, a las distancias culturales, idiomáticas y religiosas con la población local y, sobre todo, al notable desarrollo de las escuelas étnicas y religiosas de ese colectivo. Aunque válida, esta interpretación no se aplica demasiado al sector francés, en el que la respuesta de la primera generación fue muy elevada, a pesar de constituir un grupo altamente integrado en casi todas las variables (elevada frecuencia de matrimonios mixtos, éxito económico, etc.), lo que sugiere que las dimensiones culturales (nacionalismo, socialización en una cultura de guerra que era previa a la conflagración, etc.) tuvieron en ellos un peso importante. La alta integración de los hijos de franceses e italianos a través de la poderosa maquinaria de nacionalización de la escuela pública argentina explica, en cambio, de manera adecuada la casi nula respuesta de la segunda generación en ambos sectores y la diferencia con los angloargentinos que, en su gran mayoría, se habían socializado en las vigorosas escuelas de esa comunidad.

La voluntad de luchar

Aunque mucho menos numerosos, los soldados voluntarios concitaron la atención de los contemporáneos a causa de la imagen heroica que, de ordinario, se asocia a la libre decisión de morir por ideales de apariencia más convocante que la –supuestamente natural– obediencia a la causa nacional. (237) Esto quizás explique también la persistencia en la memoria histórica de los voluntarios que participaron en la Guerra Civil Española (1936-1939) –más de medio millar de argentinos y extranjeros que viajaron a luchar sobre todo en

defensa de la República–, a lo que se suman los históricos lazos culturales entre la Argentina y España (Kružik y otros, 1976).

La estimación del número de voluntarios latinoamericanos en la Gran Guerra es extremadamente difícil porque los expedientes individuales de los soldados no se encuentran ordenados en los archivos del ejército francés. La situación afecta asimismo a los que se enrolaron en unidades especiales, como la célebre Legión Extranjera, institución que, por otra parte, cifraba parte de su política de enganche en no averiguar demasiado el pasado de sus miembros. A ello se suman, en muchos casos, las dificultades derivadas de la autoadscripción de los combatientes pues, como lo destaca el capitán Gouspy, agregado militar francés en Buenos Aires, "todos los hijos de franceses que partieron para cumplir con su deber declararon en Francia que eran 'voluntarios argentinos' ", (238) situación que provocaba en ocasiones la mirada despectiva de sus superiores e incluso de sus propios compañeros de armas. El problema es aún mayor en el ejército británico, en el que, por regla general, los voluntarios no se incorporaban a unidades especiales sino en el ejército regular. Las frecuentes y prolongadas estadías de la clase alta argentina en París y Biarritz y el hecho de que los combates ocurrieron en suelo francés y belga –escenario privilegiado de los corresponsales de guerra argentinos, como el escritor Roberto Payró y el coronel germanófilo Emilio Kinkelin– hacen que tengamos mayor conocimiento de los voluntarios argentinos incorporados al ejército francés que al inglés. (239) El número de estos últimos varía notablemente según los diarios de la época, en buena medida porque no distinguen claramente a los voluntarios propiamente dichos de los angloargentinos convocados.

Las estimaciones para el caso francés varían asimismo según incluyan a los soldados del ejército regular o solo a los de las unidades de voluntarios, como la Legión Extranjera; según se contabilicen los que viajaron desde América Latina o solo los latinoamericanos que estaban en Europa al momento de la guerra; según el período considerado, etc. Las estimaciones oscilan entre treinta y cuarenta mil voluntarios de todas nacionalidades en el ejército francés durante el bienio 1914-1915.

La participación argentina es igualmente difícil de precisar: según Federico Lorenz, hubo aproximadamente mil quinientos voluntarios (argentinos y de otras nacionalidades presentes en nuestro país) que viajaron para enrolarse en el ejército inglés y, en menor medida, en la Legión Extranjera. La reciente estimación de Manuel Rodríguez, por su parte, propone una cifra de entre mil y dos mil (aunque más cercana al límite superior) voluntarios latinoamericanos, solamente en el ejército francés. Más allá de las imprecisiones, los registros estadísticos

y cualitativos coinciden en señalar dos cosas. En primer lugar, la incidencia extremadamente marginal del fenómeno en relación con la movilización de masas de los ejércitos regulares. En segundo término, que los argentinos, seguidos por los brasileños, fueron el grupo más numeroso dentro de los voluntarios latinoamericanos. Vista desde nuestro país, la sola presencia de voluntarios ilustra por su carácter extremo el clima de fervor ideológico generado por la guerra.

El reclutamiento de voluntarios tuvo asimismo modulaciones temporales muy claras en el caso francés. La etapa inicial, enmarcada en la figura del "*engagé volontaire pour la durée de la guerre*" creada por el decreto del 3 de agosto de 1914, supuso una afluencia bastante masiva de voluntarios, puesto que incluyó a aquellos que la guerra sorprendió viviendo o residiendo temporalmente en Europa y a los extranjeros de países neutrales. Causas análogas explican la caída del reclutamiento durante el bienio 1915-1916 debido, sobre todo, a la entrada en guerra de Italia. El fenómeno volvió a activarse a partir del segundo semestre de 1917 por la decisión del gobierno francés de financiar los pasajes de los combatientes voluntarios en un contexto de escasez crónica de efectivos. Hasta entonces, el gobierno francés se había abstenido de conceder cualquier financiamiento para evitar posibles inconvenientes diplomáticos, razón por la cual los voluntarios debían financiar el pasaje.

La imprecisión estadística que rodea la participación voluntaria en la guerra es compensada por la notable riqueza de las historias individuales, sea por la fuerza misma de un destino trágico (que con frecuencia deja rastros más visibles y luminosos que aquellos que sobrevivieron, aspecto que tal vez contribuya también al subregistro del fenómeno), sea por la trayectoria ulterior de algunos excombatientes, sea, en fin, por el elevado nivel socioeconómico y cultural de muchos voluntarios. Testimonios, cartas, literatura de época, entre otras fuentes, permiten dibujar algunos perfiles que, como en toda tipología, suponen ya un principio de explicación. Al igual que otros colectivos, como los insumisos y los movilizados, los *engagés volontaires* constituyeron un conjunto heterogéneo de individuos con perfiles disímiles. Con todo, pueden distinguirse, en principio, tres grupos.

En primer lugar, los extranjeros y, en menor medida, argentinos hijos de extranjeros de países beligerantes que –desde la Argentina o desde otros países– se dirigieron a Europa a pesar de no haber recibido la convocatoria. El segundo grupo, sin duda más numeroso, fue el de los inmigrantes extranjeros de países neutrales (en particular, españoles durante toda la guerra e italianos hasta 1915), movidos por la comunidad de intereses con la causa aliada. Lo mismo ocurrió con los provenientes de naciones bajo el dominio de otras potencias –el

Imperio otomano constituye un caso paradigmático en tal sentido–, como los voluntarios reclutados por la Unión Nacional Armenia de Argentina para luchar en favor de Francia. Un caso similar –aunque la patria no era aquí Rusia ni la Europa del Este de la que eran oriundos, sino la tierra de Israel– fue el de la cincuentena de voluntarios de la Legión Judía que se enrolaron a fines de 1918 a favor del ejército británico con el fin de apoyar la recuperación de Palestina en poder del Imperio otomano. (240)

Un tercer grupo, de mayor visibilidad en la prensa de la época, estuvo formado por argentinos –provenientes en muchos casos de sectores sociales altos– que, a diferencia de los anteriores, adhirieron a la guerra por causas ideológicas distintas de la aceptación, más o menos automática, que implicaba la pertenencia nacional. Dentro de este tercer colectivo hubo intelectuales, estudiantes, médicos –profesión en la que la influencia francesa era muy importante–, como el renombrado cirujano Pedro Chutro, condecorado por el gobierno francés con la Legión de Honor; enfermeros y telegrafistas, que por razones humanitarias, profesionales e ideológicas consideraron necesaria su ayuda en el frente, y militares con formaciones técnicas específicas. Un lugar destacado dentro de este grupo correspondió a los aviadores, arma por entonces nueva que requería niveles de calificación superiores a la artillería y la infantería. Las formas de combate –enfrentamientos de aviones monoplaza–, los códigos de honor vigentes entre los pilotos, el arma de origen (la mayor parte provenía de la caballería), la adhesión a sentimientos de modernidad e individualismo, entre otros factores, atrajeron a espíritus aventureros, por lo general originarios de sectores altos. Entre muchísimos otros nombres, dos merecen ser mencionados aquí: el ingeniero riojano Vicente Almandos Almonacid y Charles Lescat. Al primero, el "cóndor de Famatina", sus notables servicios en combate lo hicieron acreedor de múltiples condecoraciones, entre ellas la Cruz de Guerra, la Medalla Militar y la Legión de Honor. El recuerdo de sus hazañas constituye uno de los íconos de las relaciones francoargentinas, como lo atestigua la entrega, en 1997, de los documentos que registran su paso por la Legión Extranjera, por parte del presidente Jacques Chirac a su par argentino, Carlos Menem. El segundo, el francoargentino Lescat, tras la guerra se vinculó con la extrema derecha maurrasiana, derrotero que lo llevó a integrar la redacción de la publicación fascista *Je suis partout* y a organizar, desde Madrid, la ruta de evasión hacia nuestro país de colaboracionistas franceses y belgas.

Dado que la Gran Guerra eliminó la distinción entre frente y retaguardia, en el dramático sentido de que los civiles podían ser visualizados como objetivo militar, debe destacarse asimismo la contribución voluntaria de mujeres argentinas, sobre todo entre las

enfermeras, como la viuda del general Lucio V. Mansilla, Mónica Torromé, residente en Francia, que se desempeñó desde el principio al frente del Hospital Auxiliar de la Cruz Roja nº 79 de París. Desde luego, no todos los voluntarios provenían de sectores sociales altos, ya que hubo también combatientes de orígenes modestos, cuyas historias resultan más difíciles de reconstituir.

Un segundo criterio de clasificación de los voluntarios remite menos a sus perfiles sociales que a los motivos para combatir, aunque unos y otros tenían una relación evidente. Las razones de los combatientes pueden ser recuperadas a partir de los testimonios de la prensa, como la sección "Argentinos en la Guerra" inaugurada por la revista *Caras y Caretas* en 1914 (o su homónima en el diario *La Nación*), analizadas por Federico Lorenz (1998), o sobre la base de las solicitudes de alistamiento enviadas a la Legión Extranjera, recientemente estudiadas por Manuel Rodríguez (2010). Aunque iluminadores, esos registros deben ser analizados con precaución, ya que tanto los argumentos públicos como los esgrimidos con la finalidad de ser aceptados por las unidades de combate se hallan influidos por fórmulas propias de la época. El exitismo inicial, propio de una guerra que se imaginaba de corta duración, y la existencia de motivos menos luminosos e inconfesables (como la eventual falta de conciencia o, en un plano más psicoanalítico, una pulsión hacia la muerte) alertan contra una interpretación basada exclusivamente en el heroísmo, aunque esa dimensión haya estado presente de modo inequívoco en la mayoría de los casos. Las razones declaradas por los combatientes son muchas y combinables entre sí, y recorren un arco que va desde la necesidad económica y de aventura personal hasta la –sin duda mayoritaria– adhesión a la causa de los aliados, declinada a su vez a partir de múltiples argumentos. Entre ellos se encuentran las diversas alternativas de la francofilia latinoamericana, sintetizada en las reiteradas imágenes de Francia como "la Atenas de los tiempos modernos y la cuna de la civilización democrática", pero también otras representaciones análogas, como "la madre de las letras y de las artes" o el "faro de la latinidad". En la misma clave, pero enfatizando los defectos del enemigo, se encontraba la necesidad de poner freno al despotismo alemán y al militarismo sin límites del káiser, o la necesidad de defender el derecho de las naciones, catalizado por lo general en torno al emblemático martirio del pueblo belga, tópico ampliamente explotado por la propaganda. Las argumentaciones podían ir desde formulaciones bastante abstractas, basadas en la adhesión a los valores generales de la civilización francesa (lo que suponía un lugar importante para nociones como deuda y gratitud con esa civilización), o incluir consideraciones concretas sobre la naturaleza del mundo que emergería de la guerra y, sobre todo, de los

riesgos de una Latinoamérica bajo control germano. Como lo sintetizó Almonacid con claridad, “si Alemania triunfa en esta guerra, la América del Sur corre el peligro de germanizarse, militarizarse e imperializarse” (De Soiza y Reilly, s. f.: 136), razonamiento que también estuvo presente en muchos voluntarios brasileños, temerosos de la importante presencia alemana –y de sus eventuales planes expansionistas– en Río Grande del Sur.

Una vez más es poco lo que sabemos de los voluntarios latinoamericanos que lucharon a favor de las potencias centrales, salvo algunas referencias aisladas, destacadas por Olivier Compagnon (2011), como los venezolanos que lo hicieron del lado alemán o el caso del teniente coronel argentino Basilio Pertiné (1879-1963), futuro ministro de Guerra en 1936-1937, que se enroló en el ejército del káiser (Pertiné, 1919). Aunque necesarios, es muy probable que nuevos estudios sobre los voluntarios de la Gran Guerra no afecten la imagen de predominio aliadófilo que se tiene de este colectivo para el caso argentino. En el mismo sentido, deberíamos saber más sobre las condiciones de combate y mortalidad, ya que podría conjeturarse que, en función del tipo de unidades en las que eran reclutados, pero sobre todo por el tipo de motivaciones que los llevaban al campo de batalla, los voluntarios podrían haber tenido una incidencia mayor de bajas en combate.

Consideraciones finales

A pesar de la lejanía del frente de guerra y de su contribución estadísticamente marginal al conflicto, miles de habitantes de nuestro país se vieron afectados por la convocatoria a filas, hecho amplificado por el extraordinario peso de las comunidades europeas presentes en la Argentina. La movilización no solo afectó hondamente a quienes aceptaron el impuesto de sangre, sino también a aquellos que, al rechazarlo, rompieron con el marco jurídico y cultural de la patria de origen. De modo previsible, el dramatismo de esa decisión extrema fue mayor en quienes habían nacido en suelo europeo que en sus hijos argentinos. De manera evidente también, la decisión no solo involucró a los convocados, sino también a sus padres, sus hermanos, sus parejas, sus hijos, y sus allegados argentinos y extranjeros.

La Gran Guerra aparece así como un prisma privilegiado que permite iluminar aspectos clave de la Argentina.

En primer lugar, las tensiones producidas en los integrantes y en las instituciones de las comunidades migratorias, que salieron profundamente modificadas de la conflagración. La revitalización del tejido institucional (en la que tuvo un papel importante la creación de asociaciones de excombatientes, sobre las que no podemos detenernos

aquí, como la *Union Française des Anciens Combattants*, los *Reduci Italiani della Guerra Europea* o la alemana Cascos de Acero), contrapesada por la constante demanda de dinero para socorrer al país de origen y por las tensiones con las autoridades consulares; el aumento del prestigio ante las elites políticas e intelectuales argentinas, empañado por las disputas entre quienes aceptaron y quienes rechazaron el impuesto de sangre, entre otros aspectos, tuvieron efectos contradictorios y duraderos sobre las comunidades migratorias. Esos factores –sumados a los cambios no menos drásticos que experimentaron los flujos migratorios tras la conflagración– convierten al período 1914-1918 en un claro punto de inflexión de la historia de algunas comunidades migrantes de la Argentina, como la británica, la francesa y la alemana.

En segundo lugar, la partida de voluntarios, que participaron del conflicto por razones más propiamente ideológicas y no por adhesiones étnicas derivadas de su ascendencia migratoria, ilustra el alto impacto político y cultural que tuvo la guerra en la sociedad argentina. Su importancia no nace de su número sino de su naturaleza extrema –un caso límite en los términos de la microhistoria– que ilumina, por extensión, un contexto de movilizaciones, mediaciones y argumentos culturales e ideológicos mucho más amplio y significativo.

La intensidad de la movilización militar en el caso argentino permite reflexionar también sobre algunos de los alcances del concepto de cultura de guerra. (241) Como hemos visto, la mucho menor respuesta de los convocados en la muy lejana retaguardia rioplatense obedeció a múltiples factores que, en esencia, pueden reducirse a dos: por un lado, la imposibilidad de los estados europeos de aplicar la ley militar en un contexto extraterritorial, que transformó a la movilización legalmente obligatoria en un hecho sociológicamente casi voluntario y, por otro, el mayor o menor grado de integración de los migrantes y de sus hijos en la sociedad argentina o, dicho en otros términos, la menor o mayor distancia que los separaba del hecho nacional y de la cultura de origen. Los efectos diferenciales y combinados de ambos factores en la primera y en la segunda generación de migrantes, la ausencia de fuentes pertinentes que permitan cubrir con éxito el complejo conjunto de variables involucradas y la notable inconmensurabilidad de escalas entre el caso argentino y el escenario europeo (tanto en lo relativo a los horrores de la guerra como a la cantidad de personas involucradas y los mecanismos sociales, culturales y políticos de la movilización) otorgan a la presente reflexión un carácter en extremo conjetural no desprovisto, sin embargo, del interés inherente a la perspectiva comparada.

La respuesta a la convocatoria militar en un marco que dejaba

amplio margen para la decisión voluntaria de los movilizados sugiere, en primer término, que algunos de los elementos de la cultura de guerra (el odio al enemigo, el patriotismo defensivo y, sobre todo, el consentimiento de la violencia), o sus reconfiguraciones menos intensas, estuvieron también presentes en el contexto argentino, como lo testimonian –entre muchos otros registros– la vigencia de culturas patrióticas en torno al irredentismo de territorios perdidos en conflictos pasados, la existencia de asociaciones –como la francesa *Patrie*, creada en 1892– que bregaban por el cumplimiento de las obligaciones militares, y la liturgia patriótica común a las festividades de todas las comunidades migratorias. El alto rechazo al impuesto de sangre (desde la omisión en las listas hasta las más conscientes decisiones de la insumisión y la deserción) sugiere también que los elementos que constituyen la cultura de guerra no pueden explicar por sí solos la adhesión al combate si no se incorpora de modo significativo el papel desempeñado por la coacción del Estado. Ello no significa desde luego recaer en la tesis de la victimización de los combatientes (cuya superación es precisamente uno de los méritos del concepto de cultura de guerra), sino, más simplemente, recordar que las múltiples formas de coerción (desde la legal ejercida por el Estado hasta la coacción moral derivada de las relaciones sociales de pertenencia de las personas) formaron parte –acaso esencial– de la implantación de esa cultura. En este punto, la diferencia central entre los combatientes europeos y los que habían emigrado no radicó en que los primeros carecieran de valores disonantes con la cultura de guerra, sino más bien en la imposibilidad de hacerlos efectivos en contextos de relaciones sociales y presiones estatales que limitaban su alcance. Por último, las respuestas claramente diferenciales de británicos, italianos y franceses sugieren que la cultura de guerra se redefinió en sus componentes y delimitó espacios de aceptación y de rechazo a la movilización, lo que ratifica la necesidad de utilizar el concepto en plural y de no disociarlo de los mecanismos de coacción –legales y sociales– que la hicieron posible.

Las conjeturas precedentes ratifican asimismo la necesidad de nuevos estudios que aborden dimensiones tales como la trayectoria de combatientes e instituciones durante los procesos de fascistización de las comunidades europeas en el período de entreguerras, la movilización de migrantes y de voluntarios en defensa de la potencias centrales, los sentimientos generados por la guerra en los excombatientes y la difusión de una producción específica (desde la literatura de ficción a los relatos personales y autobiográficos) en la sociedad argentina. De manera más general, las configuraciones entre emigración y guerra del período 1914-1918 sugieren la necesidad de exploraciones comparativas con otros conflictos en los que se vieron

involucradas las comunidades migratorias de la Argentina, desde la guerra Franco-Prusiana de 1870 o la guerra de Cuba entre España y Estados Unidos en 1898 hasta las guerras del Estado de Israel (como la guerra de la independencia en 1948 y la de los Seis Días, en junio de 1967), pasando –entre otras– por la Segunda Guerra Mundial. En el mismo sentido, se destacan las diversas formas voluntarias de internacionalismo combatiente que –forzando deliberadamente las analogías– van desde el ciclo de las guerras de la Independencia, hasta la circulación de militantes revolucionarios en América Latina durante los años setenta, pasando por el decisivo episodio de la Guerra Civil Española.

Bibliografía

Boulanger, Philippe (2001), *La France devant la conscription. Géographie historique d'une institution républicaine 1914-1922*, París, Economica (ISC).

Bourlet, Pierre (2009), "Les volontaires latino-américains dans l'armée française pendant la Première Guerre Mondiale", *Revue Historique des Armées*, nº 255, pp. 68-78.

Compagnon, Olivier (2011), *Guerre mondiale et construction nationale. Argentins et Brésiliens face au suicide de l'Europe (1914-1939)*, París, Université de Paris I, Institut d'Histoire Pierre Renouvin. [Ed. cast.: *América Latina y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Crítica, 2014.]

De Soiza Reilly, Juan José (s. f.), *Hombres luminosos*, Buenos Aires, Vicente Matera.

Devoto, Fernando (2006), *Historia de la inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, Cámara de Comercio Italiana de la República Argentina.

Doron, Rafael (Buyanowsky) (2006), *Legionarios de Argentina. Voluntarios de la Argentina en la Primera Guerra Mundial. Vidas y relatos*, Buenos Aires, Fundación Internacional Rafael Wallenberg-Casa Argentina en Israel Tierra Santa. Disponible en <www.raoulwallenberg.net>; último acceso: 21/10/2014.

Douki, Caroline (2002), "Les emigrés face à la mobilisation militaire de l'Italie", *14-18 Aujourd'hui*, nº 5, pp. 159-180.

Duménil, Anne (2004), "Les combattans", en Stéphane Audoin-Rouzeau y Jean-Jacques Becker (dirs.), *Encyclopédie de la Grande Guerre, 1914-1918. Histoire et culture*, París, Bayard, pp. 321-338.

Dyer, Gwynne (2007), *Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente,* Barcelona, Belacqva.

Franzina, Emilio (2000), "La guerra lontana: il primo conflitto mondiale e gli italiani d'Argentina", *Estudios Migratorios Latinoamericanos,* CEMLA, nº 44, pp. 57-84.

Gómez Carillo, Enrique (1918), *La gesta de la Legión, los voluntarios españoles y latinoamericanos en la guerra*, Madrid, Librería Sucesores de Hernando.
Kinkelin, Emilio (1921), *Mis correspondencias a* La Nación *durante la guerra europea*, Buenos Aires, Guillermo Kraft.
Kružik, F. y otros (1976), *Le Brigate Internazionali. La solidarietà dei popoli con la Repubblica Spagnola, 1936-1939*, Milán, La Pietra.
Lorenz, Federico (1996), "La Gran Guerra vista por un argentino", *Todo es Historia*, nº 352, noviembre, pp. 48-65.
— (1998), "Voluntarios argentinos en la Gran Guerra", *Todo es Historia*, nº 373, agosto, pp. 72-91.
Newton, Ronald C. (1995), *El cuarto lado del triángulo. La "amenaza nazi" en la Argentina (1931-1947)*, Buenos Aires, Sudamericana.
Offenstadt, Nicolas, Philipp Olivera, Emmanuelle Picard y Frédéric Rousseau (2004), "À propos d'une notion récente: la 'culture de guerre'", en Frédéric Rousseau (dir.), *Guerres, paix et sociétés, 1911-1946*, Neuilly, Atlande, pp. 667-674.
Otero, Hernán (2009), *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana.
— (2012), *Historia de los franceses en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.
Payró, Roberto J. (2009), *Corresponsal de guerra. Cartas, diarios, relatos (1907-1922)*, Buenos Aires, Biblos.
Pertiné, Basilio (1919), *Algunos acontecimientos de la Gran Guerra, 1914-1918*, Buenos Aires, Talleres Gráficos G. Pesce.
Prost, Antoine y Jay M. Winter (2004), *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historio-graphie*, París, Seuil.
Rodríguez, Manuel (2010), *Les engagés volontaires latino-américains pendant la Grande Guerre. Profils de volontaires, raisons de l'engagement et représentations du conflit*, tesis de maestría en Historia, París, IEP.
Sux, Alejandro (1918), *Los voluntarios de la libertad. Contribución de los latinoamericanos a la causa de los Aliados*, París, Ediciones Literarias.
Tato, María Inés (2010), "La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno de la Primera Guerra Mundial", en María Inés Tato y Martín O. Castro (comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 33-63.
— (2011), "El llamado de la patria. Británicos e italianos residentes en la Argentina frente a la Primera Guerra Mundial", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, CEMLA, nº 71, julio-diciembre, pp. 273-292.

232. “Situation militaire des Français au Chili”, en Attachés militaires en Amerique du sud 1917-1921, 6 N 122, Service Historique de l’Armée de Terre (SHAT).

233. Para una síntesis de los debates actuales sobre el conflicto, véase Prost y Winter (2004).

234. La movilización política y cultural de la sociedad argentina es analizada, entre otros, por Tato (2010).

235. Sobre la aceptación de la violencia, véase Duménil (2004) y, en un plano más general, Dyer (2007).

236. Hemos analizado el caso francés en profundidad en Otero (2009; 2012).

237. La producción argentina incluye los trabajos de De Soiza Reilly (s. f.), Sux (1918) y Lorenz (1998). En la producción europea se destacan Gómez Carillo (1918), Bourlet (2009) y Rodríguez (2010).

238. Rapport nº 157 G, 14 de mayo de 1918, 7 nº 1731, SHAT.

239. De particular interés son los trabajos escritos a partir de esas experiencias: Kinkelin (1921) y Payró (2009). La figura de Kinkelin es analizada por Lorenz (1996).

240. Sobre este colectivo, que nucleaba a unos doscientos potenciales combatientes, de los cuales solo un cuarto logró cruzar el Atlántico con destino a Liverpool a fines de 1918, véase Doron (2006).

241. Sobre el concepto de cultura de guerra –propuesto por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker en 1994– véase Offenstadt y otros (2004).

CAPÍTULO 13

LA EXPERIENCIA DE GUERRA EN EL "TEATRO DE OPERACIONES" DEL OPERATIVO INDEPENDENCIA (TUCUMÁN, 1975-1977). SACRIFICIOS, DEUDAS Y COMPAÑERISMO EN EL MONTE TUCUMANO

Santiago Garaño

Introducción

Sobre la experiencia de militancia y represión política en los años setenta en la provincia de Tucumán se ha elaborado una extensa bibliografía. En primer lugar, desde el golpe de Estado de 1976 las autoridades militares produjeron una serie de libros que plasmaban su versión oficial sobre el Operativo Independencia (Comando en Jefe del Ejército, 1976; Gobierno de la Provincia de Tucumán, 1977; Famus, 1988). Dentro de estas fuentes, se destaca el manuscrito de Acdel Vilas, el primer comandante de dicho operativo, donde narra cómo se lo planeó y ejecutó (Vilas, 1977). Luego, discutiendo con este relato oficial, después del retorno de la democracia, se ha demostrado que el Operativo Independencia representó el inicio de una política institucional de desaparición forzada de personas (Conadep, 1985; Comisión Bicameral de la Provincia de Tucumán, 1991).

En tercer lugar, una serie de trabajos académicos y periodísticos han estudiado la movilización y radicalización políticas a partir del cierre de ingenios azucareros desde 1966 (Crenzel, 1997; Pucci, 2007; Ramírez, 2008) y las experiencias de guerrilla rural desarrolladas en esa provincia (Salas, 2003; Seoane, 2003; Pozzi, 2004; Gutman, 2010; Carnovale, 2011).

Desde un enfoque testimonial, una cuarta línea de trabajos ha incorporado una nueva dimensión de análisis: cómo aquella experiencia de militancia y represión fue vivida, sentida y es recordada por aquellos que la vivieron directamente. En particular, se destaca un libro con los testimonios del personal militar enviado al operativo represivo (Simeoni, 1985) y otros sobre las memorias de los

habitantes de la localidad de Santa Lucía, desde el cierre de su ingenio azucarero en 1967 hasta la instalación de una base militar durante la última dictadura (Mercado, 2005).

Un quinto conjunto de trabajos ha estudiado el fenómeno político y electoral del represor Antonio Domingo Bussi, elegido como gobernador en 1995, destacando que se trataba de una herencia de la cultura del terror y el disciplinamiento social impuesto durante la última dictadura, aunque recreado y potenciado en democracia (López Echagüe, 1991; Isla y Taylor, 1995; Crenzel, 2001).

Por último, distintos investigadores han destacado la relevancia que el Operativo Independencia tuvo en la configuración de la modalidad represiva que se extendería a todo el país luego del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 (Calveiro, 1998). En este marco, se demostró que operó como un laboratorio de aquellas prácticas represivas que la dictadura sistematizó un año después a escala nacional (Franco, 2012) y se destacó que contó con un amplio consenso social e ideológico por parte de distintos sectores de la sociedad civil (Izaguirre, 2004).

Por nuestra parte, este capítulo pretende dar un paso más en el análisis de la experiencia de represión política en el marco del Operativo Independencia. En este trabajo nos interesa preguntarnos cómo y por qué militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) primero y luego las autoridades militares construyeron el monte tucumano –un espacio relativamente periférico o marginal en la escena nacional– como el centro de su estrategia militante o represiva, respectivamente, hacia mediados de los años setenta. En especial, reconstruiremos el proceso histórico a través del cual el Ejército Argentino realizó una serie de puestas en escena del poder para demostrar que en el "teatro de operaciones" del Operativo Independencia se libraba una batalla fundamental en la llamada "lucha contra la subversión" y reafirmar el dominio estatal sobre ese espacio de fuerte conflictividad social, donde se había asentado un frente de guerrilla rural en 1974.

El monte como *teatro de la guerra revolucionaria* (242)

A comienzos de 1974, el PRT-ERP, una de las principales organizaciones revolucionarias en la Argentina, estableció un frente militar en el monte tucumano, la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez". (243) Era un hito en la historia de esta organización revolucionaria creada en 1965: luego del Cordobazo en mayo de 1969, había adoptado la lucha armada como estrategia para tomar el poder; en julio de 1970 había fundado el Ejército Revolucionario del Pueblo; y, casi cuatro años después, un frente de guerrilla rural. Según

explicaba la prensa partidaria, con la creación de la Compañía de Monte se iniciaba "un nuevo período en la guerra revolucionaria en nuestra patria" que, hasta ese momento, se había desarrollado en las ciudades argentinas: "La necesidad de dar un nuevo impulso a estas luchas" –sostenía *Estrella Roja*, el órgano partidario del ERP–, "que se adecuen a la actual situación plantea como objetivo inmediato la generalización de la guerra, *llevamos el teatro de las misma hasta las zonas rurales*, (244) que hasta el presente se habían mantenido al margen de la actividad militar". (245)

La creación de la Compañía de Monte se vinculaba con la caracterización por parte del PRT-ERP del proceso revolucionario como antiimperialista, socialista e ininterrumpido (e incluía objetivos agrarios), combinando la tradición maoísta, el legado guevariano y la experiencia vietnamita (Carnovale, 2011). Según *Estrella Roja*, la guerrilla rural tenía una "importancia fundamental" para la construcción de un "poderoso ejército revolucionario" y para la "aniquilación y derrota de las Fuerzas Armadas enemigas". (246) Ello así debido a que, según el imaginario partidario, la acumulación de fuerzas políticas y militares permitiría la progresiva transformación del *Ejército del Pueblo* en un verdadero *ejército popular*, incorporando a sus filas población de los territorios que funcionaban como *teatro de operaciones* y cuyo apoyo permitiría, según la fórmula de Mao Tse Tung, "moverse como pez en el agua" (Carnovale, 2011: 75). A su vez, se vinculaba con la concepción de que el inicio de la guerra revolucionaria en un país se extendería por todo el continente, hasta la derrota total y final del imperialismo. (247) Según*Estrella Roja*:

> A partir de ahora, uniéndose y complementándose las guerrillas urbanas y rurales avanzarán con una nueva dinámica hacia la formación de un poderoso Ejército Revolucionario del Pueblo capaz de enfrentar exitosamente en combates y batallas cada vez más importantes a las fuerzas represivas y apoyar firmemente con sus armas la constante y consecuente lucha del pueblo argentino por su liberación nacional y social. (248)

No era casual la elección de la zona sur de la provincia de Tucumán, próxima a los ingenios azucareros ubicados a lo largo de la ruta nacional nº 38. En parte, las consideraciones tenidas en cuenta habían sido geográficas: se asentó en la zona que va desde la ruta 38 –que atraviesa la llanura hacia el este–, entre la sierra del Aconquija y la llanura, en los departamentos de Monteros y Famaillá, hasta las estribaciones de los valles Calchaquíes, en cuyas laderas la vegetación espesa, las lluvias subtropicales, los desniveles del terreno y los cursos de agua brindaban una protección natural a los guerrilleros (Seoane, 2003: 241 y 242). A su vez, la zona presentaba condiciones aparentemente muy favorables: un monte impenetrable y abundante

agua, y al mismo tiempo alta densidad de población, pauperización y sobreexplotación de la mano de obra (Pozzi, 2004: 265).

Asimismo, según el imaginario partidario, la elección de este *teatro de operaciones* para la guerrilla rural también se sustentaba en razones políticas. Tucumán no solo era una de las provincias más densamente pobladas y más pobres del país, sino que el proletariado azucarero y el pueblo tucumano tenían una larga tradición de luchas políticas. Además, desde comienzos de los años sesenta, el PRT-ERP había desarrollado un trabajo político en todo el Noroeste argentino, sobre todo en la provincia de Tucumán. (249) Especialmente, hacia fines de 1966 y principios de 1967, el PRT buscó ganar adeptos cuando la conflictividad social en esa provincia recrudeció, a través de una activa movilización y protesta contra el cierre de ingenios azucareros durante la dictadura del general Juan Carlos Onganía. (250) Según el imaginario del PRT-ERP, en ese contexto se había producido un acontecimiento fundacional para adoptar la lucha armada como estrategia para la toma del poder. El 12 de enero de 1967, durante la represión a una masiva movilización convocada por la FOTIA en la localidad de Bella Vista, había sido asesinada la esposa de un obrero despedido del ingenio Santa Lucía, Hilda Guerrero de Molina. (251) "Cuenta la memoria militante que, al día siguiente, Mario Roberto Santucho, que había participado de la movilización junto a dirigentes, trabajadores y cesanteados del Ingenio San José, recibió reiterados pedidos de los obreros para que se consiguieran 'ametralladoras para la lucha a muerte contra la dictadura' " (Carnovale, 2011: 62).

El inicio del Operativo Independencia

Luego de las avanzadas represivas realizadas durante 1974, el 9 de febrero de 1975 las autoridades militares desplegaron un vasto operativo represivo para destruir a la Compañía de Monte. Con este fin, las Fuerzas Armadas (FF. AA.) fundaron un "teatro de operaciones" en la llamada "lucha contra la subversión", en la zona sur de la provincia de Tucumán. Días antes, el 5 de febrero, la presidenta constitucional María Estela Martínez de Perón había comunicado, a través de un decreto, que el "Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán". (252) Aunque se destacaba que "un total hermetismo rodea las acciones de las fuerzas de seguridad", el 11 de febrero de 1975 el diario de Tucumán *La Gaceta* anunciaba que "fuerzas conjuntas" habían iniciado "operaciones" en la "lucha antiguerrillera" en la zona "montañosa" del sur de la provincia de Tucumán, al frente de las cuales estaba el

general Acdel Eduardo Vilas, comandante de la V Brigada de Infantería del Ejército con asiento en Tucumán (Franco, 2012: 135).

Todavía no se hablaba de Operativo Independencia, nombre que se hizo público recién en septiembre de 1975, cuando el por ese entonces flamante comandante en jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla, revistó tropas acantonadas en Tucumán. El 11 de febrero, el comandante del III Cuerpo de Ejército, general Carlos Delia Larroca, en rueda de prensa, anunció el inicio del "Operativo Tucumán", utilizando el mismo nombre que había tenido el concebido por Onganía para cerrar once de los ingenios azucareros de esa provincia (Pucci, 2007: 341).

Si bien las intervenciones de las FF. AA. con carácter represivo ordenadas por el Poder Ejecutivo –o autorizadas por este– no eran una novedad en 1975, hasta ese momento habían tenido carácter preciso y no ofensivo. En cambio, este operativo represivo implicó la consagración formal del nuevo lugar para el Ejército Argentino en el escenario político, en un contexto de crisis gubernamental permanente que les había devuelto a las FF. AA. su capacidad de iniciativa y presión. (253)

Desde febrero de 1975, el operativo representó, por un lado, la creación de un "teatro de operaciones" en la llamada "lucha contra la subversión": se extendía desde el río Colorado en el norte, hasta el río Pueblo Viejo en el sur y cubría una superficie de treinta y cinco kilómetros (Vilas, 1977). A esto se sumó la movilización de miles de soldados, oficiales y suboficiales –tropas militares de las guarniciones dependientes del Comando de la V Brigada de Infantería que comprendía las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy– y la subordinación al Comando de la V Brigada por parte del personal de Gendarmería, Policía Federal y de la Provincia de Tucumán. Asimismo, supuso la participación del Ministerio de Bienestar Social y la Secretaría de Prensa y Difusión en tareas de "acción cívica" y "psicológica", coordinadas con el Estado Mayor del Ejército. De hecho, era la primera vez que los elementos programáticos de la doctrina "antisubversiva" –acción represiva, cívica y psicológica– aparecían dispuestos en un conjunto sistemático (Franco, 2012: 141).

El Puesto de Comando Táctico de Avanzada estaba en la ex Jefatura de Policía de la ciudad de Famaillá, la principal base militar –el Comando Operativo– estaba emplazado en Santa Lucía y se crearon varias fuerzas de tareas que se desplegaron en la zona boscosa del sudoeste tucumano (Vilas, 1977). El operativo constituyó el inicio de una nueva modalidad de represión política ejecutada de manera directa por las FF. AA. y también presentó una faceta oculta, secreta y clandestina: el inicio en Tucumán de una política institucional de desaparición forzada de miles de personas. Significó, además, la aparición de la institución ligada con esa modalidad represiva: los

centros clandestinos de detención. Sin embargo, como veremos a continuación, desde febrero de 1975 las autoridades militares erigieron el monte tucumano como centro de la estrategia represiva del poder militar, como aquel espacio donde se libraba una "batalla decisiva" contra la llamada "subversión".

La visita de los periodistas

En noviembre de 1975, a nueve meses del inicio del Operativo Independencia, las autoridades militares hicieron una fuerte acción de propaganda: invitaron a más de medio centenar de periodistas argentinos y extranjeros a visitar el "teatro de operaciones" del sur tucumano. La cobertura del canal 12 de Córdoba mostraba al cronista en un camión militar que ingresaba al monte tucumano por un camino de tierra muy angosto y rodeado de una tupida y exuberante vegetación. Mientras el vehículo avanzaba, el periodista explicaba que estaban acercándose "dificultosamente" a la zona donde operaban las Fuerzas de Tareas de la V Brigada de Infantería del Ejército. La adversidad del territorio parecía volverse una metáfora de los desafíos que esta lucha presentaba a las FF. AA.:

> **Aquí es muy difícil la lucha ya que a cada momento, a cada paso, puede aparecer el oponente. La vegetación es aquí frondosa. Nos encontramos prácticamente en la ladera de los cerros próximos a Famaillá y al ingenio La Fronterita, donde hace poco tuvo lugar un violento choque entre los delincuentes subversivos y las fuerzas de seguridad que están combatiendo la guerrilla. Acá la marcha se hace muy lentamente y con muchas precauciones. […] Aquí todos usan ropa militar y oscura para confundirse con la vegetación en esta lucha permanente contra un oponente que cambia de lugar día a día. Aquí están luchando contra los hijos de los obreros argentinos, de los profesionales, contra los hijos de los empleados, que están bajo bandera luchando contra los sediciosos a los que ayer la Cámara de Diputados de la Nación condenó y contra quien invitó a toda la población a sumarse a la lucha que está llevando a cabo el Ejército para terminar con este verdadero flagelo que es para los pobladores de Tucumán, la presencia de la sedición. (254)**

Mientras se veía a cuatro soldados armados y vestidos de fajina y con casco y las bolsas de arena ubicadas en la vereda de la vieja comisaría local convertida en el Comando Táctico, el periodista le contaba al público cordobés que estaban en la localidad de Famaillá, al sur de Tucumán, donde se había instalado bajo el mando del general Acdel Vilas, comandante de la V Brigada del Ejército y jefe del operativo: "Desde aquí –agregaba– se manejan las tropas en operaciones contra la subversión, contra la delincuencia subversiva cuyos brotes se encuentran apenas a diez kilómetros, en los cerros

próximos". Luego, en la plaza de esa localidad tucumana, el periodista destacaba que sus cinco mil habitantes "ya se han acostumbrado al trajinar de vehículos militares y siguen su vida normalmente". Y, frente a la Escuela General Lavalle (convertida en comisaría de la policía provincial), entrevistó a varios vecinos:

> Periodista: ¿Qué cree que está haciendo el ejército en los montes próximos?
> Vecino 1: Y bueno, el ejército está haciendo que el pueblo esté tranquilo, andemos todos tranquilos, en paz y queremos andar, trabajar, tranquilos, que nadie nos moleste.
> P: ¿Este es el criterio de todos los pobladores de la zona?
> V 1: Claro, todos los pobladores de la zona quieren andar tranquilos…
> P: ¿Y usted cree que la guerrilla está perturbando esa paz que ustedes necesitan?
> V 1: Sí.
> Vecino 2: Creo que la guerrilla está perturbando, sí.
> P: ¿Usted cree que el ejército podrá terminar pronto con este brote de subversión?
> V 2: Sí, señor.
> P: ¿Ese es el deseo además de ustedes?
> V 2: Sí, es el deseo nuestro y que se termine todo esto. Porque aquí nosotros somos una gente de trabajo, que no nos gusta molestar a nadie, ni que nadie nos moleste. Vivimos trabajando honestamente, somos hombres de hogares, padres de familia, y nos gusta estar tranquilos, bah, en una palabra. (255)

En otro fragmento del informe se podía ver, a la vera de una ruta donde el ejército hacía un control, una improvisada conferencia de prensa frente a varios periodistas, en la que el oficial Mario Benjamín Menéndez afirmó:

> Menéndez: Inicialmente se hacía mucha tarea de acción cívica. Ahora nuestra tarea se ha restringido, aunque es muy importante, al trabajo que nosotros le llamamos de asuntos civiles: detectar necesidades de la población, encauzarlas y hacer que los organismos del gobierno vayan tratando de satisfacerlas.
> Periodista 1: Por lo tanto entonces, ¿en el combate que usted mencionó como el combate de San Gabriel o de Acheral, la población prestó su colaboración al ejército por exclusivo patriotismo y simplemente por apoyo a la causa que se está llevando aquí?
> M: Por supuesto, por supuesto, porque la población realmente es una población que tiene un acendrado patriotismo.
> Periodista 2: ¿La actividad agrícola y la producción en general han tenido alguna variante con motivo de la presencia de los irregulares y del ejército?
> M: […] El año pasado […] esta zona se vio convulsionada por huelgas, y la posibilidad de lograr una cosecha récord en materia de azúcar se vio cortada. Tal es así que terminó la zafra habiendo dejado el 30% de la caña en pie, según datos oficiales, quizás un poco más. Este año, desde que se inició la zafra, son ciento sesenta días de zafra, absolutamente normal y sin interrupciones. Pese a los rendimientos que se observan en la caña en razón de las tremendas heladas que hubo este año, se llevan con respecto al año pasado, fabricadas casi cien mil toneladas de azúcar más de lo que se hizo el año pasado. Eso le da a usted un índice de la tranquilidad con que se vive y se trabaja en este momento, en esta zona. (256)

Como vemos en las declaraciones de Menéndez, el objetivo del operativo no solo había sido "aniquilar" a la Compañía de Monte, sino también disciplinar a la población del sur tucumano, una zona que tenía una larga tradición de luchas y resistencia. Gracias a la influencia de su secretario general, Atilio Santillán (257) y otros dirigentes, la FOTIA había adoptado una impronta clasista y combativa, distanciándose de la burocracia sindical que había hegemonizado la CGT Regional Tucumán, enfrentada con el gobernador peronista Amado Juri, un cañero fuerte, propietario de finca con varios miles de surcos de caña, opuesto a los intereses de los obreros del azúcar. El año anterior –en septiembre de 1974– la FOTIA había realizado una huelga general de dieciocho días que había paralizado casi todos los ingenios azucareros. (258) En ese marco, la zona sur tucumana se había convertido en el espacio de clandestinidad donde dirigentes, delegados de base y obreros sindicalizados realizaron asambleas, ollas populares, encuentros y movilizaciones para garantizar la huelga general, buscando eludir el cerco de la represión policial.

Frente a ese espacio de conflictividad política –luego del cierre de los ingenios azucareros– y de militancia secreta y clandestina de la guerrilla rural, el Operativo Independencia funcionó como una vía para articular un dominio efectivo en un espacio donde había habido un déficit de soberanía estatal, marcado por una disputa por el control territorial por parte del frente de guerrilla rural. En este sentido, las autoridades militares apelaron a una serie de estrategias para hacer una puesta en escena que permitiera reafirmar esa ficción constitutiva del Estado liberal moderno: la existencia de una única legalidad, de un único orden de derecho en el territorio estatal (Escolar, 2005: 72). Como veremos, el sur tucumano, lugar donde se instalaron los primeros centros clandestinos de detención del país, fue el campo de prueba de una nueva sociedad ordenada, controlada, disciplinada y aterrada.

La espectacularización de la violencia

Junto con esas puestas en escena de la faceta mostrable del ejercicio de la represión (y divulgada a través de los medios masivos de comunicación), el núcleo duro del poder represivo –esa faceta vergonzante, secreta y clandestina– desaparecía en los centros clandestinos de detención, una institución ensayada en el "teatro de operaciones" del sur tucumano (Calveiro, 1998).

Desde los inicios del Operativo Independencia, la prensa del PRT-ERP se convirtió en un activo denunciante del régimen de "terror" y "barbarie" impuesto contra el pueblo tucumano por el Ejército

Argentino, fundamentalmente en la zona sur de esa provincia. (259) A fines de marzo de 1975, desde las páginas de *Estrella Roja* se aseguraba que el "gigantesco operativo militar" montado por las "FF. AA. Contrarrevolucionarias", "destinado a lograr el aislamiento y posterior aniquilamiento de nuestra heroica Compañía de Monte" fracasaba. (260) Luego de reseñar que en la zona se habían producido tres "combates" y una "acción de propaganda sin enfrentamiento", destacaba que a partir del combate en Pueblo Viejo "la oficialidad contrarrevolucionaria ha renunciado a penetrar en el monte por temor a la guerrilla": "Desorientado y temeroso frente a la guerrilla y repudiado por la población, el Ejército Contrarrevolucionario ha caído en la pasividad y se limita a permanecer, a vegetar, en el teatro de operaciones". (261) Luego señalaban el fracaso del "plan de 'acción cívica' para ganarse su colaboración y apoyo" y denunciaban la "más despiadada represión contra el pueblo":

> Impotentes frente al aislamiento absoluto a que los somete la población con su silencio y desprecio por los repartos de mercaderías, el enemigo ya se ha quitado la careta del buen trato y se ha lanzado a una campaña de persecución e intimidación contra el pueblo. Decenas y decenas de obreros, campesinos, pobladores de la zona han sido encarcelados, amenazados de muerte, salvajemente torturados y apaleados. El enemigo ha publicado largas listas de detenidos, quienes en su absoluta mayoría no tienen nada que ver con la guerrilla. Centenares de allanamientos y requisas de las humildes viviendas de los trabajadores, todos los días. Gran despliegue de armamento de todo tipo, pesado y liviano ante las asombradas miradas de los vecinos. Bombardeos, morterazos, cañonazos, disparos a tontas y locas sobre el cerro, se proponen más asustar a la gente que hacer blanco en el lugar preciso donde pueda haber un campamento guerrillero. (262)

En otro artículo publicado a seis meses del inicio del operativo, la prensa del PRT-ERP denunciaba que la "barbarie represiva" en la provincia alcanzaba "el más alto grado" en la zona del operativo, "a lo largo y a lo ancho de la ruta 38 y de los cerros del Aconquija".

> Si bien el enemigo no ha implantado el toque de queda, este existe de hecho, ya que apenas oscurece, nadie puede circular por la calle sin riesgo de ser apresado o asesinado. […] Los vecinos temerosos no quieren salir.
> Pero donde el horror supera todos los límites, es el campo de concentración en que han convertido los militares a la Escuela nº 31 de Famaillá […]. Un prisionero, que recuperó su libertad, pudo contar cuál es la infrahumana condición de vida a que allí son sometidos los presos. Estos son alojados en carpas, esposados, con las manos en la espalda, los ojos vendados permanentemente, la boca sellada con cinta adhesiva, la cual solo es despegada hasta la mitad de la boca en los horarios de comer. Ni siquiera en las comidas les quitan las vendas de los ojos. Para evitar que los prisioneros se comuniquen entre sí, un soldado golpea permanentemente un plato para ensordecerlos mientras comen. Quien relató todo esto estuvo varios días colgado de los tobillos, solo lo bajaban para comer. Las carpas son alrededor de treinta y en cada una están

> alojados cuatro prisioneros.
> A lo largo de toda la zona del operativo, se suceden los más brutales actos de agresión contra la población. No se conoce el número de personas muertas a tiros por el enemigo, por no haber escuchado la voz de alto. Sobre los cañaverales realizan tiroteos sistemáticos e indiscriminados, los helicópteros llegan a posarse sobre las cañas para abrirlas y apenas notan un movimiento abren fuego.
> Un trabajador estaba cavando un pozo en el campo, cuando vio un helicóptero sobrevolando sobre su cabeza. Asustado, le hizo señas con la pala. Solo eso significó su muerte, ya que desde el helicóptero le dispararon asesinándolo.
> Periódicamente los militares toman los cementerios locales, esto hace suponer a la población que a las matanzas indiscriminadas se suceden los entierros ocultos a la opinión pública. (263)

Luego, revelaban que más de trescientas personas poblaban "las cárceles, las comisarías, la Escuela 31 de Famaillá", "en su gran medida humildes, trabajadores y campesinos sobre quienes pesa la sospecha de colaborar y ayudar a la Compañía de Monte". A su vez, hacían público que estos detenidos no solo eran "sometidos a condiciones infrahumanas de vida", sino que sufrían "las más viles vejaciones, las más brutales torturas, los más bárbaros atropellos".

De todas maneras, pocas posibilidades tenía el PRT-ERP para impugnar este relato oficial: hacía dos años que había sido declarado ilegal y se había prohibido a la prensa nacional incluso toda mención de su nombre. Dejando de lado el valor del relato partidario sobre esa experiencia, estas fuentes se vuelven centrales porque iluminan una dimensión del ejercicio del poder represivo. Según Rita Segato (2004), una de las estrategias del poder soberano para reproducirse como tal es divulgar y espectacularizar el hecho de que se encuentra más allá de la ley. Como el poder soberano no se afirma si no es capaz de sembrar el terror, esa exhibición dramatizada del poder de muerte cumple una *función de ejemplaridad* por medio de la cual se refuerza su poder disciplinador. En este sentido, Segato considera que su poder está condicionado a una exhibición pública y dramatizada de su capacidad de dominio: siempre está latente la posibilidad de aniquilamiento físico y moral del otro (Segato, 2004: 11-12). Este tipo de violencia presenta una dimensión expresiva antes que instrumental, cuyo fin es poner de manifiesto el control absoluto de una voluntad sobre otra, y del control legislador sobre un territorio y sobre el cuerpo del otro como anexo de ese territorio (Segato, 2004: 7).

Siguiendo esta línea, podemos considerar estos crímenes contra la población del sur tucumano como un mensaje, como un acto comunicativo que parece afirmar que su control sobre ese territorio –y su población– era total. La audiencia privilegiada de ese poder de muerte –de su voluntad soberana, arbitraria y discrecional– era la sociedad tucumana, víctima y espectadora del poder represivo y sus puestas en escena. En especial, como sostiene Pilar Calveiro (1998),

las víctimas casuales –quienes no tenían militancia política, sindical, estudiantil o guerrillera– cumplían un papel importante para la diseminación del terror: eran la prueba irrefutable de la arbitrariedad del sistema y de su verdadera omnipotencia y volvían incierta y generalizada la amenaza. "Es que además del objetivo político del exterminio de una fuerza de oposición, los militares buscaban la demostración de un *poder absoluto*, capaz de decidir sobre la vida y la muerte, de arraigar la certeza de que esta decisión es una función legítima del poder" (Calveiro, 1998: 50).

La divulgación de este tipo de crímenes pretendía ser un activo medio para la elaboración cultural del terror, que se volvió una poderosa herramienta de dominación y un medio fundamental para lograr el control masivo de la población (Taussig, 2006). Gracias a esa circulación del terror por todo el tejido social, este operativo ensayó una modalidad represiva que buscaba hacer desaparecer a los seres incómodos, conflictivos o molestos, díscolos (Calveiro, 1998: 13). Entonces, junto a la represión oculta, secreta y negada (que ocurría en los centros clandestinos de detención del sur tucumano), otra parte de esa represión se mostraba, se espectacularizaba, se escenificaba.

Navidad en el monte: una experiencia fundacional

En el marco de esta lucha por imponer una versión oficial sobre la marcha del Operativo Independencia, el 23 de diciembre, en la víspera de Nochebuena, las FF. AA. estrenaron en todos los canales de televisión un corto cinematográfico de cuatro minutos de duración; su difusión coincidió con el ataque al Arsenal de Monte Chingolo por parte del PRT-ERP. En ese contexto de violencia política, según el diario *La Opinión*, este corto mostraba el "mensaje navideño más patético que la Argentina conociera jamás":

> Soldados en marcha, pertrechados para el combate, se internan en la selva tucumana. Avances de infantería en un terreno de alta maleza dan paso a un corte de chicos alegres, corriendo en un parque de juegos. Rostros infantiles y de muertos pueblan de pronto la pantalla del televisor. La paternidad, condición de un soldado que lucha en la guerra contra la subversión, es el tema que enlaza la vida y la muerte. (264)

Para *La Opinión*, el mensaje era claro y contundente: "la violencia existe, y la guerra ya no es una referencia exótica, imputable al Sinaí, a Vietnam o al África". Según ese diario, se equivocaban quienes pensaban que los militares eran los únicos encargados de resolver un "problema puramente militar": "ningún argentino vive en la zona no afectada, porque la lucha trepida más acá de las trincheras y emboscadas. Así, por primera vez, el compromiso de la guerra se

generaliza difuminando la indiferencia".

En ese sentido, construían la figura del soldado conscripto (y además "padre de familia") que debía pasar la Navidad alejado de los suyos, debido a que había sido destinado al "frente, en la línea de fuego o en la trinchera" en pleno monte tucumano. Esta figura se volvía paradigmática a la hora de mostrar que todo el pueblo –y no solo sus FF. AA.– libraban la batalla contra la llamada "subversión". Junto con este corto de propaganda, en pleno monte tucumano se produjo otro hecho político: la visita del comandante en jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla, que ya había visitado la zona en otras oportunidades, y había decidido pasar Nochebuena junto a los soldados, suboficiales y oficiales destinados al Operativo Independencia. (265) Desde allí emitió un mensaje a todo el país:

> Soldados del Ejército Argentino: desde esta bendita tierra tucumana, testigo imperecedero de nuestra gesta emancipatoria y perenne eco del grito de la independencia, me dirijo a vosotros, en vísperas de la conmemoración del nacimiento de nuestro Redentor, para haceros llegar mi más fervoroso mensaje de felicidad y el íntimo anhelo de que la paz reine nuevamente en nuestros espíritus. Mientras la cristiandad festeja en familia la llegada del niño Dios, el Ejército Argentino en operaciones, aquí, en el corazón del monte tucumano, como en todo el ámbito del país, lucha armas en mano para lograr esa felicidad. (266)

En diálogo con el periodismo local y los enviados para cubrir la visita, ya en el helipuerto de Famaillá, Videla aseguró: "Los efectivos que luchan en las montañas de Tucumán […] son la expresión simbólica del Ejército en operaciones". (267) La revista *Gente* publicó un artículo sobre esta visita en la que el periodista destacaba que era la primera vez durante el siglo XX que el Ejército Argentino estaba "en guerra", aunque se trataba de una guerra no "convencional":

> No es una guerra franca y leal, donde el enemigo está enfrente, mostrando su cara, sus insignias, sus armas. Es una guerra donde el enemigo está escondido, agazapado en la sombra, diseminado por todo el país, esperando atacar por sorpresa objetivos militares o civiles. Aun en las guerras más encarnizadas del mundo, los bandos en lucha suelen pactar una tregua para Navidad. Pero esto no es posible frente a la subversión que marca –a pocas horas de la Nochebuena– sus crueles reglas del juego con el ataque al cuartel de Monte Chingolo y el atentado contra la casa del Dr. Balbín. […] Por eso, como un símbolo, el Gral. Videla está junto a sus hombres esta noche en el frente de Tucumán.

El relato periodístico de la revista *Gente* sobre la visita de Videla mostraba que la rutina bélica se mezclaba con los ánimos: "Nadie olvida que hoy es Nochebuena. Pero tampoco nadie olvida que están en un frente de batalla". Sin embargo, el autor aclaraba que, pese a que todos extrañaban a sus parientes, cada uno sentía que cumplía un

rol central: defender el “derecho a la paz” no solo de su propia familia sino de todas las familias argentinas. Luego, el cronista señalaba que había tenido el “privilegio” de ser el primer periodista recibido personalmente por Videla:

> –Gral. Videla, esta es la primera vez en lo que va del siglo que un comandante general del ejército pasa la Nochebuena junto a sus soldados en un frente de batalla. ¿Con qué animo lo ha hecho?
> –Yo me he constituido en la zona de operaciones de Tucumán con el objeto de señalar la presencia del Comando General del Ejército junto al personal que está aquí luchando contra la delincuencia subversiva. No lo hago por exclusividad, por cuanto todo el ejército está en operaciones, pero Tucumán para nosotros es un símbolo. Aquí se está construyendo la victoria final contra la delincuencia. Por eso ha sido nuestro mejor deseo testimoniar el reconocimiento del ejército a quienes luchan por esa victoria día a día. […]
> –¿Con qué espíritu encontró a los soldados que luchan en Tucumán?
> –No es común entre nosotros haber celebrado la Navidad en operaciones. Lo hacemos plenos de emoción, porque es precisamente una prueba de nuestra capacidad de servicio a la nación. He encontrado rotundo eco en la gente que está aquí, que no deja de pensar que es Navidad, que añora a sus seres queridos, pero arma el brazo y con la mirada atenta cumple abnegadamente con su misión, que es la de alcanzar la paz para todos.
> –¿Cuál es el compromiso del ejército para alcanzar esa paz?
> –Sin límite. El compromiso nuestro es de todo nuestro esfuerzo.
> –A la luz de los últimos acontecimientos pareciera ser que alcanzar esa paz puede ser algo doloroso.
> –Aun con el dolor, nuestro compromiso no tendrá límites. La entrega es total. (268)

Con la autorización de Videla, el periodista recorrió otros “destacamentos en operaciones” y pidió permiso para visitar el hospital, en cuya sala general estaba internada la mayoría de los soldados heridos. El autor describió que, mientras conversaba con Sebastián G, un soldado sanjuanino herido en una emboscada en el monte tucumano, pudo ver una carta escrita por su madre donde le pedía que “se cuide mucho”. “No te aflijas, pronto te van a dar la baja y vas a poder volver a ver a tu vieja”, le dijo el periodista. “No, señor, cuando me den la baja quisiera volver al monte para ayudar a que todo esto se acabe de una vez”, le contestó el soldado conscripto. “Pienso en mis dos hijos varones. Quizás cuando ellos tengan veinte años solo deban empuñar un arma para defender la paz”, concluía la primera parte de la nota. Así se mostraba cómo todo un pueblo estaba dispuesto –no simplemente obligado por la ley de servicio militar– a participar activamente, a “sacrificarse” en esta guerra “no convencional”.

La crónica del día 25 de diciembre comenzaba con una visita al Ingenio San Pablo, donde estaba instalado un grupo de Gendarmería de San Juan. En esa visita los periodistas fueron acompañados por

otros altos mandos militares:

> Quiero que en esta oportunidad –había afirmado Videla frente al grupo– la presencia del Comandante General en representación del ejército sea un estímulo para quienes no miden el sacrificio en el cumplimiento de su deber. Somos gente de vocación que hemos consagrado la vida al servicio de una función. El servicio no es para nosotros una obligación sino un gozo. Por ello, al margen de toda formalidad quiero saludar a cada uno de ustedes personalmente.

Según la crónica periodística, cuando Videla se retiró, un suboficial con casi treinta años de servicio le comentó al periodista: "Solo un viejo soldado como yo sabe el valor que tiene un gesto como este". Luego se dirigieron al destacamento "Aconquija", en la localidad de Santa Lucía, un "pueblo" que, según el periodista, había sido un "verdadero bastión de la subversión" y donde "llegaron incluso a desfilar con sus efectivos". "Las patrullas siguen abriendo sendas en el monte y la vigilancia es tan rígida como siempre", aseguraba el periodista. Sin embargo, en plena Navidad, el cronista mostraba que una vecina les había dado a los soldados un árbol de Navidad para que no les faltara "este símbolo de Navidad"; un oficial le había obsequiado a cada uno "paquetes con regalos", y habían compartido un asado con el jefe de la unidad, Miguel Alfredo Paz. Luego, describía a un soldado llamado Guido G. que entonaba "con voz melodiosa" una zamba a su familia y su novia que habían viajado desde San Miguel de Tucumán para acompañarlo:

> Guido canta feliz y todo el cuadro parece irreal; la tarde soleada, los cerros azules recortándose detrás, el grupo familiar y las canciones. Pero al lado de su guitarra descansa el arma del soldado Guido, y entonces uno vuelve a recordar esa palabra dura, triste, dolorosa: guerra. […] Pero cada oficial, cada suboficial, cada soldado está convencido [de] que detrás de su sacrificio está la victoria final y con ella la paz para todos. Una paz que, inexplicablemente, nos dejamos arrebatar los argentinos.

Escenas finales del Operativo Independencia

El 28 de diciembre de 1975, diez días después de haber asumido como comandante de la V Brigada de Infantería, Domingo Antonio Bussi, anunció que se iniciaban nuevas operaciones en la denominada "lucha contra la subversión". Ante una formación militar en la localidad de Santa Lucía, Bussi se dirigió a la tropa:

> **En vísperas de iniciar nuevas operaciones contra la delincuencia subversiva en derrota […] he sentido la necesidad de traer a ustedes […] la voz del Ejército, voz que no tiene sino palabras de reconocimiento a la sacrificada, a la abnegada tarea que realizan en estos montes y cerros tucumanos tan queridos a nuestros sentimientos argentinos. Solo quien haya vivido […] la**

experiencia personal de haber transitado por estos lugares puede dimensionar en su verdadero valor el sacrificio, el esfuerzo y –por qué no decirlo– el patriotismo de que hay que hacer gala para superar a la naturaleza que a la par de hermosa se muestra inhóspita. Pero aquí, hoy el Ejército, como ayer y como siempre, […] habrá de superar con creces a la naturaleza como ya venciera a la delincuencia subversiva. El Ejército […] se siente profundamente orgulloso de sus soldados y de la ciudadanía toda que nos observa y nos alienta […] para librar a la Argentina de hoy y de siempre de estos apátridas que han pretendido sentar sus dominios, nada más ni nada menos, que en la cuna de la independencia argentina. (269)

Ya en su asunción como comandante de la V Brigada del Ejército, en reemplazo del Gral. Acdel Vilas, Bussi había reconocido que se trataba de la "última etapa de la lucha". De todas maneras, destacaba que la "eliminación física de los últimos delincuentes subversivos que deambulan derrotados, por estos cerros y montes tucumanos, no será ni mucho menos, la solución a los graves problemas". Para Bussi el desafío era "apurarse" a realizar la tarea en la provincia y luego lograr el "saneamiento moral y físico total, y hasta las últimas consecuencias, de la república". (270)

En vísperas de cumplirse un año del inicio del Operativo Independencia, el 8 de febrero de 1976, se dio a conocer un comunicado donde se precisaban los "éxitos" y "logros" obtenidos en esta lucha. Entre ellos, se destacaba la "interrupción de la estrategia subversiva", las "importantes bajas al aparato paramilitar" y la destrucción del "aparato de apoyo" rural y urbano. Además, se enfatizaba que el Ejército había ganado la "adhesión" y "colaboración" de la población tucumana. Todos estos "logros" habían impedido que la guerrilla estableciera "zona dominada" en la provincia de Tucumán. (271)

El 24 de marzo de 1976, las FF. AA. derrocaron el gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón e iniciaron el autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional". Como gobernador de facto de la provincia de Tucumán nombraron al Gral. Bussi. El golpe de Estado significó la creación de un sistema nacional de desaparición forzada de personas, es decir, representó la extensión a todo el país de la modalidad de represión política de carácter clandestino, secreto e ilegal, ensayada en la provincia de Tucumán a partir del inicio del Operativo Independencia.

Sin embargo, durante todo el año 1976, el "monte" tucumano siguió siendo construido por el poder dictatorial como aquel "teatro" en que el Ejército Argentino libraba una "batalla decisiva" contra la llamada "subversión". De hecho, el 20 de junio el comandante del III Cuerpo de Ejército, Menéndez, presidió en Famaillá los actos de conmemoración del Día de la Bandera. En esa oportunidad, junto con Bussi, dialogaron con un periodista del diario *La Gaceta*, expresando la

centralidad que adquiría esa provincia para quienes estaban a cargo de la represión política:

> Periodista: ¿Qué significado tiene que el comandante del III Cuerpo de Ejército, con una amplia zona militar del país bajo su responsabilidad, esté en Tucumán presidiendo los actos del 20 de junio?
> Menéndez: Bueno, aparte de mi predilección por Tucumán, se debe a que las tropas nuestras están en campaña, ya que si bien en este momento hay combates en toda la república, es aquí donde se desarrollan los esfuerzos más serios, más permanentes, que reclaman mayor capacidad de los comandos y de las tropas y donde está sufriendo una serie de penurias y sacrificios. Mi obligación es tratar de acompañarlos, empezando por el general y terminando por el último soldado, a estos camaradas queridos que están desarrollando esa labor tan abnegada y eficaz.
> Bussi: Yo quiero agregar, por si algún delincuente subversivo lee estas líneas, que si estos canallas creen que matándonos un general nos van a hacer desistir están muy equivocados, porque hay cuarenta generales, quinientos coroneles y miles de soldados que va a dar sus vidas hasta acabar con el último de estos cobardes. Así es como la muerte de un amigo y camarada, lejos de doblegarnos, nos renueva nuestra firme decisión de no cejar hasta matar al último cobarde. (272)

Asimismo, durante el año 1976, visitaron la zona de operaciones delegaciones de artistas y deportistas (como el boxeador Carlos Monzón), estudiantes secundarios y universitarios, los ministros de Educación, de Economía y de Interior, el jefe del Estado Mayor del Ejército, Roberto Viola, y el vicario castrense; en todos los casos, recorrieron el "teatro de operaciones" y conversaron con la tropa sobre cómo era la lucha librada en el "monte" tucumano.

De todas maneras, la puesta en escena del final exitoso del Operativo Independencia se llevó a cabo el 24 de septiembre de 1976, a seis meses del golpe militar, y con motivo del aniversario de la batalla de Tucumán, Día del Ejército Argentino y de su Generala, la Virgen de la Merced. Esa fue una oportunidad elegida por las autoridades militares para escenificar la victoria contra la Compañía de Monte "Ramón Rosa Jiménez", el frente rural creado por el PRT-ERP en 1974. "Este 24 de septiembre, el ejército hará un alto en su lucha para rendir homenaje a sus héroes", había anunciado desde Córdoba el comandante del III Cuerpo de Ejército, Luciano Benjamín Menéndez. (273) Ese día, informó Menéndez, se entregaría una serie de medallas al personal que había participado del Operativo Independencia:

> [P]or primera vez –sostuvo Menéndez– después de sesenta años el Ejército Argentino volverá a dar medallas a sus mejores soldados. […] El Ejército Argentino invicto desde su nacimiento hace cien años […] hoy se encuentra operando en todo el ámbito del país contra la delincuencia subversiva y en todos los campos de la vida nacional donde la agresión extranjera así lo exige. Esta lucha ha originado situaciones [en] las cuales unidades o subunidades en

> conjunto o personal en forma individual, testimoniaron fehacientemente a través de actos heroicos la vigencia plena de las cualidades ético-militares heredadas de sus mayores y que la institución ha atesorado con celo en largos años. El ejército rendirá homenaje a sus héroes, héroes que se han evidenciado en sus cualidades de soldados y en su disposición para el sacrificio y el combate y que están quebrando la insolencia de la delincuencia subversiva. (274)

En ese acto se entregaron distintas “medallas de campaña” a las unidades militares dependientes de la V Brigada de Infantería y las medallas “muerto heroicamente en combate”, “heroico valor en combate” y “herido en combate” a oficiales, suboficiales y soldados que habían participado del Operativo Independencia. Por su parte, desde la casa de gobierno de Tucumán, el presidente de facto Videla emitió un mensaje trasmitido a todo el país por cadena nacional de radio y televisión:

> Cuando nacía la Patria y múltiples peligros acechaban su incipiente libertad, un puñado de hombres heroicos, dirigidos por Manuel Belgrano, libró en este suelo, el 24 de septiembre de 1812, una de las decisivas batallas de nuestra emancipación. Esa batalla puso de manifiesto ante el mundo una indómita voluntad nacional. Tucumán se llamó, desde entonces, la primera gran victoria de las armas nacionales. Hoy, una vez más, rendimos homenaje a los hombres que con su abnegación y valentía hicieron posible ese triunfo y recordamos emocionadamente a aquel arquetipo de virtudes civiles y militares que fue Manuel Belgrano. […]
> La Patria […] es la misma Patria que las FF. AA. y de Seguridad, que son el pueblo argentino en armas, están defendiendo con su sangre y coraje. En Tucumán, precisamente, la subversión concentró sus máximos esfuerzos para desintegrar el territorio nacional e implantar su ley de odio y terror. Y el pueblo de la provincia, heredero de las glorias de su pasado, una vez más, ha brindado su apoyo incondicional a las FF. AA., que en todo el país están logrando la victoria ya próxima. (275)

En este sentido, Videla sentenció:

> La esperanza ha renacido en la Argentina y empezamos a construir la paz. Su corolario […] será la seguridad, es decir, la fundación de un orden justo para todos, sin excepciones. […] la guerrilla ha dejado de ser una alternativa en la Argentina, porque está quebrada en su capacidad operacional y aislada de la población. (276)

Conclusiones

Anteriormente sostuve que, desde el inicio del Operativo Independencia, las FF. AA. desplegaron una serie de puestas en escena de una guerra no convencional y un conjunto de imágenes muy caras al imaginario bélico y nacionalista: la movilización de miles de soldados, convertidos en protagonistas de la lucha; la apelación a los

valores morales del “sacrificio” de la vida, el “heroísmo”, la “lealtad” y el “valor”; la continuidad entre la gesta de la “independencia” en el siglo XIX y la “lucha contra la subversión”; etc. Siguiendo esta línea interpretativa, sostuve que dichas puestas en escena, realizadas en ese “teatro de operaciones”, se revelaron como la escenografía más propicia para ocultar que, tras las bambalinas, se estaba exterminando y desapareciendo a miles de tucumanos (Garaño, 2011a).

En este trabajo, me interesa proponer otra lectura sobre la centralidad que adquirió el monte tucumano para el imaginario represivo de las FF. AA., a partir del inicio del Operativo Independencia. Este operativo supuso la movilización de miles de soldados, oficiales y suboficiales de todas partes del país, que cumplían misiones de cuarenta y cinco días en el monte y luego regresaban ese mismo período de tiempo a su destino original. Por lo tanto, desde febrero de 1975 la mayoría del personal militar del Ejército Argentino y de los soldados que cumplían el servicio militar obligatorio fueron enviados al “teatro de operaciones” del sudoeste tucumano.

Esta estrategia de rotar el personal militar tuvo varias implicancias. En principio, se buscaba generar cierto compromiso –mediante la participación directa– con la lucha por parte no solo de oficiales y suboficiales, sino también de los soldados que cumplían con el servicio militar. En este sentido, las autoridades castrenses libraban una batalla en el plano bélico, pero además luchaban por ganar la adhesión del conjunto de los soldados y de la sociedad argentina en general. Por lo tanto, para el Ejército Argentino la gran apuesta era que todo el personal militar –soldados incluidos– asumiera una “militancia integral” en el marco de la denominada “lucha contra la subversión”.

Al mismo tiempo, esta experiencia bélica durante el Operativo Independencia estuvo marcada por un fuerte “compañerismo”, fruto de la convivencia prolongada en el monte durante cuarenta y cinco días en condiciones muy adversas, en plena selva tucumana, donde incluso se suspendían algunas jerarquías que organizaban la vida militar en los cuarteles. A esto se sumaba que, durante las misiones, la posibilidad de morir –y matar– se convirtió en una experiencia concreta, real y omnipresente. Esto generaba en el personal una incertidumbre sobre el destino individual y colectivo: en cualquier momento podía ocurrir cualquier cosa y el riesgo de morir era permanente. Este conjunto de factores propiciaron que se tejieran fuertes lazos de camaradería entre soldados, suboficiales y oficiales enviados al “teatro de operaciones” del sur tucumano. Por lo tanto, esa experiencia bélica presentó una doble faceta: represiva, violenta y disciplinante, pero, al mismo tiempo, productiva en relaciones sociales, emociones y sentimientos, formadora de estrechos vínculos

de compañerismo y lazos grupales de lealtad muy fuertes. (277)

Esta experiencia bélica, fundada en el mandato del "sacrificio" de la propia vida, no solo cimentaba lazos de "compañerismo" sino que creaba deudas y obligaciones. La teoría antropológica sobre la reciprocidad, especialmente en autores como Marcel Mauss y Maurice Godelier, nos brinda claves para analizar el valor moral que las autoridades militares alentaron en relación con los soldados conscriptos: "dar la vida", "sacrificarse". (278) Desde el inicio del Operativo Independencia, las autoridades militares alentaron un mandato de sacrificio de la propia vida. Este mandato se conceptualizaba como una actitud de "abnegación", de "renuncia", "desinteresada", cuyo destinatario era la "Patria" (como entidad impersonal) y representaba asumir un comportamiento "leal" a "la Nación, el Ejército, a la Unidad, a los superiores, a los camaradas, y a los subordinados". De todas maneras, ya hacia mediados de 1975, en el discurso militar se empieza a realizar un desplazamiento: desde una concepción según la cual el beneficiario del sacrificio era una entidad abstracta e impersonal (la Nación amenazada, la "Patria") a una cuyos receptores eran los "compañeros caídos", un conjunto de seres concretos, de carne y hueso (en algunos casos, conocidos cara a cara). Es decir, aparece el tópico según el cual se trata de un donante (un soldado, oficial o suboficial) que había realizado el máximo sacrificio (ofrendar su vida) y cuyos donatarios habían sido no solo la "Patria" o la "Nación", sino también sus compañeros de armas.

Marcel Mauss (1971) estudia cuáles son los mecanismos, las normas de derecho y de interés que obligan al donatario a devolver los dones recibidos. (279) Según Mauss, no son los individuos sino las colectividades las que hacen regalos, ofrendas, sacrificios y, por lo tanto, se obligan mutuamente. En este sentido, se trata de prestaciones y contraprestaciones que se realizan entre personas morales y cuya finalidad es moral (Mauss, 1971: 159-160). Y muestra que los dones se presentan bajo la forma de regalos aparentemente voluntarios, libres y gratuitos cuando, en realidad, son rigurosamente obligatorios (Mauss, 1971: 157). En este sentido, en el seno de las formas más diversas de intercambio, Mauss destaca la existencia de una misma fuerza que encarna en tres obligaciones distintas, aunque encadenadas entre sí: la obligación de dar, la de recibir y la de devolver (Godelier, 1998: 24). Mauss (1971: 255) postula que: "El dar es signo de superioridad, de ser más, de estar más alto, de *magister*; aceptar sin devolver más es subordinarse, transformarse en cliente y servidor, hacerse pequeño, elegir lo más abajo (*minister*)". Por tanto, no se tiene derecho a rechazar un don; incluso, cuando se lo acepta, ya se sabe que se queda obligado con aquel donante, en deuda: "Más que beneficiarse de una cosa o una fiesta, se acepta un desafío y se acepta porque se está con

la certeza de poder devolverlo y de demostrar que no se es desigual" (Mauss, 1971: 209). De esta manera, se crea una cadena interrumpida de asociados, que están obligados a dar otro don equivalente al que han recibido, bajo pena de perder su prestigio, su reputación, su honor, su autoridad, su *mana* (Mauss, 1971: 164). Así se forma una comunión y una alianza indisoluble entre el donante y el donatario, que quedan continuamente implicados, sintiendo que se deben todo.

Podemos pensar que esos actos sacrificiales realizados en el monte tucumano –inscriptos, a su vez, en una cadena de prestaciones y contraprestaciones entre "compañeros"– no eran ni libres ni desinteresados; tenían la fuerza imperativa de la obligación. Y, a su vez, creaban –y cimentaban– fuertes vínculos de "compañerismo", potenciando el tipo de lazos que se propiciaban al compartir la experiencia bélica en dicho "teatro de operaciones". Como hemos visto a lo largo de este trabajo, las FF. AA. permanentemente alentaron el mandato del sacrificio de la propia vida, aunque la fuerza emocional y moral de este mandato se acrecentaba con la ilustración de la acción concreta de distintos oficiales, suboficiales y soldados de carne y hueso que habían realizado el máximo "sacrificio": "dar su vida". Estas acciones heroicas –estas máximas ofrendas o dones– funcionaban creando obligaciones y deudas entre los "compañeros" de armas. Al haber dado su vida, las víctimas sacrificiales no solo obligaban a sus compañeros a convertirse en los receptores de ese don, sino también a estar dispuestos a realizar los máximos actos de "entrega".

Es en este sentido que, para las FF. AA., el "monte tucumano" se convertía en el "teatro" donde se habían realizado "sacrificios" que se volvieron "fundacionales" en la llamada "lucha contra la subversión". Luego del golpe de Estado de 1976, estos "sacrificios" obligaban a su vez a otros oficiales, suboficiales y soldados a estar dispuestos no solo a comprometerse activamente con esta lucha, sino a matar y morir en los nuevos "teatros de operaciones" a lo largo de todo el país.

Bibliografía

Calveiro, Pilar (1998), *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue.

Carnovale, Vera (2011), *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Comando en Jefe del Ejército (1976), *El Ejército de hoy (Páginas para su historia). Homenaje del Círculo Militar a los camaradas caídos en la Lucha contra la Subversión*, Buenos Aires, Círculo Militar.

Comisión Bicameral de la Provincia de Tucumán (1991), *Informe de la Comisión Bicameral Investigadora de las violaciones a los Derechos*

Humanos en la Provincia de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
Conadep (1985), *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Eudeba.
Crenzel, Emilio (1997), *El Tucumanazo*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
— (2001), *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*, San Miguel de Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
— (2010), "El Operativo Independencia en Tucumán", en Fabiola Orquera (ed.), *Ese ardiente Jardín de la República. Formación y desarticulación de un "campo" cultural: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción.
Escolar, Diego (2005), "La soberanía en el campo. Poder, etnografía y secreto en los Andes Sanjuaninos", en Guillermo Wilde y Pablo Javier Schamber (comps.), *Historia, poder y discursos*, Buenos Aires, Paradigma Indicial SB.
Famus (1988), *Operación Independencia*, Buenos Aires, Famus.
Foucault, Michel (1980), "Curso del 14 de enero de 1976", en *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
Franco, Marina (2012), *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
Garaño, Santiago (2011a), "Entre héroes y traidores. Sentidos militares y militantes acerca del rol de los conscriptos en los años 70", *Cuadernos de Antropología Social*, nº 33, pp. 93-110.
— (2011b), "El monte tucumano como 'teatro de operaciones': las puestas en escena del poder durante el Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en <www.nuevomundo.revues.org>; último acceso: 22/10/2014.
Gobierno de la Provincia de Tucumán (1977), *Tucumán, cuna de la independencia, sepulcro de la subversión*, San Miguel de Tucumán, Poder Ejecutivo de la Provincia de Tucumán.
Godelier, Maurice (1998), *El enigma del don*, Barcelona, Paidós.
Gutman, Daniel (2010), *Sangre en el monte. La increíble aventura del ERP en los cerros tucumanos*, Buenos Aires, Sudamericana.
Isla, Alejandro y Julie Taylor (1995), "Terror e identidad en los Andes. El caso del noroeste argentino", *Andina*, nº 2, pp. 311-341.
Izaguirre, Inés (2004), "Los primeros pasos de la represión. A casi treinta años del Operativo Independencia", *Puentes*, nº 1, pp. 50-56.
Longoni, Ana (2007), *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma.
López Echagüe, Hernán (1991), *El enigma del general Bussi. De la Operación Independencia al Operativo Retorno*, Buenos Aires, Sudamericana.

Mauss, Marcel (1971), "Ensayo sobre los dones, motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", en *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos.
Mercado, Lucía (2005), *Santa Lucía de Tucumán. La Base*, Buenos Aires, ed. de la autora.
Pita, María Victoria (2010), *Formas de vivir y formas de morir. El activismo contra la violencia policial*, Buenos Aires, CELS-Editores del Puerto.
Pozzi, Pablo (2004), *"Por las sendas argentinas…" El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Buenos Aires, Imago Mundi.
Pucci, Roberto (2007), *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*, Buenos Aires, Ediciones del Pago Chico.
Ramírez, Ana Julia (2008), "Tucumán 1965-1969: movimiento azucarero y radicalización política", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en <www.nuevomundo.revues.org> último acceso: 22/10/2014.
Salas, Ernesto (2003), *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos.
Sarrabayrouse Oliveira, María José (2008), *Etnografía de las prácticas y procedimientos en la justicia penal durante la última dictadura militar (1976-1983)*, tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, mimeo.
Segato, Rita Laura (2004), *"Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*", Brasilia, Departamento de Antropología, Universidade de Brasília, Serie Antropológica.
Seoane, María (2003), *Todo o nada. La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho, el jefe guerrillero de los años setenta*, Buenos Aires, Sudamericana.
Simeoni, Héctor (1985), *¡Aniquilen al ERP! La "guerra sucia" en el monte tucumano*, Buenos Aires, Cosmos.
Taire, Marcos (2008), *El último grito. 1974: Crónica de la huelga de los obreros azucareros tucumanos de la FOTIA*, Buenos Aires, Ediciones del Pago Chico.
Taussig, Michael (2006), "Culture of Terror-Space of Death. Roger Casement's Putumayo Report and the Explanation of Torture", en Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois (eds.), *Violence in War and Peace*, Singapur, Blackwell.
Vilas, Acdel (1977), *Tucumán: el hecho histórico. El plan táctico que posibilitó la victoria contra el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en 1975*, mimeo.
Villareal, Juan (1985), "Los hilos sociales del poder", en Eduardo Jozami, Pedro Paz y Juan Villarreal (comps.), *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social. 1976-1983*, Buenos

Aires, Siglo XXI.

242. Las comillas dobles corresponden a los términos que utilizaba el personal militar, mientras la letra cursiva se reserva para las categorías usadas por los militantes de organizaciones armadas.

243. Luego de la acción armada –que consistió en la toma del pueblo Acheral, en el sur tucumano–, el PRT-ERP bautizó a la Compañía de Monte con el nombre de Ramón Rosa Jiménez, un militante del partido nacido en esa zona de los ingenios azucareros. Según el periódico Estrella Roja, Jiménez había integrado "las primeras unidades de nuestro Ejército Obrero tucumano" y habiendo "sufrido en carne propia las injusticias del régimen, abrazó la causa de la revolución dedicando a ella su vida". Según la prensa partidaria, había sido detenido en Tucumán en 1971, luego de una "expropiación" al Banco Comercial del Norte y había logrado fugarse del penal de Villa Urquiza junto con otros presos políticos: "Recuperada su libertad, se reintegró activamente a la lucha revolucionaria. Detenido nuevamente, fue muerto a golpes por la policía tucumana" (Estrella Roja, publicado en versión facsimilar por el diario Infobae, nº 25, pp. 9 y 10).

244. El destacado me pertenece. Ibíd., pp. 2 y 3.

245. Ibíd., pp. 9 y 10.

246. Ibíd., pp. 1 y 2.

247. Ibíd.

248. Estrella Roja, publicado en versión facsimilar por el diario Infobae, nº 25, pp. 1 y 2.

249. Como resultado de este trabajo político, hacia fines de los años sesenta y principios de los setenta se habían incorporado al PRT algunos dirigentes del gremio más importante de la provincia, la Federación Obrera de la Industria Azucarera (FOTIA).

250. Frente al llamado "problema tucumano", el 21 de agosto de 1966 el ministro de Economía de Onganía, Jorge Néstor Salimei, anunció la intervención, desmantelamiento y cierre inmediato de siete ingenios. Esa fue la punta de lanza de una serie de medidas conocidas como "Operativo Tucumán", cuyo objetivo declarado era la racionalización y diversificación de la industria tucumana. Sin embargo, como consecuencia del cierre de los ingenios, se disparó la desocupación y se produjo un masivo proceso migratorio (cerca de doscientas mil personas abandonaron la provincia, sobre un total de setecientos cincuenta mil habitantes). Véase Ramírez (2008: 16).

251. Sobre este acontecimiento, véase Mercado (2005).

252. Decreto del Poder Ejecutivo Nacional nº 261, fechado el 5/2/1975. Disponible en <www.nuncamas.org>; último acceso: 22/10/2014. Según detalla Marina Franco (2012:135): "El decreto 261 no figura en el BO [Boletín Oficial] ni en los ADLA [Anales de Legislación Argentina], aunque hoy su contenido preciso es totalmente conocido […]. En su momento fue divulgado de manera vaga por el diario La Opinión y días después por el resto de la prensa cuando comenzaron las acciones militares y los comunicados oficiales".

253. De hecho, este decreto era punta de lanza de una serie de disposiciones estatales que durante 1975 se orientarían a fijar nuevos mecanismos operacionales, al formalizar la utilización del Ejército Argentino en acciones represivas. Véase

Franco (2012: 136).

254. Archivo fílmico canal 12, 31/10/1975, DVDH0394T0878-N16, Centro de Conservación y Documentación Audiovisual, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

255. Archivo fílmico canal 12, 31/10/1975, DVDH0394T0878-N16, Centro de Conservación y Documentación Audiovisual, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

256. Ibíd.

257. Santillán era un dirigente sindical proveniente del Sindicato de Obreros de Fábrica y Surco del Ingenio Bella Vista. Con 28 años fue elegido secretario general de la FOTIA en 1964, como sucesor de Arnaldo Aparicio, del sindicato del Ingenio La Fronterita. Había sido dirigente durante la gran crisis de la industria azucarera que culminó con el cierre de decenas de ingenios azucareros a partir de 1966 y, con el retorno de la democracia en 1973, había sido elegido nuevamente secretario general (Taire, 2008: 21).

258. Pese a la gran movilización, la fuerte presión por parte del gobierno nacional y provincial, de la CGT y las 62 Organizaciones y el cerco represivo se volvieron asfixiantes. Por lo tanto, la huelga fue levantada el 28 de septiembre, con la promesa de los máximos dirigentes de la CGT nacional y de las 62 Organizaciones de acompañar en las negociaciones para lograr las reivindicaciones de los trabajadores azucareros. Una semana después de normalizada la zafra, el Ministerio de Trabajo les devolvió la personería, reasumieron sus autoridades y, tras largas negociaciones, el 12 de noviembre obtuvieron un aumento para los trabajadores azucareros. Véase Taire (2008: 141 y 139).

259. Estrella Roja, nº 71, 14/3/1976, p. 5.

260. Estrella Roja, nº 51, 31/3/1975, p. 10.

261. Ibíd.

262. Estrella Roja, nº 44, 24/3/1975, sin número de página.

263. El Combatiente, nº 173, 2/7/1975, p. 6.

264. Diario La Opinión, 4/1/1976, p. 9.

265. Lo acompañaron el comandante del III Cuerpo del Ejército, Luciano Benjamín Menéndez, el secretario general del Comando, general Orlando René Azpiarte, el director de Institutos Militares, general Santiago Omar Riveros y el jefe de Operaciones del Comando, general Leopoldo Fortunato Galtieri.

266. La Gaceta, 27/12/1975, tapa.

267. Ibíd.

268. Gente, último número de 1975, pp. 6-9.

269. La Gaceta, 29/12/1975, tapa y p. 2.

270. Ibíd, tapa.

271. La Gaceta, 9/2/1976.

272. La Gaceta, 21/6/1976, tapa.

273. La Gaceta, 22/9/1976, tapa.

274. Ibíd, tapa.

275. La Opinión, 25/9/1976, p. 11.

276. Ibíd, tapa.

277. Sobre la doble faceta del poder, véanse Foucault (1980) y Villareal (1985).

278. Para pensar cómo se crearon relaciones entre los soldados, oficiales y suboficiales, este trabajo se encuadra en aquellas investigaciones que han estudiado de qué manera las deudas o los intercambios de dones fundan relaciones sociales entre personas morales y grupos sociales Véanse Sarrabayrouse Oliveira (2008) y Pita (2010). Incluso pueden mover a realizar los más grandes sacrificios, véase Longoni (2007).

279. Si bien se centra en observaciones de sociedades ágrafas, Mauss cierra su trabajo planteando que es posible extender sus conclusiones a nuestra propia sociedad, occidental y moderna: “Una parte importante de nuestra moral y de nuestra vida se ha estacionado en esa misma atmósfera, mezcla de dones, de obligaciones y de libertad. Felizmente no está todo clasificado en términos de compra y venta. […] Tenemos otras morales además de la del mercader” (Mauss, 1971: 246).

CAPÍTULO 14

LA GUERRA LEJOS DE LAS TRINCHERAS. EXPERIENCIAS E IDENTIDADES DE LOS INTEGRANTES DEL APOSTADERO NAVAL MALVINAS EN EL CONFLICTO DEL ATLÁNTICO SUR

Andrea Belén Rodríguez

La guerra de Malvinas fue el único conflicto bélico internacional protagonizado por la Argentina en el siglo XX. La contienda entre las tropas inglesas y argentinas por las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur fue breve: se extendió desde el 2 de abril al 14 de junio de 1982. Anclada en una reivindicación histórica nacional –cuyos orígenes se remontan a 1833, cuando Gran Bretaña tomó las islas por la fuerza en un acto ilegal–, la guerra fue llevada a cabo por la dictadura militar más sangrienta de la historia argentina, que se encontraba en el poder desde 1976. En un contexto de fuerte crisis del régimen, luego de seis años de gobierno, la Junta Militar pretendió, por el mismo golpe de mano, recuperar las islas –un viejo anhelo de la sociedad argentina en general y de las Fuerzas Armadas (FF. AA.) en particular– al tiempo que recuperaba el apoyo popular. En definitiva, las FF. AA. condujeron a una guerra que estuvo plagada de irregularidades e improvisaciones, y finalizó con la rendición argentina y más de novecientos muertos y mil ochocientos heridos de ambos países.

Ahora bien, para quienes estuvieron en las islas, la guerra de Malvinas fue mucho más que una estrategia política o un conteo de bajas. Para ellos, la guerra consistió principalmente en los setenta y cuatro días que estuvieron en las islas, combatiendo o cumpliendo diversas misiones, en los que la posibilidad de matar y/o morir estuvo presente de manera constante. Concretamente, para la gran mayoría de los soldados que fueron a Malvinas –conscriptos de ejército que permanecieron en el frente de batalla–, la guerra fue el tiempo que estuvieron viviendo en pozos de zorro junto a sus compañeros, con

quienes configuraron una particular relación de amistad al compartir la cotidianeidad en ese espacio reducido bajo condiciones extremas y ante las más crudas dificultades.

De hecho, sus vivencias en las trincheras fueron las que más se difundieron en la posguerra –a través de relatos en los medios de comunicación, de la publicación de libros testimoniales, obras literarias y películas–, (280) e impactaron fuertemente en la opinión pública, construyendo una memoria del conflicto que priorizaba las experiencias en el frente de batalla. Pero estas no fueron las únicas guerras que se pelearon en Malvinas: también existieron las contiendas logísticas y en la retaguardia, que tuvieron características particulares y bien diferentes a las del frente.

En el presente capítulo abordaremos algunas de esas guerras que se vivieron lejos de las trincheras. Se trata de las experiencias de los soldados, suboficiales y oficiales integrantes de una unidad de la Armada que fue constituida específicamente para el conflicto: el Apostadero Naval Malvinas. A lo largo del trabajo, analizaremos las vivencias de sus miembros, haciendo hincapié en aquellos elementos que marcaron la cotidianeidad del grupo y condujeron a la construcción de una identidad colectiva, que –resignificada y reconfigurada– continúa hasta el presente. Así, reconstruiremos la "guerra del Apostadero", teniendo en cuenta diversas variables que la caracterizan y la diferencian de las vivencias del frente de batalla, tales como su particular organización del tiempo y el espacio, las prácticas que desarrollaron, el acceso y distribución de recursos y las relaciones interpersonales que configuraron.

La investigación pretende ser un aporte a la historia social y cultural del conflicto, al análisis de las formas en que fue "vivido, conceptualizado e imaginado" (Winter y Prost, 2008: 6) por los sujetos en guerra, perspectiva que continúa siendo una cuenta pendiente en los estudios sobre Malvinas, ya que la gran cantidad de bibliografía existente sobre el conflicto, escrita en el género testimonial, las relaciones internacionales o la historiografía militar, contrasta con las escasas investigaciones que trabajan a partir del análisis de las experiencias de los actores. (281)

Con el objeto de abordar la guerra desde la perspectiva de los sujetos, recabamos veintisiete testimonios de los integrantes del apostadero, mediante entrevistas semiestructuradas realizadas en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Bahía Blanca y Punta Alta entre 2007 y 2012. Asimismo, tuvimos en cuenta las obras testimoniales publicadas por algunos miembros de la unidad, así como elementos de sus repositorios personales: cartas, aerogramas, fotografías, entre otros. También consultamos documentos de la Armada referentes al apostadero (aunque limitados, porque la documentación militar sobre

la guerra se halla aún clasificada), así como informes oficiales del conflicto, para no perder la mirada de conjunto.

2 de abril. El origen

El 2 de abril de 1982 tropas argentinas desembarcaron en las islas Malvinas, bajo la mirada atónita pero también eufórica de gran parte de la sociedad, que inmediatamente respaldó la iniciativa. En un marco de fervor patriótico y de gran movilización, el presidente, general (282) Leopoldo Galtieri, comunicó a la población: “Hemos recuperado, salvaguardando el honor nacional, sin rencores pero con la firmeza que las circunstancias exigen las islas australes que integran por legítimo derecho el patrimonio nacional”. (283)

El operativo de desembarco en las islas había sido planificado poco tiempo antes por contadas personas de la plana mayor de las FF. AA. Algunos días antes de su asunción en diciembre de 1981 –y como paso previo al *coup* militar al entonces presidente Viola–, Galtieri, en ese momento comandante en jefe del Ejército, y el almirante Anaya, comandante en jefe de la Armada, acordaron realizar pasos concretos para recuperar las islas. Desde fines de 1981, y en el contexto de fuerte crisis en que se hallaba sumida la dictadura, una comisión constituida ad hoc se dedicó a planificar el operativo de recuperación de las islas en el marco de un estricto silencio, para no perder el factor sorpresa. El plan consistía en recuperar las islas mediante una rápida y eficaz operación y dejar luego un reducido destacamento de quinientos efectivos como factor de presión para reactivar las negociaciones diplomáticas. Este plan de “ocupar para negociar” se basaba en dos supuestos: que Gran Bretaña no respondería por la fuerza, y que en caso de hacerlo, Estados Unidos se opondría. Finalmente, ninguno de los supuestos se cumplió, y como no se había previsto una reacción británica, la Junta Militar se vio en la obligación de planificar –o más bien, improvisar– una guerra en un mes.

El 2 de abril de 1982, luego de un incidente en las islas Georgias ocurrido a fines de marzo, (284) las fuerzas de desembarco tomaron el archipiélago mediante un eficaz operativo, en el que falleció un infante argentino. De allí en más, las FF. AA. emprendieron la titánica tarea de ocupar las posiciones clave, organizar y administrar una localidad de alrededor de mil ochocientos habitantes con una idiosincrasia radicalmente distinta de la argentina, todo esto en la suposición de que no se llegaría a un enfrentamiento.

Entre las posiciones vitales para la supervivencia en las islas se encontraban los enclaves de comunicación aéreos y navales; se trataba de espacios estratégicos para el sostenimiento logístico de las tropas. En la capital de Malvinas, el aeropuerto y el puerto fueron los

primeros lugares que se ocuparon y organizaron no bien iniciado el operativo. Así, el Apostadero Naval Malvinas se constituyó tan temprano como el 2 de abril, bajo el mando del capitán Adolfo Gaffoglio, (285) con el objetivo de organizar las instalaciones portuarias de las islas. Solo veinte personas, que habían sido convocadas a fines de marzo, integraban la unidad en su origen. El grupo fundador estaba constituido por cuatro oficiales, quince suboficiales y un conscripto; de entre ellos dos eran profesionales (un bioquímico y un contador) y el resto, militares de carrera de diferentes especialidades (en su mayoría técnicas y básicas), y provenían de diversos destinos de la Base Naval Puerto Belgrano (excepto Gaffoglio, que residía en la ciudad de Buenos Aires). (286)

El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad de la Armada creada en las islas, y, a diferencia de las otras unidades combatientes que existían previamente al conflicto, fue constituido específicamente para la guerra a partir de un grupo bien heterogéneo en rangos, destinos y especialidades, cuyos integrantes se conocieron recién en la navegación hacia las islas. Esa es una particularidad de la unidad que marcó la cotidianeidad del grupo durante todo el conflicto, aun cuando desde mediados de abril su personal se decuplicó.

Durante el 2 de abril, los integrantes del grupo se dedicaron a diferentes actividades y misiones, algunas vinculadas con el éxito de la operación militar, como la limpieza de la pista del aeropuerto, que estaba repleta de obstáculos para impedir su utilización: el traslado y la vigilancia de los *marines* prisioneros; otras relacionadas con la misión específica para la que habían sido convocados: la creación del apostadero. Los miembros de la unidad tenían en sus manos una tarea faraónica: la organización del puerto de tal forma de ponerlo en funcionamiento inmediatamente para sostener lo más posible el puente naval con el continente. Esto implicaba la expropiación de las instalaciones de la Falkland Islands Company (FIC) y la toma de posesión de ellas, la coordinación de los buques en el ingreso y salida al muelle, la estiba de la mercadería, su organización en los depósitos en el puerto, la seguridad del espejo de agua de la bahía, y, en un comienzo, la coordinación de la distribución y el racionamiento logístico a todas las unidades navales diseminadas en las islas.

Además, a ello se agregaba la gran extensión de la jurisdicción del apostadero, ya que comprendía “no solo los muelles y la FIC sino también todos los buques y embarcaciones británicos existentes, además de las instalaciones ubicadas al otro lado de la bahía con su muelle de combustible pertenecientes a la marina británica”. (287) Ello condujo a que otros pequeños grupos se sumaran a los veinte fundadores, aunque manteniendo cierta autonomía y con misiones precisas: un grupo de doce personas que se encargaba específicamente

de las lanchas de desembarco, una sección de infantes de marina que cubría la seguridad del apostadero y la gobernación, una sección de buzos tácticos que patrullaba la zona y el personal de sanidad que constituyó el Puesto de Socorro (PUSO).

La organización y puesta en funcionamiento del puerto fue una dura tarea, de ensayo y error, en la que rápidamente comenzaron a aparecer las primeras dificultades, principalmente por la infraestructura con que contaban. El apostadero funcionaba en el muelle este de la localidad, perteneciente a la FIC, que era el mejor acondicionado teniendo en cuenta las necesidades de las operaciones comerciales de la empresa, pero que resultaba claramente insuficiente, y su infraestructura, rudimentaria para las tareas de alije de los buques navales argentinos. Además, la carencia del instrumental necesario para la estiba de la mercadería que transportaban los buques –la principal actividad de los integrantes de la unidad durante abril– y la falta de preparación del personal hicieron más lento el trabajo, así como arduo y sacrificado.

Al tiempo que se dedicaban a organizar el trabajo y a la frenética tarea de descarga de los víveres, municiones, combustible y vehículos, los integrantes del grupo pionero del apostadero comenzaron a conocerse y a construir los primeros lazos, tal como recuerda el oficial y bioquímico Roberto Coccia:

> Trabajábamos en el puerto, codo a codo con los conscriptos, los suboficiales, codo a codo. […] [Se encargaban de todo] lo que era de logística, el movimiento del puerto, había que descargar, subir, bajar, a mano al principio. Descargábamos municiones, víveres, todo a mano, todo a mano, porque no teníamos con qué. Cuando digo descargábamos, todos descargábamos, no es cierto, no había diferencias (4/8/2007).

Como Roberto, la gran mayoría de los entrevistados destaca una igualación de condiciones entre el personal del apostadero, sobre todo en el grupo fundador, y una convivencia cordial, lo que llevó a cierta horizontalización de las relaciones. Este desdibujamiento de las jerarquías que atraviesa al grupo, que implica el compartir el lugar para dormir, la misma comida, los rigores en el trabajo de estiba así como cierto trato informal o cordial entre todos, explica que muchos de ellos refieran al colectivo de veinte fundadores como un “grupo homogéneo”, aun en la heterogeneidad de jerarquías, destinos y especializaciones, como se aprecia en el relato del cabo Ramón Romero: “Hasta ese momento éramos todo uno, ¿viste?, éramos los dieciocho, éramos un grupito, casi a pesar de que había diferencias de grado y eso, éramos un grupo homogéneo” (22/6/2007).

Asimismo, el cabo Daniel Peralta indica que no era necesario el distanciamiento de jerarquías para imponer disciplina y orden porque

“las cosas estaban como engranadas”, cada uno sabía perfectamente cuál era su rol, sus responsabilidades y las cumplía: “En seguida te adaptabas a las circunstancias, o sea que no tenías tiempo para decir no, o evaluar ‘esto sí, esto no’, nada, directamente había que hacerlo, se hacía” (11/11/2007). Por ende, esa cierta horizontalización de relaciones no implicaba la disolución de las jerarquías o un cuestionamiento de las autoridades o responsabilidades, sino la construcción de vínculos en los que las formalidades en el trato cotidiano se habían desdibujado.

Esta particular convivencia se pudo deber a lo reducido del grupo, a las características de su tarea y al contexto bélico en que se hallaban. Por un lado, la urgencia de la tarea a realizar, ya que la puesta en funcionamiento del puerto debía ser inmediata y la estiba de mercadería había que hacerla lo antes posible, la escasez de personal y cierta improvisación en la organización condujeron a una situación de hecho en la que “cuanto más manos trabajaran, mejor”, sin importar el rango. Por otro lado, a lo largo de abril, debido al plan de “ocupar para negociar”, se había extendido la convicción en las tropas acantonadas en las islas de que no se iba a llegar a un enfrentamiento. Por tanto, la cotidianeidad relajada de estos días, en la seguridad de que se iba a acordar la paz y que regresarían sin luchar, sumada al frenético ritmo de trabajo, que no daba demasiado tiempo para pensar, pueden explicar también esta igualación de las condiciones vitales.

No obstante, ya desde el comienzo algunos indicios matizan esa imagen un tanto idílica. La primera guardia nocturna en el apostadero la cubrió el cabo más joven de la unidad, una situación nada fácil no solo por el frío imposible sino, también, por la incertidumbre al estar en un lugar desconocido en el que la población era claramente hostil y con el rumor de *marines* infiltrados en ella. Sergio Fernández reflexiona al respecto:

> Sergio Fernández: Yo era el más moderno [nuevo], y entre ellos mismos me dijeron “vos tenés que hacer guardias”, pero era el más moderno, después de esto le tocó a otro. Pero dentro de todo estuvimos bien.
> Entrevistadora: En ese grupo [el pionero], ¿también se notaban mucho las jerarquías o vos considerás que no?
> S: Los que éramos cabos, éramos cabos. Siempre está la diferencia jerárquica (21/12/2007).

Abril. Estibadores de fajina

A mediados de abril, a medida que las negociaciones diplomáticas se tensaban y las posibilidades de un enfrentamiento armado se hicieron más reales y próximas, las FF. AA. se vieron obligadas a

convocar nuevos efectivos, y el hipotético destacamento de solo quinientas personas se transformó en una multitud de trece mil soldados, la mayoría de los cuales se atrincheró en los montes alrededor de la capital de las islas.

Entre ellos, también se trasladaron refuerzos para el Apostadero Naval Malvinas, que comenzaron a llegar en contingentes de diez, quince o treinta personas, hasta llegar a un máximo de entre doscientos y doscientos cincuenta integrantes. La incorporación de nuevo personal a la unidad resultaba fundamental, porque si el trabajo en el puerto ya era arduo en la primera semana de abril, a partir de mediados de mes, con el aumento de la cantidad de buques arribados antes de que se efectivizara la Zona de Exclusión Marítima, (288) el ritmo de descarga de mercadería se tornó frenético y agotador. Así quedó registrado en el aerograma que el cabo Ramón Romero escribió el 19 de abril: “Yo ando regio, pero tengo mucho, mucho trabajo, el tiempo me es escaso, estoy trabajando de estibador en el puerto, descargo los buques que entran con biberes [sic] y estamos trabajando todo el día”. (289)

En esas maniobras en que “hacíamos –dice el conscripto Julio Casas Parera– una cadena humana hasta llegar al muelle y del muelle se iban otros, con unos camioncitos se llevaba para el depósito” (30/11/2007), aparecieron desde el comienzo serias dificultades que conspiraban contra la eficiencia y rapidez de la tarea: la carencia de maquinarias de descarga, la precariedad de las instalaciones portuarias, la nula preparación del personal en las técnicas de la estiba, la poca profundidad de la bahía, que impedía que buques de gran calado se acercaran al muelle, fueron solo algunas.

Si bien la actividad primordial en el apostadero era la estiba de los buques, algunos de sus miembros también desempeñaron otras tareas que hacían al funcionamiento de un cuartel: cocinaban, trabajaban en la panadería o en la lavandería del buque y se encargaban de su aseo, distribuían comida o ejercían de traductores, e incluso algunos fueron cocineros, mozos, choferes y hasta peluqueros de los integrantes de la plana mayor de la Armada, que aun bajo esas circunstancias seguía manteniendo los privilegios. Asimismo, otros integrantes cumplían misiones alejadas de la zona portuaria y que nada tenían que ver con la estiba –trabajaban en la planta de combustible, hacían guardias en el faro, o participaban en el minado de las zonas adyacentes a la capital– e incluso eran trasladados a otros destinos en los que eran más necesarios, como la radio o el Centro de Informaciones de Combate (CIC), donde se dedicaban a plotear las posiciones de unidades propias y enemigas.

A partir de mediados de mes, los miembros del apostadero, que habían tenido una rutina semejante a un trabajador portuario,

comenzaron a encargarse de otra tarea para la que muchos no estaban preparados: las guardias nocturnas. El 16 de abril la sección de infantería de marina que se encargaba de la seguridad de la unidad fue destinada al frente de batalla, y, por ende, esa función se trasladó a los otros integrantes que quedaban en la zona.

La organización de las guardias fue, para muchos de los miembros del apostadero, el primer signo de que la guerra era una posibilidad cierta en su futuro inmediato: significó realmente un despertar a la realidad. El cabo Ni Coló recuerda ese momento como un abrupto quiebre en lo que hasta ese momento era una vida rutinaria de trabajo:

> Uno de esos días nos reunieron a todos los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el buque *Bahía Buen Suceso* y un teniente se dirigió a nosotros. Entre otras cosas manifestó: "hasta hoy solo estuvimos trabajando, a partir de mañana, además de continuar con las tareas asignadas a cada uno, empezaremos a prepararnos para la guerra". Dio a conocer el significado de los distintos tipos de "alertas". […] Dijo también que se formarían ocho puestos de guardia para tener cubierta, básicamente, toda la entrada al muelle, y para controlar a la gente que pudiera transitar allí. Esta guardia solo se mantendría durante la noche (Ni Coló, 2004: 24-25).

Las dos o tres horas de noche que tenían que estar de guardia eran –para muchos de los entrevistados– los "peores momentos del día", momentos en los que el enemigo parecía estar más cerca, amenazando sus vidas. En esas condiciones, la combinación de incertidumbre y ansiedad podía hacer explosión ante una espera que parecía interminable. Comenta el cabo Ramón Romero: "Yo te digo que el frío era lo… llegaba un momento que te paralizaba, que vos llegabas un momento que decías 'que pase lo que tenga que pasar pero que se termine' " (22/6/2007). Ante el temor a un enemigo que parecía omnipresente, que parecía estar detrás de cada sombra, esquina, movimiento, los tiroteos comenzaron a multiplicarse y volvieron aún más inseguras las calles de la localidad.

En este clima de inseguridad, y ante el incremento casi diario del personal del apostadero, sus integrantes debieron buscar otro lugar para alojarse, dado que el pequeño y precario galpón del puerto en el que vivieron los primeros días ya no era suficiente. A partir del 12 de abril, el buque *Bahía Buen Suceso* alojó a los miembros de la unidad hasta fines de ese mes, ubicándose los oficiales y suboficiales en camarotes y los cabos y conscriptos en el sollado. La vida en el buque trajo aparejados algunos beneficios materiales, en aspectos como dormir sobre camas, resguardarse del frío y racionar en caliente, y también algunas dificultades: el roleo constante y la convivencia con la continua explosión de bombas subacuáticas ante una posible incursión anfibia fueron algunas de ellas.

Asimismo, la cotidianeidad en un nuevo lugar, dividido en camarotes y bodegas, modificó la convivencia en el grupo. Ahora oficiales, suboficiales y conscriptos dormían en espacios distintos, lo que condujo a un cierto distanciamiento entre el personal de distinto rango, cambiando esa horizontalización de las relaciones que veíamos en el grupo pionero. Además, el gran incremento del personal, que se decuplicó, necesariamente modificó los vínculos interpersonales y la cierta igualación jerárquica se hizo más relativa, como indica el oficial Hugo Peratta:

> En los días siguientes en los vuelos que había, iban cayendo de a diez, de a quince, y nos juntamos como cien tipos […]. Ya la convivencia se hace distinta, no es lo mismo manejar veinte tipos que cien. Entonces cada uno tenía un jefe de grupo, suboficiales y cabos, porque yo era el más antiguo de todos, pero no me podía hacer cargo de los cien. Entonces entre Numer y el otro contador que fue después también manejábamos los grupos, y cada grupo tenía un cabo o un suboficial encargado, ¿viste?, "y vos hacé tal cosa, vos la otra", distribuimos más o menos las cosas (19/10/2007).

Esta organización marca la pauta de una profundización de las brechas jerárquicas: si en el grupo originario conformado por tan pocas personas –y por solo un conscripto– no era necesario imponer rígidamente la disciplina porque "las cosas estaban como engranadas", ahora el arribo de numerosas tropas (y sobre todo de soldados) hacía necesario designar un jefe de grupo según la jerarquía y endurecer la disciplina.

De todas formas, esa horizontalización en el trato cotidiano no se disolvió totalmente. La particular consideración que el oficial Peratta tuvo con el conscripto Gabriel Asenjo es una muestra clara de ello:

> Estaba angustiado y no comía. Y Peratta se dio cuenta […]. Entonces me dice: "¿Qué le pasa conscripto que no come? ¿No le gusta?". "No, no es eso, qué se yo." "A ver." Me llevó a la cocina, me hizo hacer un churrasco él y me lo dio. Viste son esas cosas que te quedan (23/6/2010).

Ahora bien, en un grupo integrado por desconocidos, en un comienzo las relaciones entre suboficiales y conscriptos fueron difíciles, entre muchos retos y castigos, como recuerda el conscripto Claudio Guida: "La convivencia ahí fue jodida con los suboficiales, porque no los conocíamos […]. Era medio jodida, hasta que, bueno, te fuiste conociendo, porque había mucho miedo y mucha cagada a pedos, hasta que después pasaba" (29/11/2007). Era lógico: en una situación extrema como la guerra y ante tropas desconocidas, era necesario imponer la autoridad y el orden desde el principio tanto para lograr un funcionamiento más eficiente de la unidad y un mejor cumplimiento de la tarea, como para poner coto a las actitudes

disruptivas, porque las cosas se podían "ir de las manos".

La convivencia en un grupo tan heterogéneo no fue fácil, y de hecho en abril se produjeron los primeros enfrentamientos por las más diversas causas: la intencionalidad de diferenciar jerarquías sin ningún sentido, por el solo hecho del prestigio, las diferentes percepciones del conflicto, la poca conciencia de guerra o, sencillamente, el enfrentamiento entre dos personalidades distintas fueron algunas de ellas.

Estas fricciones, que aparecieron aisladamente en abril, comenzaron a hacerse cada vez más frecuentes cuando la guerra se presentó en toda su dimensión a partir del 1º de mayo.

Mayo. Bajo ataque

El 1º de mayo comenzaron los bombardeos sobre Malvinas, y con ellos la guerra se hizo dramáticamente presente. Ya el 25 de abril los enfrentamientos habían comenzado en Georgias, cuando los ingleses recuperaron las islas ante la pasividad argentina. Cinco días después, la Royal Air Force realizó el primer bombardeo sobre las posiciones consideradas estratégicas en el archipiélago: las bases aéreas, y también atacó algunos buques fondeados cerca del puerto.

Para los integrantes del apostadero, ese fue el verdadero comienzo de la guerra. Este primer enfrentamiento con la explosión de una bomba, con sus ruidos, daños y secuelas, fue un claro hito en su experiencia bélica y significó un despertar a la guerra. Muchos recuerdan esos primeros momentos de confusión ante una situación desconocida, las corridas desesperadas a los refugios, los temblores de la tierra, la curiosidad y fascinación ante una situación completamente nueva que solo habían visto en las películas; pero mucho más frecuentemente el temor, ansiedad e incertidumbre, como evoca el conscripto Alejandro Egudisman:

> **El cagazo más grande de mi vida lo tuve el 1º de mayo. […] Fue un quilombo, un caos, el tipo que era supuestamente el encargado nuestro decía "no se pongan nerviosos" porque corría todo el mundo, tiros por todos lados […]. Pasamos toda la noche en una trinchera, en un refugio, el 1º de mayo fue un ataque bastante fuerte, se movía el piso, la tierra temblaba como si fuera mierda, se movía, y "¿qué es esto?" (11/8/2010).**

Semejante proximidad con la muerte provocó las más diversas y hasta impensadas reacciones, desde el replanteo de la propia vida hasta el acercamiento a la fe, y, para muchos combatientes, implicó un cambio en la forma de percibir el conflicto. Ahora que la guerra y la muerte se hacían presentes, algunos soldados que hasta el momento vivían su período en las islas como un mero deber, se comprometieron

fuertemente y la comenzaron a vivir con mayor fervor patriótico. Muchos otros, en cambio, que habían conservado la esperanza de una salida diplomática hasta último momento, cayeron en la desmoralización y el desánimo ante la certeza de la guerra, y comenzaron a cuestionarse el sentido del conflicto: "¿Por qué estamos acá? ¿Por qué peleamos? Sí, por algo pero… ¿por qué no lo arreglaron de otra forma?", fueron las preguntas sin respuestas que una y otra vez se le plantearon al cabo Ricardo Rodríguez (27/11/2007).

Desde el primer ataque sobre Malvinas, la presencia de la muerte en la vida cotidiana comenzó a hacerse más palpable, real y frecuente, a medida que fue desarrollándose el conflicto. Unos días después del 1º de mayo, a los bombardeos aéreos se sumaron los navales, y en los últimos días de la guerra, los terrestres. De allí en más, esos ataques se convirtieron en parte de la vida cotidiana, en una presencia diaria, que desgastaba a la tropa, le impedía conciliar el sueño y la desmoralizaba. Además, el hundimiento del crucero *General Belgrano* el 2 de mayo, así como el desembarco inglés en San Carlos el 21 del mismo mes, o la primera batalla perdida en Darwin el 28 de mayo, fueron otros acontecimientos que marcaron profundamente las experiencias de los soldados en las islas; otros golpes difíciles de digerir, claros símbolos de que la guerra iba a desarrollarse hasta sus últimas consecuencias.

Estas circunstancias diarias, este continuo vivir bajo bombardeo y enfrentarse a la realidad de la muerte llevaron en ocasiones a un acostumbramiento a las situaciones límite, que se normalizaban como parte de la vida cotidiana, tal como reflexiona el conscripto Ricardo Pérez:

> Vos calculá que todos los que estuvimos allá durante tres meses estuvimos paseando con la muerte en la mano, eso es un arma […]. Y la situación en la que nosotros estábamos, esa era la situación diaria, día a día, y no era que llegaba a casa, prendía la tele, era *full time*, veinticuatro por veinticuatro, ¿entendés? Ya no es que "estoy mojado, me voy a dar una ducha caliente, y me voy a dormir". Te querés aislar y no hay modo (26/11/2007).

Estar diariamente sometido a esas circunstancias condujo paulatinamente a la incorporación de la vida bajo bombardeo, y por lo tanto, de la muerte, como un elemento más de la rutina diaria. Si en los primeros ataques hubo sobresaltos y corridas desesperadas a los refugios, luego contaban la cantidad de bombas y calculaban hacia dónde se dirigían según el sonido; a veces ni siquiera se molestaban por cubrirse y seguían con sus actividades. La incorporación de los bombardeos a la vida cotidiana obligó a ciertos aprendizajes, al tiempo que bajó el umbral del miedo y restó valor a la propia vida y a la de los demás. Relata el oficial Hugo Peratta:

> Por ahí estaba cocinando y sonaba la alarma de ataque aéreo, entonces tenía que salir echando putas. Al final después de los primeros días, después no le di más bola, me quedaba cocinando con el cura (11/9/2007).
> Todo se hizo rutina al final, bombas, bombardeos, eran rutinas. Cuando moría alguien ya no preguntabas cómo se llamaba, "murieron tres, murieron cuatro, o murieron cinco, murieron dos", ¿sí? […] No podés vivir si no (19/10/2007).

El 1º de mayo provocó una clara ruptura en la cotidianeidad de los miembros del apostadero, no solo por lo que implicó vivir bajo bombardeo, sino también por otras cuestiones de la vida diaria. Si antes el tiempo transcurría entre el trabajo y las guardias en la espera de que las negociaciones diplomáticas progresaran, a partir del 1º de mayo la irrupción de la guerra alteró desde el lugar de alojamiento y las relaciones grupales hasta el ritmo de trabajo y el tipo de actividades realizadas.

Poco tiempo antes, el personal del apostadero había tenido que cambiar de alojamiento nuevamente, porque el buque *Bahía Buen Suceso* había zarpado el 29 de abril, ante la inminencia de un ataque inglés. A partir del 7 de mayo, luego de vivir distribuidos en diversos lugares, los conscriptos, suboficiales y oficiales de la unidad se volvieron a reunir bajo un mismo techo: un galpón cercano al puerto en el que funcionaba la carpintería de la FIC y que se transformaría con el tiempo en el espacio simbólico de la unidad, por ser el único lugar que lució en su fachada un cartel con la leyenda "Apostadero Naval Malvinas" y en el que estuvieron más tiempo alojados.

Una vez allí, se produjeron algunas situaciones conflictivas debido a la tensión a la que estaban sometidos, a diferentes percepciones del conflicto y a problemas lógicos de convivencia entre tantas personas bajo un mismo techo. En algunos casos, la existencia de compañeros que bajo bombardeo entraban en pánico o, por el contrario, que no comprendían la gravedad de la situación en la que se encontraban, provocaron algunos roces. En otros, las fricciones estuvieron vinculadas a la profundización de las brechas jerárquicas: la intención de mantener las relaciones tal como en la vida normal de instrucción, con la exigencia de nimiedades incompresibles en un contexto de guerra, fue una de las causas de enfrentamiento más comunes, como reconoce el cabo Ramón Romero:

> Un tipo [de] malos tratos, y era un chupamedia de los oficiales, y de lo peor. […] Donde había casos que importaba más tu presencia personal, que te hayas afeitado, trajeron un cargamento, uno capaz enorme, de máquinas de afeitar, y no tenías por ahí de repuesto para el fusil. Viste había cosas que… […] Incoherencias, porque está bien que vos estés presentable pero también dame los medios para que mi arma esté en condiciones (22/6/2007).

En el apostadero también encontramos la profundización de las

brechas jerárquicas en otros aspectos, como la organización espacial del galpón donde funcionaba la unidad. En el lugar principal dormían los conscriptos con los cabos, y separados, en un recinto en el centro de la carpintería residían los militares de mayor rango, mientras los oficiales de mayor jerarquía vivían en casas en la localidad. Ahora bien, más allá de esta división espacial por jerarquías, algunos destacan que entre aquellos que vivían bajo el mismo techo la comunicación se hizo más fluida, aun entre el personal de distinto rango.

Además, el comienzo de los ataques sobre Malvinas alteró desde el ritmo de trabajo en el puerto hasta las actividades a las que se dedicaba el personal. Ello se debió a que a medida que el bloqueo británico se hizo más eficiente, los buques disminuyeron los cruces a las islas, y de hecho, luego del hundimiento del crucero *General Belgrano*, la flota de guerra prácticamente se retiró del conflicto.

Para el personal del apostadero, la brutal disminución de los buques implicó una abrupta caída en su nivel y ritmo de trabajo. A partir de este momento, sus actividades se redujeron notablemente, con lo que al mismo tiempo que comenzaron a disponer de más tiempo libre se diversificaron sus funciones, convirtiéndose en verdaderos comodines de la guerra. Además de las guardias en diversos lugares del pueblo –que ahora pasaron a ser sus actividades principales–, algunos también se dedicaron a la atención de los infantes de marina que venían de las trincheras, a construir refugios y a transportar mercadería, leña y personal al frente de batalla. Otros continuaron con su función específica como asistentes, choferes, cocineros, mozos o traductores de la plana mayor, o trabajando en el PUSO o con las lanchas de desembarco. Algunos fueron destinados a otras unidades que no dependían del apostadero donde eran más necesarios, como la radio, el CIC, la central telefónica, los guardacostas de Prefectura, o los pequeños buques logísticos *Yehuin*, *Penélope*, *Forrest* y *Monsunen*, en los que recorrieron palmo a palmo las islas llevando desde víveres a pertrechos y combustible en una situación de casi total indefensión. (290)

A partir del comienzo de los ataques sobre las islas, la diversidad de actividades que se les asignaron a los miembros del apostadero los obligó a recorrer diferentes itinerarios en la localidad y parte de las islas. De hecho, la movilidad se presenta como un rasgo característico de la guerra del apostadero, principalmente a partir de los ataques y de la disminución de lo que era su actividad específica, a diferencia de la mayoría de las tropas atrincheradas en el frente, que describen el período previo a los enfrentamientos ingleses como de espera constante, de desesperante pasividad.

Asimismo, la disminución de los buques que cruzaban a las islas

influyó seriamente en el abastecimiento logístico de las tropas, que a partir de mayo pasó a depender casi exclusivamente del puente aéreo, que los pilotos lograron mantener hasta el fin de la guerra. A medida que las restricciones logísticas se hicieron sentir, se multiplicaron los mecanismos informales en las islas para tratar de conseguir comida y otros elementos necesarios. En el puerto también se desplegaron algunas de esas estrategias, como disfrazarse de civil para comprar en los mercados isleños –lo que estaba prohibido para no desabastecer a la población–, intercambiar mercadería con personal de otra fuerza, conseguir algún elemento por relaciones de amistad, o lisa y llanamente el robo de mercadería de los depósitos isleños o de los propios galpones de las fuerzas argentinas.

Sin embargo, la presencia de esos mecanismos en el apostadero no fue resultado del desabastecimiento crónico, como ocurrió en otras unidades. La comida, ya fuera "rancho" caliente o raciones de combate, nunca fue escasa en el puerto, y tratar de obtener otros alimentos mediante estrategias informales tuvo como objetivo proveerse de otros elementos que no abundaban, para variar la dieta o, en otros casos, para acercar sus condiciones de vida lo más posible a la situación de paz.

De hecho, los integrantes del apostadero, a diferencia de las tropas en el frente de batalla alejadas del pueblo, tuvieron la posibilidad de acceder a ciertos beneficios o comodidades vitales, como bañarse, dormir bajo techo, comunicarse con sus allegados, mirar televisión o escuchar radio, y/o disponer de suficientes alimentos u otras provisiones. E incluso de alimentos preciados por escasos, tal como se percibe en el aerograma que envió el cabo Abel Mejías el 30 de abril: "Con respecto al lugar en donde estamos, no hace mucho frío, el morfi es decir la comida te contare lo que hay, para empesar [sic] carne no falta, verdura, fiambre, masita, dulce-mermelada en abundancia, estamos mejor que en otra parte". Esta situación se debía al lugar en el que estaban situados, el pueblo, cercano a las proveedurías, depósitos, panadería, correo, casas de los isleños, y, en particular, por trabajar en el lugar adonde llegaba diariamente mercadería, por lo menos hasta mayo.

En tal sentido, el apostadero se puede considerar un lugar relativamente privilegiado en la guerra, tanto material como simbólicamente, en comparación a las unidades que estaban en el frente de batalla, algunas de las cuales vivieron situaciones realmente desesperantes, sobre todo en los últimos días del conflicto.

Junio. El infierno

El desembarco en San Carlos fue el primer paso de un avance luego

imposible de detener. A partir de ese momento, y después de tomar Darwin-Goose Green, las fuerzas británicas se aprestaron para las batallas decisivas. Mientras tanto, las tropas argentinas *esperaban* –solo eso– el ataque final.

En el apostadero, sus integrantes continuaron con las guardias como actividad principal, y encargándose de las más diversas tareas allí donde los necesitaran: al fin y al cabo, estaban libres y "a mano". Los últimos días de la guerra colaboraron con el lanzamiento del Exocet que hundió al destructor *Glamorgan*, rescataron heridos del frente de batalla, continuaron trasladando víveres y municiones a las tropas atrincheradas en los montes, organizaron un hospital alternativo, y durante un breve momento regresaron a la que había sido su principal actividad, la estiba: pero esta vez tuvieron que realizarla de noche y en secreto, porque las unidades que transportaban víveres no estaban habilitadas para hacerlo ya que se trataba de buques-hospitales.

Asimismo, otros integrantes del apostadero fueron enviados al frente de batalla en la península Camber como refuerzo de las unidades de armada y ejército acantonadas allí. (291) El 30 de mayo, dos días después de la derrota en Darwin, una treintena de efectivos se atrincheraron en Camber, una península que estaba frente a la capital, un punto clave tanto para el acceso a la capital como por los dos tanques de combustible de que disponía. El grupo estaba conformado por personal técnico y de servicio: peluqueros, electricistas, furrieles, lavanderos, mozos, cocineros, constructores navales, "toda la gente que hacía falta, pero no para combatir con un fusil", como indica claramente Hugo Peratta (19/10/2007), el oficial designado a cargo del grupo, a pesar de su resistencia. La gran mayoría no estaba preparada para luchar, y de hecho muchos de ellos, incluso el oficial a cargo, aprendieron a usar el FAL (Fusil Automático Liviano) en las islas, y los morteros, recién cuando cruzaron a Camber.

En pleno avance inglés y con noticias nada favorables sobre la evolución del conflicto, el cambio de destino cayó como un balde de agua fría. Para los convocados, "ir a las posiciones era ir al infierno", en palabras del conscripto Julio Casas Parera (30/11/2007). Y en el infierno las condiciones de vida cambiaron radicalmente y se acercaron a las que ya hacía más de un mes venían soportando las tropas en el frente: dormir en posiciones anegadas, en un clima tremendamente frío y húmedo y bajo bombardeo constante, donde la comida no abundaba, sin agua potable, y con muy poco para hacer aparte de cubrir las guardias y esperar el ataque inglés; una espera que bajo esas circunstancias se volvía insoportable, según se desprende del testimonio de Julio Casas Parera:

> Vos vas al frente, y ahí como que te limitás a hacer una cosa, la guardia, la guardia y esperar que llegue el momento. Pero llega un momento que vos estás tan presionado por la situación, siempre escuchando "ya están acá, ya están acá, ya están acá", viste que muchos decían "que vengan y se termine. Me llevaré dos, tres, uno, ninguno, pero no importa, ya está" (30/11/2007).

Vivir todos –tanto suboficiales, como cabos y conscriptos– en las mismas condiciones extremas, según algunos entrevistados, fortaleció la camaradería y volvió más igualitario el trato, como indica el conscripto Gabriel Asenjo:

> Todas las mañanas había que ir a buscar el agua, con el tambor, y había que buscar los charcos viejos que no estuvieran pisoteados, entonces íbamos un día cada uno. Entonces un día "tomá R.", "no, yo soy cabo". Bueno, agarramos y no le hablamos más, ¿sabés lo que es que no te hablen en el medio de las Malvinas durante dos días? Al otro día, se levantó a la mañana, solo, agarró el tambor y se fue a buscar el agua. […] En las posiciones sí, éramos absolutamente pares, absolutamente pares, salvo con los oficiales; pero con los suboficiales, vos al zumbo lo querías para que él te consiga cosas "che, andá y preguntá qué pasa" (23/6/2010).

Pero de ningún modo esta situación es generalizable. A veces la intención de continuar con las diferencias jerárquicas, sin importar el lugar ni las condiciones en que se hallaban, produjo fuertes enfrentamientos entre los conscriptos y los suboficiales a cargo. En otros casos, las fricciones se produjeron por las exigencias de nimiedades por los superiores, que si ya eran cuestionadas por los subordinados cuando estaban en el pueblo, ahora que se encontraban en posiciones, directamente eran rechazadas. Dice el conscripto Julio Casas Parera:

> Bajé un día a buscar eso [la comida], y justo me agarró un oficial. El oficial me dice: "Venga para acá –dice–. ¿De dónde es usted?". "De la loma" […]. "Y dígame, ¿le parece que son formas de estar, sin asearse?" "Pero, señor, no tenemos agua", le digo. "No importa, tiene que estar en perfecta forma." Entonces le digo: "Sí, señor, cómo no", subí y no bajé más, me quedé arriba (30/11/2007).

Diez días después que el grupo del apostadero cruzó a Camber, comenzaron a desarrollarse los combates terrestres en las islas, que serían los definitivos. Las principales batallas de la guerra de Malvinas tuvieron lugar en los montes circundantes a la localidad entre el 11 y 14 de junio. Ese último día a la madrugada las tropas atrincheradas en Camber enfrentaron un breve intento de desembarco, bajo un bombardeo y tiroteo abrumadores, que finalmente fue rechazado. También el personal del apostadero que se había quedado en el pueblo se preparó para combatir y resistir el avance inglés, como evoca el

conscripto Ricardo Pérez: “Y lo que yo me acuerdo del último momento, es sacando los fardos de lana para hacer barricadas, porque ya al final eran combate de localidad, ojo había cinco cuadras, siete cuadras” (26/11/2007).

Finalmente, el 14 de junio se produjo el cese del fuego, antes de que el combate llegara a la localidad. El desenlace trajo aparejada la desarticulación del apostadero, ya que el puerto volvía a dominio británico. Tras setenta y cuatro días, la derrota argentina era una realidad.

Reflexiones finales

El análisis de las experiencias de guerra de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas es un caso que nos permite explorar cómo la guerra marca las vidas, identidades y cuerpos de los combatientes. En tanto el paso por una vivencia extrema puede provocar una crisis identitaria al disolver determinados vínculos afectivos y a la vez construir otros lazos con sujetos que atraviesan las mismas condiciones límites (Pollak, 2006), no resulta sorprendente que se haya configurado cierta identificación colectiva entre los protagonistas, producto de la cotidianeidad con la muerte compartida en la guerra, y la “nostalgia por la camaradería, por un sentido y propósito para la vida y por la regeneración nacional y personal” (Bourke, 2000: 22) luego del conflicto.

Ahora bien, así como todos los combatientes que vivieron “con la muerte en la mano” durante setenta y cuatro días comparten “la misma sensación y el mismo historial”–en palabras del conscripto Ricardo Pérez (26/11/2007)–, existen ciertos lazos afectivos construidos entre los compañeros de posición, unidad o fuerza, debido a que sus guerras estuvieron marcadas por espacios, tiempos y prácticas específicas. Ese fue el caso de los miembros del Apostadero Naval Malvinas, quienes desde el conflicto se identificaron como parte de un grupo social que –con diferencias– se mantiene hasta hoy. (292) En tal sentido, ¿cuáles fueron aquellos elementos particulares que marcaron colectivamente la experiencia de los miembros de la unidad y la diferenciaron de las vivencias de otras unidades o fuerzas?

En principio, el mismo origen de la unidad, su constitución exclusivamente para la guerra y a partir de personal de diversos destinos, rangos y especialidades que no se conocía entre sí, es una variable que marcó sus vivencias en diversos aspectos, desde su funcionamiento hasta las relaciones interpersonales que construyeron, y que la diferencia claramente de la mayoría de las unidades que estuvieron en Malvinas, existentes antes del conflicto. La inestabilidad de su constitución –ya que continuamente se agregaban nuevos

efectivos a la unidad así como se redistribuían a otros destinos– condujo a una permanente reorganización según los efectivos con que contaban y el contexto bélico en que se hallaban, lo que también explica los cambios frecuentes en los espacios en que se alojaron. Se trata, por tanto, de una unidad en permanente constitución.

La reciente creación de la unidad y la heterogeneidad e inestabilidad del grupo influyeron en el tipo de relaciones sociales que se configuraron entre sus miembros. En un comienzo, el ser tan pocas personas compartiendo el mismo espacio, tiempo y actividades en condiciones de incertidumbre y ansiedad, pero todavía sin producirse enfrentamientos, llevó a una relativa horizontalización de las relaciones, caracterizada por la igualación de las condiciones materiales y simbólicas entre todos los miembros del grupo y por cierta informalidad en el trato. Si bien luego, a medida que se fue incorporando más personal a la unidad, que cambiaron los espacios de alojamiento y que las condiciones se modificaron al vivir bajo bombardeo constante, dicha horizontalización se fue haciendo más relativa, no por ello dejó de existir, y, de hecho, fue un rasgo que caracterizó al grupo, aun a aquellos que estuvieron en Camber, a diferencia de las tropas de ejército, en las que las diferencias jerárquicas estaban profundamente marcadas.

De todas formas, las fricciones y conflictos entre el personal se volvieron moneda corriente, motivados por las más diversas circunstancias –como las diferentes personalidades y percepciones del conflicto, la tensión e incertidumbre a la que estaban sometidos, el abuso de jerarquías, el temor y desconocimiento mutuo– y tuvieron fines diversos que fueron desde la intención de hacer respetar la autoridad y disciplina, de proteger la vida propia y de los otros, de lograr un mejor funcionamiento de la unidad, hasta la intencionalidad de diferenciar jerarquías por el solo hecho del prestigio y de hacer cumplir nimiedades sin sentido en una guerra.

Asimismo, las actividades que realizaron marcaron sus vivencias, no solo por el tipo de funciones sino por sus características. Los integrantes del apostadero se dedicaron principalmente a actividades logísticas en la retaguardia, que desde el 2 de abril estuvieron caracterizadas por su diversidad y movilidad. Si, en un comienzo, en un contexto en que la mayoría de sus miembros dividía su tiempo entre las estiba y las guardias, encontramos solo algunos efectivos aislados que se dedicaban a otras misiones, con el tiempo, y a partir de que el bloqueo inglés se hizo más fuerte, las actividades de la mayoría se multiplicaron y diversificaron y se volvieron más movibles, al punto que un grupo terminó atrincherado en Camber. La movilidad y “multifuncionalidad” que caracterizó a esta guerra logística contrasta claramente con las vivencias de quienes estaban en

posiciones en el frente, cuya actividad se reducía a una espera interminable y desesperante, por lo menos hasta las batallas finales.

El espacio en el que trabajaban también diferenció la guerra de esta unidad de otras. En tanto sus integrantes trabajaban en la localidad, y específicamente en el puerto, realizando todo tipo de actividades en continuo contacto con la mercadería que enviaban desde el continente, se comprende que ellos prácticamente no sufrieran dificultades logísticas. En tal sentido, se puede considerar al apostadero como una unidad relativamente privilegiada en lo material y en lo simbólico, y si ello no impidió que igualmente se extendieran algunos mecanismos informales para proveerse de otros elementos, esto se debió a la intención de obtener algún beneficio extra o de acercar su situación a las condiciones de paz, pero no al desabastecimiento crónico que afectaba a la mayoría de las tropas diseminadas en las islas.

Estas marcas colectivas en las experiencias de los miembros del apostadero naval, que caracterizan a una guerra logística lejos de las trincheras, vinculadas a la organización del tiempo y espacio, la distribución de recursos, las prácticas que realizaron y las relaciones sociales que configuraron, contribuyeron a la constitución de una identidad social, que al tiempo que los agrupaba, los diferenciaba de otras unidades, principalmente aquellas que estuvieron en el frente de batalla. De hecho, esa identificación continúa en el presente, dado que muchos conscriptos, suboficiales y oficiales que integraron la unidad se encuentran cada 20 de junio –día en que regresaron al continente– en las tradicionales "reuniones de camaradería", un espacio clave donde mantienen, a la vez que actualizan y resignifican, los lazos construidos en 1982, basados en el reconocimiento mutuo de su participación en la guerra.

Bibliografía

Asenjo, Gabriel "Pájaro" (2010), Entrevista oral, Buenos Aires, 23 de junio y 12 de agosto.

Bourke, Joanna (2000), *An Intimate History of Killing. Face to Face Killing in Twentieth Century Warfare*, Londres, Granta Books.

CAERCAS (1983), *Informe Rattenbach*. Disponible en <www.casarosada.gov.ar>; último acceso: 23/10/2014.

Cardoso, Oscar, Eduardo Kirschbaum y Ricardo Van Der Kooy (2007), *Malvinas. La trama secreta*, Buenos Aires, Clarín.

Casas Parera, Julio (2007), Entrevista oral, Buenos Aires, 30 de noviembre y 1º de diciembre.

Coccia, Roberto (2007), Entrevista oral, Bahía Blanca, Buenos Aires, 4 de agosto.

Desembarco (s. f.), "Actuación de las secciones tiradores: 3/D/BIM2 Ec., 2-3/H/BIM3 y Sec. Marinería en Puerto Argentino-Camber. Gesta Malvinas 82", Separata 10.
Egudisman, Alejandro (2010), Entrevista oral, Buenos Aires, 11 de agosto.
Fernández, Sergio (2007), Entrevista oral, Punta Alta, Buenos Aires, 21 de diciembre.
Gaffoglio, Adolfo (2007), Entrevista oral, Buenos Aires, 30 de noviembre.
Guber, Rosana (2001), *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
— (2004), *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*, Buenos Aires, Antropofagia.
Guida, Claudio (2007), Entrevista oral, Olivos, Buenos Aires, 29 de noviembre.
Lorenz, Federico (2009), *Malvinas. Una guerra argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.
— (2012), *Las guerras por Malvinas, 1982-2012*, Buenos Aires, Edhasa.
Mayorga, Horacio y Jorge Errecaborde (1998), *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Planeta.
Moro, Rubén (1985), *La guerra inaudita. Historia del conflicto del Atlántico Sur*, Buenos Aires, Pleamar.
Muñoz, Jorge (2004), *Póker de ases en Malvinas. Epopeya de los barcos auxiliares*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales.
Ni Coló, Guillermo (2004), *64 días muerto. Relatos de un veterano de guerra*, Buenos Aires, Dunken.
Peralta, Daniel (2007), Entrevista oral, Punta Alta, Buenos Aires, 11 de noviembre.
Peratta, Hugo (2007), Entrevista oral, Bahía Blanca, Buenos Aires, 11 de septiembre y 19 de octubre.
Pérez, Ricardo "Bicho" (2007), Entrevista oral, Buenos Aires, 26 de noviembre.
Pollak, Michel (2006), *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límites*, La Plata, Al Margen.
Rodríguez, Andrea B. (2008), *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*, tesina de licenciatura, Universidad Nacional del Sur.
— (2013), "Las construcciones identitarias del colectivo Apostadero Naval Malvinas en la posguerra. Un recorrido por el/los 'nosotros' (1983-…)", *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*, vol. 5, nº 8, pp. 157-182.
Rodríguez, Ricardo (2007), Entrevista oral, Buenos Aires, 27 de

noviembre.
Romero, Ramón (2007), Entrevista oral, Bahía Blanca, Buenos Aires, 22 de junio.
Winter, Jay y Antoine Prost (2008), *The Great War in History. Debates and Controversies, 1914 to the Present*, Cambridge, Cambridge University Press.

280. Por ejemplo, el libro Los chicos de la guerra, de Kon, publicado en 1982 (una recopilación de entrevistas a ocho soldados, que en su mayoría habían estado en el frente de batalla) fue un éxito editorial; la película homónima de Kamín, de 1984, también tuvo gran popularidad.

281. Desde esa perspectiva, las investigaciones principales son las de Guber (2001; 2004) y Lorenz (2009; 2012).

282. Los rangos refieren a la época del conflicto.

283. Convicción, 2/4/1982.

284. Para el incidente en las Georgias y en general los pasos previos al 2 de abril, véanse CAERCAS (1983); Cardoso, Kirschbaum y Van der Kooy (2007), y Mayorga y Errecaborde (1998). Para la historia de la planificación y desarrollo del conflicto, desde un enfoque militar, véase Moro (1985); desde una perspectiva social, Lorenz (2009).

285. Gaffoglio tenía 48 años y una larga trayectoria en la Armada para 1982. Su historia de Malvinas merece un capítulo aparte, ya que se remonta a 1980, cuando lo designaron "representante de la Armada Argentina ante el gobierno de ocupación en las islas Malvinas" (cargo que dependía de la Jefatura de Inteligencia). Su función consistía en viajar periódicamente a las islas para hacer todas las gestiones necesarias a fin de que los buques pudieran comerciar allí, al tiempo que debía recabar información sobre el presente de las islas. De hecho, los dos últimos viajes que realizó en febrero y marzo de 1982 tuvieron como objetivo realizar acciones de inteligencia en vista de la toma del archipiélago, información que sería clave para el operativo (Adolfo Gaffoglio, 30/11/2007; informe de Gaffoglio presentado al Estado Mayor General Naval, 5/8/1982, archivo personal).

286. Acta de creación del Apostadero Naval Malvinas, 1/82 "B", 2/4/1982 y relación del personal que constituyó el APOSVINAS (archivo personal).

287. Informe de Gaffoglio, 5/8/1982.

288. La Zona de Exclusión Marítima de doscientas millas alrededor de las islas, área en la que los buques argentinos podían ser atacados, fue establecida unilateralmente por Inglaterra y comenzó a regir el 12 de abril.

289. Todas las cartas son de mi archivo personal.

290. Para el accionar de esos buques, véase Muñoz (2004).

291. Para la actuación del personal del apostadero en Camber, véase Desembarco (s. f.).

292. Para las reconfiguraciones identitarias del grupo Apostadero, véase Rodríguez (2008).

CAPÍTULO 15

LA GUERRA REPRESENTADA

Roberto Amigo

¿Hay imágenes de la guerra en el arte argentino con la suficiente fuerza visual para haber permanecido en la memoria? Solo Cándido López ha logrado generar que el relato de la guerra tenga imágenes potentes: la guerra del Paraguay no puede deslindarse ya de sus pinturas de formato apaisado, escenas donde pequeños soldados viven la espera de la batalla y mueren en medio de la naturaleza. Es en la fuerza de lo testimonial sobre lo conmemorativo, tal vez, donde radica su afirmación de ser la guerra misma, la sensación de ser pintura *bajo fuego*.

Pensar la representación visual de la guerra obliga a trazar, entonces, la divergencia de la pintura de testimonio y la conmemorativa, entre el pintor-soldado y el pintor de salón. En este ensayo trataremos algunos episodios centrales de representación de la guerra, organizados en tres apartados: la guerra de la Independencia, las guerras civiles y la del Paraguay, y una breve conclusión sobre Malvinas. (293)

Guerra de la Independencia

La situación de las artes durante la primera mitad del siglo XIX no puede deslindarse de su contexto guerrero y faccioso, en tiempos dominados por las campañas militares y los sitios a las ciudades (Amigo, 2009a). La Revolución produce una ruptura económica que implica un empobrecimiento de la cultura artística. A pesar de la retórica simbólica activada en las fiestas patrias, y sobresaliente durante la Asamblea del año 1813, no se logra ocultar que Buenos Aires es una ciudad vacía de artistas de calidad y esto se replica en un cada vez más empobrecido y aislado interior; los bloqueos navales y los frentes militares fueron cerrando las rutas de circulación de la

mercancía artística, gasto innecesario, además, en tiempos de tributos de guerra. Para la zona cuyana, basta recordar la añoranza por el pasado artístico colonial arrasado por el espíritu revolucionario en los recuerdos de Sarmiento. En las provincias norteñas, el impacto de la decadencia potosina fue determinante en su empobrecimiento, aumentado por las demandas de un Estado que sostenía un extenso frente de batalla. En Buenos Aires solo quedaron activos los plateros Manuel Pablo Núñez de Ibarra (1782-1862), realizador de una lámina ecuestre de San Martín en 1818, y Juan de Dios Rivera (1760-1843), últimas expresiones de las tradiciones del Litoral y altoperuana de la tardocolonia; desde ya estaban activos artesanos, necesarios para las ornamentaciones festivas, pero se carecía, por ejemplo, de un retratista que no fuera aficionado. Esta situación comenzó a modificarse a fines de la década de 1810, y se zanjó definitivamente a partir de la de 1830.

Para reflexionar sobre las imágenes de la guerra es necesario desarmar la posterior idea de arte nacional, y pensar en la producción de ese tipo de imágenes en la región. Así, debemos dirigir nuestra mirada hacia la obra del artista limeño, radicado en Santiago de Chile, el mulato José Gil de Castro (1785-1841), pasado a las filas patriotas ante la primera derrota de los “godos”. (294) Sus retratos forman el testimonio de una elite guerrera surgida de la Revolución: algunos de los retratados habían iniciado su vida militar en las Invasiones Inglesas, realizaron las campañas independentistas y regresaron para ser convocados a la guerra de Brasil o atrapados en las disputas armadas de la larga guerra civil.

Para los jóvenes oficiales rioplatenses, Santiago de Chile entre 1817 y 1819 era, tal vez, la única oportunidad que se les presentaría de ser retratados. Era el momento triunfal de la etapa transandina, cuando se planteaba la posibilidad del paso de los Andes o la futura campaña a Lima, cuya suerte militar y personal nadie podía augurar. En el conjunto de retratos rioplatenses del mulato Gil se vislumbra la tradición democratizadora de las milicias porteñas. La juventud armada en ascenso por los triunfos afirmaba en ellos su condición de individuo heroico, la virtud patriótica al servicio de la patria.

El núcleo fundamental de la producción de Gil de Castro son retratos dedicados a San Martín. El primero de gran formato –lo antecede uno pequeño sobre cobre– es el que se conserva en el Regimiento de Granaderos a Caballo, realizado luego del 11 de mayo de 1817, fecha de su regreso a Santiago. La datación se basa en que luce la famosa condecoración grande de Chacabuco. Presenta el escudo –que luego se retomó en el retrato de San Martín conservado en Coquimbo– con la leyenda “Al Héroe del Sud/ Buena Feé/ Amor/ Gratitud”, al estilo de las leyendas colocadas en el espacio público en

las fiestas cívicas. Lo que nos mueve apensar si no fue realizado para la jura, para ser colocado en el centro del tablado. San Martín envió dos retratos suyos a los gobernadores de San Juan y Mendoza, que incorporan el lema: "Nada prefirió más que la Libertad de su Patria".

Esta leyenda no fue incluida en los retratos chilenos de San Martín, aunque fuese de un uso común desde la definición de "americanos". En este sentido, la proclama de San Martín a los chilenos, mencionados como amigos y compatriotas, finaliza invocando el sacrificio por "la libertad de la patria" (San Martín, 1816?). Distante como sentencia moral de las leyendas honoríficas de los retratos chilenos, por ejemplo, los de O'Higgins, que son de aparato estatal, al igual que el retrato de Freire, gobernador victorioso de Concepción. Cuando San Martín envía su imagen (en claro apoyo a sus delegados en el gobierno, sujetos a la crisis política que afectaba el Río de la Plata) apela a una idea de patria que es, a la vez, territorio y causa.

El término "patria", que durante la Colonia remitía al lugar de origen, de nacimiento, durante la Revolución se politiza, convirtiéndose en un término crucial del lenguaje político rioplatense, que apela a una mayor emotividad que otros, como nación y Estado (Di Meglio, 2008). Con la guerra de Independencia, "patria" era una causa: la de la libertad; así se separa de un simple concepto geográfico, para ser evocada e invocada. La patria demanda y legitima las acciones que el ciudadano ha llevado a cabo con abnegación, virtud y heroísmo por ella, y es reconocido por las condecoraciones que le han sido otorgadas. Los retratos de Gil de Castro son el soporte visual del discurso político en tiempos de guerra.

Propongo dos ejemplos diversos, entre tantos retratos de Gil de Castro de oficiales rioplatenses, para señalar que el proceso de militarización y la idea de patria adquieren su mayor potencia en los retratos, más que en el posible encargo de una lámina de batallas. Primer ejemplo: el retrato del oriental Hilarión de la Quintana, militar de carrera desde 1794 y que alcanzó el cargo de Director Delegado de Chile, porta la bordada colonial de la Reconquista de Buenos Aires de 1806, en su manga, mientras que en el pecho la otorgada por la "Patria" a la "Victoria del Cerrito y la Libertad de Montevideo", por la campaña de Montevideo de 1812 a 1814, colgada a la par que las de Chacabuco –que él mismo mandó a acuñar– y Maipú; además lleva los correspondientes cordones de oro, más la Legión de Mérito de Chile. Es, al fin de cuentas, la imagen de la guerra, pero en la cartela su nombre esta precedido por "El ciudadano general" y prosigue con la dedicatoria a sus hijos. Esta carga afectiva devuelve los retratos al espacio de lo privado, la mayoría de ellos dedicados a madres, mujeres o hijos y recuerdan tanto los efectos de la guerra, las largas separaciones, como también que estas obras de arte funcionan, en

algunos casos, como memoria afectiva más que como imagen pública.

El segundo el retrato es el de José Antonio Melián: vestido de levita, pero con la Legión de Mérito –que se aceptaba en carácter honorífico sin prebenda aristocrática– pendiendo de su cuello. Melián sostiene con elegancia un guante, mientras la otra mano permanece enguantada (prenda que encontramos en los retratados de uniforme: la misma partida de compra convertida en moda, en distinción de oficiales). Sobre el tapete del escritorio el uniforme de Granaderos a Caballo, doblado de tal modo que es posible leer la historia militar del retratado: charreteras de coronel, condecoraciones (Sitio de Montevideo, Chacabuco y medalla y cordones de Maipú), sombrero elástico con escarapela de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Melián había sido miliciano durante las Invasiones Inglesas, integrándose a los Húsares de Juan Martín de Pueyrredón, luego al batallón de Granaderos de Liniers, fue comandante de milicias en Entre Ríos, actuó con Belgrano en la campaña del Paraguay, y tuvo papel protagonista en el Regimiento de Granaderos a caballo, como jefe de escuadrón en el cruce y luego como comandante. En 1819, cuando es retratado, había pasado a retiro por su salud, por ello la emotiva despedida juramentada a su último uniforme: “Volveré a vestirte y esgrimiré el sable toda vez que los enemigos de la patria atenten contra ella”.

Los primeros retratos “chilenos” de San Martín coinciden con el encargo en Buenos Aires de una lámina que represente al vencedor de las batallas de Chacabuco y Maipú, requerida por la Asamblea con el objetivo de su colocación solemne en las salas capitulares de las ciudades. Además del retrato del héroe militar, en la imagen debían figurar los genios de la Libertad y la Victoria, las vistas de las batallas y los Andes, las banderas de ambos Estados y los trofeos militares. No había permanecido en la ciudad ningún artista con el conocimiento técnico para poder dar cuenta del complejo programa visual del decreto. El grabador correntino Manuel Pablo Núñez de Ibarra propuso una lámina que “inflamaría el corazón de los patriotas al mismo tiempo que causaba terror a los enemigos” (cit. en Trostiné, 1953: 38). Presenta el retrato ecuestre de San Martín, apenas sobre un perfil de montaña. Núñez de Ibarra dibuja desde un modelo previo: la ilustración de los uniformes de los cuerpos militares formados durante las Invasiones Inglesas, así notoriamente San Martín se asemeja a la acuarela del oficial de húsares de Pueyrredón, un figurín del costumbrismo militar.

Como ha señalado Bonifacio del Carril, el retrato de Núñez de Ibarra sirvió como documentación para la litografía de Théodore Géricault (1791-1824), quien realizó, además, el retrato de Belgrano (inferior al sedente, atribuido a François C. Carbonier realizado en

Londres en 1815, con una ventana abierta para ver el combate imaginario) y las batallas de Chacabuco y Maipú, también en litografía (Del Carril, 1989). Este conjunto de escasa circulación es el primer relato visual sobre la guerra que incluye las escenas militares más que los retratos. El encargo provino de Ambrosio Cramer, que había combatido en Chacabuco; por lo tanto, es de las primeras imágenes de guerra elaboradas desde el relato testimonial. Cramer, de discutida acción en aquella batalla, aparece en la lámina en un lugar de privilegio; tal vez el encargo era una manera de defensa: había sido separado del ejército por indisciplina. Estas batallas sanmartinianas han sido difundidas más por sus copias, principalmente por la ejecutada por Raffet; la de Maipú decoraba el dormitorio de Boulogne-sur-Mer.

Sin duda, comenzaba a existir una demanda de imágenes de los episodios militares en ambos lados de la cordillera. Así, el antiguo ayudante de campo de San Martín, Antonio Álvarez Condarco, de comisión en Londres por el gobierno chileno en 1818, encargó la impresión de la batalla de Maipú a T. E. Brown, con una representación que siguiera el parte de guerra.

Forman parte de la tradición los grabados militares, de amplia circulación comercial. Para las Invasiones Inglesas se destacan el realizado a la manera negra por José Cardano (*Los Ingleses atacan á Buenos-Ayres y son rechazados*, 1807) por el lado español, y las vistas de Thomas Fernyhough desde el *Narcissus* por el lado británico. Desde ya, se conservan litografías y grabados militares sobre los ataques a Buenos Aires y Montevideo y la reconquista, aunque la imagen más perdurable es el encargo conmemorativo al francés Charles Fouqueroy (1869-1956) para el centenario de estos episodios históricos.

Así, tempranamente se establecen los dos asuntos principales de Maipú: el posterior a la batalla en la litografía de Géricault, con el acercamiento de O'Higgins a San Martín que deriva en el motivo del abrazo, y el transcurso de la batalla planteado por Brown, que será el modelo de los óleos de Johan M. Rugendas (1802-1858), alrededor de 1836, y Apolinario Fran, en 1856.

Sobre la iconografía de Chacabuco, sin duda, la pintura más interesante es la realizada en Chile por José Tomás Vandorse (1830-?) en 1863, con el despliegue de las fuerzas patriotas y realistas en combate, y de fondo el perfil de las montañas, en una interesante relación entre escena militar y paisaje. Aquí, el paisaje cobra el protagonismo que define la pintura posterior, en la que es preeminente el cruce de los Andes sobre las batallas, tal como lo establece Martín Boneo (1829-1915) en 1865 durante su estadía chilena. La imagen de San Martín a caballo, fijada por los manuales escolares, tiene en este momento su inicio, a la par que se proyectan

los monumentos públicos. La pintura sanmartiniana comenzará a girar alrededor de la historia de Mitre, se afirmará luego en su calidad de ilustración escolar, donde debe primar el didactismo moral (cuya expresión más intensa es la del anciano Padre de la Patria, soñando en el exilio con su gloria o rodeado cristianamente de niños).

Durante la presidencia de Mitre se encargó a Prilidiano Pueyrredón (1823-1870), para la decoración de la casa de gobierno en 1862, el *Juramento de la Bandera*. No pasó del estado de boceto, ya que las reformas edilicias fueron disminuidas por los gastos de guerra. Una de las notas para subrayar es la escasa presencia decimonónica de los temas de las campañas comandadas por Belgrano, cuestión que tampoco se zanjó con los encargos del Centenario. En 1875, antes de su partida a Europa, Augusto Ballerini (1857-1897) expuso en Fusoni Hnos. y Maveroff, el conocido almacén naval, veintiocho obras entre óleos y dibujos al lápiz, entre ellas una pintura de asunto histórico: *La entrega del mando del Ejército Libertador hecha por el general Belgrano al general San Martín*. El mismo asunto proyectaba realizar José Bouchet (1848-1919), discípulo de Juan Manuel Blanes, que desconozco si llegó a realizar; en cambio, expuso con comentarios elogiosos un retrato del general Belgrano "representado en el momento de pronunciarse la memorable victoria de Salta". (295)

Un artista determinante es Juan Manuel Blanes (1830-1901), quien, en contacto con historiadores, entre ellos Bartolomé Mitre, Andrés Lamas y Ángel J. Carranza, fue explorando los temas más adecuados para producir un alto impacto visual. Carranza lo guio hacia la historia sanmartiniana, en particular a un episodio que tuvo significación para la Argentina, Chile y Perú: Rancagua, momento crucial en el cual los oficiales confirmaron el mando de San Martín para continuar la lucha emancipadora. El método de Blanes era historicista: se documentaba con fuentes y cuestionarios a historiadores, viajaba a los lugares correspondientes, buscaba testimonios de los protagonistas o de sus herederos, relevaba los objetos de época. Escribía la historia cuando esta todavía no había sido fijada por la escolaridad, y era consciente de la distancia que su método producía en el público. En algunos casos, el episodio representado podía no ser reconocido, como ocurrió con *La revista de Rancagua*, por la ausencia de familiaridad con los episodios históricos, que solo otorgaba la escuela.

Hacia fin de siglo, la obra de Julio Fernández Villanueva se desarrolló desde otro modelo: la pintura militar francesa finisecular, al estilo de Messonier, Detaille y Neuville. Los pintores franceses en el último tercio del siglo representaron tanto la guerra Franco-Prusiana que permitió el comentario irónico de que parecían los triunfadores. Fernández Villanueva no glorificó derrotas, sin embargo, realizó una

pintura de ese tema: *Hospital de sangre en la guerra Franco-Prusiana*, asunto próximo a su profesión de médico, en cuyo ejercicio falleció durante la Revolución del 90. El año anterior había realizado *Combate de San Lorenzo* y dos batallas de Maipú, con el estilo bien observado en su viaje europeo: partía del estudio de los episodios militares optando por los movimientos centrales resueltos desde una técnica atenta a búsquedas lumínicas, y sin resaltar heroicamente a una figura, como demanda la pintura de historia didáctica, para favorecer la gesta común de un pueblo en armas.

La guerra civil

Entre las primeras obras realizadas por un artista nativo se encuentran las dos pinturas de Carlos Morel (1813-1894), conocidas con los títulos de *Carga de caballería federal* y *Combate de caballería en la época de Rosas*. Morel se formó en la escuela local, entre los años 1827 y 1830, con el aprendizaje técnico del dibujo impuesto por el suizo José Guth, basado en el uso de láminas como modelo, cuyo eco encontramos en la resolución de sus escenas compuestas a partir de figuras pareadas y dispuestas en friso, precedidas por objetos en *repoussoir* (Matienzo, 1959).

Combate de caballería representa un encuentro entre los soldados federales y los civiles unitarios. Agustín Matienzo propuso identificar la escena con los episodios de la Revolución de los Libres del Sud. Esta fracasada revuelta de hacendados de la provincia de Buenos Aires se llevó a cabo en 1839. Si aceptamos tal sugerencia, la datación de la pintura debe hacerse, lógicamente, luego del combate de Chascomús del 7 de noviembre de 1839. Matienzo apoyó su hipótesis en los uniformes federales identificados como los usados por el Cuerpo de Caballería Coraceros n° 6, al mando de Nicolás Granada, por sus corazas de cuero realizadas en la maestranza de Santos Lugares. *Carga de caballería* se trata de un tema militar de gran difusión en la pintura francesa de principios del siglo XX, que alcanzó su mejor expresión en los coraceros de Théodore Géricault y los oficiales a caballo de Antoine Gros, que Morel debe haber conocido por láminas. La figura militar ha sido identificada por Matienzo como de oficial de la Caballería de Palermo. El modelo francés de esta pintura es trasplantado con un simple detalle: las boleadoras que sujetan las manos del caballo. El oficial es, entonces, un militar desmontado, derribado, que no logra concretar la carga.

Aunque la política represiva del régimen federal afectó a su familia, no hay indicios de que tal episodio alterara su relación con este, salvo la probable extensión de su estadía en Brasil entre 1842 y 1844. La obra de Morel es la que mejor expresa la sociabilidad y el consenso

logrados por el rosismo: es el artista que detalla –tanto en sus escasos óleos como en sus litografías– la plebe urbana y los pobladores rurales que fueron parte de su base social.

La etapa federal en las artes se encuentra determinada por la iconografía de Juan Manuel de Rosas, a punto tal que es imposible pensar hasta un retrato privado sin la hegemonía de lo político, indicada por la obligatoria presencia de la cinta punzó que empuja hacia ese campo. La iconografía de Rosas guerrero es prácticamente inexistente. En su mayoría sus retratos derivan de la iconografía de poder burgués de Louis-Philippe. La excepción es *Expedición a los desiertos del Sud contra los indios salvajes en el año de 1833 ejecutada con el mayor acierto y sabiduría por su digno jefe el Gran Rosas*. Rosas de uniforme a caballo, sobre cuerpos de indios abatidos, observa la huida de los sobrevivientes señalada por Manuel Corvalán, y en segundo plano, Ángel Pacheco. Dibujada por Calixto Tagliabúe (1797-1850), Pràdere, director del Museo Histórico Nacional sugiere que fue ejecutada en París, donde luego se editaron las mejores litografías con la imagen de Rosas. Es este episodio militar el que se representa en el fondo del retrato de gran aparato pintado por Fernando García del Molino para ser exhibido en acto público, ya entrando en el final del régimen.

Félix Revol (1821-1867) llegó al Río de la Plata entre 1838 y 1842, según algunos autores, probablemente en viaje hacia el Perú. No tenemos precisión sobre sus estadías en las diversas provincias en las que trabajó, pero sabemos que estuvo principalmente en Córdoba, Santa Fe y Tucumán. Nuestro interés aquí radica en sus dos retratos ecuestres realizados en Santa Fe en 1847: Pascual Echagüe y Martín Santa Coloma. Ambos presentan la misma composición, los jinetes ocupan el lugar central de la tela, con sus cabalgaduras profusamente ornamentadas y sus figuras erguidas. El horizonte bajo permite representar escenas de combate bajo las patas de sus caballos: Quebracho, un episodio de la defensa del río Paraná en 1846 (*Santa Coloma*, Museo Histórico Nacional) y Sauce Grande, combate contra las fuerzas unitarias de Lavalle en 1841 (*Echagüe*, Museo Histórico Provincial, Santa Fe) (Amigo, 2009b). Con seguridad, Revol conocía las láminas francesas napoleónicas (tanto por su origen personal y formación profesional como por la circulación de estas en el ámbito rioplatense), sin embargo me interesa indicar la familiaridad de estos retratos de Echagüe y Santa Coloma con otros que circularon por el Litoral en la misma década del cuarenta. Estas obras de pequeño formato han tomado como modelo las de mayor porte de Revol; aunque es lícito suponer que este artista ha modificado sus concepciones artísticas para adecuarlas a la visualidad popular, a una posible tradición regional de retratos ecuestres. Estas pinturas son la

expresión de una cuestión política: la organización de las estructuras militares que dieron sustento al caudillismo y las autonomías de los Estados provinciales. Refieren a una red jerárquica y territorial, que es a la vez urbana y rural (Goldman y Tedeschi, 1998: 138 y ss.). A la vez, estos retratos ecuestres afirman con claridad las jerarquías dentro de esa estructura militar, que era una de las bases del poder de los caudillos provinciales, sostenida en la autoridad de los comandantes político-militares en la campaña. La lealtad federal, como ha estudiado Ricardo Salvatore (1998), se expresaba en haberse armado en defensa de la Federación, que implicaba la necesaria recompensa retributiva en premios y privilegios.

Además, es interesante señalar que este conjunto de retratos de militares refiere, en su mayoría, a su actividad en la defensa de la navegación del río. En el combate de Quebracho (4 de junio de 1846) la acción de las baterías demostró que el paso del río no estaba abierto a las naves extranjeras luego de la Vuelta de Obligado. Estos retratos transmiten la fuerza y el orgullo del sentimiento antieuropeo que estimulaba el régimen federal, que durante los bloqueos francés y anglofrancés obtiene una legitimación política. Como todo episodio militar de los ejércitos imperiales, el de la Vuelta de Obligado fue registrado visualmente por un grabado de François Pierre Bernard Barry (1813-1905) y una acuarela del almirante Edward Augustus Inglefield (1820-1894). Entre las fuerzas bloqueadoras se encontraba un excelente artista soldado, Henri Durand-Brager (1814-1879), que además de vistas y movimientos de barcos, no desdeñó dedicar una pintura de tipo federal al jefe mazorquero Parra.

Otros asuntos destacados, además de los caudillos y la milicia, fueron las escenas de persecución de federales a unitarios. Son obras resueltas con figuras escasas y el fondo de campo abierto. El soporte es tela rústica o madera, en ocasiones, una lámina de metal. El formato es apaisado, en una proporción de uno de alto por tres de largo, una característica que se conserva, aunque se modifique el tamaño. La mayoría son anónimas, aunque algunas están firmadas solo son nombres o iniciales sobre los que nada podemos agregar. Una tiene un mayor interés, por estar fechada en 1838, en Santos Lugares, sede militar de las fuerzas federales. ¿Acaso obra de algún artista soldado? En esta pequeña tela resalta el contraste cromático de las vestimentas de las figuras: verde el uniforme militar y celeste el traje urbano para los dos unitarios, perseguidos por los tres soldados federales, en encantadora sucesión espacial. Posiblemente debamos buscar su origen visual entre los más que abundantes impresos oficiales con viñetas: un repertorio de motivos de soldados de caballería e infantería, colorados del monte, escudos, cañones e indios. Esta relación afirma la condición de aquellas pinturas de memoria de los

servicios prestados a la causa federal.

Tal memoria es lo que permite entender el ciclo de las victorias de Urquiza del Palacio San José, como continuación de una tradición pictórica regional-federal, y los motivos sentimentales que deben haber llevado a la elección del pintor oriental a fines de la década de 1850, cuando comenzaba a imperar el modelo académico en la pintura rioplatense.

En cuanto a la relación de Blanes con Urquiza, fue central la común ideología americanista, además de su pertenencia a la red social de la masonería católica (Amigo, 2001). Recordemos que Blanes fue tipógrafo del periódico oribista *El Defensor de la Independencia Americana*; podemos suponer, entonces, su conocimiento del pensamiento del redactor mismo Bernardo Berro. Jorge Myers ha sostenido que Berro transformó la doctrina del "sistema americano" rosista del "intuitivo sentimiento nativista en una filosofía de la excepcionalidad americana, que amalgamaba postulados del racionalismo ilustrado con valores propios del ruralismo democrático" (Myers, 1995). El plan de la serie es la historia militar de la consolidación de la hegemonía urquicista en el Litoral, desde la década del treinta hasta el triunfo de Caseros. Blanes lleva la pintura "popular" a sus límites de posibilidad expresiva y narrativa. La academización posterior de Blanes fue sostenida en la convicción de que los modelos europeos permitían establecer las normas para crear las imágenes demandadas por las metrópolis, de carácter hegemónico, frente a aquellos relatos regionales que dieron sustento social a la pintura federal. Blanes representó los hechos históricos con una fuerte carga emotiva, con el auxilio de la literatura, por ejemplo en el boceto de *San Cala*, con el dramatismo de la escena condensado en las figuras del coronel José María Vilela y de su mujer semidesnuda que huye a caballo ante el ataque nocturno de las tropas federales de Ángel Pacheco: una afirmación de la heroicidad de la derrota, de la fortaleza moral sobre el éxito militar.

Lo mismo ocurre en *Salvamento en la cordillera*, de Benjamín Franklin Rawson, de 1855. Representa una escena de la historia reciente de las guerras civiles: Sarmiento organizó el auxilio de los unitarios vencidos en la batalla de Rodeo del Medio (1841) atrapados por una tormenta de nieve mientras fugaban hacia Chile. Para un artista con la formación de Rawson era empresa de gran dificultad concretar una gran máquina pictórica. Visitaba con frecuencia el taller Monvoisin para estudiar su manera de pintar, en especial la de los cuadros históricos; es sencillo rastrear las señales de tal aprendizaje en *Salvamento en la cordillera*: basta con comparar el anciano del primer plano con el *Aristomenes* de su maestro, y señalar que las tres figuras suplicantes del grupo central están tomadas literalmente de algún

grabado de *La balsa de la Medusa*, de Théodore Géricault. Esta pintura de historia fue propaganda política para Sarmiento: nada mejor que presentarlo como hombre de acción contra el rosismo y cumpliendo el deber masónico del auxilio a los necesitados (Amigo, 2013b).

La Guardia Nacional se conformó ideológicamente bajo la jefatura del coronel Bartolomé Mitre como una institución surgida en la Revolución de Mayo, integrada por ciudadanos armados en defensa de los ideales republicanos. Las arengas, la literatura de folletín y la poesía patriótica consolidaban los valores de abnegación, patriotismo, camaradería, sacrificio y virilidad heroica que constituyen la retórica del cuerpo armado (Lettieri, 2003). (296) Las acuarelas de León Pallière conocidas como *Patrulla de la Guardia Nacional en la Plaza de la Victoria* representan el "bello espectáculo" del entusiasmo patriótico en las mañanas de domingo, cuando

> el elegante león de nuestros altos salones, el infeliz jornalero, el rico comerciante, el humilde dependiente igualados por la ley que nivela todas las condiciones con el fusil y la camiseta del Guardia Nacional, se entrelazan graciosa y fraternalmente en las evoluciones militares. (297)

La metáfora del "león" muestra una persistencia notable en la década del cincuenta: el joven porteño es un león en el salón y un león en el combate, portador de la doble virilidad de la conquista social y militar. En la acuarela de Pallière resulta notable que el joven porteño, con impronta romántica, encabeza los ejercicios desde la identidad entre estrato social y mando militar sobre la heterogeneidad social de la patrulla.

Esta imagen contrasta con la descripción de las tropas militares de la Confederación realizada por el ministro de los Estados Unidos, presente en Paraná durante el desfile patriótico del 25 de Mayo de 1858:

> Entre el total de hombres, ¡no distinguí siquiera a un hombre blanco de pura raza! ¡Ni tampoco a un negro de pura raza! La raza es esa peculiar al país, una cruza entre el español y el indio nativo, el primero absorbido por el último, conservando únicamente las características de idioma, y religión, o algunas formas religiosas. Por lo general es hombre bien formado, sano y atlético, y no sería desacertado decir que es uno de los mejores jinetes del mundo. (298)

Es frente a esta fuerza de jinetes gauchos que la ciudad establece su mito de plaza sitiada, y los ciudadanos armados como el sujeto político de la movilización "heroica" para su defensa. La elite emuló la "internacionalidad" del sitio de Montevideo-Troya para que Buenos Aires fuese despojada finalmente de su historicidad rosista.

Entre la escasa obra atribuida a Waldemar Carlsen (1880-1966) sobresale una pintura de escaso oficio, *Episodio del sitio de Buenos*

Aires, 1859. Carlsen representa una trinchera en la calle del Temple 28 (actual Viamonte), con la bandera inglesa ondeando sobre la azotea de la segunda sede del British Hospital. Es un pequeño cuadro de costumbrismo atravesado por la cotidianidad militar, que pareciera remitirnos a las acuarelas y litografías de las baterías montevideanas de Antonio Somellera (1812-1889) y Juan Manuel Besnes e Irigoyen (1789-1865).

Desde luego, la iconografía del ciudadano armado alcanzó su máxima expresión durante la campaña de Pavón. León Pallière (1823-1887) representó el embarque de las tropas de la Guardia Nacional hacia el enfrentamiento militar con la Confederación. En la pintura, conservada en el Museo Histórico Nacional, los soldados marchan hacia el muelle, enmarcados por el pueblo de la ciudad movilizado en la despedida, que los vitorea en la calle, desde los balcones o trepado a los ornamentos urbanos. A la izquierda, una dama porteña saluda con su pañuelo en la mano a su hijo y, a la derecha, una enamorada se despide del novio militarizado; niños vendedores ambulantes o festivos corren por delante de la tropa, un burgués levanta su sombrero y lo mismo hace un hombre de la campaña.

Ignacio Manzoni (1797-1884), autor de uno de los más intensos retratos de Mitre, pintó la batalla de Pavón con su habitual técnica de empaste. Este pequeño óleo es excepcional en el panorama del arte argentino, ya que recuerda las batallas de fantasía del barroquismo romántico del norte de Italia. *La batalla de Pavón* es la primera pintura local que presenta la autonomía formal del *bozzetto d'invenzione*.

Luego de Pavón, la representación de la Guardia Nacional como héroe colectivo comienza a subordinarse a la de Mitre como héroe civil y militar. Baldassare Verazzi (1819-1886), con cierta dosis de oportunismo, pinta "al general victorioso de Pavón y Cañada de Gómez, trayendo a la República el tratado de Paz. La República Argentina rodeada de sus respectivos atributos, corona las sienes de su libertador". (299) Recién llegado a Buenos Aires, el pintor italiano Luigi Novarese buscó el favor oficial con la pintura conmemorativa *Entrada a Buenos Aires de la Guardia Nacional, después de la victoria de Pavón. Tributo rendido a la patria adoptiva en la persona del brigadier general Mitre*. Mientras realizaba el cuadro, Novarese exhibió en casa de Francischelli un episodio de la última guerra de Italia contra sus opresores, los austríacos. Así, continuaban reunidos los episodios de la unificación italiana con los sucesos políticos argentinos. Novarese optó por pintar uno de los arcos triunfales armados para el desfile de victoria, en este caso el del muelle de pasajeros, con inscripciones alusivas, escudos, banderas y palmas de laurel. Una ciudad festiva y triunfante con sus "ciudadanos armados" entrando como los antiguos

conquistadores bajo los arcos de triunfo. (300) Esta imagen de ciudad victoriosa duró unos pocos años, atravesada por el luto de la guerra del Paraguay, y finalmente derrotada por las tropas nacionales en 1880; sin embargo, conservó uno de sus rasgos: ser el escenario revolucionario.

La guerra de la Triple Alianza

En 1915 el historiador Ernesto Quesada describió la sala dedicada a la guerra del Paraguay en el Museo Histórico Nacional:

> **[E]n el centro de la pared que da a la calle Defensa, está el retrato del general Mitre, que mandó en jefe a los ejércitos aliados y, en una vitrina al pie, los objetos que fueron del mariscal López: uniformes, parte de su vajilla, artículos de uso personal, ropa interior, sellos y –pieza no menos curiosa– el molde de corona que se tomó en su equipaje; además, fusiles, quepís, cornetas y clarines paraguayos (Quesada, 1915: 23).**

Así, a treinta y cinco años de la guerra, el montaje del museo argentino desarrollaba la iconografía del *triunfo romano*: bajo el retrato de Mitre, los bienes cautivos; entre ellos, los calzoncillos del mariscal Francisco Solano López. “A los costados está la serie de cuadros del manco López, relativos a la guerra, y diversas láminas y litografías sobre las principales acciones”, de tan escueta manera Quesada menciona la serie de pinturas de Cándido López exhibida entre “gloriosas banderas argentinas” y “banderas paraguayas, bajo vidrio”.

Cándido López (1840-1902) representó la guerra, en la que combatió hasta su herida en Curupaytí, mediante una pintura analítico-descriptiva, optando por la tradición regional de la pintura de las guerras civiles –derivada de la representación de batallas de la cartografía militar europea– sobre la normativa académica del género pintura de batallas (Amigo, 2009c; 2012). La elección formal es también una lectura comprensiva de la guerra de la Triple Alianza como el último episodio de las guerras civiles abiertas por las crisis de legitimación de los gobiernos posrevolucionarios y, a la vez, fijación de los límites de los Estados-nación modernos. De este modo es tanto la última pintura regional como la primera que sirve al Estado para formar consenso desde un discurso beligerante de nación. Es una pintura de territorio, más que de paisaje. Tanto la muestra individual como su adquisición completa por el Estado nacional son casos excepcionales en la historia del arte argentino del siglo XIX. Luego de la muestra, los cuadros estuvieron colgados en el salón científico del Ministerio de Guerra y Marina, a la espera del decreto de adquisición. (301)

Además, aunque no he podido comprobar su conocimiento por parte de López, no era tan excepcional su forma de registrar las acciones militares. Las pinturas y las ilustraciones de las batallas de la Guerra Civil de los Estados Unidos –pienso en particular en las pinturas de James Hope y Peter F. Rothermel y en *Picturial Field Book of the Civil War*, de John Lossing, editado en 1865– guardan ciertos puntos de semejanza que remiten a un origen común: la transformación pictórica del registro exhaustivo de la cartografía militar (Chambers, 1993). Por otra parte, una confrontación con las fotografías de la compañía de W. Bate, comisionada por el gobierno uruguayo en el año 1866, sugiere un interés común por el paisaje (por ejemplo, la fotografía del combate de Estero Bellaco), por los panoramas de campamentos, y por los cadáveres. Gil Solá y Dujovne (1971) advirtieron la riqueza de un análisis comparativo con la fotografía al señalar su posible determinación en la representación estática del movimiento, característica principal de la resolución de las figuras por López. No debe olvidarse que López ejerció el oficio de daguerrotipista, técnica que aprendió con Carlos Descalzo, con taller en la calle Merced (Cuarterolo, 1992).

La no profesionalización de Cándido López (fue fotógrafo, soldado, zapatero y trabajador rural) en tiempos de "artistas" lo acerca aún más al pasado de la tradición regional, cuando el "arte" no tenía autonomía y era tarea de artesanos, soldados, tipógrafos y calígrafos. Es interesante señalar una correlación: el veterano resuelve pintar los episodios de la guerra luego de cada crisis económica que sufre el país –de las que individualmente no sale indemne–; así, la crisis de 1875 antecede a la dedicación plena desde 1876; la del noventa, al segundo impulso de los años 1891 y 1892. Aunque desde luego, la idea de representar las vivencias de la guerra tiene su origen durante la campaña, como testimonia su libreta de bosquejos, son factores económicos externos los que parecen impulsar al artista a completar la tarea con intensidad.

Las pinturas pertenecientes al Museo Histórico Nacional fueron expuestas en 1885 en el Club Gimnasia y Esgrima, con el patrocinio del Centro Industrial Argentino, impulsadas por el discurso nacionalista de estas dos instituciones. La obra de López era un llamado de atención a "aquellos que tienen la misión de conservar y enaltecer las glorias del ejército, que son las glorias de la patria". La exposición fue, según la prensa, un éxito de público; no hay que descartar que, además del recuerdo de los detalles de una guerra ya inserta en la memoria colectiva, haya influido la condición de inválido del artista: el manco de Curupaytí. Es decir, la observación de un fenómeno (el pintor manco que adiestró la mano inhábil) de los espectáculos populares del siglo XIX.

López era mitrista, y como tal ingresó como voluntario en el batallón San Nicolás apoyando la política de guerra impulsada por Mitre. Una de las obras más significativas de López previa a la acción militar es el retrato del presidente, pintado en Mercedes en el año 1862. En la mano, el retratado sostiene un pliego en el que se lee "Constitución reformada de la República Argentina", síntesis de su política nacional. Antes de la exposición López le llevó dos cuadros para el visto bueno final de la fidelidad histórica. (302)

La mayoría de los cuadros de la guerra fueron elaborados a partir de los croquis y apuntes tomados por el artista, y acompañados con textos explicativos de los sucesos, los escenarios y las tropas (*Catálogo*, 1887). Esos textos presentan también una curiosidad: describir lo que no se ve. Así, el pintor informó que tal batallón no aparece en el cuadro, por cuestiones espaciales, pero ofrece su ubicación exacta, otorgando la posibilidad de reconstruir toda la escena. La escritura no solo estaba al servicio de la comprensión de la imagen, sino que era también su justificación biográfica. Aunque sin duda el método principal fue la transposición de los dibujos testimoniales de su libreta, con el desafío de la aplicación del color: este remitía a una memoria emotiva y al aprendizaje juvenil con los pintores italianos de Buenos Aires de los años 1850. López representa las batallas como vistas panorámicas de los movimientos de las tropas (por ejemplo, en *Batalla de Yatay*), en algunos casos complementa con episodios singulares del combate (Tuyutí), pero siempre distante de la representación heroica: son escenas tan cotidianas como las de las actividades del campamento para la espera de los enfrentamientos o los sitios como el de Uruguayana. En algunos, su pintura adquiere una fuerza notable en la representación del "territorio" de la guerra, de la naturaleza devastada, como en *Campamento incendiado de Resquin*.

López realizó pinturas sobre hechos que otros soldados le relataron (por ejemplo, en *Episodio de la Segunda División Buenos Aires en la batalla de Tuyutí, el 24 de Mayo de 1866*). Es posible, además, la consulta de literatura temprana sobre la guerra del Paraguay, específicamente los libros de León de Palleja (1865-1866) y de Thompson (1869). En este sentido, López señaló su interés en ilustrar episodios relatados por José Ignacio Garmendia; sin duda, la lectura debe de haber influido en la decisión temática de la segunda serie, de principios de la década del noventa, centrada en Curupaytí.

Adolf Methfessel (Berna, 1836-1909) permaneció en Buenos Aires por espacio de treinta años desde su llegada en 1865 (Peñalver, 1984). (303) El diario *La Tribuna* informó del viaje del artista suizo siguiendo al ejército, dibujando los lugares por donde atravesaban las tropas, tarea que realizó durante cuatro años. Según Peñalver, se pueden contar hasta ochenta obras de asunto de la guerra del Paraguay en

diversas técnicas. También informa que los dibujos más antiguos funcionaron como ilustraciones en el libro de Alberto Amerlan, *Bosquejos de la Guerra del Paraguay*. Sin embargo, la principal obra conservada fue la encargada por Estanislao Zeballos para su historia de la contienda, que no llegó a publicarse. Durante los años 1872 y 1873 recorrieron juntos los antiguos escenarios del enfrentamiento.

Desde luego, existen asuntos comunes con López: la representación de batallas (Boquerón, Tuyutí, Estero Bellaco, Curupaytí, la misa en Batel, el paso de los ríos, los hospitales, etc.). Tal vez, en la representación de la naturaleza se note más la diferencia de miradas. Para López el entorno es dominante de las acciones de minúsculos combatientes; para Methfessel, la descripción científica de una naturaleza exuberante pero factible de ser domesticada.

Otros artistas se ocuparon de la guerra del Paraguay. Entre ellos, el joven artista Ventura Robustiano Lynch (Buenos Aires, 1851-1883), en enero de 1878, expuso en el cuartel, frente al portón, durante todo un domingo y parte del siguiente lunes *El Batallón de Línea en Peribebuy, 12 de agosto de 1869*, "reuniendo un número de curiosos que se agrupaban en la plaza a contemplarlo desde allí". (304) El tamaño del lienzo lo permitía: 3,5 por 2 metros. El cuadro funcionaba también como retrato colectivo. Es interesante la visión del comentarista acerca del lado paraguayo: "El enemigo presenta también sus grupos interesantes, entre los que descuellan paraguayas y criaturas que unen su defensa a la de sus padres, maridos, amigos o hermanos". El cuadro representa ranchos y mangrullos, dando el toque de color "un galpón techado de paja que en ese momento ha sido presa de las llamas". El marco tiene cinco escudos nacionales y otro con la siguiente inscripción: "El Batallón 6 de Línea en Peribebuy, 12 de agosto de 1869-El Batallón de Línea a su jefe el Coronel Arias". Además, ejecutó otra pintura, también conservada en el Regimiento de Mercedes, *La batalla de Lomas Valentinas*.

De Modesto González (1865-1908) –otro pintor soldado– se conserva escasa obra, en la que se destaca *Avanzada* (1892) por el interés en la representación de tipos paraguayos en extrema pobreza, en literal referencia a difundidas fotografías. *El abanderado Dantas en Boquerón*, donada por su nieto M. Dantas al Museo de Luján, en una confusa composición recupera la imagen heroica individual y *Asalto de Peribebuy* (1911), donación de Luis María Campos (h) al mismo museo, no destaca formalmente sobre las otras en su intento de emular la pintura académica sin las herramientas técnicas necesarias. (305)

El Nacional informó sobre cinco planos "de los sucesos de la guerra de Paraguay", tomados "allí en el teatro de los sucesos, que ha presenciado el valiente y curioso artista" Rafael Mendes de Carvalho

(1817-1870), de origen brasileño, activo en Buenos Aires y Gualeguaychú. Son dibujos al lápiz, que han sido litografiados para su venta en Buenos Aires. El asunto recuerda la obra de Cándido López: "vistas llenas de animación, de combates, de escenas singulares y de bellísimos paisajes en contraste de los elementos bélicos que llenan la parte más importante del fondo del pensamiento del artista". (306) Las obras mencionadas son *Estado de los encorazados brasileros "Brasil" y "Tamandaré"* y *Toma de Curuzú por el ejército al mando del barón de Puerto Alegre*. Además, anunció que iba a publicar todas las batallas que han tenido lugar y los retratos de los jefes militares.

La iconografía de la guerra del Paraguay debe contemplar la pintura de historia de Brasil, con obras clave como la *Batalla de Avaí*, realizadas de manera monumental por Pedro Américo, además de interesante pintura naval; y fundamentalmente los grabados de trinchera de la prensa paraguaya de *Cabichuí* y *El Centinela*.

De los oficiales que participaron en la guerra, que se ocuparon de fijar los episodios de la contienda como parte del programa nacionalista finisecular, destaca José Ignacio Garmendia (1841-1925), un militar que participó en las diversas campañas, desde Cepeda y Pavón, como hombre de Buenos Aires y luego como oficial del Ejército Nacional, hasta llegar al generalato por sus tareas represivas de la Revolución del 90 (Auza, 1999; Garmendia, 2005; Garmendia y Serena, 2006). Garmendia es principalmente un narrador de la guerra del Paraguay, tal vez un nostálgico de aquellos momentos de "gloria". El tono anecdótico de los escritos *Recuerdos de la Guerra del Paraguay*, publicados en sucesivas ediciones de Peuser, es paralelo a su obra de acuarelista, sujeta a los detalles menores. Por ello, la documentación fotográfica en la que basa la mayoría de sus trabajos no es solo una facilidad técnica y un intento de veracidad de historiador: es también la legitimación de su estilo de cronista testigo, como bien expresa el título de uno de sus libros: *La cartera de un soldado, bocetos sobre la marcha*.

Sin duda, con el *Álbum de la Guerra del Paraguay*, Garmendia establece un repertorio de imágenes y textos que consolida aquel enfrentamiento como fundador del Ejército Nacional, del que es protagonista en la doble acción de la guerra continental y de fronteras (de esta última ha dejado relatos estilísticamente próximos al costumbrismo criollista). No es dato menor su dirección del Colegio Militar, ya que los proyectos editoriales y las acuarelas se relacionan con la enseñanza patriótica. Su preocupación por las cuestiones plásticas permite ubicarlo en la tradición de los artistas militares, aficionados que tuvieron una fuerte presencia discursiva hasta la consolidación del campo artístico en la década del ochenta. Garmendia, por ejemplo, participó de las reuniones de la Sociedad

Estímulo de Bellas Artes.

Finalmente, debemos señalar un hecho singular de la historia del arte argentino: ninguno de sus artistas notables, con pleno dominio de los recursos técnicos, se preocupó por representar la guerra del Paraguay. Prilidiano Pueyrredón mostró probablemente el campo de Curupaytí en el retrato de Alejandro Díaz; Benjamín Franklin Rawson (1819-1871) representó la despedida familiar de un recluta y León Pallière, solo unas ilustraciones para el *Correo del Domingo*. Sorprende aún más que artistas finiseculares como Ángel Della Valle (1855-1903) o Julio Fernández Villanueva (1858-1890), tan afectos a los temas militares, no hayan explorado la riqueza iconográfica que permitía esta guerra. Así, fueron artistas aficionados, militares o ilustradores científicos que participaron del conflicto, considerados artistas menores en su tiempo, los que se ocuparon de la mayor conflagración sudamericana moderna.

La guerra de Malvinas

Uno de los aspectos centrales del conflicto de Malvinas fue el consenso en la sociedad civil, no solo generado por una política de la jerarquía militar, sino también desde espontáneas movilizaciones y expresiones nacionalistas. En el campo del arte sobresalió el proyecto de la creación de un Museo de Bellas Artes Dos de Abril, en las islas Malvinas, impulsado por la Asociación Argentina de Críticos de Arte –presidida entonces por Jorge Glusberg–, que contó con el apoyo de la Academia Nacional de Bellas Artes y la Secretaría de Cultura (Usubiaga, 2012: cap. 2). (307) Entre las obras sobresale el dibujo del proyecto de Marta Minujín (1943), *Margaret Thatcher de Corned Beef*, que implicaba la destrucción por la llama de la silueta en hierro y estopa de Thatcher. La estructura fue expuesta en San Telmo, en un espacio cedido por Osvaldo Giesso.

Más allá de este emprendimiento del fervor momentáneo, la obra de mayor interés sobre el conflicto es una naturaleza muerta de Pablo Suárez (1937-2006): sobre la mesa, un diario con noticias de la guerra, mirada aguda sobre un conflicto militar cuya percepción era marcada por la información oficial. Entre las obras posteriores a la guerra, pero con cercanía temporal, sobresale *La batalla de Malvinas*, de Martín Reyna (1964), con fuerte empaste y los aviones dirigiéndose en picada hacia un buque.

La iconografía sobre esta última guerra es escasa; sobresale la serie realizada en 1993 por Daniel Ontiveros, artillero durante el conflicto, como última expresión del artista al que la experiencia de la guerra lo obliga a pensar sobre su manera de hacer el arte. Entre sus obras se destaca la intervención sobre el propio uniforme, que altera

radicalmente su uso como soporte de condecoraciones posconflicto: margaritas en lugar de medallas.

Para finalizar, la serie de retratos de los veteranos de guerra –comenzada poco después de la derrota, y proseguida en el tiempo– realizada por Juan Travnik (1950) es la que presenta hoy mayor fuerza e impacto emocional, al igual que las vistas del cementerio argentino de Darwin. (308)

La representación de la guerra cobra presencia efectiva en la imagen de sus combatientes, desde Gil de Castro a Travnik. Es darle un rostro a la guerra, una presencia física, pero también señalar, paradójicamente, el registro del olvido, en el caso de Malvinas.

Bibliografía

Amigo, Roberto (2001), "Región y nación. Juan Manuel Blanes en la Argentina", en *La Nación Naciente. Juan Manuel Blanes, 1830-1901*, Montevideo, Museo Municipal de Bellas Artes Juan Manuel Blanes.

— (2008), *Las armas de la pintura. La nación en construcción (1852-1870)*, Buenos Aires, Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA).

— (2009a), "Imágenes sitiadas. Tradiciones visuales y política en el Río de la Plata, 1830-1870", en *Memorias del Encuentro Regional de Arte. Región: Fricciones y Ficciones 2007*, Montevideo, Museo Municipal de Bellas Artes Juan Manuel Blanes, vol. 1, pp. 59-75.

— (2009b), "A Caballo. Variaciones sobre el retrato ecuestre en el Río de la Plata, 1810-1870", en *Memorias del Encuentro Regional de Arte. Región: Fricciones y Ficciones, 2007*, Montevideo, Museo Municipal de Bellas Artes Juan Manuel Blanes, vol. 1, pp. 56-75.

— (2009c), "Imágenes en guerra: La Guerra del Paraguay y las tradiciones visuales en el Río de la Plata", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en <www.nuevomundorevues.org>; último acceso: 23/10/2014.

— (2012), "El Mariscal. Iconografía de Francisco Solano López en tiempos de guerra", en Horacio Crespo, Juan Manuel Palacio y Guillermo Palacios (coords.), *La Guerra del Paraguay. Historiografías. Representaciones. Contextos*, México, El Colegio de México, pp. 199-213.

— (2013a), "Carlos Morel. El costumbrismo federal", *CAIANA*, nº 3.

— (2013b), *Benjamín Franklin Rawson. Historias, costumbres, retratos*, San Juan, Museo Provincial de Bellas Artes "F. Rawson".

Auza, Néstor Tomás (1999), *José Ignacio Garmendia*, Buenos Aires, Círculo Militar.

Catálogo descriptivo de la colección de cuadros históricos representando batallas, campamentos y episodios por el pintor argentino Cándido

López exhibidos el año 1885 bajo la protección del Centro Industrial Argentino y Club de Gimnasia y Esgrima. Ofrecida al Honorable Congreso Argentino con un testimonio del general Bartolomé Mitre y varios artículos de la prensa (1887), Buenos Aires, Imprenta y Litografía de Stiller & Laass.

Chambers, Bruce W. (1993), "Painting the Civil War as History, 1861-1910", en William Ayres (ed.), *Picturing History. American Painting 1770-1830*, Nueva York, Rizzoli International Publications-Fraunces Tavern Museum, pp. 117-133.

Cuarterolo, Miguel Ángel (1992), "Iconografía de guerra. Fotografía de la Triple Alianza, 1865-1870", en *I Congreso de Historia de la fotografía*, Buenos Aires, CEP, pp. 55-60.

De Palleja, León (1865-1866), *Diario de campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*, Montevideo, Imprenta de El Pueblo.

Del Carril, Bonifacio (1989), *Géricault: las litografías argentinas*, Buenos Aires, Emecé.

Di Meglio, Gabriel (2008), "Patria", en Noemí Goldman (ed.), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata (1780-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, pp. 115-130.

Garmendia, José Ignacio (2005), *Crónica en imágenes de la guerra del Paraguay*, catálogo exposición, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina.

Garmendia, José Ignacio y J. Serena (2006), *El horror de la guerra. Personalidades y escenas de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay*, Buenos Aires, Museo Histórico Cornelio Saavedra.

Gil Solá, Marta y Marta Dujovne (1971), *Cándido López*, Buenos Aires, Asociación Amigos del Museo Nacional de Bellas Artes.

Goldman, Noemí y Sonia Tedeschi (1998), "Los tejidos formales del poder. Caudillos en el interior y el litoral rioplatenses durante la primera mitad del siglo XIX", en Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 135-157.

Lettieri, Alberto R. (2003), "La guerra de las representaciones: la revolución de septiembre de 1852 y el imaginario social porteño", en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 97-114.

Majluf, Natalia (2012), *Más allá de la imagen. Los estudios técnicos en el proyecto José Gil de Castro*, Lima, Museo de Arte de Lima.

Matienzo, Agustín (1959), *Carlos Morel. Precursor del arte argentino*, Buenos Aires, Emecé.

Myers, Jorge (1995), *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Peñalver, Ebe Julia (1984), *Adolf Methfessel*, Buenos Aires, Museo

Nacional de Bellas Artes.
Quesada, Ernesto (1915), “Las colecciones del Museo Histórico Nacional”, *Nosotros*, vol. 9, nº 19.
Salvatore, Ricardo (1998), “‘Expresiones federales’: formas políticas del federalismo rosista”, en Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 189-222.
San Martín, José de (1816?), *El General del Exército de los Andes a los habitantes de Chile. Chilenos amigos y compatriotas*, Memoria Chilena, MC0027391. Disponible en <www.memoriachilena.cl>; último acceso: 23/10/2014.
Scobie, James (1964), *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina, 1852-1862*, Buenos Aires, Hachette.
Thompson, Jorge (1869), *La guerra del Paraguay acompañada de un bosquejo histórico del país y con notas sobre la ingeniería militar de la Guerra. Anotada y aumentada con un apéndice en que se refutan algunas apreciaciones del autor y con los partes oficiales de los generales del ejército aliado*, Buenos Aires, Impresora América.
Trostiné, Rodolfo (1953), *El grabador correntino Manuel Pablo Núñez de Ibarra*, Buenos Aires, Taller Gráfico San Pablo.
Usubiaga, Viviana (2012), *Imágenes inestables. Artes visuales, dictadura y democracia en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa.

293. No se señalan en este ensayo los encargos conmemorativos de pintura de historia del Centenario, ni de las efemérides de próceres y batallas. Además, es necesario aclarar que tampoco nos ocupamos de las pinturas de combates navales, ya que la especificidad de este género pictórico obliga a un ensayo independiente.

294. El apartado sobre Gil de Castro es resultado de la investigación colectiva “José Gil de Castro. Cultura Visual y representación, del antiguo régimen a las repúblicas sudamericanas”, coordinada por Natalia Majluf, cuyos resultados se reúnen en Majluf (2012).

295. La Tribuna, 25/3/1875.

296. En este apartado sigo la argumentación de mi curaduría (Amigo, 2008).

297. Los Debates, 12-13/4/1858, p. 3, c. 1.

298. Peden a Cass, 4/6/1858, FO 6, vol. 207, nº 65, cit. en Scobie (1964: 207).

299. El Nacional, 26/4/1862.

300. Una litografía de la época (D. Dulin y Pelvilain) muestra el esplendor festivo de la ciudad en el momento del desembarco de la “valerosa Guardia Nacional”, con una vista desde el río.

301. La Tribuna Nacional, 13/6/1886.

302. La Prensa, 14/2/1865.

303. La mayoría de las aguadas y gouaches se conservan en el Complejo Museográfico Enrique Udaondo de la ciudad de Luján.

304. El Nacional, 24/1/1878.

305. Además ejecutó un lienzo sobre las guerras civiles: Decapitación del doctor Marco Avellaneda, en 1904.

306. El Nacional, 26/6/1867.

307. Véase la lista de artistas donantes en la pág. 97; entre ellos, los jóvenes Guillermo Kuitca, Alfredo Prior y Rafael Bueno. La mayoría de las obras se encuentran hoy en la colección del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Sobre iconografía de la guerra: la exposición curada por Diana Weschler, Malvinas. Arte, Documento, Historia, Memoria y Actualidad, en el Palais de Glace.

308. En 2007 este artista fotografió los lugares del combate en las islas Malvinas y el cementerio de Darwin.